

Presentación

Esta biografía muestra los más variados aspectos sobre la existencia de Abraham Lincoln. La intensidad de la vida del presidente, así como los accidentes políticos y sociales y la tragicomedia que rodeó su vida sentimental, son descritos magníficamente por Emil Ludwig.

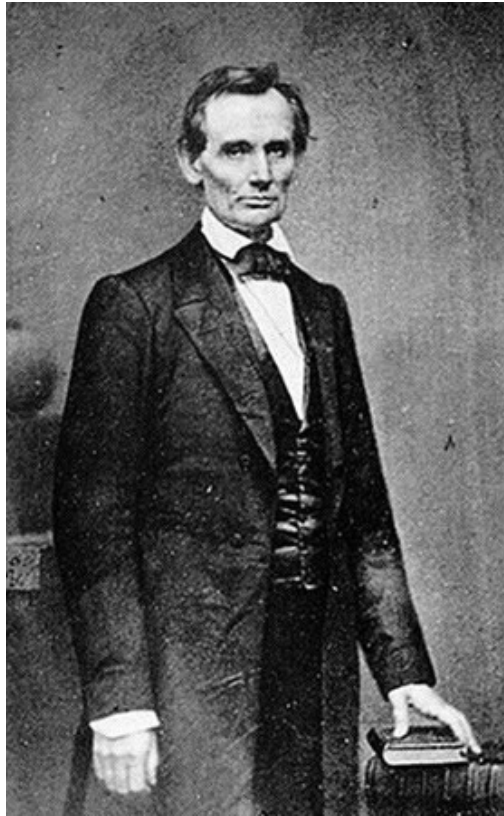
El carácter integro y el sentido humorístico del protagonista fueron base para su fuerte personalidad, adquirida a través de las circunstancias que vivió.

La ejemplaridad ciudadana y política rodea la vida del llamado Padre de la Nación. Consiguió su más ferviente anhelo al lograr abolir la esclavitud de los negros en los Estados Unidos.

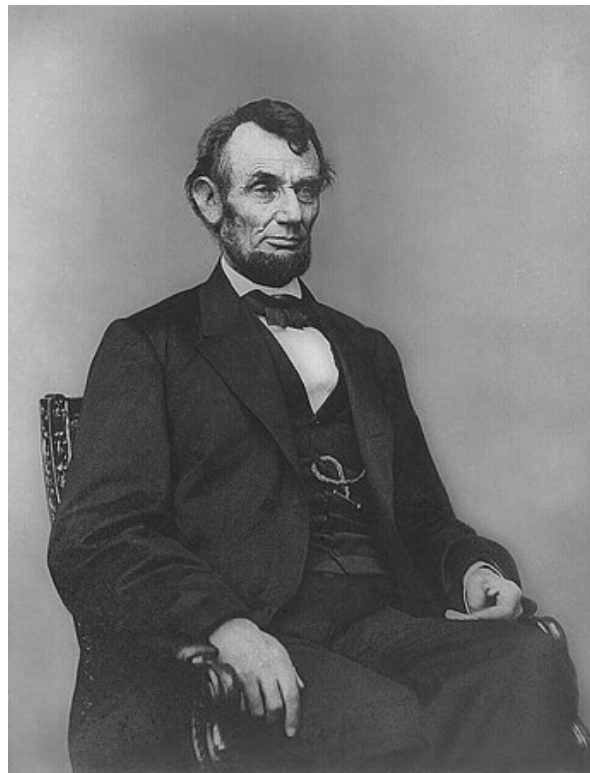
Algunas fotografías en relación al tema:



Casa de nacimiento en Knob Creek



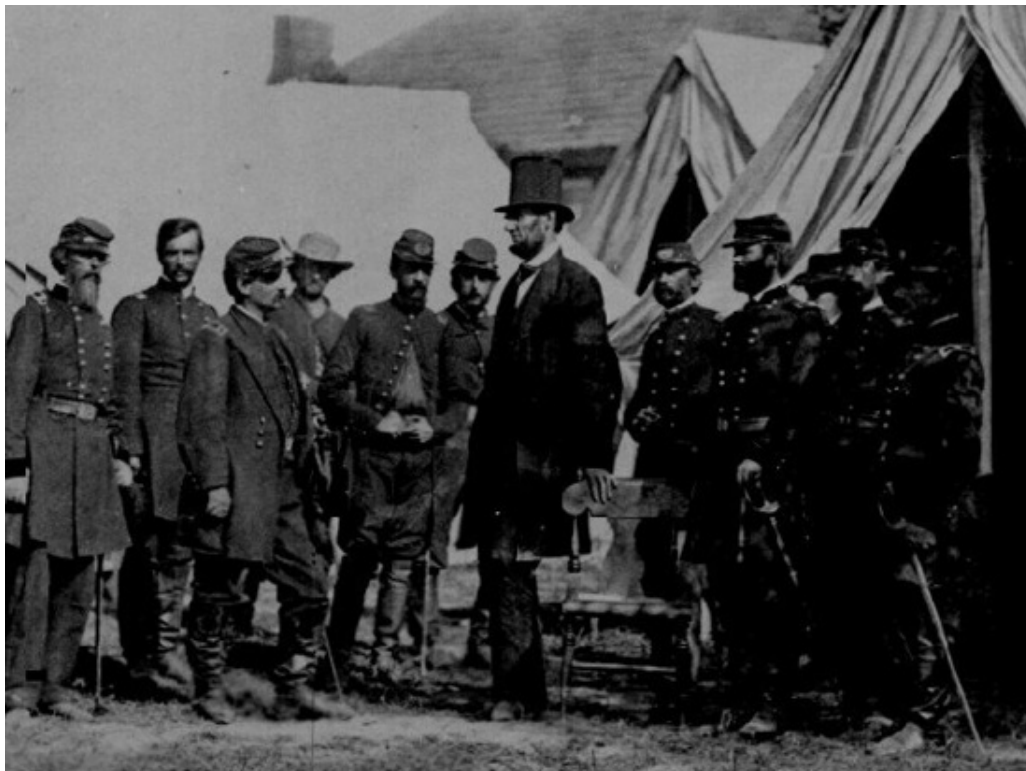
Abraham Lincoln en 1860



Abraham Lincoln en 1862



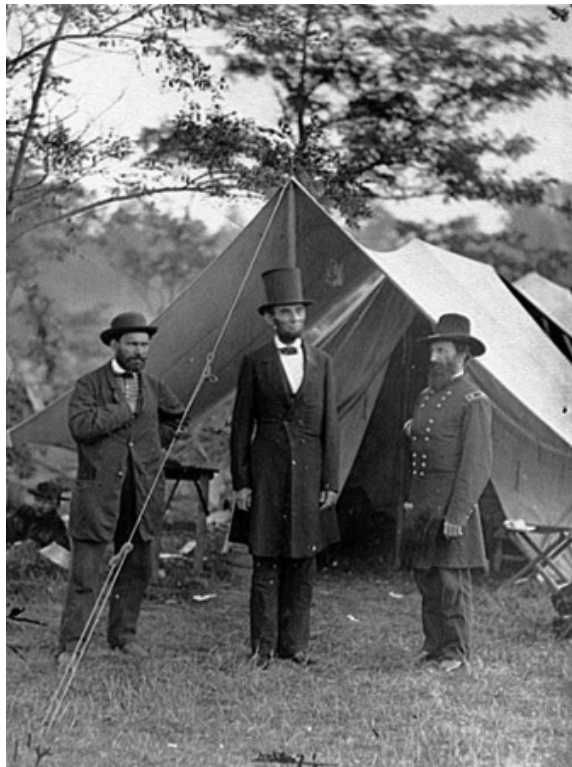
Su esposa Mary Todd



Después de la batalla de Antietam, octubre 1862



Después de la batalla de Antietam, octubre 1862



Allan Pinkerton del Servicio Secreto, Presidente Lincoln, y el Mayor General John McClernand, 1862



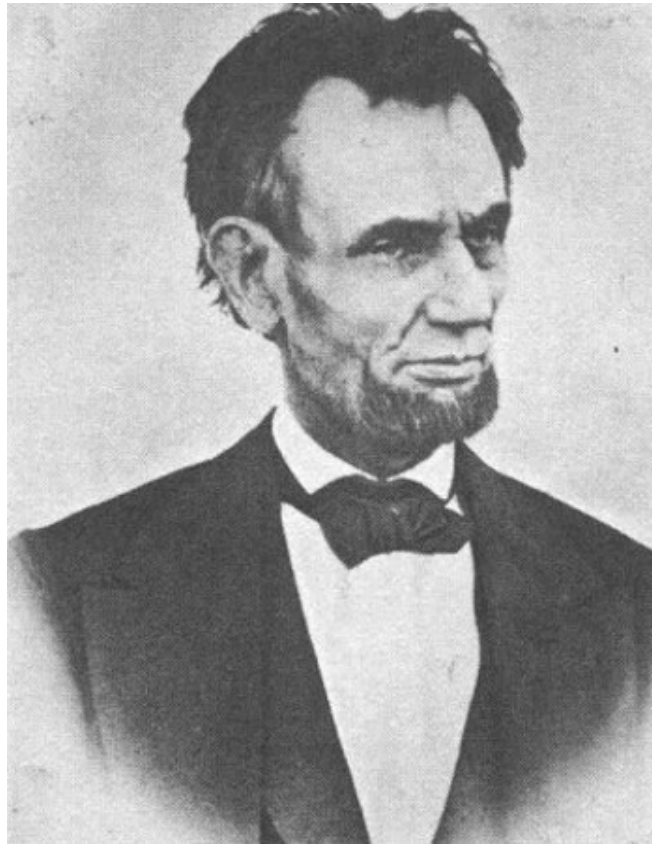
Firma de la Proclamación de la Libertad

Abraham Lincoln

Firma de Abraham Lincoln



Abraham Lincoln y su hijo Tadd



Ultima fotografía de Abraham Lincoln en 1865



Pistola Derringer con que se asesinó a Abraham Lincoln

Capítulo 1

EL JORNALERO

El huracán invernal sacude violentamente la cabaña. Al igual que barre la planicie haciendo gemir los corpulentos árboles todavía respetados por la mano del hombre y despreciando las miserables chozas de madera, así parece que ha de hacer temblar medrosamente a quienes buscaron en su interior refugio y techo protector contra los elementos. Pero los moradores de la cabaña están acostumbrados a los aullidos del viento, y apenas si los oyen ya. Lo mismo los grandes que los chicos, todos duermen, rendidos por el trabajo del día.

Sólo el más pequeño, un rapaz de cuatro años, acaba de despertarse, a causa de una piedra que el vendaval ha arrancado de la chimenea, lanzándola contra la pared. Precisamente, la piedra ha ido a parar junto al jergón de hojas en que duerme con su hermana. El niño ocupa el lado de fuera, pues Sara siente mucho frío cuando el viento penetra por entre las juntas de los troncos y, si bien le lleva algunos años, es de constitución más delicada, en tanto que el muchacho es robusto y de osamenta sólida. Si al menos Sara no tirase siempre hacia su lado de la piel del zorro cazado últimamente por el padre, todavía podría el chico abrigarse un poco; pero es el caso que, dormida y todo, la tiene tan enérgicamente agarrada, que, por más que hace, no logra arrebatársela. Bien apretados el uno contra el otro para mejor defenderse del frío, el niño ve junto a su cabeza una manecita, una oreja y un mechón de los revueltos cabellos de la hermana, y de cuando en cuando siente rebullir, allá en lo hondo, los deditos de sus pies. Menos mal que las brasas de la chimenea iluminan la cabaña con un ligero resplandor; así, siquiera, podrá entretenerse mirando en torno.

Algo reluce a través de la atmósfera enrarecida de la cabaña, muy cerca, y tan dorado y brillante como, según la madre, son todas las cosas en el cielo. Es el gran cubo de cinc que todos los días, al anochecer, llena la madre en el arroyo. Al lado opuesto, otro objeto resplandece, colgado de la pared. Es el hacha del padre, que los niños no deben tocar, pues tal es su filo, que en un santiamén se pierde un dedo. Debajo del hacha duerme el padre, junto a la madre. También hoy ronca bastante fuerte.

Vagos, como en un ensueño, los pensamientos del niño van hacia la madre dormida, y una especie de leve tristeza se apodera de él al recordar que, cuando era más chico, dormía junto a ella, en su misma cama. La sensación del calor materno vuelve a su mente, en la primera fila de sus recuerdos: aquel tiempo era mejor que el actual; entonces tenía algo que ya no tiene. Pensando en esto, aún siente más frío; pero se guarda mucho de llamar, prohibido como está por el padre. Pero todo tiene arreglo en este mundo, con tal de saberse ayudar a sí propio. Estirando los bracitos, trata de alcanzar la falda de la madre, con la que ésta los cubriera al acostarlos, caída ahora al otro lado de Sara. Desgraciadamente, todos los esfuerzos son inútiles; no llega hasta tan lejos, y un aire cortante penetra precisamente por aquel sitio. De pronto, al resplandor de las brasas, descubre encima de él un trapo pendiente de un clavo. Incorporándose con cuidado, hasta ponerse de puntillas, consigue llegar justo hasta su borde. Inmediatamente, con mucha destreza, lo aplica entre las junturas de los troncos, y ¡al fin desaparece aquella condenada corriente! Para colmo de bienes, logra conquistar a Sara un pedazo de piel. Poco a poco, va entrando de nuevo en calor. De repente, se queda otra vez dormido.

Cuando vuelve a despertar, ya arde el fuego espléndidamente, ahuyentando la luz grisácea que asoma por entre las junturas de los troncos. Sara duerme todavía, pero la madre se halla en pie al lado del fuego, añadiendo un poco de agua caliente a la leche, pues, desgraciadamente, una de las tres vacas ha muerto hace poco, cosa que no ignora el chico que observa y escucha con atención cuanto se dice y hace a su alrededor. Seguramente, el padre se encuentra ahora en la cuadra; pero cuando se lo pregunta a la madre, no obtiene respuesta; tan ocupada se halla.

Como jugando, sin prisas, se enfunda en su pantaloncito de cuero y se pone la chaqueta y las botas, todo de cuero, sin curtir, que el padre ha cortado de una piel de búfalo y la madre cosido -lo mismo que el resto de la indumentaria familiar, por otra parte. Enseguida, se bebe un tazón de leche humeante, que acaba de hacerle entrar en calor. ¡Ah, si pudiese jugar con el bote de hojalata que está en el suelo! Pero la hojalata no se debe tocar; con ella puede hacer el padre una criba, o bien un rallador, o cualquier otro utensilio por el estilo. Sólo se puede jugar con la madera, tiene dicho su madre; pues para eso hay toda la que quiera, lo mismo para construir

que para quemar, sobre una extensión de más de mil millas, hasta donde la tierra termina.

"¿Cuándo vendrá el domingo?", pregunta el niño, acercándose al fuego. Y la madre sonríe, adivinando que piensa en el pan blanco que amasa siempre el sábado. Luego, tomando la última hogaza del estante alto, adonde no pueden llegar los niños, con un gran cuchillo corta de ella una buena rebanada. Y como le ve ahora, con su taza de estaño en la mano, acurrucarse a su lado y mojar golosamente el pan en la leche, sin poderse contener se inclina hacia su hijo y le besa. Él se está quieto, mientras tanto, con el tazón de leche en una mano y el pedazo de pan en la otra, esperando a que le suelten para seguir engullendo. Luego, la mira de soslayo y piensa para sus adentros por qué tendrá su madre la mirada tan triste; pero, temiendo disgustarla, no se atreve a hacer la pregunta.

Ya está la madre en pie al lado de la mesa, un tronco de árbol gigantesco, apenas desbastado por la parte inferior. Por encima es bastante liso; pero hay que tener cuidado, pues de lo contrario es fácil clavarse una astilla en los dedos y, entonces, sale la sangre y el padre regaña.

Entre tanto, ha acabado de vestirse la hermana, y salen los dos al cobertizo en busca de leña. Ya han aprendido a distinguir la verde de la seca, y la dura de la blanda; también saben quebrar como es debido las ramas secas, y unos cuantos viajes les bastan para reunir un buen montón. La madre, entonces, coloca la olla grande sobre las trébedes de cuatro patas y empieza a preparar la comida. Los chicos corren de un lado a otro y traen del jardincillo que hay delante de la casa algunas hierbas de invierno; la sal escasea, y el rancho sin ningún condimento no gusta a nadie, ni siquiera aquí, en el bravío Oeste. Pues estamos en el centro de Kentucky, y en una época en que la mitad del Nuevo Mundo era tan agreste como dos mil años antes el Viejo, cuando el colono tenía que abrirse paso con el hacha a través de aquellos bosques, talando y desbrozando durante meses antes de poder plantar sus maizales, mientras su fusil era el encargado de alimentarle. Por otra parte, ésta es la región más pelada, punto menos que un desierto, y la fuente que brota en la proximidad de las cabañas no tarda en desaparecer de pronto entre los peñascos.

¡He aquí ya de vuelta el cazador! A eso del mediodía se oyen los ladridos del perro, que sirven de heraldo. Empinándose, los chicos logran alcanzar la tira de cuero que cierra la puerta, y ésta se abre en el preciso momento de llegar el padre, que trae al hombro la escopeta y una liebre bien gorda. Es alto, más bien grueso, moreno y barbudo, y cuanto lleva puesto encima, pieles y cueros, procede de la caza. Le gusta más cazar que trabajar con el cepillo de carpintero, que es su verdadero oficio, y prefiere vagar por los campos en acecho de la presa que hacer sillas y puertas para los vecinos del contorno. Al sentarse ahora al lado de la lumbre, mientras la madre le sirve en el tosco plato de arcilla, el niño lo compara en su interior y, sin saber a punto fijo por qué, le parece que la madre, tan grave y silenciosa, debe de sufrir más que el padre, de carácter voluble y locuaz.

Apenas ha cumplido el rapaz los cinco años cuando el inquieto espíritu del padre traslada la familia al Noroeste. La tierra es allí fértil y generosa. La nueva cabaña se levanta a la orilla de un rápido riachuelo. La vida es sumamente placentera, sobre todo en verano. Las noches son tibias y rara vez se padece hambre, ya que el bosque ofrece caza abundante. No lejos de la rústica cabaña pasa una carretera, en la que pueden verse muchas cosas, pues sirviendo de unión a dos ciudades, su tráfico es intenso. Ya un poco más crecido, entérase el niño de que las ciudades se llaman Louisville y Nashville. Por el camino pasan carros cargados con muebles y enseres domésticos y ocupados por familias enteras, siempre en dirección al Poniente. Algunas gentes pasan a caballo, llevando un saco de maíz que venderán en la ciudad; otros llevan cajones llenos de cosas misteriosas; y también pasan soldados, de los que el padre dice que vuelven de la guerra. Y una vez llegó por la carretera y se detuvo en la cabaña un hombre, vestido con un traje muy bonito, todo de lana, según dijo la madre, y se detuvo hablando con el padre de lo fecundo que era el suelo del Far West y de lo barato que era allí el terreno.

Los niños no pueden jugar en la carretera tanto como desearían. Constantemente los llama su madre, pues tienen que limpiar el jardín de cizaña, buscar frutos silvestres y recoger hongos, que la madre seca en casa y guarda para el invierno. Cuando el niño tiene seis o siete años, su padre lo lleva consigo al campo, no en son

de juego, sino como ayuda en la faena. ¡Arriba y abajo, arriba y abajo! Es un trabajo muy cansado, pero no hay más remedio que aprender a hacerlo bien. Entre tanto, Sara ayuda a la madre en casa a ordeñar las vacas, y pasa las veladas hilando. Pero los domingos se sientan delante de la cabaña y la madre canta con voz afinada y dulce antiguas canciones. A veces narra historias de la Biblia, pues tiene la admirable memoria de los analfabetos. Y ya toda su vida quedarán estos versos unidos para el niño a la voz que se los cantara primero. El padre, sentado a un lado, fuma y escucha. Comparándolos, el niño no puede menos de sentirse más atraído por la madre: es más fina y más joven, y aunque de corpulencia pareja a la del marido, impone menos a los niños. El pequeñuelo la examina en secreto con sus ojos vivos, escrutadores. Observa la piel morena, amarillenta; lo pronunciado de sus facciones, frente, mentón y pómulos muy salientes; y la mirada de sus ojos grises, de una tristeza tan extraña, le hiere bruscamente el corazón, haciéndole comprender por qué prefiere cantar canciones cortas, de monótono ritmo.

Pero un domingo, al salir todos para visitara unos amigos del pueblo, se sorprende de verla más alegre que los demás. Baila más que todos y no se fatiga nunca. Esto le choca al niño y, por vez primera, comprende las alternativas de la tristeza y la alegría... Entonces se despiertan en él vagos sentimientos y adivina que en la aparente tranquilidad de la madre debe de esconderse algo que lo asusta.

A veces la madre le permite acompañarla a visitar a otros colonos, en cuyas casas permanece largos ratos sentada, cosiendo. Estas gentes poseen una casa grande, cuya cocina, situada en el piso bajo, es más espaciosa que la de su propia casa; arriba tienen dos habitaciones amuebladas con verdaderas camas, hechas por su padre. ¿Por qué trabajan papá y mamá para los demás? Porque la carpintería y los trabajos de aguja les producen dinero, que les permitirá comprar un caballo nuevo. ¿Por qué tienen los otros más dinero? Porque son ricos. ¿Por qué son ricos? Esta última pregunta queda sin respuesta.

Con extrañeza cada vez mayor, contempla el niño a los vecinos. El tío y la tía también han venido a vivir aquí. La tía Sparrow parece ser su predilecta; es una mujer vivaracha, ágil, lista, de carácter firme, encanecida ya, pero con mejor salud que su madre. Sabe contar a los niños muchas cosas, pues en su juventud recorrió mucho mundo; relátales también algunos episodios de la gran guerra en que los

americanos derrotaron a los ingleses. Sabe leer en la Biblia y hasta escribir con facilidad en un pliego de papel, como si jamás hubiese trabajado en campos y huertas.

Alguna vez los niños preguntan a sus padres qué hacían en su juventud. La madre dice que muy lejos de allí está Pensilvania, donde vivía su abuelo, un cuáquero, hombre piadoso y bueno; pero cuando el pequeño pregunta acerca de su madre y de dónde ha venido la tía, sólo obtiene de ella evasivas.

El padre, en cambio, es más comunicativo, tan amigo de contar a los niños las cosas de su juventud, como de montar a caballo. Hoy les habla de los indios. Según él, de la hermosa Virginia vinieron los indios a esta pobre tierra de Kentucky; pero, en realidad, procedían del Norte, como la madre, y no tenían nada que ver con el Sur. En aquellos tiempos, los indios emprendían el sendero de la guerra contra los blancos. El padre, que era entonces un pequeñuelo no mayor que el hijo que le escucha con los ojos muy abiertos y los labios apretados, se hallaba un día con su padre y hermanos en el bosque próximo a la choza cuando, de repente, sonó un tiro. El padre cayó a tierra, los hermanos corrieron hacia la choza en busca de auxilio, y el pequeño quedó solo; el padre permanecía inmóvil. Saliendo de su escondite de árboles, los pieles rojas se precipitaron entonces sobre el niño, que grita y se resiste, hasta que vuelve el hermano y mata con su rifle a uno de los bravos. Las balas comienzan a llover sobre el lugar, y el niño corre a ocultarse en la choza. El rapazuelo escucha asombrado el relato de su padre. Si el abuelo, que se llamaba Abraham, como él, fue muerto por los indios, lo mismo puede sucederle cualquier día al padre. Pero éste se ríe, diciendo que los de ahora son ya otros tiempos.

¡Qué bien sabe narrar el padre una historia!, piensan los niños. Pero no sabe leer, y se ríe de la madre cuando ésta dice que aprender a leer es una buena cosa. Si el padre sabe hacer armarios y ventanas, cazar, sembrar y cortar leña, ¿qué falta puede hacerle la ilustración? ¡Si él pudiese leer! ¡Si pudiese escribir como la tía! Ahora le permiten ir algunas semanas a la escuela, pero ésta dista cuatro millas, y cuando llueve, las botas de piel de liebre no protegen sus pies de la humedad más que si los llevase desnudos. La escuela es una cabaña de madera apenas más grande que la casa, pero aquí hay dos ventanas de papel esmerilado; también la

chimenea es mayor. El maestro es un cura, que hace circular un libro de mano en mano, enseñándoles los signos, haciéndoles deletrear uno detrás de otro, lentamente, silabeando y repitiendo continuamente en voz alta. ¿Esto es, pues, leer? Pero aún falta mucho para poder leer una historia y escribir como la tía; tal vez ni siquiera les enseñarán a hacerlo.

En cambio, otras cosas nuevas hay este año. Al padre le han hecho inspector de carreteras y, cuando el chico le acompaña, escucha a las gentes de la pequeña ciudad, y oye hablar de Indiana, país maravillosamente fértil, adonde se dirigían los jinetes y carros que llevaban dirección poniente, y del gran río Ohio, que corre entre los dos Estados. También tiene ahora el padre una función de vigilancia, casi policíaca, y como todo esto le gusta más que trabajar de carpintero en casa, recorre el país en todas direcciones, siendo bien recibido en todas partes, pues la gente aprecia su arte de narrador. Y el rapaz lo escucha atentamente, anotando las pequeñas variantes que, de un día a otro, introduce su padre en el relato de una misma historia. Cuando el padre tropieza con un negro, le detiene, exigiéndole exhibir cierto papel que le permite andar por allí y llevar al hombro lo que lleva. "¿Por qué?", pregunta el niño. "No puedes entenderlo todavía."

Pero un día, en Hodgenville, tiene su padre que encargarse de unos presos. ¿Qué son presos? Hombres malos, que es preciso encadenar. Y contempla con horror el niño las caras encolerizadas de los hombres malos, y sus ojos fijos en el padre, que abre con una llave grande y oxidada la puerta de una choza oscura, en la cual los hace entrar; después cierra la puerta de nuevo y los hombres quedan solos. Pero la compasión del chico acompaña a los hombres encadenados. ¿Así, pues, hay hombres que ponen a otros hombres cadenas en los pies? Esto es aún más odioso que los ricos, para los cuales el padre tiene que hacer sillas y la madre coser camisas si es que quieren comprar pan y té.

¡Cuántas cosas más hay que observar y pensar este verano! El padre corta los árboles más altos. El hacha, que frecuentemente afila y engrasa y que casi siempre lleva colgada del pantalón, corta ahora de raíz los viejos gigantes del bosque. ¿Para qué? ¿Acaso no tenemos casa ya? Servirán para hacer una balsa. ¿Qué es una balsa? Una cosa como un buque, en la que se puede viajar por el río hasta el mar. ¿Dónde está el mar? Al Sur. Ahora ya puede el niño sostener las cuerdas y ayudar

un poco a empujar, pues el padre ata los troncos entre sí y empuja el artefacto de la orilla al riachuelo, que, según dicen, desemboca, más al Oeste, en el gran Ohio. Finalmente el padre hace rodar diez grandes barriles sobre la balsa y el niño oye decir que el padre los ha comprado y que están llenos de whisky. Durante estos días, la madre suspira de continuo y, por fin, los niños se enteran del porqué. El padre ha vendido la choza y toda la tierra de la granja. Quiere emigrar a Indiana, donde, según cuentan, todo es más rico y fértil; trabajar poco y cosechar mucho es lo que él quisiera. Diez barriles de whisky y veinte dólares le dieron por la venta. ¡Quién sabe lo que les espera allá en el Occidente!

Todo está ya listo. De pie en la orilla, despídense la esposa y los hijos, y él, ayudándose con su remo nuevo y largo, se aleja de la ribera y no tarda en perderse de vista. Pero antes de mucho tiempo está de vuelta; muchas cosas cuenta de su viaje y ríe, dando golpecitos en la espalda de la madre; parece muy animado y lleno de esperanza, pues Indiana, según declara, es un paraíso. Ha llegado el otoño, y con él las semanas de lluvia, cuando embalan todos sus enseres: útiles de cocina y herramientas, pieles y vestidos, exiguo equipaje que atan sobre dos caballos, en los que todavía montan: la madre y la hermana, en uno; el padre, llevando al pequeño delante, en el otro. Y ahora también ellos recorren la ruta de Occidente, por la que vieran pasar antes a tantos. Cinco días dura el viaje. De noche, mientras la madre y los pequeños duermen envueltos en sus mantas y sobre el suelo del bosque, el padre vigila, pues aquí no está uno seguro ni de los animales ni de los hombres.

Pigeon Creek, el palomar, como llaman a la nueva casa, es más grande y ventilada que la choza de Kentucky. El padre la ha construido deprisa, ayudado por sus parientes; entre tanto, la familia ha encontrado refugio, mal que bien, en una barraca vecina. Antes y después de ellos, llegaron el tío, la tía y los primos a la nueva región, que es la esperanza de todos los colonos. El niño se alegra de ver al padre cortar árboles más altos para hacer la choza más grande que la anterior, y también le hace feliz que la de ahora tenga un desván debajo del techo.

El padre está siempre de buen humor; esta vez tiene que cambiar la suerte y hacerse rico; por lo pronto, se puede cazar durante días y semanas, pues aquí

abunda la caza. La nueva hacienda se encuentra sobre una pequeña cuesta circundada de campos y espesos matorrales. El río queda ahora algo más lejos y los niños tienen que buscar el agua a una distancia de un cuarto de hora; cuidando de no perder ni una gota siquiera del cubo de cinc; además, habiendo cumplido el pequeño ocho años, debe dormir de ahora en adelante arriba, en el granero. Se sube a él por unos travesaños que el padre ha clavado entre los troncos de la pared; esto es fácil y da gusto; pero arriba está oscuro como boca de lobo porque falta el resplandor del fuego y no hay ventana que deje penetrar la luz matutina; sin embargo, en invierno, está el niño mejor arriba, porque el techo es muy bajo y las juntas están mejor tapadas contra la lluvia que abajo lo están contra el viento; pero en verano hace un calor tremendo, y no hay ventana para la ventilación.

En cambio, hay ahora más movimiento y vida que antes, pues los abuelos maternos también se han trasladado a Indiana; se llaman Sparrow y han traído a su hijo adoptivo, Dionisio Hanks, un adolescente de dieciocho años; todos ellos se muestran amables y bondadosos para con el pequeño Abraham, y ni siquiera son demasiado viejos.

Aquí hace falta estar muy unidos entre sí, pues la región todavía es salvaje y ya los osos han destrozado a un hombre. Por eso arde fuera, ante la choza, un fuego continuo, que sirve para ahuyentar a las fieras y también para purificar el aire húmedo alrededor de la choza. Porque la región es pantanoso; hombres y bestias sufren sus efectos y hasta los niños tienen que comer corteza del Perú para prevenirse contra el paludismo. Bueno es el remedio para esto; pero, en cambio, deprime el espíritu, sobre todo en los pequeños, que no es fácil que estén alegres. Un extraño temor a la sabana han rechazado una y otra vez a esta gente al interior de los bosques, donde tienen que abrir claros y, cavando y labrando penosamente, prepararlo todo para sembrar maíz. Entonces hasta los niños tienen que ayudar, y más que ninguno él, que tan fuerte es; así, debe sembrar en primavera, cosechar en agosto, golpear con el revés del hacha los granos del centeno en el hueco de un tronco de árbol, dar de comer al cerdo durante todo el año, reemplazar luego a la madre en ordeñar la vaca, procurando que nunca falte leña y agua. Así pasa la vida igual, día tras día y año tras año. En invierno es difícil lavarse con frecuencia; muchos días se sientan en la choza al amor de la lumbre, y vienen los vecinos y

todos beben, fuman, toman rapé, escupen, incluso la mujeres y cuentan historias horripilantes.

Pero un octubre, cuando hacía ya un par de años que se hallaban allí, la vacas, tal vez por haber comido algo dañino o solamente acaso por la humedad del suelo, enferman, y de repente se propaga una fiebre maligna que no tarda en contagiar a cuanto ser viviente hay en los alrededores. Los caballos caen, las ovejas se arrastran convulsivamente por el suelo, la leche se echa a perder, y hasta los hombres se contagian, y gimen, echados sobre sus sacos de hojarasca. El médico más próximo se encuentra a 35 millas de distancia y está abrumado de trabajo con los enfermos de su distrito. Un sopor letal y un deseo desesperado de salvar al prójimo y a sí mismo invade los corazones alternativamente; nadie se ocupa de los niños sanos; y, ¿quién cocina en casa, quién cuida de los animales sanos y enfermos, quién afila el hacha, quién seca las ramas, quién cose las pieles, quién? La madre cae enferma, todos caen enfermos tras ella, y algunos empiezan a morir.

Los vecinos se mueren, el abuelo y la abuela mueren sobre sus sacos de hojarasca en la choza, y poco después muere también la madre. Su naturaleza, minada por la tuberculosis, su cuerpo delgado y mal nutrido, la falta de voluntad de vivir ofrecen a la enfermedad un campo abonado. El muchacho, casi de diez años cumplidos, está en pie al lado de la mujer muda y pálida, y no puede salvarla ni ayudarse a sí mismo. Ve llorar al padre, tan alto, tan fuerte, y cómo van cayendo las lágrimas sobre su enmarañada barba. Desde que murió el primer vecino, el niño ha visto al padre ocupado en hacer ataúdes; usa tablas de madera sin cepillar y, cuando las clava, el resonar del martillo repercute en los nervios de los sanos.

Ahora observa cómo toma el padre las medidas de la madre muerta; en su interior se dice que era muy alta, y cuando mira luego a escondidas cómo sierra y clava, juntando las planchas con clavos de madera, porque de hierro no los hay, lo llama el padre para que le lleve esto o aquello y tiene que ayudarle en la faena. Así pasan el primer día muy ocupados, con idas y venidas, sin poder darse cuenta de lo que ha pasado.

Pero cuando colocan a la madre en la caja y la caja en la tierra, y vuelven a la cabaña y encuentran la cama vacía, un hondo sentimiento de abandono se apodera del niño. Ya no quiere al padre; una palabra ruda, un golpe que de él recibiera, se le

agolpan a la memoria; todo lo bueno vino siempre de la madre; ella no le pegó nunca, lo cuidó siempre, y cuando parecía triste solía mirar al niño, que se asemejaba a ella. El sentimiento de un convivir secreto, que tal vez no existió nunca, llena al niño, y este sentimiento ya no le abandonará en toda su vida. Propenso, como todas las naturalezas serias, a lo inaccesible o perdido, se intensifica en él el recuerdo y el cariño a su madre, duplicando su melancolía.

Un año más tarde el padre se prepara para un viaje; quiere ir a la ciudad y tardará en volver. Tal vez dice a los niños que les traerá una madre nueva O, acaso, el primo ha escuchado alguna conversación. El niño, cada vez más reconcentrado y reflexivo, pasa los quince días lleno de desasosiego; seguramente ya este hombrecito de once años ha oído algo de la fama de las madrastras. Y una tarde de diciembre llegan. Cuatro caballos han arrastrado el carro desde Kentucky hasta aquí. Las bestias parecen bien nutridas y el carro en buen estado. Los corazones de los niños laten temerosos. ¿Cómo será ella? Una mujer alta, rubia, parlanchina, desciende del carro; tiene el pelo rizado y amables las facciones. Pero, ¿qué es lo que ven aún debajo del toldo? Cohibidos como los niños que se asoman a la valla de la choza, otros tres niños miran desde el carro; y el padre, más cohibido que todos, lleva a sus hijos al lado de ellos y les dice que se llaman Juan, Matilde y Sara. Otra Sara, piensan los otros, pero no les queda tiempo para más, pues pronto empieza el padre a descargar cestas y cajas, de las que salen telas y otras cosas, un armario barnizado y, ¡por fin!, verdaderas camas.

En pocos días, el primer apretón de manos, todavía tímido, se ha convertido en camaradería y juego. Ahora ya saben, porque han oído al padre llamarla así, que la nueva mamá se llama Sara también. Pronto empieza a mejorar todo en la casa: hay que tapar las hendiduras y pulir la mesa, y pronto se acuesta el niño arriba, en el desván, en una verdadera cama, junto a Juan Johnston. Éste le cuenta que su padre se llamaba así y que murió exactamente el mismo otoño que la madre de Abraham. ¿Conocería, entonces, el padre a la nueva mamá ya antes, tal vez desde hace tiempo?, piensa el pequeño, y se esfuerza en poner en claro este punto oscuro.

Aunque no está comprobado que la segunda mistress Lincoln sepa leer, aprecia los libros e insiste en que todos los niños vayan a la escuela del ermitaño, que habita una barraca cercana. Con esto se gana pronto el corazón del niño, pues aproximarse

al tesoro misterioso que deben encerrar los libros es algo que le quita tranquilidad desde hace tiempo; y este deseo se le acrece cuando oye hablar al cura, al agrimensor, o al abogado que algunas veces pasa por el distrito. El padre quiere hacer de él un simple carpintero y se ríe de la madre cuando ésta habla de ilustrarle; él tampoco ha aprendido nada, y, sin embargo, le va bien. Y es que su humor jovial y su imaginación nutrida de historietas le hacen ver el mundo y su vida más risueños de lo que son, y más henchidos de esperanzas.

Los domingos van a la iglesia, que es un salón destartado, y muchas veces habla alguien de la comunidad, pero los niños apenas comprenden lo que dice. Sin embargo, en la escuela aprende deprisa y no tarda en saber escribir. . "Aprendió mejor y más deprisa que los otros", asegura más tarde su primo.

¡Pero el papel es tan escaso y tan caro! En la casa se ensaya escribiendo con un trozo de leña quemada, preparado por él, sobre la tapa de una caja, y cuando la plana le sale regularmente, la copia cuidadosamente sobre el precioso papel, acostumbrándose de este modo desde la infancia a pensar sólo lo esencial y a expresar brevemente sus pensamientos. De esta manera aprende Abraham Lincoln a escribir.

Sus dedos no son hábiles, ya que hasta los once años sólo los ha empleado para llevar y empujar cargas; y en invierno tienen los niños tanto frío, que les ponen en las manos patatas calientes para que no lleguen a la escuela con los dedos helados. Cuando escasea el dinero o el padre necesita ayuda, entonces no le permiten ir a la escuela, pues lo primero es procurar leña para la estufa; una ternera vale ocho dólares; un libro, en cambio, no vale nada, y para un hijo de colono del Far West es más importante el hacha que la pluma.

Por lo cual aprende a manejar el hacha, pues siendo con relación a sus años muy alto y muy fuerte, el padre cuenta ya con la fuerza corporal de su hijo de once años. Ahora le lleva también consigo a cazar, pues hace tiempo ya que le enseñó a manejar la escopeta. ¡La caza de los gallos salvajes! Sigilosamente se aproximan los cazadores: he ahí un hermoso ejemplar, presentando un blanco seguro; no hay más que apuntar y disparar. Así lo hace el muchacho, y el animal cae a tierra. Pero apenas ha dado unos pasos hacia él, cuando se detiene, espantado. Por primera vez en su vida ha comprendido el formidable poder que un ser vivo puede arrogarse

sobre otro. Ya no piensa con anticipada delicia en el sabroso aroma del asado dominguero. Lleno de horror, devuelve el arma a su padre, no sin cierta sorpresa de éste, aunque por el momento no le pida explicaciones. Sin embargo, es muy probable que más adelante habrá de encontrar punto menos que incomprensible que, reuniendo todas las condiciones para llegar a ser un buen tirador, se niegue rotundamente su hijo a disparar otra vez. ¿Cómo vivir en el Oeste, ser ya un mozo crecido y fuerte, y negarse a ser un cazador?

¿Pensará el mozo en los presos? ¿Comparará el destino de unas criaturas con el de otras? ¿Buscará vanamente una luz en estas tinieblas? Lo único cierto es que Abraham Lincoln sólo disparó una vez en su vida sobre un ser vivo.

Lo más divertido de todo es ir a caballo al molino nuevo; reúnese allí mucha gente que, al parecer, tiene tiempo de sobra, pues cada cual espera tranquilamente que le llegue su turno, y cuando éste llega, cada uno engancha el mismo caballo en que ha venido, y le hace dar vueltas al travesaño. Mucho se charla allí, y el chico aprende bastantes cosas. Hablan del nuevo Presidente, del resultado de las próximas elecciones y de cómo marcharán los asuntos si ganan los Estados partidarios de la esclavitud o los otros. De esto ha oído ya algo el joven en la iglesia, y al preguntar de nuevo al padre, éste le declara que es del parecer de los metodistas, que quieren abolir la esclavitud, por no ser cristiano el que un hombre pueda encadenar a otro y darle de latigazos cuando se le antoje.

A menudo el mozo mira al padre de soslayo, pone atención a lo que dice y hace, observa cómo trata a la madre y si le gusta trabajar; en el fondo, el padre y el hijo no se estiman excesivamente; el padre prefiere, evidentemente, a su hijastro Johnston, el ligero de cascos. Muchas veces su padre va a caballo al juzgado. Al regreso, le oye maldecir de un vecino y también del Gobierno, que le exige el pago de los terrenos que le concediera antes. ¿No ha trabajado en ellos durante años, consiguiendo por fin hacerlos productivos? ¿Y todavía le exige el Estado dinero? ¡Como si uno fuese esclavos! El hijo no tiene muy buena opinión de la prudencia del padre, y el no saber leer, ni querer oír nada de ello, tampoco le favorece a los ojos del joven. Pero que prefiera contar historias a arrimar el hombro al trabajo, no

habiendo aquí nada que pueda estimular su ambición, no le parece mal al hijo. ¿Y si tuviese razón el padre en lugar de la madre? Cuando el abuelo paterno Abraham, cuyo nombre lleva y al que mataron los indios, se trasladó a los bosques, sólo era un simple leñador y cazador y se pasaba semanas enteras sin tropezar ni hablar con nadie.

Pero, por otra parte, el mozo se entera de que los hermanos del padre, dispersos por el mundo, son hombres prósperos, poseedores de grandes haciendas, mas nada inclinados a mantener relaciones con el padre. Su primo Dionisio le cuenta extrañas cosas que luego, de regreso a su casa, en el desván, lo hacen reflexionar largamente en la oscuridad. Hace poco oyó decir que el padre se había casado con la sobrina de su amo. ¿Luego era antes un criado? Es más: hacía ya tiempo que la pretendía por esposa, pero ella le había dado calabazas y se había casado con Johnston, por ser éste más rico; entonces el padre se casó también con otra, y sólo cuando murieron, el año anterior, sus respectivos cónyuges, consintió Sara en ser su esposa.

Extraños pensamientos fluctúan en su cerebro de adolescente. ¿Luego su propia madre había sido realmente la mujer que no correspondía al padre? ¿Por eso tendría la mirada triste? A pesar de todo, no puede odiar a la nueva madre: la quiere, porque procura ser igual para todos. Pensando en estas cosas, se queda dormido al lado de Juan, su hermanastro, al que no le une ningún vínculo de sangre.

Tal vez piensa a veces que hay demasiada gente en casa para tan poca comida, y un día, al dar el padre las gracias en la oración diaria de la mesa, el joven, que no ve delante de sí más que patatas, exclama: "¡Vaya, padre, hoy hay que agradecer poca cosa!" Además, comienza a comentar a su manera la vida diaria. Un día, en el molino, grita a cada vuelta al caballo: "¡Arre, viejo penco!", y le pega con el látigo. Cuando vuelve a pegarle gritando: "Arre", el caballo le tira una coza y le acierta en la frente: el mozo cae desmayado y echando sangre. Así lo llevan a la casa y sólo recobra el conocimiento a la mañana siguiente. Al volver en sí, salen de sus labios las dos palabras de marras: "¡Viejo penco!" Todos se echan a reír, pero él lo cuenta todavía al cabo de una porción de años, pues nunca cesará de observarse a sí mismo y de aprender de este examen interior.

No le gusta lo más mínimo trabajar con brazos y piernas, pero siempre quiere aprender, no para lograr una vasta erudición, sino para enterarse, comparar,

comprender la naturaleza humana y, sobre todo, comprenderse a sí mismo. Desde luego, lee todo lo que encuentra; pero encuentra poco, pues para leer de día hay poco tiempo, y de noche poca luz. En verano, cuando las tardes se prolongan, se acurruca a la sombra del alero, altas las rodillas, alerta los ojos, que escudriñan las páginas hasta que la luz lo permite; de noche, se sienta al lado del fuego, removiéndolo de vez en cuando, pero sin buscar más luz que la suficiente para poder leer, pues las pocas velas, que, al igual que el jabón, la madre misma fabrica, se destinan para los días de fiesta. ¿Qué es lo que lee el adolescente larguirucho así echado de bruces y apoyado sobre los codos?

Lo que la casualidad lleva hasta él; pero todo ello le abre vastos campos de conocimientos, que el mozo atisba como a través de una puerta entreabierta y no tarda en cerrarse. *Pilgrim's Progress*¹ le conduce a su primer examen de sí mismo. Robinson no es más que una descripción intensificada de su propia vida de exploradores, y la Biblia suena siempre en él como una melodía eterna desde los días más remotos de su infancia. Pero ha aquí que, traídos por cualquier viajante o cura, llegan a la casa otros libros: las fábulas de Esopo, su primer contacto con las geniales sátiras de las flaquezas humanas; y en ellas se ejercita su espíritu, al mismo tiempo que se fortalece su comprensión.

La vida de Washington y la de Franklin, con sus numerosas anécdotas de la guerra de la Independencia, le proporcionan un abundante material anecdótico, que, hasta ahora, sólo conociera por los relatos de su padre. Un día, trae un pariente un libro voluminoso, propiedad del tío: *El Diccionario Etimológico*, de Ballay; en él encuentra el mozo de quince años todas las palabras inglesas y su significado. ¡Qué tesoro de sabidurías! Después llega a sus manos un libro aún más interesante: *Lessons in Elocution*, de Walter Scott: Introducción para ser orador, reglas de estilo, manera de conseguirlo y muchos ejemplos; la vida de los grandes hombres, discursos desde Demóstenes, escenas de Shakespeare para recitar. ¡Y, para colmo, el *Kentucky Preceptor*! Hay en 61 pensamientos sobre el valor, las mujeres, el deber, la libertad, la esclavitud, y el discurso inicial de Jefferson; es, en suma, una especie de libro educador que cae sobre el suelo fértil de este corazón y cerebro vírgenes como un torrente fructífero. Todo lo lee con atención, y como son pocos los libros, los lee enseguida una docena de veces. A veces, viene también algún paquete de la ciudad

envuelto en un periódico viejo o nuevo, cuya lectura suple en el cerebro del joven los tópicos de la charla cotidiana.

Si le permiten ir alguna vez a Gentryville, toma en la tienda el periódico de la mesa y lee de las nuevas elecciones y se entera de que quieren elegir como presidente a Jackson, un hombre del pueblo, a despecho de los manejos de los encopetados aristócratas del Sur.

Y siempre, en las conversaciones que escucha en silencio, en los retratos de periódicos que puede ojear, se encuentra con el tópico de los negreros del Sur; y también tratan muchas veces de esto en la pequeña iglesia que construyen cerca de Pigeon Creek, al cumplir él los catorce años. No acaba de comprender este asunto, pero se queda sentado durante horas enteras, silencioso, ensimismado, esforzándose por hacerse una idea cabal con ayuda de los fragmentos que conoce.

En la iglesia, que es tan sólo una barraca como las demás, el cura lee en invierno las Escrituras a la luz del fuego, y la gente canta salmos e himnos; también en casa se reza mucho, pero todo esto parece interesar al joven menos que su propia exploración del alma humana.

Si ahora le conociera un hombre de mundo y de ingenio, se inclinaría a tomarle por un poeta en ciernes; y lo es, pues hace versos que recita a su amigo. Sobre todo le hacen una impresión muy profunda las cosas que lee, oye y ve. "Aprendíamos mirando, oliendo y escuchando", contaba más tarde su primo. "Hablábamos de todo ello tanto tiempo, que las cosas acababan por hacerse completamente transparentes y familiares."

Año tras año aumenta el radio de su experiencia, a pesar de que su reducido mundo doméstico apenas se ensancha. Pero ahora puede ir algunas veces a caballo hasta el Ohio, donde el tráfico es intenso. Sobre sus arenosas orillas se detienen las embarcaciones, las casas flotantes, por entre las que se deslizan ligeros esquifes; las grandes almadías cargadas de cerdos y harina, conducidas diestramente a través de la corriente. También llega alguna vez una barca de vapor, uno de esos nuevos artefactos que cuando no están escupiendo humo están estropeados, de tal modo que sus tripulantes siempre han de estar reparando sus oxidadas máquinas. Al mozo más le interesan las barcas y almadías que estas extrañas máquinas, diestro como es en carpintería y sabiendo, pues su padre se lo ha enseñado, distinguir en

materiales, y cómo se ahueca un tronco de árbol y cómo se construye una almadía con troncos anudados.

Todo esto se dirige al Sur, hacia el mar, situado a mil millas de allí, a la desembocadura del Misisipi. Hacia el Sur van los traficantes que quieren vender sus productos, necesarios allí y bien pagados, pues el dinero abunda en las regiones en que crece el algodón, el algodón cultivado por los esclavos. Continuamente vuelven sus pensamientos hacia el Sur, y observa que las gentes del río hablan mucho de él; algunos con una especie de temor, otros como cosas, y espera, sentado en la orilla, pronto a prestar ayuda donde haga falta una mano hábil, y a recibir, en cambio, respuesta a sus preguntas.

A los dieciséis años es ya tan vigoroso que se habla de él como del mejor leñador del distrito; a los diecisiete tiene una estatura de seis pies y cuatro pulgadas. En una tercera escuela, a la que le permiten ir de nuevo durante un par de meses, aprende ahora algunas cosas, pero en total no ha ido a la escuela ni un año entero. Aunque ha aprendido a escribir correctamente, tiene las manos ásperas y curtidas, pues generalmente se emplean en manejar el cepillo o la sierra, el arado o las riendas, y, sobre todo, el hacha, que no le abandonará ya durante muchos años. Cuando la gente quiere cortar un gigante del bosque, le llaman, porque saben que sus golpes son más potentes que los de los demás. Es capaz también de llevar un gallinero entero al hombro, y así le encarga el padre trabajar para extraños y se embolsa buenamente los veinticinco centavos que gana el hijo al día. ¿Qué pensará el extraño adolescente de estos negocios? ¿No lo obligarán a recordar a la madre, que iba a coser por dinero a casa de extraños, teniendo, sin embargo, casa y hacienda? ¿Se acuerda, acaso, de los presos encarcelados por el padre? ¿Y no dijo en otra ocasión que trabajar como un negro para no recibir paga alguna no era otra cosa que esclavitud?

A medida que pasan los años, dedica más tiempo a la meditación. Largos ratos pasa sentado en tierra, contra un muro, apoyados los codos en las rodillas. El estar sentado o tendido le gusta más que andar o montar a caballo; desde luego, su trabajo cotidiano le exige ejercicio, pero éste no es muy de su agrado y cuando anda

suele mover desgarbadamente sus largos brazos. El paludismo, el alimento escaso y el trabajo duro han hecho de él un gigante descarnado, de pecho exiguo y espaldas encorvadas; para colmo, por herencia de su madre, tiene una cara amarillenta, seca, precozmente arrugada, de facciones groseras. Seguramente las muchachas piensan que el largo Abraham y de su gran nariz no les interesan; tampoco comprenden la muda seriedad de sus labios finos ni la taciturna elocuencia de sus ojos grises, cargados siempre de preguntas. Sólo ven lo que en él es grosero y áspero, y puede que den la razón al padre, que, como carpintero que es, dice de su hijo: "Parece tallado a hachazos, pero todavía sin cepillar."

Lo extraño de sus maneras hace que pronto lo tengan por un tipo cómico. En pleno campo deja a veces la azada a un lado, saca un libro y comienza a leer en voz alta, procurando que también sus compañeros aprovechen la lectura. Y hasta se da el caso de que les mande descansar, en tanto que él, sentado sobre una valla o una piedra, empieza a echarles un discurso. En el primer momento se asombran, luego comprenden que algo sabe del río, de las elecciones, de los tiempos antiguos, pero terminan por echarse a reír, pues lo cuenta todo en forma de historia, como aprendiera de su padre y de Esopo. Pero lo que más le agrada es imitar al cura, predicar como éste y hacer reír a los demás. La cuestión es hablar, ejercitarse; sólo necesita que le escuchen, no importa quién ni para qué. Un día llega el padre, interrumpe su discurso con un empujón y le reprocha su ociosidad.

En cierta ocasión ve un grupo de muchachos que maltratan a una tortuga, poniendo brasas encima de su concha. Abraham los pone en fuga y, de regreso a su casa, escribe un ensayo condenando la crueldad con los animales. Probablemente fue éste su primer ensayo; por la misma época escribió también otro contra los borrachos y el aguardiente, ensayo este que alguien leyó a gentes de la ciudad. Este extraño mozo parece como si quisiera socorrer a hombres y animales. En la época del deshielo salva a un perro que se ahoga entre los hielos flotantes; en una lucha, socorre al vencido; y todos le temen como adversario, pues en carreras y saltos sale siempre vencedor, gracias a sus largas piernas, y en las luchas, por su extraordinario vigor.

Como es tan fuerte, le llaman cuando se trata de matar una ternera, y él, que nunca va de caza ni es capaz de hacer sufrir a un conejo, abate al animal certeramente con

un golpe y lo corta en pedazos, como si fuera un carnicero; por este trabajo le dan 31 centavos por día. Los vecinos lo aprecian como matarife, y lo único que en él admiran es que sea el mismo joven que sepa escribir una carta y ponerle tan admirablemente la dirección, cuando alguien le encomienda este trabajo.

Tiene también una manera cómica de quedarse repentinamente distraído y echarse a reír sin motivo, o por una razón que sólo comprende su madrastra. Nunca dijo una mentira, certifica esta inteligente mujer, y sin duda que así fue. Pero sus diecisiete años han presenciado bastantes injusticias, y el mozo ha sentido a menudo cuán injusto es el destino del joven pobre; por esto se fija bien dónde se comete alguna con otros y, cuando la descubre, pone en juego sus fuerzas físicas; por esto escucha atentamente cuanto se dice en las sesiones del juzgado ambulante, que tienen lugar en la barraca más grande del pueblo vecino. ¿Sentenciarán también a la horca al asesino de un indio? Inconscientemente, sus sentimientos se inclinan a favor de los indios, que han sido expulsados de las tierras de sus padres y son un pueblo oprimido. No obstante, quiere que la cabeza examine lo que le dicta el corazón y le transmite la experiencia del que escucha. Después de oír hablar una vez a un abogado célebre, se hizo el propósito, él mismo lo refirió más tarde de llegar a ser otro tanto; pero cuando el mozo, lleno de fervor y agradecimiento, le tendió la mano, el personaje aparentó no ver al enorme y desaliñado leñador. El abogado famoso llamábase Breckwidge, y treinta y cinco años más tarde habían de encontrarse de nuevo. Por esta época prestan al muchacho un código del Estado de Indiana y por primera vez echa una mirada al mundo de la jurisprudencia.

También se esfuerza en conseguir para sí mismo cierto grado de libertad, y se la procura más por su brazo vigoroso que por la pluma. Pues sólo un muchacho fuerte y hábil puede llevar rápidamente a través de Ohio a dos viajeros con todo su equipaje, desde la orilla a bordo del vapor, y recibir por ello una moneda de plata. ¡Medio dólar! Jamás el joven Lincoln había soñado que se pudiese ganar medio dólar en una hora. Esto y la experiencia de la liberalidad de los extranjeros es algo que se graba profundamente en su alma y que nunca olvidará.

Cuando cumple diecisiete años y Sara diecinueve, su hermana se casa. Probablemente Abraham vio entonces los papeles que formaban la respectiva documentación. Es seguro que, dado su deseo de conocerse a sí mismo, su pasión

de dilucidar y de compararlo todo, hablara ya antes con sus primos de los abuelos y tropezara con un punto oscuro en la historia de su familia. En efecto, no tiene más que preguntarse a sí mismo por qué, llamándose los abuelos Sparrow, su madre figura en los papeles con el nombre de Nancy Hanks. Y, cuando interrogaba a la tía sobre este asunto, ¿no descubría en su penetrante mirada una especie de sobresalto? Su curiosidad crece ante las palabras vagas de uno de los primos y el mozo acaba por enterarse de lo que se había ocultado al niño. La abuela era en verdad sólo tía de su madre: la fuerte y vivaracha tía Sparrow, la que tenía una letra tan vigorosa, a pesar de ser ya una anciana, era su verdadera abuela. ¿Por qué se ocultó esto a los niños? ¿Qué había sucedido? Con admiración creciente se entera el muchacho de todo esto.

Su madre, cuya memoria tanto respetaba, era hija natural de Lucy Hanks; los padres de Lucy, intransigentes en cuestiones de moral, la habían echado de casa, pero se habían encargado de la niña sin padre, y su hermana Isabel Hanks, casada con un tal Tomás Sparrow, del que no tuviera hijos, había criado a Nancy como hija propia. Estos habían sido los "abuelos" oficiales de Abraham. Más tarde, Lucy Hanks se había casado con Enrique Sparrow, hermano de Tomás, dándole nueve hijos.

¿Quién, pues, había sido su abuelo? El joven continúa sus investigaciones y se entera de que la tía Sparrow, su abuela, había vivido cuando muchacha en Virginia, durante los años en que se llevó a buen fin la guerra de la Independencia. La lectura de la vida de Washington le había enseñado que, en aquellos tiempos, soldados y aventureros infestaban el Sur. Que una muchacha apasionada tuviese entonces un hijo era un accidente harto comprensible. Cosas semejantes ha visto él entre los vecinos alguna vez. Sólo que en estos casos el matrimonio lo arreglaba todo y el escándalo no tardaba en olvidarse.

Pero su propio caso era muy diferente. Cuando Abraham se entera de todo lo que le es posible saber acerca de la vida de su abuela, saca naturalmente la conclusión de que su abuelo materno era un hombre del Sur. ¿Qué clase de hombre era? ¿Un oficial? Quizás. ¿Un señorito? Es probable. Tal vez un negrero.

Una completa confusión invade el cerebro del investigador. Ya nunca podrá apartar de su espíritu este problema: y sólo mucho más tarde dirá confidencialmente a un amigo que atribuye su modo de ser especial y sus facultades al desconocido abuelo

de Virginia. Por el momento, sólo siente que el suelo cede bajo sus pies, que todo se tambalea en torno de él; una tristeza profunda aumenta su melancolía innata y el sentimiento de pérdida y soledad, que le oprimen desde hace tiempo. Su madrastra es muy buena para con él, pero no es su madre; la abuela no era su abuela; la primera esposa de su padre no era la mujer que Tom Lincoln deseara. Y ahora, cuando Sara se casa con Aaron Grisbys y él escribe su canto nupcial, Abraham observa que los padres de Aaron, por tener dinero y creerse más distinguidos, tratan a la nuera con desdén.

Apenas ha pasado la boda, y ya ve Abraham cómo hacen trabajar duramente a la joven esposa. Un año después, la hermana perece de parto, debilitada seguramente por el duro trabajo. ¿No es natural que se acumule ahora todo el rencor del muchacho de diecinueve años? Su madre ha muerto, su hermana ha muerto, el padre no prospera, sus parientes se han colocado en una posición equívoca por una mentira. Y todo esto, ¿por qué? Por inferioridad. Porque hay ricos que maltratan a los pobres, que los hacen coser y cortar leña para ellos, que rebajan a las nueras al nivel de una criada y que, cuando tal capricho se les pasa por las mientes, seducen un buen día a las muchachas, sin más miramientos que los que tendrían con una esclava negra.

Algo más tarde, al celebrarse una doble boda en la familia de los Grisbys, los padres ofenden a Abraham a la vista de todo el pueblo, no convidándole. Entonces despierta en Abraham Lincoln por primera vez el deseo de defenderse y lo hace de una manera característica, imaginando una pieza burlesca, llena de inofensiva ironía. Con la ayuda de otro muchacho, se las arregla de manera que los novios se equivoquen de habitación. Cuando, después del banquete, las novias de los dos hermanos son conducidas a sus habitaciones y se retiran las amigas y el vino domina todas las cabezas, la madre de los novios, muy excitada, se precipita en una de las habitaciones gritando: "¡Dios mío! ¡Rubén! ¿No ves que te acuestas con la otra muchacha?"

A la mañana siguiente todo el mundo conoce el incidente y todos se divierten a costa de los recién casados. Esta anécdota proporciona tema a Lincoln para escribir una sátira titulada: La Primera Crónica de Rubén. Deseoso de que los Grisbys la conozcan, deja una copia del manuscrito a la puerta de su casa y se las arregla de

modo que todo el vecindario la lea. En su sátira, Lincoln imita el estilo bíblico; en párrafos implacables lleva su propia invención grotesca tan lejos, que muchos años después todavía aseguraba la gente que esta historia había gozado en el Estado de Indiana de más boga que la misma Biblia. ¡Y por ello se vio que Abraham Lincoln no era un hombre vulgar!

Los sentimientos que le indujeron a semejante sátira habrían desarrollado en un hombre tan apasionadamente activo y de fuerzas y dotes tan manifiestas como las suyas un ansia de venganza y de rebelión. Pero Lincoln es un ser de reflexión, más inclinado a estudiar al hombre que cuantos lo rodean, más narrador de historias que reformador, y así, de las amargas experiencias de su juventud, nace la ironía, sin que ésta disminuya su cordialidad. Prefiere socorrer al oprimido que castigar al opresor, y todo lo que aprende en el mundo del pensamiento y en el mundo de la acción hará de él, gracias a su apreciación de los derechos y la dignidad humana, uno de esos hombres que comparan las humillaciones del prójimo con las de su propio corazón.

Cierto día, los ojos de su alma tropiezan con algo nuevo. Un coche se ha hundido, rompiéndose, en el lodo de la carretera. Una señora se apea de él con sus dos hijas, y Tom Lincoln se encarga de arreglar el carruaje. Las extranjeras entran en la cabaña y se comportan en ella como en su propia casa. Parece que permanecieron allí varios días. Años después, Lincoln habla de ellas largamente a un amigo: "Cuando se hubieron instalado, se hicieron su comida en nuestra cocina. La mujer, que había traído libros, nos leyó historias que nunca había oído yo. Una de las chicas me gustó extraordinariamente, y durante largo tiempo pensé en ella. Un día, estando tomando el sol, improvisé una poesía sobre la joven. En mis versos decía cómo, habiendo tomado el caballo de mi padre, la había seguido hasta alcanzarla, con gran sorpresa suya. Hablando con ella, concluía con decidirla a que huyese conmigo. Llegada la noche, la subía sobre mi caballo y atravesábamos la pradera. Después de algunas horas, llegábamos a un pueblo, que no era otro que aquel del que habíamos salido. En él pasábamos la noche y con el día reanudábamos la fuga. Pero a la noche siguiente, el caballo volvió a llevarnos al mismo lugar, y así hasta

que hubimos comprendido que no debíamos huir. Finalmente, yo persuadía a su padre a que me la diese por esposa, pero concluía por convencerme de que no valía la pena."

Tal como él mismo la relata, esta pequeña anécdota revela el temperamento poético de Lincoln, no porque hiciese versos, sino por su manera de ver un símbolo en los hechos ocasionales; al mismo tiempo nos da una idea de su vida espiritual. Más fuerte y más alto que todos los mozos de la comarca, era tímido con las mujeres. Cuando se hace famoso, cada propietario de la comarca tenía alguna anécdota suya que contar, pero ninguna referente a muchachas. ¿Acaso le resultan éstas demasiado atrevidas para su gusto? Tal vez. Una de sus hermanastras, que estaba enamorada de él, lo siguió un día secretamente y, una vez en el bosque, saltó repentinamente encima de sus espaldas como un indio, hiriéndose el pie con el hacha que el mozo llevaba colgada a la cintura. Abraham vendó la herida lo mejor que pudo y la mandó a casa.

Parece que durante muchos años la vida amorosa del gigantesco leñador se limita a estas dos pobres aventuras. Sin embargo, aunque era tan tímido con las mujeres, es singularmente aficionado a contar historias verdes; pero como no tiene, a este respecto, ninguna experiencia propia, las cuenta de una manera tan decente, que nadie puede escandalizarse nunca, ni siquiera cuando alguna vez lee a sus amigos las anécdotas picantes de un libro de chistes. Si alguna vez se atreve, y tal vez sólo lo haga en sueños, a secuestrar a la muchacha distinguida cuyas costumbres y misterios le cautivan, se asusta pronto y acaba por elegir el camino legal, por el cual en realidad el pobre chico no hubiera conseguido nada. Al mismo tiempo, huye del peligroso terreno de los encuentros reales, y se refugia en el más seguro de la poesía, transportando los acontecimientos a un mundo distinto, en el que la rica hembra que llegó en el coche y el pobre hijo del carpintero atraviesan durante la noche la pradera, montados en un mismo caballo, sin pensar en nada pecaminoso. Timidez y privación, deseo y miedo de la realidad, se entrelazan en un sueño como los hilos de una tapicería y se condensan en una poesía que nunca llegó a escribirse. El mundo exterior llamará pronto al mozo que espera. La fuerza y habilidad que el joven Lincoln ha demostrado al trabajar en el río hacen que ahora lo contrate un hacendado para transportar su mercancía a Nueva Orleans. Espléndida ocasión para

salir de los bosques y villorrios, para ver el Misisipi y, tal vez, el mar. No espera a que se lo digan dos veces; arregla la barcaza con el hijo del hacendado, y sobre sus fuertes espaldas baja al río el ganado y la harina de maíz que debe vender en el Sur, para traer al regreso algodón, tabaco y azúcar.

Al llegar a Cairo, en la desembocadura del Ohio, el padre de los ríos, amarillo, turbio, increíblemente ancho, se presenta a su vista. Nuevos hombres y paisajes, nuevos árboles y pájaros les salen al encuentro en su viaje al Sur; y encuentran también huracanes y peligros, bancos de arena y remolinos; finalmente, llegan a conocer a los primeros negros, por modo inesperado: al querer pasar una noche en una plantación, una banda de negros se acerca cautelosamente para robar la balsa. Lincoln se despierta y se arroja sobre ellos con un cepo de madera; los negros, asustados por su fuerza y estatura, se apresuran a dejar libre el terreno, pero Abraham y sus compañeros están enfurecidos y los persiguen un buen trecho. Lincoln regresa a la balsa con una herida sobre el ojo derecho. Tal fue el primer encuentro de Lincoln con los negros.

Cada vez más ancho el río formidable, cada vez más caluroso el día, cada vez más brumosa la noche. Tal vez el poeta que hay en el joven remero se pregunta a sí mismo si ésta es la vida. Ciertamente que por primera vez ve un reflejo del eterno movimiento cuando llegan al gran puerto. Está en Nueva Orleans, pero aún no puede ver el mar; parece como si mil barcas obstruyesen el camino que a él lleva; grandes buques como nunca viera en Indiana, buques marítimos anclados en el puerto, y, en el muelle, amontonados en gigantescas pilas, los sacos de harina que vienen del Norte; por todas partes humo, aullidos, llamadas y ruidos estridentes. Las altas chimeneas de los vapores tienen su réplica en tierra, pues los ojos del mozo ven el primer ferrocarril. ¿Y aquellas balas que, a lo largo del muelle y más abajo, al abrigo de techados de cinc, se amontonan por miles? De alguna de ellas se escapa, por una desgarradura, algo blanco, ligero y coposo, en que el norteamericano reconoce el algodón, el famoso algodón que origina tanto alboroto en todo el país. Ya Lincoln usa desde hace algún tiempo pantalones de algodón, y ha traído también una americana que quiere lucir en la ciudad. Pero al pensar en todos los problemas que se relacionan con el tal producto: esclavitud y elecciones presidenciales, seguramente que menearía la cabeza contemplando las balas de algodón.

Su asombro aumenta cuando, después de desembarcar la mercancía, entran en la gran ciudad. Blancos, negros y mestizos hormiguean por todas partes: en elegantes coches pasan los europeos, extrañamente vestidos, y mujeres con grandes sombreros ríen y se abanican. Todos parecen alegres, ocupados, llenos de esperanza, en pleno goce, independientes. Pero, ¿y los esclavos? Un gran letrero atrae sus miradas:

"Pago en todo momento y al contado los mejores precios por toda clase de negros. Me encargo, a comisión, de su compra y venta. Poseo una cárcel expresamente construida para su alojamiento." Y en la próxima esquina, otro anuncio: "100 dólares a quien devuelva un corpulento mulato que se ha escapado. Responde al nombre de Sam. Pelo rubio, ojos azules, robusto, piel tan blanca que fácilmente se le podría tomar por un blanco."

Estos son, pues, los desheredados, piensa el joven navegante. Cazados como perros de valor, subastados como caballos, encerrados como criminales. Todo cuanto ha oído contar al padre en casa, confirmado por el cura, comentado por los periódicos, adquiere realidad ante sus ojos y le empuja hacia el lugar de la subasta. Entra en una enorme sala cubierta por un techo de cinc, en el que rebota la luz produciendo fuertes reflejos, y asiste a la exhibición y venta de los esclavos.

Unas cuantas docenas de hombres bien trajeados, bien calzados, con la cabeza cubierta por el sombrero de copa, se pasean por el recinto. Por su tez morena se conoce que han venido del campo para vender y comprar. Son gentes bien alimentadas, de excelente humor, decididas a divertirse, con el estómago calentado ya por los primeros whiskys; hombres que cambian codazos y guiños y ríen a carcajadas; algunos demuestran mayor dignidad y permanecen apartados tomando notas tranquilamente: son los caballeros del Sur, de los que tantas cosas ha leído en los diarios; brutales y finos, ruidosos y distinguidos; diferenciándose por sus modales señoriles de todo cuanto ha visto en el Oeste, aun entre los mismos ricos. Todos son herederos que han recibido de sus padres tierras y fortuna; nunca han trabajado por sí mismos y, como es natural, no tienen inconveniente alguno en comprar hombres.

Delante de ellos, el vendedor de esclavos, vestido con un traje llamativo, chillón y presumido, va señalando con un pequeño látigo que tiene en la mano a uno u otro

de los negros desnudos que pasan lentamente, formando un círculo. Todos tienen los pies encadenados, y cuando alguno de ellos se detiene o anda demasiado deprisa, es empujado y golpeado brutalmente por el comerciante y sus hombres. Pasa también entre ellos una joven mulata, delicada y, al parecer, virgen, que gusta especialmente a los señores. Cuando, obedeciendo a una seña del agente, sale de la fila con su pie encadenado y el cuerpo casi desnudo; cuando, delante de los hombres, el agente hace girar a un lado y a otro esta joya de su cuadra para demostrar su sana juventud; cuando exclama: "Los señores compradores adquirirán con ella una verdadera ganga", cada uno de los hombres piensa lo mismo, y gustosamente aumentan el precio.

El corazón del forastero se estremece. Tendría que no ser joven para mirar con tranquilidad esta criatura floreciente; tendría que ser un negrero para no sentir indignación. Pero, por añadidura, es un poeta y un adolescente tímido, que no conoce a las mujeres, y es, además, Lincoln, aunándose todo ello para conmoverlo. Todo cuanto ha sufrido por la dependencia en que viviera su familia, todo cuanto ha cavilado con respecto a la suerte de sus padres, se cristaliza en la pregunta sobre el abuelo desconocido. Quizá fue como uno de estos señores, y el corazón ensimismado se entristece con pensamientos sombríos. Toda su compasión se dirige hacia aquellos hombres desnudos y encadenados, todas sus dudas se acumulan en torno de aquellos compradores independientes y ricamente vestidos. Con el corazón herido, abandona el lugar.

Transcurridos algunos días, remonta el río. Cuando, después de un viaje de tres meses, regresa a casa, se ha enriquecido con una experiencia incomparable y veinticuatro dólares.

En casa encuentra gran animación. Unos parientes que viven todavía más al oeste, en Illinois, aseguran que allí está el verdadero paraíso. La tierra es fértil, y quien quiera hacer su fortuna debe ir allí. Tal vez exageran para hacer crecer la población y mejorar así su propia situación. Pero lo cierto es que muchos de los colonos, desilusionados de Indiana, los creen, y tres familias emigran simultáneamente a la región de Decatur.

Thomas Lincoln, el padre, tiene parientes allí, y a caza de la fortuna y siempre deleitándose con las peripecias de una caza que alimenta su inquietud y curiosidad, disgustado, además, por los pleitos que tiene pendientes con otros labradores, sin hacer caso cuando se le previene que la fiebre reina en aquella comarca, vende su finca por 125 dólares, y la casa de la ciudad que su mujer heredara del primer esposo por 123 dólares, y embala todos los enseres, como lo hiciera una docena de años atrás, al salir de Kentucky. Pero ahora son ocho personas y cuatro criaturas; llevan además 14 cabezas de ganado, y necesitan dos coches. Uno de ellos será guiado por Abraham, con cuyas fuerzas cuentan todos. Éste, entre tanto, ha descubierto su talento práctico; en una tienda de la ciudad invierte todo su dinero, un poco más de treinta dólares, en botones, agujas, ligas y otros artículos de mercería; compra también un juego de cuchillos, objetos todos esenciales y caros en el extremo Oeste.

Quince días dura el viaje. Las noches son glaciales, pero cuando una vez el perro se queda atrás, al otro lado del río, Abraham vuelve a vadearlo con las piernas desnudas para ir en su busca. Por fin llegan a Decatur, la nueva población; los parientes los reciben cordialmente y, por el momento, la familia de Abraham se aloja en casa de ellos, conforme lo hacían antes. No tarda en cubrirse enteramente de nieve la sabana. Durante días enteros nadie se atreve a salir de la cabaña, como no sea para buscar leña. Pero Abraham está de excelente humor, pues en el camino vendió toda su mercancía por más del doble de su valor. Además, la gente parece aquí más espabilada, llena de esperanza, y su fantasía se anima con las perspectivas del futuro. En cuanto hayan construido una cabaña, todo irá bien.

Con la primavera, el gigante de 21 años comienza a talar árboles para la nueva casa. Por la tarde, unce una yunta de bueyes y arrastra los troncos al lugar escogido para levantar la cabaña; allí los parte, con formidables hachazos, adelantando su tarea día tras día, siempre confiando en sus fuerzas, que superan en mucho a las del padre, ¿Quién, de los que allí le ven trabajando, podría presentir que un día aquellos troncos serían contemplados con jubilosa admiración? Nadie, y menos que nadie el mismo leñador, que sólo piensa en su tarea, en construir la cabaña y labrar la tierra. Los delicados sentimientos del alma, el cariño y la libertad, la abnegación y la esclavitud, son símbolos para él, y la labor de sus fuertes manos es sólo una

costumbre, a la que no da más importancia que la puramente práctica. Cuando la casa queda terminada, gracias a sus esfuerzos, la vida del labriego recomienza, idéntica a la de Indiana. Junto con su primo John Hanks labra quince acres de tierra, y parte los troncos para la empalizada que ha de proteger de los lobos, y tal vez de los hombres, la nueva casa.

¿Su país? ¿Cuál podía ser para quien en veinte años había cambiado cuatro veces de tierra y hogar, para quien Kentucky, Indiana, Illinois sólo fueron cambiantes imágenes? El país de Lincoln sólo podía ser América, los Estados Unidos.

Aquí gana algo más, pues todos los propietarios de la comarca quieren servirse de sus fuerzas, puestas de manifiesto pocas semanas después de su llegada al vencer en lucha al campeón local, victoria que cimentó su fama. Un día, en una creciente del Sangamon, una canoa tripulada por dos hombres se va a pique; Abraham, que presencia lo sucedido, ata un tronco a la orilla y, manteniendo contacto con él, consigue acercarse al lugar de la desgracia y salvar a los dos naufragos. Las noticias de tales hazañas no tardan en esparcirse por toda la colonia, donde todo es nuevo y provisional, donde no hay tradiciones, donde nadie se ha distinguido todavía por la fuerza o la riqueza.

Uno de los vecinos, viejo comandante que ganara su grado en la guerra de la Independencia, le encomienda la construcción de una enorme balaustrada, que le permite ganarse unos pantalones de tela: "Por cada metro, dice Lincoln, tenía que cortar cuatrocientas estacas". Pero el oficial tiene libros que Abraham puede leer a sus anchas. En otra ocasión, durante un invierno cruel, se le vuelca la barca en que cruza el río; después de alcanzar la orilla a nado, tiene que darse una buena caminata, que le conduce, con los pies helados, a casa de un labrador que anteriormente había sido juez. Es buena gente y se queda con ellos durante algunas semanas, ayudando en la casa, acarreando leña y llenando el cubo, según su costumbre; pero, en sus ratos libres, va leyendo el código de Illinois, el segundo libro jurídico que cae en sus manos.

Cuando un hombre listo compara las discusiones de diarios y libelos, los pleitos de los vecinos y los fallos de los jueces ambulantes con los principios legales estudiados en dos códigos, tiene ya en sus manos los datos del enigma y fácilmente puede llegar a su solución. El sentido jurídico se basa aquí en el de propiedad, apenas si

existe el robo, quizás es menos frecuente aún que el homicidio y se juzga más severamente que éste. Desde su infancia se había acostumbrado a ayudarse a sí mismo, a aprender más por sus propios errores que por el ejemplo de los mayores. Estudiando su propia posición y las de su padre, madre y hermana ha conocido la maldición de la dependencia. Con su anhelo de investigador, y en este país nuevo donde cada cual se ayuda a sí mismo, le será bastante fácil formarse, por tales coincidencias de teoría y práctica, una idea de la vida jurídica. ¿No posee, acaso, el instinto de la justicia, no se indignaba ya desde niño cuando se torturaba a animales y hombres? Ahora encuentra el leñador las fórmulas protectoras del Estado, que comprende enseguida.

¿Podemos asombrarnos, dada su afición a contar historias, de que empiece a pronunciar discursos ante sus vecinos? Lo hace para lograr un dominio completo en las materias que estudia, y tan naturalmente como lee en voz alta. Por ejemplo: uno de los labradores se opone a las obras de reforma del río que la colonia desea proponer en el Congreso. Lincoln conoce el río, en él ha naufragado, en él ha salvado a otros naufragos, por él ha hecho un viaje de mil millas, hasta el mar; sabe que es necesario canalizar el río, y una noche, en una asamblea no oficial de labradores, uno de sus primos le invita a combatir la oposición de aquel hombre. Y el buen gigante se sube encima de una caja, empieza a hablar y reduce a la nada los argumentos del contrario. Lentamente, se transforma el narrador de historias en orador; pero, en el fondo, seguirá siendo toda su vida un narrador de historias. Allí en Decatur, con un cajón por tribuna, pronunció su primer discurso. Al mismo tiempo, poco más o menos, escribió un ensayo sobre la constitución del Estado americano, concebido a través de sus lecturas y de las conversaciones sobre elecciones. Luego escribe otro contra el alcoholismo. El cura y el abogado, que lo han leído, lo hacen publicar en el pequeño diario local.

Pero la fama de su fuerza sigue siendo mayor que la de sus conocimientos. Un campesino llamado Offut, que había visto pruebas de su valor frente a los peligros y de la habilidad de sus manos, y que sin duda se había enterado del éxito de su primer viaje, lo envía, con su primo Hanks, al Sur, con un cargamento mayor que el que llevara a Nueva Orleans, y le paga un sueldo de 16 dólares mensuales. En balde intenta el padre conservar en su finca a su trabajador más fuerte y más barato; el

mozo desea partir y nada puede detenerlo. Primero construyen una gran almadía de 90 por 18 pies, y cuando empieza el viaje, Abraham, bien trajeado por primera vez, con pantalón y chaleco como es debido y hasta con un sombrero en la cabeza, se despide de los suyos y se dirige hacia el Sur. Ya sólo regresará al pueblo de su padre para cortas visitas. La cabaña que él mismo construyera desaparece a lo lejos; es la última cabaña en que vivirá.

Es primavera y tiene veintidós años. La vida auténtica del campesino ha terminado para Lincoln.

Pronto surge un peligro. Tras una larga curva del río encuentran un dique de molino en el que encalla la almadía. Al pasar los rápidos, la carga se había deslizado hacia atrás y la balsa se había hundido a medias en el agua, amenazando hacer naufragar la carga. De una colonia cercana acude la gente; gritan y hacen señales, pero no pueden prestar auxilio. Lincoln consigue atraer contra su almadía una barca a la que transborda sus sacos y cajas; luego hace un agujero en la parte delantera de la balsa para dejar escapar el agua. La popa flota de nuevo y la almadía puede deslizarse fácilmente por el dique. Pronto habla todo el mundo de la proeza del desconocido navegante, que adquiere una fama legendaria en aquel pueblo, que se llama New Salem. Ignorante de esto, y sin sospechar siquiera la influencia que este hecho tendría en su carrera, conduce precavidamente el rescatado cargamento hacia el Sur, y por segunda vez entra en el puerto de Nueva Orleans. Esta vez se demora más tiempo, un mes entero.

Era la primera vez que vivía en el Sur, y cabe suponer que durante aquel mes empleó todos sus sentidos para afrontar decididamente el problema fundamental del Sur, estudiando mediante preguntas y comentarios esta cuestión, hacia la cual le inclinaba su esporádica ilustración. Su temperamento sensible y retraído, la incorruptibilidad de su carácter, templado en la pobreza y el trabajo, la falta de dinero y de posición, la existencia frugal y primitiva de un pobre adolescente que apenas tiene hogar ni patria, lo defendían de las tentaciones que, forzosamente, habrían de asaltar a un joven en aquella ciudad extranjera y seductora. La debilidad del prójimo, que ha visto y está viendo ahora, el recuerdo conmovedor de la venta

de aquella joven mulata, inteligencia y corazón, se corroboran mutuamente para hacerle estudiar de modo objetivo a los esclavos y a sus dueños. Sin duda que montaría en un caballo para ir al campo y se convencería por sus propios ojos de que las diferencias de clima, alimentación e indumentaria creaban en el Sur condiciones nuevas, a las que no se podía hacer frente con sólo unas cuantas exigencias morales.

Lo primero que llama su atención es el ver que allí no hay criados blancos y que son contadísimos los blancos que hacen trabajos serviles. El negro, que no siempre es negro, y que a veces apenas se distingue de los blancos tostados por el sol, se halla esclavizado y no se rebela contra su dueño. ¿En dónde renuncian los amos a las ventajas de una autoridad absoluta por simples razones morales? Y los mismos representantes de Dios sobre la tierra, ¿no tienen, acaso, preparados cómodos argumentos para justificar la esclavitud de los negros? Los hijos de Esaú, dicen, deben pagar la gula de su padre. Esaú vendió su derecho de primogenitura y por ello unos cuantos millones de negros africanos deben expiar en América la flaqueza del pastor judío que, en Palestina, no supo dominar su apetencia de lentejas.

Y, por otra parte, ¿no están mucho mejor así que en libertad? "Nuestro sistema, dicen en el Sur para evitar la ominosa palabra "esclavitud", es lógico. En cambio, la libertad sería para los negros un estado anormal y complicado. ¿Cómo podrían comprender las gentes del Norte, que son todos pobres trabajadores blancos, obligados a ir ansiosamente tras de su arado o a trabajar en sus máquinas día tras día, siempre calculando y escribiendo en sus oficinas o partiendo leña y cazando animales en sus bosques, cómo podrían comprender lo que hacemos nosotros, siguiendo el ejemplo dado por nuestros abuelos durante siglos, exclusivamente en beneficio de la comunidad? A ver: ¿qué sería de los Estados Unidos si no hubiese negros que plantasen y cosechasen el algodón? ¿Qué dirían los moralistas de Nueva Inglaterra el día en que dejásemos de enviarles materiales para sus fábricas? ¿O, acaso, al indignado pueblo cristiano le gustaría trabajar de la mañana a la noche bajo el ardiente sol del Sur para cultivar el arroz que tanto le gusta comer y, más aún, exportar a Europa? Los productos tropicales exigen cultivadores tropicales y trabajando aquí bajo una dirección inteligente, los más diligentes pueden ganar cadenas más hermosas que las que soñaron sus padres en la selva africana,

alimentación y vestido, y un poquito de whisky por añadidura; y, en suma, las bendiciones de la Santa Iglesia y la esperanza de gozar de la vida eterna."

Quizá piense Lincoln que hay en ello algo de cierto, al escuchar aquí, en el centro del mercado de los esclavos, los argumentos de los propietarios; en todo caso, si no lo piensa así, fuerza le será callarse, pues nadie en el Sur se atrevería a hablar en contra de "nuestro sistema". Aun sin esto, ya miran con desconfianza a cuantos vienen del Norte o del Oeste, a la mayoría de los cuales consideran de antemano como amigos de los esclavos, o sea como enemigos del Sur. Todavía no hace mucho, Cartwright, el célebre predicador ambulante, se refirió a los habitantes de Nueva Inglaterra presentándolos como extraños seres que se nutren de ostras. Pero la misma susceptibilidad de los negreros, ¿no es una prueba evidente de la intranquilidad de su conciencia? ¿O será, acaso, el temor a que algún día el negro, objeto de comercio, despierte a la conciencia de su situación? Las horribles escenas de la insurrección de Santo Domingo son una advertencia amenazadora que clama contra la tolerancia.

El solo aspecto del país ofrece ya contestación a estas preguntas. No hay en él pueblos como los que Lincoln estaba acostumbrado a ver en Kentucky, Indiana e Illinois; sólo hay palacios de negreros. En una colina ve el palacio señorial, construido en estilo colonial, con fuertes torres y rodeado de un antiguo parque. Allí se come suntuosamente: la harina más fina del Norte ha sido convertida en pan; se sirve ternera tierna y aves, acompañados de los más exquisitos vinos europeos. Los hijos van de caza, celebran banquetes y se disputan la esclava más hermosa; las hijas aprenden modales ingleses o se aburren. Los niños tienen permiso para jugar con las niñas de los negros, pero no con los niños blancos del vendedor de esclavos, al que se considera boicoteado, al igual que la alcahueta y el verdugo, seres que en todo tiempo han sido aprovechados y al mismo tiempo despreciados por la sociedad. ¿De qué viven los señores en sus residencias feudales?

Ante todo, de la exportación de algodón y arroz, que cultivan sin pagar jornales; pero en esta empresa han invertido mucho capital, pues los negros tienen a veces la malicia de morir demasiado pronto, o enferman de tal modo que el mismo látigo no consigue nada de ellos; otras veces muestran poca diligencia en reproducirse y no faltan los que tienen la audacia de escaparse. Trescientos mil esclavos hay aquí,

repartidos entre diez mil propietarios; poco es, y continuamente es preciso reponerlos, trayendo nuevos contingentes de Virginia o de Carolina del Sur, pues desde que el cacareado humanitarismo hizo prohibir la importación de esclavos, es decir, desde hace veinte años, no hay más remedio que criarlos en el mismo país. Allí florece el comercio de esclavos, y con bastante frecuencia se da el caso de que un blanco vende en el Sur a su propio hermano, engendrado por el padre común con una negra.

Pero el negocio que produce mayores beneficios es el alquiler de esclavos, en el que el propietario puede ganar hasta el 20 y 30 por ciento, de modo que en cuatro años de alquiler del esclavo paga su propio precio. Los mozos más hábiles se alquilan como obreros, y las mujeres más hermosas son prostitutas.

Todo esto ve y aprende el joven viajero cuando recorre las plantaciones a caballo. Si, al hablar con un cura, un maestro de escuela, o un juez, hace alguna alusión a la "institución", le responden enseguida en los mismos términos: los esclavos proceden de una raza que vive en una guerra de todos contra todos. En la selva primitiva matan a sus hermanos bárbaramente, como si fuesen monos. Pero nosotros salvamos aquí su vida, los cuidamos, los alimentamos cuando son viejos y los curamos cuando están enfermos, les inculcamos una moral; cuando se hallan en libertad cometen, en cambio, los más abominables crímenes. Naturalmente, es necesario que de vez en cuando les peguemos, pues si los encarceláramos para castigar sus robos, no haríamos más que favorecer su natural pereza. Y los hombres del Norte, ¿qué es lo que hacen? Mandan a sus hijos o testaferros al Sur con los esclavos que heredaron, para venderlos a buen precio, después de dejarlos vivir aquí algún tiempo. Y después de realizado su negocio regresan al Norte con su fama de cristianos intacta y la bolsa repleta. ¿La libertad? Los negros se ríen de ella; cuando un propietario quiere deshacerse de un viejo y le ofrece la libertad, el viejo comienza a gemir y a suplicar que se le deje en su esclavitud y en la seguridad de seguir recibiendo su comida, pues carne salada y pescado, melaza y ron no son cosas despreciables.

Asombrado, Lincoln escucha por primera vez a los defensores del Sur, preguntándose sin duda si los blancos que así hablaban no dependerían de los propietarios. Pues bien, él lo verá con sus propios ojos. ¿Dónde viven los negros?

Allá abajo, en la planicie, hay un montón de chozas de barro, pegadas unas a otras, vacías en apariencia. Sobre pequeños fuegos, encendidos delante de las puertas, viejas mujeres cuecen en viejos botes la papilla de maíz a la que algunas han añadido un puñado de judías; pero nada ve de las maravillas que tanto le ponderaran. Algunas veces, muy pocas, le dicen, los negros más hábiles pueden ganarse algunos dólares trabajando horas extras, ganancia que invierten en comprar el codiciado aguardiente; también ve que algunos cultivan legumbres detrás de las chozas, y le dicen que tienen permiso de cambiarlas en el mercado por azúcar o café. Éstas son, pues, las únicas alegrías de la vida del negro.

No contento con observarlos en sus chozas, el forastero los sigue al campo.

Catorce horas en verano, diez en invierno, trabajan bajo el ardiente sol, agachados y arrastrando cargas, cortando, haciendo y transportando bultos, desnudos y, la mayoría de las veces, encadenados por parejas; al mediodía tienen un pequeño descanso. Entre ellos, a caballo, andan los capataces, animándolos al trabajo; cuando uno de los negros interrumpe su faena, el largo látigo del capataz lo vuelve diligentemente a ella; el esclavo lanza un grito y se retuerce de dolor. Pero esto no es más que el preludio.

Cuando, a la puesta del sol, van trotando en filas encadenadas hacia la casa del inspector, situada entre el pueblo de barro y el palacio, viejos y jóvenes, madres con sus criaturas en brazos y mozas apenas adolescentes, y se colocan en el patio formando un semicírculo, el temido capataz llama a algunos por sus nombres y les ordena ponerse en el lugar de castigo por haber faltado durante el día a tal o cual ordenanza del reglamento. Hay que ver con qué destreza azota las espaldas desnudas de sus víctimas encadenadas. Con no menos pericia que el hábil tirador que hace blanco en la manzana respetando la cabeza que la sustenta. Para algo se ha entrenado con un maniquí, pues sólo después de tal preparación lo consideran maestro en su oficio. Su patrón lo echaría a la calle si pegara a un esclavo hasta liquidarlo o siquiera impedirle trabajar durante un par de días. Sajar la piel hasta los huesos sí le está permitido, pero en sitios donde la lesión no imposibilite al hombre para trabajar al día siguiente.

Terminado el castigo, todos se dirigen en un silencio apático hacia sus chozas, donde les espera la papilla de maíz. Después de las nueve de la noche no debe verse en

ellas ni la más débil luz, y cuando, al abrigo de la oscuridad, algún hombre va a reunirse clandestinamente con una negra que no le esté destinada, puede ocurrir que tenga que pagar su noche de amor recibiendo una formidable paliza. Y los que quieren escaparse saben que entre los inspectores hay agentes especialmente adiestrados para la caza de esclavos, que acosan al fugitivo como a una fiera, acorralándolo en terrenos pantanosos, en los que se ve obligado a entregarse, para ir a morir en el tormento.

Cuando, profundamente conmovido, regresa el forastero por la noche al puerto, es fácil que por las ventanas abiertas de un club vea algunas caras congestionadas, inclinadas sobre los naipes del "faraón", y tal vez el portero negro que los contempla silenciosamente le cuente a media voz que la noche anterior uno de los poderosos negreros se jugó allí mismo a uno de sus propios hijos negros. Hanks, el compañero de viaje, dice de Lincoln: "Su corazón sangraba. Apenas si hablaba: iba caviloso y tenía mal aspecto. Pero sé que en este viaje se formó una idea de la esclavitud que como un fuego abrasador entró en su alma. "No quisiera ser esclavo, pero tampoco quisiera ser vendedor de esclavos", me dijo."

Como fogonero de un vapor remonta el Misisipi, y cuando en las cálidas noches de junio deja su caldera y sube la escala, y ve a los pasajeros beber y reír, su alma, profundamente emocionada, seguramente reflexionará y hará comparaciones y meditará sobre las clases privilegiadas y la esclavitud.

Offut, contento con el hábil navegante, lo contrata como dependiente de un almacén que quiere abrir en New Salem, adonde lo envía. Después de una corta visita, Lincoln abandona la casa de su padre para siempre.

No tiene ni caballo ni barca; así, pues, se encamina a pie en pleno verano, a través de la alta hierba de la pradera, recorriendo millas y millas para llegar a su nueva patria, a su quinta patria.

En New Salem no encuentra a Offut ni su almacén. ¿Qué hará mientras tanto en aquel pueblo? El mozo se conforma con todo, pues no tiene proyectos, y seguramente no adivina que pasará seis años de su juventud en aquel villorrio de bonito nombre. Por otra parte, no tarda en hacerse amigos. Las elecciones se

acercan y el secretario está ausente. Lincoln se encarga de hacer las listas electorales, y se mezcla de este modo en la política local. Finalmente llega Offut, pero el almacén no pasa todavía de ser un proyecto. Es preciso, pues, trabajar de momento como carpintero y albañil, cosa fácil para él, que está acostumbrado a construir casas y almadías. Tiene también que acarrear fardos y colocar anaqueles, hasta que, por fin, se abre un almacén en cuya puerta reza un rótulo: "Denton Offut", y en cuyo interior el joven gigante mide telas y pesa libras de café y de clavos para la clientela campesina.

Todos le conocen, pues su nuevo amo no ha andado remiso en elogiarlo, de no muy distinto modo al que el negrero empleara para encarecer los encantos de la joven mulata: "Puede correr, alzar pesos y luchar a brazo partido con quien quiera, y vencer a cualquier hombre, incluso a vuestro Armstrong." Inmediatamente se concierta un pugilato, pues en una colonia tan nueva como ésta, las luchas cuerpo a cuerpo y los desafíos de bebedores son las mejores y, en el fondo, las únicas diversiones que hay. Ya Lincoln había visto al famoso Armstrong, hombrachón fornido y pesado, muy experto en la lucha; pero su fuerza y su destreza resultan inútiles, y el forastero vence rápidamente al campeón local. Ovación y protestas. Los amigos de Armstrong gritan que Lincoln, al que llaman Piernas Largas, no luchó limpiamente. Pero entonces se levanta el vencido, da la mano al vencedor y declara que la lucha ha sido legal. Desde entonces se hacen amigos para siempre, y día llegará en que el Destino permitirá a Lincoln salvar con su sagacidad y elocuencia la vida del hijo de Armstrong.

En el almacén, los días pasan agradablemente. Todo en él es claro y limpio; sobre las estanterías, debidamente ordenado en cajas y cubos, se encuentra todo lo que un colono pueda necesitar: platos y tazas, calcetines, telas y sombreros, azúcar, sal y café. También ahora duerme Lincoln en una verdadera cama colocada en la trastienda, aunque verdad es que tiene que compartirla con el otro ayudante; pero ¡cuán pocos tenían en el Occidente hace cien años una cama para ellos solos! Es cierto que no se vende mucho, pues la población de la colonia apenas pasa de cien personas; pero esto, al fin y al cabo, es asunto del señor Offut, y seguramente a nadie preocupa menos que al nuevo empleado, que se halla en sus glorias, pues por fin tiene tiempo para leer. La única molestia es la exigüidad de la tienda, que no le

deja estirar sus largas piernas. Pero esto tiene fácil arreglo: pone como almohada una pieza de cretona al extremo del mostrador, y se tiende encima, libro en mano. Como lee siempre en voz alta, para retener en la memoria lo leído, según dice, por la vista y el oído al mismo tiempo, hace al comprador que entra una impresión doblemente cómica. Pero todos conocen sus peculiares maneras y se contentan con sonreír benévolamente mientras él salta al suelo, se mete detrás del mostrador y despacha lo pedido; pero si el comprador se demora mucho tiempo en encontrar lo que desea, no es raro que el tendero vuelva a su interrumpida lectura, dejando al cliente cavilando ante las mercancías.

Sin embargo, nadie se quejará de un hombre que es capaz de levantar, con la sola ayuda de sus manos y ante los ojos del comprador atónito, un barril de whisky del suelo al mostrador, o que, estando echado, coloca una taza llena de agua sobre la planta del pie, para cogerla luego con los dientes, sin derramar ni una sola gota. Siempre parece de buen humor cuando llegan clientes, y no es fácil que un parroquiano se vaya sin una historieta. ¿Podría desear el dueño un vendedor mejor? ¿No atrae ya a la clientela por el solo hecho de escribir gustosamente una carta a todo el que se lo pide? No fuma, ni masca tabaco, ni bebe; siendo el más fuerte, jamás se querella con nadie; es feliz cuando juega en el suelo con los niños, a quienes permite subirse sobre él, zarandeándolo, y gastarle bromas. Y, sobre todo, es honrado a carta cabal: se le puede confiar todo; la fama de su honradez hace que pronto empiecen a llamarle el "honrado Abraham"ⁱⁱⁱ.

Algunas veces, sin embargo, parece reservado y triste, pero esto no molesta a nadie; su mal humor no es importuno, y él, por otra parte, siempre procura mostrar a la gente el lado alegre. Aunque se ríen de él porque va con un libro por la calle, parándose para leer en voz alta, o acortando el paso en los párrafos más interesantes, repiten con gusto sus frases extrañas, por ejemplo, cuando dice: "No me sentiré tranquilo hasta que mis pensamientos hayan dado una vuelta completa: Norte, Sur, Este y Oeste."

Un día, un cliente le habla de una gramática inglesa que tiene en su hacienda, a seis millas de distancia. Inmediatamente se pone Lincoln en camino con objeto de que le preste el libro, y aprende por primera vez el sistema de su propio idioma. Otro amigo le da la Historia Romana de Gibbon y el cura otro libro de historia; también

frecuenta la escuela, pues el maestro puede enseñarle muchas cosas. Además, puede preguntar toda suerte de cosas a las gentes y aprender geografía en los rótulos que traen las cajas importadas. Realmente, todo el mundo puede enseñarle algo: hasta el más tonto, si él sabe aprovecharlo.

No es de extrañar que inviten siempre al estudioso Piernas Largas a hablar en las reuniones del pueblo, en las que perora con toda sencillez sobre los caminos, o sobre la posibilidad de llevar el ferrocarril a aquellas regiones; pero de lo que mejor habla es del río, y de cómo habría que encauzarlo desde más arriba del molino; navegando por él se ha hecho un experto, y como ha recorrido muchas tierras, lo sabe todo prácticamente. Así, sabe que la oscilante moneda del país no permite saber nunca el verdadero valor de su salario, y defiende la institución de un Banco Nacional que estabilizase la moneda. Tal éxito logran sus discursos, que uno de sus amigos le aconseja que se presente como candidato para la legislatura de Illinois, pues en la reducida colonia apenas si hay hombres capaces. Lincoln vacila y no tiene muchas esperanzas, pero ya los acontecimientos le ayudarán en los preparativos de la elección.

El hombre que aconsejó a Lincoln de tan sencilla manera que se dedicase a la política se llamaba Rutledge; siendo uno de los primeros colonos, había fundado New Salem. Era propietario del molino, alquilado ahora por el emprendedor Offut, y de una taberna a la que el joven dependiente iba por lo general al mediodía y, probablemente, también muchas noches, atraído por la hija de Rutledge, encantadora y esbelta muchacha, de cutis fino y cabello rojizo. Desgraciadamente, Ana, que tiene dieciocho años, está prometida ya; pero tal vez sea precisamente este obstáculo, esta peligrosa inmunidad, lo que atrajera en ella al joven, tan tímido siempre con las muchachas, a las que sólo ha conocido en regiones de ensueño, de las que la dura realidad no podía expulsarlo.

Un pobre enamorado no puede competir en ningún caso con un novio rico, y menos aún si el padre de la chica, como en el caso del viejo Rutledge, tiene también tierras y dinero y no está dispuesto a casar a su hija con el primero que llegue. McNeil, el novio, es rico; ha comprado a su futuro suegro muchos terrenos, y hay quien dice que ha invertido en ellos doce mil dólares, pues tiene parientes acaudalados en el Norte. Muchos años pasará tal vez el extraño Abraham, enamorado de la soledad y

tímido ante las mujeres, contemplando con ojos apasionados a la muchacha, si la ligereza o la mala suerte de Offut y lo inseguro de toda situación entre los colonos de New Salem no hubiesen torcido el rumbo de su vida.

En marzo, cuando no se ha cumplido aún el primer aniversario de la fundación de la tienda, Offut se declara en quiebra, y Herndon, su competidor, adquiere los restos del almacén a bajo precio. Pero tampoco las finanzas de Herndon son muy seguras; menos mal que, justamente en este momento, aparece el primer barco de vapor en el río Sangamon, y Lincoln es contratado como práctico para franquear los rápidos. Este servicio le produce cuarenta dólares, que le permiten mantenerse a flote.

Nuevamente su porvenir aparece indeciso; puede escoger entre ser marinero, tendero, político o soldado, pues un cabecilla indio amenaza en aquel mismo momento atacar la frontera, y la gente joven puede sentar plaza, aunque no sea sino para treinta días. Lincoln quiere probar fortuna en todos los terrenos, pero, por el momento, escoge la política y da algunos pasos para su elección a la legislatura de Illinois.

Su humilde origen tiene ventajas y desventajas para esto. Desde luego, todos le conocen, y algunos se sonríen sólo al verle venir, sabiendo que los espera un cuento gracioso; pero, ¿cómo adquirir estimación y fama de saber y de habilidad? En aquellos tiempos las elecciones eran todavía muy sencillas, y el colono, marinero y comerciante de veintitrés años no encuentra por el momento dificultades para presentarse. Él mismo tiene que exhibirse y alabarse, pues en aquellos villorrios no hay agentes electorales. Pero si recorre a caballo el distrito y ayuda a la gente en los campos, lo hace tan bien y tan naturalmente, que ni la gente ni él mismo ven en ello el deseo de hacerse popular. Por la noche se reúnen todos en la fonda, en la que se celebran matches de boxeo y apuestas de bebedores. En los intermedios, el candidato sube a una mesa y pronuncia un discurso.

¿Podía no gustar a la gente? El hecho de que, a pesar de su enorme fuerza, no haga daño a hombres ni a animales, es algo que los colonos razonables aprecian mejor que lo harían los habitantes supercivilizados de las ciudades. Esta contradicción sorprendente la explican lógicamente por su ilustración, que sin duda lo hace apto para la legislatura. Todos han visto que lee continuamente, todos saben que es un incomparable narrador, y por ello confían en que hará hábiles discursos. Ciertamente es

que tiene un aspecto bastante extraño; sus largos pantalones son siempre cinco o seis pulgadas más cortos de lo necesario; las mangas de su americana a cuadros grises terminan casi a la mitad del brazo, y los faldones de su levita son tan cortos que nunca podría sentarse encima.

Mientras está en pie, con las manos a la espalda, con su rostro de facciones pronunciadas que lo hacen más viejo de lo que es, parece una estatua tallada en madera. Pero cuando, en el intermedio, comienza a hablar, encaramado en una mesa, subrayando sus palabras con los movimientos de sus brazos, cuando en el calor de su discurso se aproxima peligrosamente al borde de la mesa, la gente apenas si se fija en lo que dice, pues más miran que escuchan. Su voz no es muy agradable, un si es no es atiplada y un poco estridente, pero en el torbellino de la oratoria gana en sonoridad y se hace insinuante. Para dar plasticidad a sus discursos y no defraudar el deseo de sus oyentes, intercala en ellos las historietas que están acostumbrados a oírle. Ya desde entonces se comprende que Lincoln no será nunca un orador popular brillante. Es sólo un narrador nato que quiere comunicar sus opiniones a los demás, sin el menor asomo de pedantería, que desea convencer y no imponer su criterio, pero que, a la postre, logra producir con su peculiar estilo una impresión más profunda que la conseguida por el orador tribunalicio.

En la alta política, de la cual también se charla en aquella fonda perdida del Oeste, no se mete para nada, limitándose a lo que entiende e interesa a la gente: la canalización del río, la mejora de las carreteras. Así, jamás abandona la esfera de aquellas cosas en las que ha crecido. Mientras habla, no deja de observar a sus oyentes. Una vez, al ver que un matón ataca en la sala a uno de sus amigos, interrumpe repentinamente su discurso, salta de la mesa, agarra al hombre por el cinturón y el cuello, lo lanza a una distancia de cuatro metros, vuelve, pone de nuevo en orden su traje y termina la frase interrumpida. Obra así por costumbre e instinto, pero la gente lo toma muy en cuenta, y años después todavía referirán sus acciones.

A qué partido se afilia no es cosa muy esencial. Hasta cumplir 20 años se había contado entre los demócratas, como su padre y sus primos; pero el esplendor de los discursos de Henry Clay, lo patético y lógico de los discursos de Webster, le inducen a pasarse a los Whigs, cuyo programa, por otra parte, no sabía entonces definir

nadie con exactitud; generalmente se los tomaba por los más instruidos, pero si en algo se distinguían de los demócratas más era en lo personal que en lo ideológico. Si acaso, podrán afirmar que guardan por lo general con más entereza el espíritu de la Constitución, cosa conforme con el criterio del joven, a quien el sentimiento de la dignidad humana, y una cierta cualidad fundamental de su modo de ser, inclinan a venerar a los fundadores de su patria y a procurar la conservación de las ideas directrices de libertad e igualdad. Ya Lincoln es ahora lo que será toda su vida: conservador en el sentido de la independencia, defensor de la igualdad de todos los ciudadanos, adversario irreductible en cuanto pudiese menoscabar esta base, como sucediera en Europa en 1830, cuando la reacción estableció privilegios y despotismos que repercutieron en América, por lo menos en lo referente a los esclavos. Y así, durante toda su vida hablará Lincoln con veneración religiosa de los padres de la patria que implantaron en ella la libertad y el orden y, con sabia mano, dieron unidad a una multitud de Estados jóvenes e inseguros.

Hoy, a los veintitrés años, termina el joven su primer y muy prudente discurso electoral con este lacónico párrafo: "Mi política es dulce y corta como el baile de una vieja. Soy partidario de un Banco Nacional y de aranceles protectores. Si soy elegido, os quedaré agradecido; si no, me conformaré." Cuando termina de hablar, baja de la mesa y se sienta entre los oyentes. ¿Se da cuenta alguien en la sala, se da cuenta él mismo, de lo extraño de este final? En él se expresa la segunda cualidad fundamental de su carácter; Lincoln posee una naturaleza capaz de todas las renunciaciones, una naturaleza que lo hace inmune a todos los peligros de la ambición. Las cosas, más que los estímulos del egoísmo, son las que lo impulsan a obrar. En su espíritu se amalgaman una espléndida objetividad con un vivo sentimiento de la fatalidad, ambos procedentes de su juventud pobre y ajetreada, y esta amalgama lo hace incorruptible.

No es sólo la disposición de ánimo de un momento lo que le hace hablar así; cuando sus oyentes miran la circular impresa que distribuyen por la sala circular que Lincoln ha redactado y cuya ortografía, aún no muy segura, ha hecho corregir por un docto conocido, leen en ella: "He nacido en los caminos modestos de la vida, y por ellos sigo. No tengo parientes ni amigos ricos o populares que puedan recomendarme. Los electores independientes tienen que decidir por sí mismos. Si me eligen, me

harán un honor, que trataré de justificar con un trabajo incansable. Pero si mis buenos y juiciosos compatriotas creen más conveniente dejarme a un lado, será bueno que sepan que estoy demasiado acostumbrado a las decepciones para que ésta pueda apenarme mucho tiempo." Aquí, el tono de la resignación adquiere un matiz irónico, y la declaración de la humildad de su cuna está hecha con ostensible orgullo. El hombre que redactó este manifiesto para conseguir su elección siente ya que una juventud dura y sufrida comienza a ser un valor en este país, y subraya la dignidad del colono pobre que todo se lo debe a sí mismo.

Black Hawk, el Halcón Negro, jefe de los indios, tenía por aquel entonces ciertas diferencias con los blancos, a los que cediera en otro tiempo tierras cuya devolución exigía ahora. Viendo desatendidas sus exigencias, rompió las hostilidades e invadió los Estados fronterizos. Esta noticia alarmó a toda la gente joven del país, sin exceptuar a la de New Salem. La tienda estaba en quiebra; Abraham no había encontrado todavía una nueva colocación, las elecciones eran muy inciertas, y si recorría el país hasta el verano y resultaba derrotado luego, habría perdido la ocasión de la guerra; por otra parte, ésta no duraría mucho tiempo, y si la campaña bélica terminaba antes que la campaña electoral, el laurel conquistado contra los indios favorecería al candidato. Con 1.600 mozos alístase Lincoln como voluntario, y su compañía le elige capitán. Esta era su primera elección popular y no la olvidaría nunca. Mal equipados y peor alimentados, atravesando caminos fangosos, cruzando ríos, siempre a través de la pradera, dirígense hacia el Oeste, pero nada de ello le admira ni le molesta, acostumbrado como se halla a todas las penalidades. El enemigo no aparece por parte alguna, y un mes después se disuelve la compañía. Sin embargo, ha hecho una experiencia grande: por primera vez en su vida ha sido derrotado. Temprano aprendió a renunciar; no pide nada y espera poco, pero siempre le sostiene la conciencia de su propia fuerza. Thompson, un soldado de sus filas, lo ha vencido en lucha grecorromana. Ha sido una derrota pública, la primera; está bien: el corazón de un hombre joven tiene que aprender a esperar menos todavía. Pide el desquite, y vence a Thompson por dos veces. Poco después es

derrotado de nuevo por un teniente llamado Anderson. Treinta años más tarde, el Destino les deparará un nuevo encuentro.

¿De qué puede servir Lincoln en la guerra? No le gusta cazar ni reñir y es incapaz de matar aun tratándose de un animal. Si, a pesar de esto, se alista de nuevo por otras dos semanas, lo hace más por la idea de cumplir un deber que por deseos de aventura; y acaso influya también en su decisión la falta de un plan determinado de vida.

Ciertamente, carece del don de mando. Un día, dirigiendo la marcha de una compañía a través del campo, encuentra el paso cerrado por un muro que sólo tiene una puerta, demasiado estrecha para que pasen por ella en formación los soldados de un destacamento. Inútilmente busca en su memoria la palabra exacta de mando que haría reducir el frente de su compañía, hasta que por último grita: "Esta compañía queda disuelta por dos minutos, al cabo de los cuales deberá formar al otro lado de la puerta."

En otra ocasión, al llegar a un campamento abandonado por los blancos, ve cinco cadáveres a los que habían arrancado el cuero cabelludo. Años después, Lincoln los describe como un artista, serena y plásticamente: un altozano, los vestigios de un campamento recién levantado, una luz matinal ' "Los cadáveres se hallaban en el suelo, con los rostros vueltos hacia nosotros. Cada uno tenía en la cabeza una mancha redonda, del tamaño de un dólar. Era terrible y, al mismo tiempo,, grotesco. La roja luz del sol parecía envolverlo todo." Luego, después de una pausa: "Uno de los hombres vestía pantalones de piel." Es el relato de un observador perspicaz, de un hombre que está acostumbrado desde su infancia a mirar las cosas con claridad y a comprenderlas rápidamente, para no exponerse a ningún peligro o a trabajar en balde. Sus miradas perciben lo grotesco y lo terrible, siendo de notar que siempre halla Lincoln, aun en las cosas más serias, un aspecto cómico.

No se ha distinguido como héroe en la guerra; su más notable hazaña ha sido la salvación de un indio viejo al que su propia gente, a pesar del salvoconducto que llevaba, quería colgar de un árbol. Lincoln no ha matado a ningún enemigo, pero ha salvado a uno de ellos del poder de sus amigos: ésta es la única proeza bélica de este filántropo.

Cuando por fin regresan a sus lugares, primero a pie, pues han perdido sus caballos, luego remando en una canoa construida por ellos mismos, y finalmente otra vez a pie, los guerreros no encuentran arcos triunfales ni coronas. En cambio, sus adversarios políticos han desarrollado gran actividad en su ausencia, y como quiera que ya sólo faltan dos semanas para las elecciones y el nuevo partido tiene pocos adictos, Lincoln resulta derrotado en su primera elección. Pero en su propio pueblo obtiene unanimidad de votos, pues los demócratas, que tienen allí mayoría, votan por él, eligiendo al hombre y no al partido. Y aquel día de agosto New Salem le da 208 votos y sólo tres a su adversario. Seguramente, aquella noche, el "honrado Abraham" dormiría satisfecho.

Pero hay que emprender algo que asegure su vida. En vista de ello, busca un socio, obtiene un préstamo, compra la tienda de Offut, en la que sirviera, y la de Herndon, que también ha quebrado; pinta un letrero para su tienda y se presenta como socio de la firma "Berry & Lincoln". Ninguno de los dos es hombre de negocios; en cambio, Berry es un gran bebedor, de modo que pronto todo el negocio pesa sobre las espaldas de Lincoln, que lo soportan menos bien que aquellas grandes barricas que tan a menudo cargara sin flaquear. Compra y vende basándose en créditos, y no parece tener una idea muy clara de los negocios. Las conversaciones de los clientes le interesan más que su solvencia, y cuando el "honrado Abraham", vistiendo camisa de lana azul, americana color castaño oscuro y pantalones fatalmente más cortos de lo preciso, se halla detrás del mostrador, el comprador puede obtener lo que le venga en gana, aunque le sea imposible pagar. Lo peor del asunto es que la tienda se cierra con frecuencia, pues a veces, cuando uno de los propietarios se halla en la taberna, el otro recorre a caballo los caminos, en cumplimiento del destino de administrador de Correos, que acaba de obtener.

Parece, por otra parte, que la retribución asignada a este cargo constituía la base principal de sus ingresos, pues lo conservó durante cuatro años, habiendo sacado bastantes ventajas del único puesto oficial que tuvo. La confianza de sus vecinos y el saber leer y escribir correctamente decidieron su nombramiento. Ahora puede ser el primero en leer, con calma, todos los diarios que trae la diligencia. Esto en el Oeste es un antiguo privilegio del administrador de Correos y hasta el suscriptor espera, al recibir su diario, que aquél tenga la bondad de acompañarlo con un pequeño informe

sobre el contenido del periódico. También los que reciben una carta se la hacen leer por el administrador y, si son capaces de hacerlo por sí mismos, le explican por lo menos su contenido, cosa que no desagrada al anecdotista ni al observador del alma humana, que, gracias a estas correrías que hace llevando en su sombrero las cartas por entregar, va conociendo cada vez más íntimamente a la gente.

Como quiera que la diligencia tiene que detenerse delante de su establecimiento, instala en él una taberna, da de comer a los viajeros por 25 centavos y hasta los aloja durante la noche por 12,50 centavos (la cuadra para el caballo cuesta el doble). Todas estas conversaciones diarias le daban a conocer los deseos y pensamientos de su pueblo; y así, en aquella colonia lejana, fue coleccionando durante los años siguientes, con lo que oía y veía, un caudal de experiencia humana que la más vasta cultura no habría podido darle.

Pero, al mismo tiempo, completa sus conocimientos mediante los libros. Todo impreso que llega con la diligencia, todos los libros que los viajeros le prestan voluntariamente y hasta las novelas escritas en estilo ligero que están de moda en aquel tiempo, todo, en fin, lo que cae en sus manos es buena presa para su curiosidad. La casualidad le favorece. En una ocasión, compra por bondad a un emigrante, que ha cargado demasiado equipaje, un barril lleno de trastos. Pocos días después, al hacer el inventario de su compra, encuentra, entre viejas cajas de cinc e inútiles enseres, un libro trapajoso: los comentarios de Blackstone a las leyes inglesas, el más célebre código de la época. Él le aclara cien cosas importantes, y ya sabe dónde ha de buscar lo que le falta. De jueces y abogados consigue que le presten otros libros, y durante algún tiempo se aparta completamente de sus compañeros para profundizar más sus estudios.

Por entonces llega al distrito un sabio médico, del que aprende mucho, y luego se hace amigo de un holgazán que tiene temperamento de artista y que no hace otra cosa que pescar a la orilla del río, recitando de memoria los fragmentos de Bums y Shakespeare. Este nuevo amigo presta al administrador de Correos los libros de los poetas, abriéndole así nuevos horizontes. Lincoln, sin embargo, prefiere libros de historia.

Por ellos se entera de que los mismos padres de la patria eran adversarios de la esclavitud, de que Washington y John Adams, Jefferson y Madison, Franklin y

Hamilton, en sus diversas actividades, los mejores hombres del país, y algunos de ellos propietarios de esclavos- deseaban reprimir la propagación del sistema. Seguramente el espíritu de Lincoln, acostumbrado a las anécdotas, recibió una impresión inolvidable al enterarse de que Washington había prohibido el perseguir a una esclava que escapara, dejándola decidir libremente su vuelta a casa del propietario.

Desgraciadamente no se vive de lecturas ni meditaciones, y el trabajo que se hace de mala gana no prospera. Por otra parte, el único medio de sacar adelante la tienda, que ha empezado sus operaciones con déficit, sería el aumentar sus ventas. Pero el pueblo, lejos de crecer, diríase más bien que disminuye.

Como era fatal que sucediese, las cosas acaban embargando los acreedores el almacén, desapareciendo el socio y teniendo Lincoln que cargar con el total de las deudas, unos cien mil dólares. El pan de cada día no le falta; como ya hiciera anteriormente, trabaja en calidad de jornalero, cortando, y serrando madera; y al dinero así ganado viene a sumarse su módico salario de administrador de Correos, que le permite ir subsistiendo. Pero ¿cómo y cuándo alcanzará a pagar aquellas enormes deudas, tan en desproporción con sus posibilidades?

Su amigo el agrimensor, desde hace tiempo le viene asegurando que, dada su inteligencia, podría ganar mucho más con su cabeza que con sus manos y le aconseja que siga su ejemplo. En vista de ello, Lincoln se traslada a Springfield, la ciudad más importante de aquellos alrededores, donde, con la ayuda del maestro de escuela, aprende lo que le hace falta para el oficio: un poco de matemáticas y el uso de los instrumentos. Allí encuentra también al comandante Stuart, que siempre le demostrara cierta simpatía. Ahora le presta libros de Derecho, y dentro de unos años todavía hará más en su favor. Seis semanas más tarde, Lincoln es nombrado agrimensor en New Salem. El trabajo es grande, pues continuamente están cambiando los terrenos de propietarios, pero una jornada de trabajo en el trazado de un camino le produce tres dólares, sin contar los dos dólares y medio que le pagarían por dibujar el plano. Además, con frecuencia se pueden matar dos pájaros de un tiro, llevando el correo de la localidad cada vez que tiene que ir a tal o cual sitio para ejecutar una medición. Seguramente no ha olvidado que Washington fue también agrimensor, con la diferencia de que su salario, a pesar de ser ochenta años

antes, era entonces triple. Pero sin duda no todo el mundo puede ser un Washington, piensa en su modestia, tarareando una canción.

Este modo de vivir hasta habría tenido sus encantos de no haber sido por las deudas. Los acreedores implacables le embargan el caballo, sin el cual no podría ya efectuar los viajes que requiere su profesión; y tras el caballo son embargadas las sillas y las bridas, y por último los instrumentos.

Sus amigos se cotizan para rescatar todo aquello, y le aconsejan que lo saque a pública subasta; pero él se niega: no quiere estar presente cuando subasten su viejo caballo, que tantos servicios le prestara. Los amigos se ríen de lo que llaman "sus rarezas", y realizan por él la operación, trayéndole el importe. Sí, esta época es de gran pobreza, pero siempre le queda el recurso, en los peores momentos, de refugiarse junto a su amigo Armstrong, ayudándole a partir leña y arreglar el jardín, meciendo la cuna del pequeñín, contando cuentos a los mayorcitos, y comiendo y durmiendo con ellos.

Entre aquellos que con más frecuencia preguntan al administrador de Correos por sus cartas, se halla Ana Rutledge. Su novio se ha marchado a Nueva York, con objeto de arreglar allí sus asuntos y casarse enseguida con ella. Pero he aquí que no escribe, y cuando lo hace, siempre habla en términos vagos e indecisos, diciendo que su padre ha muerto, que las cosas se prolongan, etc., etc. No es pues, extraño que la gente comience pronto a murmurar que el señor rico abandona a la muchacha pobre, y que poco más tarde se asegure que lo mejor que podría hacer era olvidarlo y tomar a otro, tanto más cuanto que ya la encantadora Ana tiene un segundo pretendiente, Sam Hill, el buen amigo de Lincoln.

El espíritu de Lincoln se encuentra muy inquieto. Su timidez con las mujeres había aumentado por aquel entonces, a tal punto, que hasta se negaba a servirles en su propia tienda.

Del mismo modo, una vez que una señora hubo de quedarse con sus tres hijas en la fonda durante varias semanas, Lincoln rehuyó cuidadosamente su encuentro, dejando de acudir a la mesa a la hora de las comidas, con tal de no encontrarlas. Ya algunos de sus antepasados parece que sufrieron de este horror al matrimonio. Como todo ello era efecto de una melancolía heredada y que crecía con los años, esta melancolía se agravaba, a su vez, por aquella disposición fundamental de su

espíritu, a tal extremo que un campesino amigo suyo cuyo campo medía por aquel entonces, recuerda estas palabras de Lincoln:

"Cuando estoy en sociedad,
podrá parecer que disfruto intensamente de la
vida;
pero cuando estoy solo,
me suelo sentir tan terriblemente deprimido,
que ni me atrevo a llevar una navaja en el
bolsillo."

Solo y triste en su corazón, abrumado por la ansiedad, lleno de secretos anhelos, cae en una confusión completa al enterarse de que la muchacha de quien está enamora o se halla otra vez libre. ¿Puede él desear seriamente que lo elija por esposo? ¿Se repetirá en él el destino de su madre: ser sólo el sustituto de alguien amado y perdido? ¿No era más feliz cuando ella era inaccesible? Y, no obstante, ¿cómo permitir que le venza Hill, cuya única ventaja es la que le da el dinero? El resultado de estas arduas meditaciones es que Lincoln se va a vivir a la fonda de Rutledge, una cabaña con cuatro habitaciones. Allí, por lo menos, se encuentra cerca de la muchacha y puede llenar completamente su fantasía y su mente con todas las imágenes de un amante desdichado.

Pero no hace nada por conquistarla. En cambio, cuando la gente rumorea que el primer novio usaba un nombre falso y que era un estafador, es Lincoln quien sale en defensa de su rival. Antes de marcharse, éste se había hecho medir un trozo de tierra que había registrado con otro nombre, diciendo que diferencias de familia le obligaban a ello. Durante todo este tiempo, Lincoln no había dicho nada de esto, pero cuando, basándose en este asunto, acusaron al ausente, Abraham explicó a Ana la verdadera situación de los negocios de McNeil. La pobre muchacha ya no sabía a qué atenerse; se sentía a medias unida y a medias engañada, y no se decidía a romper definitivamente con su novio, pues su padre, arruinado, había llegado a ser arrendatario del rico forastero con quien pensaba unirse por el matrimonio de su hija. Y ahora, ésta tiene que servir en la fonda y llevar, cesta al

brazo, la comida de los hombres que trabajan en el molino, seguida muchas veces por sus dos pretendientes: el rico McNeil que la cortejaba volublemente, y el pobre y taciturno Lincoln.

Entre tanto, habían pasado dos años, y la legislatura de Illinois debía renovarse en nuevas elecciones. Por segunda vez, Lincoln se presenta como candidato. Algunos puritanos aseguran que es un ateo, pero, crea en lo que crea, lo cierto es que siempre es caritativo y afable, bueno para con los niños y animales, y harto capaz, por otra parte, de hacer discursos y escribir. Así pues, fue elegido y reelegido una y otra vez, sirviendo como miembro de la asamblea de Illinois durante ocho años, de los veintiséis a los treinta y cuatro.

Durante aquel tiempo aprendió poco de las maniobras e intrigas de la vida política, pero mucho de los problemas fundamentales del país, que formaban la base moral y espiritual de las disputas partidistas. Su jefe era Clay; su modelo, Jefferson.

Henry Clay era el político más experto de aquella época. La inteligencia relativista y desapasionada de Lincoln tenía que venerar al hombre que prefería conciliar los extremos hasta afianzar la seguridad general, amenazada por los odios desenfrenados. Clay, próximo ya a los sesenta años, había mirado a los padres de la patria al rostro, apareciendo a los ojos de Lincoln como el protector natural de sus grandes tradiciones y mereciendo ya su veneración por el solo hecho de su fidelidad. Nacido un año después de la Declaración de la Independencia, siendo ya senador antes de que naciera Lincoln, y uno de los parlamentarios que negociaran la segunda paz con Inglaterra, Clay era un apasionado sostenedor de todo lo que garantizase la perduración de la independencia. Con este fin, era partidario del proteccionismo aduanero que aseguraría a los Estados Unidos contra la competencia inglesa; abogaba por las obras públicas; suscitaba industrias y comercios, y lo subordinaba todo, hasta el mismo problema de la esclavitud, a la necesidad de conservar la Unión. Para él, como para sus fundadores, la Unión era la fuente primordial de la libertad y el gaje de independencia ante una Europa monárquica, que parecía no hacer otra cosa que esperar el hundimiento de la joven república. Clay llegó a ser discípulo de Jefferson, el republicano nacionalista; y Lincoln, que ya

tenía dieciséis años cuando la noticia del fallecimiento de Jefferson cubrió de luto a todo el país, siguió las huellas de Clay.

Pues era Jefferson y no Washington quien podía atraer más honradamente el carácter y la inteligencia de Lincoln. Jefferson era un personaje exento de heroísmo. De ideas liberales y humanitarias, esperaba perfeccionar a los hombres y mejorar las relaciones entre ellos: más que un gran ingeniero constructor, era Jefferson un hábil mecánico; conocía mejor el corazón del público que la situación mundial, y era un demócrata en el sentido de los griegos. Seguramente, ya entonces conocía Lincoln los documentos de Jefferson, que más tarde citara frecuentemente, y sin duda le era familiar el famoso fragmento: "Sostenemos que estas verdades se prueban por sí mismas: todos los hombres fueron creados iguales; todos fueron dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales están el derecho a la vida, a la libertad y a la felicidad. Para garantizar estos derechos, los hombres han formado Gobiernos, cuyo poder se deriva únicamente del asentimiento de los gobernados."

¿Podía sorprender el que Jefferson, sentando estas proposiciones y razonando con lógica incontrovertible, llegase a pronunciar palabras proféticas sobre la esclavitud? Siendo propietario de negros, había escrito: "El trato entre dueño y esclavo es un perpetuo ejercicio de las más turbulentas pasiones: por una parte, despotismo ilimitado; por la otra, sumisión degradante. ¡Qué maldición merecería un político que, tolerando que la mitad de los ciudadanos pisoteasen los derechos de la otra mitad, aniquilara en todos la moral y el amor a la patria! ... Con la moral de un pueblo, muere también su industria. ¿Quién, sobre todo en climas calurosos, querrá trabajar si le es posible comprar a otro para que lo haga en su lugar? Quien infringe las leyes de la Naturaleza, se prepara a sí mismo su castigo... Cuando pienso en el problema negro y recuerdo la justicia de Dios, tiemblo por la suerte de mi patria."

Si así hablaba un hombre que había nacido en el Sur muchos años antes de que las llamadas ideas progresistas entraran en curso, ¡qué no pensaría un hombre que, muchos años después, se educaba en el Norte y que tenía que realizar, año tras año, el duro trabajo del blanco pobre! La bondad ingénita de su naturaleza, ¿no le impulsaría decididamente hacia el partido de los emancipadores de esclavos que se unían en el Norte bajo la dirección de sus mentores espirituales y que parecían

preparar una especie de cruzada moderna? Pero su relativismo, la facultad poética de relacionar todas las cosas entre sí, y su aspiración a la independencia del Estado que, bajo la influencia de Jefferson y Clay, se había transformado en dogma, llegó a prevalecer en su mente sobre la aspiración a la independencia de sus semejantes.

A medida que pasaba el tiempo, el problema de la esclavitud parecía convertirse en el problema vital de la Unión. El Sur, cada vez más atrevido, amenazaba constantemente con emanciparse si el Norte trataba de intervenir en el asunto más vital para ellos. Lincoln ha estudiado la historia del problema, sabe que a tiempo que el Mayflower llegaba a las costas de Nueva Inglaterra, un barco que traía a bordo diecinueve esclavos negros anclaba en Virginia, de modo que felicidad y desdicha, esperanza y desesperación anclaban al mismo tiempo en aquellas costas, para que durante siglos combatiese cruelmente entre sí la progenie de aquellos hombres. Sabe que, al discutirse la Constitución de la Independencia, se incluyó en el plan original un artículo reconociendo la esclavitud, artículo que finalmente no se aprobó, y que era intencionada la falta de claridad que se observaba en cierto apartado de la Constitución definitiva, que dice:

"Al número de ciudadanos de cada Estado, representando a los que sólo se han obligado a servir durante un número de años determinado, se deberá añadir las tres quintas partes de todas las demás personas." Estas "demás personas" eran los esclavos, y gracias a este sistema de empadronamiento, los propietarios de esclavos podían mandar al Congreso mayor número de representantes. En una palabra: el Sur podía asegurar su mayoría sobre el Norte. Pero, al mismo tiempo, se legislaba para los Estados del Noroeste, que se consideraban como propiedad común de la Unión: "La esclavitud queda prohibida para siempre, lo mismo que para todo Estado nuevo que pueda incorporarse más tarde a la Unión."

¡Qué fuente de luchas interiores! En la base misma radicaba ya la contradicción: un nuevo Estado, fundado en el reconocimiento de la igualdad de los derechos de todos los hombres, permitía dentro de sus límites una forma de esclavitud que no había sido posible ni en la antigua Europa, con sus gobiernos de clases; transformaba a una parte de los ciudadanos en propiedad de la otra. Y no obstante, la riqueza del país parecía basarse en el trabajo gratuito de millones de hombres: y la moral se disculpaba con el color de la piel. ¿Cómo arreglar todo esto, sin crear

automáticamente una serie de problemas? Al fundarse la Unión había seis Estados esclavistas; la Constitución prohibía la esclavitud en todo Estado nuevo y, sin embargo, ¡hoy los seis Estados se habían convertido en catorce!

Pues al empezar a dividir en Estados nuevos el enorme terreno de Louisiana, comprado a Francia, al constituirse uno de estos Estados en la desembocadura del Missouri, el conflicto latente se hizo visible, y el peligro de que estallara la guerra civil se agudizó, exclamando proféticamente el viejo Jefferson: " ¡Éste es el toque de rebato en la noche!" Entonces fue Clay quien, para salvar la integridad de la Unión, consiguió salir del paso con el compromiso del Missouri, compromiso francamente contrario a la Constitución: en el territorio de Louisiana, desde el 36°30 de latitud hasta la frontera del Norte, la esclavitud quedaba prohibida, excepto dentro de los límites del nuevo Estado de Missouri, que, de ese modo, entraba a formar parte de la Unión como Estado esclavista.

Los quince años que desde entonces habían transcurrido hicieron aún más crítica la cuestión. Habían llegado al país extranjeros, especialmente alemanes, que cultivaban el algodón con el sudor de su frente y con mejores utensilios, removiendo la tierra en torno de las plantas, tal como estaban acostumbrados a hacerlo con las patatas en su patria, iniciando de esta forma en Missouri y otros sitios la competencia del Oeste con el Sur; cultivaban también tabaco y arroz, y pronto llegaron a recoger cosechas cinco veces mayores que las de los demás. Desde luego, eran adversarios naturales de la esclavitud, y afiliados, por lo tanto, al partido de los Whigs. De este modo, fueron entonces, y serían luego, los alemanes los principales electores de Lincoln. Apoyado por el nuevo Oeste, el Norte exige ahora al Congreso la subida de los aranceles con respecto a las importaciones, suscitando con ello una verdadera revolución en los Estados del Sur. La Carolina del Sur declara categóricamente que considera nulos estos impuestos, y que toda tentativa del Gobierno para cobrarlos la rechazarían con las armas en la mano. ¿Mandaré el Gobierno sus tropas y encarcelará a los instigadores? De ninguna manera. La diferencia se arregla, se modifican los aranceles para complacer al recalcitrante Estado, y los instigadores son festejados como héroes en todas las ciudades esclavistas.

Diríase, realmente, que en todo ello influyera como elemento decisivo la voluntad del predominio. La mayoría de presidentes procedían del Sur o, por lo menos, simpatizaban con él, y cuantos querían hacerse respetar en sociedad preferían el partido de las familias antiguas y distinguidas, cuyo espléndido tren de vida inspiraba admiración a todo el mundo, al de aquellos idealistas del Norte, llenos de un entusiasmo nebuloso, o al de fabricantes que no parecían tener otra preocupación que la del dinero. En la capital, las simpatías se inclinaban decididamente en favor del Sur, y si no se llegaba hasta el extremo de glorificar al negrero y alabar la esclavitud y votaba contra ella, todas las mujeres estiraban sus cuellos cuando se apeaban en la fonda los viajeros ricos, seguidos de sus criados negros.

Todas estas cosas se comentaban en Vandalia, el pueblucho en que se celebraban las sesiones de la asamblea de Illinois, compuesta por ochenta y un hombres, repartidos en dos cámaras. Celebrábanse las sesiones en un pequeño edificio de estilo colonial, con pupitres y paredes de madera. Lincoln, que ha conseguido prestado algún dinero para comprarse trajes nuevos, se halla sentado, vestido de azul, en este Parlamento primitivo, y calla. Por cada sesión percibe tres dólares y tiene, además, tinta, plumas y papel para escribir. ¿Qué pensará? ¿Le infundirá respeto esta multitud de abogados y políticos? ¿Han leído más y visto más que nuestro agrimensor y administrador de Correos de veintiséis años, que ya ha visitado el mar del Sur y desde hace años viene estudiando todo lo que estaba a su alcance? Sus discursos no son muy notables, y hay allí muy pocos hombres cuya capacidad pueda estimular sus aspiraciones. En un comienzo, asiste a las sesiones, sentado ante su pupitre, sin abrir los labios; pero cuando, reunidos en la taberna, los legisladores dejan a un lado sus aires presuntuosos, sale de su silencio y cuenta historietas.

Pronto se hace popular por sus anécdotas. Lo llaman "el caudillo de Sangamon", y puede que algunos de los que le rodeaban observasen su callada atención con sentimientos indecisos; pero ninguno podía mirar desdeñosamente a aquel hombre extraño. Uno de los legisladores, que se sienta en su misma fila, lo observa a hurtadillas con el mayor interés. Es un hombre que ofrece un contraste total con Lincoln: bajito, rechoncho, de anchos hombros y pecho poderoso, el cráneo ancho,

lleno de vida y energía, pasando por todos los sitios sin llamar la atención, escuchando, abriéndose paso en todas partes. Es un funcionario del Levante, un demócrata, tan pobre como Lincoln y algunos años más joven. Su nombre es Stephen Douglas. Su procedencia intelectual, su flexibilidad, su inteligencia rápida y su exquisito don de gentes, hacen de él el antípoda del enjuto e irónico Lincoln, del gigante tallado en madera, siempre solitario y silencioso. El contraste que ofrecen estos dos hombres parece ideado por un dramaturgo para llevarlo a la escena. Por el momento, se cruzan sin encontrarse y es probable que Lincoln apenas se fije en un hombre tan desconocido para él; Douglas, en cambio, los observa a todos, pues la ambición lo acucia y está decidido a avanzar deprisa, con los ojos fijos en los más altos puestos del país. Todo político es para él un rival posible. Mide las fuerzas de todos, y seguramente aquel político larguirucho no le inspira ningún temor: sin duda no será Lincoln quien pueda perjudicarlo.

Al parecer, McNamar o McNeilⁱⁱⁱ había emigrado definitivamente. Cuando Lincoln regresó de Vandalia a New Salem, encontró la casa Rutledge completamente arruinada. El primer colono de la región se había visto obligado a dejar la fonda y a refugiarse con los suyos en una hacienda que perteneciera al novio desaparecido. Pero la hermosa muchacha ha dejado de querer a McNamar, y ha hecho comparaciones entre él y los dos pretendientes del pueblo. Por otra parte, parece que Hill ha dejado de cortejarla. Ahora sus sentimientos se inclinan hacia quien desde hace tres años la ama, hacia quien prefiere en el matrimonio la tranquilidad y la pobreza al dinero y el orgullo, hacia quien desea abrirse paso por sí mismo, sin tener que agradecer o deber nada a nadie; hacia el hombre de recatada dignidad y corazón abnegado. La actitud de Ana pone fin a las vacilaciones de Abraham, y se prometen oficialmente.

Ha llegado la primavera; Lincoln va a visitarla frecuentemente a la hacienda vecina. Él tiene veintiséis años, veintidós ella. Estos meses de noviazgo parecen haber sido la época más feliz de la vida de Lincoln. Sin nada concreto en que apoyar su fantasía, ésta le puebla aquella vida sosegada que era la suya entonces con escenas y sentimientos derivados, con cierta lógica, del carácter de ambos. Su descripción

rebasaría los límites que nos hemos impuesto; y, a pesar de todo, nos veríamos cruelmente sorprendidos en pleno idilio por la realidad. Por otra parte, ¿no es natural y significativo el hecho de que acerca del único episodio sentimental de la vida de aquel hombre retraído no exista documento ni leyenda alguna, abundando, en y cambio, como abundan sobre sus fracasos y dudas interiores? Así, para este hombre melancólico, el idilio no es más que un breve alto en las riberas de la dicha, de las que no tardará en arrancarlo el huracán.

Aquel verano, el paludismo se abate sobre este rincón de Illinois, y como aquella fiebre que le arrebatara en Indiana a sus abuelos y finalmente a su madre, así el paludismo lo ataca ahora a él mismo, a uno de sus amigos y a su novia. Su robusta constitución vence la crisis, pero el amigo perece y, finalmente, ve morir a su prometida.

Lincoln se siente próximo a la locura. Tras una juventud larga, penosa y exenta de todo goce, ha tendido la mano hacia su sueño; ha pretendido apoderarse por primera vez de algo que frecuente y fácilmente fue concedido a otros caracteres más alegres que le rodeaban; del tesoro de su fantasía ha sacado una melodía que quiso ejecutar, en sordina, para sí mismo y para los demás. Y he aquí que, repentinamente, la melodía se interrumpe y todos sus presentimientos de una existencia solitaria y triste se ven doblemente confirmados por la realidad. ¿Podemos sorprendernos de que, una semana después de la muerte de Ana, le encuentren en el bosque, a la orilla del río, hablando a solas como un demente? ¿O que recorra a pie seis millas para ir a reposar su dolor sobre el sepulcro de su novia? Siguiendo el consejo de un médico que se interesa mucho por él, se va a casa de unos amigos, en donde toma parte en la cosecha y ayuda por las noches a cardar la lana para la rueca del ama de la casa. Pero, de repente, dominado de nuevo por su tormentoso dolor, le oyen exclamar: "¡No puedo soportar el pensamiento de que ella yace allí, sola! ¡La lluvia y el viento azotan tal vez su sepulcro!"

El hombre al que su natural melancolía hacía temer el llevar consigo una navaja de bolsillo, se ve reducido por algún tiempo a la más profunda desesperación.

Pero, a pesar de todo, la vida sigue su curso, y os que se salvan del suicidio han de seguir viviendo, sea como sea. Las leyes especiales que presiden el desarrollo del carácter se manifiestan desde la infancia, y hasta los temperamentos más inquietos, como era el de nuestro protagonista, desprovistos de ambición, sin ningún fin determinado en la vida y sin el aguijón de la necesidad, propenderán naturalmente a seguir moviéndose en la órbita habitual, hasta aquel instante en que los hechos, hijos al parecer del azar, acaban revelando la lógica interior de los acontecimientos. Por otra parte, Lincoln poseía una naturaleza demasiado sana para permanecer dominado mucho tiempo por una melancolía paralizadora. La crisis nerviosa fue grave, pero pasajera, y un hombre de temperamento imaginativo, acostumbrado a renunciar a los goces concretos y a refugiarse en el sueño, puede volver más rápidamente a una realidad de la que huyeron los dioses.

Ya para él había pasado el tiempo del estudio desordenado; tenía ya veintisiete años; y debía dar a su actividad intelectual un plan determinado; el conocimiento profundo del Derecho y la Historia le era indispensable. Un amable maestro de escuela le había enseñado las reglas gramaticales. La "Edad de la Razón" le había proporcionado nuevas ideas, el círculo de su fragmentaria cultura se había hecho más amplio. Ahora los ocios del tendero se hallaban colmados por los trabajos, cada vez más abundantes, del agrimensor. La compra y venta de tierras había adquirido un desarrollo nunca visto. En las fincas en que se esperaba la llegada de Lincoln cargado con los instrumentos de su profesión, todos esperaban algo de él. Los unos una conversación política del diputado, los otros una anécdota del narrador, y todos el arbitraje de un match de boxeo o la decisión, como voluntario juez de paz en una riña, del "honrado Abraham". De esta manera se estableció un lazo natural y cada vez más fuerte entre él y sus electores. Su reelección era segura.

Pero esta segunda campaña electoral fue conducida de diferente modo. Ya se había hecho un político, aprendiendo de sus colegas ciertas artes electorales, y cómo escribir cartas y componer un discurso. La confianza en sí mismo se había afianzado, sus métodos se habían hecho más hábiles y más exigente su actitud que dos años antes. Ciertamente que la atmósfera de Vandalia favorecía este cambio. No contento con esto, se presentó con un programa personal, cosa que el partido no recibió muy bien, y contestó a una encuesta del periódico local diciendo que, en todo momento,

prefería jugar con las cartas sobre la mesa: "Opino que todos los que ayudan a soportar las cargas, deben disfrutar de la protección del Gobierno. En consecuencia, sostengo el derecho electoral de todos los blancos que paguen impuestos o sirvan en el ejército, y no excluyo en modo alguno a las mujeres. Si soy elegido, consideraré al pueblo entero de Sangamon mi mandatario, sin tener en cuenta quiénes hayan sido partidarios o adversarios de mi candidatura. En todos mis actos me conformaré a su voluntad, siempre que me sea expuesta, y, si no lo fuese, me atenderé a mi propio juicio, procurando en todo caso lo más favorable para sus intereses. Elegido o no, opino que los productos de la venta de terrenos públicos deben ser distribuidos entre los diferentes Estados, a fin de poder construir colectivamente canales y ferrocarriles, sin necesidad de empréstitos ni pagar intereses."

No usó tan enérgico lenguaje en su primera elección, y cuando uno de sus adversarios lo ataca públicamente en Springfield, demuestra que ha aprendido a defenderse. Este hombre era un vecino acomodado y medio loco que, ante el asombro general, había hecho poner sobre su casa el primer pararrayos que se viera en la pequeña ciudad. Después de refutar los argumentos del orador, Lincoln concluye diciendo: "El orador ha comenzado su discurso anunciando que se encargaría de la necesaria labor de bajarme los humos y aludiendo a mi juventud... El señor cree que yo soy joven. Pero olvida que tengo más años que experiencia de las tretas y habilidades de los políticos. Deseo vivir, deseo alcanzar posición y honores, pero preferiría morir antes que ver, como este señor, el día en que fuese yo capaz de cambiar de opinión por una colocación remunerada con tres mil dólares anuales y que me obliga a poner un pararrayos sobre mi techo para proteger de un Dios indignado mi conciencia culpable."

Un espíritu de lucha parece haberse despertado en él, y su ironía, que hasta entonces sólo se empleara en tono de broma, tórnase un arma afilada. Su sentido innato de la dignidad personal crece durante estos años de lucha y manifiesta un sano orgullo cuando se le hiere. Un hombre que se ha suscrito al periódico y ha demorado mucho tiempo el pago, le exige, al pagar, un recibo. "Me extraña su exigencia, le contesta Lincoln como administrador de Correos. La ley exige el pago adelantado del franqueo de periódicos; sin embargo, yo he esperado un año y ahora

usted no encuentra nada mejor que ofenderme con la insinuación de que yo pudiera hacerle pagar dos veces."

Cuando un candidato demócrata, con el cual personalmente le unen buenas relaciones, propaga en la campaña electoral calumniosas insinuaciones sobre Lincoln, recibe de él esta contestación: "Me he enterado de que durante mi ausencia de la última semana, se ha jactado usted públicamente de conocer un hecho o hechos que, de ser conocidos del público, destruirían completamente las esperanzas de Edwards y las mías en las elecciones próximas, dando a entender que sólo una consideración amistosa le impedía revelarlos. Nadie necesita más el favor de los hombres que yo, y, por lo general, pocos se han resistido menos a aceptarlo, pero en este caso, el favor que a mí se me hiciese redundaría en perjuicio de los ciudadanos; por lo tanto, le ruego me perdone si lo rehuso. Harto evidente es el hecho de que, hasta ahora, he venido gozando de la plena confianza del pueblo de Sangamon; si voluntaria o involuntariamente he hecho algo cuyo conocimiento bastara para hacerme perder esa confianza, quien, conociendo ese hecho, lo ocultase, sería un traidor a los intereses públicos. Del hecho o hechos verdaderos o supuestos, de que habla usted, no puedo formarme idea alguna, pero el concepto de hombre veraz que usted me merece me impide poner en duda, siquiera por un momento, la sinceridad de sus afirmaciones. Mucho me halaga su consideración personal, pero espero que una meditación más detenida le lleve al convencimiento de que el interés público es mucho más considerable que el mío propio, y que, por lo tanto, su deber es dejar que ocurra lo peor. Yo le aseguro a usted que la franca revelación de los hechos, por mucho que me perjudicase no destruirá nunca los lazos de nuestra mutua amistad personal. Deseo una pronta contestación, y le dejo en libertad de publicar ambas cartas."

Es ésta la primera obra maestra de Lincoln como estilista. Moralmente, se siente seguro; no en vano le llaman el honrado Abraham, y es igualmente claro que comprende la dañina intención de su adversario. ¿Qué le impide, pues, darle su merecido? La consideración a la amistad anterior y la táctica del político. Atendiendo más a la verdad que a la ofensa, puede probar su celo por el bienestar público, al que sacrifica el propio. Así, como admitiendo que, en general, recibe voluntariamente el favor público, más aún, que lo necesita, aumenta la impresión de

su modestia. No es extraño, pues, que cuando el destinatario lee su carta, después de morderse los labios, ante sus veladas ironías, se sienta fulminado por las palabras finales: "Deseo una respuesta..." Todo este incidente, en medio de la lucha electoral, no deja de favorecer a Lincoln, pues si su adversario no publica su carta, ya él se encargará de darle publicidad, ganando la confianza pública por el mismo silencio de su contrincante. En verdad, todo ataque a su honor hace de él un consumado maestro de esgrima.

En cambio, si un adversario es leal con él, y le lleva en su coche al mitin en que han de enfrentarse, Lincoln no olvida decir a su auditorio: "Soy demasiado pobre para tener un coche propio, pero mi adversario me ha invitado generosamente. Desearía que, si tal fuese vuestro deseo, votaseis por mí. Pero si así no fuese, elegid a mi contrincante, que es todo un caballero."

Con su reelección, dos liberales entran por primera vez en el Parlamento, formando un fuerte núcleo, llamado de los Long Nine (los "Nueve Largos", así apodados por pasar su estatura de seis pies y su peso de doscientas libras), que preconizan una política financiera en extremo audaz. No obstante, Lincoln continúa independiente, teniendo en cuenta para el nombramiento de las comisiones, no el partido, sino la persona. Todo su pasado, todo su modo de ser, le impiden sentirse un buen parlamentario. Con toda franqueza dirá en un discurso: "Realmente, no veo ante mí sino un pleito de políticos, un grupo de hombres que, además de los intereses del pueblo, tienen también los suyos, quedando bastante distanciados, al menos como grupo, de la gente honrada." Ello queda, sin embargo, reducido a una simple frase, cuando añade, a continuación, que él mismo forma parte de tal grupo, no siendo su propósito ofender a nadie personalmente; pero la verdad es que sólo a un hombre que se sienta en el fondo, muy distinto de sus compañeros de escaño se le ocurriría hablar así. Ello, desde luego, no obedece a un sentimiento de soberbia, sino a una intención más pura, radicalmente opuesta a la de casi todos aquellos hombres ocupados en enmascarar con palabras sus verdaderos motivos.

Lincoln conoce el mundo, la pobreza y el valor del dinero, y como hombre práctico calcula las ventajas que su elección podrá reportarle; pero ninguna consideración de orden personal le inducirá jamás a aconsejar o apoyar una cosa injusta. Esta incorruptibilidad, por otra parte, no le cuesta el menor trabajo, estando como está

en el orden de su carácter. Su naturaleza platónica le hace ver en cada cosa ambos lados, mostrándole de primera intención el justo medio y ahorrándole divagaciones. Serenamente, va siempre al centro de la cuestión y resuelve con arreglo a su conciencia. Véase un ejemplo:

Con un grupo de amigos gestiona Lincoln el traslado del Parlamento, que equivalía a trasladar la capital oficial, del mismo Vandalia a Springfield. Comercio, caminos, juzgados, todo el desarrollo del joven Estado convergía hacia allí; al mismo tiempo, su interés personal así lo aconsejaba; ya los tiempos de la aldea habían pasado; ahora necesitaba un radio de acción mayor para el desenvolvimiento de su actividad política. Pero los intereses de algunos los retienen en Vandalia. Un tercer grupo, cuyo voto es decisivo, ofrece votar el traslado a cambio de que los partidarios de él apoyasen antes otro asunto que les interesa a ellos. Pero la voz pura de Lincoln responde a la tentación: "Pueden reducir mi cuerpo a cenizas y esparcir las cenizas al viento. Pueden desterrar mi alma a las tinieblas y la desesperación para ser martirizada eternamente. Pero nadie me inducirá a votar una cosa que considero falsa, para poder conseguir con este voto algo que considero justo."

En este párrafo se encuentran ya todos los elementos de su discurso: dramatismo y lógica, sinceridad e integridad moral. Precisamente, éstos eran los elementos que en aquellos tiempos y en aquel país conducían al éxito. Lincoln consiguió lo que se proponía.

Sin embargo, esta base moral de su naturaleza no suscita en ninguna parte la desconfianza de los electores, pues contra ella le protege su sencillez. Sentados en la fonda, cuenta historietas, haciendo reír a todos los que le rodean. Cuando se siente cansado, ruega a otro que toque el violín, y retirado en un rincón, escucha apasionadamente la música, que parece tranquilizar siempre su alma. Una hora después habrá una juerga fenomenal, que acabará bailando Douglas con Shiels, el viejo guerrero, un cancán sobre la mesa, teniendo que pagar toda la loza, hecha añicos con gran entusiasmo. Lincoln, que no bebe, no se atreve a bailar el cancán con estos señores que, socialmente, se sienten tan superiores a él; permanecerá aparte, en silencio. Pero su dignidad interior se exalta en la comparación, y ya comienza a apuntar en él, según confiesa a un amigo, la idea de reformar el Illinois.

Lincoln tenía un alto concepto de la mujer; puedo asegurar que durante nuestras prolongadas relaciones nunca oí de sus labios una palabra ofensiva contra una mujer determinada, ni una sola de esas groseras frases sobre el otro sexo, tan comunes en boca de los hombres. Sentía una fuerte inclinación hacia las mujeres, no podía vivir sin ellas y, sin embargo, tengo que reconocer en su honor que hacía una vida pura y virtuosa. Pensaba que la mujer tenía tanto derecho a violar los votos matrimoniales como el hombre. Su sentido del derecho, de la justicia y del honor le prohibía violar sus propios votos matrimoniales. Más tarde, le vi tentado muchas veces, pero siempre le vi evitar el contacto femenino."

Estas discretas observaciones, hechas por uno de sus amigos, iluminan en parte el problema que plantea siempre Lincoln en sus relaciones con las mujeres. Su naturaleza solitaria, lírica, necesitaba de ellas, pero una delicadeza innata, unida a una tirantez y reserva naturales, contenía sus impulsos, y como su naturaleza pecaba más bien de falta de actividad, se vela expuesto al asedio de mujeres decididas, que deseaban cambiar los papeles y conquistar al hombre esquivo. La voz dulce de una muchacha conmovió su corazón en un tiempo, pero tampoco a ésta se había atrevido a acercarse hasta que, después de una espera de dos años, la había visto libre del compromiso que la uniera a otro. Y, aun entonces, lo había impulsado el doble atractivo del abandono y la desdicha en que la veía sumida. Esta muchacha había muerto. Ahora, un año después, otra mujer se atravesaba en su camino.

En New Salem, donde residía, entre las sesiones del Parlamento, frecuentaba la casa de una mujer joven que hablaba a menudo de su hermana; Lincoln había conocido a esta familia por su maestro de gramática, primo de las mujeres. Tres años antes había conocido a la menor de ellas y, medio en broma, medio en serio, había convenido en casarse con ella si es que la muchacha volvía alguna vez a New Salem. "Naturalmente, acepté la proposición, pues no me quedaba otro camino. Pero si he de hablar francamente, confesaré que estaba verdaderamente contento del proyecto. Al conocer a su hermana tres años antes, me había parecido inteligente y agradable, y no me contrariaba unir mi vida a la suya."

Buen comienzo tuvo el asunto: dos mujeres que se unen para arreglar el matrimonio de un hombre cuya soltería ha durado ya bastante tiempo. Cierto que la novia era

mayor que él, pero en cambio era más culta y, desde luego, más rica que el pobre agrimensur. Por lo que a éste respecta, no tiene objeción que hacer".

Mary Owens apresura su llegada, pero esta precipitación inquieta a Lincoln: "Su llegada tan precipitada me parecía expresar un deseo inmoderado de casarse. Claro está que muy bien pudiera suceder que su hermana no le hubiese comunicado aún nada. Y concluí por consentir en desposarla si ninguna otra objeción se presentaba. Un par de días después nos encontramos; pero, ¡cuánto había cambiado! Ya sabía yo que era más corpulenta que lo normal, pero ahora me parecía más adecuada para esposa de Falstaff que mía. Tampoco ignoraba que la llamaban vieja solterona, y preciso es reconocer que al llamarla así no se exageraba demasiado. A pesar de todos mis esfuerzos para evitar esta asociación, no podía abstenerme, al verla, de pensar en mi madre, no por sus facciones marchitas, pues su cutis era demasiado terso para formar arrugas, sino por su falta de dientes. Obsesionábame, además, el resolver si era posible que su corpulencia actual hubiese adquirido tales proporciones en menos de treinta y cinco o cuarenta años. En fin, mi situación no me parecía digna de envidia. ¡Pero qué le iba a hacer! Había prometido a su hermana que la desposaría y siempre consideré cuestión de honor y deber de conciencia cumplir mi palabra en todas las cosas, especialmente en aquellas en que otras personas pudiesen verse comprometidas, como en este caso. Estando absolutamente convencido de que ningún otro hombre se casaría con ella, fácilmente llegué a la conclusión de que Mary no me dejaría escapar. Ocurra lo que ocurra, pensaba, pues, no será culpa mía, si no llega a verificarse el acontecimiento. Procuraba luego imaginármela en funciones de esposa mía y me esforzaba lo mejor que podía por descubrir en ella virtudes que compensasen de algún modo sus flaquezas. Con gran esfuerzo, quería obligarme a creerla agraciada, cosa que hubiese sido verdad a no ser por su excepcional corpulencia; aparte esto, nunca he visto una mujer de facciones más hermosas. También procuraba persuadirme de que realmente lo compensaba todo su inteligencia, pues, ciertamente, en este punto no la ganaba ninguna."

La confusión es grande y tanto más tremenda cuanto que procede por entero de sus buenas cualidades. El tono de zumba que anima este relato no lo lograría Lincoln sino después de haber vencido la crisis, dos años más tarde, cuando escribe a una

amiga relatándole su aventura. Por el momento, los proyectos matrimoniales quedan en suspenso; Abraham se marcha al Congreso, y espera en Vandalia que cualquier imprevisto suceso modifique la situación; finalmente, regresa; nada ha cambiado: la enorme Mary está sentada a la mesa de su hermana, tomando el té, en una larga y callada espera. Sus nuevos planes de vida, que habrían podido ayudarle a salir del apurado trance, no bastan, sin embargo, a resolver el conflicto. A pesar de lo absurdo de tal unión, que las mismas hermanas empiezan a comprender, desaprovecha la ocasión que el traslado le brinda y permanece fiel a su promesa.

"En todo este tiempo, aunque decidido a cumplir lo ofrecido, firme como la roca que hace frente a las olas, sentíame no obstante profundamente arrepentido de mi imprudencia. Toda mi vida había transcurrido en una independencia absoluta, en plena libertad de hacer lo que se me antojara, o tal creía al menos... Por más esfuerzos que hacía, no veía el modo de evadir el compromiso; al fin y al cabo, ambos éramos los mismos que cuando contraje aquél. No obstante, me pasaba todo el tiempo haciendo proyectos para salir del mal paso, o retrasar, cuando menos, el día fatal..."

Afortunadamente, Mary comienza a encontrar en Abraham pequeños detalles que le desagradan; indudablemente, carece de distinción, y no tiene con ella esos mimos y atenciones que tanto gustan a las mujeres. Un día, haciendo una excursión a caballo por el campo, como los otros mozos ayudan a montar a sus novias y sólo él omite el cumplimiento de este deber elemental, ella le reprende, contestándole él: "¡Bah, ya es usted lo bastante crecida para no necesitar que nadie le ayude!" No obstante, un día que se estropea la chaqueta salvando a un cerdo de perecer en el pantano, le llama sentimental, y lo encuentra punto menos que un héroe; lo que no impide que otro día, que se niega a cargar a cuestas con un niño, lo tenga por el más grosero de los mortales. Estas disensiones menudean, y en una ocasión, al regreso de una semana de ausencia, motivada por la medición de unos terrenos, Mary hasta se niega en un principio a recibirle.

Finalmente, un nuevo estímulo agita la corriente de su vida. Después de cinco años de estancamiento, el Congreso se traslada a Springfield. Obra suya ha sido este traslado, y de ahí que se aventure a dar un paso para el cual ha venido preparándose desde hace tiempo. Resuelve probar fortuna en Springfield como

abogado. No es preciso examinarse, ni hace falta una licencia oficial para ejercer, y Lincoln ha aprendido en estos años, en un par de libros prestados, más que muchas de las celebridades locales. Por otra parte, está convencido de que el conocimiento de los hombres y las cosas y la experiencia de una vida activa valen por todos los axiomas jurídicos. La práctica proveerá a las deficiencias de la teoría; y, en último caso, un asociado le ayudará cuando sea menester. ¿Acaso no le conocen ya en todas partes? ¿No ha entrado ya en contacto, como agrimensor y administrador de Correos, como tendero y jornalero y, por último, como candidato al Parlamento, con más de la mitad del distrito de Illinois? Su costumbre de hablar en público, el conocimiento del país y, sobre todo, su confianza en sí mismo, cada día mayor, le impulsan a la aventura. ¡Al fin y al cabo, si le espera un fracaso, sólo será uno de tantos!

Es más pobre que antes; pero enriquecerse gratis gracias a un matrimonio de conveniencia es algo que repugna a su modo de ser. A los veintiocho años, Lincoln cabalga hacia una nueva vida, montando un rocín prestado, con siete dólares en el bolsillo, deudas por más de mil y a punto de casarse con una mujer que le tiene sin cuidado.

Capítulo 2

EL CIUDADANO

Noventa años atrás, Springfield era ya una población de cierta importancia; sus 1.500 habitantes y sus cuatro fondas le daban primacía en todo el Estado de Illinois; su único rival era Chicago, pero el traslado del Congreso a Springfield le permitía mirar con desprecio a la ciudad del lago. El Congreso representaba la conquista decisiva de Springfield, pues si bien ya residían allí los Tribunales, sólo el Congreso, al hacer de la ciudad el centro político del Estado, podía comunicarle el sentimiento de la autoridad y traerle con él algo del ambiente de Washington. Al mismo tiempo, Springfield se convertía rápidamente en un centro social. Las gentes ricas se hacían construir casas de ladrillo. Muchas de estas familias provenían del Sur, y pretendían vivir en el Norte una vida semejante a la que hacían los potentados esclavistas. Claro que estos imitadores no poseían esclavos. A ellos se refería el verso que tarareaban por calles y plazas:

*¡He aquí a los Todds, Stuart y Edwards,
con curas, perros y criados!*

Pero todo esto no bastaba para hacer de Springfield una gran capital. Difícilmente un colono de pura raza acata así como así un edicto municipal que le prohíbe dejar sus cerdos en la calle. En efecto, el Consejo Municipal se ve obligado a modificar una ordenanza que los ricos inmigrados del Sur habían hecho dictar y cuya nueva versión reza del siguiente modo: "Ningún cerdo podrá transitar por las calles de Springfield si no lleva nariguera."

También los señores diputados se quejan de que les sirvan demasiada caza y perdices, de las que se han hartado durante largos años de vida campesina. Esperaban encontrar en la ciudad los magníficos asados de la civilización. ¿Para qué, si no, ganaban sus dietas al servicio del bien público? Una de las primeras fiestas sociales con que se celebró el traslado de la capital fue un gran baile, en cuyo comité de admisión figuraba Lincoln como miembro. Nuestro héroe ignoraba el efecto que este primer contacto con la sociedad iba a producir en su vida.

Hallándose, como siempre, escaso de dinero, lo primero que hizo al llegar a Springfield fue buscar a un compañero de guerra, propietario de una tiendecita, al que pidió albergue (la cama cuando menos), prometiéndole pagar más tarde. Speed tenía un corazón blando y unas facciones femeninas que contrastaban curiosamente con los rostros duros de sus conciudadanos. La espesa barba rubia que enmarcaba su semblante acentuaba más aún su apariencia extranjera. Era un soñador de la misma especie que Lincoln, propenso a esquivar las realidades de la vida y mal preparado para afrontarlas, procediendo como procedía de una familia rica en un tiempo.

Más sensual que Abraham, carecía de las grandes fuerzas físicas y de las dotes intelectuales que garantizaban a éste dignidad y seguridad personal en el mundo. Pero, en fin de cuentas, era una buena persona, que no vaciló en recibir hospitalariamente a su arruinado amigo, al que deja dormir en su propia cama, colocada en la trastienda, donde no tardan en instalarse otras dos camas: durante mucho tiempo cuatro hombres habitarán allí, más o menos cómodamente. El día de su llegada, Lincoln, dejando en el suelo su maleta, anunció tranquilamente: "Aquí me tienes, Speed, y por mucho tiempo."

Al mediodía come con los "Nueve Largos" o en casa de Butler, un antiguo conocido suyo, casi siempre en calidad de invitado, pues sólo percibe dietas durante las sesiones y, como es natural, ha abandonado sus cargos de agrimensor y administrador de Correos; además, constantemente tiene que hacer pagos a cuenta de sus deudas. Necesita, pues, encontrar sin demora una fuente de nuevos ingresos. Tres semanas después, se ha asociado con un abogado de la ciudad, al que conociera en sus andanzas de político. Stuart, que ya anteriormente le había prestado libros de Derecho, es ahora candidato para el Congreso de Washington, y necesita un asociado en Springfield. Parece confiar en la inteligencia y elocuencia de Lincoln, aunque sus conocimientos jurídicos sean incompletos. Pronto queda arreglado el asunto. Un nuevo rótulo, que anuncia a "Stuart & Lincoln", es colocado en el primer piso del mismo palacio de justicia de Springfield, donde permanecerá cuatro años.

El despacho de los abogados es pequeño; un armario, una mesa, un par de sillas, papeles, muchos papeles. y, cubriéndolo todo, una capa de polvo. Nuestro largo y

enjuto personaje, que siempre ha vivido entre la gente sencilla y al aire libre, cambiando constantemente de ocupación y trabajando alternativamente con la cabeza y con los miembros, que generalmente podía hacerse cada mañana el programa del día a su antojo, este hombre pobre, pero independiente, convertido ahora en un ser intermedia entre el secretario y el abogado, se ve sometido a una prueba muy dura. Tiene que escribir con regularidad ciertas cartas, acudir puntualmente a los Tribunales, cobrar dinero judicialmente: el que tanto tuviera de gitano tiene que convertirse en un perfecto oficinista. ¿Y qué sucede? Que sólo llega a serlo a medias, adaptando como puede su profesión a su modo de ser.

Al principio todo es fácil y aburrido, pues Stuart, el hombre de experiencia y el jefe, se reserva como es natural los casos más interesantes, dejando solamente los asuntos corrientes a su inexperto socio. Así, tiene Lincoln que entenderse con gentes que pleitean por la propiedad de un terreno, cosa que cualquier agrimensor podría decidir, o que se querellan por un par de bueyes o una cocina económica. Pero no tarda en presentarse un pleito que permite al joven abogado darse a conocer en todo su peculiar estilo. Nunca adquirió Lincoln la típica afición de los abogados a la intrincada lógica legal ni a la tergiversación retórica en torno a los códigos. Lo que interesa en su nueva profesión es el sentido de justicia, las oportunidades que ofrece para ayudar a los oprimidos. En su vida política había adquirido la costumbre de atacar toda clase de corrupción; ahora, apasionadamente, hace extensiva esta lucha a la vida ciudadana de cada día, cuyas injusticias fueran el origen de este mismo interés.

Una viuda había llegado a la ciudad para tomar posesión de la herencia de su esposo: diez acres de tierra. Cuando llegó, encontró su propiedad ocupada por un viejo general, que se había apoderado de ella alegando que una deuda del difunto lo hacía propietario de la tierra. Stuart y Lincoln, que se hicieron cargo del asunto, descubrieron que el general había falsificado un documento. Este individuo era un inmigrante del Este, que había llegado en busca de trabajo, y que esperaba ser elegido juez de paz. Comprendiendo que el descubrimiento del fraude bastaría a echar por tierra sus pretensiones, declaró que el sospechoso documento había sido malignamente mezclado a sus papeles por la parte contraria. Lincoln se enfurece. Pocos días antes de las elecciones para juez de paz, hace distribuir por las calles un

folleto anónimo, dando los detalles del asunto y concluyendo con las palabras siguientes:

"Si he hecho público este asunto, ha sido por la única razón de hallarme entre las personas a quienes se acusa de haber introducido el documento entre los papeles del general, y porque mi silencio podría interpretarse como una confesión. No doy a conocer mi nombre, pero autorizo al redactor del diario a que lo diga a todos cuantos deseen conocerlo."

A pesar de todo, el general es elegido, se da el nombre del libelista y el atacado pretende defenderse contra su agresor: "Ese hombre carece de respetabilidad... Al venir a este país, trató de imponérsenos como abogado: y efectivamente, consiguió que un asesino le confiase su defensa. Pero, mientras el abogado cobraba su dinero, ahorcaban a su cliente. "Lincoln replicó: "Todo eso es una cochina mentira." Y concluía: "Sólo diré que, como el general Adams, también tengo yo una reputación que defender, pero que, a diferencia de él, no me gusta hacer ruido en torno de ella. ¡Hasta la vista, general! Pronto volveremos a vernos ante los Tribunales, y entonces veremos si el terreno pertenece a usted o a la viuda." Lincoln gana el pleito en favor de la viuda, lo que le hace muy popular. Desde entonces será el terror y la amenaza de todos los fariseos.

En el fondo, al abogado de veintiocho años sólo le falta el dinero, cosa que, por otra parte, no echa él de menos. Ya ha conseguido mucho: es jefe de partido en el Congreso, socio de un excelente jurista, colaborador en un diario; disfruta de todas las simpatías de la pequeña ciudad, que no olvida que a él se debe el traslado del Congreso; se halla en situación de estudiar cosas nuevas e interesantes, es el campeón de lucha y otros deportes, y un narrador a quien todos escuchan con deleite.

Pero lo que más le gusta es filosofar, sentado en la tienda de Speed. Reúnense allí el listo Browning, el mundano Baker, Stuart cuando está en la ciudad y tiene tiempo y Thomas, el cura. Se sientan encima de las cajas o sobre el mostrador, rodeando a Speed, que es el único que se mueve; viene a veces también Douglas, el demócrata, de lengua celosa, siempre dispuesto a defender y a combatir ambos partidos. Todos

estos jóvenes disponen de más tiempo y energías de las que puede utilizar la pequeña ciudad; están enterados de la política y la administración, leen con pasión los diarios y opinan que, de hallarse en Washington, ellos lo harían mucho mejor. Lincoln no falta nunca; prefiere divertirse hablando de política o refiriendo anécdotas, que poner en limpio tediosos instrumentos jurídicos. No tardan en formar los mozos una a manera de asamblea íntima, en la que no toman parte las mujeres, pues la amistad sólo puede perdurar entre hombres. Unos a otros se leen críticas y ensayos; Lincoln da a conocer un ensayo suyo sobre las virtudes femeninas y escribe también un poema sobre las prácticas de seducción de los hombres, cuya estrofa final dice así:

*Whatever spiteful fools may say
Each jealous ranting yelper,
No woman ever went astray,
Without a man to help her^v.*

Estos versos muestran claramente la disposición de ánimo de un hombre que prefiere defender ante los Tribunales a actores que a corredores de fincas. Así, se empeña en defender la causa de una compañía ambulante cuya actuación prohibieron los puritanos de la ciudad. Sin percibir honorario alguno, trata la causa ante los Tribunales con tanta gracia, retrotrayendo sus alusiones hasta los tiempos del carro de Tespis, que la prohibición es anulada. La actitud asumida por Lincoln en este caso hace que comiencen a hablar de él como de un mal cristiano.

Pues en aquellas lejanas colonias la cuestión moral se relacionaba siempre estrechamente con la práctica, y la indignación contra el Sur sólo contribuía a afirmar las normas morales. ¿No amenazaba estallar en cualquier momento la guerra civil? Justamente por entonces, Van Buren, otro amigo del Sur, amenaza poner el veto como presidente a toda ley contraria a los intereses de los esclavistas, y un partido de Carolina del Sur proponía francamente declarar disuelta la Unión. La excitación era intensa. En San Luis habían detenido y quemado a un mulato; uno de los campeones de la liberación había sido asesinado; en el Norte y el Oeste se empezaba a clamar nuevamente por la emancipación. La situación había llegado a

ser tan insegura que el viejo Herndon, temeroso de que las ideas antiesclavistas de su hijo le acarreasen algún peligro, se llevó al mozo a Springfield. Una vez allí, el joven Herndon, que tenía diecinueve años, no tardó en llegar a ser discípulo, admirador y hasta compañero de cama de Lincoln. Una importante relación de dos vidas se inicia bajo el signo de la antiesclavitud.

Por esta época, Lincoln pronunció su primer gran discurso en el Young Men's Lyceum de Springfield, sobre "La perpetuación de nuestras instituciones políticas". Este discurso había sido cuidadosamente preparado. Decía en él que los Estados Unidos no tenían que temer ningún peligro exterior. "Todos los ejércitos de Europa, Asia y África, reunidos bajo la dirección de un Bonaparte, no podrían arrebatarlos en una lucha de mil años una gota del Ohio... Si algún peligro amenaza a los Estados Unidos es un peligro interior. Como país de hombres libres, podemos vivir eternamente, a no ser que prefiramos suicidarnos." Habla luego de una fatal enfermedad que amenaza a los Estados de la Unión: "Me refiero al creciente desprecio por la Ley que empieza a reinar en nuestro país." Alude al linchamiento del mulato en San Luis, y dice así:

"Tales son las consecuencias de la ley aplicada por la chusma, tales son las escenas cada vez más frecuentes que se desarrollan en un país famoso antaño por su amor a la Ley y al orden... ¿Cómo remediar esto? La respuesta es sencilla: que todo americano, que todo amante de la libertad, que todo aquel que crea en el porvenir del país, jure por la sangre de la revolución no violar nunca en lo más mínimo las leyes del país ni tolerar que otros las violen. Como patriotas del 76, que lo sacrificaron todo a la Independencia, los americanos de hoy debemos sacrificar vida, riqueza y honores al mantenimiento de la Constitución y las leyes. Esto debe ser enseñado en colegios y universidades, escrito en cuartillas, libros y calendarios, para lograr, al fin, que el dogma político del pueblo no sea otro que el cumplir religiosamente todas las leyes, aun las malas, mientras estén en vigor... Hay muchos hombres grandes y buenos cuyas aspiraciones no van más allá de un asiento en el Congreso, un Gobierno en provincias o la silla presidencial. Pero éstos no pertenecen a la raza de los leones ni a la casta de las águilas. ¡Cómo! ¿Creéis, acaso, que tales objetivos hubiesen satisfecho a un Alejandro, a un César, a un Napoleón? ¡Nunca! El genio verdadero desdeña los caminos trillados... Hasta ahora

la pasión nos ha ayudado, pero ya no puede ayudarnos más. La pasión puede ser en el futuro nuestra enemiga. La razón, la fría, calculadora y desapasionada razón, debe proporcionarnos los materiales de nuestro futuro sostén y defensa."

Un tono elevado, suntuoso; un tono nuevo en boca de Lincoln. En el reducido y sombrío recinto, ante un auditorio de jóvenes, un hombre alza su voz y, ayudándose con unas notas redactadas cuidadosamente, pronuncia un discurso que un jefe de Estado no hubiese desdeñado hacer suyo en un momento de gran peligro para su país; y tal vez en los días por venir, el orador de ahora tenga que pronunciar palabras semejantes como jefe de Estado. Pero nadie, y menos que nadie el orador, presiente tal cosa. Aquel hombre no hace más que ensayar su voz, que retumba como la de un gran órgano encerrado en un recinto demasiado estrecho. A veces, sin embargo, audaces metáforas cruzan como relámpagos su discurso, dando testimonio de una ambiciosa imaginación; es la imaginación del genio joven que se detiene a contemplar los héroes del pasado, la imaginación que se detiene largamente en el estudio del conflicto entre la tiranía y el bien público, entre la razón y la autocracia. La juvenil vehemencia de su discurso nos permite atisbar las secretas profundidades de su alma, que el pacífico e irónico narrador de historietas mantiene cerradas ante sí y ante los demás.

Y, al fin y al cabo, no sin un motivo poderoso dio en su discurso la preponderancia a la razón. Las penalidades de su juventud, las dificultades de su educación, la forzosa lentitud a que tenía que someter su ambición, el reconocimiento de la desidia del corazón humano, todo esto le induce a poner en práctica sólo lo posible, a pesar de su anhelo de lograr sólo lo mejor.

Una razón servida continuamente por unos ojos que saben comparar, que saben observar al mismo tiempo la luz y la sombra; una razón alimentada por un corazón justo y abnegado, no puede menos de abordar cuidadosamente problema tan grave y complejo como el de la esclavitud.

Lincoln ve que los radicales abolicionistas de Nueva Inglaterra, por los cuales se siente sentimentalista, hacen una política peligrosa, y ni siquiera se adhiere a aquellos que exigen del Gobierno la sencilla declaración de que en la Unión no volverá ya a nacer ningún esclavo. Su moderación a este respecto se ve claramente

en la protesta formulada por él, en nombre de su partido, ante el Congreso de Illinois:

"Opinamos que la esclavitud se basa en la injusticia y en normas peligrosas para el bien público, pero confesamos que la promulgación de las doctrinas abolicionistas, antes que aminorar el mal, lo agravarían. Creemos que el Congreso de los Estados Unidos no tiene poder constitucional para impedir la esclavitud en los diversos Estados. Creemos que el Congreso de los Estados Unidos tiene poder constitucional para abolir la esclavitud en el distrito de Columbia, que está gobernado directamente por la Unión, pero que sólo debería hacer uso de este derecho con el consentimiento de los habitantes del distrito."

Esta posición moderada, que basa en su experiencia del Sur, en la historia y en la distribución actual del poder, concuerda con lo que su maestro Jefferson escribiera medio siglo atrás:

"Soy yo el primero en desear ver las pruebas de que la Naturaleza ha conferido a nuestros hermanos negros los mismos talentos que a los blancos, y de que la falta aparente de tales cualidades sólo puede atribuirse a su desgraciada situación en África y América. Soy yo el primero en desear un buen sistema para perfeccionarlos intelectual y físicamente, con toda la presteza que permitan las tinieblas de su actual situación y ciertas otras circunstancias que es imposible no tomar en cuenta."

La moderación de las frases de Lincoln demostrase con la aproximación del Sur, ya que, después de la publicación de la protesta, varios esclavistas hubieron de declarar que los partidarios de Clay en Illinois eran muy razonables. Cuán astutos y cuán peligrosos llegarían a ser estos moderados, fue cosa que se descubrió más tarde, y la experiencia posterior del Sur demostró a los esclavistas que precisamente estos moderados eran sus más peligrosos enemigos.

Estas discusiones sobre la esclavitud y otros tópicos políticos se continúan en la iglesia y en la sala del tribunal, que se abren por las noches para la celebración de asambleas públicas. Cuando Lincoln se aburre en su despacho de abogado, puede escuchar por una ventanilla del terrado lo que abajo discuten. Un día, echado en el sofá, su sitio predilecto, oye el escándalo creciente producido por las palabras de un su amigo que acusaba la corrupción de los demócratas. La asamblea quiere interrumpir al orador, pero, de repente, los que se hallan en la sala ven balancearse

allá arriba las larguísimas piernas de un hombre que baja precipitadamente y, corriendo hacia la tribuna, exclama: "¡Alto! ¡Aquí hay libertad de palabra! ¡El señor Baker tiene derecho a ser escuchado! ¡Aquí estoy yo para defenderlo!"

Otro día, su ausencia en la sesión del Congreso compromete una votación de los liberales; pero, en el momento preciso, Lincoln penetra en la sala cerrada saltando por una ventana, salvando la situación con este salto y con su travesura.

Pero no sólo con piernas y brazos sabe defender y atacar. Un día, en la tribuna de aquellas asambleas populares, remedó a Thomas, el predicador, de tan graciosa manera, que todo el auditorio se echó a reír desaforadamente, mientras el cura lloraba. Lincoln se excusó después de esta acción burlesca, y años más tarde pronunciaba estas amargas palabras: "Si la gente conservase en su memoria mis buenas acciones tan fielmente como recuerda esta burla sangrienta, podría congratularme a mí mismo." Para añadir un rasgo más a este boceto del Lincoln parlamentario, sería preciso anotar su extremada sensibilidad; él mismo afirma que en una sala medio vacía pierde todo el entusiasmo que necesita para sus discursos, y cuando un día es vencido en una discusión violenta por el mundano Douglas, con el que mantiene una rivalidad latente, aunque infundada, se siente completamente abatido y no recobra su tranquilidad hasta que consigue vencer al otro en una ocasión que no tarda en presentarse.

Su corazón se siente solo durante esta su primera estancia en Springfield, más solo que nunca. ¿Qué puede ofrecerle la nueva sociedad? Prefiere, como antaño, visitar a unos pocos amigos fieles, a los que puede ayudar a serrar madera y de cuya casa puede irse clandestinamente. O bien hacerse prestar libros de Derecho por otro abogado. Uno de ellos dice: "Lincoln era el joven más tosco que hubiera yo visto nunca; parecía poco hablador y bastante tímido, y en todo su rostro había una evidente expresión de tristeza; pero cuando comenzaba a hablar, esta expresión desaparecía al momento y se mostraba fuerte y agudo al mismo tiempo. Cada una de sus visitas nos reservaba una nueva sorpresa." Lo único que por entonces la intranquilizaba es Mary Owens, su pseudo-novia, que viene frecuentemente a Springfield a visitar a sus parientes. Pasean juntos al anochecer y él la acompaña a

su casa. También algunas veces monta a caballo y va a New Salem. No les faltan, pues, ocasiones para convencerse de lo improcedente de su unión. Sin embargo, todavía no deciden nada. El hombre se cree ligado por su palabra; la muchacha parece esperar que él pida su mano; pero ninguno adopta una actitud definida y se contentan con escribirse cartas analíticas. He aquí una de las de Lincoln: "Amiga Mary: He empezado dos cartas para usted y he tenido que romperlas. La primera no me parecía bastante seria, y la segunda, en cambio, sería en demasía. Vaya, pues, la presente, salga como saliere. Al fin y al cabo, el vivir en Springfield es algo aburrido; al menos, así me lo parece a mí. Estoy aquí más solo que lo estuve nunca. Hasta ahora, una sola mujer me ha dirigido la palabra; nunca voy a la iglesia, y probablemente nunca volveré a entrar en ninguna, pues no sé qué hacer en ellas. Constantemente pienso en lo que hablamos, en su proyecto de venirse a vivir a Springfield. Temo que, de realizarse, este proyecto le ocasionará disgustos. Aquí la gente va por las calles en sus coches, y usted no tendría ninguno. Será usted pobre, sin tener los medios para disimular su pobreza. ¿Podría soportar usted todo esto? Si fuese posible que hubiese una mujer que quisiera compartir mi suerte, yo haría todo cuanto estuviera a mi alcance para hacerla feliz, y nada sería para mí más doloroso que fracasar en este empeño. Ya sé que con usted sería mucho más feliz que ahora, a menos que viese en usted signos de descontento. Tal vez todo esto no ha sido para usted más que una broma; tal vez yo no he acabado de comprender nuestra verdadera situación. Si fuese lo primero, olvidémoslo todo. En caso contrario, deseo que reflexione usted muy seriamente antes de tomar una decisión. Lo que he prometido lo cumpliré absolutamente, si es que usted así lo desea, y a pesar de que mi opinión es que haría usted mejor no deseándolo. Usted no está acostumbrada a las penalidades, y éstas serían aquí más duras de lo que pueda usted imaginarse. Tiene usted un juicio muy claro sobre todas las cosas y, si en realidad reflexiona profundamente sobre el asunto, me someto a su resolución. Escríbame una carta larga. Aunque a usted su carta no le parezca bastante interesante, para mí tendrá mucha importancia en esta laboriosa soledad en que vivo. Diga usted a su hermana que no quiero oír una palabra más sobre ese absurdo proyecto de vender su finca y abandonar el pueblo. Esta idea me pone melancólico. Su, etc. ... Lincoln."

¡Otra obra maestra! Así escribe un hombre que ha prometido casarse y que desea romper su compromiso, pero al que su nobleza y su resignación innatas le impiden hacerlo por propia iniciativa. Después de confesar sinceramente su pobreza, ¿no habría podido considerar que ésta era una razón suficiente para impedir su matrimonio? ¿Había hecho él nunca alguna promesa formal a la muchacha? La obstinada indiferencia con que ella había contemplado durante más de un año su renuncia, ¿no bastaba a justificar sobradamente la ruptura? Sin embargo, Lincoln somete la decisión a la inteligencia de la muchacha, procura dorar la píldora con su cortesía y emplea un lenguaje que nadie esperaría en un hombre que apenas seis años atrás era tan sólo un leñador en el Oeste. No obstante, toda su inquietud de soltero y bohemio de nacimiento se manifiesta en un deseo de que la hermana de Mary no venda su finca ni abandone el pueblo; proyecto que, dadas las circunstancias, debería él aprobar, pero que lo llena de tristeza al solo pensamiento de que llegue un día en que no encuentre en New Salem una casa hospitalaria y una conversación amable.

Y el juego continúa: visitas, una separación sin adiós, una nueva entrevista. Finalmente, queriendo precipitar la solución, le escribe:

"Seguramente encontrará usted extraño que le escriba el mismo día en que nos hemos separado; pero nuestras frecuentes entrevistas me han hecho pensar en usted más que nunca. La última vez que nos vimos apenas fue posible que cambiásemos unas cuantas frases. Quiero que sepa que nunca puedo pensar en usted con indiferencia; pero, a pesar de todo, pudiera ser que usted se equivocase con respecto a mis verdaderos sentimientos. Si estuviera seguro de lo contrario, no molestaría su atención con esta carta. Seguramente cualquier otro hombre no hubiese necesitado de palabras para cerciorarse. Pero yo pretendo el privilegio de ignorarlo, y creo que su deber es concedérmelo.

"Deseo obrar rectamente en todos los casos, y especialmente tratándose de mujeres, y deseo por encima de todo, en este caso particular, portarme como es debido. Si creyese, como más bien me inclino a creer, que lo procedente sería romper nuestro compromiso, lo haría sin vacilar. Y a fin de poner las cosas lo más en claro posible, desde ahora le digo a usted que puede, sin el menor inconveniente, dar por terminado dicho compromiso, apartarme para siempre de su pensamiento, si

es que alguna vez lo ocupé, y dejar sin contestación esta carta, en la seguridad de que no he de ser yo quien la acuse de nada. No crea usted que yo deseo terminar nuestras relaciones en absoluto. Lo único a que aspiro es que sea usted sola quien decida lo que hayan de ser esas relaciones en el futuro. Si usted desea continuarlas como hasta ahora, yo lo haré gustosamente. Si cree usted tener un compromiso conmigo, estoy completamente dispuesto, si tal es su deseo, a relevarla de él. Por otra parte, le repito que si con ello puedo contribuir a su felicidad, estoy decidido a confirmar nuestro compromiso. Naturalmente, lo único importante para mí es su felicidad. Nada podría hacerme tan desgraciado como ser el causante de su desdicha, ni tan feliz como el verla a usted dichosa... Si considera usted preferible no contestarme, sólo podré ya decirle adiós, y desearle una vida tan larga como feliz. Si quiere usted contestar, le suplico lo haga con la misma franqueza que yo... Su amigo, Lincoln."

Esta vez habló con mayor claridad aún, y al afirmar "Su amigo" en lugar de "Su, etc. ... significaba con este pequeño detalle que la distancia era cada vez mayor entre ellos. Parece que ella comprendió y que esta carta la indujo a tomar una decisión. En todo caso, la conducta de Lincoln aparece intachable ante sí mismo y la posteridad. No se sabe qué merece más admiración, si la nobleza o la diplomacia, tan sorprendente la primera en un sencillo leñador, como notable la segunda en un abogado, a quien la elegancia de su estilo facultaría para dirigir en cualquier crisis política notas a un Estado extranjero. Ignoramos lo que ella contestara, pero sabemos que Lincoln tomó una decisión extrema y pidió, por fin, su mano. ¿Cuál fue el resultado? Lo que ya apenas se atrevía a esperar: Mary Owens rechazó su petición.

"Al principio creí que sería afectación o modestia, aunque éstas no encajaban en su modo de ser. Pero, al renovar mis pretensiones, fui rechazado con más energía. Hice varias tentativas más, pero siempre con el mismo resultado. Por fin, tuve que desistir. Entonces, con gran sorpresa mía, experimenté una sensación horriblemente penosa. Parecíame como si tuviera mil razones para sentirme mortificado. Mi amor propio se sentía en extremo herido al pensar que había sido lo bastante idiota para no descubrir sus intenciones, preciándome como me preciaba de comprenderla perfectamente. Y también mi imaginaria grandeza se sentía mortificada al verse

rechazada por una muchacha que, a mi entender, ningún otro hombre pretendía. Y, para remate de todo, por primera vez me inclinaba a pensar que, efectivamente, había estado algo enamorado de ella.

"Las mujeres han hecho hacer el tonto a muchos hombres; pero la verdad es que en esta ocasión no he necesitado de nadie para hacer el tonto por cuenta propia. Desde entonces no volví a pensar nunca más en el matrimonio por la única razón de que no podría contentarme con ninguna mujer que fuese capaz de cometer la tontería de aceptarme. Cuando reciba usted estas líneas, escíbame largamente, contándome algo que me divierta."

En la última frase de esta larga epístola a una amiga, el humorismo de Lincoln no logra vencer la depresión de espíritu que en vano ha tratado de dominar. Ha recobrado lo que durante tanto tiempo deseaba: su libertad, pero su temperamento nervioso se sobresalta siempre que sus deseos se realizan tan súbitamente. A pesar de haberse burlado muy a menudo de la corpulencia de Mary, he aquí que ahora se le ocurre pensar que muy bien pudo haber estado enamorado, y se reprocha su vanidad, en vez de felicitarse por su victoria diplomática. Tan alejado está el temperamento de Lincoln de la realidad cuando ésta se introduce en el dominio de su fantasía, en las delicadas regiones de la libertad y el amor; tan indefenso se halla ante ella, que palidece cuando la realidad invade el reino de sus quiméricas construcciones. Después de la tragedia de su primer noviazgo y de la comedia de su segundo, nadie esperará que este hombre tímido haga un papel activo en un tercer episodio.

Mister Lincoln suele adoptar en público un aire clownesco, que ni se aviene a su manera de ser, ni está realmente en su naturaleza... A veces pondrá su lenguaje en consonancia con estos modales de payaso, y logrará así con frecuencia que los liberales de su auditorio se desternillen de risa; pero ninguna de estas payasadas convencerá a nadie, y es seguro que escapan por entero a la mayoría del público."

Esta crítica de su oratoria a los treinta años, que apareció en un periódico de la localidad, es uno de los primeros síntomas de que comienza a ser un personaje de importancia. Pues en este momento en que la rotunda María acaba de licenciarlo,

Lincoln ha sido elegido, por tercera vez, miembro del Congreso de Illinois, y como quiera que ha llegado a ser uno de los jefes de su partido, llega casi a adquirir la dirección de los "Clay Men"^v de Illinois. Al año siguiente, cuando todo el país se agita en las elecciones para la presidencia, cuando la pasión política ha llegado al paroxismo, Lincoln, que hasta ahora nunca tuviera más de doscientos o trescientos oyentes, se ve por primera vez ante miles de personas, y tiene que aprender en un santiamén a cautivar la atención de un auditorio enorme. Ahora comienza a organizar sus dotes naturales y a manejar deliberadamente ciertos efectos que en sus improvisaciones juveniles lograba sin buscarlos. Aprende a modificar su estilo de acuerdo con la ocasión y la mentalidad de su auditorio, y se hace experto en el uso de todos los registros.

He aquí un ejemplo de un estilo altisonante y ajeno a su carácter: "Ya sé que el gran volcán de Washington... arroja la lava de la corrupción política en una corriente ancha y profunda que se difunde por todo el país con rapidez vertiginosa, sin dejar en toda su extensión la más pequeña mancha verde... Puede que también a mí me cubra la lava, pero nunca me rendiré... Si alguna vez siento que mi alma se eleva y adquiere las proporciones que le asignara la mano del Arquitecto todopoderoso que la creó, es cuando veo abandonada por todo el mundo la causa de mi país, cuando me veo a mí mismo resistiendo y desafiando, completamente solo, a los opresores victoriosos. ¡Aquí, sin meditar en las consecuencias, ante el cielo y frente al mundo, juro eterna fidelidad a la causa justa, al país de mi vida, mi libertad y mi amor! ¿No repetirán sin temor alguno este juramento todos cuantos piensan como yo?... Si al final somos vencidos, ¡no importa! Siempre tendremos el orgullo, ante nuestra conciencia y ante la sombra ausente de la libertad, de haber defendido en medio del desastre, en el cautiverio, la tortura y la muerte, la causa aprobada por nuestro entendimiento y adorada por nuestro corazón."

Otras veces emplea un estilo metafórico más popular. Desplegando todos los conocimientos de detalle que necesita para guiarse a través de las treinta y cuatro páginas de su discurso sobre problemas económicos, trata de ilustrarlos con ejemplos de la vida cotidiana, procurando como siempre mantenerse en contacto con la generalidad de las cosas, en cuya interpretación el genio político ha coincidido siempre con el poeta. Súbitamente, interrumpe el curso de las cifras para decir:

"¿Cómo sabemos todo lo que sabemos (que tal acontecimiento ocurrirá, que tal combinación de circunstancias producirá tal resultado), sino por analogía con la experiencia pasada? Lo que ha sucedido una vez tendrá invariablemente que volver a suceder cuando se produzcan las mismas circunstancias en idéntico modo. Todos sabemos que un soplo de viento apagaría la llama de esta bujía que tengo a mi lado. ¿Cómo lo sabemos? Pues la verdad es que nunca hemos visto esta llama apagarse de este modo. Pero, en cambio, hemos visto durante toda nuestra vida que el viento apaga la llama de una bujía siempre que sopla sobre ella. Igualmente, todos sabemos que hemos de morir. ¿Cómo? Pues la verdad es que aún no nos hemos muerto nunca. Así, la experiencia pasada nos muestra plenamente, por analogía, que una subtesorería sería un depósito menos seguro para la hacienda pública que un Banco Nacional."

Deseando recordar a sus oyentes lo propenso que es el pueblo a olvidar, atrae amargamente la atención de aquéllos sobre esta verdad poco grata: "Las grandes distancias, tanto en el espacio como en el tiempo, tienen un maravilloso poder para embotar y tornar indiferente al espíritu humano. Ni aun en nuestro propio caso, apenas si se consideran los placeres y las penas futuras que han de sobrevenir después de muertos nosotros: ¡qué no será, pues, ti atándose de los demás!"

Al mismo tiempo, adquiría con rapidez los métodos del agitador y sacaba partido hábilmente del relato de ciertos episodios de su azarosa juventud.

Un día en que los liberales, a los que pertenecía, eran atacados por los demócratas, que les criticaban el uso de ropas demasiado ricas y de modales sobrado aristocráticos, en plena tribuna y delante de todo el mundo, quitóse Lincoln la levita, mostrando su remendada camisa, entre las ruidosas carcajadas generales. "No hace aún muchos años, comenzó entre el regocijo general, era yo un pobre muchacho que se ganaba ocho dólares al mes como almadiero; sólo unos calzones de montar poseía, y éstos eran de cuero. Y bien, ¿sabéis vosotros la particularidad que tiene esta clase de calzones? Pues que después de la lluvia, al secarse con el sol, encogen, y como los míos se mojaban con gran frecuencia, entre el borde inferior de ellos y el superior de mis calcetines ya mediaba una distancia de varias pulgadas; y como yo cada día era más alto, y ellos cada vez más cortos y estrechos, llegaron al extremo

de marcar mis pantorrillas con una línea azul, visible todavía. Si esto es pecar de aristócrata, me confieso culpable de este pecado."

Tal era la habilidad de Lincoln a los treinta años, para entretener a su público describiendo sus pasadas privaciones, o haciendo gala de su fina ironía sobre la mutabilidad de las cosas. Sabía subyugar su atención por medio de ejemplos comprensibles con el ardiente patriotismo de su elocuencia; alternativamente, le hacía reír, pensar o romper en clamorosos aplausos. Aquel año todo Illinois se reunió en Springfield para celebrar una junta monstruo con motivo de la elección de Presidente; llegaban a la ciudad carruajes conteniendo familias enteras; se plantaban árboles colocando entre ellos fieras disecadas, y la muchedumbre se apiñaba entre el ensordecedor estrépito de diversas orquestas, que ejecutaban al mismo tiempo distintas piezas. Chicago enviaba su representación en un barco montado sobre un enorme carruaje: símbolo de la reciente alianza de los mares. Un testigo presencial de aquella gigantesca fiesta describe así la actuación de Lincoln:

"De pie sobre un coche arengaba a la muchedumbre. Se hallaba en todo el apogeo de su fuerza física. Acababa de cumplir los treinta y un años y ya gozaba fama de ser el mejor orador liberal de aquella campaña. Su manera franca y sencilla de presentar las cuestiones le había ganado ya las simpatías populares. Habló aquel día de las tarifas, de las mejoras, de asuntos gubernativos y de la distribución de los ingresos obtenidos por las rentas públicas, a veces con intensa lógica y siempre con profundo convencimiento. Estos temas no eran de los que mejor se adaptaban a su estilo, ni podía desarrollar en ellos su peculiar oratoria; pero, soslayándolos, se complacía en contar anécdotas que ilustraban el tema o, mejor aún, historietas que ponían en ridículo a sus adversarios. El público gustaba de este género en el que puede decirse que Lincoln era maestro. En principio, parecía intolerable la intercalación de tales cuentos en un discurso político, pero nuestro abogado los contaba con tal arte, que no podían molestar al gusto más refinado. A otro no se le habría permitido que se atreviera a tanto."

La mayoría de estos discursos estaban cuidadosamente preparados, y en muchas de las cartas particulares de aquel tiempo Lincoln repite a sus amigos, palabra por palabra, párrafos enteros de ellos. El mismo orador les daba gran importancia y aconsejaba a sus amigos que se enterasen de ellos por la prensa, reuniéndose para

que uno de ellos los leyera a los demás. Justamente por aquel entonces, sus amigos políticos estaban disgustados con él, porque a veces, cual suele ocurrir con las personas muy nerviosas, se mostraba apático en sus reuniones; unos le acusaban de ser rudo y arisco; otros, de poco radical. En realidad, Lincoln ponía en todas partes la nota de su templanza, tan necesaria en medio del furor de la lucha de partidos; pero, cuando se hallaba frente a un verdadero enemigo, sabía demostrar su empuje.

Este enemigo era Douglas. ¿Habíase propuesto este demócrata seguirle por todas partes? El mismo día empezaron ambos su carrera política en Vandalia; el mismo día, cinco años después, los dos abogados actuaban por vez primera ante el Tribunal Supremo; y ahora, en el mismo distrito electoral, defendían la candidatura de un Presidente distinto.

Aquel Douglas sacaba de quicio a Lincoln. ¿Acaso adivinaba en él a su verdadero antagonista, al hombre que poseía lo que a él le faltaba: la elegancia en la expresión y los ademanes? ¿Acaso el cuerpo menudo y elástico desagradaba al gigante desgarrado? Fuere lo que fuere, es el caso que cuando Douglas defiende los excesivos gastos de su candidato Van Buren, tratando de justificar la larga lista que los enumera, Lincoln replica desde la tribuna:

"Voy a examinar rápidamente esa lista. Tengo testigos para demostrar que los pocos puntos que en ella pueden ser verdad, no están probados, y que los demás son absolutamente falsos"; y repitiendo a modo de estribillo, tras cada gasto allí registrado: "Absolutamente falso", abrumó a su contrario con cifras contundentes y terminó diciendo: "El señor Douglas ha hablado de mí con expresión de lástima. Al oírle, he pensado que iba a demostrarnos su superioridad, pero cuando ha dicho que cinco millones del último presupuesto se han destinado a pagar la indemnización a Francia, lo que me consta que no es verdad; que cinco millones se han entregado a Correos como anticipo, lo que sé que no es cierto; y que diez fueron para la guerra, lo que no sólo es falso, sino perfectamente ridículo, me he preguntado cómo puede haber un hombre lo bastante insensato para suponer que vamos a dejar pasar en silencio sus temerarias afirmaciones, remitiéndome a la clara comprensión de los aquí reunidos para que decida cuál de nosotros dos merece más confianza... A este

propósito, contaré una anécdota que viene como anillo al dedo... Había en cierto lugar un soldado irlandés muy chistoso... "

Tan hiriente puede llegar a ser este hombre justo: tan maligno este hombre bueno; no porque el otro sea demócrata, sino porque es el adversario predestinado de un hombre que forja sus concepciones de un modo tan grave, con tanto sentido de la responsabilidad, tan derecha y diáfananamente, como creara Dios su rostro y su figura.

Sobre el camino, en medio de un hermoso jardín, se levantaba una gran casa con columnas de madera, ventanas corredizas y una amplia galería. Pertenecía esta mansión al rico Edwards y pasaba por ser una de las mejores casas de la nueva capital. Reuníanse en ella políticos y abogados, entre los que se contaban Lincoln y Douglas, colegas ambos de Edwards en la asamblea legislativa. Queriendo imitar las maneras del gran mundo, pretendiendo hacer de Springfield un pequeño Washington, la sociedad de mister Edwards no tomaba en consideración las diferencias de partido.

La señora Edwards procedía de una familia más distinguida aún. Los Todds de Kentucky se habían distinguido en la guerra de la Independencia; el bisabuelo había sido general, gobernadores los nietos; su abolengo los colocaba casi a la par con los grandes plantadores del Sur. El padre de la señora Edwards, que había sido capitán en la guerra de 1812, dirigía ahora en Lexington un Banco y hacía la vida suntuosa y honorable de un patricio auténtico. En el campo tenía hermosos caballos, abundancia de ganados y unos cuantos esclavos. En su casa de la ciudad, adornada con los retratos de los abuelos famosos, los niños eran educados tan cuidadosamente como los más distinguidos herederos de Europa. No obstante, seis hijos de los Todds abandonaron aquella casa uno tras otro, pues, a raíz de la muerte de su madre, su padre casó por segunda vez con una dama que había dado a su esposo muchos hijos, que se ganaron todas las preferencias. Entre los fugitivos contábase Mary Todd, muchacha orgullosa y llena de ambición, en busca de una vida suntuosa, mejor dicho, de un hombre que pudiera proporcionársela. Mary había decidido encontrarlo en Springfield, donde, según el decir de su hermana, se

formaba una nueva sociedad. Así, pues, se metió en un coche de viaje propio y se dirigió hacia el Norte, hacia la casa de su hermana y de su cuñado.

Cuando Lincoln y Douglas fueron presentados a la forastera, se vieron ante una rolliza muchacha, de piel tersa y suave y cabello artísticamente rizado, vestida con un corpiño exageradamente descotado y faldas con polisón: una damisela del gran mundo, brillante en el hablar, bien informada de todo, salpicando sus frases de alguna que otra expresión francesa y citando con propiedad a los clásicos franceses. Cuando callaba, sus labios adquirían una expresión dura, y cuando oía algo que no era de su agrado, diríase que la fría mirada de sus ojos, de un azul de acero, se petrificaba.

En su primer baile causó sensación, pues bailaba admirablemente. Todos los jóvenes rivalizaban entre sí para lograr los favores de la linda e inteligente muchacha. Y Herndon, el joven estudiante, al que Lincoln acababa de incorporar a su despacho para perfeccionarse, cometió la enormidad de decir que valsaba como una serpiente. No creía haber dicho nada malo, y la verdad es que la comparación era exacta, pero ella le miró hostilmente, y con esta mirada se inicia una enemistad que durará toda la vida. Tampoco los otros mozos parecieron hacer gran impresión a la muchacha, pues a ella no le importan ni la hermosura de los hombres, ni la elegancia, ni familia, ni dinero, lo que no deja de ser extraño si se tiene en cuenta la educación que había recibido y que debía inclinarla a todo lo que fuese distinción social. Pero no; Mary sólo toma en consideración una cosa: ¿quién tiene mayores probabilidades de hacer una gran carrera? Se le ha metido en la cabeza, y lo ha repetido a menudo, que sólo se sentirá satisfecha cuando sea la esposa de un presidente de los Estados Unidos. Y con infalible instinto distingue entre los demás a los dos mejor dotados, pobres ambos y de origen humilde; muy bajo el uno, altísimo el otro: Douglas y Lincoln.

Douglas no tarda mucho en conocer a la mujer tan bien como lo conoce ella a él, pues ambos están dominados por la ambición; y si, en sus sueños, Mary desea vivir en la Casa Blanca, puede estar segura de encontrar allí al soñado Douglas, pues los pensamientos de éste se hallan constantemente dirigidos hacia el puesto más alto del país: toda su vida, todo lo que hace o dice, no tiene otro objetivo que la silla presidencial. Lincoln, ambicioso también pero pesimista, no piensa entonces

ciertamente en la presidencia, pero si pensara en ella seguramente lo haría como en una extravagancia propia de su modo de ser. Douglas espera el puesto como un derecho; Lincoln piensa a veces que desempeñaría bien su papel, pero que nunca lo alcanzará; aquél confía demasiado en sí mismo; éste desconfía del mundo. ¿Es de extrañar que Douglas dedique desde el primer momento toda su admiración a Mary, en tanto que Lincoln se refugia en una actitud de reserva? Lo extraño es que, a pesar de todo, Mary ponga sus ojos en Lincoln.

De momento, los talentos de la muchacha lo deslumbraron. Mary poseía un arte completamente desconocido para él; el arte de esa conversación fluida, amable torrente de preguntas y frases insustanciales y sin objeto, género completamente opuesto al estilo narrativo de Lincoln. Abraham permanecía en silencio, asombrado por aquella habilidad que no encontrara nunca hasta entonces en una mujer, y entre los hombres sólo en Douglas. Y, realmente, ¿no le recordaban a Douglas todos los talentos, todos los artificios, y hasta la primera apariencia física de aquella mujer? Por otra parte, su corazón no está libre. Desde hace algún tiempo viene cortejando a Sara Rickhardt, muchacha de dieciséis años, a la que lleva al teatro y de paseo. Abraham dice en broma que sus nombres bíblicos son ya una prueba de su común destino. Pero la chiquilla sabe mantenerlo a distancia. "Sus modales y aspecto, asegura Sara, no son los más indicados para subyugar a una muchacha que acaba de presentarse en sociedad."

Estudiando a Mary Todd, como buen conocedor de la humanidad que es, pronto puede leer fácilmente en su interior; observa cuán sujeta se halla a los bruscos saltos de humor, que tan pronto la muestran radiante de alegría como llameante de cólera, palideciendo ahora para enrojecer después y perdiendo en un momento sus colores para palidecer de nuevo; la ve frecuentemente irritada por jaquecas, aterrada por las tempestades, llorosa por la más leve molestia física. Sabiendo que Mary juzga a las personas por sus modales en la mesa, se siente, no sin cierto regocijo, despreciado por esto; pero cuando la ve, al lado de su hermana, recibir a sus invitados, admira su habilidad y su gracia, y su aptitud para enterarse siempre de las últimas noticias, y su ahínco en llevarse todos los premios en los juegos.

Tal vez oyese referir como, cuando aún no era Mary sino una niña, se confeccionó con ramas de mimbres un miriñaque que deseaba lucir en la escuela, mostrando ya así una vanidad que más tarde había de conducirla al borde de la locura.

Todo esto le asombra; pero no sabe qué actitud tomar en sus relaciones con ella. Él busca en la mujer generosidad, bondad, ternura, todo lo que encontrara en el amor de aquella buena muchacha de New Salem; la inteligencia y la cultura le tienen sin cuidado; a él le toca tenerla por ambos. No obstante, su poder analítico le permite descubrir en Mary Todd la fuerza suficiente para reemplazar la energía activa que a él le falta. Quizás ante ella se da cuenta más cabal de que su propia inteligencia pertenece, comparativamente, a un género pasivo; de que la impaciencia productiva de ella podría mezclarse, completándola, con su templanza.

Ella es activa y elástica, pero débil en el fondo; él es lento y pesado, pero fuerte. Podemos estar seguros en todo caso de que Mary comprende todo esto; una prueba evidente de su inteligencia es su elección y la tenacidad con que se aferró a Lincoln, animada, no por el instinto femenino, sino por la ambición. Sí, Mary Todd fue rápida y certera en su previsión del futuro. Y, sin embargo, muy poco hablaba en favor de Lincoln ante ella; cierto que era estimado, pero era pobre y en general se le consideraba como un hombre tosco, feo y poco ambicioso; y nadie, en aquel tiempo, veía en él a un hombre de porvenir. En todas estas cosas contrastaba manifiestamente con Douglas, a quien todos auguraban un brillante futuro y que cortejaba a la muchacha, en la creencia de que ella sería una gran ayuda en la lucha por el poder.

Pero Mary permanecía impasible ante las seducciones de Douglas. Pasaba por alto los pantalones demasiado cortos de Lincoln, sus modales rudos, su bailar desmayado, para ver únicamente el invisible halo que circundaba la cabeza larga y huesuda de Lincoln, para no tener otro deseo que compartir el porvenir que preveía en él. Y con mano segura iba cerrando el círculo en torno al elegido. Lo hace a pesar de la orgullosa aversión que siente contra la familia de los Lincoln, de cuya posición se ha informado; lo hace a pesar de los consejos de su hermana y de su cuñado, quienes no consideran a Lincoln bastante distinguido para ellos.

Esta oposición sólo sirve para afirmarla en su decisión. Más tarde dirá: "Lincoln tenía que ser un día Presidente de los Estados Unidos. Si yo no hubiese creído esto, no me

habría casado con él, pues ya puede usted ver que no es precisamente un dechado de hermosura."

Cuando la situación de los dos jóvenes se hace crítica, Lincoln escribe una carta a Mary Todd, carta que enseña a su amigo Speed antes de enviarla. En ella dice que, estudiando detenidamente su situación, ha sacado en consecuencia que no está lo bastante enamorado para casarse. Esta vez, Lincoln parece decidido a evitar la repetición de los tormentos que sufriera en su noviazgo con Mary Owens.

Speed se niega a llevar la carta a Mary, diciendo: "Las palabras se olvidan, pero lo escrito, escrito queda." Y, quemando la carta, agrega: "Si eres un hombre valiente, ve a ver a Mary, dile que no la quieres, dile que no quieres casarte con ella." En esta ocasión, el tendero demuestra ser un buen diplomático, pero pésimo psicólogo.

Pues Mary Todd sabe perfectamente cómo se caza a un enamorado renuente del género de Lincoln. Cuando, después de la entrevista, regresa Lincoln a casa a las once de la noche, explica al amigo en su estilo tragicómico: "Cuando le dije que no la quería, se echó a llorar y saltando casi de la silla, se torció las manos cual si estuviese a punto de morir, a tiempo que decía no sé qué cosas de un engañador engañado. Aquello era demasiado para mí. Sentí las lágrimas deslizarse por mis mejillas, la estreché entre mis brazos y la besé." Speed se ríe de él, diciéndole que ha hecho el tonto, pero Lincoln replica: "¡Qué se le va a hacer! Hecho está, y cumpliré lo prometido." Casi las mismas palabras de pasiva resignación con que, tres años antes, se comprometiera con la primera Mary.

El noviazgo transcurre entre celos y temores. Ella quiere dominarlo, y él está acostumbrado a su independencia; la diferencia no sólo de su modo de ser, sino también de su modo de vivir, produce constantes conflictos. Mary le irrita dejándose ver por la calle del brazo de Douglas, y él parece consolarse con su cuñada, la hermosa Matilde, que también ha venido a pasar una temporada en casa de los Edwards, donde comparte la cama de la celosa Mary. La visita de Matilde no es larga, pero, cuando se marcha, Mary declara que Lincoln dedica toda su atención a la pequeña Sara Rickhardt. Y tal vez no le falte razón, pues ¿no es muy natural que un hombre como Lincoln, hallándose en vísperas de un matrimonio, contra el que una voz interior le previene, busque algún refugio para ahuyentar la soledad y los pensamientos desagradables? La intranquilidad de los años anteriores se renueva y

duplica: esta vez los esponsales están consumados y las vías diplomáticas no sirven ya para nada. Día por día, puede seguir en casa de la novia los preparativos; el día de la boda se aproxima como una amenaza.

Han fijado el 1 de enero. El año nuevo debe inaugurar para ellos la vida nueva. La ceremonia y el banquete han sido preparados con todo el cuidado que merece la boda de una dama tan distinguida. Pero, mientras la novia se ocupa con los ensayos del velo, los zapatos y los guantes, del arreglo de la mesa, el menú y los discursos, el novio es presa de una excitación febril.

Un hombre de temperamento solitario, apasionadamente libre, que buscaba a las mujeres, para huirlas en seguida; que sólo una vez en su vida amara, y ahora a una vieja solterona grotesca, de la que a duras penas pudo escapar, se ve ahora definitivamente preso, a pesar de todas las advertencias que a sí mismo se hiciera. De temperamento vacilante, repugnándole resolver las cosas con demasiada anticipación, con el amor a la independencia del soltero, detestando los formulismos, indiferente al dinero y a la posición social, no dependiendo de nadie, compara ahora a la mujer enérgica y dominadora que va a ser su esposa con aquella dulce doncella que sólo se dejara querer. La consecuencia de todo ello es un sentimiento de ansiedad corporal; llámesele temor, desequilibrio o enfermedad; el nombre importa poco.

Lo que sucediera el día crítico no se sabe exactamente. ¿Se hallaba ya la novia en todo el esplendor de su tocado nupcial y reunidos los invitados? ¿O acaso se desarrolla una escena violenta entre los prometidos el día anterior? ¿Estaba todo preparado, incluso el pastel de boda, como aseguran testigos de la mayor excepción? ¿Dijo Lincoln públicamente y en voz alta, como asegura la hermana de Mary, que odiaba a ésta, ex abrupto que ciertamente no expresaba su verdadero sentimiento, "sino tan sólo una tontería"? Fuese lo que fuese, lo cierto es que Lincoln no compareció en la boda. Pasó todo el día en el Congreso, adonde sería difícil que fuesen a buscarlo, y a la misma hora en que debía celebrarse la boda presentaba un proyecto de ley a la Cámara. Sus obligaciones de diputado le mantuvieron igualmente ocupado durante unos días. Luego estuvo ausente del Congreso toda una semana, entregado por completo a los cuidados de su médico.

Pues Lincoln estaba enfermo. El conflicto pasional de las últimas semanas había hecho profunda mella en su sana y fuerte naturaleza, y ahora sufría una ansiedad que nadie hubiese previsto en el leñador. Su médico le aconsejó consultara a un especialista en enfermedades nerviosas, de Cincinnati, al que se dirigió por carta; pero el especialista contestó que no podía hacer nada sin ver previamente al enfermo. Lincoln se aferró al médico de Springfield, sobrecogido de terror al solo pensamiento de verse privado de sus servicios. Durante este período escribió una porción de cartas desesperadas a su socio Stuart, que se hallaba en Washington, cartas que todavía no se han publicado en su totalidad.

"Soy el hombre más infeliz del mundo. Si mis sentimientos se repartiesen por partes iguales entre todo el género humano, no se vería sobre la tierra un solo rostro alegre. Ignoro si llegaré a mejorar algún día, pero me temo que no. Continuar como estoy es imposible. O me muero, o me curo... Le escribo todo esto porque quizás un cambio de ambiente pueda curarme. Si me hallase en mi estado normal, me quedaría aquí de buena gana... No puedo escribir más." En la misma carta le pide con urgencia que se interese en la capital para asegurar al doctor Henry, su médico, el puesto de administrador de Correos de Springfield. "Durante estos últimos días me ha hecho exhibirme ridículamente, pero tengo la impresión de que el doctor Henry es necesario para mi existencia. Si no logra el empleo, abandonará Springfield... Mi corazón se halla sumamente interesado en retenerle aquí."

Nunca, antes ni después, el solitario Lincoln declara necesitar de nadie para existir. ¿Qué pasa en este hombre que siempre viviera independiente, sin necesitar nunca de médicos, ni de ayuda, ni de un cambio de ambientes? Finalmente, el frenético Orestes encuentra un amigable Pilades; aquel mismo "fatal día de Año Nuevo", Speed vende su tienda y se traslada a la hermosa granja que posee su madre en Kentucky, invitando a Lincoln a pasar el verano en la región que le vio nacer.

Aquella alma afligida se muestra encantada. En una vasta casa campesina, cuya amplia escalinata conduce a un magnífico hall, un esclavo le lleva el desayuno a la cama; puede montar a caballo y pasearse en coche tanto como quiera; los amables modales de la madre, los encantos de la hermana menor, la jovialidad de los ricos propietarios, los juegos, bromas y coqueterías, alivian el atormentado corazón.

Vuelto de nuevo a la vida, Lincoln vive como un señor del Sur; el amigo de los negros se hace cepillar sus vestidos y sostener el estribo por un esclavo; y su herido corazón se vuelve a menudo hacia la hermana del amigo. Éste, entre tanto, corteja a una sobrina de otro propietario. Lincoln se encarga de entretener al tío, y mientras los dos hablan de política, Speed hace el amor a Fanny.

Sin embargo, a veces Lincoln parece ausentarse súbitamente e la realidad; permanece entonces inactivo, caviloso, fija la mirada ante sí. ¿Qué escribe cuando toma la pluma? Un ensayo sobre el suicidio, lo que escribiría un hombre que quisiera alejar por el análisis un peligro apenas vencido. Luchando entre el deseo de vivir y el de morir, entre la conciencia de su fuerza y el desengaño, dice un día al amigo: "Todavía no he hecho nada que recuerde a los hombres, que he vivido. Y, no obstante, el objeto de mi vida no es otro que el hacer que mis semejantes asocien mi nombre a un hecho que interese a toda la Humanidad." Estas palabras indican que la crisis ha pasado, que la esperanza renace en este hombre de treinta y dos años y que sus miradas se vuelven hacia los más vastos intereses humanos.

La naturaleza de aquellas turbaciones y agitaciones se revela claramente en algunas cartas escritas por Lincoln a Speed un año después del crítico día de Año Nuevo, en un tiempo en que Lincoln, de regreso ya en Springfield y completamente curado de sus angustias, tiene que ayudar a Speed, en vísperas de casarse, a vencer intranquilidades análogas a las que le atormentan.

"Antes de tu partida no quise decirte lo que ahora te escribo, porque me era más difícil hacerlo de palabra y porque seguramente lo hubiese olvidado precisamente en el momento en que podía serte más útil. Creo, y me parece muy natural, que pasarás muy malos ratos hasta tanto no se haya realizado tu boda. Justamente en estos momentos quiero que leas esta carta. Digo que es razonable que pases esos malos ratos, porque hay para ello tres causas especiales y una razón.

"La causa general de tus sufrimientos es tu temperamento nervioso; te digo esto porque lo he observado personalmente en ti y por lo que tú mismo me has dicho en diferentes ocasiones con respecto a tu madre y a tu hermano William, cuando murió su esposa... La primera de las causas especiales es el mal tiempo que has tenido que soportar; sé por experiencia que esto es extremadamente nocivo para los enfermos. La segunda es la falta de todo negocio y conversación con amigos que

distraigan tu espíritu y le permitan descansar de un intenso cavilar, en el que a veces las cosas más dulces parecen desoladas y adquieren la amargura de la muerte. La tercera causa es la rapidez y proximidad de la crisis, de la que todos tus pensamientos y sentimientos se hallan pendientes... Si superases y vencieses todos estos obstáculos sin más tormentos del alma, me sentiría muy feliz, aunque no poco asombrado. Si, por el contrario, te sientes a veces, como creo, triste y abatido, permíteme a mí, que tengo muchas razones para juzgar claramente estas cosas, permíteme aconsejarte que no hagas más agudas las causas que te he enumerado, recargándolas con falsas y fatales sugerencias del demonio. ¿Pero se acomodan, acaso, tus causas a todos los que se comprometen en aventuras semejantes? me preguntarás. En absoluto. Las causas particulares, en menor o mayor grado, se pueden aplicar tal vez en todos los casos; pero la causa principal, la clave de todas las causas particulares, sin la cual todo sería inútil, sólo se presenta en un caso entre mil. En esto radica la dolorosa diferencia que hay entre ti y el resto del mundo."

Lincoln intenta luego disipar las dudas que Speed pueda abrigar respecto a la posibilidad de que el carácter de Fanny se adapte al suyo. "Para cortejarla, ¿te dejaste arrastrar tan sólo por la primera impresión? Dime sinceramente si la incitante mirada de sus ojos negros fue la causa de tu primera exaltación... Me preocupo tanto por ti, que quisiera escribirte en cada correo." Cuando, poco antes de la boda, la novia de Speed cae enferma, Lincoln le demuestra que precisamente la inquietud de Speed es una prueba del amor que siente por Fanny, sentimiento del que siempre dudara Speed. "Si no la amases, aunque no desearas su muerte te resignarías a ella. Pero quizás este punto no deba ser discutido contigo, y mi terco ahondar en él sólo sea una grosera intromisión en tus sentimientos. Si así fuese, perdóname. Tú sabes el infierno que sufrí a este respecto, y lo sensible que soy en la materia... Desde que te fuiste, he podido juzgar claramente mi hipocondría; estoy mejor que el pasado otoño. Sólo una vez he visto a Sara. Parecía muy feliz y esto me impidió decirle nada de lo que habíamos hablado."

Con la imaginación desatada, semejante a un poeta, semejante al joven Goethe en un caso análogo, asistió Lincoln a la boda de su amigo.

"Cuando leas esto, hará ya varios días que eres el esposo de Fanny... Te hallarás en un terreno que yo nunca he pisado. Cariñosamente, espero... que nunca vuelvas a carecer de consuelo ajeno. Pero si me equivocase en mi pronóstico, si a veces un placer excesivo alternase con un sentimiento de amargura, no olvides que tus propias fuerzas han de bastarte para vencer éste en corto plazo."

"Estoy convencido de que amas a Fanny todo lo ardientemente que eres capaz de amar. Me inclino a creer que tus nervios te fallarán alguna que otra vez; pero, cuando hayas logrado dominarlos completamente, la depresión pasará ya para siempre... Si llegas a la boda tranquilo o, por lo menos, con suficiente dominio de ti mismo para no llamar la atención de los espectadores, te hallarás en salvo, y dentro de uno o dos meses, a lo sumo, serás el más feliz de los hombres... P. S. Desde que nos separamos, me he convertido en un hombre."

Pero cuando Speed le comunica nuevas angustias, su amigo, que hasta entonces lo animara constantemente, interrumpe su labor consoladora y escribe en un sincero tono de renunciamento:

"Ya no lo dudo; nuestra peculiar desgracia consiste en que soñamos sueños paradisiacos que superan todo cuanto la Tierra puede ofrecernos... Pero si alguien puede hacer posibles, siquiera sea en parte, estos sueños, sólo los negros ojos de Fanny podían realizarlos para ti. Si pudieses contemplarla a través de mi imaginación, considerarías ridículo al que, teniéndola consigo, se pretendiese desgraciado, siquiera por un momento. Mi viejo padre decía: Si has hecho un mal negocio, aguántate, y pon al mal tiempo buena cara."

En ninguno de los numerosos documentos que poseemos sobre Lincoln se hacen más visibles los rasgos secretos de su carácter. Estas cartas son una verdadera revelación de sí mismo. Ante todo, vemos en ellas su deseo de analizar con absoluta claridad todos sus sentimientos, y en seguida una pericia analítica semejante a la que une al psiquiatra, por arriba, con el poeta, y por abajo, con el jurista, permitiéndole deducir de los pequeños motivos el móvil principal. No sólo sabe la influencia que ejercen el tiempo, los viajes y el ocio sobre los nervios, sino que es lo bastante buen psicólogo para establecer comparaciones sobre el estado de Speed y, el de su madre y hermano, pensando sin duda al mismo tiempo, como frecuentemente hace, en sus propios y desconocidos abuelos maternos. Al mismo

tiempo nos demuestra el interés fraternal con que atiende a su amigo, y manifiesta el afán que impulsa al artista a identificarse con los demás, a penetrar en el misterio de los sentimientos ajenos, a colocarse en la situación de los otros.

Pero la más importante revelación que puedan hacernos estas cartas es la que se refiere a su propia intranquilidad interior y a cómo se la explica a sí mismo. Un año después de su crisis, cuando las circunstancias consideradas exteriormente, son absolutamente tranquilas, habla de desesperación, de mortal angustia, de infierno. ¿De dónde proviene todo esto? De un temperamento nervioso que los diferencia, a él, a su amigo, del resto del mundo, y que les produce terrores y angustias que, de cada mil hombres, sólo uno o dos sufren. Pues "es nuestra peculiar desgracia soñar sueños paradisiacos que siempre superan todo cuanto la Tierra puede ofrecer".

Ésta es la causa fundamental de la melancolía de Lincoln. A pesar de sus inagotables energías, a pesar de su cordura, de su experiencia y de sus éxitos, este hombre con alma de poeta se sentirá cada vez más desilusionado en el curso de su lucha en el mundo.

Ésta es la esencia trágica de Lincoln, revelada a nosotros por la melancolía de su rostro.

El matrimonio de Speed había irritado sus nervios, reavivando sus recuerdos, aumentando su soledad. "Si carecemos de amigos, careceremos de todo goce; pero si los tenemos, podemos estar seguros de perderlos, y esta pérdida nos hará sufrir doblemente. Esperaba que instalaseis aquí vuestro hogar; pero no tengo derecho a insistir."

Cuando Speed le escribe que él y su mujer no forman ya sino "un mismo cuerpo", Lincoln se alegra como de una victoria propia, y la tensión disminuye; cuando Speed le escribe dándole detalles de su granja, su amigo le replica que a él sólo le interesa "oírte decir que eres más feliz de lo que esperabas ser". Ahora un tierno sentimiento lo inclina hacia la joven esposa, que ignoraba el contenido de las cartas anteriores. En las que ahora escribe creyérase oír un eco del Werther: "La dulce violeta que puso usted en su carta llegó a mis manos, pero estaba tan seca y destrozada que al

cogerla se deshizo en polvo. La savia se había secado, dejando una mancha en la carta, que guardaré cuidadosamente en recuerdo de quien me envió la violeta."

En esta disposición de ánimo se acerca de nuevo a las muchachas de Springfield. En varias cartas dice haber visto de nuevo a Sara Rickhardt, pero se siente atraído con más fuerza por Mary, aunque su imagen suscite en él recuerdos poco gratos. "Creo que habría podido ser absolutamente feliz si no me angustiase de un modo inaudito el pensamiento de ser la causa de la infelicidad de un ser humano. Esta idea atormenta mi corazón. No puedo sino reprocharme a mí mismo el desear ser feliz mientras ella no lo es. El último lunes fue a Jacksonville en el ferrocarril con numerosos amigos; a su regreso declaró haberse divertido mucho en su viaje. ¡Alabado sea Dios!" También le parece haber oído decir que, a pesar de todo, Mary no ha renunciado a él.

La orgullosa muchacha no ha contestado al golpe con una ruptura repentina. Caso realmente prodigioso: la afrenta que públicamente le había infligido un abogadillo de oscuro origen, a ella, una dama de su condición y posición, habría debido hacerle abandonar Springfield para siempre; pero su terquedad era mayor que su orgullo.

Seguramente, Lincoln había discutido este asunto en su correspondencia con Speed, pues al verano siguiente le escribe: "Realmente, este tema es excesivamente doloroso para mí, pero ni tu silencio ni el silencio del mundo entero podrían hacérmelo olvidar. Reconozco la rectitud de tu consejo, pero antes de decidirme a hacer una u otra cosa, debo recobrar la confianza en mi propia capacidad para mantener la resolución que haya de tomar. Tú sabes que yo consideraba esta capacidad como la única o principal piedra preciosa de mi carácter; he perdido esta gema, demasiado sabes cómo y dónde; todavía no la he recuperado. De momento, no puedo confiar en mí mismo para ninguna cosa importante. Si tú me hubieses comprendido en otro tiempo, como te comprendí yo a ti más tarde, tu ayuda me habría bastado para salvarme fácilmente... No creo poder ir este año a Kentucky; tan pobre soy y tan pocos progresos hago en el mundo, que en un mes de inactividad pierdo todo lo sembrado en un año."

El episodio de Mary ha conmovido tan profundamente su sentimiento del deber, base de su fuerza y su confianza en la propia integridad, que año y medio después de aquel día de Año Nuevo todavía lo atormentara duda. Siente que su deber es

reparar el agravio inferido, y este sentir parece ser el único motivo que lo impulsa a hacer nuevas insinuaciones a Mary Todd, a la que, en realidad, está muy lejos de amar apasionadamente.

Mary se halla de nuevo en Springfield. A su regreso, y sin que nada pudiera motivar esta declaración, Mary ha dicho a cuantos quieren oírlo que, a pesar de todo, Abraham no le desagrada y que si el Destino ha determinado unir sus vidas, ya encontrará el medio de hacerlo. Como era inevitable en una pequeña ciudad, se encuentran. Han sido invitados por el director de un periódico y su esposa, a los que les gusta hacer el papel de Providencia. Los dos jóvenes se ven de nuevo frente a frente, sorprendidos y confusos.

De vez en cuando van juntos a un alegre círculo donde el humor de Lincoln entretiene a todos y en donde se discurren ardides políticos si se encuentra a mano un buen adversario. La administración de los demócratas era mirada entonces con general desconfianza y todos se divertían a costa del general Shields, que, como auditor de cuentas del Estado, había promulgado un grotesco decreto en el que se establecía que el pago de los impuestos no podía hacerse en papel moneda. Shields había sido un aventurero, marino, estudiante de Derecho y demócrata al mismo tiempo, y hombre de muchas pretensiones; pero esta vez era completamente inocente. Lincoln publica entonces en una revista de Springfield tres cartas dirigidas a Shields y firmadas por una imaginaria Rebeca. Estaban escritas estas cartas en el estilo de los granjeros del Oeste, inspiradas en sus propios recuerdos, deliciosas en su realismo, malignas, certeras y tan divertidas, que toda la ciudad se ríe.

El atacado se calla. Pero entonces Mary Todd y la esposa del director del periódico escriben una cuarta carta, mucho más grosera y provocativa, en la que Rebeca propone el matrimonio al general y se anticipa a enviarle un canto nupcial. Esta vez el general Shields pierde la paciencia y exige el nombre del autor.

Como político, Lincoln no debía haberse hecho responsable de la última carta. Si la esposa del director de un periódico se divierte con sus amigas haciendo peligrosas travesuras en el diario de su marido, éste no tendrá más remedio que cargar con las consecuencias. Lincoln habría podido alegar las consideraciones debidas a su partido y, como hombre que cultiva una reputación estilista, vacilar en aceptar la paternidad de versos tan mediocres como los del epitalamio. Pero Mary Todd está mezclada en

el asunto; ella es quien lo ha tramado todo, por malicia o por cálculo, y Lincoln se cree en el deber de defender a una dama a quien debe una satisfacción. Sin vacilar, aprovecha esta ocasión; y cuando el general, que anhela vengarse, provoca a duelo al ofensor, Lincoln, enemigo declarado del duelo, hombre incapaz de matar a una liebre, acepta el reto.

Como el duelo estaba prohibido en el Estado de Illinois, los adversarios buscaron un lugar retirado, en las cercanías de una pequeña ciudad situada en la frontera de un Estado vecino. Allí se encontraron a la hora convenida, acompañados de numerosos espectadores, pues desde que Jackson se batiera por su esposa, el duelo se había puesto de moda en el Nuevo Mundo. Habíase escogido como arma el sable de caballería. Lincoln no había manejado en su vida otra arma que el hacha, pero ésta no podía ser utilizada en semejantes menesteres. Mientras los testigos medían el campo, de 10 pies de longitud, con una plataforma en medio, nuestro gigante contemplaba los preparativos sentado sobre un tronco.

"Su cara estaba seria, relata un testigo. Nunca le vi pasar tanto tiempo sin hacer un chiste... Inclínándose, sacó su sable de la vaina y con el pulgar recorrió el corte como si fuese una navaja de afeitar. Luego se levantó, extendió su largo brazo y de un tajo cortó una rama que colgaba encima de su cabeza y a la que nadie hubiera alcanzado. Este ademán de Lincoln puso de manifiesto todo el absurdo de aquella lucha a sable entre un gigante y un hombre como Shields, apenas más alto que su arma. Difícilmente pude dominar la estrepitosa risa que todo esto me producía. Después de cortar la rama, volvió Lincoln su sable a la vaina, suspirando, y se sentó de nuevo, no sin que yo descubriese en sus ojos el guiño que precedía siempre a sus inimitables historietas; todavía esperaba yo oírle al borde de la tumba, de la tumba de Shields, una de sus magníficas chanzas." Pero entre tanto, los testigos han llegado a un arreglo, los adversarios se declaran mutuamente satisfechos y todos regresan tranquilamente.

La vida de un hombre como Lincoln está siempre llena de escenas tragicómicas; pero ninguna iguala en sabor a ésta. El enemigo de la caza y de la guerra, el que de muchacho fuera incapaz de matar una liebre y como soldado no llevara sus hazañas más allá de salvar a un enemigo, el hombre grande como Goliat y bueno como David, se halla sentado sobre un tronco, obligado por una situación novelesca a

matar a un viejo militar, a menos que prefiera que éste lo mate a él; por primera vez en su vida tiene un sable en sus manos y lo ensaya. Pero, ¿qué es lo que hace en vez de amagar estocadas y paradas? El leñador se manifiesta en él, e instintivamente corta con la afilada hoja una rama del árbol, como si todavía estuviese en Indiana. Una jovial historieta se le viene a las mientes; y de aquí que, haciendo su guiño habitual, se prepare a contarla. Pero los testigos dan el toque de retirada, la tragedia se desvanece y la comedia domina la situación. Todavía queda, sin embargo, un peligro. Pues si bien sale con vida de este duelo frustrado, este duelo decide la vida posterior de Lincoln. Su caballerosidad ha desagraciado completamente a la muchacha, que ahora puede decir a sus amigos que Lincoln es su paladín. El incidente los pone en más íntimo contacto; la gente sonrío al verlos juntos y no tarda en felicitarlos. Pues cuando Lincoln se convence de que, a pesar de todo, Mary desea casarse con él, no vacila un momento en aceptarla. "Lincoln sabía que no la quería, pero había prometido casarse con ella", dice Herndon, que por aquel tiempo vivía con él; y el mismo Lincoln confiesa a otro amigo: "Jimmy, debo casarme con la muchacha." El día del asunto Shields, había escrito en grandes letras un registro del número de votos obtenidos por él y por otros durante los últimos años, poniendo de manifiesto el incremento de su popularidad. Después de hacerlo autenticar legalmente, lo había atado con una cinta roja. Probablemente quería demostrar con esto a Mary que, de todos modos, era hombre de cierta importancia. Antes de arrojar al agua tiembla en la orilla y se pregunta si sus pulmones serán lo bastante fuertes para soportar el chapuzón. Entonces escribe a Speed, haciéndole esta extraordinaria pregunta: "Sólo te escribo para decirte algo respecto al asunto que sabes constituye mi más íntima preocupación. Tú nunca me ocultaste, y yo bien lo comprendí, el inmenso sufrimiento que tuviste que soportar desde los primeros días de septiembre hasta mediados de febrero. Desde hace cerca de ocho meses eres el esposo de una mujer encantadora. Sé que eres ahora más feliz que el día de tu matrimonio, pues si no fuese así no podrías vivir... Pero necesito hacerte una delicada pregunta: ¿Estás contento, sentimental e intelectualmente, de haberte casado? A otro que no fuese yo no le tolerarías esta pregunta impertinente. Pero sé que a mí me la perdonarás. Te suplico me contestes en seguida, pues estoy impaciente por saberlo."

Es la ansiedad nerviosa de un hombre que teme los deberes del cuerpo y del corazón, que teme perder su libertad, que se rebela a entrar en una vida en la que tendrá que dar cuenta y explicación de cada una de sus acciones, de cada uno de sus cambios de humor. ¿Y por qué? Porque va a casarse con una mujer cuya naturaleza es extraña a él, cuyos ojos advierten muchos encantos, pero también muchas imperfecciones; con una mujer de la que hace apenas dos años escapara a la desesperada. Por su parte, Mary le exige ahora un matrimonio inmediato, con las menos ceremonias posibles: el servicio religioso esencial y nada más. Una buena mañana, Lincoln se acerca a la cama de su amigo Herndon y le dice: "Voy a casarme hoy".

Por fin, aquel día de noviembre se ven ante el altar el gigante de 33 años y la mujercita de 24; él no parece muy alegre, y después de la ceremonia no tiene inconveniente en decir a sus amigos cosas cómicamente desesperadas. En el banquete de boda, hecho con la mayor sencillez, se muestra, sin embargo, más contento y cuenta sus eternas historietas. Pero era un viernes, y ambos, esposo y esposa, eran supersticiosos. Cinco días después de su boda, Lincoln termina una carta de negocios con esta frase: "Aquí no hay novedad, como no sea la de mi matrimonio, cosa de la que aún no he acabado yo mismo de maravillarme."

Poco tiempo después, Lincoln formó una nueva asociación con Herndon, el joven e inteligente abolicionista enviado por su padre a Springfield para escapar de las persecuciones de que habría podido ser objeto en el Sur. Aconsejado por Lincoln, Herndon había estudiado Derecho, siendo uno de los primeros y más entusiastas admiradores de su amigo. Lincoln puso toda su confianza en su nuevo socio, y su amistad duró hasta la muerte. Su inteligencia y habilidad hacían de Herndon un excelente compañero de trabajo; su idealismo político, su humor y su ironía lo capacitaban para ser el perfecto amigo de Abraham. Siendo Herndon cerca de diez años menor que Lincoln, que había pasado ya de la treintena, éste adoptó una actitud casi paternal con su socio, colocándose por primera vez en una posición de jefe.

Pues hasta entonces Logan, que reemplazó a Stuart tres años antes de su boda con Mary Todd, consideróse su jefe. Logan era un rígido jurista, que necesitaba tener un orador a su lado, pero no pudo soportar por mucho tiempo el aparente desorden de Lincoln. Logan poseía todas las virtudes de que carecía su socio: constancia, exactitud, aplicación; todo ello inmejorable para Lincoln, que adquirió buen acopio de conocimientos bajo la dirección de Logan y, por primera vez en su vida, ganó bastante dinero para atender a las necesidades de su nuevo hogar. La reputación de Logan como abogado, la de Lincoln como político y el crecimiento de Springfield, que se construyó por entonces su propio Capitolio, habían hecho progresar rápidamente los negocios de la asociación. Y tal vez los socios habrían podido sacar mejor partido de su mutuo apoyo si las rivalidades políticas no se hubiesen interpuesto entre ellos, haciéndolos reñir.

Después de esta separación, un nuevo rótulo, en el que su nombre figuraba en primer lugar, anunciaba la nueva sociedad; "Lincoln & Herndon". Colgaba este rótulo de un segundo piso, en la puerta de un cuarto medianamente amplio, amueblado con dos grandes mesas en forma de T, un armario para libros, un viejo pupitre con muchos departamentos y un desvencijado sofá de cuero que, aunque de tamaño normal, todavía resultaba demasiado corto para Lincoln. En este despacho andaba todo tan desordenado y revuelto que, habiendo enviado una vez la dirección del partido un saquito con semillas para distribuir entre los granjeros, las semillas que cayeron al suelo encontraron en el polvo y la suciedad terreno propicio para su germinación.

La honradez de Lincoln se había hecho proverbial. Nadie, y menos que nadie su consocio Herndon, pensó nunca en exigirle una cuenta formal del dinero que pasaba por sus manos. Cuando cobraban sus honorarios, Lincoln, dividiendo los billetes, decía simplemente: "Toma, ahí tienes tu parte." Su generosidad creció con su prosperidad, en vez de disminuir, como suele suceder, y no pocas veces su honradez entraba en pugna con sus propios intereses. En una ocasión, defendiendo a un viejo a quien dos muchachos habían quitado un coche sin pagárselo, Lincoln apoya el argumento de su adversario cuando alega la minoría de edad de los acusados, y en un animado alegato hace inclinar al tribunal a favor de los dos menores, a quienes los jueces no deben echar a perder condenándolos a prisión. A otros clientes, cuyas

probabilidades de éxito son inmejorables, les dice: "Yo puedo ganar su asunto y sacar para usted esos seiscientos dólares. Pero con ello haría desgraciada a una familia honrada. Por lo tanto, ni quiero encargarme de su caso ni ganar sus honorarios. Permítame, sin embargo, que le dé un consejo gratis: váyase a su casa y busque una manera más honrada de ganar seiscientos dólares."

Esta sentencia salomónica contrasta con la práctica de aquellos tiempos y acaba de cimentar a los treinta y cinco años la reputación de hombre excéntrico que comenzara a adquirir a los veinticinco. Estudiaba pocos libros de Derecho, leía de mala gana las sentencias del Supremo, y se contentaba con seguir una norma en torno a la cual improvisaba sus argumentos conforme a las circunstancias, confiando siempre en la claridad del asunto, en el sano criterio del tribunal y en su propio infalible sentimiento de justicia, que se había desarrollado en el curso de su azarosa juventud y que era una característica de su temperamento tardo. Tampoco le preocupaban excesivamente los negocios, y solía dejar a su joven socio la tarea de cobrar los honorarios. Pero cuando un día, después de un lapso de muchos años, se presentó un empleado en su despacho para cobrar del antiguo administrador de Correos la suma de diecisiete dólares, Lincoln se apresuró a sacar de un cofre una bolsita en la que desde hacía años guardaba aquel dinero, en espera de su reclamación.

También en el tribunal lo describen sus amigos como un hombre raro y único: "No tenía ningún sistema, ningún orden; carecía de escribiente, de biblioteca, de registro, de libros de caja. Cuando tomaba notas, las metía en un cajón, en un bolsillo del chaleco o en su sombrero... Pero dentro de su cabeza prevalecían la simetría y el método. No necesitaba escritorios, ni pluma, ni tinta, pues todo lo hacía en su cerebro."

El sombrero de Lincoln, en el que guardaba cartas y cheques, no tardó en hacerse célebre. Una vez que un colega suyo que vivía en otro pueblo se quejaba de no haber recibido contestación a una carta, Lincoln le contesta disculpándose: "En primer lugar, he tenido mucho que hacer; y en segundo lugar, cuando recibí su carta la metí en mi viejo sombrero, al día siguiente me compré uno nuevo y la carta desapareció de mi vista con el sombrero viejo." Además, siempre tenía un sobre en

su escritorio con este letrero: "Si no encuentra en ninguna parte lo que busca, lo tendré en mi sombrero."

Naturalmente, un hombre cuyas pronunciadas características son éstas, no se siente a sus anchas sino entre gente joven; a su socio Herndon le llamaba simplemente "Bill", en tanto que éste le decía "señor Lincoln". Pero Lincoln nunca se las echó de superior a él, sino más bien al contrario. Así, por ejemplo, un día entra en el despacho preguntando: "Bill, ¿qué quiere decir antítesis?" Como un "original", tomaba con toda calma su oficio de abogado; echado en el sofá, leía todas las mañanas los periódicos en voz alta; contaba anécdotas a los que iban a consultarle asuntos jurídicos, repitiendo en un mismo día la misma historieta a dos o tres clientes; y en una ocasión, durante dos días enteros, se negó a leer toda clase de documentos, pues, rodeado de dibujos, números, reglas y compases intentaba resolver la cuadratura del círculo.

¿Es de extrañar que todos tuviesen confianza en él? El párroco que hipoteca su casa no exige recibo ni pide registro. Dos granjeros que se disputaban un pedazo de terreno acordaron mutuamente someter el asunto a Lincoln y acatar su decisión, satisfechos de un abogado que no presumía de cultura ni les hablaba desde la altura de su posición, sino como un compañero que, situado en el mismo plano que ellos, emplea su mismo lenguaje familiar. Y, ¿no parecía, realmente, un granjero disfrazado?

Cierto que vestía como debe hacerlo un recién casado; usaba buenos zapatos de piel de becerro, camisa blanca y corbata, y sombrero de copa negro, que todavía lo hacía parecer más alto; pero nada le cae bien; siempre ha de quedarle estrecho el chaleco, los pantalones con rodilleras, el cuello demasiado ancho, la corbata torcida. En pie, con los hombros caídos, los brazos colgantes, la cabeza inclinada hacia delante, contempla con sus grandes ojos grises a la gente, y parece pensar en otras cosas, pero, en realidad, está viendo sus corazones.

Mary le reportaba algunas ventajas a Lincoln, pues si bien era muy poco el interés que ponía en la práctica de su profesión, seguía, en cambio, con gran interés la situación política. Desde un principio vigiló cuidadosamente la carrera en que había

puesto todas sus esperanzas. Más fría y desconfiada que su esposo, era más escéptica con respecto a los motivos que impulsaban a los hombres y más rápida que él para descubrir cuáles de estos motivos eran reales; teniendo, además, un fin definido en su vida, era naturalmente más perspicaz en los asuntos mundanos que un hombre contemplativo como su marido. Para ella, toda criatura era un competidor posible, en tanto que él veía en el competidor declarado sólo un semejante; una y otro no hacían otra cosa sino proyectar sus propios sentimientos sobre el espíritu de los demás. El resultado de todo esto es que ella actuaba como un estimulante sobre su temperamento moroso, y esto, en su vida política, era una verdadera ayuda.

En las relaciones con su esposa, Lincoln se había impuesto como regla el ceder siempre; reía cuando veía enfadada a Mary, y si el enfado de ésta no pasaba, se iba a dar un paseo. Era indulgente con sus debilidades; cuando amenazaba tempestad, corría a su casa para calmar sus temores y evitaba hablar de robos y ladrones, sabiendo que esto la asustaba. Ambos eran supersticiosos, pero aun en esto era característico que ella creyese femeninamente en los augurios, en tanto que él, como hombre, sólo creía en los sueños.

En los primeros días de su vida conyugal, Mary debió de sufrir mucho, pues a un miembro tan mimado de la familia Todd debía de resultarle muy penoso verse reducido a vivir en una hostería, en dos cuartos que sólo costaban cuatro dólares semanales; cuando, como razón de economía, le recordaba Abraham que todavía tenía deudas que pagar, acaso pensara ella alguna vez que más le hubiese valido dar su mano a un hombre rico. El camino por recorrer parece tan largo, los medios tan escasos, las dificultades tan numerosas, que no es extraño que a menudo se desespere.

Afortunadamente, pronto fue madre y tuvo así la oportunidad de demostrar su orgullo de familia en la elección de nombre. Se negó a dar a su hijo el de Josué, como quería Lincoln en recuerdo de Speed, insistiendo en que llevase el nombre de Roberto, como su padre. Habiendo tenido cuatro hijos, sólo en el caso del último accedió a que se llamase como Tom Lincoln, que precisamente acababa de morir. Durante diez años, esta ambiciosa mujer sólo dio a luz varones, como Lady Macbeth.

Mary sabe mantener alejados a los amigos de Lincoln y, especialmente, a sus mujeres; sus "saludos a Fanny" no tardan en transformarse en "recuerdos a la señora Speed". El odio que sintiera por Herndon, compañero constante de su marido, sigue siendo el mismo que le inspirara el día de su primer baile en Springfield. En vano intentó impedir la formación de la nueva sociedad, y durante años pasó por delante de él recogiendo la falda como si quisiera evitar el más leve contacto. Lincoln, que se ha hecho más hombre de mundo, no sigue el ejemplo de Speed ni le hace confesiones sobre su matrimonio, como se las hiciera su amigo. Sólo al cabo de dos meses le dice ambiguamente: "Cuando nos veamos te diré cómo me va en mi vida de casado." Aludiendo al embarazo de su mujer, parece tomar esta paternidad en perspectiva muy prosaicamente: "Temo que no esté en nuestro poder ir a Kentucky este año. Además de la pobreza y la necesidad de atender al negocio, estos "acontecimientos futuros" serán un obstáculo más."

Con la ayuda de las rentas de Mary y consiguiendo dinero mediante hipotecas, pronto pueden tener casa propia, una casita pequeña y blanca, que Mary lleva con un orden perfecto. Es económica, y cose para ella misma. Y cuando sus rentas han aumentado, y Lincoln, diferente en esto a la mayoría de los hombres que han ascendido en este mundo, aumenta la cuantía de sus donaciones y suscripciones, ella rebaja la mitad de estas limosnas; hasta que él hace uso de un viejo truco político, proponiendo doble cantidad para que Mary se dé el gusto de reducirla a la mitad.

Mas, ¿cómo podrían avenirse estos dos seres? Abraham prefiere sentarse a la mesa en mangas de camisa, y se levanta para abrir cuando llaman a la puerta, cosa que Mary no puede sufrir. A ella le gusta guardar las apariencias y él no se acomoda a ellas. ¿Cómo podría esta mujer mundana, exacta y consciente de sus fines, entenderse con este marido tan bondadoso como poco puntual, tan olvidadizo como delicado y humorista? ¡Pues no le gusta quedarse sobre la alfombra de la sala, obligando a todo el mundo a dar un rodeo para no tropezar con sus interminables piernas! Y se echa al suelo para jugar con los niños; o declara en una reunión, delante de todo el mundo, que es capaz de comer tantos pastelillos de maíz como puedan ir friendo mujeres. Y puesto que ellos tienen una vaca y el zapatero, su vecino, otra, ¿por qué no ha de ordeñarlas, teniendo tiempo para hacerlo? ¿Acaso

porque es abogado y toma parte en las sesiones del Congreso? Diga Mary lo que quiera, Abraham sale al patio en mangas de camisa, con unos viejos pantalones a medio sostener por un solo tirante, y a poco regresa con el cubo rebosante de leche y arrastrando unas viejas zapatillas.

Pero Mary, poco humorista y sintiendo ultrajado con todas estas cosas su sentido de la compostura social, está a punto de sufrir un ataque de nervios el día en que su marido abre la puerta a dos hermosas damas y les dice: "Pasen ustedes. Mi esposa bajará en cuanto termine de endosarse sus arreos de visita." Vale más ser un caballero que un hombre chistoso, piensa ella. Y una vez que saliera de paseo con una amiga, a raíz de una riña con la doncella, declaró coléricamente, apenas subió al coche: "Si mister Lincoln llega a morir, su espíritu no me encontrará nunca viviendo fuera de los límites de un Estado esclavista." Magnífico epigrama, que arroja luz considerable sobre un centenar de conversaciones, encerrando bajo su apariencia de broma una partícula de verdad trágica; pues si esta mujer imperiosa prefiere esclavos negros a criados blancos, ello es el resultado de la tradición del Sur, en medio de la cual ella creciera y que abandonara después por un hombre al que su naturaleza entera pone 11 en lucha contra los esclavistas del Sur.

Con su manera tarda y tranquila, trata a sus hijos como mejor le parece, sin tomar en cuenta los deseos de Mary. Prefiere que sean buenos a bien educados. De todos modos, su concepto sobre la nursery es siempre humorístico. "Tenemos otro chico, nacido el 10 de marzo. Se parece mucho a Bob a su edad, pero es más grande. Bob es rechoncho y pequeño, y espero que lo será siempre... Parece muy listo, pero a veces temo sea uno de esos niños precoces que son extremadamente listos hasta los cinco años y luego se olvidan completamente de serlo. Conforme a su condición todavía animal, no cesa de hacer las más variadas travesuras. Cuando comencé esta carta, un mensajero vino al despacho a avisar que Bob se había escapado; pero, mientras llegué a casa, su madre lo había encontrado y le había dado una buena paliza; lo que me hace pensar que es muy probable que haya vuelto a escapar mientras la concluyo." Toda esta carta está llena de amable ironía y de un profundo conocimiento de la naturaleza humana. Mucho es lo que podemos leer entre líneas; pero, sobre todo, su resignación.

Después de su matrimonio, la nota melancólica de Lincoln, en vez de desaparecer de sus expresiones, se hace más aguda. ¿A quién quiere, pues? Sus amigos han sido alejados por los celos de su esposa; con su hermano apenas se trata; a veces envía dinero al padre, pero cuando se habla de hacerle una visita, Mary se opone. Sus amigos lo ven sentado en su despacho, con la silla apoyada en la pared, altas las rodillas, el sombrero puesto y echado sobre los ojos, la cabeza caída sobre el pecho. En esta posición pasaba horas enteras, fija la mirada ante sí. Nadie se atrevía a hablarle. Si, como ocurre de vez en cuando, escribe versos y se los envía a sus amigos, son versos henchidos de dolor y desilusión.

Una vez, en un viaje político, visita Indiana, su segunda patria, "donde mi madre y mi única hermana se hallan enterradas y donde no he estado desde hace quince años. Esta región del país es en sí misma tan poco poética como el más prosaico rincón de la tierra. Pero, no obstante, el volver a ver todo aquello suscitó mis sentimientos poéticos; aunque, si la expresión de estos sentimientos es poesía o no, sea ya harina de otro costal. Cuando me puse a escribir, la diversidad de materias dio por resultado cuatro breves composiciones o cantos". Una de ellas dice así:

Near twenty years have passed away
Since here I bid farewell
To woods and fields, an scenes of play,
And playmates loved so well.

Where many were, but few remain
Of old familiar things,
But seeing hem to mind again
The lost and absent brings.

The friends I left that parting day,
How changed, as time has sped!
Young childhood grawn, strong man'hood
grey.
And half of all are dead.

I hear the loved survivors tell
H~ naught from death cola save,
Till every sound appears a knell,
And every spot a grave.

I range the fields with pensive tread,
And pace the hollow rooms,
And feel (companion of the dead)
I'm living in the tombs^{vi}.

Después de trabajar ocho años en la legislatura local, Lincoln dirige sus pensamientos hacia Washington. En vez de solicitar su reelección en Illinois, aspira a entrar en el Congreso de la Unión. Coincidiendo esta decisión con el primer año de su matrimonio, podemos atribuir la iniciativa a su esposa. De acuerdo con una resolución verbal, los jefes de partido habían decidido presentarse por turno a estas

elecciones; pero como eran tres los jefes y Baker fue escogido como primer candidato, Lincoln sufrió una desilusión, tanto mayor cuanto que, por su posición en el partido y por su inteligencia, se consideraba merecedor del nombramiento. "Apoyando la candidatura de Baker, haré el papel de un enamorado que se viese obligado a ser padrino de boda de la mujer que para sí deseara." Sin embargo, en el curso de los acontecimientos, ni Baker ni Lincoln fueron elegidos, sino un tercer miembro del partido. Y como dos años después fuera escogido Baker, Lincoln tuvo que esperar cuatro años más para ser elegido. Estos años correspondían a los treinta y tres a treinta y siete de Lincoln, edad en que un hombre se siente más dispuesto para una vigorosa actividad, y en la que todo error de los amigos aflige más que una derrota; edad también en la que una mujer ambiciosa exige continuamente nuevos progresos.

A pesar de todo, Lincoln se lanzó con más fuerza que nunca a la campaña para elección de presidente: su deseo más ferviente por aquel entonces era ver a Henry Clay a la cabeza del Estado.

Año tras año, los conflictos suscitados por el problema de la esclavitud se habían hecho cada vez más amenazadores. Tejas, separado de Méjico, había decidido la libertad de los esclavos, y la había reclamado y obtenido, pero el presidente se había comprometido a dejar a los nuevos Estados procedentes de Louisiana la resolución del problema. Pero como esto contradecía el compromiso del Missouri y daba preponderancia al Sur, Clay, como autor de aquel expediente y hombre del Norte, atacó esta decisión. Al mismo tiempo, el país se dividía entre anexionistas y pacifistas. Clay representa media nación cuando declara: "Considero la anexión de Tejas en este momento, y sin el consentimiento de Méjico, como una medida nociva para nuestro carácter nacional y que seguramente nos conducirá a una guerra, no sólo con Méjico, sino también con otras potencias. Considero que esto es peligroso para la integridad de la Unión, absolutamente indeseable dada la situación de nuestras finanzas, y no exigido por la opinión pública." Nada más cierto; gran parte de los oficiales del ejército, que, como hombres de armas, generalmente suelen buscar la guerra, se oponían a toda acción bélica en aquel momento.

Pero Polk, el candidato demócrata adversario de Clay, prometió a la nación una guerra breve y victoriosa con la anexión del floreciente Estado de Tejas, y fue

apoyado por todos los Estados del Sur. Si Tejas era anexionado y convertido en un Estado esclavista, los plantadores del Sur tendrían nuevas tierras que explorar y más territorio en que impulsar su "peculiar institución". Naturalmente, Lincoln apoyó la elección presidencial de Clay, no sólo por razones de partido, sino, más aún, por un sentimiento apasionado. Lo que dice en sus discursos de aquella campaña es la expresión de sus convicciones maduras durante largos años, no sólo con respecto al bienestar de su país, sino en relación con un ideal de felicidad humana y de justicia. "Nunca he creído, escribía por aquel entonces en una carta, que pueda venir ningún bien de una anexión, ya que también ellos pertenecen a una república tan libre como la nuestra; por otra parte, nunca he podido comprender claramente cómo podría dignificar una anexión el mal de la esclavitud... Por paradójico que parezca, creo que el deber principal de los Estados libres para con los Estados Unidos, y, quizá para con la misma libertad, es dejar en paz a los esclavistas de los otros Estados; por otra parte, nosotros no podemos permitirnos aumentar directa o indirectamente los límites de la esclavitud, o hacerle un nuevo sitio, cuando no puede ya mantenerse en el antiguo."

En sus apuntes de aquella época, destinados indudablemente a ser utilizados en sus discursos, encontramos argumentos contundentes, populares en su expresión, sarcásticos en su razonamiento. "Si A puede demostrar que tiene derecho a hacer de B un esclavo, ¿por qué no ha de poder B hacer válido el mismo derecho con respecto a A? Dices que porque A es blanco y B negro. Así, pues, es cuestión de color; los blancos tienen derecho a hacer esclavos a los oscuros, ¿no es eso? Ten cuidado. Según esta lógica, podrá hacerte su esclavo el primer hombre que encuentres por la calle cuya piel sea más blanca que la tuya... Dices que no exactamente el color, que los blancos son intelectualmente superiores a los negros y que esta superioridad los autoriza para reducirlos a esclavitud, ¿no es eso? Ten cuidado. Según esta lógica, podrá hacerte su esclavo el primer hombre que encuentres en la calle cuya inteligencia sea superior a la tuya... Pero ahora dices que es una cuestión de interés. Si tu interés te lo aconseja, puedes esclavizar a los demás. Muy bien; pero ten cuidado, no sea que el interés de un tercero le aconseje esclavizarte a ti."

O toma una imagen de la Naturaleza, familiar a su auditorio campesino, y deduce de ella con sencilla lógica el derecho que asiste a los negros para rebelarse: "La

hormiga que ha arrastrado penosamente una miga hasta su hormiguero, la defenderá contra cualquier ladrón. El más obtuso de los esclavos que trabaja para un señor sabe que se comete con él una injusticia. Y aunque se hayan escrito libros que pretendan demostrar cuán buena cosa es en el fondo la esclavitud, nadie se ha esclavizado voluntariamente. La mayor parte de los Gobiernos se apoyan en la negación de iguales derechos a todos los hombres... el nuestro empezó por proclamar ese derecho. Algunos, dicen, son demasiado ignorantes o viciosos para participar en el Gobierno. Es posible, decimos nosotros, pero vosotros con vuestro sistema queréis perturbar este estado de cosas, en tanto que nosotros preferimos dar ocasión para que los débiles se fortalezcan, se ilustren los ignorantes y se vuelvan mejores todos. Nosotros lo intentaremos y el éxito será nuestro. ¡No olvidéis mis palabras y medita en ellas!" Y en el aniversario del nacimiento de Washington, concluye su discurso con esta frase: "La única victoria con que podríamos completar su obra sería la que nos permitiese declarar que en la ancha tierra de Dios no quedaba ya un esclavo ni un borracho."

Por esta época se vio casualmente en una situación equívoca. Mal informado, se había encargado de sostener las demandas de un esclavista que acusaba a un médico por haber dado hospitalidad a un esclavo fugitivo. El médico acusado fue en busca de Lincoln para encargarle de su defensa, pero al enterarse de que ya Lincoln se ha encargado de la parte contraria, le hace reproches y se marcha dejando al abogado muy nervioso. Un par de horas después, Lincoln envía a decir al médico que ha reflexionado y que se encarga de su defensa; pero es demasiado tarde: el médico tiene ya otro defensor. En la vista de la causa, Lincoln se limita a hacer el papel de consejero auxiliar del partido contrario; pero cuando su colega termina su alegato en favor del médico, Lincoln pronuncia un discurso condenando la causa que debía defender. El esclavista es condenado, y el médico, puesto en libertad. ¡Pero el cliente desaparece sin pagar!

Las aspiraciones de Lincoln en favor de los negros tienen una raíz común con los sentimientos que lo mueven en favor de los blancos oprimidos. Sus sentimientos sociales son el producto de las amarguras y desilusiones de su juventud, intensificados por su estudio de la sociedad en que vive. Por esto sus glosas contienen siempre una finalidad social: "Entre nosotros no hay ninguna clase

permanente de trabajadores asalariados. Hace veinticinco años que yo era un trabajador asalariado. Pero el trabajador asalariado de ayer trabaja hoy por su propia cuenta, y alquilará mañana a otros para que trabajen para él... Puesto que el trabajo es un tributo que la humanidad entera ha de pagar, el intento de algunos de hacerlo pesar sobre los hombros de los demás es la más terrible y perdurable maldición de nuestra raza... Puesto que las cosas mejores son producto del trabajo, lo natural y lo lógico es que dichas cosas pertenezcan a aquellos cuyo trabajo las ha producido. Pero, a despecho de esta lógica, sucede, y ha sucedido en todas las épocas de la historia, que unos trabajan y otros, que han permanecido ociosos, gozan de una gran parte de los frutos. Esto es injusto y no debe continuar así. Asegurar a cada obrero el producto íntegro del trabajo o, por lo menos, en la mayor proporción posible, debe ser el objetivo de todo buen Gobierno".

Estas ideas, esbozadas en un viaje, con anterioridad a las revoluciones de Europa de 1848, engendradas por una inteligencia fuerte y valerosa, un corazón filantrópico y un conocimiento de las circunstancias que se las imponían, contienen los postulados proféticos de un reformador que pensaba entonces con un cuarto de siglo de anticipación por lo que a los negros atañía y medio siglo por lo que se refería a los blancos. Pero la sociedad actual no estaba lo suficientemente madura para comprenderlas, como no lo estaba para aprovechar la moderación y prudencia de Clay. Éste, el estadista más significado de aquella época, fue derrotado en las elecciones, como ocho años antes, por un demagogo cuyo nombre apenas conoce el mundo actual.

Pero Lincoln había ganado mayor popularidad aún en la campaña. En aquel tiempo, las campañas electorales se hacían de un modo primitivo: los dos oradores contrarios recorrían el país, las más veces compartiendo amigablemente el mismo coche, se apeaban en una casa y hacían correr la noticia de que habían llegado los oradores. Los labriegos venían de los campos; uno de los propagandistas se apoyaba contra un muro, pronunciaba su discurso y después dejaba tranquilamente que el otro hablase. En cuanto a los votos, ya se sabía que se obtenían mejor por medio de habilidades personales, especialmente con las mujeres, que escuchaban recelosas y vigilaban a menudo la votación de los hombres. En una ocasión, queriendo los dos oradores ganarse a la mujer de un significado granjero a la sazón ausente, la

asediaban amablemente; ella, no queriendo comprometerse, dejó a los hombres, se fue al establo y se puso a ordeñar la vaca. Los dos hombres la siguieron hasta allí. El demócrata, queriendo encontrar un ardid decisivo, se puso a ordenar; pero cuando, al cabo de un rato, interrumpe la faena, se encuentra con que el adversario se ha llevado a la mujer, cuyo voto se gana en un cuarto de hora gracias a su inagotable repertorio de anécdotas y chistes.

Clay es derrotado, pero Lincoln acepta las cosas humorísticamente: "A pesar de todas las esperanzas que había puesto en la victoria de Clay y de toda mi repugnancia por todas las maniobras de los demócratas, tenía un miedo infernal a verme obligado a ejercer de orador. Tenía ante mí seis semanas de campaña, durante las cuales no hubiese tenido otro remedio que pronunciar una docena de discursos al día. Yo estaba seguro de mis convicciones, pero no siendo un Douglas, la perspectiva de hablar y hablar sobre un mismo tópico me daba vértigo... Ya hacía tiempo que el pobre Clay había sido irremediablemente vencido por Polk, ya me había repuesto yo de mi disgusto, y aún creía oír, en cuanto me quedaba solo, resonar mi trompeta desde la plataforma o desde un tronco.

Lincoln estaba maduro para Washington. De mala gana había cedido el paso a Harding y Baker, y ahora, después de una espera de cuatro años, el partido se inclinaba a descartar de nuevo al transigente colega, lo que hubiese logrado si la esposa de Lincoln no hubiese irrumpido en la escena. La manera que tiene de abandonar el ejercicio de su profesión para dedicarse exclusivamente a la lucha electoral, el tono en que escribe a amigos y a extraños para solicitar su voto y su influencia, parecen nuevos en él. Ciertamente que a los treinta y siete años se halla en la plenitud de sus fuerzas, pero, no obstante, podemos presumir que la energía que lo anima ha sido suscitada por los Todd. La ambición que lo impulsa hacia delante durante los años siguientes se debe indudablemente a Mary.

"Tal vez sepa usted, escribe a un hombre influyente, que el general Harding y yo nos disputamos la representación liberal de Illinois en el Congreso de la Unión. Ya él ha ocupado un asiento en Washington y yo alego que cada uno a su tiempo". Me alegraría que este argumento le pareciera a usted suficiente." Por la misma fecha,

escribe a un amigo diciéndole que podría diferir sus pretensiones, "pero ceder ante Harding en las presentes circunstancias, me parecería ceder ante un hombre que, llegado el caso, no vacilaría en sacrificarme. Y esto no quiero admitirlo. Ya he tenido la ocasión de reconocer ante usted el talento, la energía, la frecuente generosidad y la magnanimidad de Harding, cosas todas que sigo reconociendo todavía. Usted sabe que mi único argumento es "cada uno a su tiempo", argumento que él no admite en modo alguno. Si no le causa molestia, le agradecería que me escribiese diciéndome cómo se presentan las cosas en su región, o, mejor, en su distrito. También le agradecería me diese los nombres de algunos de sus vecinos liberales, a quienes podría escribir en forma adecuada. Si no encuentro nadie que haga esto por mí, Harding me ganará la batalla con su vieja lista."

Así se ve arrastrado por el engranaje de la vida partidista un carácter tímido, leal, acostumbrado al renunciamento, cuando la confianza en sí mismo y la ambición crecen en él y en torno suyo. "Si oyese usted decir a alguien que Lincoln no quiere ir al Congreso, deseo que usted, como amigo personal mío, lo desmienta. La verdad es que quiero ir", escribe.

Finalmente es elegido por la convención de Petersburg, pequeña pero floreciente población en donde, dos lustros antes, trabajara como agrimensor, ganándose las simpatías de todos. La fiebre por la lucha lo domina ahora y se lanza en persona ansiosamente a la campaña. "Alguien ha dicho recientemente que un distrito determinado decidiría la lucha y que ésta sería dudosa. ¿Sabe usted quién dijo esto? Escríbame inmediatamente que reciba ésta, y comuníquemelo todo, especialmente los nombres de los que están decididamente contra mí."

Su adversario en esta elección, adversario peligroso, no era otro que el popular párroco Cartwright, conocido de medio Illinois por sus fogosos discursos. Las relaciones religiosas de Cartwright le daban gran influencia y sus inclinaciones jacksonianas le garantizaban numerosos partidarios. No pudiendo mostrar ningún aspecto desfavorable de Lincoln, buscó la ocasión para decir que su adversario liberal era un hombre irreligioso. No siendo Lincoln en aquel momento miembro de ninguna congregación particular, Cartwright puede decir lo que guste a este respecto. Aprovechándose de que en alguna ocasión Lincoln había hablado en la iglesia de la insinceridad de muchos cristianos que estaban siempre dispuestos a

condenar a los borrachos y a otros pecadores, en vez de procurar salvarlos, el clérigo político discurre un ardid.

En una fiesta religiosa a la que asistía Lincoln y en la que predicaba Cartwright, éste, apenas comenzado su sermón, pide que se pongan en pie todos los que no quieran ir al infierno. La congregación entera, excepto Lincoln, se apresura a ponerse en pie. Entonces, el clérigo dice en tono solemne: "¿Me permite usted, mister Lincoln, que le pregunte adónde desea usted ir?" Levantándose sosegadamente, Lincoln contesta: "Vine aquí en calidad de respetuoso oyente. Ignoraba que mi hermano Cartwright se propusiera señalarme en esta forma. Creo que las cuestiones religiosas deben tratarse con la solemnidad debida. El hermano Cartwright me ha preguntado directamente adónde deseo ir. Quiero contestarle en la misma forma: Deseo ir al Congreso." Con esta magnífica contestación se gana gran parte de la congregación y numerosos votos nuevos. De la misma manera se defiende cuando lo acusan de aristócrata, basándose en su parentesco con los Todd: "Los viejos ciudadanos de Springfield se asombrarían, a menos que lo tomasen a broma, si oyesen decir que yo, un forastero desvalido, mal educado y sin un céntimo, que ha trabajado por diez dólares mensuales como almadiero, soy señalado aquí como un candidato del orgullo, la riqueza y la aristocracia." Y, con mucha mundana sabiduría, no teme en la lucha electoral que el único pariente suyo que fuera nunca a Springfield, había sido un hombre al que habían acusado de haber robado un birimbao.

Como el resultado de la guerra contra Méjico era todavía indeciso, Lincoln, en un gran discurso, exigió a sus conciudadanos que, en la hora del peligro para el país, entrasen en lucha, fuese cual fuese su opinión sobre el origen de la guerra y sus caudillos. Todos los liberales, y entre ellos los propios amigos de Lincoln, fueron a ella o enviaron a sus hijos. Aun en esta aparente contradicción de condenar la guerra en un principio y admitirla cuando ya se había iniciado, podemos discernir la capacidad de Lincoln para considerar los diferentes aspectos de toda cuestión, absolutamente libre de fanatismos. Más tarde lo volveremos a ver atacando valerosamente esta misma guerra.

Su profecía se vio confirmada, y al saberse el resultado de las elecciones, todo el mundo se asombró de la aplastante mayoría que lograra, pues nunca un liberal, ni

siquiera el mismo Clay, había alcanzado tantos votos en Illinois. El partido le había dado 200 dólares para sufragar los gastos de su campaña. Terminada ésta, Lincoln devuelve 199 dólares 25 centavos, diciendo: "No he tenido gasto alguno. Recorrí todo mi distrito con mi propio caballo. Los hospedajes tampoco me costaron, pues siempre estuvieron a cargo de la generosidad de casas amigas. Mi único desembolso han sido 75 centavos, precio de un barril de sidra que unos cuantos granjeros me obligaron a ofrecerles."

Lincoln ha alcanzado su primer objeto, que parece no merecerle otro comentario que el que hace en una carta a Speed: "He sido elegido para el Congreso, y aunque agradezco a mis amigos sus molestias, he de confesar que me siento menos satisfecho de lo que esperaba."

Tal es la habitual impresión del fin logrado en los hombres que han vivido más intensamente en la fantasía que en la realidad y cuyos sentimientos superan esta realidad.

A través de esta confesión, se oyen aquellas otras palabras que confiara al mismo amigo sobre los sueños paradisiacos que rebasan todo lo que la tierra puede dar de sí. Y esto le sucede con las mujeres y con el poder, con el amor y la ambición. Y, por ello, su destino seguirá siendo el de un poeta.

Mary era feliz. Podía pasearse por las calles de Washington al lado de su esposo, del hombre elegido por el pueblo, y se sentía dispuesta a admirar como una gran ciudad lo que, en 1850, apenas era una población tranquila y limpia, a pesar de las cuadras, los animales y las inmundicias de las calles. Podía entrar en el Capitolio, podía mirar desde las tribunas el pupitre de su marido, podía ver por fin a todos los hombres célebres, cuyos nombres la habían llenado de inquietud y envidia desde la infancia; podía examinar y criticar detalladamente a las mujeres de los embajadores europeos, paseando orgullosamente en sus coches; podía, en fin, ir a la Casa Blanca.

Allí está, aislada, sin murallas que la circunden, elegante y mucho más sencilla de lo que ella imaginara. Tan cercana y tan real: allí está la habitación del Presidente, la Cancillería y la antecámara. Allí está el gran salón de fiestas, en donde la feliz

mistress Polk recibe a sus invitados como primera dama del país, ante la cual todos deben inclinarse. ¿No era mistress Polk tan grande como las reinas de Europa que dicen gobernar por la gracia de Dios? Cuando se lleva un magnífico traje y una valiosa cadena, no hace falta corona. ¿No era en realidad mistress Polk más que una reina, puesto que la nación entera había confirmado la elección de su marido y depositado en él toda su confianza? Y Mary soñaba en llegar a ser el ama de aquella casa.

Pero de regreso a la modesta pensión en que vivían, sus recursos no les permitían el lujo de un gran hotel, obligada a pasar allí sus días, sin atención ninguna, reducida a su papel de esposa de un forastero al que nadie conocía, Mary sufría no pocas contrariedades y desilusiones. En Springfield había llegado a ser persona de alguna importancia; pero allí, en Washington, ¿qué era sino una entre mil? "¿Quién es ese individuo alto y flaco?" "¡Ah, un abogado del Oeste!" También está allí Douglas, la sombra de Lincoln, el hombrecillo ágil que ha entrado en el Capitolio al mismo tiempo que su antiguo adversario. Pero Douglas es senador, y Lincoln sólo es diputado; seguramente, esta diferencia hizo cavilar a Mary. Sin embargo, los liberales están en alza; por primera vez tienen mayoría en la Cámara. Los sentimientos de Mary eran harto confusos cuando regresó a Springfield. Lincoln se ha quedado en la capital, donde tiene que atender a sus deberes de padre de familia, comprando calcetines, que Mary pide para los niños, aconsejando a su esposa que tome una sirvienta y terminando sus cartas con un habitual: "Besa por mí a los niños." El matrimonio parece vivir entonces en buena armonía, pues hasta Herndon, su enemigo, asegura que Mary dice de su esposo: "Lincoln no es precisamente un hombre guapo, pero la gente no sabe que su corazón es tan grande como largos sus brazos."

Al cabo de un par de semanas, Lincoln era conocido como "el campeón de narradores del Capitolio". En el guardarropa de la Cámara de Representantes, donde se reunían a charlar los congresistas, oía Lincoln las historietas de sus colegas. En un principio, callaba y escuchaba modestamente, estudiando al auditorio; pero no tardó mucho en tomar parte en la conversación. Y de regreso a su pensión, sentado a la mesa redonda, cuando quería intervenir en la conversación, dejaba cuchillo y tenedor, se cogía la cara con las manos y empezaba habitualmente con esta frase.

"Esto me recuerda una historia." Y sí, durante la comida, estalla una disputa, aprovecha sus facultades de cuentista para zanjar el asunto, ganando así una reputación de bondad, propia del ironista y del hombre de temperamento melancólico. Cerca de la pensión hay un juego de bolos al que va algunas veces. Sus largos miembros no le permiten ser buen jugador, pero acepta sus derrotas con ecuanimidad, burlándose de su propia torpeza con la misma tranquilidad con que, en la mesa, cuenta a sus compañeros su primer discurso en la Cámara y cómo fue recibido por el auditorio.

"Me he dado a conocer, escribe a Herndon, con un pequeño discurso sobre una cuestión Correos, sin interés general. Encuentro que aquí se habla como en todas partes. No me sentía más nervioso que lo estuve nunca en el tribunal de Springfield. Ya que tienes tanta prisa en que sobresalga, he decidido hacerlo pronto." Estas líneas revelan serenidad y buen humor. Es evidente que el Congreso no lo ha deslumbrado y parece divertido por la confianza que ponen en él sus amigos.

Pocas semanas después, Lincoln pronuncia su primer gran discurso en Washington. Ya antes de las elecciones, la guerra había entrado en una fase decisiva; Veracruz se hallaba en poder del ejército de la Unión; el general Taylor había conquistado una gran porción del territorio mejicano, y la oposición pacifista había fracasado. Pero Lincoln no era hombre que se dejase arredrar por el éxito de los adversarios ni imponer una política que rechazaba fundamentalmente. No, precisamente en el momento en que el ejército va de victoria en victoria, declara que aquélla era una guerra injusta. Esta declaración, acompañada de su voto favorable a los créditos de guerra, le crea enemigos en ambos campos, pues los radicales se disgustan por su apoyo al ejército y los demócratas no le perdonan el que haya acusado abiertamente al Presidente de ser el responsable de la guerra y de los sacrificios humanos que ha costado. Discutiendo el espinoso problema de si la guerra ha sido una "guerra de agresión", y de si fueron los Estados Unidos o Méjico quien comenzó la lucha, dirige una pregunta al Presidente:

"Que el Presidente se digne contestar honrada, plena y sinceramente a una pregunta. Que conteste con hechos, no con argumentos. Que recuerde que ocupa la silla de Jorge Washington y conteste como contestaría Washington. A una nación, como al Todopoderoso, no se la puede engañar, no se la puede evadir, no se la

puede siquiera intentar esquivar en un asunto como éste. Si el Presidente puede demostrar que la primera sangre fue vertida en nuestro territorio... quedará justificado... Pero si no puede hacerlo o no quiere hacerlo, si con alguna excusa, o sin ella, se niega a responder, quedaré plenamente convencido de lo que tantas veces sospechara: que está absolutamente consciente de su error; que siente la sangre de esta guerra, como la de Abel, clamar al cielo contra él; que fue él quien ordenó al general Taylor penetrara en un Estado pacífico para tramar una guerra; que, en un comienzo, tenía poderosas razones para atizar una guerra entre los dos países, y que, creyendo escapar a la crítica deslumbrando la mirada de la nación con el brillo de la gloria guerrera, ese arco iris fascinador que se levanta sobre las tempestades sangrientas, ese ojo de serpiente que fascina para destruir, se sintió arrastrado hacia delante hasta que, viendo frustrados sus cálculos por la facilidad con que Méjico era vencido, no sabe ahora él mismo dónde se encuentra. El Presidente es un hombre extraviado, confundido, míseramente perplejo. ¡Quiera Dios que pueda demostrarnos que no hay en su conciencia nada más doloroso que todo este extravío mental!"

Con este espléndido ímpetu, con este valor y desenfado, se presenta Lincoln la primera vez ante la nación por tratarse de un caso de justicia. ¿No hablaban los éxitos del Presidente en favor suyo? ¿No preveían todos, incluso el orador, lo que pocas semanas después sucedería: una guerra victoriosa, una paz brillante, la cesión por parte de Méjico de los territorios en litigio, a cambio de un pago puramente formulario de quince millones y la candidatura del victorioso general Taylor para las próximas elecciones presidenciales? Naturalmente, en el discurso de Lincoln había mucha política de partido, pues quien se opone a una guerra concluida victoriosamente, sólo puede fundamentar su veto en el terreno de la moral. El Presidente no estaba obligado a contestar a las preguntas de Lincoln. Era el jefe supremo y estaba protegido por la Constitución. Pero estas consideraciones políticas no hacen menos grave el ataque de Lincoln. Considerado en la perspectiva histórica, gana en intensidad trágica si se piensa que idénticos ataques serían dirigidos doce años después, desde aquella misma tribuna, contra el mismo orador.

Y no obstante, nadie, ni siquiera sus amigos, comprenden bien su celo. Escribiendo a Herndon, que lo ha criticado privadamente, dice Lincoln: "Ese voto afirmaba que la

guerra iniciada por el Presidente era innecesaria y anticonstitucional. Apuesto mi vida a que tú, de haberte hallado en mi lugar, hubieses votado como lo hice yo. ¿Hubieras podido votar, acaso, por algo que tus sentimientos y tu inteligencia rechazaban como un pecado? Sé que no habrías podido hacerlo. ¿Y hubieses esquivado tu voto abandonando la Cámara?... Es preciso hablar, y no quedaba otra alternativa entre la verdad y la mentira... La cláusula constitucional que delega exclusivamente en el Congreso el poder de declarar la guerra fue dictada, a mi entender, por las siguientes razones: los reyes mantenían constantemente sus pueblos en guerras ruinosas, pretendiendo las más veces que tales guerras no tenían otro objeto que el bien de su pueblo. Nuestros padres consideraron que ésta era la más peligrosa de las prerrogativas de la corona, y resolvieron crear una Constitución que impidiese ejercer a ningún hombre este poder sobre el resto de la nación. Pero tu punto de vista destruye por completo el objetivo constitucional y coloca al Presidente en el lugar que ocuparan antes los reyes... Cuando hayas dominado tu espanto, relee mi discurso, frase por frase, y dime sinceramente lo que pienses."

Pero los amigos de Springfield menean la cabeza y Herndon debe de haber escrito algo sobre la juventud y la vejez incapaces de mutua comprensión, pues Lincoln replica: "Ninguna carta ha sido para mí tan dolorosa como la tuya. Creo que te equivocas en tu apreciación sobre los motivos de los hombres viejos. Supongo que yo soy ahora uno de ellos... ¿Crees que yo habría llegado a colocarme en primer término si hubiese esperado a que los viejos me buscasen y apoyasen? Vosotros, los hombres jóvenes. os reunís, improvisáis un club, celebráis reuniones y pronunciáis discursos. Y más tarde atraéis a todos los muchachos díscolos de la ciudad, tengan o no tengan edad para ello."

Y continúa solitario, también aquí, entre sus colegas del Congreso.

¿Qué otro político habría escrito a su casa una carta como ésta?: "Mister Stephens, de Georgia, un hombrecillo pequeño, pálido, tísico, con una voz semejante a la de Logan, acaba de hacer durante una hora el mejor discurso que he oído nunca. Mis viejos ojos secos todavía están llenos de lágrimas." ¡Quién hubiera previsto aquel día en qué hora fatal volverían a encontrarse, Stephens y él, las lágrimas trocadas en encono! Por el momento, Stephens y él se hacen amigos.

Sólo un observador que se sienta aparte ante un pupitre conservando su perfecta objetividad en una sala llena de hombres que atienden solícitamente a sus propios intereses, puede escribir como lo ha hecho Lincoln sobre Stephens. ¿Y sus electores? ¿No pondrán reparos a un diputado que se niega a ayudar a sus amigos políticos consiguiéndoles puestos oficiales? ¿Para qué se le ha elegido, sino para cuidarse de sus electores? "El honrado Abraham": hermoso título, pero el que no aúlla con los lobos, corre el peligro de ser comido por ellos.

Circula entonces por Springfield la historia de un elector a quien Lincoln ha rehusado un empleo, enviándole después le siguiente carta: "Al principio de nuestras relaciones sentí por usted la mayor amistad y suponía que era recíproca. El verano pasado, por circunstancias que usted sabe, me vi obligado, con gran contrariedad, a negarle la deseada recomendación. Poco después me enteré, por persona de toda mi confianza, de que usted se permitía injuriarme en público. Naturalmente, quedé sorprendido. Al recibir su última carta, me he preguntado si pretendía usted explotarme y ofenderme al mismo tiempo, o si me había informado falsamente acerca de usted. En el primer caso, no debería contestarle; en el segundo, ya es distinto. He tardado un poco en hacerlo, pero ahora le envío adjunta la deseada recomendación, que puede usted utilizar a su gusto."

¡Qué hombre tan extraño hemos enviado esta vez al Congreso! Es incorruptible en todo; no quiere recomendar a ningún inepto, pues para él es más importante el Estado que los vínculos de partido. De todos modos, es demasiado bondadoso para rehusar nada y concluye por enviar la recomendación, acompañada de una manifiesta desconfianza que parece anularla. Realmente, no es posible saber a qué atenerse con un hombre así. Mejor será no reelegirlo.

Al pie del Capitolio, símbolo y defensa de la libertad, visible desde sus ventanas, estaba situado el mercado de negros, "especie de establo de negros, donde se vendían traillas de esclavos; a veces, esperando su transporte a los mercados del Sur, se almacenaban allí los negros como si fuesen caballos".

Así lo escribe Lincoln más tarde. En la capital, la paradoja moral que envolvía el problema de la esclavitud era más chocante que en el Sur. Esto movió a Lincoln a

concebir un plan para dar desde allí su primer golpe a la esclavitud. Hace entonces un proyecto de ley aboliendo la esclavitud en el distrito de Columbia, con excepción de los empleados del Gobierno de la Unión, que podrán tener, temporalmente, esclavos a su servicio, siempre que se hallen domiciliados en Estados esclavistas. Un sistema interino será previsto para el período de transición y para la educación de los hijos de esclavas nacidos en el distrito. A los propietarios se les concederá una indemnización por los esclavos libertados legalmente. Será acordada la extradición de los esclavos escapados de los Estados esclavistas. Esta ley debe ser promulgada por un plebiscito entre los electores del distrito.

En este proyecto, como en el propio carácter de Lincoln, vemos la moderación unida a la justicia, la serenidad junto al aturdimiento. Nada se rompe, todo se amolda. Un sistema de medidas de transición que impida un rompimiento demasiado brusco con el pasado y haga imposible la rebelión y el desorden, pues la conservación de la Unión es condición fundamental para un temperamento tan razonable y respetuoso de la ley como el de Lincoln. Ahora repite lo que ya diez años antes dijera: "Si los padres de la patria no abolieron la esclavitud, tampoco nosotros podremos hacerlo; pero debemos crear leyes para los nuevos Estados, que nuestros padres no pudieron pensar." En aquel momento, California, en cuyo territorio se ha descubierto oro y otros tesoros, pretende entrar a formar parte de la Unión. Pero los Estados del Sur se oponen, pues la Unión está formada en la actualidad por quince Estados esclavistas y quince abolicionistas, y el nuevo Estado, que reúne a los aventureros de todo el mundo, se opone a la esclavitud. También Tejas, que, como secuela de la guerra victoriosa, debe ingresar en la Unión, había sido una región sin esclavos bajo el gobierno de Méjico, y el demócrata Wilmoy había presentado su famosa fórmula prohibiendo la esclavitud en Tejas.

Pero, ¿qué ha sucedido con el proyecto de Lincoln sobre Columbia? No interesó en Washington. Una sociedad que gustaba del lujo; unos europeos que daban la nota y que allí en la libre América podían satisfacer mejor que en sus respectivos países su inclinación a representar papeles de gran señor; millares de hombres que se sentían colaboradores del Gobierno y más dispuestos a adoptar las formas de la aristocracia que la sencillez, sobriedad y recato que soñaran sus abuelos; la influencia de los propietarios del Sur que llegaban allí como senadores y diputados, llevando consigo

sus caballos y esclavos, demostrando con sus fiestas y convites que para ellos el fin esencial de la vida no era otro que el goce y el poder: todo esto no crea una atmósfera en que pudiesen florecer las ideas de Lincoln. Por su parte, él no se acomodaba a Washington ni se adaptaría a su ambiente. Por lo pronto, el comisario de Washington, que había aprobado espontáneamente la propuesta de Lincoln, se vio obligado por la presión pública a retirar su aprobación. Los hombres que tenían en sus manos los hilos del Congreso, afanosos de impedir toda discusión ruidosa, aplazaron los debates del proyecto de modo que no fuese posible discutirlo en aquel período legislativo, y para el próximo era de esperar que el incómodo autor de la moción no volviese al Congreso. Efectivamente. Sólo al cabo de doce años volvió allí, pero entonces lo hizo armado de tales poderes que no le fue difícil transformar aquel prudente proyecto en una ley terminante.

Justicia y lógica son siempre las fuerzas generadores de su actividad política: en las más sobrias cuestiones de administración, se hace esto tan patente como en el problema de la libertad humana. Hablando en la Cámara de Representantes respecto a la centralización administrativa, dice: "La marina es la más general de todas las organizaciones, y, sin embargo, privilegia especialmente a los Estados del litoral. No es posible comparar las ventajas que ella reporta a Charleston, Baltimore, Filadelfia, Nueva York y Boston, con las que puede producir a las poblaciones del interior de Illinois, por ejemplo... Todas las organizaciones generales traen consigo ventajas locales, y viceversa. No hay nada, por muy local que sea, que no produzca una ventaja general... La justa conclusión de todo esto es que si una nación se niega a hacer mejoras en el más general de los asuntos, alegando que bien pudiera ser que los beneficios fuesen puramente locales, un Estado puede negarse por la misma razón a hacer una mejora local que pudiese significar cualquier beneficio general. Situadas las cosas en este punto, un Estado podría decir a la nación: "Si tú no haces nada por mí, tampoco lo haré yo por ti." Este argumento impediría toda mejora... Pero, supongamos, a pesar de todo, que haya en ello cierto grado de injusticia. La injusticia es inseparable de su propia causa. ¿Y podrían descartarse todas las cosas buenas que estén inseparablemente unidas a un cierto grado de injusticia? Si esto fuese posible, deberíamos abolir todo Gobierno... Este Capitolio se ha construido a expensas del público, en beneficio del público, pero indudablemente los

comerciantes de Washington se benefician más con él que los de Illinois. ¿Debemos destruirlo para impedir esta injusticia?"

En cada ejemplo, en cada comparación, se ve brillar el sentido de justicia del orador; pero al lado suyo brilla la mirada ladina de un hombre práctico que nunca intenta conciliar los intereses opuestos sobre el débil soporte de una idea, sino crear una razonable compensación, hasta donde se lo permita la deficiencia de las instituciones humanas.

Pero, de pronto, este prudente mediador cambia de tono y se vuelve sarcástico: "No me refiero al actual Presidente al citar algunos ejemplos contundentes del "agobio de muchos en beneficio de pocos", de la desigualdad, de la que el mismo Presidente es, para muchos, un ejemplo. Un honrado minero extrae carbón por setenta centavos diarios, mientras el Presidente extrae abstracciones por setenta dólares diarios. El carbón es indudablemente más valioso que las abstracciones, y, sin embargo, ¡qué monstruosa desigualdad en el precio! ¿Debe por ello el Presidente renunciar a su cargo? En absoluto. Ni lo debe hacer, ni lo piensa. La regla verdadera para determinar si se debe aceptar o rechazar una cosa, no es ver si hay en ella algo malo, sino considerar si es más buena que mala. Contadas son las cosas enteramente buenas o enteramente malas. Casi todas, de modo especial en un Gobierno político, se hallan inseparablemente compuestas de bondad y maldad, de modo que de continuo se requiere nuestro mejor juicio para determinar la preponderancia de una u otra."

Rara vez se ha oído en aquella tribuna una demostración tan socrática, un razonamiento tan agudo. ¿Dónde aprendió el leñador este arte de bailar, sin herirse, entre afilados cuchillos? Autodidacta, su propia experiencia, la constante necesidad de protegerse, su constante observación del pueblo que lo rodea, le han enseñado más de lo que nunca aprendiera en una escuela. Viviendo entre el pueblo se desarrolló su don de las comparaciones; y su inagotable capacidad de renunciamento, su natural inclinación al sacrificio, informan su criterio con respecto a sus propias actitudes y a las ajenas, trayendo por resultado una amplia pero irónica tolerancia. Sólo un hombre de temperamento melancólico, sólo un poeta, habla tan dulcemente de las debilidades humanas.

Pero hay otras notas que aún no han sonado en su melodía. Ahí está el gran humorista que, cuando se acercan las elecciones y la tribuna del Congreso se convierte abusivamente en plataforma política, se desata contra los candidatos demócratas. La confusión del momento se resolvió en una paradójica situación; los liberales, después de oponerse a la guerra, querían hacer Presidente al victorioso general Taylor, a un esclavista que nunca se había expresado públicamente sobre la cuestión de los esclavos, en tanto que los demócratas proponían al general Cass, hombre de escasa popularidad, y se burlaban con cierta razón de los liberales, que se aferraban a los faldones de la casaca de un general. Esta grotesca metáfora excita al sarcástico Lincoln y trae a su discurso las imágenes precisas para rebatir a sus adversarios.

"Los faldones de Jackson, exclama desde la tribuna, no sólo fueron bastante largos para él, sino que permitieron a todo candidato demócrata agarrarse de ellos, con evidente desprecio a la muerte... Un individuo se percató en cierta ocasión de haber hecho un descubrimiento, gracias al cual de un hombre viejo se podía hacer uno joven y todavía sobraba bastante para hacer un perrito amarillo. Así ocurre, señores, con la popularidad de Jackson. No sólo han hecho ustedes de él por dos veces un Presidente, sino que aún les sobra materia para hacer nuevos Presidentes de gentes bastante diminutas. Al diputado de Georgia le ha parecido correcto traer el debate hacia los faldones, ejemplo que yo no hubiese seguido si no deseara demostrar a los señores de la derecha que el uso de imágenes denigrantes es un juego en el que no siempre se sale vencedor...

"Y, a propósito, ¿sabe el señor presidente de la Cámara que también yo soy un héroe militar? Sí, señor, yo he luchado y he derramado mi sangre en los días de la guerra, de Black Hawk. Al hablar ustedes de la carrera del general Cass, me han hecho recordar la mía. Yo no estuve en la derrota de Stillman, pero estuve tan cerca como Cass de la rendición de Kull, y, como Cass, también yo vi el campo después de la batalla. Ciertamente que yo no rompí mi espada, pues no la tenía, pero en cierta ocasión entregué mi fusil... Si Cass rompió su espada en un momento de desesperación, yo entregué mi fusil por accidente. Si el general Cass llegó antes que yo a la recolección de arándanos, yo lo he superado atacando las cebollas. Si él vio luchas reales con los indios, ha visto más que yo; pero yo he tenido que sostener luchas sangrientas

con los mosquitos, y aunque la pérdida de sangre no me desmayaba, la verdad es que muchas veces sufrí hambre. Señor Presidente, si yo quisiera adornarme con lo que nuestros amigos demócratas suponen en mí de federalismo de escarapela negra, y si ellos quisieran proponerme como candidato a la Presidencia, yo aseguro que no harían burla de mí, pretendiendo convertirme en un héroe militar, como pretenden ahora hacer con el general Cass."

¡Con qué maestría ha evitado toda nota altanera en su crítica del adversario! Burlándose de sus propios hechos de armas, no sólo ha echado por tierra la reputación militar del general Cass, sino que ha excluido de antemano la impresión de estar animado por unos celos malignos. Pero Lincoln es inagotable en sus tonalidades, modula como un virtuoso y apenas ha dejado oír su tercera nota, cuando descubrirá una cuarta, la del estadista humorista, con la que acabará de inutilizar al adversario.

"Señor Presidente, acepto la sugestión de un amigo que dice que el general Cass ha sido un caudillo que ha obtenido brillantes éxitos en el ataque; no en el ataque al enemigo, claro está, sino al erario público. Como gobernador de Michigan, tuvo que intervenir en los asuntos de los indios durante diecisiete años, nueve meses y veintidós días. En este tiempo, recibió de la tesorería del Estado, por gastos y servicios personales, la suma de 96.028 dólares, o sea un promedio de catorce dólares y setenta y nueve centavos diarios. Esta enorme suma fue obtenida prestando servicios diferentes en diferentes sitios, y desempeñando cargos distintos en un mismo sitio, todo ello al mismo tiempo." Enumera a continuación toda suerte de detalles fulminantes acerca de siete empleos oficiales, en ninguno de los cuales usara Cass secretario, oficina ni calefacción. Luego continúa:

"Sólo quisiera ahora poner de manifiesto el vigor físico verdaderamente excepcional de este hombre, sobradamente demostrado por su capacidad para rendir el trabajo de siete hombres al mismo tiempo y en diferentes sitios, que distaban a veces centenares de millas uno del otro. También en el comer poseía el general Cass capacidades excepcionales. De octubre de 1821 a mayo de 1822 se comió diariamente diez raciones en Michigan, otras tantas raciones diarias en Washington y cerca de cinco dólares diarios cuando se hallaba en camino entre ambos sitios. Aquí nos encontramos con un importante descubrimiento: el arte de hacerse pagar por

comer, en vez de pagar por ello. Todos hemos oído hablar, señor Presidente, de un animal que, dudando de cuál de los dos montones de heno que tenía a sus costados debía preferir, se murió de hambre; ¡cosa semejante no le ocurrirá nunca al general Cass! Aunque los montones de heno se encontrasen separados por centenares de millas, él sabría colocarse a igual distancia de ambos y se los comería al mismo tiempo, y puede que hasta la misma verde hierba que creciera a lo largo del camino tuviese que sufrir algo de su voracidad. No cabe duda, señores, debéis elegirle a toda costa. Él os alimentará abundantemente, si es que sobra algo después que se haya servido."

Hace esta acusación aniquiladora en el tono amable de un narrador de historietas, pues sabe que su base estadística es exacta, que todos los granjeros del país se desternillarán de risa al leer su discurso, como lo hace ahora la Cámara, y que logrará su objeto de imposibilitar la elección del general Cass. Un periódico lo describe así: "El método y estilo del señor Lincoln fueron tan peculiares, que durante la última media hora de su discurso toda la Cámara se estremecía de risa. Empezó en uno de los pasillos, fue gesticulando de arriba abajo hasta llegar a la tribuna, en donde se encontró de repente al terminar un párrafo. Volvió luego a su sitio para recomenzar su paseo, y no dejó de andar de un lado a otro mientras hablaba."

Esta verídica descripción nos muestra que el orador se aleja de toda comedia y de todo truco, y que todos sus ademanes son espontáneos, no calculados.

Mary no tardó en conocer horas de esperanza. Se había reunido con su marido en Chicago, donde todos conocían al diputado de Illinois. Compartía los honores rendidos a él y veía aproximarse el porvenir deseado. Pero también veía que al comenzar un discurso, Lincoln se quitaba los puños, se arremangaba como si se preparase para un match, y que en el Estado de Nueva Inglaterra, donde era poco conocido, le era difícil reunir al principio un auditorio numeroso. Mary lo acompañaba ahora algunas veces en sus viajes electorales en favor de Taylor, campaña que Lincoln desarrollaba en un marco mayor y con mayor éxito que cuatro años antes en favor de Clay.

También aquí, su éxito mayor sigue siendo su restallante crítica de los demócratas. Por primera vez oyó la culta oratoria de los políticos del Este, el patetismo de los abolicionistas, y conoció nuevos aspectos del problema. Impresionó particularmente un orador de Boston, llamado Steward, que doce años más tarde se vería íntimamente ligado a su destino. En un banquete en honor de Taylor, Lincoln oyó el nombre de un orador que habló antes que él y que se llamaba Jefferson Davis.

Por entonces conoció las grandes fábricas del Este y comprobó personalmente las diferencias que existían entre el Norte y el Sur, diferencias que sólo estudiara hasta entonces en periódicos y libros. Visitó las cataratas del Niágara, y escribió de ellas: "Muchas son las reflexiones y sentimientos que suscita en nosotros semejante espectáculo. El geólogo nos demostrará que estas cataratas estuvieron en tiempos pasados junto al lago Ontario, que nuestro mundo tiene por lo menos 4.000 años de edad... Un pasado sin fin es evocado. Cuando Colón buscaba esta parte del mundo, cuando Cristo sufría en la Cruz, cuando Adán salió de las manos de su Creador, ya el Niágara retumbaba como hoy." Estos pensamientos románticos, suscitados en él por la contemplación de esta maravilla de la Naturaleza, seguramente perduraron largo tiempo en su espíritu. Pero cuando su amigo Herndon comienza a fantasear, deseando sondear sus sentimientos secretos, Lincoln se reconcentra inmediatamente y contesta zumbonamente a las preguntas del curioso: "Lo que más me preocupa es saber de dónde diablos viene tanta agua."

Durante uno de sus viajes electorales, el vapor encalla en un banco de arena. Mientras el capitán hace meter por debajo del barco todas las palancas que encuentra a mano, Lincoln recuerda una ocurrencia suya en análogo caso, cuando navegaba por el Ohio. Esto basta para excitar de nuevo en él sus instintos de hombre práctico y de artesano. Entusiasmado con su idea, se ensaya como ingeniero y dibuja un modelo: consiste su invento en dos botadores, semejantes a dos grandes vejigas, que colocados a ambos lados del barco, por debajo de la línea de flotación, deberán hincharse por medio de un sistema de cables y tubos, levantando el buque de la arena. Llegado a casa, se hace construir un modelo por un mecánico, y aunque se burla en el despacho de sus invenciones, en el fondo confía

en su idea, que, efectivamente, entre bromas y veras, produce una revolución en la navegación a vapor. La patente de Lincoln se conserva todavía en Washington.

Esta anécdota del vapor nos muestra cómo sabe limitar sus acciones al marco de sus propios conocimientos. Si el percance ocurrido al vapor le hubiese sucedido a una almadía, Lincoln, siempre dispuesto a prestar su ayuda y a poner a contribución sus fuerzas, cada día mayores, se habría apresurado a ayudar a los almadieros, así estuviese entre electores y congresistas. Pero, como ignoraba la mecánica del barco y la manera de ayudarlo, en vez de proponer, como un profano, consejos inútiles que le ganen la simpatía de los pasajeros, se reconcentra en sí mismo y procura proceder constructivamente. Lo mismo hará más tarde, en la vida del Estado, donde una mayor experiencia le garantizará éxitos todavía mayores.

Mientras está de viaje, terminan las sesiones del Congreso. Lincoln no volverá por entonces a Washington. Su rara posición intermedia entre la guerra y la paz, su incompatibilidad en cuestión de recomendaciones, el fracaso de su proyecto de abolición de la esclavitud en Columbia, le han hecho perder gran número de electores y sus posibilidades de ser reelegido disminuyen.

Pero, sobre todo, su honradez es lo que le impide obrar como sus colegas precedentes. "Declaro que no volveré a presentar mi candidatura, pues deseo ser cordial con mis colegas... Si ningún otro candidato se presentase, yo no tendría ninguna objeción que hacer. Pero presentarme como competidor de mis colegas o tratar de que alguien me proponga a mí, son cosas que mi palabra y mi honor me prohíben."

A pesar de que no sabe escribir ni hablar correctamente, Taylor ha sido elegido Presidente, pero Lincoln, aunque de bastante mala gana, se ve obligado a abandonar aquel centro de la vida política. Pues aunque las intrigas de partido no le interesan, había aprendido muchas cosas sobre la naturaleza de la Unión, y quisiera saber más. Sus adversarios prosperan. Shields ha llegado a ser senador, y la influencia de Douglas crece. ¿Habría sido Washington tan sólo un breve intermedio? ¿Quién le sacará por segunda vez de Springfield? ¿Y qué puede atraerle allí? ¿Una casa donde, bajo miradas cargadas de reproche, se verá obligado a vivir una existencia ordenada; un despacho donde tendrá que dirimir contiendas que no le interesan; un periódico en cuyas columnas deberá expresar las opiniones de su

partido? Ciertamente que aún quedan los niños. Pero, ¿no suscitará su educación constantes disputas? También Mary se siente abatida, cuando ve lo pronto que ha vuelto todo a la vieja rutina. Su corazón anhela una vida más vasta, en la que todo sea magnífico y grandioso, y escribe desde Nueva York: "Cuando veía los grandes vapores que se aprestaban para partir hacia Europa, sentía mi corazón afligido por la pobreza que me había tocado en suerte. A menudo me río de todo esto y digo a mister Lincoln que he decidido que mi próximo marido sea un hombre rico."

Capítulo 3

EL LUCHADOR

La decepción de Mary y la de Lincoln era inmensa. Si él, como denodado caudillo de las nuevas ideas, hubiese sido vencido en una gran batalla, aún habría podido resignarse, como en una tregua entre dos combates, a la estrechez de miras y a las rancias costumbres de aquella pequeña ciudad del Oeste, tan escasamente civilizada todavía. Pero haberse visto obligado a retirarse sin luchar, era aparecer a los ojos de sus conciudadanos, y a los suyos propios, como un soldado al que una orden superior coloca en un puesto que más tarde se le manda desalojar. Ya no tenía sitio en la Asamblea de Illinois; la ausencia le había hecho perder prestigio como abogado; en vez de recibir las crecidas dietas del diputado, tenía que contentarse ahora con modestos honorarios; y, por lo que al estado de su espíritu se refería, había regresado de Washington trayendo, no la grandiosa concepción de un mundo nuevo, sino la convicción de que la capital era una infecta ciénaga, y la política un peligroso tremedal, que acababa tragándose a los hombres honrados.

¿Qué de particular tiene que, utilizando los últimos restos de su ambición, procurara crearse una posición fuera de la asfixiante atmósfera del Parlamento...? Inmediatamente después de su regreso a Springfield, dio cuantos pasos pudo por conseguir la dirección del Catastro en Washington, que precisamente estaba vacante y que por causas políticas debía recaer sobre un liberal y, probablemente, sobre un ciudadano de Illinois. El puesto era halagüeño; tenía importancia política y estaba bien remunerado; en él podían serle muy útiles sus conocimientos de agricultor, agrimensor y abogado. Al presidente Taylor, que le debía favores, le expuso once razones que lo hacían acreedor a este empleo, y escribió a sus amigos políticos numerosas cartas de petición, en un todo semejantes a las muchas que solía recibir diariamente en la capital, durante su actuación como diputado. He aquí una de ellas: "Muy señor mío: Me permito pedir a usted un favor, que espero no le cueste mucho. Según he oído decir, está vacante la Dirección del Catastro y se piensa conferirla a Illinois, aunque mister Ewing desea que se nombre a Justin Butterfield, de Chicago. Le doy a usted mi palabra de honor de que este nombramiento sería un desacierto político. Si mis palabras llevan el convencimiento a su ánimo, deseo que escriba

usted enseguida al general Taylor, indicándole que me nombre a mí, o a algún recomendado mío. Límite mis pretensiones a Illinois, considerando que tal vez tengan ustedes compromisos adquiridos con gentes de su propio Estado, y sentiría contrariar sus planes. Siempre de usted, etc.”

Otra:

“Butterfield será nombrado, a menos que se haga un rápido y vigoroso esfuerzo para impedirlo... Si usted cree que esa elección entusiasmará a los liberales, yo le aseguro que, por el contrario, causará entre ellos una decepción, que mermará sus fuerzas para el próximo combate, pues su elección en el año 41 es una antigua herida, que no sufrirá vuelta a ser abierta... Apresúrese, pues, a escribir en este sentido... No hay momento que perder... Todo esto, naturalmente, es confidencial.”

Con la habilidad de un diplomático, supo dar a cada una de sus cartas el estilo apropiado a quien había de recibirla, y tanto porque las advertencias contra la elección de su rival eran fundadas, como porque en unas se recomendaba a sí propio o a alguna otra persona indicada por él, mientras en otras no hablaba de sí para nada, el caso es que en esta ocasión, una de las más críticas de su vida, supo guardar una frialdad que desconcertó a sus enemigos. Su antiguo amigo Herndon explica así su actitud: “Además de la falta de perseverancia, tiene Lincoln un sentimiento inconsciente de superioridad y orgullo, que hace imposible en él la flexibilidad necesaria al verdadero cazador de empleos.” La viril brevedad de sus cartas, en las que no adula a nadie, las hace más duras que las que escribiera como diputado y que aún seguía escribiendo para solicitar, con éxito, puestos de importancia secundaria para terceras personas.

Esta clase de empleo, claro está, no podía convenirle. Por aquel tiempo escribe: “Ninguna condición me autoriza para aspirar a puestos de primer orden, pero un empleo secundario no me compensaría al exponerme a los desprecios de los que para sí ambicionaban la plaza.” Orgullo y modestia, reserva y confianza en sí mismo., unidas a una sutil ironía al juzgar a sus semejantes. El párrafo anterior sintetiza la actitud de Lincoln frente al mundo.

Si el Destino le deparaba, para lo futuro, el puesto más alto en la nación, Lincoln sabría aceptarlo modestamente, pero sin sorpresa.

Mas ¡qué dolorosa sensación debió experimentar al ver sus gestiones desdeñosamente censuradas por sus propios amigos! Parece que Edwards, un antiguo camarada de los días de Vandalia, aspiraba al mismo puesto, y se dio por ofendido. "Edwards está muy enfadado conmigo, escribía Lincoln a un amigo. Ha escrito una carta contra mí, dirigida a las autoridades. Uno de los sentimientos más hermosos es el de la amistad; y, a este respecto, la que yo he profesado a Edwards era de las más sinceras y sin sombra siquiera de deslealtad o engaño. Mucho tiempo antes de que se pensara en Butterfield, hubiese podido conseguir yo el puesto con sólo pronunciar una palabra; al menos, así lo afirman el Presidente y mister Ewing. No he querido pronunciar esta palabra por varias razones, y sobre todo por Edwards. No me importaría perder el puesto que él tanto ambiciona, pero de no tener la conciencia absoluta de mi rectitud, me mortificaría mucho perder su amistad."

Lincoln no prueba con fechas y escritos la falsedad de las sospechas de Edwards, pero su conducta y la sinceridad con que descubrió las heridas de su corazón no permitía poner en duda sus palabras. Esta misma sinceridad le hizo admitir que existían otras razones, por no querer hacerse mejor de lo que era. En su aislamiento, procuraba atraerse a los antiguos amigos. Por esto le fue doblemente doloroso el ver que uno de éstos le denunciaba, dando lugar a que cualquier encumbrado personaje de la capital clasificara, desde la poltrona de su oficina, al zanquilargo abogado de Springfield entre los acaparadores de empleos que sólo aspiran a reunir poder y dinero.

Como la elección para el ambicionado puesto no recayó sobre él ni sobre Edwards, Lincoln pudo escribir tranquilamente: "Mi decepción no ha sido muy grande. Hubiera preferido que la elección recayera en nuestro amigo, a fin de darle ánimos para el porvenir y desvanecer su hostilidad hacia mí. Fuera de estos dos puntos, el caso me es igual, o al menos así me lo parece."

Lincoln se recogió dentro de sí mismo, aunque conservando su aspecto impasible, y cuando el Presidente quiso indemnizarle nombrándole gobernador de Oregón, tras una breve meditación renunció al nombramiento.

Mary influyó decisivamente en esta determinación. "Si nos desterramos a aquellas remotas tierras, probablemente conservaremos el puesto largo tiempo, pero luego nos será casi imposible volver a Washington", pensó ella. Su repugnancia a

representar el papel de gobernadora en las seculares selvas del Oeste, prefiriendo arrostrar las murmuraciones de la pequeña ciudad en el momento del desengaño, demuestra la inquebrantable fe que tenía en el porvenir de su marido. Los acontecimientos posteriores habían de justificar lo acertado de su decisión para sí misma, para su esposo y para la nación entera.

El matrimonio llevaba en Springfield una vida tranquila, pero el carácter inquieto de Lincoln lo impulsó a dedicarse cada vez más a ejercer las funciones de abogado defensor en el tribunal ambulante que administraba justicia por las aldeas del Estado. Esta vida accidentada se acomodaba más a sus gustos de nómada que la vida doméstica, siempre igual, con sus bien ordenadas habitaciones y sus comidas en horas fijas. Un abogado de Chicago le ofreció entrar como socio en su acreditado despacho, pero Lincoln se excusó de aceptar, alegando que la vida sedentaria era muy perjudicial para un principio de tuberculosis pulmonar que desde hacía tiempo padecía.

Los emolumentos de que disfrutaba el personal de los tribunales ambulantes eran bastante reducidos, pero el puesto no dejaba de tener sus ventajas. La mitad del año, la primavera y el otoño, lo pasaba lejos de la ciudad, sin verse obligado a sentarse día tras día ante el mismo escritorio, en el mismo despacho, en la misma calle. En el campo no estaba obligado a sentarse a la mesa con puntualidad, ni a ocupar la atención en lo que hacían los niños, la criada o los parientes. Estaba libre de oír la enumeración de las cosas que se necesitaba comprar, no tenía que ponerse la corbata para sentarse a la mesa, ni cepillarse el sombrero cada vez que salía, ni pasarse horas enteras conversando con un par de damas estiradas sobre las últimas modas llegadas de Europa, o acerca de los problemas de la esclavitud.

¡Cuánto más divertido era levantarse a la madrugada y montar en un desvencijado carricoche, o en un caballo alquilado o propio, para trasladarse de un lugar a otro! Por la tarde, el juez y un par de abogados se reunían en una sala destartada, ascendida a la categoría de Tribunal. Entonces, sin ninguna ceremonia, empezaba el desfile de rancheros, que se disputaban un pedazo de terreno, sin que faltase alguna pareja que se hubiese zurrado mutuamente, o uno que acusara a otro de haberle robado un cerdo. Al Tribunal le correspondía establecer la culpabilidad de los delincuentes y demorar el pago de las deudas, sin dejar de hacer justicia a los

derechos de los acreedores. Un par de horas después, iban todos juntos a la posada del pueblo. Lincoln llevaba en la diestra un típico paraguas verde sin puño, atado con un bramante, y la deslucida cartera en que guardaba los documentos bajo el brazo izquierdo. Una vez reunidos, la conversación giraba sobre el trigo y las cosechas, la poda de árboles y la venta de reses. De boca de los rancheros podía oír cuáles eran las necesidades de la región, si era preferible el ferrocarril o la navegación fluvial, y cuáles eran allí los resultados de las tarifas proteccionistas. Y si se presentaba una discusión, Lincoln la resolvía relatando una de sus sabrosas anécdotas. Entonces, todos los que se hallaban en las otras mesas acudían y cerraban corro en torno suyo, deseosos de escuchar al largo, enjuto y honrado Abraham, que en anteriores ocasiones había demostrado ser el más alegre y chistoso de los abogados. Los jueces, acusadores y defensores, los litigantes y testigos, todos rodeaban a aquel hombre extraordinario, cuyo caudal de chistes parecía inagotable.

"Yo le he visto, dice Herndon, rodeado de una muchedumbre que a veces no bajaba de 200 a 300 hombres, que esperaban con la boca abierta el fin de la anécdota, en la que parecía tomar parte el rostro y todo el cuerpo del narrador. Cuando se acercaba el desenlace, toda seriedad desaparecía de sus facciones, sus ojillos grises chispeaban, una maliciosa sonrisa entreabría sus labios, y toda su larga figura temblaba a impulsos de la agitación interior; al llegar al punto culminante, sus francas carcajadas se mezclaban a las del auditorio. Esta clase de narraciones serían consideradas como indignas de la profesión por un abogado moderno. Muchas de ellas son imposibles de repetir. Algunas tenían una moraleja que ponía al descubierto las flaquezas humanas, y no pocas eran viejísimas, pero su verbo y el empleo de nombres y fechas modernas las hacían nuevas. Nunca faltaba en el auditorio algún torpe rústico que se enterara del chiste media hora después de haber sido dicho, provocando con su tardía hilaridad nuevas carcajadas de toda la sala. Ni el juez Treat, que era la personificación de la gravedad, podía contener la risa, lo que no impedía que al día siguiente presidiera con rostro severo una causa por asesinato, defendida igualmente por Lincoln con imperturbable seriedad."

Durante aquellos continuos viajes, en los que recorría el Estado de Illinois en todas direcciones, el diario contacto con el pueblo (cuyos sentimientos y modo de ser

estudiaba sin descanso) le hizo adquirir una popularidad entre los humildes sin la cual diez años más tarde no habría podido vencer. Las horas y el menú de sus comidas continuaban siendo para nuestro hombre tan indiferentes como veinte años atrás, cuando cortaba leña o vendía botones. En aquellos lejanos días, Lincoln, echado bajo el mostrador, pasaba las noches leyendo. Ahora, tendido en el lecho que comparte con su socio, dejando fuera las largas piernas, lee hasta la madrugada a la luz de una vela de sebo, acompañado por los ronquidos de quienes duermen en el mismo aposento. A veces jugaba al ajedrez con el juez hasta muy entrada la noche, y al terminar la partida se sentaba al borde del lecho, sin más ropas que una camisa de franela amarillenta, demasiado corta para su cuerpo, y así discutía largo rato sobre la candente cuestión de la esclavitud. Cierta día, interrumpiendo la discusión, el juez se acostó. A la mañana siguiente, encontró a Lincoln en la misma postura en que lo dejara la noche anterior, como si no hubiese pasado un minuto desde entonces, resumiendo sus argumentos con estas palabras: "Pues yo le aseguro a usted que este estado de cosas no puede durar; es imposible que la nación siga viviendo dividida en dos partes iguales, una de ellas esclavista, y abolicionista la otra."

Siempre había algo que aprender en aquella vida de constante movimiento. Tan pronto era un hombre que enseñaba una linterna mágica, de curioso mecanismo, como una pequeña exposición ambulante. Por la noche, sentado al amor de la lumbre, Lincoln explicaba donosamente cuanto había visto. En una ocasión cayó en sus manos una gramática alemana que comenzó a estudiar con ardor, pero no logrando entender nada, escribió en alemán: Nix kommt raus. Cuando se le presentaba la ocasión, ayudaba a los campesinos en las faenas de la siega o del establo, pues no quería perder la costumbre y estaba persuadido de que los clientes le respetarían aún más si sabían que el abogado, capaz de defender brillantemente una causa también sabía ordeñar las vacas.

Gozaba del aprecio de sus superiores y colegas, pero ni Trumbull, ni Browning, ni el juez Davis, verdadera figura de Franz Hals, podían adivinar en aquel entonces el impetuoso movimiento que más tarde se produciría, y del que tendrían que ser instrumentos. Las ideas de los políticos son siempre semejantes; mutuamente, se

influyen en sus interminables debates, y concluyen por formar el núcleo de un nuevo partido, como el que últimamente se formara en Illinois.

Sólo hubiese habido discrepancia en él, si Douglas formara parte del partido. Pero, afortunadamente, era por entonces senador y prefería pasar su tiempo en el Capitolio o en el club de Washington a recorrer las primitivas carreteras de Illinois.

Ahora, las carreras de los dos rivales parecían divergentes. Douglas se entregaba cada vez más a la política, en tanto que Lincoln, entre los cuarenta y uno y los cuarenta y seis años, se dedicaba más al Derecho, aunque sin abandonar por ello completamente la política.

Persuade a tus vecinos de las ventajas de un convenio, haciéndoles saber que muchas veces el que es declarado oficialmente vencedor es el que más pierde en costas, honorarios y tiempo. El abogado que se dedica a pacificar los ánimos, tiene cien probabilidades de ser un hombre honrado. Siempre existen bastantes procesos y pleitos, pero no hay que provocarlos, pues el que tal hace realiza una de las acciones más bajas que pueda ejecutar un hombre... Como regla general, no admitas nunca pagos anticipados; a lo sumo, una pequeña cantidad a cuenta. Serías hombre poco digno de aprecio si sólo por eso te interesaras en el asunto."

Estas notas, escritas por Lincoln para un informe sobre Derecho práctico, forman parte de una teoría que puso en práctica en el ejercicio de su profesión. Ciertamente, no fue nunca un jurisconsulto apasionado, pero sus años de campesino habían hecho de él un hombre amante de la justicia. Sólo cuando se conocen sus pensamientos y, más aún, sus sentimientos, podemos comprender claramente la acción de unos y otros en la vida política. En Lincoln encontramos uno de esos caracteres que se reflejan en cada uno de sus actos, que permanecen inquebrantablemente fieles a sus ideales en todos los momentos, y sólo pueden ser comparados a sí mismos. Con el mismo interés defendía a una pobre mujer víctima de la codicia de un usurero, que amparaba los derechos adquiridos contra el afán de conquista de un partido, o protegía a dos millones de negros contra el brutal poder de sus amos. Y, sin embargo, en este hombre de clara inteligencia no había nada de profeta ni aun de predicador. El desarrollo muscular adquirido en una juventud

pasada en constante lucha con los ríos, la vida nómada, el trabajo y la carencia de toda protección, le habían fortalecido sin endurecerle. Por eso sabía servirse, como abogado, de numerosos medios, tales como la ironía, el conocimiento de los hombres, el gracejo y la malicia, para minar el crédito de un testigo, de un acusador o de un litigante.

- Se llama usted J. Parker Green... ¿Qué significa esa J.?

- La inicial de John.

- ¡Ah! ¿Y por qué no se llama usted John P. Green, según es costumbre?

Esta salida hace sonreír a los jurados, y mientras Lincoln juega a la pelota con los nombres del testigo, el prestigio de su víctima se viene al suelo. En un proceso por estafa de caballerías, en el que tenía por contrario a Logan, su antiguo amigo, observa Lincoln que su adversario se había puesto la camisa del revés; y así, comienza su defensa diciendo: "El señor Logan ha hablado de caballos por espacio de una hora, para demostrar a estos sencillos rancheros los conocimientos que ha adquirido últimamente en un libro de veterinaria. Pero ¿cómo podríamos confiar en su pericia en cuestión de caballerías, si ni siquiera sabe ponerse a derechas la camisa?..." Logan queda en ridículo, y Lincoln gana fácilmente la causa.

En otra ocasión, un hombre muy rico hirió de un bastonazo a un vecino, y éste exigió una indemnización de 10.000 dólares. Lincoln defendía al agresor. Su contrario arrancó lágrimas al tribunal, exponiendo con elocuencia la honradez de la víctima atropellada por la soberbia de un potentado. Levantóse luego Lincoln para contestar, ajustóse la americana, miró atentamente un papel que tenía sobre su mesa, lo cogió, lo examinó minuciosamente, y se echó a reír, produciendo un movimiento general de curiosidad en la sala. Volvió a dejar el papel sobre la mesa, arreglóse la corbata, cogió de nuevo el papel y rió más estruendosamente que antes. Contagiados por el ejemplo, todos los presentes tomaron parte en la hilaridad. Despojándose entonces de su americana, repitió el orador su mímica, en tanto que la sala prorrumpía en ensordecedoras carcajadas. Excusóse entonces el abogado, explicando la razón de su regocijo. En aquel papel constaba que el acusador había empezado por tasar su maltrecho honor en 1.000 dólares; pero habiéndose enterado, después de este avalúo, de que su agresor era un hombre rico, había llegado a la conclusión de que su honor no valía menos de 10.000

dólares. Ofreció luego al demandante unos cuantos cientos de dólares, contó una de sus divertidas anécdotas y persuadió al tribunal de que diese la causa por terminada ateniéndose a su propuesta.

Algunas veces obraba con la gramática parda de un verdadero lugareño. Un abogado debía a un hombre opulento la ínfima cantidad de dos dólares cincuenta centavos y el acreedor, molesto por la negligencia, encargó a Lincoln el cobro de la insignificante deuda.

- Le va a costar a usted más de lo que vale, dijo Lincoln.

- No importa.

- Pues empiece usted por abonarme diez dólares.

En cuanto hubo recibido el anticipo, se entrevistó con su colega, le contó lo sucedido y repartió con él los diez dólares, haciéndole pagar su deuda.

Muchas veces triunfó por su portentosa mímica, que le habría hecho famoso en la escena. El anecdotista, relatando cualquier humorístico lance de la vida diaria, sacó al abogado de más de una dificultad. He aquí otro caso, en el que se trataba de dirimir una querrela entre aldeanos, en la que ambas partes pretendían tener la razón: "Mi cliente, comenzó Lincoln, se hallaba en la situación de un hombre que, yendo por la carretera con una horquilla al hombro, se viese acometido por un perro rabioso. Para salvarse, este hombre no tendría mas remedio que matar al animal con la horquilla.

- ¿Por qué ha matado a mi perro? - le preguntaría el dueño.

- ¿Por qué me atacó el perro?

- ¿Por qué no se defendió con el mango?

- ¿Por qué no me atacó el perro con el rabo?

Concluyendo este imaginario diálogo, Lincoln simuló con tanta gracia el absurdo movimiento de un perro que saltase hacia atrás, que ganó la causa por unanimidad.

Su limitado conocimiento de los libros de Derecho le servía para conservar la palabra clara y ajena a todo sofisma. Las reticencias le eran desconocidas, y cuando pronunciaba sus frases breves, claras, que, a semejanza de su rostro, parecían talladas en madera, el hombre del pueblo se imponía al jurado, formado también por hombres del pueblo. Sabido es que Lincoln repetía todos los argumentos de sus adversarios dándoles mayor claridad que sus propios expositores, para rebatirlos

luego uno por uno con su contundente lógica. Al mismo tiempo, seguía fiel a su afición y costumbre de procurar la avenencia, y mientras pesaba y analizaba las pretensiones de ambas partes, ganábase con más rapidez la confianza del tribunal que limitándose a defender brillantemente su parte.

En su mentalidad se mezclaban del modo más natural las cualidades del poeta con las del jurisconsulto, las del lógico con las del moralista. Lincoln hubiese sido un juez ideal, y por algo acabó siéndolo de la nación.

Según la opinión de sus colegas, su reconocida habilidad jurídica flaqueaba cuando en el curso del proceso descubría que la razón no estaba de su parte. Si se enteraba desde un principio, renunciaba a la causa. Una dama le envió 250 dólares para que se encargara de defenderla en un pleito, pero él le devolvió la suma, con estas palabras: "No encuentro un sólo clavo en que poder colgar sus pretensiones." Entregó a un colega la defensa de un criminal diciendo: "Este hombre es culpable, y no puedo defenderlo... tal vez lo pueda usted." En otra ocasión, conferenció con el abogado de la parte contraria antes de llegar a la vista, y penetrado del caso, dijo: "Veo que mi cliente no tiene razón, y le aconsejaré que renuncie al pleito."

Las pequeñas astucias de que solía servirse su humorismo deteníanse siempre en los límites de la moral, con la misma instintiva seguridad con que el caballo bien adiestrado se detiene ante un obstáculo invisible.

En una ocasión, Herndon oyó decir que la parte contraria esperaba con ansiedad el alegato de Lincoln, pues sabía que éste no pisaba terreno firme y que la instancia presentada como si tuviese una base efectiva era puramente ficticia, lo que suponía una ventaja evidente para los contrarios. Herndon, temeroso de que esto les acarrease algún daño, escribió a Lincoln, que se hallaba viajando. A su regreso, Lincoln le preguntó si la instancia se basaba en hechos reales. "¿No?... Pues entonces prescindamos en absoluto de ella. Ya sabe usted que ficción no es muchas veces sino otro nombre que se da a la mentira. Impidamos que la instancia sea registrada, si no queremos que esta condenada historia nos salga a la cara cuando ya se haya olvidado el proceso." Aquí se ve claramente la superioridad práctica del político, y los que no conocieran al que así hablaba podrían imaginar que en él influía más la prudencia que la moral. Sin embargo, podrían citarse a cientos las decisiones puramente altruistas en las cuales la moral era la única consideración. Ante su

comandatario, Lincoln gusta de evitar toda actitud farisaico, prefiriendo aparecer, lo mismo a sus ojos que a los de todo el mundo, más bien como astuto que como puritano.

Mas si Lincoln veía que sus clientes sufrían un injusto atropello, revolvíase airadamente contra el causante, hiriendo a su contrario con aceradas flechas y haciéndole sentir su culpa. Defendiendo a la pobre viuda de un soldado contra las garras de un agente que le exigía la mitad de su pensión, le dice a Herndon: "Ve a oír mi discurso, pues pienso arrancarle el pellejo a ese hombre y obligarle a devolver el dinero." Y en una causa de asesinato, pareciéndole injusta la decisión del juez, llevó el espanto a los ánimos. Un testigo presencial relata: "En aquel momento inspiraba miedo; rugía como un león al que excitan en su madriguera, y en diez minutos dijo más de lo que le habíamos oído en toda la causa."

Para triunfar en el Foro, Lincoln necesitaba no sólo la convicción de que la causa era justa, sino también tiempo. Todo en él era lento: su paso, sus movimientos, su manera de comer y digerir; nunca fue un improvisador, pero paso a paso pulverizaba al contrario. En una palabra: era un hombre que desconocía la esgrima, pero que había manejado el hacha. Como nunca tuvo la ambición de brillar, y tanto en el Foro como en la política buscaba siempre los hechos, desdeñando los laureles del orador, decía en cierta ocasión a Herndon, que le reprochaba su tarda oratoria: "Dame tu cortaplumas y alcánzame ese cuchillo de caza que hay sobre la mesa. ¿Ves? La navaja hiere antes con la punta, pero profundiza poco; el grande va más despacio, pero sus heridas son mortales. Mi cerebro funciona con lentitud, no puedo expresarme con tanta viveza como otros. La naturaleza me obliga a exponer mis ideas despacio. ¿Comprendes?"

¡Qué estrecha parece la ciudad al que viene de recorrer las vastas llanuras campesinas! ¡Qué aburrida, malévola y huera debió parecer Springfield al inquieto temperamento de Lincoln cuando, después de tres meses de incesante vagar de un lado a otro, vuelve a la calma de su casa y de su bufete! ¿Qué podía ligarle a aquella ciudad?... Nada, ni siquiera su rápido crecimiento.

La gente le conocía y le saludaba amistosamente cuando iba y venía entre su casa y la oficina. Y si había olvidado el nombre de alguna chiquilla que lo saludaba al paso, le decía afectuosamente: "Buenos días, hermanita", y seguía su camino. Su extraña manera de andar les era familiar a todos. Ponía toda la planta del pie sobre el suelo y lo levantaba del mismo modo: pero su paso no era torpe, revelando la fuerza. Mas el niño que con frecuencia le acompañaba no podía acompasar el paso de sus piernecillas al de las gigantescas piernas de su padre, y por más que apretara la enorme y dura mano del autor de sus días, pocas veces lograba arrancarle algunas palabras, de tan caviloso como iba siempre. Cuando, arrollada a la garganta su gruesa bufanda gris, y con el chiquillo de la mano, paseaba por la ciudad, los habitantes de ésta le llamaban el viejo Lincoln, aunque apenas hubiera pasado de los cuarenta años; pero ya desde su juventud, su aspecto no era el de un joven. Los que volvían la cabeza para mirarle revelaban en sus ojos la simpatía que a todos causaba su lealtad y sus nacientes éxitos, y si alguien le detenía para hablarle, quedábase un instante parado, con expresión de sorpresa, enseguida cogía entre sus manos la de su interlocutor y le sonreía, preguntándole repetidas veces: "¿Cómo está usted?", y nunca le faltaba alguna graciosa anécdota que añadir.

Concurría al despacho con la misma independencia de antes, aun cuando el trabajo había aumentado mucho, y, al igual de otros tiempos, continuaba alejado del estudio de las leyes. Con tono de ligero desdén, solía decir a su socio: "Vaya, Herndon, explícanos lo que dicen esos libracos."

Uno de sus placeres favoritos era echarse en el viejo sofá, entregándose a la lectura de Shakespeare o de Byron, de cuyo Don Juan poseía varios ejemplares y cuyos versos citaba con frecuencia. Burns también era muy de su gusto y un día leyó a su compañero todo su poema Inmortalidad, en vez de las actas del sumario. También hicieron honda impresión en nuestro letrado los primeros poemas de Walt Whitman. Llevó el tomo desde el escritorio a su casa, mas pronto lo volvió a traer, diciendo: "Por poco me quema mi esposa este condenado libro."

Le placía hojear algunos libros nuevos y, dejándolos caer al suelo, cerraba los ojos y repetía lo leído. No coleccionaba nada. En su casa no había más libros que un par de álbumes con cantos dorados sobre la mesita del salón, a los que Lincoln jamás tocaba, pero en la biblioteca del Ayuntamiento pedía prestado cuanto le interesaba

respecto a los nuevos derroteros de la botánica, la física, la mecánica y la electricidad, y una vez que se había asimilado los modernos procedimientos se los comunicaba a los rancheros. Es decir, salía al encuentro de la futura técnica con la esperanza del pensador social, consciente de que, aunque no le guste, debe ejecutar el trabajo más duro con sus propios brazos.

También fueron útiles para el letrado las enseñanzas adquiridas en su juventud. En un pleito a propósito de un molino de agua, sorprendió al tribunal, por su dominio de la técnica, y al defender la construcción de un puente sobre el Misisipi contra la Compañía de Navegación, las experiencias adquiridas por el antiguo almadiero se expresaron por boca del político, que ya entonces abrigaba el vivísimo deseo de unir al Este con el Oeste.

El historial de su carrera jurídica demuestra que fueron muchas más las causas ganadas que las perdidas y que con más frecuencia defendía al acusado que al demandante. Sus honorarios fueron siempre extremadamente módicos, pues nunca los calculó por la importancia de los intereses en litigio. Así, por ejemplo, a un cliente al que le había proporcionado una indemnización de 600 dólares le pidió como honorarios \$3,50. Ya pasaba de los cuarenta años cuando obtuvo minutas superiores a 100 dólares; entonces creció su fama y llegó a ganar unos 3.000 dólares anuales. En una ocasión, el dueño de un nuevo hotel le entregó 25 dólares por haberle arreglado la documentación para el notario, y Lincoln le devolvió 10, diciendo: "Veo que me toma usted por hombre que se hace pagar muy caro. Para lo que he trabajado, bastan 15 dólares. Gracias por su generosidad."

Pero no era hombre que se dejara ofender impunemente. Después de haber ganado el pleito más importante de su vida, liberando de contribuciones al ferrocarril de Illinois, teniendo por contrarios a sus antiguos asociados Stuart y Logan, presentó una liquidación de 2.000 dólares. "Eso es demasiado, le dijo el representante del Gobierno. No exigiría más un abogado de primer orden." Y le envió 200 dólares. Lincoln denunció a la Compañía, pidiendo unos honorarios de 5.000 dólares, y los obtuvo. Así reacciona una naturaleza en la que la modestia y el orgullo tienen su natural asiento cuando se siente menospreciada sin razón. Él conocía su propio valor, y lo que más le regocijaba en esta victoria era el haberse mostrado superior a los dos famosos abogados contrarios. Como nunca ambicionó el dinero, de buen

grado hubiera hecho una rebaja, pero le lastimó la desdeñosa actitud con que le enviaron la décima parte de lo pedido. Por esto se excedió en su petición primitiva, ya que el pedir lo mismo hubiera dejado en ridículo a quien se consideraba ofendido. Estos resonantes éxitos contribuyeron a dar fortaleza a su carácter tardo, ganándole la confianza del tribunal e inclinándole a emplear en la vida práctica el conocimiento del ser humano más que los artículos de la ley, y el sentimiento de la justicia aún más que el conocimiento del ser humano. Después de la muerte de Clay, dijo Lincoln en uno de sus admirables discursos: "La deficiente primera enseñanza de Clay demuestra palmariamente que en estas tierras no nace nadie que sea demasiado pobre para procurarse una sólida instrucción, con tal que le acompañe la voluntad." Contestando a un joven que deseaba aprender en su bufete, escribía: "Si usted tiene realmente el deseo de dedicarse al Foro, ya tiene adelantada la mitad del camino, siendo indiferente el que estudie usted en un lado o en otro. Yo he estudiado solo. Lea usted los libros hasta que se penetre bien de su sentido; esto es lo más importante, no siendo preciso para ello que habite usted en una gran ciudad. Yo aprendí Derecho en New Salem, que sólo cuenta trescientas almas. Tenga muy presente que para conseguir el triunfo en todos los terrenos, lo principal es la propia voluntad."

Él no siempre la tenía. Aquellos sueños paradisiacos, imposibles de realizar, habían creado en él desde un principio un espíritu de general renunciamiento que impedía el desarrollo de toda ambición. A los cuarenta años de edad no negamos que conociera su propio mérito, pero no apreciaba en su justo valor la fuerza de la opinión pública contra los manejos de los políticos, sabiendo, sin embargo que sólo aquélla podía protegerle y ayudarle contra éstos. Después del vacío y extrañeza que experimentó en Washington, acabó por acostumbrarse y sentirse mejor en el estrecho círculo de la pequeña ciudad del Oeste. Para él, la política era allí como un juego en el que no se persigue la ganancia, sino el interés del partido en cuyas filas se sirve. De acuerdo con este sentimiento, trabajó por el partido a que pertenecía y por la causa que había abrazado hasta en el último rincón del Estado. Su vida de aquellos años ofrece numerosos ejemplos dignos de ser imitados, pues durante este período no perdió el contacto con los políticos.

Tomó parte en elecciones generales y parciales; cuando quedaban vacantes puestos importantes, procuraba ahincadamente que los nombramientos recayesen en amigos políticos, empleando para ello un celo que tal vez no demostrara de tratarse de cosa propia. Escribió cartas a algunos alemanes y otros extranjeros para captarse su simpatía y obtener sus votos; organizó listas alfabéticas y registros, para tener a la vista los nombres de los electores; se abstuvo de enviar circulares, pues sabía que las cartas siempre halagan más a quien las recibe. Cuando recibía una carta de un elector, cuidaba la letra y el estilo de su respuesta, como el que desea producir buena impresión por su manera de escribir.

Su capacidad para las negociaciones aumentaba por su finísima percepción de las costumbres del pueblo, y reforzada por su dominador espíritu de justicia, desarrollase aún más con los años, siéndole provechosa la práctica de las funciones de abogado y de político, alternativamente ejercidas. Uno de sus más íntimos amigos políticos declaró que Lincoln era el mejor diplomático del mundo, y otro dijo: "Lincoln es muy reservado, y únicamente da a conocer de sus pensamientos y propósitos lo que hace falta para el objeto que se propone. Sabe captarse la confianza de los demás, mientras que sólo aparentemente concede la suya. Es uno de los hombres más inteligentes que existen, sin que tenga nada del hombre sencillo e inexperto que algunos suponen." Y uno de sus colegas añade: "Quien le tome por un sujeto sencillo e inofensivo, no tardará en convencerse de su error." Ya como jugador de ajedrez demostraba su prudencia, manteniéndose a la defensiva hasta el momento en que podía atacar con todas las garantías de éxito.

Si se quiere tener una muestra de su conocimiento y crítica de los manejos políticos, véase la respuesta que dio cuando le preguntaron qué especial habilidad era más valiosa en un político triunfante: "Saber suscitar una causa que tenga consecuencias, para combatir luego esas mismas consecuencias." La frase tiene la profundidad de un pozo. Bajo la luz meridiana en que desarrolla las pequeñas escaramuzas diarias, vemos brillar las estrellas de la humana sabiduría. En esa frase, una risa irónica flagela por igual la astucia de los caudillos la debilidad de sus secuaces, siendo al mismo tiempo el rugido que exhala el pecho de un hombre justo que desea una humanidad mejor de lo que es.

Pues siempre que Lincoln piensa en la política, piensa en la Humanidad, en los hombres. Así recorra las carreteras de Springfield e Illinois, o tome parte en la lucha de los partidos locales, su mirada está fija en las consecuencias que puedan tener en Washington, donde se decide la suerte del inmenso territorio, que aún no basta para satisfacer los anhelos de su corazón.

Lo que Lincoln dijo de Henry Clay, puede aplicarse a él mismo. "Amó la tierra en que había nacido porque era su patria, pero más la amó por ser un país libre." En un discurso pronunciado en un banquete expresó así sus ideas: "La opinión pública tiene siempre una idea central, de la que irradian los pensamientos secundarios. En un principio, y hasta hace poco, la igualdad de los hombres era esa idea central, y aunque se tolerase la desigualdad como cosa aparentemente necesaria, invariablemente progresa ese concepto hacia una verdadera igualdad humana."

El mismo hombre que en la práctica diaria copia 400 veces la misma recomendación para un empleo en obsequio del partido, siéntese de súbito impulsado por el espíritu de justicia, y sin ningún título ni motivo que lo justifique, escribe la siguiente carta al secretario de Estado en Washington: "Con cierta vacilación empiezo a escribir esta carta, y, sin embargo, deseo que no sólo usted, sino el Gabinete en masa, incluso el Presidente, reflexionen sobre ello. Como vivo entre el pueblo, del que usted y sus compañeros están lejos, ruego a usted disimule mi aparente atrevimiento. El Presidente ha establecido la regla de declinar la responsabilidad de los nombramientos en las secciones respectivas. Confieso que en un principio la medida me pareció justa, pero ahora me tiene intranquilo la impresión que ha causado en el público. Esa regla proporciona al Presidente la injusta y peligrosa fama de ser un simple pelele. Según dicen, en cierta ocasión el general Taylor celebraba un consejo de guerra en Palo Alto y, contra el voto de todos sus oficiales, mandó que se rompiera el fuego. Este hecho, verdadero o falso, le ha procurado más popularidad que diez mil concesiones, por muy hábiles o magnánimas que éstas puedan ser. Los nombramientos no necesitan ser más acertados de lo que son ahora, pero es absolutamente necesario que el público crea que provienen directamente del Presidente. Y ojalá tenga la oportunidad de decir o aparentar que dice: "¡El responsable soy yo!" "Frases como ésta hicieron de Jackson un Sansón, y no debemos olvidar la experiencia adquirida."

¿Qué causas pueden mover a un hombre sin títulos ni autoridad para escribir una carta así? ¿Procuraba recordar con ella su existencia al poder central? Si así fuese, habría escrito en otra forma. ¿Quería quebrantar la fama de alguien? No, pues no citaba en ella ningún nombre. ¿Trataba de satisfacer su vanidad personal haciendo pública tal carta? No, pues no se publica hasta 40 años después de su muerte. La única razón que mueve a este hombre casi olvidado es la salud pública.

El dolor y la miseria de una gran parte de la Humanidad le obligaron a pronunciarse contra la esclavitud. ¡Con qué profunda tristeza contemplaban a sus hermanos los ojos grises del hombre que siempre se mostrara justo y tolerante! Cuando se inició la agitación contra los alemanes, que inmigraban por millares, dijo públicamente: "¿Dónde están los americanos? ¿No son, acaso, esos hombres vestidos de cuero y armados con el tomahawk a los que despojamos nosotros de su territorio? ¿Podemos oponernos ahora a la venida de otros hombres cuyos antepasados no tuvieron la suerte de llegar los primeros?"

Así razonaba aquel cerebro, sometido siempre a los dictados del corazón. Éstas eran las cosas que a él le preocupaban, y no las riquezas, el poder o la familia. Y, sin embargo, a un comerciante de Nueva York que le preguntaba acerca de la solvencia de un vecino de Springfield, dio esta notable respuesta: "El sujeto en cuestión tiene esposa y un hijo que, juntos, valdrán unos quinientos mil dólares. Posee, además, una mesa de 1,50 metros de largo y tres sillas que pueden ser tasadas en un dólar. A más de esto, tiene en un rincón de su casa una gran ratonera, visible a simple vista. De usted muy atento, A. Lincoln."

En las últimas tres semanas hemos salido casi todas las noches; sólo en la presente llevamos ya tres grandes recepciones. No puedes figurarte el tiempo que he necesitado para reponerme de las fatigas de un brillante baile oficial. Por desgracia, sólo concurrieron unas 300 personas."

Así escribía Mary a una hermana suya. Éstas eran las preocupaciones que agitaban su cabeza. Vanidad y deseos de triunfo. Cuando recorría la ciudad del Oeste en el carruaje que su esposo había comprado, y que éste no utilizaba, repartiendo tarjetas entre sus amistades, creía hallarse en un pequeño París. Como habían aumentado

los ingresos y ya no tenían deudas, habían añadido un nuevo piso a su casa, situada antes en los arrabales de Springfield; el cambio progresivo de la población le había dado una situación céntrica. Este cambio, que satisfacía a la esposa, desagradaba al marido. Mary había mandado cortar el único árbol que daba sombra a la casa, pero se complacía en contemplar sus nuevos candelabros, que reproducían sendas parejitas de amantes, y cuando se sentaba ante su pequeño escritorio podía dar cuerda a la cajita de música, situada entre los dos frascos de su tintero. Pero ¿de qué servían a la dama tantos refinamientos, si su marido se empeñaba en seguir limpiándose las botas él mismo, cometía imperdonables negligencias en su atavío personal y calificaba de asfixiante la comodidad recientemente introducida en el hogar?

No era escaso el trabajo que la señora tenía con su esposo, Cuando la mesa estaba puesta y la comida a punto de ser servida, solía enviar a sus dos hijos mayores en busca del padre. Éste se hallaba generalmente en la tienda, sentado sobre un barril de clavos, charlando con un grupo de amigos. Y cuando por fin decidía marcharse, todavía se detenía en la calle, entre los dos chicos que le tiraban de los faldones, para acabar su cuento. De pronto, los dos hermanos prorrumpían en gritos. "¿Qué les pasa a estos muchachos?", preguntaba un transeúnte... "Lo que le pasa a todo el mundo, contestaba el abogado: tengo tres nueces, y cada uno quiere dos."

¿Puede sorprenderse alguien de que un genio así pusiera nerviosa a Mary? Cuando uno de los chicos pronunciaba mal la palabra gentleman, tan agradable a los oídos de ella como malsonante a los de su esposo, éste recompensaba al pequeño jugando con él y tirándolo al alto.

Lincoln no tenía condiciones de educador metódico. Los domingos llevábase a los chicos al despacho, mientras la madre iba a la iglesia. El letrado, sumido en sus lecturas y meditaciones, dejaba que los diablillos rompieran las plumas, vertieran la tinta, esparcieran las actas por el suelo y le escondieran los lápices en la escupidera. Tal era el estado en que su pobre socio encontraba el despacho los lunes por la mañana.

En su casa era bastante generoso. Daba sin contar y dejaba la cartera abierta para que su misma esposa pudiera coger lo que necesitaba. Permitía a aquélla tomar

todas las decisiones en el arreglo de la casa y jardín, excitando la irritabilidad de Mary con su pasiva condescendencia.

"En la casa no sirve para nada, decía Mary, no hace más que calentarse y leer, siempre metido en sus asuntos. Todas las compras las tengo que hacer yo. En una palabra: es el hombre más inútil que existe." Pero cuando su hermana lo alababa, diciendo que le hubiera gustado tener un marido de tanto talento, callábase Mary, terminando por confesar que era verdad y que sólo se trataba de, pequeñeces.

Mientras que ella regañaba con todo el mundo, con sus hermanas, con sus criados y, naturalmente, con su esposo, éste escribía entre sus reglas de conducta: "No pelearse nunca. El que quiere perfeccionar su personalidad no tiene tiempo para ello, y menos para tomar sobre sí las consecuencias que pueda acarrear. Ceded en las cosas grandes si vuestros derechos son iguales y ceded siempre en las pequeñas si con ello no perjudicáis a un tercero."

Así seguían las cosas, cuando la muerte de un hijo de cuatro años contribuyó a estrechar las relaciones entre los cónyuges. Temerosa Mary de que su marido se volviera tísico, consultó a un médico, que nada dijo en concreto. En las cosas de importancia ella no le impacientaba, y más tarde confesó: "Mi marido empleaba formas suaves, pero era de una rara firmeza. Yo le conocía lo bastante para saber cuándo decía su última palabra sobre un asunto. Por lo general, siempre se mostraba afectuoso, pero si se quedaba pensativo y apretaba los labios, ya sabía yo a qué atenerme y, con el tiempo, otros muchos lo supieron también."

Pero no siempre iban bien las cosas en el matrimonio. En una ocasión, Lincoln se suscribió a un nuevo diario, pero Mary escribió al administrador cancelando la suscripción, y la carta fue publicada. Lincoln no podía desautorizar públicamente a su esposa, pero el asunto lo enfermó. Otras veces, hallándose Lincoln en su casa discutiendo con uno de sus colegas, abríase la puerta y Mary preguntaba imperiosamente si ya se había hecho lo que ella había encargado. Cuando él le daba una respuesta negativa, Mary exclamaba: "¡Me veo constantemente despreciada! ¡Esto es intolerable!", y salía dando un portazo. El visitante quedaba consternado, pero Lincoln, echándose a reír, le tranquilizaba diciendo: "Si supiera usted tan bien como yo lo que le aprovechan estas pequeñas explosiones, el descanso que son para

ella y la alegría que le proporcionan, recibiría usted con verdadero agrado toda oportunidad que le permitiese estallar de vez en cuando."

A veces, sin embargo, la paz conyugal se veía seriamente amenazada. Entonces Herndon encontraba ya a su socio en el despacho a las siete de la mañana, echado en el sofá o sentado negligentemente en una silla, con los pies sobre la repisa de la ventana y contestando con un gruñido al matinal saludo de su compañero. Aunque su casa estaba muy cerca no iba a comer a ella, contentándose con traer al mediodía un poco de queso y unas galletas. Por la noche, después de cerrado el despacho, se quedaba hasta muy tarde sentado en un cajón que había en el pasillo que daba a la escalera, charlando con todo el que pasaba, y a hora muy avanzada de la noche podía verse su gigantesca sombra encaminarse lentamente hacia su casa.

Lincoln no gustaba de confiar a nadie sus disgustos domésticos. Según parece, sólo una vez, incapaz de soportar más, se quejó a Herndon de sus desventuras conyugales. Había pasado varias horas sentado y silencioso en su despacho, con el sombrero calado hasta las cejas; a mediodía comió cualquier cosa, y, de repente, comenzó a contar que su mujer se había levantado de un humor imposible, reprochándole durante todo el almuerzo todos sus defectos. Él no le había contestado nada y ella siguió gruñendo, pero, al entrar de nuevo en busca de algo que olvidara, Mary lo había recibido con un gesto tan despreciativo, que perdió la cabeza y, cogiéndola por un brazo, la arrastró hacia la cocina, sin tener en cuenta que sus gritos se oían desde la calle. Terminó su triste relato diciendo: "¡Quisiera morirme!"

Según la opinión de uno de los más íntimos amigos de Lincoln, Mary Todd hizo a su marido un inmenso favor al impedirle con su carácter disfrutar de la vida doméstica. Esto le permitió entregarse en cuerpo y alma a la política y a los negocios. En lugar de permanecer calentándose a la lumbre de su hogar, quedábase a la intemperie con los hombres del pueblo o discutiendo con los rancheros en los corredores del tribunal o del Ayuntamiento. Al anochecer, concurría a las tertulias de las tiendas, y así se daba a conocer en todas partes.

¿Podría sorprendernos el que Lincoln se enamorara alguna vez en sus frecuentes y largos viajes?... No era un misógino por naturaleza, sino simplemente un tímido. Lo

que le desagradaba eran las trivialidades de la vida social, ambicionando, sobre todo, la simpatía y la comprensión. Si hubiese tenido la fortuna de encontrar una mujer amante, paciente y fácil de guiar, hubiera sido menos áspero, menos melancólico, más amable y alegre. Habiendo llegado a Springfield una cantante, Lincoln fue a oírla con tanta frecuencia y entusiasmo, que la gente comenzó a murmurar. Cuando sus amigos le daban bromas o le hacían bienintencionadas advertencias, Lincoln les contestaba: "¿Qué quieren ustedes?... Es la única mujer que me ha dicho cosas agradables." Pero cuando más tarde sus enemigos políticos indagaron toda su vida para hallar armas contra él, ninguno pudo demostrar que Lincoln se hubiera apartado nunca de la moral de su tiempo. La misma Mary, que tan largas temporadas pasó lejos de su marido, y cuyo carácter era desconfiado e irritable, no demostró nunca celos durante su vida en Springfield.

En varias ocasiones actuó como abogado en casos de divorcio. A él debieron su absolución dos bravías mujeres que, penetrando en una taberna, vertieron todo el whisky con que sus respectivos esposos pensaban embriagarse. Y hasta se dio el caso de que la compasión que sintiera por una mujer le hiciera traspasar los límites legales. En las cercanías de su propia casa vivía un zapatero harto aficionado a empinar el codo y a zurrar a su mujer. Lincoln, enterado de sus hazañas, lo había amonestado varias veces. Agotada por fin su paciencia y oyendo los lamentos de la pobre mujer, a la que su marido golpeaba, se presentó con dos o tres amigos en la zapatería, se apoderó del agresor, lo sacó de su taller y lo ató al árbol más inmediato. Entregó luego un látigo a la ultrajada esposa, diciéndole que castigase a su vez a su marido. Después de una momentánea vacilación, la mujer se despachó a su gusto. Este hombre que durante toda su vida y en contra de los dictados de su corazón se había opuesto a la liberación de los esclavos por la fuerza, alegando que esto era ilegal, se dejó arrastrar por la indignación y la lástima a cometer un acto que no estaba de acuerdo con su edad ni con su condición. En sus discursos, siempre comparaba la esclavitud con el alcohol, pero en el caso del zapatero de Springfield, los llorosos ojos de una mujer le impulsaron a franquear las fronteras de la Ley.

Ya hemos visto la extraña posición de Lincoln ante las mujeres; sabemos que las necesita y le gustan, pero lo vemos mantenerse siempre alejado de ellas. Mas

cuando le preguntan por qué parece gustar tan poco de la sociedad femenina, responde con una anécdota que explica sobradamente su actitud: "Cuando vivíamos en Indiana, mi madre solía hacer unas riquísimas tortas de miel. Un día olfateé la preciada golosina, entré en la casa, recibí de mi madre tres tortas acabadas de hacer y fuime al huerto con intención de comérmelas allí tranquilamente. Al fondo de nuestra casa vivía una familia todavía más pobre que la nuestra, y su chico acudió corriendo al verme para pedirme un bollo. Le di una de las tortas, y ante sus reiteradas instancias, me desprendí de otra. Al verme casi despojado de mis pasteles, le dije en tono de reproche:

- Según parece, te gustan a rabiarse las tortas de miel.

- Sí, contestó él; me gustan más que a nadie; pero caen tan pocas en mis manos..."

¿Comprendéis lo que quería significar con su anécdota la voz prematuramente cansada de Lincoln? ¿No encontráis en esas pocas frases un marcado sabor de tristeza y malicia? En la comparación, no se refiere a sí mismo, con la sentimental mirada retrospectiva del hombre que cede sistemáticamente el campo a otro... Habla por boca del rancherillo al que tanto le gustan las tortas y en cuyas manos caen tan pocas. Al recordar el huerto familiar de Indiana, se despiertan todos los amargos recuerdos del hombre que, por su reconocida fealdad primero, por la muerte de su prometida luego, por cierto temor nervioso más tarde, y, finalmente, por su sentido moral, ha estado siempre alejado de las mujeres, contrariando los deseos de su viril naturaleza.

¡Qué lejanos parecen ya los días de la juventud! ¿Es posible que hayan pasado veinte años desde que la tierra cubriera el delicado cuerpo de Ana Rutledge? ¡Ah, sí, hace veinte años que Mc Namar, el desaparecido prometido de Ana, regresó a New Salem en busca de ella y sólo encontró la historia de su rival! Pero Mc Namar ha pensado: "Aquel inteligente agrimensor que prometía tanto, según parece es ahora uno de los mejores abogados de Springfield... Por mis negocios, me conviene estar a bien con él." Y, efectivamente, le escribió una carta. Lincoln, que consideraba a Mc Namar como el hombre que robara la felicidad de la muchacha cuyo retrato conservaba siempre sobre el escritorio, comenzaba sus cartas a Mc Namar en estos

términos: "Distinguido Mr. Mc Namar: Respecto a la contribución sobre la venta de tierras ..." . Sus padres y sus hermanos parecían tan lejanos como el mismo Mc Namar. El viejo Lincoln, que ya mediaba los sesenta, seguía viviendo, como en los tiempos de su primer matrimonio, unas veces en la prosperidad, otras en la escasez, endeudado siempre y atormentado por el temor a los competidores. Cuando encontraba cerrados todos los caminos, recurría al hijo, que tan bien había sabido abrirse paso por el mundo. "Querido padre, contestaba éste: Con mucho gusto te remito los veinte dólares que, según dices, necesitas para salvar tu tierra de la venta. Es verdaderamente extraño que hayas olvidado la sentencia dictada contra ti, y no lo es menos el que tu acreedor te haya dejado en paz tanto tiempo. Antes de pagar, asegúrate bien de que no lo habías pagado con anterioridad. Saluda cariñosamente a mi madre y a todos los conocidos. Te abraza tu hijo, Abraham Lincoln."

Con qué delicadeza encubre en estas líneas la desconfianza que le inspira la petición paterna, haciéndola, no obstante, perceptible. Es la carta de un hijo que es abogado, y un abogado amante de la verdad, a quien toda solución falsa desazona, aunque se trate de un extraño. Procura disimular la pena que le causa el que su propio padre no se porte correctamente con él, pero en cada línea se refleja la tristeza que siente al ver cómo son los hombres, y de que su misma familia no sea mejor que las demás.

Aunque no conocía a fondo a los suyos, no pudo menos de desahogarse algunas veces con Herndon. Yendo a un lejano rancho, al que habían sido llamados para hacer un testamento, volvieron a la memoria de Lincoln las oscuras circunstancias de su origen y las puso en conocimiento de su amigo y compañero, añadiendo que si él había salido mejor dotado que sus ascendientes, esto no era atribuible a los Lincoln ni a los Hanks, que no pasaban de ser todos unas medianías, sino al desconocido abuelo del Sur. Una de sus teorías era que los hijos naturales tienen más facultades que los legítimos. Estos pensamientos, acariciados durante el aislamiento de muchos años, ¿no habrían inclinado sus sentimientos hacia el desconocido abuelo, alejándole aún más de la familia, a la que sólo le unía el deseo de ampararla? Nada representaban a sus ojos la posición, el renombre y el bienestar. Aunque su nombre subiera mucho más alto, siempre se le encontraría

invariable y tratando al más pobre rancharo como a un igual. Lo que le faltaba eran pruebas de cariño de los suyos y, con la voluptuosidad de la melancolía, se reconcentraba cada vez más en sí mismo.

Un par de años después, sus hermanastros le escribieron diciéndole que el padre estaba muy mal. ¿Querría Abraham hacerles una visita? "Ya sabéis, les contestó, que no quiero que les falte nada a nuestros padres mientras vivan, estén sanos o enfermos, y espero que, valiéndose de mi nombre, habrás llamado a un médico, encargándole cuide de la salud del padre. Por el momento, mis asuntos me impiden alejarme, sin contar con que tengo a mi mujer en cama. Espero que nuestro padre se repondrá. De todos modos, dile que no deje de encomendarse a Dios Nuestro Señor, que nunca abandona a los que en Él confían. Su mano poderosa ampara al pajarillo que cae del tejado, y no olvidará a un moribundo que haya puesto sus esperanzas en Él. No dejes de decirle que si nos viéramos ahora, tal vez tuviera más pena que alegría, pero que si es su destino abandonar este mundo, pronto sentirá una inefable dicha el encontrarse con tantos seres queridos como le han precedido. Contéstame pronto. Tuyo de corazón... "

Cada una de estas frases está cuidadosamente escogida para la mentalidad de un rancharo moribundo que, si bien se ha cuidado poco de Dios durante su vida, no por eso deja de conservar en el corazón una fe inquebrantable. No eran más que las usuales palabras de consuelo que suelen acompañar a la Extremaunción, y Lincoln las escribía porque, siendo como era incapaz de expresarse contra su fe y su naturaleza, no le habría sido posible pronunciarlas de palabra. ¿Qué dolor podía causar al enfermo que su hijo, bien situado y con prestigio adquirido por su propio esfuerzo, fuera a fijar sus ojos grises en la faz ya descompuesta por la proximidad de la muerte? Ninguno; pero el hijo temía acercarse al lecho del padre moribundo, como temió acercarse a su propio tálamo nupcial. Sus nervios se estremecían, y sus sentimientos eran demasiado profundos para exhibirse en público. Su soledad, su gran soledad, le hacía temer el verse rodeado de aquellas gentes y le hacía reconcentrarse más que nunca en sí mismo.

Desde lejos se había convertido en protector y consejero de sus hermanastros. No sabemos todo lo que hizo por ellos, pero sí consta que ninguno de ellos hizo nada por él. En su juventud, él era quien marchaba al lado de la carreta en que iban

sentados los pequeños de vuelta a la barraca construida por él; en su madurez, él era el protector y el paño de lágrimas de todos ellos. Al mismo tiempo que escribía la anterior carta para el padre, envió la siguiente al hermanastro que vivía con Tom Lincoln:

"Querido Johnston: Siento mucho no poder enviarte los 80 dólares que me pides. Cada vez que recibes un socorro mío piensas: "Ya puedo seguir viviendo", y poco después te encuentras en la misma precaria situación. Esto proviene de tu falta de energía. No eres holgazán y, sin embargo, pasas el tiempo en la ociosidad. Estoy seguro de que, desde que nos hemos visto, pocos habrán sido los días en que hayas ganado un jornal. No quiero decir que odies el trabajo, pero no lo practicas, por parecerte que no vale la pena, dado lo poco que ganas. Esa pícara costumbre de perder el tiempo inútilmente es la que tiene la culpa de todo. Es preciso que por ti y por tus hijos pierdas esa mala costumbre, más aún por ellos que por ti, puesto que han de vivir más tiempo en este mundo, y acabarán por ser también unos ociosos si no ven otro ejemplo en ti. Voy a hacerte una proposición: ponte a trabajar con el primero que te pague. Deja tus chicos al cuidado del padre, entrégate a las faenas de la cosecha, y cuando tengas en el granero la tuya, gánate un jornal en la ajena. Como recompensa de tus afanes, te prometo que por cada dólar que ganes desde hoy hasta el primero de mayo, te daré yo otro, de modo que si ganas diez dólares al mes puedes contar con veinte. Pero no te vayas a San Luis ni a las minas de oro o de plomo de California; trabaja en nuestra aldea y cobra el jornal más alto que puedas. Así podrás salir pronto de deudas y acostumbrarte a vivir sin contraer otras nuevas. Si te librara yo ahora de ellas, el año que viene estarías otra vez con los mismos apuros. Me escribes que cederías con gusto tu sitio en el cielo por 70 u 80 dólares; es demasiado barato; si aceptas lo que te ofrezco, en cuatro o cinco meses puedes reunir esta cantidad. Dices también que quieres hipotecar las tierras y cedérmelas en el caso de que no puedas pagar la deuda. Eso es otra tontería. ¿Cómo quieres vivir sin las tierras, tú que no puedes vivir con ellas? Has sido cariñoso conmigo, y no quiero mostrarme duro contigo; sigue mi consejo, y no tardarás en convencerte de que vale más que los 70 u 80 dólares. Tu hermano que te quiere, A. L."

En esta sencilla carta, Lincoln se eleva a un tono que pocas veces supera en sus discursos oficiales. Ni una sola palabra ofende al perezoso que descuida el sostenimiento de su familia, y adopta un tono paternal para pronunciar una homilía sobre la bendición del trabajo. Su hermano ha hablado de su parte del Paraíso, más como aldeano que como creyente, y con rústica astucia ha propuesto hipotecar las tierras, sabiendo que el buen corazón de Abraham no le privará de ellas. Pero, en el fondo, aún es más ladino el abogado, que, sin emplear palabras gruesas, se niega a seguir arrojando dinero en un saco roto. ¿Quiere 80 dólares? Los tendrá, pero en el curso de los ocho meses, durante los cuales deberá trabajar para ganar otro tanto. No niega la suma, pero quiere que el ocioso no pierda el tiempo y pueda tener con qué sostener a sus hijos; y así no necesita él prometer tanto. Esta carta nos revela a Lincoln de cuerpo entero: al idealista práctico, al amigo de los hombres, que siempre quiere el bien, pero sobre una base positiva; al ser humano cuya cabeza y corazón se vigilan constantemente.

Aunque no concedía importancia al dinero, debía conservarlo para seguir protegiendo a su hermano y, sobre todo, a los hijos de éste, pues ya sabía que el primero era incorregible. Pero cuando, muerto el padre, Johnston quiso estafar a su madre, Lincoln cambió el tono, empleando con amenazadora autoridad duras y amargas palabras, para defender a su madrastra contra su propio hijo.

"Ayer he oído en Charleston, escribió, que intentas venderlo todo y trasladarte a Missouri; este proyecto me parece sencillamente insensato. ¿Qué te permite suponer que allí te irá mejor? ¿Es aquella tierra más rica? ¿Podrás sostenerte en ella sin trabajar? ¿Crees que allí rigen otras condiciones de trabajo? No has sabido hacer nada de provecho en tu propia tierra y ahora quieres vender la finca, coger el dinero y marcharte. No prestaré mi apoyo a semejante locura, pues deseo tu propio bien y, sobre todo, el de tu madre. Quiero que se conserven los cuarenta acres de tierra intactos mientras ella viva; si tú no quieres labrarlos, no faltarán colonos que los arrienden. Si ella quiere, puede cederte su parte en los otros cuarenta... Trabaja, que ésa es tu única salvación."

Con tan autoritaria dureza sonaba la voz que dos meses antes daba amistosos consejos al mismo hermano. Tal era su firmeza cuando brotaba en su pecho la indignación a la vista de un adversario incorregible. El estilo de Lincoln tiene los

tonos metálicos de la Biblia, junto a las más suaves modulaciones, pues ambos obedecen a una ley moral. Lincoln no puede seguir oponiéndose a la venta de las tierras, ya que la madre había dado su consentimiento, pero amenazó al hermano, diciéndole que no enviaría la escritura "antes de que el dinero estuviera colocado con toda seguridad y a un interés del 10 por ciento". Y, en respuesta a varias evasivas de su hermano, le escribe: "Tengo la obligación moral de asegurar la vida de nuestra madre y no puedo consentir que se cometa ninguna injusticia con ella. Como viuda, tiene derecho al usufructo de la tercera parte de los intereses de las otras dos tierras, que miden cincuenta acres cada una. Según parece, has conseguido que renuncie a tu favor." Johnston se niega a pagar más de un 8 por ciento sobre 200 dólares... "asegurándole así a tu madre la enorme suma de dieciséis dólares anuales. Ahora bien, te advierto que si a ti te parece bien negociar con ella en esta forma, a mí no me lo parece. Esas tierras pueden producir fácilmente treinta dólares anuales, y yo no quiero tomar bajo mi responsabilidad el que se estime la vida de un ser humano en dieciséis dólares al año. Tuyo, etc., A. L." Cuando Lincoln terminaba una carta con este "tuyo, etc..." era prueba infalible de tormenta. Así continuó luchando por la madrastra contra su propio hijo. También se manifestó dispuesto a educar a un sobrino a su costa. Pero no invitó a la viuda de su padre a que viniera a su hogar, y fácilmente comprenderemos la razón. Limitóse a aconsejarle que admitiera el ofrecimiento de un antiguo amigo de la familia.

Un par de años después, con ocasión de pronunciar un discurso político en una aldea, llamó aparte a una persona de confianza, a la que dijo: "En la cárcel de este pueblo hay un muchacho a quien quisiera hablar. Pida permiso al carcelero."

El joven preso, que ya había cometido varios robos, había sido detenido por el hurto de un reloj y tal vez de una escopeta, y no era otro que un hijo de Johnston. "Yo le ayudaré a recobrar la libertad, pero es la última vez. Si reincide, que no cuente conmigo." Dicho esto, entró Lincoln en el calabozo de la barraca destinada a cárcel. Allí encontró al mozalbete, que se echó a llorar y, sacando una Biblia muy sucia, prometió cuanto quisieron. El tío habló confidencialmente con la parte agraviada, que renunció a sostener la acusación y, en consecuencia, el alcalde puso en libertad al chico. "Lincoln estaba muy triste, declaró un testigo. Jamás le había visto tan triste como entonces."

¡Qué amargos serían aquellos instantes! ¿Cómo no se iba a avergonzar por si mismo y por los suyos, por la Humanidad entera, sobre la que se extendía su espíritu justiciero, al ver tras las rejas de la cárcel al hijo del ocioso, pervertido, sin culpa propia, por la mala educación? ¿Era aquello posible?... ¡Él, a quien desde mozo llamaban el honrado Abraham y que al presente gozaba de una fama a la que debía el ser llamado a la capital para consultarle sobre los más arduos problemas del Estado, tenía que ser secretamente introducido en una cárcel, para ver a un raterillo despreciado por todos! Por si no fuera bastante, tenía que discutir con la víctima del robo, indemnizarle de su bolsillo particular, y darse por contento cuando, tras este calvario, el alcalde, a espaldas de la Ley, deja libre al rapaz. Y todo esto porque su padre se casó con una viuda que tenía unos hijos que eran unos gandules. ¿Le impulsó a obrar así la gratitud que guardara toda su vida hacia su madrastra? Otras veces, sin embargo, realizó actos parecidos por gente extraña. Tal vez la vida entera de Lincoln no sea más que una tentativa para igualar la justicia y la compasión, llevada a cabo por un amigo de la Humanidad.

“Esparce su melancolía por dondequiera que pasa”. Con esta poética imagen describe Herndon el trazo más saliente del carácter de Lincoln. ¿No tenía su madre un carácter semejante? La prematura muerte de ésta, lo misterioso de su origen, la inquietud de su padre, la falta de hogar, los frecuentes fracasos de su adolescencia, su timidez ante las mujeres y su anhelo de ellas, ¿no eran causas suficientes para justificar la eterna tristeza de aquellos ojos, que parecían dirigir una pregunta a la Humanidad? El que Lincoln, llevando este peso en el alma, no se hubiese convertido en un enemigo de los hombres, es quizás el indicio más seguro de la verdadera grandeza del hombre.

Hallándose una vez sentados en la sala del tribunal ambulante, Stuart llamó la atención de un abogado que con él estaba, sobre Lincoln. El compañero de Stuart relató más tarde: “Le vi sentado en un rincón, triste y solo. Diríase que perseguía sistemáticamente un tema doloroso en sus distintas fases, y su rostro expresaba una aflicción profunda. Así permaneció hasta que llegó su turno para hablar, y entonces salió de su meditación como quien despierta de un sueño.” Otro individuo

que compartiera su dormitorio con Lincoln durante un viaje, escribe: "Al despertarme al amanecer le encontré sentado en el borde de la cama, hablando a solas y diciendo los mayores desatinos que pueden concebirse. Otro se habría asustado, tomándole por loco, pero yo le conocía de sobra, y escuché riendo. Así continuó su monólogo durante unos cinco minutos, pero ignoro, como es natural, cuánto tiempo llevaría hablando consigo mismo. De pronto saltó del lecho, lavóse precipitadamente, se vistió con no menos premura, echó leña a la chimenea, sentóse ante ella con gesto meditabundo, y así estuvo hasta que nos llamaron a almorzar. Entonces se asustó, como si despertara de un sueño, y fue con nosotros, pero no le hablamos, pues ya le conocíamos y estas cosas no eran raras en él; pero aquella mañana estaba aún peor que de costumbre."

Si en un concierto oía alguna canción triste, la copiaba en el acto. He aquí una en la que añadió al final: "Este poema me gusta mucho":

*Tell me, ye winged winds
That round my pathway roar,
Do ye not know some spot
Where mortals weep no more?
Some lone and pleasant vale,
Some valley in the West,
Where, free from toil and pain,
The weary soul may rest:
The loud wind dwindled to a whisper low
And sighed for pity as it answered, No.*

*Tell me, thou mighty deep
Whose billows round me play
Know st thou some favoured spot,
Some island far away,
Where weary man may find
The bliss for which he sighs,
Where sorrow never lives,
And friendship netyer dies?
The loud waves rolling in perpetuas flow
Stopped for awhile and sighed to answer, No^{vii}*

Estando sentado en casa de unos amigos en Chicago, Lincoln disfrutaba en su compañía de la hermosura de una noche estrellada, reunidos todos en la terraza, que daba sobre el gran lago. La señora de la casa dice de él: "Lincoln parecía muy impresionado por la belleza de la escena. Con el dulce tono que tomaba su voz cuando su corazón estaba conmovido, y que tan bien cuadraba en aquel ambiente, empezó a hablarnos de los misterios que desde hace millones de años separan la tierra de otros lejanos mundos; de la belleza y la poesía; de las peregrinaciones de los profetas de la Antigüedad, cuando en sus nocturnas caminatas llevaban por guías a Orión y Arturo; del descubrimiento del telescopio; de las maravillas de la ciencia, que ha logrado medir las fabulosas distancias interplanetarias, e hizo algunas

consideraciones sobre los conocimientos que pueden revelarnos las fuerzas ocultas del lente. Cuando comenzó a sentirse el fresco, entramos todos en la casa; él se sentó sobre el sofá, estiró sus largas piernas a través de la alfombra, cruzó las manos tras de su espalda y continuó hablando de descubrimientos.”

Así elevábase en la noche su espíritu entusiasta hacía las estrellas para volver enseguida a las claridades de la tierra; visionario y positivista alternativamente; vacilando siempre entre un anhelo de infinito y un afán de conocimiento inmediato, para quedarse siempre a medio camino de la verdad.

Su constante melancolía sólo podía ser vencida por su sentido humorístico. La ironía de Lincoln debe ser considerada en gran parte como una especie de salvavidas, que le permitía mantenerse a flote, así como su inagotable repertorio de anécdotas cómicas puede atribuirse a una inconsciente higiene espiritual. Así como otros llevan en sus bolsillos un frasco de whisky o un pomo de sales inglesas, Lincoln llevaba consigo un cuadernillo manuscrito con gran copia de chistes e historietas. Frecuentemente sufría verdaderas ausencias mentales. En cierta ocasión, mientras un poeta recitaba aburridas composiciones, que la concurrencia escuchaba en medio de un pesado silencio, Lincoln causó el terror del auditorio prorrumpiendo en una estentóreo carcajada que, un momento después, le asombraba más que a ninguno. Del mismo modo alarmaba a las gentes comenzando a hablar de repente de cosas en un tono ajenas a las circunstancias. Algunas veces sus nervios lo traicionaban en el momento crítico. Un día fue a New Salem para pronunciar la oración fúnebre en el entierro de un antiguo amigo. Por primera vez después de muchos años veía los rostros familiares que rodeaban el ataúd y esperaban sus palabras. De repente perdió la voz y la conciencia. Incapaz de pronunciar una sílaba, se limitó a indicar por señas que se llevaran el ataúd, y apartóse de todos, mudo e inmóvil. Era el mismo fenómeno de inhibición que sufriera el día de su boda. Estas características mentales se reflejaban en sus peculiaridades físicas. Desde su primera juventud había sido un hombre inquieto enemigo de la vida sedentaria y, a semejanza de algunos famosos filósofos, declara que pensaba mejor andando. Todo en él era anormalmente lento; su mirada tranquila, su paso reposado y la expresión de su larga y huesuda cabeza, eran más de un hombre de pensamiento que de un hombre de acción. La punta cuadrada de su larga y prominente nariz, las mandíbulas

salientes y el mentón ligeramente curvado hacia arriba y partido por unos secos y gruesos labios, podían indicar un hombre apegado a las cosas materiales de la vida. Pero el fino y vigoroso cuello, viril sostén de su cabeza; la noble cúpula de la frente, las pobladas cejas, trazadas vigorosamente sobre los ojos de un gris de acero, su mirada, que imponía silencio a todos, bastaban a ennoblecer su rostro.

Todo indicaba que este hombre estaba destinado a vivir tanto tiempo como es posible a la constitución humana. Precisamente porque nunca fue realmente joven ni ardiente, y ya desde su adolescencia sólo se ocupaba de lo que interesa al filósofo y no al joven, necesitaba mucho tiempo para desarrollar las actividades que le permitirían dar una solución al gran problema. Su moderación, en todo sentido, estaba determinada por su organismo físico, y esta moderación sería la determinante de sus ideas políticas. "¿Que si soy enemigo del alcohol? No, pero soy tan sobrio que no lo bebo." En sus continuos viajes, rechaza sistemáticamente cuanto le ofrecían los demás viajeros: tabaco de mascar, licores o cigarrillos. "Es usted un sujeto inteligente, pero excéntrico, le dijo una vez un compañero de viaje. Puede que no nos volvamos a ver, y no deseo ofenderle, pero permítame que le diga lo siguiente: mi experiencia me dice que los hombres sin ningún vicio tampoco suelen tener virtudes." Lincoln gustaba de contar esta anécdota, y tal vez en sus horas de duda se sintiera inclinado a darle crédito.

Si bien era un hombre de moral estricta, carecía en absoluto de ostentación farisaica, pues su innato sentido de la justicia y el Derecho la hacían imposible en él. No se mantenía alejado de los bienes de este mundo por puritanismo, ni salía en desvencijado carricoche y vistiendo vieja levita por ostentación de moral, sino porque sus propios pensamientos le tenían tan absorto, que le impedían fijar la atención en exterioridades. Si era desordenado en ciertos aspectos de su vida, debíase a que apreciaba su independencia por encima de todo y no estaba dispuesto a sacrificarla a horarios o compromisos de ninguna clase. Comía cuando tenía hambre y dormía al sentir sueño; para estas cosas no quería someterse a ninguna regla. Así como evitaba el introducir ninguna forma solemne en la sencillez de sus discursos, tampoco se avenía a representar un papel impuesto, ya fuera el de esposo o el de padre.

Es característico de naturalezas tan raras como la de Lincoln no tratar a sus semejantes ni juzgarlos de acuerdo con su amistad u hostilidad. Lincoln se colocaba imaginativamente en el lugar de los demás, excusándolos porque los comprendía y trabajando por ellos como si realmente fuesen como él deseaba que fueran. "Me alegraría mucho de que Logan fuese nombrado juez superior, decía Lincoln; en primer lugar, porque es el más competente, y luego porque a él le será más difícil condenar."

Y con todo, Lincoln no tiene nada de anacoreta. Durante toda su vida siguió siendo el campesino, el ranchero, el hombre que ve claramente su propio provecho y procura aprovechar su influencia en su favor. Tampoco carecía de ambición, pues cuando, con el correr del tiempo, se dio cuenta de sus excepcionales dotes; cuando aspiró a dar libertad a los oprimidos, o a impedir que se oprimiera a los libres con nuevas leyes, hizo cuanto pudo por adquirir puestos que pusieran el poder en sus manos. Ésta es la razón de que, al entrar por segunda vez en la vida política activa, lo haga con un ímpetu que parece haber sido acumulado durante los años de reposo. "¡Qué triste es morir dejando a la patria en tal estados, dijo a Herndon, durante un viaje. Es como si no se hubiese vivido. Parece que el mundo ha perdido la esperanza y por todas partes se oye el clamor de una pregunta: "¿Qué va a suceder? ¿Podrá suceder algo?... ¿Cuándo sucederá?... ¿No piensa usted también a veces en estas cosas?"

Estas magníficas frases nos permiten lanzar una mirada al espíritu de este hombre que deseaba ser un reformador. No a la manera del artista que hace evolucionar la forma, ni al modo del pensador que sólo se ocupa de las ideas, y mucho menos al uso del hombre de mundo que aspira a sacar ventaja de todo. Los pensamientos de Lincoln son como el soliloquio de un amigo de la Humanidad, las reflexiones de un observador que ha nacido para educar multitudes, y que se pregunta con la mayor gravedad si será el llamado a ordenar el caos general. Él cree saber lo que sucederá. Pero ¿cómo sucederá y gracias a quién? Luego interrumpe el diálogo, como un gran señor que algunas veces se confía a un secretario, y cuando le place vuelve a encerrarse en su silencio, terminando la conversación con una pregunta cuya respuesta no espera oír.

*Here lies poor Johnny Kongapod,
Have mercy of him, gracious God,
As he would do if he was God
And you were Johnny Kongapod^{viii}*

Este festivo epitafio, compuesto por Lincoln para un indio, sintetiza la fraternidad, la mutua ayuda y el compañerismo que integran en esencia, su credo religioso; sintetiza ese instinto generoso de amor al prójimo, que es la principal característica de su vida, y ese sentido irónico de la vida que no lo abandona ni ante la tumba. Y encontramos también en este epitafio la compensación, la justicia que él tanto anhelaba y que ni aún allí le permite reconocer señor y vasallo, vengador y víctima. Todos sus íntimos amigos declaran que Lincoln, ni a los 20, ni a los 50 años, y a despecho del tono cristiano de algunos de sus discursos, fue nunca un cristiano, en el sentido ortodoxo del término.

Ya en New Salem la opinión le señalaba como incrédulo, ateo y fatalista, a pesar de citar frecuentemente pasajes de la Biblia. Más tarde él mismo confesó que sus dudas habían crecido con la muerte de su novia. Al acercarse a los treinta, según Herndon, su ateísmo se hizo más intenso. "A mí me asustó. Yo entonces era joven y creía lo que mi buena madre me había enseñado. Un día entró en nuestro despacho con una Biblia en la mano y leyó algunos pasajes, que luego rebatía. Defendía con entusiasmo su incredulidad... Más tarde hizose más prudente, y no habló de estas cosas delante de extraños." Estas palabras las confirma Stuart, el primer socio de Lincoln, diciendo:

"Yo le he oído combatir los dogmas y las bases del Cristianismo ... "

Diez años más tarde, según manifiesta el juez Davis, Lincoln no tenía fe, en el sentido cristiano del término, sólo creía en leyes, principios, causas y efectos. Otro de sus amigos escribe: "En una ocasión me dijo Lincoln que él tenía fe en la inmortalidad, pero que nunca podría admitir la condenación eterna." Otro individuo declara: "Lincoln creía en un Creador, que representaba el principio en torno del cual gira el mundo. Los animales y las plantas son una prueba patente de la perfecta armonía de la Naturaleza, decía. Si todo esto se hubiese producido espontáneamente, sería un milagro todavía mayor al que supone el reconocer que

ha sido obra de una voluntad todopoderosa... Todo el sistema del cristianismo es verdaderamente genial, y sus enseñanzas inclinan al bien."

Este cristianismo moral y adogmático era la verdadera fe de Lincoln, según confirman las más autorizadas opiniones.

"Sus ideas no se atenían a los dogmas, decía un antiguo amigo, pero sus principios y práctica y el espíritu que presidía su vida entera estaban animados por lo que universalmente ha sido llamado espíritu cristiano." Y la misma Mary se expresó en los siguientes términos: "No tenía fe ni esperanza, en el vulgar sentido que se da a estas palabras. Tampoco estaba afiliado a ninguna Iglesia, pero, a pesar de esto, fue hombre religioso por naturaleza. En sus sentimientos, la religión se transformaba en una especie de poesía."

Su moral se asentaba en bases no menos sinceras que todas sus acciones. Decía que su moral era la de un anciano al que había oído decir un día: "Si hago una buena obra, me siento bien; y si obro mal, me encuentro mal. lista es mi religión." Lincoln no podía tener otra; y aunque leyese a Kant, a Locke, a Emerson, a Fichte, aunque conociese los escritos de los masones de Illinois y ciertos libros monásticos de Escocia, nada de ello podía impresionar su cerebro ni conmover su corazón. Y, sin embargo, el día en que una anciana moribunda, cuyo testamento acababa de hacer, se lo pide, le recita un salmo de memoria; y cuando murió su hijito, acompañó a Mary hasta el presbiterio, alquiló un banco en la iglesia y sostuvo una larga conversación con el rector, pero se abstuvo de entrar, diciendo: "Probablemente mi destino es ser un eterno curioso que atraviesa su vida sintiendo, razonando, interrogando y dudando como el apóstol Tomás."

No obstante, cuando un perro rabioso muerde a su hijo lo lleva hasta Indiana para que toque una famosa piedra milagrosa que había allí. Esto se explica porque había crecido en el ambiente supersticioso de los campesinos.

Los conocimientos y el escepticismo de su madurez no habían desarraigado sus primitivas supersticiones, sino que las habían refinado. Y, al aproximarse al cenit de su existencia, su superstición era más intensa que nunca.

Al fin y al cabo, es natural que así fuese. Su mismo aislamiento, la progresiva certeza de su propia excentricidad, predisponían al escéptico a creer en señales y apariciones sobrenaturales; y tal creencia está de acuerdo con las líneas generales

de su concepto de la vida. "Mi filosofía no admite la casualidad. Todo efecto debe tener su causa. El pasado es la causa del presente, y éste será la del futuro. Todos son eslabones de la misma cadena, que va de lo finito a lo infinito." La idea de la libertad de la voluntad le hacía sonreír, y decía que sólo debíamos hablar de la libertad del espíritu, citando con frecuencia esta frase de Hamlet: "Una divinidad decide nuestro destino, ¿cómo, pues, podremos modificarlo?"

Tan firme era su fe en la predestinación, que dice: "Bruto se vio obligado a matar a Cesar por leyes y condiciones superiores a su voluntad." Hacía ya mucho tiempo que Mary conocía las ideas fatalistas de su esposo. "La única filosofía de Lincoln, nos dice, consiste en creer que lo que ha de ser será, y que no hay oración que pueda cortar el paso a la fatalidad."

Esta cadena de causas y efectos se extendía desde la superstición a la lógica, sin permitir al que la arrastraba ninguna alternativa. La convicción de que estaba sujeto a la fatalidad aguzaba sus sentidos para observar las señales que podían predecir lo venidero. Por eso la superstición de Lincoln le conducía siempre a una pasiva pregunta, y jamás a una activa resolución; sólo trató de utilizar sus sueños y visiones como un medio para descifrar su destino, nunca para obrar según sus indicaciones. Sólo aspiraba a levantar el velo que cubre el futuro, y se consumía en nerviosa impaciencia esperando acontecimientos que no podía evitar.

Nadie le vio jamás alterar sus planes, ni aun en las cosas más insignificantes, por efecto de alguna señal amenazadora, pero quedábase esperando y presintiendo el suceso que había de ocurrir. Hasta en el mismo día de su muerte le podemos ver pensando en la sombra de una anticipación.

Y, sin embargo, día por día, lo mismo en lo pequeño que en lo grande, guiaba sus pasos por la razón, y ponía su confianza en el entendimiento, convencido de que sólo éste y aquélla le permitirían alcanzar sus fines. Para ello necesitaba sus sentidos, necesitaba ver y tocar, necesitaba experiencia y, sobre todo, tiempo. ¿Era él hombre que se inhibiera de la acción porque ya todo estuviese predeterminado? ¿Que va a suceder y por qué medios? Indudablemente, la mano y el cerebro del individuo serán necesarios para impulsar las fuerzas latentes en el espíritu de las cosas. ¿De qué servirían los análisis si no se hubieran de aprovechar? Estudia los motivos de los hombres y procura mejorarlos. "No existe ninguna acción

desinteresada, decía. En el fondo de todas, está siempre el yo." Y cuando el joven Herndon trataba de refutar esta teoría, Lincoln no cejaba hasta que el adversario se rendía. Teniendo en cuenta sus respectivos caracteres, nada tiene de sorprendente que el más joven fuera partidario de abolir la esclavitud de una manera radical e inmediata, en tanto que el más viejo se contentaba con que el mal no se extendiera. Herndon era un idealista. Lincoln, un escéptico. El primero creía que podría obligar al mundo a ser mejor; el segundo abrigaba la convicción de que nadie puede modificar el Destino. De este modo, el hombre más humanitario llegó a ser tachado de frialdad. "Lincoln consideró el asunto con más asombro que emoción. Sin hacerse ilusiones, pulverizó cuanto había de inexacto, de huero, de falso... nada dejó nebuloso... jamás graduó su lente con tanta precisión... hasta el punto de que todas sus grandes cualidades desaparecieron, anuladas por su implacable lógica."

Sólo así, a través de estas constantes contradicciones entre la bondad y el escepticismo, sólo en este equilibrio de claridad y simpatía, puede desarrollarse gradualmente un estadista que, a través de los tortuosos caminos del partidismo político, persigue un fin grandioso y humanitario.

Con gran estrépito comenzó repentinamente la lucha que por espacio de algún tiempo pareciera olvidada. Un demonio más abominable y cruel que ninguno del infierno vivía agazapado en su guarida, donde le fuera rodeando y excitando el escándalo de la moderna sociedad; sin embargo, no se atrevía a dar el salto. Un yugo, que repelía el espíritu de justicia del siglo, pesaba sobre las conciencias, no sólo de América, sino de todos los pueblos cristianos, que desde años atrás trataban de armonizar lo incompatible, limitándose finalmente a formular la pregunta de si un país dividido en dos partes había de regirse por las mismas leyes o desintegrarse.

En ningún país de Europa resultaba la esclavitud tan paradójica como en la nación que, por primera vez en la historia de los pueblos, reconociera la igualdad de los hombres ante la ley. Si el Zar de todas las Rusias o los grandes de su Imperio tienen derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, la verdad es que sus antepasados conquistaron y agrandaron el territorio con el filo de su espada, instituyendo un

privilegio que permitió a los señores disponer de los siervos. En el inmenso Imperio son muy pocos los que dominan a millones de hombres y hace siglos que los campesinos de los Urales viven en la miseria, sin esperanza de salir de la servidumbre y, a menudo, sin desearlo siquiera.

Pero aquí se trataba de un país nuevo, al que llegaron unos cuantos hombres valientes y altivos que habían comenzado por sacudir el yugo de Europa, acordando después realizar por primera vez, desde los remotos tiempos de la Antigüedad, lo que los filósofos exigían en sus obras, los hombres de Estado en su formulismo y los poetas en sus versos. Pero en esta misma América, cuya justicia brilla como el sol naciente sobre el Océano, había quedado una sombra que los fundadores del país no se atrevieron a borrar con la misma pluma con que borraron las diferencias de clase que dividen a los hombres en Europa. Miraron al punto oscuro y les remordió la conciencia. ¿Sería mejor su organización que la tiranía rusa, porque sus esclavos eran negros y tenían la nariz aplastada y el pelo crespo? ¿Concretábanse a la raza blanca las teorías de Rousseau, los aforismos de Diderot y las exigencias de Voltaire? Porque si era justo tratar a los negros como cosas y no como seres humanos, también debía serlo el clasificar a los blancos por su linaje, riqueza o educación, formando clases superiores para mandar a otras inferiores, destinadas a obedecer.

Pero ochenta años antes, al fundarse la Unión, no fue posible conseguir que los magnates del Sur se avinieran a dejar a sus negros en libertad de volver a las costas africanas. Se hallaban bajo el peso de los prejuicios tradicionales, sus privilegios los habían enriquecido y, si se acomodaron a los preponderantes, y para ellos incompatibles, principios del Norte, fue tan sólo para aminorar sus contribuciones e impuestos. Los diputados que llegaron del Sur, imbuidos aún por el espíritu de su casta, sólo pudieron disminuir el número de sus propios esclavos, mejorar en algo el trato y dejar algunos libres.

En los comienzos del nuevo siglo, la oposición entre el Norte y el Sur se hizo más intensa. Con el siglo, hacía su aparición una nueva forma de esclavitud, la esclavitud de los hombres a la máquina; los progresos de la técnica abarataban los productos, generalizaban su uso, compensaban al pobre por algunas de las ventajas de los ricos, y en tanto que así se disminuía la distancia que separaba a señores y siervos,

creábase una nueva y batalladora clase entre ambos. La máquina centuplicó la producción de los artículos derivados del algodón, los cuales vestirían a los millones de habitantes de la Unión. Pero como estos millones de hombres no tenían la menor inclinación a sembrar y cosechar algodón en un clima casi tropical, siguió siendo indispensable el concurso de los negros, lo que no impedía que al mismo tiempo se atronara el mundo proclamando la igualdad de derechos, y procurando acabar con la esclavitud.

¿Por qué no los declararon libres sus señores? Por temor y prudencia... Además, ¿quién se aviene de buen grado a pagar un trabajo que se puede obtener gratis? ¿Qué agricultor consentirá en pagar un jornal por el trabajo que pueda hacer un buey? Los miles de negros que poseía un propietario en sus haciendas hacían todas las faenas agrícolas, se reproducían, espontáneamente sustituían a los muertos, y el maíz, que era su único alimento, apenas costaba nada. Pero ¿qué harían aquellas hordas con sus señores, el día en que una mano piadosa rompiera sus cadenas y, arrancando látigo y revólver a los negreros, les dijera: "En nombre de la humanidad, sois libres"? ¿Se atenderían entonces a las admirables enseñanzas de Cristo, tan laboriosamente aprendidas de sus señores? Lo más probable era que se arrojasen como manadas de lobos furiosos sobre los campos que durante tantos años regaron con el sudor de su cuerpo, que destrozaran e incendiasen las plantaciones, rompieran sus herramientas y, después de apoderarse de la pólvora, despedazasen a los capataces, asesinaran a los señores y terminasen por deshonar a las doncellas del castillo, como si éstas fuesen negras y ellos blancos. ¡No! El problema era demasiado grave, y su solución necesitaba tiempo y paciencia. Habría que comenzar por prohibir la entrada de nuevos negros, restringir la esclavitud en los Estados en que existía y parecía necesaria. Localizar, en suma, la enfermedad en un órgano que no fuese esencial para la vida, y que permitiese a los órganos vitales seguir viviendo; pero si se propagaba la enfermedad, sobrevendría sin duda el peligro de muerte.

Tal era el compromiso a que se veían reducidos por las circunstancias los nietos de los hombres que lo contrajeron, al fundar la Unión sobre esta contradicción interior. Si los sudistas se hubiesen contentado con vivir en sus Estados, disfrutando de las libertades concedidas, como lo hicieron sus padres, puede que hoy existiera todavía

en las plantaciones de algodón una especie de esclavitud, semejante a la que en la actualidad se ve en las minas de oro, donde los negros, aparentemente libres, están reducidos a largos años de positiva esclavitud.

Pero el desarrollo del Norte tomaba imponentes proporciones. Hombres, dinero, fuerzas productivas, maquinaria moderna y nuevas ideas, combinadas durante los últimos lustros, habían dado al Norte una importancia nacional que amenazaba echar por tierra el predominio del Sur. Cuando el hacha de los pionners abrió nuevos caminos en el Oeste, la desconfianza de los magnates del Sur se convirtió en temor. Veían la necesidad de procurarse una mayoría en el centro, puesto que en la periferia disminuía su importancia, faltos de hombres y poderío. Mientras tanto, abríanse incontables derroteros al trabajo; Europa enviaba miles de pobladores; bosques y praderas convertíanse en campos labrados, y de los matorrales surgían ciudades. Aquel territorio, dormido por espacio de tantos años, despertaba lleno de pujanza y de sus entrañas se arrancaba oro, plata, hierro y plomo, llegando su rápido crecimiento a ser la pesadilla de los esclavistas, pues todo aquel trabajo estaba hecho por manos blancas y cada glóbulo rojo que vigorizaba aquel cuerpo añadía un glóbulo blanco en la decadente organización del Sur. Ante la alternativa de ceder o de perder en Washington una influencia que les aseguraba el mantenimiento de la esclavitud, los señores del Sur se vieron obligados a buscar una solución inmediata.

¿Cuál era el mejor medio para afianzar su poder en el Norte? Una amenaza de separación. ¿No tenían cerca a Cuba y la América Central, cuyos climas eran aún más tórridos y hacían indispensable la esclavitud para sus plantaciones de azúcar, algodón, arroz y té? Inglaterra, resentida aún por el levantamiento y separación de sus antiguas colonias en el pasado siglo, ¿no prestaría gustosa su apoyo a todo movimiento que tendiera a debilitar el poder central, ofreciendo la probabilidad de que éste volviera a sus manos? Si los nietos de los rebeldes de 1776 se separaban de sus hermanos, ¿no se harían acreedores a la gratitud y apoyo de la antigua metrópoli? Naturalmente, nadie trataría de privarlos de sus derechos y privilegios, pero al debilitado Norte le volverían a imponer su yugo, quizá por medio de una intervención o, al menos, valiéndose de medidas económicas que le hicieran depender de Europa, obligándole a concesiones que hoy rechazaría.

A pesar de su poderío, el Norte iba poco a poco cediendo terreno en la cuestión que nos ocupa. Según el último tratado, quedaba prohibido establecer nuevos Estados esclavistas, excepción hecha de la región del Missouri. Esto no fue óbice para que, a ruego de los colonos, se consintiera en la fundación de otros cuatro. Después, el mismo Henry Clay cedió ante nuevas luchas, autorizando la esclavitud en los territorios recientemente arrebatados a Méjico, con excepción de California, que fue declarada Estado libre. Al mismo tiempo, una concesión adicional hecha al Sur aumentaba el rigor de las leyes de captura y extradición de esclavos fugitivos. En resumen: las teorías y la práctica en la cuestión de la esclavitud llegaron a ser tan contradictorias, que ningún habitante del Norte lograba conciliar las viejas doctrinas cuáqueras, que la combatían con indignación, con el derecho que se concedía a cada burgués de detener en plena calle a un esclavo prófugo. Y como la policía pagaba diez dólares por cada fugitivo que se le entregase, huelga decir el número de blancos que se dedicaron a cazadores.

Esta lucha se extendió a todos los terrenos, desde el económico hasta el moral, pasando de las cifras a los sentimientos, reflejándose en todas las medidas que se querían adoptar. Los del Norte querían llevar trabajadores blancos al Oeste, mientras los del Sur deseaban introducir allí la esclavitud; si el Norte necesitaba crear monopolios para defender su naciente fabricación, el Sur pedía el libre comercio y exportación de sus productos. En el Norte, todo blanco era enemigo de la esclavitud, en la que veía una competencia para el trabajador; en el Sur, ningún blanco quería trabajar; en el Norte se respetaba el trabajo; en el Sur se le consideraba deshonoroso. En fin de cuentas, era la lucha entre el despotismo y la democracia, entre los derechos hereditarios y el esfuerzo individual, entre la tradición y la fuerza de los hechos. La lucha duraba todo lo que iba de siglo y, contra lo que han dicho algunos, el descubrimiento del algodón no la creó, contribuyendo sólo a hacerla más ostensible.

En aquel momento histórico alzóse el espíritu del algodón, promoviendo una especie de contrarrevolución, creando una nueva metafísica, en provecho propio. En el Norte, los llamados Freesoilers reclamaban la libertad del terreno, del trabajo y de la palabra, mientras que en el Sur no sólo seguían con sus curas, que juzgaban caprichosamente a los negros, tomando por juicio de Dios el plato de lentejas de

Esaú, sino que también encontraron filósofos. En un libro que leyó Lincoln, escrito en una universidad del Norte y que llevaba por título: *Canibalismo puro*, se encontraban las siguientes frases: "La libertad de asociación ha sido un fracaso en el Oeste de Europa, y lo será igualmente en América. El Norte lo confirma con su silencio." Después aconsejaba el autor la esclavitud de los blancos, proponiendo que se entregasen los nuevos territorios a los poderosos, distribuyéndoles gente sin trabajo en calidad de siervos. "Como el nombre de amo suena mal, decía más adelante, éste debe ser sustituido por el de tutor, en la siguiente proporción: a quien posea mil dólares le será entregado un blanco de mediano valor; el que tenga diez mil dólares tendrá derecho a encargarse de diez hombres; y los millonarios podrán tener mil siervos. Éstos serían hechos reales, de acuerdo con la justicia y la humanidad, pues hoy día también viven los ricos del trabajo de los pobres, y dominan y gozan de sus bienes sin preocuparse de éstos."

El Destino había decidido que los intereses personales de dos hombres rompiesen los lazos que tenían detenido el problema, iniciándose al fin su solución por medio de un gran combate. Un senador deseaba ser Presidente, un esclavo quería ser libre. El senador, que se llamaba Douglas, habiendo calculado sus probabilidades, aseguró la promulgación de una ley que debía hacerlo popular, pero que trajo la perturbación en su partido, hasta el punto de que fue preciso disolverlo y crear otro, que finalmente obtuvo la victoria. El esclavo se llamaba Dred Scott, y por haberse fugado de su amo y establecido en una ciudad libre, forzó al tribunal a dictar contra él una sentencia condenatoria, que excitó violentamente los ánimos. Ninguno de los dos consiguió su objeto: el senador no fue Presidente, ni el esclavo, libre. Pero la Unión, después de diez años de disturbios, de los que cuatro fueron de guerra civil, pudo poner feliz término a esta peligrosa crisis. El senador ya había muerto, y si el esclavo vivía aún, logró su libertad al mismo tiempo que la lograban millones de negros.

Sobrevinieron estos acontecimientos en 1857, antes de la elección de Presidente. Douglas, el más influyente y popular de los demócratas, maniobraba como podía para alcanzar la meta deseada, pero necesitaba para su nombramiento la ayuda del

Sur y ésta sólo se podía obtener favoreciendo la propaganda de la esclavitud en los nuevos territorios. Un año antes, sin embargo, Douglas había calificado el Tratado de Missouri con esta pomposa frase: "Un santuario en el corazón del pueblo, al que ninguna mano puede tocar." Pero ahora, al presentarse simultáneamente como embajador del Sur y representante de los miles de demócratas del Norte, que no querían dar al problema una solución ruidosa que pudiera perjudicar a sus negocios, la formación de dos nuevos Estados le brindó oportunidad para un cambio político decisivo.

Kansas y Nebraska se hallaban entonces en la situación de dos embriones cuyo sexo no se ha determinado todavía. Situados al norte de la línea divisoria reconocida en el Tratado, debían ser indiscutiblemente Estados abolicionistas. Norteños y esclavistas se los disputaban encarnizadamente, pues unos y otros tenían el mismo interés en asegurarse los nuevos votos en el Senado. Douglas, que era el presidente de la Comisión para decidir sobre los nuevos territorios, halló el modo de dar al asunto una decisión nebulosa que no le comprometiera ni con el Norte ni con el Sur. Declaró que, habiendo transcurrido veinticinco años desde que se firmara el Tratado, debía concertarse uno nuevo, agregando que toda presión ejercida en un sentido u otro sobre un Estado nuevo sería contraria al espíritu de la Constitución, cuyo principio básico era la soberanía del pueblo. De acuerdo con este principio, los ciudadanos de cada Estado tenían derecho a gobernar a su antojo y decidir por sí mismos si debían permitir o no la esclavitud dentro de sus fronteras. Ya Colburn lo había dicho muchos años atrás: "Si se consiente a un ciudadano que traslade de un pueblo a otro sus bueyes, sus herramientas o su bastón, no puede impedírsele que se haga lo mismo con sus esclavos." "La ley Kansas-Nebraska, decía Douglas, no tiene por objeto prohibir ni instituir la esclavitud en ningún Estado nuevo." "Los habitantes del nuevo Estado tienen completa libertad para arreglar por sí mismos sus asuntos interiores de acuerdo con sus necesidades y manteniéndose siempre dentro de los límites marcados por la Constitución de los Estados Unidos. Tal derecho lo han observado los ciudadanos hasta hace muy poco, que renunciaron a él."

La ley Kansas-Nebraska, formulada tan hábilmente por Douglas, y basada ostensiblemente en el reciente compromiso adquirido por Clay respecto a los

esclavos fugitivos, parecería simplemente ampliarlo en un grado más. De esta manera, Douglas quería demostrar a los liberales que no hacía otra cosa que seguir los pasos del gran jefe liberal recientemente muerto, en tanto que aseguraba a los nortños que la mayoría de los habitantes de Kansas se opondrían a la esclavitud, y hacía esperar a los esclavistas del Sur que esta decisión se alterase mediante una votación contraria. Tan buena maña se dio en sus manejos, que al final de una sesión y cogiendo casi por sorpresa a los senadores, logró hacer pasar el proyecto, obteniendo una votación favorable. Tan grande alegría produjo la aceptación de la nueva ley, que, apenas votada, se dispararon salvas de artillería en la colina del Capitolio. En realidad, estos disparos fueron los primeros de la guerra civil, aun cuando ésta tardara todavía siete años en declararse.

La nación respondió con un estallido de indignación como no se había conocido desde que se fundara la Unión. Gracias a la habilidad de un senador ambicioso, el pueblo se encontraba de pronto con que todos los Estados podían admitir desde aquel momento la introducción de la esclavitud dentro de sus fronteras. Esta ley, tan contraria al verdadero espíritu constitucional, estaba marcada por el fariseísmo de su hipócrita autor que, en tanto daba bajo cuerda cuantos pasos podía para acercarse a la Presidencia, en público se hacía la víctima, exclamando: "¡Los fanáticos querrán vengarse en mi persona! ¡Muchos que antes confiaban en mí, ahora me odian!... ¡Puede que intenten ahorcarme en efígie!

La excitación de los ánimos prometía una votación tumultuosa. Como el clima y condiciones de Kansas no eran propicios a los negros, fundáronse sociedades para fomentar la emigración de los blancos desprovistos de recursos a los territorios de Nueva Inglaterra, y pronto acudieron allí colonos de países extranjeros y, por consiguiente, acérrimos enemigos de la esclavitud. ¿Qué hizo el Sur?

Envió regimientos de pieles rojas y de aventureros, que fingieron establecerse y adquirir terrenos, pero que en realidad sólo eran unos asalariados, abundantemente provistos de armas que, al llegar el día de la votación, cayeron sobre los infelices rancheros, impidiéndoles emitir su voto y obligándolos a tomar las papeletas que ellos repartían; total: que terminó la jornada con no pocos muertos y la admisión de la esclavitud. Antes y después, las salvajes hordas se dedicaron al robo, al saqueo, al incendio y a toda clase de excesos y demasías en todo el territorio. Ante estos

primeros chispazos de la guerra civil, las autoridades se mostraron impotentes o, al menos, inactivas. "¡Ésa es la obra de los demócratas!", gritaban en el Norte, y por miles se contaron las bajas en el partido, yendo a reforzar las filas de los liberales y quebrantando así los resortes del que fuera poco antes un partido poderoso.

La posición de Douglas fue la que quedó más comprometida. Su período senatorial tocaba a su término, y como sin su puesto no le era dable continuar sus manejos, hubo de apresurarse y trasladarse a Illinois, para influir en la Asamblea del Estado, a la que correspondía la elección de senadores, a fin de reconstruir su situación política. Pero las noticias de la capital se habían extendido hasta las fronteras de Kentucky y el doble juego del político hirió las dos tradiciones allí reinantes. No supuso él que la reacción fuese tan violenta. La prensa local le echó en cara los motivos secretos de su conducta, que no eran otros que su ambición de ocupar la Presidencia, y Douglas no pudo replicar nada.

Cuando regresó a Chicago, encontró muchas casas con la bandera a media asta y, al encaminarse por la noche a la asamblea, oyó el fúnebre tañer de las campanas. Una sala atestada de público recibió con significativo silencio al que poco antes fuera ídolo del pueblo, y apenas empezó a hablar de la soberanía nacional, menudearon las interrupciones acerbas; el orador perdió pronto la paciencia, y de su boca salieron frases malsonantes, que suscitaron una agarrada entre la furiosa muchedumbre y el escaso grupo de amigos de Douglas, que con los rostros congestionados y amenazadores trataban en vano de imponerse a la multitud: "¡Ha conspirado con el Sur!", gritaban sus adversarios, produciendo un verdadero tumulto que impidió seguir al orador. Éste, por último, pasada la medianoche, gritó: "Ha empezado el domingo; me voy a la iglesia. En cuanto a vosotros, ¡iros al diablos!"

Dirigió luego su campaña al territorio de Illinois y llegó a Springfield, muy concurrido a la sazón por todos los rancheros de los contornos, por celebrarse la feria de otoño. Douglas habló con éxito durante cerca de tres horas y terminó diciendo: "He oído decir que mister Lincoln desea contestarme. Espero que así lo haga." Como Lincoln no estaba presente, hubo de aplazarse la respuesta para el día siguiente.

Llegado el momento, Lincoln habló por espacio de cuatro horas contra Douglas, contra la ley de Kansas y contra la esclavitud. Este discurso no fue tomado por escrito, pero indudablemente sería parecido a otros muchos que pronunció después.

El triunfo que obtuvo fue más profundo que ruidoso. Douglas, asombrado, pudo dominarse y dio principio a su rectificación, diciendo:

"Mi amigo mister Lincoln me ha rogado que le oyera y contestara, y yo le agradezco tan cortés atención."

Este primer duelo quedó indeciso.

Trece años antes, mientras viajaba por el Misisipí, Lincoln había escrito a la hermana de Speed: "A bordo de este mismo barco he tenido ocasión de reflexionar acerca de la influencia de las circunstancias sobre la felicidad humana. Un caballero había comprado doce negros en Kentucky y los llevaba a su hacienda encadenados de seis en seis. Una delgada argolla de hierro oprimía la muñeca izquierda a cada uno; de la argolla salía una delgada cadenita que iba a unirse a la cadena principal, dando a los presos el aspecto de doce peces colgando de una enorme caña de pescar. Daba pena el pensar que aquellos infelices habían sido separados violentamente del sitio en que transcurrió su infancia y en el que quedaban amigos, padres, hermanos, esposas, hijos, para ser reducidos a eterna esclavitud y despóticamente gobernados por el despiadado látigo del amo. Y, sin embargo, en medio de aquellas desastrosas circunstancias, los negros eran los seres más joviales y aparentemente felices que llevaba el barco. Un mocetón que, por complacer a su esposa, se había endeudado hasta el punto de verse reducido a su propia venta, tocaba infatigablemente el violín, y los otros bailaban, cantaban o referían chascarrillos, sin soltar los naipes de la mano en todo el día. Diríase que el misericordioso Dios que calma el viento para que no lastime la piel de la oveja esquilada, hace a veces llevaderas las peores miserias, en tanto que en otras circunstancias apenas permite que las cosas mejores resulten llevaderas."

Esto decía Lincoln cuando dejaba volar la imaginación en torno a los grandes temas y cuando, con el escepticismo del sabio, llegaba hasta las fronteras de la relatividad de la dicha humana, por la que estaba dispuesto a luchar. El que la escena presenciada por él en el barco no quebrantara su propósito, demuestra su facultad para penetrar en el fondo de las almas, y el origen y fin de sus pensamientos. Ciertamente es que a los veinte años había contemplado impasible la desnudez de la doncella

mulata expuesta a las miradas lúbricas de los compradores y temblando ante la amenaza del látigo del vendedor; pero ya no era un muchacho y la experiencia propia y la ajena le habían dado oportunidad de apreciar que también los blancos están sujetos al dolor y que el corazón humano es siempre admirable, cualquiera que sea el color de la piel que lo cubra. No... no es sólo la compasión lo que hace vibrar; es el sentimiento más profundo el que suscita su indignación; es el sentimiento de la dignidad humana que se siente ultrajada ante el espectáculo de aquellos negros que jugaban y reían sin sentir el peso de su cadena.

El tono un tanto lírico de la carta escrita en el Misisipí toma acentos más varoniles cuando más tarde, a los cuarenta y seis años, contesta Lincoln a su viejo amigo Speed, que trataba de justificarse de ser propietario de esclavos.

"Prescindiendo de la injusticia fundamental de la esclavitud, dices que preferirías ver desmembrada la Unión a ceder tus derechos sobre los esclavos. No sé si alguien te exigirá ese sacrificio... Yo, no. Confieso que para mí es intolerable ver a esas desdichadas criaturas sujetas a toda clase de malos tratos y agotando sus fuerzas en un trabajo no pagado..., pero me muerdo los labios y nada digo. En el año 41 hicimos juntos una travesía a bordo de un vaporcito, desde Louisville a San Luis. ¿Recuerdas los doce negros que en él iban, sujetos a una misma cadena? Aquel espectáculo fue una constante tortura para mí, una tortura que se renueva cada vez que voy a Ohio o a cualquier otro Estado esclavista. ¿Cómo puedes suponer que no me interese una cosa que despierta en mí tan tristes pensamientos? Deberías reconocer más bien los esfuerzos que tenemos que hacer los hombres del Norte para dominar nuestros sentimientos a fin de no alterar el orden establecido por la Constitución. Tus ideas y sentimientos son absolutamente contrarios a la propagación de la esclavitud, y si esta profesión de fe basta para separarnos, separémonos en buena hora. Dices tú que, de haber sido Presidente, hubieras mandado ahorcar a los promotores de los disturbios de Kansas. Pero si en Kansas la votación hubiera sido sincera y, por consiguiente, contraria a la esclavitud, seguramente pedirías la disolución de la Unión. Una falsa votación ha demostrado lo contrario, y ahora se trata de saber si se ha de aceptar como legal o disolver la Unión. Dices, además, que si Kansas se hubiera pronunciado contra la esclavitud te hubieses alegrado como cristiano... Eso dicen todos los propietarios de esclavos que

son personas decentes, y no dudo de su sinceridad. Pero es el caso que siempre votan en sentido contrario. A mi parecer, caminamos hacia una pronta ruina. Cuando creamos nuestra nacionalidad, comenzamos por decir "que todos los hombres son iguales". Ahora corregimos el texto, diciendo: "Todos los hombres son iguales menos los negros", y no tardará en llegar el día en que digamos: "Todos los hombres son iguales, menos los negros, los extranjeros y los católicos." Si esto sigue así, prefiero emigrar a cualquier país en donde no se profane el nombre de la libertad; a Rusia, por ejemplo, donde se rigen por un franco despotismo, que, al menos, no se empequeñece con la levadura de la hipocresía."

Lincoln dice que la razón y los sentimientos lo movían, pero cuando, como en este caso, trataba de convencer a un viejo amigo, o a una muchedumbre, como sucedió más tarde, refrenaba sus sentimientos y sólo procuraba convencer por la razón. Indudablemente, los sentimientos le impulsaban a la acción; los recuerdos de su propia y dura experiencia de hombre pobre; los recuerdos de los varios fracasos que sufrieran él y sus padres, y, ¿qué duda cabe?, la huella dejada por la figura casi fantasmal de aquel caballero del Sur, que dejó abandonada a una pobre muchacha, su abuela, con una tierna criatura. Si se le considera desde este punto de vista, no puede negarse que el sentimiento es el primer motor de sus pensamientos. Pero, después de muchos años, al recordar la cadena de esclavos que viera a bordo de un vaporcito, ya no se mezclaban a su férreo chirrido los acordes del violín y los cantos, y el corazón del hombre que vivía lejos de todo contacto con la esclavitud se llenaba más de enojo que de compasión. Una vez más, le llamaba la voz de la humanidad.

Cerebro y corazón concordaban en su deseo de justicia. Tan fuerte era en él este sentimiento, que llegó a suponerse que, en Lincoln, el afán de educar a los blancos en el espíritu de justicia era superior al deseo de libertar a los negros, sacrificando a ese ideal sus preferencias y sus amores.

Puesto que el proyecto de Douglas había llegado a ser ley, debía acatarse y dejar pacíficamente que la esclavitud fuese admitida en el nuevo Estado de Kansas. Si Speed defendía la esclavitud, debía separarse de él, aun cuando fuera el único camarada de su juventud y un amigo tan fiel como el propio Aquiles. Ya por aquel entonces empezó a iniciarse en su alma el combate para decidir el dilema de si había

de triunfar el amor a la patria o el amor a la libertad. Rechazando eufemismos, censuró amargamente a sus compatriotas en una carta que escribiera por entonces: "Cuando nosotros nos libertamos de la esclavitud política del rey Jorge, proclamamos la igualdad de todos los hombres como una verdad inmanente. Ahora, cuando estamos completamente satisfechos y no abrigamos el temor de volver a la esclavitud, se nos ha despertado tal ansia de ser señores, que declaramos verdad inmanente la negación total de nuestro postulado inicial. Antes renunciará el Zar de Rusia a su corona, dando la libertad a todos sus siervos, que nuestros señores americanos libren del yugo a sus esclavos."

Sólo un par de años habían de transcurrir antes de que el autócrata ruso realizara lo que Lincoln consideraba tan remoto, pues en Europa soplaban vientos de libertad, y lo que el Nuevo Mundo aprendiera del Viejo en teoría, al ponerlo en práctica producía una reacción en el Viejo Mundo y lo revolucionaba.

El mismo espíritu nuevo animaba los discursos de Lincoln cuando, separándose del tema principal, dejaba oír su opinión sobre la diferencia de clases entre los blancos. Abogaba en favor de la pequeña propiedad y aseguraba que las grandes haciendas eran tan poco prácticas como un arma o una herramienta demasiado pesada para el manejo diario. Para demostrar que en los Estados Unidos nadie necesitaba ser jornalero toda su vida, se expresaba así: "El trabajo precede al capital y es independiente de él. El capital es el fruto del trabajo, y no podría existir si éste no lo hubiese precedido. Puede haber trabajo sin capital, pero no capital sin trabajo. Por eso el trabajo es siempre muy superior al capital." Con no menos conocimiento de causa y acopio de pruebas veraces, dio a conocer al pueblo los ambiciosos sentimientos de los grandes propietarios, más aficionados a ostentar su riqueza por el número de esclavos que por la extensión de sus tierras. "La esclavitud, decía, es la más fuerte y absorbente de las demostraciones de la propiedad. Si un mozo pretende casarse con una doncella, al concertar la boda lo único que se pregunta es cuántos esclavos lleva él o ella. La pasión por los esclavos parece haber devorado todas las demás que antes se dividían el corazón humano.

Un hombre que siente con vehemencia, desea la acción; pero Lincoln era enemigo de la acción precipitada; tanto él como sus amigos vacilaban largamente antes de usar su fuerza. Lincoln no era un abolicionista del tipo de Herndon, que se

empeñaba en que siguiera su ejemplo. Daba prudentes consejos siempre que podía. "En una democracia que se rige por los votos de la mayoría, la rebelión y el derramamiento de sangre constituyen un verdadero crimen de lesa Constitución. ¡Haced la revolución en las urnas!"

Sin embargo, viose obligado a tomar parte activa en el asunto. En tanto que la mayoría de sus colegas se abstenían de defender a los negros, él defendió muchos pleitos de negros, sin preocuparse de que la llamada buena sociedad arrugara el ceño. Uno de estos casos fue el de un marinero, hijo de un negro, que, habiendo llegado sin documentación a Nueva Orleáns, fue detenido. La detención le hizo perder el barco, y más tarde, desamparado y sin recursos, fue vendido como esclavo. Su madre acudió a Lincoln, y éste visitó a los gobernadores de dos Estados, pero ambos rehusaron mezclarse en el asunto, no atreviéndose a arriesgar el puesto por un mulato. Entonces Lincoln hizo una colecta, reunió el dinero necesario, y se lo envió a un amigo que tenía en el Sur, rogándole que rescatara al muchacho, para que éste pudiese volver libremente al seno de su familia.

La actuación política de Douglas había despertado de nuevo la ambición de Lincoln, reprimida durante cinco años. La inquietud de un hombre que aspiraba a obrar mejor, el enojo contra quien, por su propio provecho, había traicionado una causa, la renovada sensación de descubrir en Douglas al enemigo predestinado, que poseía todo lo que a él le faltaba y carecía de cuanto él tenía, y el interés del partido en aprovechar el puesto que Douglas dejaba vacante, todas estas cosas juntas animaron a Lincoln a presentarse por primera vez como candidato a senador. Calificó entonces confidencialmente a su contrario de "enemigo de la libertad, más peligroso que ninguno, por ser el más pérfido y disimulado". Y en otra ocasión dijo: "No se puede derribar una pirámide, hay que enterrarla, y esto es lo que me propongo hacer ahora." Mostrábase muy animado; sus cartas revelaban desacostumbrada confianza y, realmente, además de reunir mayores probabilidades que sus contrarios, hacía cuanto podía por ganarse el apoyo de los personajes más influyentes.

Mary estaba entusiasmada. Ser la esposa de un senador era una brillante compensación a todos aquellos aburridos años en espera de una ocasión propicia. Ya le turbaba el verse en Washington, más obsequiada y en mejor posición que antes, y se hallaba dispuesta a ayudar con todos sus medios a la elección del marido. ¡Lástima que no fuera demócrata! Nunca dejaría de sentir el que su marido no perteneciera al partido que, para ella, sería siempre el de la gente distinguida. "No creas, escribía a su hermana, que mi esposo es partidario de la abolición, como otros muchos que hay en el partido. Está muy lejos de ello; sus deseos se limitan a restringir la propagación de la esclavitud. Mi débil corazón de mujer es demasiado sudista para simpatizar con otro que no sea Fillemore (jefe de los demócratas). Ya sabes que siempre fui una gran admiradora de él... ¡Si tuvierais en Kentucky la mitad de los disgustos que pasamos aquí las amas de casa con esta horrible servidumbre irlandesa! ..."

Aquí se repiten sus anteriores declaraciones sobre la esclavitud. Ahora, como entonces, se percibe el suspiro del ama de casa que aspira a dominar en su lucha con la servidumbre, y en ellas se encuentra un símbolo. Así como esta mujer no oculta a su hermana que le gustaría mandar en su casa sobre cosas y personas sin hallar resistencia en unas ni otras, este mismo punto de vista tenían en casos de mayor importancia todos los hombres de su familia y del extenso círculo de sus relaciones, incluyendo al buen Speed, cuyos esclavos seguramente estarían mejor tratados que otros, pero de los cuales no podía prescindir por considerarlos indispensables para su vida.

Lincoln no tardó mucho en acostumbrarse a los manejos de los partidos; como político y periodista, había aprendido algunas hábiles triquiñuelas que antes ignoraba. El conservador Journal de Springfield había ido adquiriendo una influencia que Lincoln temía pudiera ser excesiva. Para impedirlo, consiguió quebrantar su poder haciendo que un redactor de limitados alcances reprodujera el pomposo elogio de la esclavitud publicado por un periódico del Sur. Este paso en falso del diario acabó con su popularidad, y tantas fueron las bajas de los suscriptores, que hubo de interrumpir su publicación.

Los límites de los partidos eran por entonces harto imprecisos. Los liberales no sabían a punto fijo hasta dónde llegaba su influencia, y en Illinois una gran parte de

los demócratas se pronunciaba contra Douglas, combatiendo la esclavitud, y aumentando las probabilidades de éxito de Lincoln. Pero, en el último instante, los demócratas presentaron otro candidato, Trumbull, enemigo de la esclavitud e íntimo amigo de Lincoln. Éste, temeroso de ver dividido el partido o de ser francamente derrotado, retiró su candidatura, aconsejando a sus amigos que votaran por Trumbull. Y la gran recepción organizada por Mary en honor de su esposo tuvo que celebrarse para agasajar al nuevo candidato.

¿Cuáles fueron los verdaderos motivos de esta retirada? ¿No convenía a los ideales de Lincoln formar en las filas de los abolicionistas que hubieran de presentarse al Senado? ¿Deseaba como político práctico ahondar la división de los demócratas?... ¿Preveía, acaso, con la doble vista de hombre de Estado, la disolución de los partidos y se reservaba para más altos fines?... Por entonces escribió a un amigo: "Siento mi derrota moderadamente, pero no he perdido el ánimo."

A medida que se acercaba el momento de la elección de Presidente (para la cual desde hacía mucho tiempo trabajaba Douglas sin descanso), el problema parecía pronto a resolverse. Mientras los demócratas, con graves discrepancias en el interior, seguían aparentemente unidos, los liberales se dividieron, decidiendo formar un nuevo partido. Los disidentes de ambos bandos debían reunirse al compás de los discursos, exclamaciones y versos de los hombres más notables de América. Llamáronse republicanos y, siguiendo el ejemplo de Jefferson, que desde hacía veinte años era uno de los modelos de Lincoln, escogieron Filadelfia como sede de los reformistas y a Fremont, trampero y pionero, como candidato a la presidencia. Por su prestancia física, edad y antecedentes, era digno adversario del viejo Buchanan, candidato de los demócratas. Naturalmente, al formarse en Illinois el nuevo partido, Lincoln figuró en primera línea. La impresión general era de que la nueva organización era en gran parte obra suya, de modo que hasta en Filadelfia, donde era personalmente desconocido, estuvo a punto de ser nombrado Vicepresidente. Su destino se iba cumpliendo. El abandono del Tratado de Illinois y la aprobación de la ley Kansas-Nebraska habían sido los frutos de la ambición de Douglas y la causa de la crisis del partido demócrata, que a su vez había traído la formación del nuevo partido, una buena parte de cuyo peso descansaba sobre los robustos hombros de Lincoln. Era natural, por consiguiente, que al crecer y

robustecerse el nuevo partido, sirviera de sostén a su mantenedor. Lincoln, que no sacó ninguna ventaja personal de la fundación del partido, pues ni siquiera presidió la más insignificante de las comisiones, tenía indiscutible derecho a disfrutar una parte de su poder en alguna forma, y así se demostró cuando, una vez fundado el comité constituyente, se le designó como candidato para el gobierno de Illinois.

Todo el mundo sabía que este cargo sólo representaba un escalón para llegar a la Presidencia. Lincoln se apresuró a renunciar diciendo: "Si yo fuese elegido, los demócratas dirían que lo había sido por mi filiación liberal, y que tratábamos de infundir nueva vida en el muerto organismo del viejo partido." Y recomendó, en cambio, a un hombre cuyo nombramiento contaba con el beneplácito de un numeroso grupo de demócratas. Acaso fuera su antigua timidez, su antigua cautela; en todo caso ya no era posible atribuir su retirada a la modestia, pues abundaban las pruebas de que, durante aquellos años, su confianza en si mismo se había afianzado definitivamente.

Por cuarta y última vez tenía que tomar parte en unas elecciones presidenciales. Entre las ciudades que deseaban oír su voz se contaba Bloomington. El discurso que pronunció allí no pudo ser reproducido por la prensa a causa de un hecho singular.

A los pocos minutos de empezar el orador, los periodistas dejaron descansar el lápiz, atendiendo con los cinco sentidos. La impresión que el discurso produjo sobre el auditorio sólo es comparable a la que, según Homero, causó Elena de Troya al presentarse en las murallas de la ciudad sitiada. Cuantos estaban presentes declararon después que el aspecto del orador hacía presentir la proximidad de una importante crisis en su existencia. Profundamente emocionado, empezó con cierta cavilación, que pronto cedió el puesto a una segura firmeza, y al adelantarse desde el fondo de la tribuna, con las manos extendidas y echada hacia atrás la pálida cabeza, en la que brillaban los ojos grises, el público creía tener delante a un iluminado. Uno de los testigos presenciales dijo:

"En aquellos momentos me pareció el hombre más hermoso que había visto en mi vida."

La causa de esta visible agitación era la importancia que iba tomando en el Sur un movimiento que amenazaba desmembrar la Unión, y cuyas funestas consecuencias para la patria le permitiría apreciar su doble vista. En aquel discurso, Lincoln habló

más de la unidad de los Estados que de la esclavitud. Su voz tomó más bien el tono de la advertencia que el del convencimiento, dando a los vecinos de la pequeña ciudad la sensación de que estaban oyendo parte de los secretos de Estado, de los que sólo se habla en las sesiones secretas del gabinete de Washington. Y, sin embargo, se expresaba en una forma sencilla y perfectamente comprensible; sólo que el campo de acción de la causa parecía haber pasado del terreno económico y político a las cuestiones más hondas de la existencia. La gente de Bloomington oyó por primera vez temblar la tierra bajo sus pies, y aplaudió frenéticamente, entre medrosa y entusiasmada. "¡No consentiremos que se rompa la Unión! ", exclamó por último el orador, dirigiéndose a un invisible enemigo, y todos los circunstantes repitieron su frase.

Pronto se extendió la fama de este discurso por todo

Illinois: miles de personas querían leerlo, sin lograr obtener su deseo. Entre los que le oyeron, no faltaron algunos, más avisados que los demás, que se dijeron a sí mismos: "He aquí un hombre que se está entrenando para Presidente."

Buchanan fue elegido. Una vez más habían vencido los demócratas, pero una tercera parte de sus votos se había trasladado al nuevo partido, lo que era una advertencia muy digna de tomarse en cuenta. Los espíritus más preclaros de la nación, entre los que se contaban Emerson, Motley y el poeta Longfellow, eran abolicionistas; este último desistió de un viaje a Europa con el objeto de votar contra la esclavitud. El jefe de los republicanos en el nuevo Senado era Chase, autor de la proclamación antiesclavista, hombre joven y resuelto, de espíritu vivaz e inteligente. Junto a él se hallaba Seward, un hombre flaco y de facciones pronunciadas, que espiaba al enemigo con sus ojos penetrantes, pero que era demasiado optimista para no equivocarse. En contraposición con los antiguos jefes, los actuales habían combatido siempre por el mantenimiento del Tratado de Missouri.

Pero el más notable de todos ellos y el de más rápido ingenio era Sumner, catedrático de derecho político de la Universidad de Harvard. Habíase educado en Europa, era valiente, fogoso y, como Lincoln, poseía un claro espíritu de justicia. Durante la discusión del asunto Kansas-Nebraska y la revisión de los fraudes

electorales, la excitación de los ánimos llegó a tal punto en el Senado, que senadores y diputados sacaron las armas en el propio recinto de los cuerpos colegisladores. Summer denunció la ley Kansas-Nebraska como un crimen y expuso al senador Butler, de la Carolina del Sur, al ludibrio del mundo. Dos días después, Brooks, pariente de Butler, atacó a Summer, que se hallaba escribiendo en su pupitre del Senado, y le golpeó brutalmente la cabeza con un bastón. Summer cayó al suelo sin sentido y su salud se resintió durante largos años de este ultraje.

El ataque a Summer fue, en realidad, el primer atentado de la guerra civil. Brooks fue aclamado como un héroe por los campeones del Sur. Un grupo de estudiantes le regaló un bastón con puño de oro. Los nordistas fueron calificados de cobardes por no aceptar el desafío de los propietarios del Sur. En una palabra, el país entero ardía en explosiones de entusiasmo o de indignación.

Una sentencia que pronunciara por entonces el más alto tribunal de la nación agregó combustible a las llamas. Un propietario del Sur había emigrado a uno de los Estados del Noroeste, llevando consigo a sus esclavos. Uno de los negros, que estaba más enterado de la política de lo que a su amo convenía, al pisar el Estado abolicionista reclamó su libertad y la de su familia. Su causa fue pasando de tribunal a tribunal, hasta llegar al supremo. Taney, jefe de éste, era un hombre erudito y venerable, uno de los pilares de la nación. Pero el ambiente de Washington, la opinión de la mayoría de la sociedad en que se movía y la influencia del nuevo Presidente, afecto a la causa de los propietarios del Sur, torcieron la voluntad del sabio magistrado, cuyo deber era consagrar su vida a velar por la Constitución como si ésta fuese un fuego sagrado. He aquí la sentencia de Taney: "Un negro no tiene derecho a acogerse a los tribunales de los Estados Unidos, y ni el Congreso ni la Asamblea de un Estado tienen facultades para impedir que un propietario traslade sus esclavos de un Estado libre a un Estado esclavista."

Fácil es comprender la excitación que semejante sentencia produciría. Si los más altos tribunales protegían la esclavitud, el programa del nuevo partido derrumbábase por su propio peso. Un clamoreo indignado recorrió todo el Norte, en tanto que el Sur, exaltado, expresaba su firme intención de separarse del Norte en el caso de que la sentencia no fuese acatada. Simultáneamente surgió una cuestión no menos ardua al presentarse al Senado la Constitución de Kansas, concediendo al

nuevo Estado el derecho de decidir si quería o no entrar en esa ley al formar parte de la Unión.

Dos relámpagos habían alumbrado la situación del país. Todos los jefes sabían exactamente cuál era su sitio, con excepción de Douglas, que hacía los mayores esfuerzos por consolidar su equívoca situación. ¿Cómo podía compaginar sus doctrinas acerca de la soberanía del pueblo con la sentencia de los esclavos de Scott y las violencias ejercidas en Kansas? ¿Cómo podía seguir obteniendo los votos de sus electores de Illinois, sin perder la confianza de los del Sur, tan necesaria cuando llegaron las elecciones presidenciales? Al fin y al cabo, el asunto de los negros no era más importante por el momento, pero la cuestión Kansas no tenía arreglo posible. Tras madura reflexión, decidió hacer una evolución que le asegurase el apoyo de los demócratas del Norte, mostrándose contrario a la ley de Kansas. La primera consecuencia que este cambio total podía tener era la crisis de un partido cuyo jefe entraba en liza contra el Presidente escogido por el mismo; la segunda podría ser la pérdida de la influencia en Washington, o de los votos de Illinois, y como el asunto en el Senado era indispensable para los futuros planes de Douglas, optó por los electores de la patria chica, y corrió a su Estado para calmarlos.

En la crítica situación, se le ofreció una inesperada salida, pero hubiera sido preciso tener más juventud y valor de los que tenía Douglas para poder aprovecharla. Después de la última evolución, que le apartó en cierto modo de los demócratas, los republicanos pensaron en atraérselo, para utilizar su nombre y su talento. Horace Greely, director del New York Tribune, el periódico de mayor circulación de todo el Norte, Seward y algunos otros jefes de Nueva Inglaterra, temiendo verse arrastrados por los radicales a declarar la abolición de la esclavitud local, confiaron en que bajo la dirección de Douglas el partido se vería libre de adoptar resoluciones demasiado radicales, suavizando al mismo tiempo sus relaciones con los del Sur. Esta buena inteligencia contribuiría al normal desarrollo de los negocios y a la integridad de la Unión. Greely, a quien este programa parecía demasiado político, aconsejó por medio del periódico a sus lectores de Illinois que votaran por Douglas, para atraérselo mediante tan señalado favor.

Por primera vez en su vida, Lincoln entró de lleno en la refriega. Como jefe de los republicanos de la izquierda, daba la señal de alarma, al ver amenazada con tal proposición la integridad del nuevo partido.

"Greely comete conmigo una injusticia. Yo soy un verdadero republicano y siempre he combatido en primera línea. Ahora trata de proponerme a Douglas, enemigo del Tratado de Missouri, instrumento en un tiempo de los sudistas, y enemigos actualmente de ellos. Sólo su confianza en la habilidad y experiencia de Douglas, que compensan su falta de principios y consecuencia, le hace suponer a Greely que su reelección sería más provechosa para la causa republicana que la de uno de nuestros colegas verdaderamente republicano. ¿Qué pretende el New York Tribune con sus ampulosos elogios de Douglas? ¿Es ésa la verdadera opinión de los republicanos de Washington? ¿Se ha decidido allí que las cosas irán mejor si nos sacrificamos en Illinois? Si es así, que lo digan cuanto antes y nos entregaremos, desde luego, evitándonos molestias y pérdidas de tiempo. En cuanto a mí, no he visto hasta la fecha ningún republicano que sea partidario de Douglas. Pero como ese periódico tiene de 5.000 a 10.000 lectores en Illinois, no sé lo que sucederá si predica a diario sobre el mismo asunto. No me quejo: sólo deseo una clara explicación."

He aquí un Lincoln nuevo, un Lincoln luchador. En las anteriores frases se percibe el enojo de su corazón leal que teme verse pospuesto a un adversario astuto. Los que leyeron estas cartas, que seguramente recorrían todo el mundo oficial de Washington, no dejarían de sorprenderse de la presunción de aquel gigantesco abogado de Springfield que osaba compararse con Douglas. Nadie adivinaba el fuego que ardía en el corazón de aquel hombre que sabía esperar, al concebir la posibilidad de verse en situación inferior ante su antiguo rival. Douglas, como enemigo, era soportable y aguijoneaba el deseo de combatir; pero tener a Douglas de superior, luchar a sus órdenes para la abolición de la esclavitud era completamente inadmisibile.

¿Era el partido realmente tan joven y puro como debía? ¿Las discusiones anteriores no lo habían envejecido y agrietado ya? Los jefes se querellaban entre sí, más por asuntos personales que por cuestión de principios. Ya el nuevo jefe había enviado sus exploradores, no al campo enemigo, sino a la pesca de votos entre los amigos

del partido, y Herndon regresó al Oeste con las más escépticas impresiones de su viaje. Seward estaba consumido de envidia y Greely sólo pensaba en intrigas en provecho propio; dos años después de la elección de Presidente, ya se preparaba la nueva. La desconfianza de la capital se extendía hasta Springfield, y Lincoln, que tenía presentada su candidatura senatorial, hubo de declarar que nada había hecho contra Seward. "Por mi parte, nada he hecho respecto a la elección del futuro Presidente, ni a la de Gobernador de nuestro Estado. Ni directa ni indirectamente he influido ni aceptado ningún compromiso. Dejemos a un lado las injustas sospechas de unos y otros. Así no se puede seguir".

Su insegura carrera política obligó a Lincoln a una mayor atención y asiduidad a la práctica de su profesión; de este modo, cuando, en realidad, su carrera de abogado casi terminaba, ganó varias causas ruidosas, que aumentaron considerablemente su fama, haciendo comprender a unos y otros que también podía ser muy útil en las contiendas políticas. Su victoria en el pleito del Ferrocarril Central de Illinois (que fue la causa más importante que defendió en toda su vida) le dio a conocer a miles de electores. En aquel entonces actuaba también en una causa por asesinato que dio mucho que hablar, por tratarse de personas muy conocidas entre la sociedad más distinguida de Springfield. En una reyerta política, un joven había matado a otro, que trabajaba en el bufete de Lincoln. Éste, sin embargo, defendió al agresor, que era precisamente nieto de aquel Cartwright que veinte años atrás acusara a Lincoln de no ser cristiano. Al presentarse el quebrantado viejo en el despacho de su antiguo adversario, para encargarlo de la defensa de su nieto, Lincoln supo interrogarle con tanta habilidad acerca de los usos, costumbres y carácter del acusado que, utilizando todos estos datos en la defensa, logró conmover al auditorio y sacar libre a su defendido.

Estas mortales luchas, fomentadas por el alcohol y la política, eran entonces cosa corriente en el Oeste. Un día leyó Lincoln en el diario el relato de una disputa sobrevenida durante una fiesta que se celebraba en un pueblo cercano y en el curso de la cual dos jóvenes habían dado muerte a un tercero. Uno de los jóvenes fue condenado a ocho años de prisión: el otro aún no había sido juzgado. Este último,

según el periódico, se llamaba Armstrong. El nombre del joven acusado sobresaltó a Lincoln. ¿Sería el hijo de Jack Armstrong, el amigo de su juventud? Lincoln recordó su llegada a New Salem, cuando era almadiero y tenía veinte años. Su extraordinaria fuerza le hizo vencer en la lucha grecorromana al mozo más robusto de la aldea. Este triunfo produjo animosidad general contra él, pero el vencido fue el único que le defendió... Más tarde, fueron amigos... muy amigos... y al volver desconsolado del entierro de Ana, se refugió en su hospitalaria casa y se sentó silenciosamente en un rincón, meciendo con el pie una cuna en la que dormía un niño. ¿Sería ese niño al que pretendían ahorcar ahora por asesino?

"Querida señora Armstrong: Acabo de enterarme del dolor que sufre usted al ver detenido a su hijo y acusado de asesinato. No puedo creer que haya sido capaz de tal cosa. De todos modos, y como débil prueba de mi gratitud por la amistad con que me han favorecido ustedes durante tantos años, me apresuro a poner a su disposición mi modesta y gratuita ayuda. Esto me ofrecerá la ocasión de corresponder en parte a los muchos favores que debo a usted y a su difunto esposo, y al desinterés con que me acogieron en su casa, brindándome en ella un generoso refugio."

Así escribe un abogado a una pobre viuda a quien no ha visto en veinte años, recordando la modesta hospitalidad recibida en días amargos... ; pero, no obstante, sus palabras suenan como si fueran dirigidas a la humanidad entera, como si fueran dichas por quien tuviera conciencia de una eterna responsabilidad. Deliberadamente disimula la base moral de su ofrecimiento dando a entender que sí presta gratuitamente sus servicios sólo lo hace en pago de la hospitalidad que recibiera gratuitamente. Escribiendo a la viuda de un rancho se expresa como un campesino que fuera al mismo tiempo un amigo y un amante de la humanidad.

Con minuciosas precauciones empezó el defensor a preparar el proceso. Hizo lo posible para obtener jurados jóvenes, a fin de que pudieran estar a la altura de los testigos, y consiguió que la vista de la causa tuviera lugar en una ciudad vecina, pues en la que fue teatro del suceso los ánimos estaban muy irritados contra los detenidos, por tener éstos mala fama y gozar de buen renombre el principal testigo de cargo. Pronto se enteró Lincoln de que éste era más enemigo de los acusados que amigo del muerto. Así, cuando el testigo declaró que había visto a Armstrong

golpear la cabeza de la víctima, causándole la herida que lo mató, Lincoln expuso la duda de que hubiese podido ver todo eso a orillas de un bosque y a las once de la noche.

- Lo vi a la luz de la luna, afirmó el testigo.

El defensor mandó que le trajeran un calendario y se puso a hojearlo, mientras la causa seguía su curso.

Devolvió el almanaque y, acercándose a la pobre madre, que estaba deshecha en lágrimas, le dijo en voz queda: No llore usted, Hannah; antes de que se ponga el sol estará libre su hijo.

La pobre mujer envolvió la interminable figura del defensor con una mirada en la que se mezclaban la duda y la esperanza. Al empezar Lincoln su defensa, lo hizo con voz lenta, recogiendo las contradicciones del testigo acusador, como quien trata de reconocer el terreno, y, al llegar a la acusación principal, volvió a pedir el calendario, demostrando a los jurados que en aquella noche reinaba oscuridad completa y, por consiguiente, no había ojos humanos que pudieran precisar los movimientos de los combatientes a la distancia que estaban situados.

Cambiando de tono, rompió el fuego contra los testigos, y con voz de trueno los acusó por su perjurio, que había estado a punto de costar la vida a un inocente. En la sala reinaba verdadero tumulto, y el público se levantaba y se sentaba, poseído de indescriptible excitación. Con un nuevo cambio de tono, el hábil letrado habló de la niñez del acusado, de la honradez de sus padres, de cuya buena amistad tenía tantas pruebas, conmovió hondamente al auditorio y antes de la noche obtuvo la absolución del hijo, según había prometido a la madre.

Ya entonces corrió de boca en boca este hecho y todavía largo tiempo después de su muerte contribuía a la popularidad de Lincoln. Es sorprendente cómo prepara la casualidad las ocasiones y oportunidades a los que están predestinados. Un proceso por asesinato con un testigo falso, y ganado por un defensor forastero, es cosa que se olvida pronto, pero la conmovedora carta en que Lincoln ofrecía sus servicios aun antes de conocer la inocencia del acusado, vincula la elocuencia del orador forense con la causa de la esclavitud. Con la misma energía que hoy libra de la muerte a un inocente, unos años después dará la libertad a millones de seres humanos.

Es el idealismo práctico de un eterno enamorado de la justicia, que sabe al mismo tiempo cómo analizar sus designios en el áspero mundo de la realidad. Ésta es la táctica de Lincoln. Avanza lentamente midiendo el terreno que pisa, convence con hechos a sus oyentes y desenmascara de repente los engaños de su adversario, ocultando siempre lo más íntimo de sus sentimientos, que considera incomunicables y privados; ante la muchedumbre, siempre envía a su cerebro como representante del corazón. Así como entonces cumpliera su palabra de libertad al joven Armstrong antes de ponerse el sol, del mismo modo libertará a todos los esclavos de América antes de que el sol de su existencia llegue al ocaso.

En su sabiduría y su tristeza, en su justicia y en su creciente poder sobre los demás, ¿no nos recuerda al viejo rey Saúl?

Procura disimular la maravillosa fuerza que emana de su persona, se mezcla con los aldeanos como si fuera uno de ellos, acecha en la calle, escucha en las tertulias de trastienda, pregunta, relata y es, en realidad, como un rey oculto. No obstante, aun en medio de la gente, está hasta tal punto solo que, instintivamente, busca y encuentra un joven David. Ward Hill Lamont era un arrogante mozo, veinte años menor que Lincoln. Aristócrata y ligero, dotado de la belleza morena del Sur, se pasaba la vida entre orgías y caballos, rindiendo apasionados homenajes a la música. Abogado de profesión, había conocido a Lincoln en uno de los viajes del tribunal ambulante, y Lincoln le escogió para representante suyo en una ciudad pequeña. Pero, al parecer, maestro y discípulo se habían ocupado poco de asuntos jurídicos y aún menos de política en sus conversaciones, pues el más joven propendía en el fondo a la conservación de la esclavitud, según la opinión dominante en Virginia, de donde era oriundo.

Pero, en cambio, ¡cuántas y qué lindas canciones sabía de marineros, pastores y campesinos! La poesía junto a la oratoria forense; la música hermanada con el ingenio. Estos dos hombres, separados por un mundo y unidos por otro, pasaban con frecuencia largas veladas juntos, no sin que sus colegas consideraran absurdo el que pudiera gustar a Lincoln la compañía de un caballero del Sur, poco instruido y que no compartía sus opiniones ni ideales. Pero Saúl sabía perfectamente lo que podía darle David. Del hombre y sus cualidades sólo veía al poeta. Llamábase familiarmente Hill, y cuando se sentía triste, desanimado, sumido en una de las

negras melancolías que le persiguieron toda su vida, rogaba con suplicantes miradas al siempre alegre Hill que cogiera su banjo y le cantara canciones populares, melodías de la Pradera, tristes o jocosas, tiernas o trágicas. A sus acordes, elevábanse poco a poco los sentimientos de aquel pobre corazón, siempre reconcentrado en sí mismo, adormecíanse las preocupaciones de su profesión, y él, que nunca poseyó dinero ni mujeres, que ni bebía ni jugaba, distraíase admirando en su amigo la exuberancia de una juventud que él nunca tuvo.

"¡Una casa que se divide contra sí misma no puede sostenerse!" Como un clarín de guerra resonó en la atestada sala de Springfield la frase bíblica, vigorosamente subrayada por la voz de Lincoln, a pesar de los consejos de los amigos, que procuraron disuadirle de pronunciar aquel discurso y especialmente aquella frase. "¿Acaso no son ustedes abolicionistas?", les preguntó Lincoln. Douglas había ido a Illinois, y su equívoca elocuencia había incitado a Lincoln. Había dicho lo que deseaba decir, y sus oyentes se miraron asustados unos a otros, en tanto que el orador proseguía: "Espero que nuestra casa no se venga abajo, pero temo que se divida... Es preciso decidirse por lo uno o lo otro... Un Estado en el que coexisten la libertad y la esclavitud no puede perdurar." Y, acto seguido, invitó a Douglas, que se hallaba ausente, a decir clara y categóricamente cuál era su opinión sobre Kansas, y la decisión de Dred Scott; a decir sin ambages si era partidario de la extensión o de la abolición de la esclavitud. Al mismo tiempo combatió las teorías de aquellos abolicionistas que trataban de oponerse a viva fuerza a la caza de esclavos. Declaró que la sentencia dictada en la causa Scott, aunque injusta moralmente, estaba conforme con las leyes vigentes, y que sólo se debía combatir en el terreno legal.

Variando siempre de tono, llegó al punto decisivo: "Protesto contra la falsa lógica de algunos, que sostienen que si me niego a tener una negra por esclava también puedo estar dispuesto a tomarla por esposa. Yo sólo aspiro a dejarla en paz. No niego que en algunos puntos no la reconozco por igual, pero tiene perfecto derecho a ganarse el pan con su trabajo; en eso es mi igual, e igual a todos los ciudadanos de la Unión. Si las hijas de Scott fueran libres, podrían unirse con blancos, si así lo desearan ambas partes; pero, en el actual estado de cosas, esas infelices mujeres

tienen la obligación de servir de juguetes a los caprichos de sus amos, sobre cuyas conciencias pesa el noventa por ciento de los mulatos, y que, de este modo, mezclan constantemente la sangre de nuestra raza a la de los negros."

Con estas contundentes razones encendió Lincoln el entusiasmo en su auditorio, y pronto el fogoso discurso corrió como un reguero de pólvora por todo el país. El propio orador reconoció el mérito de su obra, diciendo con cierta solemnidad: "Si hubiera de borrar de una plumada cuanto he hecho en mi vida con excepción de una sola cosa, escogería sin vacilar ese discurso." Las sombras de los acontecimientos futuros comenzaban a precisarse en su espíritu y lenta y gradualmente crecía en él el sentimiento de ser una figura histórica.

Tampoco escapó a la perspicacia de Douglas la significación histórica de este discurso; comprendía que la crisis se acercaba cada vez más, pero, conforme a su carácter, deseaba evitar el singular combate.

"Hablando confidencialmente, decía Douglas, no tengo las menores ganas de entrar en ese debate. El país entero me conoce y sabe hasta dónde puedo llegar... Lincoln, en comparación conmigo, apenas es conocido; si él triunfa, reconozco que es el hombre más hábil con que cuentan los demócratas, yo lo perderé todo, y él lo ganará. Si venzo yo, ganaré poco. Prefiero no tomar parte en el debate contra Lincoln."

No obstante, en público se expresaba de otro modo. Entonces mostraba a Lincoln como a uno de los más rabiosos abolicionistas. El discurso de la "Casa Dividida", decía Douglas, era una manifiesta excitación de separatismo, a despecho de la voluntad de una considerable parte de sus habitantes. Mister Lincoln domina esos juegos de palabras mezclados de metáforas que vemos en su último discurso. Por ejemplo: "Quisiera morirme, pero suponiendo que no me hubiera de morir", "lo que no impide que el señor Lincoln sea persona agradabilísima y de notoria inteligencia", concluía Douglas después de tergiversar el discurso de Lincoln.

Entonces tomó Lincoln una decisión sin precedentes en la historia de América: retó a su contrario a un duelo oratorio: "¿Accedería usted a que, para no perder tiempo, llegáramos al acuerdo de hablar ambos ante un mismo auditorio? El señor Judd, quien lleva a usted esta proposición, está autorizado para recoger su respuesta y, caso de que acepte, arreglar las condiciones." El paso era atrevido, pero acertado,

pues así se aseguraba el público de Douglas. A éste no le fue grato el proyecto, que empezó por rechazar, alegando que ya tenía fijadas las fechas y sitios de las reuniones de los demócratas; lamentó que la proposición no hubiera sido hecha con oportunidad, y por último señaló varias ciudades. Lincoln protestó contra el disimulado reproche de doblez, dióse por contento con las siete ciudades elegidas por el otro, y terminó diciendo: "Respecto a los demás detalles, sólo pido igualdad absoluta. Quiero hablar el mismo tiempo que usted y que el discurso final nos corresponda alternativamente. Nada más."

El duelo, cuyo galardón era el puesto de senador, comenzó en Ottawa y al efecto se instalaron unas tribunas al aire libre. Douglas habló una hora. Lincoln, hora y media, y Douglas otra media hora. A miles acudieron los oyentes deseosos de presenciar el original match. Todo Illinois escribió sobre el caso, el telégrafo difundió los detalles del debate y, después del tercer encuentro, todo el país se preguntaba: "¿Quiénes son los combatientes que tan denodadamente luchan en la palestra?"

Bastaba verlos juntos para comprender su irreconciliable antagonismo. A uno de ellos se le llamaba el "pequeño gigante", pues si bien era de estatura relativamente baja, aún lo parecía más por la excesiva anchura de los hombros y lo cuadrado de su cabeza, sostenida por un cuello de toro; sin embargo, era ágil y no carecía de elegancia. Un impecable traje y una irreprochable camisa cubrían su rechoncha figura. Cuando hablaba solía echar hacia atrás su abundante y largo cabello negro, ligeramente encanecido. Su fisonomía era movable, su ceño denotaba voluntad, y la mirada de sus ojos azules tenía una atracción magnética. Sólo cuando escuchaba podía observarse que el abuso del alcohol había abotagado su rostro, y su palidez denotaba el aire impuro de la ciudad; y hasta en los mismos nerviosos movimientos de su fina y bien cuidada mano veíase claramente lo desacostumbrado que estaba al aire del campo. Su contrincante era tan alto como bajo Douglas, tan flaco y huesudo como rechoncho éste. Su nariz tenía un corte aguileño; la expresión de sus ojos era más inquisidora que penetrante; su arrugado rostro no tenía brillantez expresiva. Las ropas que cubrían su desgarbado figura estaban mal hechas y revelaban excesiva negligencia. Sus grandes pies eran los de un hombre que anda lenta y cautelosamente; sus musculosas y nervudas manos eran las de quien está

acostumbrado a levantar grandes pesos. Se necesitaría ser un poeta para decidirse a primera vista en favor de Lincoln.

¿Cuál era el haber de cada uno de estos hombres? El uno, nacido 45 años atrás, era hijo de un médico que, habiendo perdido cuanto tenía, no pudo sostener a su familia; el chico tuvo que trabajar en el campo para ganarse el dinero de la escuela. Un amigo de su padre le tomó como aprendiz de ebanista, y con los jornales que ahorró se pagó los estudios: a los veinte años obtuvo el título de maestro y a los veintiuno el de abogado. Con extraordinaria laboriosidad, aguijoneada por la ambición, fue subiendo poco a poco en la escala social. Muy joven aún ocupó un puesto en los escaños del Congreso, ganándose las voluntades por su ingenio y amabilidad, que en poco tiempo le hicieron persona grata en los altos círculos oficiales. Al mismo tiempo, había ganado una fortuna en lucrativas especulaciones agrarias, y antes de cumplir los cuarenta había sido senador, primer magistrado del Tribunal, secretario de Estado y presidente de la Comisión para los nuevos territorios. En sus viajes por Europa, fue recibido por el Zar de Rusia y la Reina de Inglaterra. Se le consideraba un hábil diplomático y en dos ocasiones había estado a punto de ser elegido Presidente. Casado con la hija de un propietario de esclavos del Sur, al que no tardó en heredar, conoció y apreció la esclavitud, pero tuvo buen cuidado de dejar en manos de su esposa la administración de sus haciendas y esclavos. Muerta su esposa, contrajo segundas nupcias con una distinguida e inteligente dama católica, nativa también del Sur y famosa por su belleza, que no tardó en colocarlo a la cabeza de la sociedad de Washington. Era, pues, Douglas uno de los jefes de su partido y uno de los hombres más destacados de la nación; rico, poderoso y temido, a la vez que galante, caballeresco y atractivo.

Lincoln no tenía ambición de poderío ni de riquezas; sólo poseía la conciencia de su propia superioridad, que poco a poco le haría salir del estrecho círculo de la vida provincial. En tanto que su adversario, siguiendo un plan preconcebido, colocaba piedra sobre piedra para construir la torre de su triunfo y poder contemplar desde su cima el amplio panorama, Lincoln recorría el país sin objeto aparente, informándose, observando y, en realidad, fija siempre la vista en la última cima de un ideal que parecía inasequible. Si algunas veces, por complacer a su esposa, dejó la llanura para ascender a ciertas alturas del poder humano, pronto renunció a ellas,

preguntándose con melancólica sonrisa: "¿A qué tantas molestias? ¿Pueden, acaso, el poder y la influencia procurar la dicha? ¿Merece el éxito que lo paguemos al precio de nuestra independencia interior?" El uno construye una balsa a la ligera y con ella se lanza en el torrente de los partidos, maniobrando con habilidad para llegar a buen puerto; olfateando la construcción de una nueva línea férrea, apresurase a comprar los terrenos que ha de atravesar, influye en el curso de la línea, revende las tierras y se hace rico de la noche a la mañana. El otro compra un almacén en quiebra, se pasa el día leyendo sobre el mostrador en vez de fomentar sus negocios, amontona deudas en vez de dinero, deudas que pesarán durante doce años sobre él, y, no queriendo competir con sus amigos, pierde la oportunidad de lograr una lucrativa posición oficial, abandona la vida social de la capital y la de su propia ciudad y prefiere recorrer sórdidas callejuelas y alojarse en míseras hosterías lugareñas, donde cuenta innumerables anécdotas ilustrativas de la humana flaqueza.

Así, pues, el hombre ágil y bajo había superado al hombre alto y lento en todas las cosas, menos en la historia de su corazón. En tanto que el más bajo de los contrincantes habla de reyes y emperadores, enumerando las veces que se han inclinado ante él los personajes palatinos, el más alto sólo habla de las reinas de la fábula y no recuerda que nadie se haya inclinado ante él, pero en verdad que él tampoco se ha inclinado nunca ante nadie. Hemos visto también como un hombre ávido de poder sabe mantenerse siempre en la línea de su ambición, aspirando a llegar a la altura desde la que se domina la sociedad entera, sin preocuparse de lo que no sea hacedero, en tanto que un espíritu vagabundo suspira por sueños paradisiacos que ninguna realidad encierran. Así fue como aquel que nunca se había inclinado ante nadie pidió prestados cien dólares al que tantas veces lo había hecho, devolviéndoselos más tarde, sin conservar por ello ningún sentimiento de gratitud. Sólo una vez el alto venció al bajo, y fue en la conquista de Mary Todd, pero entonces la lucha tuvo lugar en el espíritu de Mary, y la victoria fue una victoria pírrica.

No, la duda era imposible: Douglas era y sería siempre el vencedor. Miradle: ¿no es realmente el rey de Illinois? Viajaba en trenes especiales, o, por lo menos, en un vagón especial; acompañábale un cañón de bronce montado sobre un furgón de carga, cañón que debía anunciar su llegada a las ciudades. Al oír los 32 cañonazos

con que atronaba el aire, acercábase al tren el mejor carruaje de todo el Estado para recoger al candidato y a su elegante esposa. Un grupo de entusiastas, en el que no faltaban algunas mujeres, desenganchaban los caballos y, sustituyéndolos, paseaban triunfalmente al político, llevándole al Ayuntamiento o a la fonda. Y Douglas, de pie en el coche y sombrero en mano, saludaba a todos, pensando: "Soy el amo de esta tierra."

Para Lincoln no había vagones especiales. Como los pequeños burgueses y campesinos, viajaba en vagones repletos de pasajeros. Una vez, el tren mixto en que viajaba Lincoln y los suyos hubo de esperar en una vía muerta a que pasara el tren especial de Douglas; cuando pasó, alguien oyó decir al sencillo abogado estas palabras, entre altivas e irónicas: "Evidentemente, el caballero que va en ese coche no ha pensado en lo que tiene de principesco nuestro vagón." Y si no tenía vagones especiales, tampoco anunciaban su llegada los 32 cañonazos; sus amigos le iban a buscar en un sencillo carruaje tirado por dos caballos de labor, más robustos que decorativos, y en los casos en que una charanga contribuía con sus estridentes sonos a la brillantez del recibimiento, veíase sufrir al agasajado. Cuando Douglas recibía a los que un momento después habían de oírlo, su amable sonrisa se estereotipaba en sus labios durante una hora. Cordialmente estrechaba la mano de cuantos se le acercaban; dejaba su grave altivez de senador y se convertía en un hombre del pueblo, que reconoce a todos y a cada uno le pregunta por lo que más le interesa, sin dejar de mascar tabaco y repartir whisky, no sin que su esposa le llame la atención frecuentemente para que no se exceda en las consumiciones. Lincoln, en cambio, huraño y desconfiado, poco afecto al bullicio y la muchedumbre, ganaba difícilmente la voluntad del pueblo desconocido, y cuando debía halagar a algún influyente cacique local, plantábase delante de él con la austera gravedad de un Coriolano.

Pero ya subían los oradores a la tribuna, y el público se disponía a oírlos. Aquel día, Douglas abría el debate entre los aplausos de sus correligionarios, a los que correspondía saludando efusivamente a todos lados. Habla con fuerte y pastosa voz de barítono; su pronunciación es clara, y elocuentes su expresión y ademanes. Su volubilidad y el brillo de su artificioso lógica tenían embelesado al auditorio, precisamente porque no se expresaba en estilo popular, sino en un lenguaje fuera

de sus entendederas. Unas veces parecía solapado y agresivo, otras sincero y declamatorio, y así tenía al público pendiente de sus labios, con el interés que produce un hermoso castillo de fuegos artificiales, que se olvida apenas apagada la última chispa.

Después de tan brillante discurso, la situación de Lincoln era muy difícil. Preciso es confesar que su aparición en la tribuna no prevenía en su favor. Todo colgaba en él; cabeza, brazos y ropa. Con los pies juntos y el cuerpo rígido, cuando recogía las manos sobre el pecho, haciendo girar los pulgares, parecía un desmedrado maestro de escuela que con voz chillona disponíase a preguntar la lección a sus discípulos. Pero, a medida que hablaba, la voz se iba haciendo más cálida y dominadora; olvidábase de sí mismo, y echando atrás la cabeza, que tomaba más parte en su mímica que los brazos, subrayaba su tesis con un ademán de la mano, señalando las cabezas de su auditorio con un índice largo y huesudo. Cuando, en un período culminante de su discurso, abría los brazos con ademán amplio de bendición o blandía los cerrados puños lanzando una enérgica imprecación contra la esclavitud, la gente contemplaba con asombro aquella imponente figura de iluminado, que se apoyaba en la barandilla de la tribuna; y todos sentían la sinceridad de su emoción. Lincoln empezó haciendo grandes concesiones a su adversario. Sus sentimientos equitativos, su lógica socrática, tan patente en la tribuna política como en los tribunales de justicia, le hacen reconocer los puntos sólidos del alegato de Douglas, y con viril cortesía hace cuanto puede por subrayarlos. Esta franqueza inspira confianza; pero luego continúa exponiendo uno tras otro los argumentos falaces del adversario, analizándolos, disecándolos con el bisturí de su lógica y poniendo al descubierto la verdadera llaga. Derivando sus ejemplos de la vida diaria de los rancheros, entre los que había vivido, procede de afirmación en afirmación en un estilo sencillo y claro. Ahora como siempre, el fin que persigue es un fin cordial, un fin moral. Pero, como declaraba al principio, sabe mantenerse durante todo el discurso dentro de los límites de la más estricta lógica.

En el debate parecía transformarse. Cuando concluía, Douglas, sacudiendo su cabeza de viejo gladiador, trataba de falsear los argumentos de su adversario, ya que no podía rebatirlos, y, animado por los aplausos de sus parciales, iba llegando hasta la grosería. La réplica de Lincoln era siempre aguda, peligrosa y despiadada;

mientras el primero intentaba burlarse del segundo, éste ponía a aquél en ridículo. En el curso del debate, el diplomático no estaba a la altura del abogado rural; el orador de la Cámara ignoraba la acústica de las salas rurales y se dejaba vencer por el campesino. El hombre bajo influía en las muchedumbres; el alto, en los individuos aislados. La influencia del primero era rápida y superficial; la del segundo, lenta y profunda. Al oír a Douglas, decía la gente: "Así deben ser los personajes que viven en Washington"; pero, al escuchar a Lincoln, todos estaban conformes en que así debía ser el hombre que había de representarlos en la capital. A Douglas le estaba reservada una pronta y efímera victoria; a Lincoln, un triunfo tardío, pero durable.

Como si fuese un instrumento del Destino, Lincoln siguió combatiendo con denuedo la esclavitud. Si echamos una ojeada retrospectiva al período que precedió a la guerra civil con conocimiento de los hechos desastrosos que en ella se cumplieron, no podemos dejar de preguntarnos si aquella furiosa controversia era esencial y si no era posible llegar a un acuerdo como lo deseaban los moderados de ambos partidos. No queremos decir con esto que el debate de Illinois fuera la causa de la guerra, pero sí que sus efectos fueron excepcionales. En los discursos allí pronunciados se dijeron palabras llenas de significación que se grabaron en el cerebro de millones de hombres, contribuyendo así a la agravación del conflicto.

En uno de los debates, había dicho Lincoln: "No pretendo hacerme pasar por mejor de lo que soy, ni trato de simular que no me alegraría el ser elegido senador. Esas hipocresías no se han hecho para mí. Pero sí afirmo que este encarnizado debate nada importa a la nación. El que mister Douglas y yo continuemos la controversia, puede ser de gran importancia para nosotros, pero nada supone en comparación con el arduo problema de que depende la suerte del país." La ley moral inmanente que guió a Lincoln durante su vida, y al servicio de la cual murió, le hacía colocar en segundo término las cuestiones e intereses personales, para obrar pensando únicamente en la causa de la Humanidad.

También Douglas sentía que las fuerzas del Destino se hallaban en acción. "Diga usted a Lincoln, ordenó a un mensajero, que he cruzado el río y quemado mis naves." Hay en esta frase un tono emocional muy diferente a la habitual elegante

ligereza de su estilo. Quizá creía en el fondo en una de las frases que más gustaba de repetir: "Me es igual que se vote en pro o en contra de la esclavitud. Es una cuestión puramente de dólares y centavos. Al crear esta tierra, el Altísimo trazó una línea divisoria, y dispuso que una parte fuera ya siempre labrada por manos de esclavos y la otra por hombres libres."

Clara y sonora se elevó la voz de Lincoln contra esta falsa afirmación: "Éste es un mundo de contradicciones, dijo. El que no quiera ser esclavo, debe abstenerse de tener esclavos. Quien priva de la libertad a un semejante, no es digno de disfrutarla él." Y, volviendo a la Constitución, mostróse tan práctico como siempre, diciendo: "Yo creo que la declaración de que todos los hombres son iguales es el gran principio fundamental en que se basan nuestras libres instituciones. La esclavitud del negro viola este principio. Pero, por nuestra forma de Gobierno, este principio no ha sido impuesto como una obligación legal; por nuestra forma de Gobierno los Estados tienen libertad para implantar o rechazar la esclavitud en sus respectivos territorios... Así, donde existía de hecho la esclavitud, se modificó la Constitución, necesariamente. Pero esta necesidad no existe en los territorios en que no hay esclavos."

Comentando la sentencia de Scott, concluye: "Antes, un amo tenía derecho a dar libertad a sus esclavos; hoy no existe esa noble prerrogativa, puesto que se prohíbe libertar a esos infelices."

Lincoln comprendía que la doctrina de la soberanía popular predicada por Douglas hacía inevitablemente de la esclavitud un negocio nacional, del que se derivaría fatalmente la reanudación del comercio en África.

"Si nadie puede impedirme que lleve mis esclavos a Nebraska, como llevaría mis caballos o mis cerdos, ¿por qué dictan nuestros legisladores sentencia de muerte contra los importadores de esclavos africanos? ¿Por qué no condenan también a muerte a los cazadores de jabalíes? ¿Por qué es en el Sur el vendedor de esclavos un hombre al que todos miran con desprecio, al que ningún caballero estrecharía nunca la mano y a cuyos hijos no les permitiría jugar nunca con los suyos, mientras que los hijos de sus esclavos juegan con ellos? ¿Por qué haber puesto en libertad a tantos esclavos si no es por obediencia a los remordimientos de conciencia? Si renegamos del principio básico de nuestra Constitución y declaramos la inferioridad

de los negros, no tardaremos en declarar que no todos los blancos son iguales... ¿A qué quedará reducido el espíritu fundamental de nuestra Constitución, que no concede a ningún hombre el derecho de mandar sobre otro, sin previo convenio mutuo? Los dictadores dicen siempre: "Nosotros no aspiramos al Poder; sólo queremos el bienestar del pueblo, que marcha mejor cuando va guiado." Ese argumento de los reyes no es menos concluyente al ser empleado por los miembros de una raza superior contra los miembros de una inferior."

En todos sus pensamientos encontramos un concepto general de justicia social. Al denunciar Douglas la huelga de zapateros del Norte, originada por su pretensión de ganar más de 250 dólares al año, exclama Lincoln: "¡Gracias a Dios que nuestra organización del trabajo autoriza las huelgas!"

Raras veces permitió Lincoln que la pasión se apoderase de él durante estos debates. Lo que más le irritaba no era el yugo sufrido por los cuerpos negros, sino la indolencia con que los corazones blancos aceptaban la esclavitud. Por eso le asqueaba interiormente la aparente neutralidad de Douglas más que la violencia de los propietarios del Sur que, a fin de cuentas, obraban según su moral.

"¡Odio la indiferencia! exclamó en uno de sus discursos. Ello debilita en nuestros Estados el sentido de la justicia y concede a los enemigos de una Constitución pacífica una apariencia de derecho que les permite calificarnos de hipócritas; al mismo tiempo, da a los verdaderos amigos de la libertad una razón de peso para poner en duda nuestra sinceridad."

Y en otra ocasión dijo: "Si os acostumbráis a hollar los derechos de cuantos os rodean, perderéis el espíritu de la propia libertad, y os convertiréis en seres cobardes y dispuestos a someterse servilmente al primer tirano que se levante de entre vosotros. Y permitidme os diga que estas cosas se preparan con la lógica inflexible de la historia cuando las votaciones demuestran que sentencias como la de Scott y tantos otros son soportadas por el pueblo... Se puede engañar a todo el pueblo durante algún tiempo. A una parte del pueblo se la puede engañar siempre: pero no se puede engañar siempre a todo el pueblo."

Después de estas graves razones, volvía a la ironía y a la metáfora popular, que acompañaban a los desahogos de su melancólica naturaleza, como sigue el scherzo al largo en una sonata. Para demostrar que Buchanan, Douglas, Taney y otro jefe de

Washington habían conspirado juntos desde mucho tiempo atrás, decía, empleando los nombres de pila de los personajes, por todos conocidos: "Cuando nos encontramos ante una porción de madera tallada y vemos que las distintas piezas son encajadas por cuatro obreros distintos, por ejemplo: Stephen, Roger, Franklin y James, al ver la perfección del trabajo no podemos menos de suponer que los cuatro llevan ya mucho tiempo trabajando juntos en la misma obra."

De nuevo, queriendo ejemplarizar las diversas actitudes que pueden adoptar los Estados nuevos y vicios con respecto a la esclavitud, dice: "Si una serpiente me sale al paso en mi camino, me apresuraré a matarla con el primer palo que encuentre; pero si encuentro a la serpiente en la cama en que duermen mis hijos, he de tomar mayores precauciones para evitar que los muerda, y mayores aún si el reptil se halla en el lecho de los hijos de mi vecino, con quien me une el solemne compromiso de no mezclarme para nada en sus asuntos... Pero se trata de hacer una cama nueva para los niños, y hay quien intenta colocar en ella un nido de viborillas."

Estas vigorosas metáforas se mezclan a sátiras y maliciosas agudezas y a oportunas réplicas en las que, si Douglas era muy hábil, Lincoln lo era todavía más. En uno de sus primeros discursos, Douglas acusó a Lincoln de ser un abolicionista incondicional, presentando como prueba un viejo programa radical, firmado por Lincoln.

En realidad, el documento era falso, y cuando, más tarde, Douglas hizo referencia a otros documentos, Lincoln declaró en su cara que el fracaso anterior descalificaba cuanto quisiera mostrar como evidente. En otra ocasión, habiendo Douglas tergiversado sus opiniones, negando lo que poco antes afirmara, observó Lincoln: "Si digo que usted se ha quitado el sombrero es fácil que me califique de mentiroso y se lo vuelva a poner en seguida. Tal es la fuerza de todos sus argumentos."

Otras veces, Lincoln lograba poner en ridículo a su contrario desarrollando cualquiera de las expresiones de éste. Decía Douglas: "Entre un blanco y un negro, opto por el blanco; pero entre un negro y un cocodrilo, escojo al negro." Y Lincoln: "Eso significa que el negro es con respecto al blanco lo que el cocodrilo con respecto al negro, y que, puesto que el negro puede dar legalmente al cocodrilo el trato que le plazca, los blancos pueden hacer otro tanto con los negros. Tal es la moraleja del símil de mister Douglas." Y en otra ocasión: "¿Cree mister Douglas haber

descubierto el derecho del pueblo a regirse por sí mismo?... En absoluto. La idea de la soberanía popular fue puesta en circulación muchos siglos antes de que naciera el autor de la ley Kansas-Nebraska, y aun antes de que el mismo Colón pusiera los pies en este Continente... Si el juez Douglas no inventó esa idea, debemos rogarle nos permita investigar cuáles han sido sus inventos y descubrimientos. ¿Quizás el derecho de emigrar a Kansas o Nebraska llevando entre la impedimenta buen número de negros? Tampoco, pues esas doctrinas ya las había dado a conocer el general Cass seis años antes. ¿Qué ha inventado, pues, nuestro "pequeño gigante"? Cass no tuvo la desfachatez de bautizar al derecho de los blancos sobre los negros con el pomposo título de soberanía popular. En esos tiempos nadie tenía el descaro de confundir la ominosa ley del látigo con un derecho legal propio de la independencia. Así, pues, el descubrimiento de Douglas se reduce a lo siguiente: "Soberanía popular es el derecho de llevar negros a Nebraska y abrirles las carnes a latigazos."

Tan mordaz podía ser Lincoln cuando veía que ante sus propios ojos trataban de hacer pasar la moneda falsa por buena. A las intempestivas interrupciones de su contrario respondía: "No tenemos tiempo que perder en baldías disputas. Yo sólo quiero afianzar la verdad, sin hacer caso de las impertinencias de mister Douglas." Y cuando éste le pregunta por qué votó contra los créditos de guerra en tiempo de la campaña de Méjico, Lincoln, en vez de contestar que Douglas se equivocaba, saltó de la tribuna, hizo subir a ella a un amigo de su contrario, y dijo: "Nada tengo que ver con este señor, pero de hombre a hombre le pregunto si es verdad lo que mister Douglas acaba de decir", y en medio de las carcajadas generales, el interrogado tuvo que desmentir a su amigo.

Aún aumentó el regocijo de su auditorio cuando Lincoln comparó a Douglas con el calamar que enturbia las aguas con su tinta para disimular su huida. La verdad es que el mísero abogado de provincia no carecía de cierta ática gracia para ridiculizar a su adversario.

"El senador Douglas posee un nombre universalmente conocido. Todos los perspicaces políticos de su partido ven en él a nuestro futuro Presidente. En su redondo, jovial y rubicundo rostro, ven toda clase de empleos, comisiones y cargos públicos bien remunerados, y todas las manos se tienden hacia él, deseando atrapar

algo de tan maravillosa fertilidad. Este atrayente cuadro ha quedado tan fijo en la imaginación popular, que la pequeña modificación de su partido no ha hecho perder las esperanzas a los pretendientes que siguen rodeando a su ídolo con insaciable avidez, y en cuyo honor preparan desfiles con antorchas y entradas triunfales, como en las épocas de sus mayores éxitos. A mí, en cambio, nadie me señala como futuro Presidente, ni ve en mi pobre y descarnada cara la más modesta berza que cosechar. Ésta es una notable desventaja para los republicanos, que tenemos que cimentar nuestro combate sobre bases firmes, prescindiendo de la ambición de los unos y la simpatía personal de los otros."

En uno de los debates, en el segundo precisamente, Lincoln preparó una emboscada a su rival, formulando una pregunta que encerraba la mágica antítesis que los separaba.

"¿Puede legalmente el pueblo de un territorio de los Estados Unidos excluir, contra la opinión de uno solo de los ciudadanos de la Unión, la esclavitud de sus límites antes de dar una Constitución al Estado?"

Lincoln sabía que las doctrinas de Douglas sobre la soberanía popular, según las cuales cada Estado tenía derecho a constituirse a su gusto, siempre que se sujetara a la Constitución de la Unión, eran incompatibles con la sentencia dictada por el Tribunal Supremo en el asunto de Dred Scott, sentencia que implicaba el reconocimiento del derecho que tenía un emigrante de llevar sus esclavos a un Estado abolicionista. Lincoln sabía que si Douglas contestaba con una negativa, renegaba de la ley de Kansas, haciendo imposible su reelección como senador por Illinois. Si Douglas respondía "sí", perdería los votos del Sur y nunca llegaría a ser Presidente. Por el momento, Douglas sorteó el dilema no menos hábilmente:

"Lo que el Tribunal Supremo pueda decidir sobre la cuestión abstracta de si la esclavitud puede introducirse o no en un territorio de la Unión es cosa que no importa: el pueblo tiene medios legales para introducirla o excluirla a su antojo, por la sencilla razón de que la esclavitud no podrá existir el día en que la policía local no la sostenga."

Los miles de campesinos y gente ciudadana que oían estas sutilezas, sólo comprendieron que una hábil pregunta había sido contestada hábilmente. El público, dividido en dos bandos, prorrumpió simultáneamente en un ensordecedor griterío, y

las dos bandas de música que constantemente acompañaban a los candidatos comenzaron a tocar al mismo tiempo tratando cada una de sofocar la música de la otra. En medio del alboroto, nadie, ni siquiera los mismos amigos de Lincoln, se dieron cuenta del alcance de la pregunta y la respuesta. Y, sin embargo, en ella se encerraba la revelación de que en el abogado iba creciendo el estadista.

Dos años después sucedía lo que él había previsto. Ya en aquellos momentos la respuesta de Douglas levantó grandes tempestades en el Sur, pues la idea de que los Estados negaran su protección a la esclavitud fue considerada allí unánimemente como una provocación. Al ganar su puesto en el Senado, Douglas perdía la posibilidad de llegar a la Presidencia. ¿Y Lincoln?... ¿Qué opinaba del inevitable triunfo de su enemigo? ¿Había sido su único deseo anular a un hombre al que consideraba peligroso? ¿No tenía interés personal alguno en la lucha que habría de librarse dos años después? Fuese lo que fuese, ya hacía tiempo que conocía a Douglas, y en sus cartas confidenciales había calificado sus aparatosos viajes a través de Illinois de "huecos y fanfarrones como los boletines de Napoleón a su regreso de Rusia". Y también escribió: "Douglas es un hombre que tiene engañados a diez mil ciegos. A mí me corresponde devolverles la vista." La cuestión era saber si Douglas consentiría en seguir conteniendo con él.

"Era un día muy caluroso, relata uno de los partidarios de Lincoln, que fue a visitarlo a la fonda, en la cual se hallaba rodeado de amigos; limpiándose el sudor de la frente, el candidato me propuso que saliéramos al patio a respirar un poco de aire. "Estamos preparados, dije yo, pero aún no sabemos cómo acabará este duelo con Douglas." Una sombra nubló el rostro de mi interlocutor, y la expresión de sus ojos me dio a entender que había comprendido mis dudas. "Siéntese usted un momento, me dijo, haciéndolo él en la escalera de piedra que conducía al hotel. ¿Ha visto usted a dos hombres que se preparan para luchar?"

"- Sí.... muchas veces..."

"- Bien; el uno habla constantemente de las proezas que va a realizar y, sacando el pecho y blandiendo los puños, consume sus fuerzas en asombrar prematuramente al público. El otro no abre los labios, deja colgar los brazos a lo largo del cuerpo, inclina la cabeza sobre el hombro y se cuadra sobre sus pies juntos. Reserva sus

fuerzas para el combate, y es seguro que cuando éste comience vencerá o perecerá en la contienda."

Lincoln perdió el primer asalto y ganó el segundo, pero murió en la contienda.

Douglas había ganado el primer asalto. Había obtenido una enorme mayoría y regresó a la capital como senador, en tanto que Lincoln volvía a su profesión de abogado rural. Todo parecía haber sido inútil. Lincoln pasó momentos tan amargos como los de su llegada a Petersburg, donde le recibieron con una silba que duró media hora; o como en Ottawa, donde los mozos se empeñaron en llevarle en hombros, con las piernas colgando y los pantalones subidos hasta las rodillas, o como en otra tercera ciudad, cuyas enguinaldadas calles hubo de recorrer. No sabía qué era peor, pero todo le era insoportable. A una dama que quiso burlarse de él ofreciéndole una muñeca negra, le preguntó sencillamente: "¿Es su nena, señora?" En otra ocasión un jinete se acercó a la tribuna y le preguntó: "¿Le gustaría a usted dormir en la misma cama con un negro?" Lincoln no se dignó contestarle, pero le miró con tal desprecio, que el atrevido volvió grupas, alejándose entre los denuestos y la mofa de la concurrencia.

No, la verdad es que no todo había sido inútil. Algo notable había sucedido: el nombre de Abraham Lincoln se había dado a conocer en toda Norteamérica, y en tanto que el equívoco papel representado por Douglas hacía que los resentidos demócratas le relevaran de la presidencia del Comité de Relaciones Exteriores, cargo que viniera disfrutando desde hacía once años, todo el Norte hablaba de "Abraham, el matador de gigantes" y anónimos ingeniosos lo celebraban en coplas. Una de ellas empezaba:

Por el lado del Oeste empieza a alzarse la estrella de la patria.

Las muchachas prefieren a Lincoln; sus madres apoyaron a Clay.

A pesar de su enérgica oposición, se dio su nombre a un nuevo pueblo de Illinois. Uno de, los más importantes diarios del Oeste escribió:

"¿Os habéis dado cuenta de que sus discursos son los más trascendentales que hemos oído?" Y otro decía: "jamás se dio a conocer en su país un hombre tan rápidamente como Lincoln con sus discursos." Un desconocido le escribió: "Se parece usted a Lord Byron, que se despertó un día siendo famoso. Todo el pueblo desea conocerlo. De un solo golpe ha pasado usted de la posición de un acreditado jurisconsulto provinciano a la de personaje nacional." Todo esto contribuyó a que los correligionarios y hasta los miembros de su familia acabaran por convergerse de que no sólo era un sujeto aprovechable para el partido, sino que muy bien pudiera ser, además, un gran hombre.

¿Qué opinaba éste de sí mismo?

Una noche de verano, durante los debates, Lincoln, acompañado por Villard, esperaba en una estación. Como se desatara una tormenta, ambos se refugiaron en un furgón de mercancías, acurrucándose en la oscuridad. En aquel mísero ambiente, sin asiento ni luz, surgió en su mente el recuerdo de su juventud y comenzó a comparar el hoy con el ayer. En su monólogo, declaró que cuando era dependiente de un almacén en New Salem, tenía entonces veinticinco años, sus más locas ambiciones no pasaban de aspirar a ocupar un asiento en la Asamblea del Estado. "No niego, agregó sonriendo, que desde entonces mi ambición ha crecido. Pero sólo mis amigos me impulsaron a esta campaña electoral. Personalmente, no me conceptuaba con talla suficiente para senador, y he necesitado mucho tiempo para persuadirme de que podía aspirar a serlo." Y volviendo a sonreír prosiguió: "Ahora estoy seguro, estoy convencido de que sirvo para el caso, mas aún me digo con frecuencia: "Ese puesto es demasiado alto para ti y no lo alcanzarás." Pero Mary se empeña en que sea senador... y hasta se atreve a soñar con verme Presidente." Una ruidosa carcajada siguió a estas palabras, y cruzando las manos sobre las piernas, de modo que las rodillas quedaran en alto, rió largamente de la insensata ambición de su esposa, exclamando: "¡Figúrese usted, amigo mío, la facha que haría yo de Presidente!..."

Es ésta una de las escenas más hermosas de la vida de Lincoln, y así la describe un agudo observador: "Después de dos días de charangas y gallardetes, el héroe de la

fiesta se sienta con un periodista en la dismantelada oscuridad de un furgón de mercancías. El asiento es duro y la oscuridad tan profunda como las noches de Indiana en la barraca paterna. Pero a él nada le importa; al contrario, la sombra y la soledad le animan en vez de deprimirle. Poco a poco se desata la lengua del eterno taciturno, la oscuridad favorece la confesión; y la ironía con que aprecia el humano esfuerzo y el suyo propio contrasta con la dulzura de su acento al hablar de su amor al prójimo y el amargo tono con que se refiere a sí mismo, y todas sus palabras suenan en el vagón vacío como una música de duendes. Sentado en el duro suelo revela los ocultos motivos de sus acciones. Cómo se sacrifica por satisfacer la ambición de Mary, y cómo, cediendo a su temperamento de poeta, ve imágenes irreales, que expresa en parábolas, hasta cuando tiene que combatir proyectos de ley. Modesto por naturaleza y uniendo su genio a su carácter, pronto había empezado a conocer, tras los bastidores del teatro de la vida política, las bajezas a que suele conducir la ambición del poder. Y ahora, habiendo vivido durante varias semanas en íntimo contacto con el más famoso estratega político de Norteamérica, había llegado al inevitable resultado de sentir por él menos respeto y de aumentar su propia estimación."

Aunque ya hubiera empezado entonces, con la lentitud propia de los políticos de su temperamento, a pensar en la posibilidad de llegar a la presidencia, no era la desconfianza en sí mismo la que le impedía realizar este supremo deseo de su mujer. Pero el espejo de su corazón le mostraba las deficiencias de su figura, y con el tacto del hombre superior ocultaba su amargura bajo el humorismo que le hacía ver lo grotesco de que el primer hombre de la nación fuera a la vez el más zanquilargo.

No le preocupaba la falta de modales que le reprochaba su adversario, pues la delicadeza de su corazón le bastaba para poder alternar dignamente con los más distinguidos personajes de Washington. Al fin y al cabo, Franklin había sido encuadernador, y Jackson, aprendiz de talabartero. Pero su huesuda armazón le hacía reír por su total carencia de elegancia diplomática.

Después de su derrota, y mientras su nombre volaba hasta los confines de la nación con más prestigio que si hubiera ganado la elección, su confianza en sí propio, siempre en aumento, le hacía tender la vista en busca de nuevas probabilidades. Él

mismo supo retratar con elocuente palabra este período de transición en la respuesta que dio a la pregunta de un colega sobre su estado de ánimo.

"Me siento como un chico que se ha lastimado una pierna, contestó, y no sabe si enfadarse o reír, pues ya es demasiado grande para llorar." Por aquel tiempo escribió a Henry, su antiguo médico: "A pesar de todo, me alegro de haber combatido en esa serie de debates. Esto me ha proporcionado una publicidad que no hubiese podido tener de otra manera, y que es una buena preparación para el asunto magno de la época. Y aunque al presente quede oscurecido, y aun después de mi retirada habré hecho avanzar algunos pasos la causa de la libertad."

En estas líneas puede leerse todo el activo renunciamiento de su espíritu; ellas nos demuestran el fondo de su corazón, al que importa mucho más la causa de la libertad que el ganar unas elecciones. ¿Acaso no era el mismo que, veinte años antes, siendo un muchacho desconocido y soñador, hablaba en un pequeño Club de Springfield sobre los grandes hombres, sobre Cesar y Napoleón, a quienes no deslumbraba un sillón presidencial? Abraham Lincoln poseía en alto grado la dignidad humana; prefería devolver la perdida libertad a los esclavos, que compartir la pasión de su mujer por los símbolos exteriores del poder humano.

Pero, ¿y si el Destino pusiera estos símbolos al alcance de su mano? ¿Y si sólo poseyéndolos le fuera dable realizar sus aspiraciones de libertad? La cadena de pensamientos y la cadena de sentimientos, la ambición y el idealismo, la persona y la causa se unían en este punto como en todas las vidas superiores, y se hacían inseparables para siempre.

Por entonces le detuvo un conocido en la calle, diciéndole con más sinceridad que buenos modales:

- En todas partes he oído hablar de usted. Frecuentemente me han preguntado: "¿Quién es ese Lincoln?" Y yo les he dicho: "Es un verdadero coloso". A mi juicio, puede usted ser Presidente y vencer a Seward y Chase.

- ¿Cómo puede ser eso, preguntó Lincoln, si a mí sólo me conocen en Illinois, y los hombres que usted cita son jefes de partido?

El otro trató de convencerle, alegando que en muchos Estados no querían ningún hombre impuesto por la capital, y acabó rogando le diera su biografía. Al oír esto, Lincoln se envolvió en su eterna bufanda gris y repuso: "Confieso que soy

ambicioso; tampoco soy insensible a sus alabanzas, pero nunca tendré la suerte de llegar a Presidente. Por lo que respecta a la biografía, nada me ha sucedido en la vida que merezca el interés de usted ni de nadie; como diría Davis: No vale la pena. Buenas noches."

Un segundo y más apremiante ruego le movió a contestar por escrito: "Nací el 12 de febrero de 1809, en Hardin County, Kentucky. Mis padres eran originarios de Virginia y descendían de familias sin distinción, o, mejor dicho, muy modestas. El abuelo de mi padre emigró a Kentucky os después fue asesinado por los indios de 1781 u 82, y dos años después fue asesinado por los indios al cruzar un bosque para llegar a su rancho. Sus antepasados, que eran cuáqueros, procedían de Pennsylvania. Mi padre tenía seis años cuando murió el suyo, y creció sin educación ni recursos, trasladándose a Indiana más tarde. Cuando llegaron allí tenía yo ocho años y el Estado acababa de entrar en la Unión. Era un verdadero desierto, poblado de osos y otras alimañas peligrosas. Allí transcurrió mi infancia. Había un par de escuelas, regidas por maestros cuyos conocimientos no les permitían enseñar más que a leer, escribir y la aritmética hasta la regla de tres. Si por ventura llegaba por allí algún aventurero que supiera algo de latín, se le conceptuaba como una especie de mago. No había allí nada absolutamente que estimulara los deseos de aprender. Esto explica lo limitada que era mi instrucción al llegar a la mayor edad. Sabía leer, escribir y la aritmética hasta la regla de tres, nada más. Desde entonces no he vuelto a pisar una escuela, y los pequeños progresos que he hecho en este sentido los logré cuando las necesidades del momento me dejaban algún descanso. Entre las faenas del campo crecí y hasta los veintidós años trabajé como jornalero. A esa edad fui a New Salem, donde permanecí un año colocado en una tienda como dependiente. Por entonces principió la guerra con Halcón Negro, y fui elegido capitán de voluntarios, éxito que, hasta ahora, es el que más me ha regocijado en mi vida. Hice toda la campaña, me licenciaron, y presenté mi candidatura a la diputación local, siendo vencido; éste ha sido mi único fracaso en una votación popular. En las tres siguientes elecciones salí victorioso. Luego, retiré mi nombre de la contienda y me trasladé a Springfield, en donde quería ejercer la profesión de abogado, pues durante el período legislativo había estudiado Derecho. En 1846 fui elegido para la Cámara baja del Congreso, pero no fui reelegido. De 1848 a 1854, ambos inclusive,

me ocupé exclusivamente en mi carrera jurídica. Siempre he sido y soy liberal; generalmente, en las listas electorales se me califica de hombre de acción. Entregado a prácticas jurídicas, mis intereses políticos se hallaban bastante descuidados, hasta que la ruptura del Tratado de Missouri me hizo salir de mi sopor. Lo que desde entonces acá he hecho, creo que es bastante conocido.

"Si desea usted una descripción física, puedo decir que mido seis pies y cerca de cuatro pulgadas; que soy lo bastante flaco para no pesar más de ciento ochenta libras y que tengo el cabello negro y espeso y los ojos grises. Esto es todo cuanto puedo decirle a usted.

"P. S. Poco vale la descripción, pero a mi juicio tampoco yo valgo mucho; no obstante, si hubiese alguien que creyese que tal como soy se puede sacar algún partido de mi, sírvase informarme. De usted muy atento. A. Lincoln."

¿Se ha escrito nunca nada más conciso y seco? No hay en estas líneas ni una sola palabra de vanidad; su peor enemigo habría podido firmar este breve resumen. La riqueza de metáforas que generalmente adornaba su estilo, la gracia sutil de que alardeaba en sus cartas, el impetuoso ritmo de sus discursos, todo faltaba en este árido documento, en el que sólo un experto hubiese podido descubrir las huellas del eminente estilista. Era algo así como si un gran cocinero hubiese preparado una insípida bazofia para alimentar a quienes, por pura curiosidad, anhelaban sorprender los secretos de su arte culinario. Y, sin embargo, es una acabada obra maestra por lo que dice y aún más por la que calla. Fácil era averiguar, al que tuviera interés en saberlo, que su abuelo murió como uno de tantos heraldos de la civilización; como una especie de mártir que dejaba encomendada a los osos la educación de sus hijos.

¡Vaya una ascendencia para un futuro candidato! Con franqueza declara las deficiencias de su primera educación en Indiana, pero es demasiado altivo para explicar lo difícil que le fuera más tarde beber en las fuentes del saber humano. Sólo menciona esa época de su existencia diciendo que adquirió su cultura aquí y allá, a salto de mata, cuando las necesidades inmediatas se lo permitían. Ni una sola palabra sobre sus gestiones en la Asamblea, ni los combates que sostuviera en la Cámara. Pero su austero orgullo no le impide declarar el placer que le causó el verse

elegido por sus camaradas jefe en la campaña guerrera, ni la confianza con que le honraron sus conciudadanos en las elecciones populares. ¿Señas particulares?... ¿Dirá a desconocidos qué poeta prefiere, que no le gusta beber o que prefiere cortar leña en mangas de camisa a asistir de etiqueta a una reunión? No. Les dice que mide seis pies y cerca de cuatro pulgadas, para decir la verdad estricta. Añade su peso, y con esta espléndida fórmula a lo don Quijote termina su epístola.

Al hacer el balance de los debates, Lincoln se encontró con que había ganado veinte libras de peso y perdió un par de miles de dólares. Entre tanto, los negocios del despacho habían disminuido bajo la dirección de Herndon y los gastos habían aumentado; aunque nada tenía que temer para el porvenir, por el momento se vela en apuro para atender al pago de los gastos más indispensables. Cuando Judd, jefe del Comité Central del partido republicano, le escribió solicitando su ayuda económica, Lincoln le respondió: "Respecto al asunto económico, estoy dispuesto a pagar de acuerdo con mis recursos, pero confieso que soy poco idóneo para hacer pagar a los otros. Durante largo tiempo he gastado dinero sin ganar nada, y ahora me encuentro sin tener siquiera con qué atender a los gastos más perentorios de la casa. Si usted pudiese enviarme doscientos cincuenta dólares, pagaría en seguida las deudas del Comité, y ya arreglaríamos esto privadamente entre los dos. Dicha suma, junto con lo ya pagado y con la liquidación pendiente, hace subir mi cuenta a quinientos dólares, sin contar mis gastos personales durante la campaña, lo que, unido a la pérdida de tiempo y de negocios, constituye una pesada carga para quien tiene tan pocos ingresos como yo. Pero ya que he conseguido un puesto de honor, no quiero parecer tacaño."

En aquellos tiempos era costumbre en los Estados Unidos que los partidos políticos solicitasen liberales contribuciones de sus abanderados. Lo extraño es que Lincoln no pudiese satisfacer dichas exigencias, pues si bien es cierto que no había obtenido las dietas de senador, habíase aprovechado del partido más que otros. Además, su posición no era mala: el Estado le había concedido la propiedad de un terreno en pago de los servicios militares prestados en su juventud, había heredado otro y los productos de ambos, unidos al de la casa de Springfield y a los ingresos del bufete, ascendían a cerca de veinte mil dólares anuales. El ejercicio de su profesión le producía en los años buenos más de tres mil dólares.

Cierto que las exigencias de Mary eran considerables: acababa de comprarse un nuevo coche y el paciente esposo satisfacía en silencio todos sus caprichos. Se empeñaba en vivir conforme a la creciente popularidad de su marido; había introducido en Springfield la moda del miriñaque, innovación que las más encopetadas damas de la localidad se apresuraron a copiar. Pero su carácter petulante le creaba enemigos en todas partes. Un día, en un baile, criticó a la orquesta en voz tan alta, que la oyeron hasta los mismos músicos. Cuando Herndon, a quien desde hacía veinte años odiaba, obtuvo un buen puesto como síndico de un Banco Mary procuró separarle de su marido, pues consideraba injusto que el joven socio continuase percibiendo la mitad de lo que se recaudaba en el negocio, cuando sólo Lincoln trabajaba en él. Para la linajuda Mary, Herndon no era más que un plebeyo criado en una posada, un radical, un anticlerical, a veces un borracho, y como declarado abolicionista, un hombre peligroso para el buen nombre de su partido. Deseaba ver a su esposo asociado con un caballero de Kentucky, lejano pariente suyo, pero para Lincoln esto no era una recomendación; además era muy constante en la amistad, y consideraba a Herndon como su mejor amigo.

Justo es hacer constar que los acontecimientos del año último, las desencadenadas pasiones que clamaban por todas partes y las amenazas de una violenta crisis habían alterado en demasía sus propios sentimientos para que pudiese consagrarse con calma a los deberes de un abogado provinciano. Sin embargo, cuando le invitaron a pronunciar una serie de discursos de propaganda a través del Estado, renunció alegando: "Mala cosa es ser pobre. Por mucho que me violente, debo ocuparme de mi bufete, pues si este año lo descuido como el pasado, acabaré por no tener qué comer." Pero, a pesar de estas consideraciones de orden material, cedió a la tentación de seguir ocupándose de política. Ante todo, pensó en sus discursos, cuyas reseñas periodísticas tenía cuidadosamente coleccionadas y que ardía en deseos de ver impresos al igual de los de Douglas. Pero, no habiendo encontrado editor que quisiera encargarse por su cuenta del trabajo, tuvo que contribuir con cincuenta dólares a la publicación de su primero y único libro. Queriendo ser absolutamente justo con su adversario, tomó las reseñas de los discursos de Douglas de la prensa demócrata, pero se negó a permitir que retocasen sus discursos y a que atenuasen sus propias vigorosas expresiones. Editó este libro

más como un historiador que como un combatiente, confiando en que, dentro de la perspectiva histórica, sería mirado como un vencedor. De acuerdo con el sentir de la nación entera, tenía la íntima sensación de que aquel duelo no había concluido. Para confirmarlo, ambos adversarios emprendieron un recorrido por el Oeste, aunque no ya perorando ante el mismo público; y en todas partes el vencido Lincoln era recibido, con gran disgusto suyo, en medio del estrépito de las bandas militares. En sus discursos de entonces pulverizó las teorías de Douglas. "¿Cuál es la significación real de la soberanía popular aclamada por Douglas?... Como principio, no es sino el derecho de un hombre a esclavizar a otro, sin que nadie tenga autoridad para oponerse. Para el senador Douglas, la esclavitud es una cosa de mínima importancia. La naturaleza le ha dotado de una sensibilidad especial, que se sentirá dolorosamente herida cuando azoten sus espaldas, pero que permanecerá insensible cuando el látigo caiga sobre las espaldas ajenas. Su característica fundamental es la indiferencia. Todo en él se rige por la política, a la que ha dado el equívoco nombre de soberanía popular, y ésta se funda en la más completa indiferencia. Pero esto mismo me hace creer que no hay peligro de que semejante político llegue a ser durable en el país, pues todos en él toman posiciones en favor o en contra. El senador Douglas es el único hombre de la nación que aún no ha dicho si la esclavitud le parece justa o no."

En Kansas y Kentucky, donde se le recibió con entusiasmo, adoptó un tono altisonante, poco conforme con su naturaleza. "¿Qué es lo que nos proponemos los republicanos? Nos proponemos seguir pensando que sois gente tan honrada como nosotros, no menos decente que nosotros, y que tendríamos a mucha honra el tomar a vuestras hijas por esposas, a las blancas, claro está, como ya he tenido yo el honor de hacerlo."

Es éste un tono superior, el tono de un hábil orador que no encuentra ya dificultades para adueñarse de su auditorio, el tono de un hombre cuyos pensamientos se hallan en movimiento progresivo, de un hombre impaciente. Y continúa irónicamente: "¿Queréis declararnos la guerra y matarnos a todos? Indudablemente, caballeros, sois hombres tan valerosos como los que más, y estáis dispuestos a combatir con denuedo por vuestra causa... pero sois pocos y no nos podéis vencer. Si nosotros

fuéramos menos, podría quedar indecisa la batalla, pero, estando vosotros en minoría, el intento de combatimos sería un fracaso."

¿Qué pasaba en su interior para que ahora adoptara de vez en cuando el estilo de un caudillo popular animado por Shakespeare? ¿Es la reacción de una tensión indebidamente prolongada? ¿Se sentía como un actor que se ha cansado de representar el papel que le fuera encomendado? ¿O es el sentimiento de una gran responsabilidad que la eternidad le deparaba? Pero acaso fuese solamente la nerviosidad de un corazón que se asusta de la misión que desde hace largo tiempo se cree llamado a desempeñar.

Un hombre que había estado en peligro de ser encarcelado por haber prestado ayuda a un esclavo fugitivo, se quejaba a Lincoln en estos términos: "No sólo es eso anticonstitucional, sino inhumano."

Lincoln, animado pero pesaroso, le contestó agitando su brazo derecho: "Sí..., sí, no cabe duda; es injusto. Pero las leyes vigentes en el país son ésas y, mientras subsistan, es preciso obedecerlas."

"¿Cuántas veces ha jurado usted, mister Lincoln, respetar la Constitución? Nosotros hemos propuesto su elección para la Presidencia. Si le eligiéramos, ¿no declararíamos usted injusta esta Constitución, pidiendo a Dios que le ayudase a reformarla?"

Lincoln dejó caer la cabeza sobre el pecho y, pasándose una mano por los cabellos, dio con la otra una palmada sobre la rodilla, diciendo en tono singular: "No hay para qué dar continuas vueltas en torno de tan difíciles problemas."

La continua duda de lo que iba a pasar y de lo que debería hacerse, le llenaba de inquietud. El primer incidente que tuvo lugar aumentó su desorientación. John Brown era un rico hacendado y un fanático abolicionista, idealista y batallador, de carácter aventurero y muy temido en Kansas. Los esclavistas le habían matado un hijo, y habían puesto precio a su cabeza. Este puritano de arrogante figura, aristocráticas facciones, cuya barba y cabello le daban el aspecto de un cazador, era un apasionado amante de la libertad. Capitaneando un puñado de hombres, en el que se contaban algunos negros, se había apoderado de un arsenal nacional, del que pretendía hacer su base para una insurrección de los esclavos del Sur. Este ingenuo complot fracasó, naturalmente. Brown fue hecho prisionero, juzgado y sentenciado sumariamente a la horca. Pocas semanas después Brown era un mártir de los

abolicionistas del Norte. Leyendas, canciones, retratos, nada parecía bastante para honrar su memoria, y mientras Douglas, cegado por su triunfo, decía que todo aquello no era más que una consecuencia de la agitación reinante, Lincoln comprendía los grandes males que la muerte del nuevo héroe del Norte iba a causar. No tardó en presentársela ocasión de decirlo públicamente. Había llegado la época de la elección presidencias. Era en febrero de 1860, y las elecciones debían celebrarse en mayo. Hacía muchos años que no se observaba en el país una agitación semejante, pues todos sabían que de la elección de Presidente podría depender la integridad de la Unión. Naturalmente, la causa del separatismo sólo tenía defensores en el Sur; el Norte aún se hallaba indeciso acerca de sus propios deseos. Los hombres de negocios querían votar por un republicano, pero lo hacían a regañadientes. Entre los intelectuales del Norte, en cambio, se conservaba, o había renacido, el viejo espíritu cuáquero, el espíritu de aquellos que creían que en aquella lucha de principios la humanidad debía ocupar el primer puesto. Además, la creciente soberbia del Sur, que hablaba sin cesar de separatismo como si éste dependiese sólo de su voluntad, había herido la susceptibilidad del Norte, creando allí una atmósfera de animosidad, pues a nadie se le ocultaba que el porvenir de la Unión estaba en no desprenderse de la mitad de sus fuerzas y riquezas.

En estos momentos de indecisión, el pueblo de los Estados del Este deseó conocer al original político del Oeste y oír de sus propios labios su opinión y consejo. Su intención de pronunciar un discurso en Brooklyn despertó tal interés que, en el último instante, se le pidió lo hiciese en el famoso Instituto Cooper de Nueva York. Y, con el natural azoramiento, Lincoln hubo de presentarse ante aquel culto y distinguido auditorio, cuyo ropaje moral, según su sentir, estaba almohadillado de algodón. En un principio, la sensación de animosidad fue recíproca. El auditorio observaba y censuraba el anticuado corte de su arrugada levita, en tanto que él, según confesión propia, no podía apartar sus pensamientos de la idea del contraste entre las elegantes ropas de su auditorio y su propio traje, nuevo, es verdad, pero arrugado y mal hecho; sin contar con que llevaba un cuello imposible, detalle que no escaparía al examen del público.

He aquí el relato de un testigo presencial: "Su cabeza se balanceaba sobre un cuello largo y sarmentoso; al abrir los brazos en un amplio ademán, pude ver lo largos que

eran. Empezó con voz contenida, como quien está acostumbrado a hablar al aire libre y teme hacerlo en tono demasiado fuerte. Sus primeras frases estaban llenas de expresiones y fórmulas anticuadas que me hicieron pensar: "Podrás ser una lumbrera en el salvaje Oeste, mi viejo amigo, pero hay cosas que son inadmisibles en Nueva York." Por todos conceptos me pareció uno de esos hombres sencillos que tanto abundan en la clase a que él pertenece. Nada imponía en él a primera vista. Las ropas que cubrían su gigantesco cuerpo hubiéranse dicho colgadas de una percha. Sus facciones irregulares, rudamente modeladas, estaban cubiertas por una piel curtida y terrosa, y llevaban impresa la huella de las privaciones; los hundidos ojos tenían una expresión de inquietud y sufrimiento... Pero, a medida que desarrollaba el tema de su discurso, un fuego interior parecía iluminar su rostro; su voz se hacía vibrante y una corriente de simpatía se extendía por todo el público. El estilo de su discurso, sencillo y vigoroso, tenía cierto sabor bíblico. El silencio era tan profundo, que en las pausas se oía el suave silbido del gas. Pero, en los momentos emocionantes, lo interrumpía una atronadora salva de aplausos. Cuando concluyó, salté de mi silla y vociferé como lo hubiese hecho un indio. Y el resto del público hizo otro tanto. ¡Aquel hombre era asombroso! "

Este discurso había sido tan cuidadosamente preparado como un sermón y, como un sermón, se basaba en esta frase de Douglas: "Cuando nuestros abuelos crearon el Gobierno bajo el cual vivimos, comprendían este problema tan bien o mejor que nosotros." De las más sencillas consideraciones sobre la Constitución y la historia del país, pasó al desarrollo metódico y lógico de sus consecuencias. Luego, y como si se hallasen allí presentes, dirigió directamente parte de su discurso a los sudistas: "Amenazáis con desintegrar la Unión en el caso de que sea elegido Presidente un republicano. La amenaza es atrevida, y me recuerda el caso del ladrón que pone una pistola en la sien de su víctima, diciendo: Si no te entregas en el acto, serás tu propio asesino."

No quiso directa ni indirectamente ensalzar la memoria de Brown, asunto peligroso o, por lo menos, impopular en el Norte en aquel momento. "La empresa de Brown fue puramente personal. No fue una insurrección de esclavos, sino la intentona de un blanco para suscitarla, intentona en que los negros se negaron a tomar parte. En efecto, aquella empresa era tan absurda que los esclavos, a pesar de toda su

ignorancia, vieron claramente que estaba condenada al fracaso. Este asunto, en su filosofía, corresponde a los numerosos atentados contra reyes y emperadores relatados en la historia. Un cerebro entusiasta, impresionado por la opresión de un pueblo, llegó a creerse comisionado por el cielo para libertarlo e intentó la hazaña que no podía tener otro fin que su propia ejecución. No podemos criticar la ejecución del viejo John Brown, pues su acto fue una traición contra el Estado. Unámonos todos para combatir la esclavitud, pero dentro de la legalidad. La violencia, el asesinato y el perjurio no pueden excusarse de ningún modo."

Este solo discurso fue suficiente para dar a Lincoln en el Este fama de gran orador. Otros Estados le invitaron a hablar y un catedrático de New Haven le siguió en su correría, tomando notas sobre sus discursos con objeto de comentarlos más tarde en una conferencia. El crecimiento de su fama no sólo se refleja en Illinois, sino en sí mismo. Por primera vez, el abogado de provincia se veía en contacto directo con el llamado gran mundo, al que apareció conforme a sus normas, llegando a reconocer la fuerza de sus cualidades exteriores y la supremacía de los elementos profundos del bullicioso mundo de los negocios. Al regresar a su casa dejó poner su nombre en la lista de los posibles candidatos republicanos a la Presidencia. Pocas semanas antes, no habría consentido en que su nombre figurara en una lista de treinta y cuatro políticos notables, y seis meses atrás había escrito refiriéndose al gobernador Chase: "Le aprecio mucho, pero no creo que sea el hombre más deseable para la Presidencia. Debo advertir que yo tampoco me considero apto para dicho cargo."

Pero aquellos seis meses le habían enseñado mucho. En abril, escribía a su amigo Trumbull: "Con toda franqueza le diré que saboreo de antemano algo que, sin duda, descalifica para emitir un juicio claro. De todos modos, puede usted estar tranquilo; nunca permitiré a mis pretensiones llegar a un punto que pueda ser peligroso para la causa común." Esta confidencial consideración, tratándose de Lincoln, es la verdad pura. Se analiza a sí mismo y analiza su propia posición, tan concienzudamente como si se tratase de otra persona, como si se viera en el trance de presentarse ante la faz de Dios. Y, no temiendo el juicio divino, no teme el de sus semejantes y está pronto a confesar que acaricia ambiciones que nunca condenará en los demás. Pero se mantiene siempre en guardia: "Recordando que un hombre mediocre suele perder la cabeza al concebir la posibilidad de ser llamado a ocupar un puesto

superior a sus facultades, saco en consecuencia que no soy yo la persona más indicada para contestar a su pregunta."

Sus facultades críticas se habían intensificado durante aquel período de ansiosa esperanza.

Nos equivocáramos, no obstante, si creyésemos que Lincoln adoptó en aquel período la actitud pasiva de quien todo lo fía a los acontecimientos futuros. Por el contrario, mostrábase más activo que nunca, escribiendo numerosas cartas a sus copartidarios, aconsejándoles dónde y cómo habían de luchar. "Poseía un tacto especial para indicar el campo de acción más propicio para lograr la victoria", nos dice uno de sus amigos. También sabía cómo manejar la Prensa. "Querido Harding - había escrito a un periodista un par de años antes-, hace tres o cuatro años que vengo leyendo el diario de usted sin haber pagado nada. Adjunto le remito diez dólares, rogándole que se los meta en el bolsillo sin más ceremonias. ¿Querría usted hacerme un favor que le agradecería en extremo? Deseo que publique usted esta semana el nombre de Logan como candidato para juez del Tribunal Supremo..."

Recientemente, había comprado por 400 dólares la Illinois Staats Anzeiger, uno de los periódicos alemanes que se publicaban en el Estado. Esta operación había sido llevada tan en secreto que ni siquiera Herndon se había enterado de ella. El periódico era discretamente empleado para hacerle propaganda y ganarle los votos y apoyo de los inmigrantes. Previniéndolos de los manejos de los demócratas, escribía: "¿Será necesario que un grupo de detectives disfrazados se mezcle a los votantes para que vigilen escrupulosamente la votación? Fuera insensato por nuestra parte tolerar semejantes irregularidades, sin tratar de remediarlas."

En ocasiones, Abraham Lincoln podía ser bastante astuto. Pero esto no justificaba el que lo tildasen de zorro, como hacían en aquel tiempo algunos de sus adversarios, pues el uso de estas medidas era excepcional en él e impuesto por la imperiosa necesidad. La doblez de sus contrarios le había endurecido lo bastante en las contiendas políticas para, en las ocasiones oportunas, no servirse de los mismos recursos que empleaban aquéllos contra él. Durante décadas había luchado por los demás, y no era lo bastante hipócrita ni tonto para no aprovechar la experiencia adquirida, tanto más cuanto que su causa era, al mismo tiempo, la de todo el país.

Súbitamente se percató Lincoln de que el número de sus enemigos era mayor en su propio partido que fuera de él. El poderío de los republicanos aumentaba con tal rapidez y su programa era tan apropiado para halagar la imaginación popular, que el hombre designado por ellos podía estar prácticamente seguro de llegar a la Presidencia, razón que precisamente movía a muchos para oponerse a la designación de Lincoln. Sus rivales eran hombres más fuertes e influyentes que él y Herndon escribe:

"Lincoln carecía de dinero para sostener una oficina política, y le faltaba talento de organizador. Todo esto lo poseía Seward, amén de una brillante hoja de servicios como senador."

Parecía realmente natural que Chase, gobernador de Ohio, o Seward, ex gobernador de Nueva York, fuesen preferidos al taciturno pensador. Los dos primeros eran tan contrarios a la esclavitud como el último, y hasta puede afirmarse que Chase le sobrepujaba en radicalismo; tanto éste como Seward eran senadores, abogados famosos y hombres de vasta experiencia política, tan conocidos en Washington como en el Este del país, especialmente Seward, por su vasta cultura, muy superior, a la del pobre provinciano que sólo una vez, doce años atrás, ocupara un asiento en el Congreso sin suscitar la menor atención. Por otra parte el apoyo de Greely, el influyente periodista del Este, parecía garantizar a Seward el mayor número de probabilidades.

La casualidad quiso que la Convención Republicana de Illinois se celebrara en Decatur, ciudad en la que años atrás entrara Lincoln en una carreta tirada por bueyes. Los jefes del partido querían llegar allí a un acuerdo antes de ir a la Convención Nacional Republicana.

Sobre una mesa de la taberna, buscavidas y cazadores de empleos hacían cálculos y urdían intrigas, tratando de descubrir en los rostros de los candidatos su mayor o menor fuerza, como lo hiciera antaño Lincoln estudiando el rostro de Douglas. Pero, ¿qué alborotada tropa invade la calle? Un grupo de campesinos, acompañado por el estruendo de una charanga, agolpábase a la puerta del local llevando una bandera extendida entre dos viejas estacas. Todos los que llenaban la taberna, y Lincoln con ellos, corrieron a ver lo que sucedía. ¿Era un fantasma que aparecía bajo el plenilunio, un fantasma acaudillando una tropa de espectros armados?

No, no era un fantasma; era su primo John Hanks, el mismo que treinta años atrás le ayudara a construir la casa de su padre. ¿De dónde salía y qué buscaba el olvidado pariente? Haciendo una grotesca reverencia, el patán se plantó frente a los jefes y les endilgó el siguiente discurso:

Aquí tienen ustedes a mi primo, el honradísimo Abraham, a quien ayudé a construir una de las primeras casas de la ciudad cuando aún no había caminos a través del bosque; su padre fue uno de los más valientes pioneers; aquí combatió por la patria, cuando aún corrían por estos sitios osos y lobos. Más tarde, el gigantesco Abraham tuvo que trabajar de jornalero y con su poderosa hacha derribó árboles en la selva, convirtiéndolos después en estacas para la construcción de cercados. No menos de tres mil estacas cortó entonces Abraham. Las dos que traemos sosteniendo nuestra bandera dan fe de sus hazañas."

Con apasionada curiosidad contempló la concurrencia aquellos maderos en los que veían un símbolo de la fuerza de aquel hombre acostumbrado a derribar a cientos los árboles de la selva milenario; y de repente, por uno de esos cambios tan frecuentes en las muchedumbres, el nombre del leñador adquirió mayor importancia que los de los otros candidatos enumerados por Douglas en sus discursos. Abraham era presa de contradictorios sentimientos. ¿Sería posible que su viejo primo, que jamás hizo cosa de provecho, fuera a alcanzarle de un golpe la celebridad? ¿Esa callosa mano que sólo sabe blandir el hacha y ganar medio dólar diario para no morirse de hambre, va a recoger de una vez el premio de toda una vida de incesante trabajo? ¿Encontraba la situación cómica, o preveía el partido que de ella se podía sacar? ¿Comprendió la importancia que aquellas viejas y hinchidas estacas podían llegar a tener mañana?

"Supongo que debo añadir algo a lo dicho por mi primo, dijo entonces Lincoln. Hace de esto mucho tiempo. Es posible que yo haya cortado estas estacas, pero realmente no puedo asegurarlo... Sólo puedo afirmar que corté gran número, de estacas y puede que mejor de lo que están éstas."

Una tempestad de risas acogió estas declaraciones, dando motivo a que un avisado espectador dijera: "Seward ha perdido." Habíase encontrado un nuevo símbolo y un nuevo nombre: Lincoln, el Leñador. Esto sonaba mejor aún que el "honrado Abraham". Pocas semanas después no había un solo niño en el país que no hubiese

oído hablar del Leñador. Lincoln debía este golpe de fortuna a su primo John Hanks, único pariente que le ayudara nunca en su victoriosa carrera.

Cuarenta mil forasteros habían llegado a Chicago, la joven ciudad, para asistir al gran acontecimiento que habría de celebrarse en mayo. La Convención Nacional Republicana inauguró sus sesiones en su edificio propio, acabado de construir y bautizado con el nombre de Wigwam. Bandas de música y electores circulaban por todas partes con inusitada animación. El partido, reuniendo por primera vez sus fuerzas, se disponía a emplear todo su celo en conseguir para uno de los suyos la Presidencia. La opinión general señalaba a Seward como indudable candidato. Dos mil partidarios suyos habían llegado de Nueva York, algunos de los cuales parecían harto sospechosos. Todas las ciudades conocían a este candidato. Como es natural, también los amigos de Lincoln trabajaban activamente: Herndon, Logan, David, Sweet y otros jueces y abogados que habían trabajado con él en el circuito. La Tribuna de Chicago se había adherido a su causa. Esa adhesión y la favorable circunstancia de que los partidarios de otros candidatos independientes prefiriesen concentrarse en torno a un hombre nuevo antes que apoyar a Seward, aumentaron las probabilidades de Lincoln. Sus partidarios se apresuraron a prevenirlo contra la aceptación de la Vicepresidencia, cargo que Lincoln rechazó inmediatamente. Todavía en el último momento, su honradez puso en peligro su victoria, al dirigir una nota a sus amigos con la siguiente recomendación: "No hagáis ningún chanchullo que me comprometa." Prohibía, pues, a sus amigos el empleo de los conocidos señuelos con que se conquistan los electores.

Entre tanto, Lincoln hallábase en su casa de Springfield, no menos inquieto que Carmen ante la plaza, siguiendo atentamente las oscilaciones de la opinión pública, reflejadas en los telegramas de sus amigos, que, como de costumbre, iba a recoger personalmente al telégrafo. Procuraba distraerse leyendo a Burns y jugando a la pelota, para tranquilizar un poco sus exaltados nervios; por último se fue a la tertulia de una trastienda, adonde vino a buscarlo un chico del telégrafo, gritando: "¡Mister Lincoln... ! ¡Ha sido usted elegido!" Acudieron numerosos grupos de gente, prorrumpiendo en aclamaciones y aplausos. Durante unos minutos permaneció silencioso, en medio del bullicio. Luego, poniéndose en pie, dijo: "Lo mejor que

puedo hacer ahora es irme a casa; hay allí una mujercita que tiene derecho a saber lo que pasa."

Probablemente, aquel regreso al hogar fue el momento más feliz de toda su vida conyugal.

Al día siguiente, la pareja recibió a la comisión que iba a anunciarle oficialmente la noticia. Lincoln respondió a sus parabienes con unas cuantas palabras sencillas, dichas sin orgullo ni cortedad. Mary se comportó dignamente y su marido se ganó la estimación de todos. "¿Quién ha dicho que este hombre es un diamante en bruto? Jamás he oído un discurso de tan buen gusto", dijo uno de los delegados. Y otro afirmó: "Tal vez hubiésemos podido escoger un candidato más brillante, pero mejor, imposible." Como al anochecer se reuniera media ciudad en la puerta de su jardín, negóse a hacer uso de la palabra, diciendo: "Conciudadanos: hay momentos en la vida de todo político en que lo mejor que puede hacerse es no despegar los labios. Yo creo hallarme en uno de estos momentos."

Pero al escribir la carta oficial de aceptación, concibió repentinamente la duda de si su educación primaria estaría a la altura de las circunstancias, y después de veintidós años de práctica jurídica y de haber escrito miles de actas y documentos que debían ser examinados por las autoridades, ¿qué se dirá que hizo? Pues ir con el borrador de su carta a la escuela nacional y decir a su director: "Señor maestro, así le llamaba siempre, he aquí el borrador de una carta; como no estoy muy fuerte en gramática desearía que le echase usted una ojeada, pues no quisiera que llevase ninguna falta." El maestro, después de leer, propuso una pequeña modificación, corrigiendo en una frase el empleo de un infinitivo. Lincoln cogió su borrador y lo miró un momento con aire de perplejidad. Luego, mientras hacía la corrección indicada, agregó: "Si a usted le parece así mejor, ya está cada palabra en su sitio."

¿Se vio nunca a un presunto jefe de Estado adoptar una actitud más humilde?... No se trata, como en los cuentos de hadas, de un rústico adolescente a quien se le arranca el arado de la mano para que empuñe el cetro con el que ha de regir al pueblo; se trata de un hombre de cincuenta años, encallecido en la profesión de la abogacía, en los negocios y la política, que, después de largas campañas, se ve llamado por el voto popular al primer puesto de la nación. Este hombre sabe que tiene facultades para desempeñar el cargo, pero existen pequeños detalles, que los

diplomáticos y los Douglas conocen perfectamente: las bien planchadas levitas de los neoyorquinos, los ceñidos pantalones de los caballeros de Washington, y esa condenada colocación de las palabras, que deben quedar tan bien puestas como una corbata, para que los párrafos resulten brillantes como un sombrero de copa. ¿No era una lástima que por tales pequeñeces fuese a ponerse un hombre en ridículo? Claro está que Mary entendía mucho de cuellos y zapatos; y no hay que olvidar que hablaba francés; pero cuando se trata de la redacción de una carta, lo más seguro es recurrir al maestro. Por otra parte, sabe que éste es un hombre formal, en cuya discreción puede confiar; pero, aunque no fuera así, no por eso dejaría Lincoln de ser quien es.

Este modo de pensar explica por qué el candidato de los republicanos iba todas las mañanas a ver al viejo maestro, al que pedía consejo sobre las cosas que no aprendiera en Indiana, ya que en aquella época tenía que ganarse el sustento cortando árboles.

Un poeta fue el primero que comprendió el alcance de lo que había sucedido; Bryant escribió: "Un pobre almadiero... ¡Éstos son los verdaderos conductores del pueblo! "Sin embargo, por el momento, Lincoln se vio casi solo, pues en general los jefes republicanos distaban mucho de alegrarse de su triunfo. Uno de ellos escribe: "En los primeros momentos experimenté una verdadera decepción física. ¡Vaya un candidato! ¿Qué podrá hacer ese infeliz en beneficio del partido? ¿Por qué no escogieron a un hombre célebre?"

En los Estados del Oeste se decía que Seward había sido sacrificado; el elemento joven del partido le adoptó por jefe y, tras madura reflexión, le aconsejaron que desconociera la decisión de Chicago y mantuviera su candidatura. Pero Seward, obrando como un caballero, se apresuró a felicitar a su adversario, y como en Nueva York no había nadie que pudiera escribir sobre Lincoln, él escribió el primer artículo, no muy entusiasta pero justo.

El tono empleado por los periódicos demócratas al tratar de la elección de Lincoln, resulta sorprendente hasta en aquel tiempo de violencias. Lincoln era para ellos "un abogadillo provinciano de tercera clase", "una nulidad", "un hombre acostumbrado a

las chanzas más pesadas y groseras, un ignorante que destrozaba la gramática". No era un caballero, acostumbraba sentarse a la mesa en mangas de camisa y columpiarse en las sillas. En suma: sólo sabía cortar árboles y su apariencia física era la de un gorila.

Las consecuencias de la elección eran amenazadoras. Desde hacía meses los sudistas amenazaban con romper la Unión el día en que ocupara la Presidencia un negro republicano. Ahora, al hacerse pública la designación de Lincoln, más ofensiva para el Sur que lo hubiese sido la de Seward, la cuestión de la esclavitud quedó relegada a segundo término, y la nación entera se preguntó si la elección de Lincoln no traería aparejada la desintegración de la Unión. Las circunstancias hacían la situación semejante a la de un hombre que, en el curso de su carrera, decide torcer su rumbo y, cuando se pregunta si debe tomar a la derecha o a la izquierda, se ve atacado súbitamente por una grave enfermedad que sólo le permite preguntarse si seguirá o no viviendo.

Nunca, desde la fundación de los Estados Unidos, el odio del Sur contra el Norte se había manifestado con tal violencia. La razón moral que asistía al Norte para condenar la "peculiar constitución" del Sur era la única causa de este odio, pues quien se siente mirado por otro con un desprecio moral, reacciona apasionadamente, no ateniéndose a la razón.

"¿Sociedad libre? preguntaba irónicamente un diario sudista. ¡Sólo el nombre nos repugna ya!... ¿Qué es la sociedad libre sino un asqueroso revoltijo de grasientos mecánicos, sucios trabajadores, tacaños campesinos y teorizantes medio dementes? Todo el Norte, especialmente los Estados de Nueva Inglaterra, carecen de sociedad digna de un gentleman bien educado. La clase que prevalece está formada por mecánicos que se esfuerzan por simular corrección, y patanes que no serían dignos de alternar ni siquiera con los criados de un caballero del Sur."

Entre semejante griterío de odio, dejóse oír la voz de los oficiales de ciertos fuertes fronterizos que amenazaban con replegarse hacia el Sur en el caso de que ese hombre fuese elegido. Cundió el pánico en los círculos comerciales del Norte, paralizóse el tráfico, negáronse a pagar los acreedores del Sur, vaciló la Bolsa, escaseó el dinero, y el pánico financiero llegó casi a los límites de la locura. En todo el territorio se celebraron mítines en pro de una avenencia o transacción. En Boston,

la enfurecida muchedumbre disolvió a viva fuerza una reunión antiesclavista. Pero pronto los nordistas comenzaron a comprender que la discutida elección no era más que el pretexto, deseado desde tiempo atrás por los sudistas, para romper la unión con el Norte, pues deseaban formar una confederación independiente de los Estados del Sur.

El más alarmado de todos era Lincoln. En su rincón provinciano recibió el primer informe secreto sobre los preparativos de guerra, informe suministrado por un comandante del ejército. Nuestro abogado se sumió en profundas reflexiones. ¿Tenía él, a quien mañana una votación adversa podía relegar de nuevo al olvido, tenía él mayor autoridad en aquellos momentos que cualquier otro norteamericano? El comandante estaba a sueldo de la nación y, por muy preciosas que para él fueran sus noticias, le escribió diciéndole que en lo sucesivo se abstuviera de tratar en sus cartas de lo que fuera contrario a su honor y a la discreción profesional, "cosas que nadie mejor que él podría juzgar".

¿Qué concepto formaría el pensador de la venalidad y la estupidez humana, cuando supo que, tan pronto como se vio asegurada su elección en la Convención de Chicago, muchos de los delegados que hasta entonces lucharan contra él se apresuraron a cambiar de opinión y a trabajar en pro del hombre que no iba a tardar en poder repartir empleos? ¿Qué pensaría, cuando los reporteros se congregaron en Springfield para describir su casa, su familia y sus costumbres, a fin de enterar al mundo de que en realidad no era un buhonero? ¿Y no se regocijaría íntimamente el humorista cuando los reporteros declaraban con gran satisfacción que la levita que usaba a diario era "casi elegante", que su esposa hablaba correctamente el francés y que su hijo estudiaba en Harvard College?

Pero entre los rancheros, su antigua condición de leñador seguía siendo un estímulo para el entusiasmo. Sus partidarios llevaban medallas con dos maderos cruzados, y usaban pipas construidas con la misma forma; y no tardaron en circular una porción de canciones sobre Lincoln el almadiero, el leñador, el patriarca del pueblo. Pronto llegaron a disputarse como reliquias los auténticos maderos que se exhibieron entre guirnaldas y luces en el cuartel general del partido en Nueva York, y hubo un club que se envanecía de poseer el hacha usada por el ídolo. Un viejo le regaló un bastón en forma de poste, cortado, pulido y decorado por él mismo y un compañero suyo;

un grupo de jóvenes uniformados de negro y ostentando la insignia del partido recorría la ciudad con antorchas, haciendo propaganda a su candidato. Y entre la muchedumbre podía verse a un muchachito vendedor de periódicos que ofrecía a los transeúntes retratos del candidato y que se llamaba Thomas Edison.

Entre tanto, escindióse el partido demócrata, como lo previera Lincoln dos años antes, sin que lo engañara su certera visión de estadista. La ambigua posición de Douglas, revelada por su contestación a la hábil pregunta de su adversario, había ocasionado la escisión del partido, destruyendo sus propias esperanzas. El Sur lo repudiaba y no se dejaba ablandar por las adulaciones con que defendiera la esclavitud y la anexión; además, pronunciaba él mismo los discursos en todas partes, contra la costumbre. Esta división de los demócratas hizo que pronto aparecieran tres candidatos rivales de Lincoln; pero éstos se mostraban más encarnizados en luchar entre sí que en contender con él. La escisión había sido preparada por Douglas, de tal modo que puede decirse que a él se debía el cálculo y la decisión de aquellas elecciones.

Durante su campaña electoral, Lincoln tuvo que modificar ligeramente sus costumbres, pero, sin embargo, continuó siendo el mismo hombre de siempre. Cuando, por las mañanas, volvía del correo cargado de correspondencia, que continuaba recogiendo personalmente, todo el que se le acercaba podía hablarle y aun acompañarle hasta el Capitolio, donde no había portero que impidiera la entrada a su despacho, cuya puerta no se cerraba en todo el día, a pesar de que ya habían circulado amenazas de asesinato. Había tomado un nuevo secretario, llamado Nicolay, de origen alemán, hombre serio, laborioso y taciturno, que ya, siendo estudiante, había practicado en su bufete y que más tarde, en colaboración con el alegre y elegante Hay, escribiera la primera gran fuente de información respecto a su jefe.

Todos los que ahora se congregaban en Springfield en busca de información, consejos o promesas de empleos, eran recibidos con la misma atenta cordialidad y con idéntica reserva. "Veo, decía Lincoln, que no ha leído usted mis discursos; aquí tiene usted un ejemplar", y regalaba los Debates entre él y Douglas a cientos de pretendientes, para librarse de ellos. A otros se los quitaba de encima con un oportuno chascarrillo. Si se veía públicamente mal comprendido, o calumniado,

procuraba arreglar el asunto en privado, para no dar lugar a que sus contrarios le arrastraran a nuevas polémicas, pues conceptuaba llegado el momento de cerrar la boca. Finalmente, cuando su correspondencia adquirió exageradas proporciones, consideró necesario hacer un modelo uniforme para todos los que le preguntaban su opinión o le pedían consejo de orden político.

"Su carta a mister Lincoln, en la que le pide usted su opinión sobre ciertas cuestiones políticas, ha sido recibida. Mister Lincoln ha recibido otras cartas en el mismo sentido, pero también un gran número cuyo sentido es absolutamente opuesto. En estas últimas se le aconseja que no escriba nada sobre cuestiones políticas. Los principios de mister Lincoln eran harto conocidos antes de su elección, y ahora no quiere dificultar las próximas elecciones con declaraciones importunas. Mister Lincoln lamenta no poder complacerle, pero ya comprenderá usted que le es imposible hacerlo." De este modo, el corresponsal no podía sentirse ofendido por su negativa, y Lincoln, limitándose a comunicarle que no todos opinaban como él, obtenía el efecto deseado sin salir de la más exquisita cortesía. En cierta ocasión, un sujeto desahogado se presentó en el despacho y, aprovechándose de que su dueño estaba en pie, sentóse en el propio sillón de Lincoln, único a la sazón vacío. Sin demostrar la menor contrariedad, Lincoln le alargó la mano, pero desde tal distancia que el otro hubo de levantarse para corresponder al saludo. Con la mayor naturalidad ocupó entonces Lincoln su asiento, continuando como si tal cosa la conversación.

Tal es el proceder de un hombre que, salido del pueblo, ha rebasado su condición sin olvidarla. La grosería de aquel hombre no le irrita ni le mueve a una forzada amabilidad, limitándose a adoptar los recursos de un experimentado luchador que atrae a su contrario a un terreno favorable, habilidad que los más sagaces diplomáticos podrían envidiarle.

A pesar de los cambios sobrevenidos, Lincoln conservaba su misma independencia en todo. En una ocasión en que Karl Schurz tenía que hablar por él en Springfield, el mismo Lincoln lo acompañó a la plaza pública en que debía celebrarse el mitin. El sofocante calor del mes de agosto le hizo dejar en casa chaleco y americana, poniéndose sobre la camisa un viejo guardapolvo, en cuya espalda las frecuentes lluvias recibidas por la prenda habían trazado una especie de mapamundi, y

cubriendo su cabeza con "un abollado sombrero de copa". Ataviado de esta guisa, se paseó con el orador por la ciudad, entre músicas y cohetes, saludando a todo rostro conocido que encontrara con un "¿Cómo está, Ben?", o "Me alegro de verte, Dick", parodiando a Coriolano, en vez de imitarle, y echándose a reír cada vez que la multitud gritaba: "¡Tres hurras por nuestro viejo Abraham!"

Entre los muchos consejos que recibió por aquel tiempo, el más notable fue el de una muchacha desconocida que le aconsejaba que se dejase crecer la barba, y algo debió de añadir respecto a las hijas del candidato, pues éste contestó: "Apreciable señorita: Acabo de recibir su grata carta. Siento manifestarle que no tengo hijas. Tengo, sí, tres varones de diecisiete, nueve y siete años, respectivamente, que, junto con mi esposa, constituyen toda mi familia. Por lo que respecta a sus deseos, ¿no cree usted que, no habiendo llevado nunca barba, el llevarla ahora podría parecer a la gente una afectación? Deseándole mucha felicidad, queda de usted buen amigo, A. L."

No se sabe si aquella carta dio origen a un debate doméstico, pero el caso fue que Lincoln, por acuerdo de su esposa, inútil decirlo, acabó por seguir el consejo, y pocas semanas después los sencillos habitantes de Springfield empezaron a observar una insospechada pelusilla en el mentón y las mejillas de su ilustre conciudadano, indicio indudable de una barba que pronto enmarcaría su rostro a la manera de los viejos lobos de mar. Esta innovación fue realmente lamentable, pues aquel huesudo rostro, inolvidable por su típica fealdad, perdió carácter con la barba, que atenuaba la expresión terca de la boca y lo atrevido de la barbilla, y ocultaba la robustez del cuello y la nuez prominente. A esta desdichada innovación debemos el que los retratos, monedas y sellos de Correos nos hayan transmitido la originalísima cabeza del Presidente Lincoln considerablemente adulterada.

Por fin llegó noviembre y el día de la elección. Según todas las señales, la elección del leñador era tan segura que, en Springfield y en todo Illinois, el interés de la gente limitóse a calcular qué mayoría lograría el candidato. Como sucediera veinticuatro años atrás en New Salem, a la sazón, en Springfield, hasta los demócratas le demostraron simpatía, aunque tampoco esta vez pudieron votar por él. Esto era lo que Lincoln deseaba y lo que había subrayado en su boceto autobiográfico. Nada podía recompensarle más ampliamente que el reconocimiento

de su honradez fundamental y de su integridad, manifestado en el regocijo y la afectuosa aprobación de sus conciudadanos; lo único que en aquellos días le hirió vivamente fue la unánime hostilidad del clero de Springfield.

La votación arrojó un total de 1.900.000 votos en favor de Lincoln, 1.400.000 en favor de Douglas y un millón más repartido entre los otros candidatos, lo que equivale a decir que Lincoln debió su elección a una minoría del Norte. En diez Estados no obtuvo ni un solo voto. En cambio, en su pueblo, de 303 electores, obtuvo 180. Por primera vez en la historia de la Unión, el Norte había empleado su superioridad numérica para vencer al Sur. Esto era un símbolo al par que una amenaza, que estaba diciendo ya quién lograría la victoria en caso de que estallara la guerra civil.

¿Estallará la guerra?, preguntábase día y noche aquel hombre taciturno, sin poder gozar de la alegría del triunfo, atormentado por sus pensamientos en el mismo instante en que una procesión de varias millas de largo desfilaba ante su casa, atronando el aire con ruidosas aclamaciones. ¡Millares y millares de gentes acudían a rendirle homenaje! ¿Había ganado, acaso, alguna gran batalla? ¿Había salvado o unificado a la patria? ¿Adónde le arrastraba el Destino, en el que siempre creyera y en cuyas manos estaba ahora? ¿Qué luchas le esperaban en aquella fría capital, cuyo pueblo simpatizaba con el Sur? ¿Eran sus facultades, cuya capacidad y límites conocía perfectamente, por haberlas medido sin pasión, lo bastante fuertes para soportar aquel ambiente de Douglas, que agotaba a los más esforzados corazones? ¿Qué sucedería si los sudistas, en vez de atacar al partido, escogían su nombre por blanco de sus iras? ¿Querría el Norte apoyarlo o lo abandonaría siguiendo el parecer de los que deseaban evitar a todo trance una conflagración? ¿Tenía derecho a considerar como suyo un puesto que hasta ahora le confiaba la mayoría de la nación, pero que la minoría le negaba con tal furia que amenazaba destruir la obra de los antepasados?

Anegado en un mar de cambiantes pensamientos, oía los gritos, músicas, aclamaciones y aplausos que entraban por el balconcito de madera, en el que Mary saludaba y sonreía infatigablemente. Ella, al menos, era completamente feliz, y también lo eran sus hijos, que se agrupaban en torno de ellos, contemplando la masa de gente que se agolpaba a sus pies. Sólo Abraham Lincoln sentía el corazón

oprimido al pensar que aquel mozalbete que años atrás, a la luz del hogar, en la barraca paterna, leyera en un destrozado libro la historia de Jorge Washington, era ahora su decimoquinto sucesor.

Es decir, ¡aún no lo era de hecho! ... Le separaban cuatro meses de la toma de posesión del cargo, y este intervalo fue quizás el período más penoso de su vida. En épocas de tranquilidad, un hombre elegido presidente podía disponer de varios meses antes de encargarse del Poder, meses en los que el futuro jefe del Estado podía ponerse al corriente de todos los problemas, deberes y compromisos inherentes a tan elevado puesto. Esta tregua era algo así como el noviazgo con la Presidencia, el tiempo en que el novio estudia a su prometida, a fin de poder luego comprenderla, corregirla y aun educarla; el tiempo feliz de las promesas, en que los prometidos aprenden a conocerse, y en el que crecen las esperanzas, libres del diario roce. Durante estos meses, la Presidencia, experta novia que ha enviudado muchas veces, considera con cierto escepticismo los anhelos y aspiraciones de su prometido, que es lo bastante ingenuo para creer en una dicha completa.

Pero nada de esto le fue dado disfrutar a Lincoln, En vez de marchas nupciales, sonaron en su oído clarines de guerra; hostiles noticias turbaban su espíritu, y el Presidente electo se veía rodeado por todas partes de catástrofes y destrucción. Al día siguiente de las votaciones, el Charleston Mercury publicaba la noticia de la elección de Lincoln en la sección de Noticias del extranjero. El gobernador de Carolina del Sur recomendó oficialmente la adquisición de armas y municiones, y entró en negociaciones privadas con los demás gobernadores de los Estados del Sur, que desde hacía cuatro años se habían decidido a separarse de la Unión cuando un republicano fuese elegido Presidente. Cuatro días más tarde, los senadores de Carolina del Sur, y una semana después los periódicos de este Estado, publicaron ediciones extraordinarias anunciando en grandes titulares la disolución de la Unión. Esta noticia, que produjo gran alboroto callejero, era prematura; pero, sólo cinco semanas después, la asamblea de Carolina del Sur aprobó un acta de secesión y comenzó a organizarse un Gobierno independiente.

Entre tanto, los nordistas clamaban por la celebración de un convenio, exigiendo que se renunciara a ciertos puntos del programa republicano y achacando lo que sucedía, no a las ciudades del Sur, sino a los excesos de los radicales y, sobre todo,

al funesto Lincoln, que recibía sacas enteras de insultante correspondencia, en la que se le llamaba negro, mulato, bufón y otras injurias por el estilo, a la vez que se le amenazaba con azotarle, incendiar su vivienda, fusilarle o colgarle de una horca. Pero él, fijos los ojos en Washington, no miraba al Sur ni al Norte.

Allí todo dependía de la conducta del Presidente. Si éste permanecía fiel a su juramento de defender la integridad de la Unión y combatir todo intento de traición; si defendía vigorosamente los derechos de la Unión y usaba de toda su fuerza para castigar a todo Estado que pretendiese separarse, la intentona no tendría consecuencias, pues el ejército, la marina, el correo y las aduanas eran y seguirían siendo nacionales.

Buchanan era un viejo de aspecto venerable, de blancos cabellos y mirada brillante, aunque ligeramente bizca. Usaba siempre una corbata blanca, que le daba un aspecto clerical. En realidad, era un hombre frío, obstinado, precavido y, sin embargo, vacilante. Quienes veían en él a un hombre eminentemente práctico, le hacían sobrado honor, pues su habilidad carecía de fuerza y su astucia no era sino la máscara de su cobardía. Por otra parte, era natural que un anciano que se hallaba casi al final de su actuación estuviera poco dispuesto a arriesgar su nombre, su salud y, tal vez, su propia vida. ¡Que se encargara de tan ingrata tarea el zanquilargo abogado de Illinois! Buchanan, elegido por el Sur, se había convertido en el jefe de la nación entera y regía simbólicamente desde el centro, sin más miras que retrasar la crisis tres meses, después de los cuales podría retirarse a su hogar de Pennsylvania, desde donde contemplaría los acontecimientos como un espectador desapasionado. Siguiendo su programa, declaró en un mensaje al Congreso que ningún Estado tenía derecho a separarse de la Unión, pero que el Gobierno Federal carecía de poder para impedirlo en el caso de que así sucediera. Esta declaración animó a los rebeldes del Sur a proseguir sus intentos de separatismo, y robusteció en Europa la creencia de que el mantenimiento de la Unión era ya imposible.

En realidad, Buchanan se dejaba guiar por su Gabinete, en el que, a pesar de ser en su mayoría unionista, las personalidades más influyentes simpatizaban con el Sur. Dos de sus miembros guardaron inquebrantable lealtad: el general Cass, a quien, Lincoln pusiera en ridículo en el Congreso, el cual presentó su dimisión para no ser traidor a la patria, y Stanton, quien presentándose francamente ante el Presidente,

le dijo: "Como consejero jurídico que soy de usted, me incumbe el deber de advertirle que no tiene usted derecho a entregar a los enemigos lo que es propiedad del Estado, como son los soldados y los barcos. La conducta aconsejada a usted por el ministro del Interior es una franca traición, que los arrastrará a todos a cometer un crimen de lesa patria", y acto seguido presentó su dimisión.

En cambio, Black, jefe de Stanton y la más alta autoridad jurídica del país, declaró que ni el Congreso ni el Presidente tenían derecho para hacer uso de las armas contra un Estado. Al mismo tiempo, Floyd, ministro de la Guerra, enviaba una considerable parte del ejército hacia el Sur, mandando recoger armas y municiones de los fuertes y arsenales del Norte. Sólo la resistencia pública le impidió apoderarse de la artillería de Pittsburg. Por su parte, Cobb, ministro de Hacienda, recogió todos los fondos del Estado, enviándolos al Sur, y, cuando las arcas quedaron vacías, se apresuró a dejar el puesto. Thompson, ministro del Interior, ordenó entregar los fuertes del puerto de Charleston a los sudistas y trasladó al comandante encargado de defenderlos. En esta ocasión dijo a un senador de la Carolina del Norte:

"- Me han designado para tratar de la secesión de su Estado.

"- ¡No sabía, respondió el senador, que hubiese usted dimitido.

"- Todavía no lo he hecho, pues Buchanan desea que continuemos todos en nuestros puestos hasta el 4 de marzo.

"- ¿Y conoce Buchanan sus planes respecto a la Carolina del Norte?

"- Naturalmente.

"- Jamás había oído, observó el asombrado senador que un jefe de Estado encargara a un miembro de su propio Gabinete la organización de una revolución contra su propio Gobierno."

Mientras en el Gobierno y el Congreso todo eran conspiraciones, los senadores del Sur se hacían pagar apresuradamente sus dietas, como clientes de un Banco ante el temor de una quiebra; se reunían en comités procurando llegar a un convenio, escuchaban las proposiciones de Seward, se burlaban de Corwin, el veterano luchador, cuya cascada voz se levantaba por última vez para poner en guardia al país; regocijábanse con sus éxitos de galería, acordaban escoger a Washington como capital de la nueva confederación y, por las noches, en su nuevo club, no

escaseaban las bromas y chistes sobre el hombre de la selva que se figuraba ser Presidente de los Estados Unidos.

Mientras acontecía todo esto, Lincoln seguía viviendo silenciosamente en su casita de Springfield, lejos de aquellos graves acontecimientos de los que pronto tendría que responder; vivía allí escuchando, pensando, con el cerebro y la conciencia ocupados en una interrogación incesante. ¿Qué noticias recibía cuando leía por la mañana los diarios o visitaba por la noche alguna redacción para echar una ojeada a los últimos telegramas? Cada día veía desprenderse un nuevo sillar de la firme torre levantada por los padres de la patria. Cada día le traía el correo nuevas advertencias del Norte y renovadas amenazas del Sur, amenazas que muchas veces se reducían al dibujo de un puñal. Y no pasaba día sin que se le pidiese con urgencia una palabra de consuelo o de guía para el país. Pero Lincoln se aferraba a su silencio, pues, aunque había sido elegido para poner en práctica una política cuyos detalles ya había expuesto, no se hallaba aún en situación de poner ninguno de sus planes en acción. Cualquier intrigante ministro de Washington era, por el momento, más poderoso que el Presidente electo.

Al mismo tiempo veíase asediado de visitas. Cuando le aconsejaron que no recibiese, contestó: "Piden poco, obtienen menos y me agrada verlos." Así habla un hombre del pueblo que necesita mantenerse en contacto con sus iguales para fortalecer sus convicciones.

"Cuando recibía estas visitas, escribe un testigo, demostraba un certero y rápido golpe de vista para juzgar las cualidades y carácter de los visitantes desconocidos, y con rara habilidad sabía eludir las preguntas comprometedoras, a las que siempre hallaba respuesta acertada. Sus argumentos, siempre originales, le proporcionaban en seguida la ventaja."

Por entonces llegó Horace Greely a Springfield y, no habiendo ido a visitar a Lincoln, éste, Presidente electo de los Estados Unidos, fue en persona al hotel de Greely, prescindiendo de toda ceremonia. Durante una hora habló con él, sin que lograsen entenderse. Cuando se despidió, Lincoln, abatido, no había contado una sola anécdota.

¿Debía renunciar? Así se lo proponían abiertamente. Mas ¿se ganaría algo con esto?... A decir verdad, sólo en el caso de las más amplias concesiones parece que

se conseguiría algo. Pero ¿debían hacerse estas concesiones? ¡Nunca! En este punto, el nuevo Presidente se mostró inflexible desde el primer día y lo siguió siendo hasta el último.

"Nos amenazan con disolver el Gobierno si no nos entregamos a los mismos que vencimos en la campaña electoral. Puede que así lo hagan, pero también puede ser una fanfarronada. Si cedemos, firmaremos nuestra propia sentencia de muerte. No tardarían un año en amenazarnos con una nueva separación si no nos apoderábamos de Cuba." Unas semanas después de la elección escribía: "No se gana nada con adular a la canalla responsable de la actual depresión. A ellos toca trabajar para poner remedio a esta desgracia y ser más juiciosos en lo sucesivo. ¡No podemos aceptar ningún acuerdo que tenga por base la expansión de la esclavitud! Si empezamos así, pronto nos dominarán e, inutilizando nuestro trabajo, tendríamos que empezar de nuevo. Si la ruptura de hostilidades es inevitable, más vale que sea cuanto antes." Días después añadió: "¡Nada de componendas! ... Llámese línea del Missouri o soberanía popular, todo es lo mismo. Detrás de ellas vendrán la piratería y la expansión de la esclavitud. Sobre ese punto permanezco tan firme como si estuviera atado a él por una cadena de acero."

En diciembre, y por intermedio de Seward, le propusieron un nuevo convenio establecido sobre más amplias bases, convenio que rechazó igualmente.

La actitud de los sudistas, que recibían con burlas toda propuesta del Norte, le dispensó de escrúpulos de conciencia y de todo conflicto entre la ambición del Poder y el amor a la patria. Para explicar la situación, Lincoln halló parábolas admirables: "Id a la orilla del río con una criba y echad en ella un puñado de guijarros. Si después de sacudirlos vigorosamente los observáis, veréis como los pequeños pasaron por los agujeros con la arena y sólo quedaron los gruesos en el cedazo. Si la guerra es inevitable y agita nuestro país, veréis como los hombres insignificantes desaparecen, arrastrados por el alud, y sólo quedan visibles los grandes. Entre éstos encontraréis al mayor de todos, al caudillo que os guiará en el conflicto."

Relataba la historia del Ayuntamiento de un pueblo que deseaba mandar construir un puente. El alcalde, hombre sesudo, se puso en relación con un ingeniero de reconocida capacidad, pero poco temeroso de Dios. Al oír los deseos del municipio, exclamó el técnico: "Si es necesario, estoy dispuesto a construir un puente hasta los

mismos infiernos." Los escandalizados ediles acudieron a su jefe, quien los tranquilizó diciendo: "Conozco a John y sé que es un hombre que no falta a su palabra. Si él se encarga de construir un puente hasta el infierno, así lo hará, aunque tengo mis dudas de que en la orilla infernal hagan los trabajos como es debido."

Tal era Lincoln cuando su natural sutileza se preparaba para desafiar las furiosas arremetidas del Destino. Pero, en aquel tiempo, raros eran sus momentos de buen humor. Semana tras semana crecía su inquietud. Perdió el apetito, y su delgadez se hizo tan alarmante, que algunos de sus amigos declararon que la expresión de su rostro era ya un peligro; pero él les respondía con chistes y procuraba aparentar jovialidad. Cuando se le irritaba, podía ser cortante como el filo de una navaja. Un día recibió la visita de un comerciante de Nueva Inglaterra que iba a hablarle de los peligros que amenazaban los intereses industriales de aquella región y a entregarle cartas del mismo tenor. Lincoln adivinó la naturaleza mercenaria de aquella gestión y manifestó al delegado que no acostumbraba traficar con sus principios. Entrególe entonces el comisionado una carta suplementaria, con numerosas firmas al pie, preguntándole si no reconocía que aquellos nombres representaban una fuerza. Después de echarles una ojeada, Lincoln replicó agudamente: "Sí, reconozco en ellos a la cáfila de embusteros y bribones que firmaron el año pasado el informe sobre Seward. Y, echándose a reír, añadió: No he podido menos de incomodarme al oírle a usted calificar de respetable a esta gentuza."

No tardaron en presentarse los artistas deseosos de reproducir las poco agraciadas facciones del Presidente electo. Uno de ellos, un escultor, que pretendía hacer la estatua del héroe, le indicó la conveniencia de que posara teniendo algún objeto más o menos simbólico en la mano. Atendiendo a sus deseos, Lincoln se dirigió al cuarto de los trastos, regresando con un viejo mango de escoba que comenzó a pulir en silencio. El escultor, sorprendido por la peregrina ocurrencia, le dijo que aquello no correspondía a sus deseos. "¡Qué le vamos a hacer! respondió Lincoln. ¡Y yo que creía haber hecho un hallazgo! "El hombre que tal hace y dice no tiene momento que perder, ni interés en que reproduzcan su efigie, ni necesidad de pulir mangos de escobas. Lo ha hecho por complacencia, y tal vez por recordar que en su juventud trajinó más cortando y puliendo estacas que escribiendo actas oficiales.

Otro día, un snob envió a un pintor de moda con encargo de retratar al leñador. Éste empezó por negarse, pero acabó accediendo: al día siguiente y a la hora señalada se sentó en la silla que habían preparado para él y permaneció en ella como petrificado, impenetrable en su abstracción, embargado por sus tristes pensamientos; el artista sólo vio las rudas facciones de un trabajador; tenía el espíritu prevenido por las exageradas anécdotas que corrían acerca de la vulgaridad de sus maneras, y creyéndose en presencia de un ser inferior le habló en tono desdeñoso, permitiéndose algunas observaciones de mal gusto. Lincoln levantó entonces la cabeza, mirándole de un modo singular, "como si hubiese leído mis anteriores pensamientos, dijo el mismo artista, y sufriera una dolorosa decepción al verse tan mal comprendido".

Como en una escena de tragedia antigua, se desarrollan aquí las causas y efectos de dos caracteres diferentes. El artista mimado de la gran ciudad, lleno de prejuicios, que por obtener los dineros de un Mecenaz consiente en retratar a un personaje estrafalario, haciendo el sacrificio de trasladarse a Springfield, no puede comprender en el primer momento lo que hay tras aquella angulosa faz y, permitiéndose juzgar temerariamente el carácter de su modelo, hace un par de frívolas observaciones que despiertan al león. Cada uno comprende entonces lo que pasa en el otro. En el corazón del agraviado renuévese la herida abierta por la incomprensión de los hombres, y tiene una mirada que humilla al hombre, pero inspira al artista.

Gillespie, uno de sus viejos amigos, fue a visitarlo. Por la noche, sentados ante el hogar, Gillespie, tratando de distraer a Lincoln de sus preocupaciones, comenzó a hablar del tiempo viejo; pero se hallaba ante un Lincoln taciturno, grave, harto distinto del que fuera su camarada en la época del tribunal ambulante.

"Con los brazos cruzados y la cabeza echada hacia atrás, me recordaba los días en que tuviera que pronunciar una laboriosa defensa... Enderezándose de pronto, me dijo: Gillespie, daría gustoso dos años de mi vida porque hubiesen transcurrido ya los dos meses que faltan para la toma de posesión.

"- ¿Por qué? le pregunté."

"- Porque cada hora que pasa trae nuevas dificultades, que yo debo vencer. El actual Gobierno nada hace para evitar el desmembramiento de la patria, y yo, que voy a contraer esa tremenda responsabilidad, tengo que permanecer aquí inactivo, sin

poder hacer ni impedir nada... No me quejo por lo que a mí respecta, agregó, con una amargura tan intensa como nunca, ni antes ni después, oyera en su voz, pero cada día aumentan las dificultades y hace más triste la perspectiva. En vez de impedir la secesión, se la favorece y, cuando estas doctrinas sean admitidas en los Estados fronteros, la situación se hará muy difícil... He leído en la Biblia el pasaje de la Oración del Huerto, cuando el Hijo de Dios ruega en vano que aparten de sus labios el cáliz de la amargura. Yo también me encuentro ahora en el huerto, y mi cáliz de amargura está lleno hasta los bordes.

"Cuando me retiré a descansar, el dueño de la casa y Presidente electo del país me acompañó hasta la habitación que me habían destinado. Antes de separarnos me dijo: "Joe, supongo que no habrás olvidado aquel pleito que te echó a perder el discurso inicial de tu asociado. Bien te vi hacerle señas, pero él prosiguió imperturbable. Lo mismo me sucede ahora a mí con Buchanan. También él me echa a perder mi causa, sin que yo pueda hablar ni impedirlo.

¡Buenas noches!

Aquí vemos a Lincoln retratado por sus propias palabras. Varonil en su mismo desaliento, sobria su melancolía y alejado de toda exageración aun en aquellos momentos críticos. No dice que daría su vida porque hubiese transcurrido ya aquel período de ansiedad; dice dos años, precio elevado, pero no absurdo. Si compara su situación con la de Jesús en el Huerto de Getsemaní, lo hace breve y sumariamente; en seguida regresa al mundo de los hechos, recuerda un antiguo pleito a un amigo y termina epigramáticamente: "También a mí me está echando a perder la causa Buchanan". A la mañana siguiente, su humor había mejorado. "Mi único deseo es llegar a Washington a tiempo de cerrar la puerta de la cuadra, antes de que me roben el caballo... dice. Pero me temo que cuando llegue allí sólo encontraré sus huellas."

Lincoln se hallaba en acecho de señales y portentos que le indicaran su destino, pues entre el campo del aldeano y el del filósofo crece el árbol gigantesco e inmemorial de la superstición, que reparte su sombra entre uno y otro. Después de un día de agotamiento y desorientación, Lincoln se dejó caer sobre el viejo sofá de su cuarto colocado frente al armario de luna, cuyo espejo reflejaba su larga y yacente figura. De repente observó que el espejo reflejaba dos imágenes diferentes

de su rostro, una de las cuales tenía colocada la nariz unas tres pulgadas más arriba de la otra. "Este fenómeno, relata Lincoln, me turbó ligeramente y no dejó de asustarme. Me levanté y miré al espejo, pero la visión desapareció. Al tenderme de nuevo se reprodujo, quizá más distintamente aún que la primera vez, reparando yo entonces en que uno de los dos rostros estaba algo más pálido que el otro. Me levanté, y todo desapareció de nuevo. Entonces salí, y con la agitación de aquellos días olvidé el fenómeno observado, aunque no totalmente, pues a ratos surgía en mi memoria, produciéndome una desagradable impresión. Al volver una noche a mi casa, se lo dije a mi mujer, y un par de días después, riéndome de mi mismo, quise hacer un nuevo ensayo... y el fenómeno se reprodujo. Pero, en lo sucesivo, el fantasma no quiso seguir favoreciéndome con su presencia, a pesar de que yo hice cuanto pude por enseñárselo a mi esposa, a quien la descripción tenía muy alarmada. Mary pensaba que aquello era un "signo" de que yo sería reelegido, pero la palidez del segundo rostro indicaba que no sobreviviría a la segunda elección."

¿Podía no alarmarlo tan siniestro augurio? ¡Cuántas veces no se preguntaría a sí mismo aquellas semanas si, en atención a la paz, no sería preferible retirarse, dejar el camino libre para una nueva elección, apaciguar con nuevas condiciones la intensidad de las pasiones populares, prevenir el estallido de la guerra civil con la retirada de su personalidad! Si no lo hizo así y decidió continuar en su puesto, podemos estar seguros de que, dado su carácter, esta decisión había sido dictada por consideraciones positivas. Pero ahora se siente alarmado por un signo ultraterreno y, aunque trata de explicar el misterio a su modo, y lo describe con matemática exactitud, siempre le queda una inquietud que no consigue desterrar de su corazón.

Mary supo dominarse mejor. Su ambición le impidió aceptar el aviso, cuya consecuencia inmediata hubiera sido tener que renunciar al sueño de toda su vida; pero el infalible instinto de aquella mujer, que fue la única en prever la carrera de su marido, le hizo también presentir su trágico fin.

En diciembre ya no contaba la Unión más que con un fuerte en el Sur, situado en el puerto de Charleston. Mandáballo el comandante Anderson, que se encontraba en

una situación extremadamente difícil. Recibía de Washington órdenes y contraórdenes y, cuando pedía refuerzos, tenía que entregar municiones. Convencido al fin de que las autoridades jugaban un doble juego, tomó por su propia iniciativa la decisión de retirarse al Fuerte Sumter, que se hallaba en mejores condiciones. El gobernador de la Carolina del Sur protestó de esta medida, alegando que con ella se olvidaba el derecho de su Estado, y se incautó en represalia del arsenal y depósitos. Buchanan, bien a pesar suyo, no tuvo más remedio que enviar refuerzos a Anderson, y al efecto mandó un barco, que fue cañoneado por los sudistas, teniendo que emprender la retirada. Ésta fue, en realidad, la iniciación de la guerra. En Charleston se celebraron exaltadas manifestaciones, en las que el pueblo pisoteó la bandera de la Unión. En enero se separaron otros cinco Estados: Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Missouri, que inmediatamente se pusieron en pie de guerra.

En Washington, Black había sido nombrado ministro de Estado, en sustitución de Cass, que había dimitido. Cobb, después de dejar vacías las arcas del Tesoro, dimitió también, declarando públicamente que se iba a trabajar en favor de la nueva confederación. Entonces Buchanan se decidió a tomar una medida, que él conceptuaba infalible. Ordenó que el 4 de enero se considerara como día de penitencia y ayuno, para impetrar de Dios el alivio de las desdichas que sufría la patria, y como el general Scott dispusiera una revista militar en el aniversario de Washington, le negó primero el permiso, no concediéndoselo hasta el último instante. Enviaba oficiales a los fuertes, volviéndolos a llamar apenas llegados a su destino, y públicamente se hablaba de robos de documentos en los archivos de la Casa Blanca.

El pánico se había apoderado del Norte. El deseo de paz era general. ¿Valían unos cuantos miles de esclavos y el llamado ideal humanitario la ruina probable de los negocios y la desorganización del país? Norteños de reconocida influencia escribieron al Sur, proponiendo un convenio, y otro tanto se intentó en el Congreso. Nadie parecía entender en el Norte las secretas razones de la emancipación perseguida por el Sur. Después de ochenta años de vida común, aún no se habían dado cuenta de que aquellos aristocráticos Estados rechazaban la igualdad impuesta por los fundadores de la Constitución, idea que sólo prosperaba y era comprendida en el

Norte. Aquellos Estados se hallaban vaciados en los antiguos moldes, divididos en señores y vasallos, acostumbrados a mandar los unos y a obedecer los otros, incapaces en su mayoría de pensar y dirigir. La pasión fue en esta crisis mucho más violenta en el Sur, pues sólo allí había razón para ello.

¿Quién podía desconocer el encono de aquellos grandes señores, que vivían a la manera de los príncipes europeos, sin obedecer más ley que la de su propio capricho? ¿Quién no conocía su amenazador puñetazo sobre la mesa del Congreso, cuando alguien se permitió calificarlos de tiranos del prójimo? "Demasiadas libertades se toman esos tenderos de Nueva Inglaterra, pensaban los sudistas, que no saben montar a caballo ni disparar una pistola, y continuamente señalan con un dedo huesudo y farisaico las cadenas que, no sin razón, sujetan a los esclavos. ¿Acaso esos groseros mercachifles no se han aprovechado también de nuestro algodón, con cuyos beneficios construyen en Nueva York cosas que imitan torpemente los palacios europeos?"

Sí, los sudistas querían emanciparse del Norte, verse libres de la incesante crítica de sus costumbres. Desde su punto de vista, si la secesión provocaba una guerra, sería una guerra libertadora; los poseedores de esclavos, en sus relaciones con el Norte, no se sentían menos encadenados que los propios esclavos.

"Habíamos propuesto, escribía un sudista, reanudar la trata de negros, pero no fue posible obtener la autorización del Congreso. Pensamos entonces anexionarnos a Méjico y Centroamérica, para asegurar así una ruta neutral a la importación de esclavos. Si no podíamos hacerlo pacíficamente, lo haríamos por la fuerza. Dios ha creado a los negros con el único fin de que corten la leña y acarreen el agua de los blancos. Nosotros, los sudistas, que constituimos uno de los pueblos más virtuosos, ilustrados y poderosos que existen hoy sobre la tierra, no habíamos sabido apreciarnos hasta ahora. Nunca podrá el Norte dominar al Sur. Si el amor a la patria no le impide persistir en su actitud, el amor al tabaco y al algodón lo rendirá. La esclavitud de los negros se halla justificada por la Biblia, las consideraciones humanitarias y la sana filosofía. "¿Qué pensaban los negros de todo esto? El mundo no podía saberlo. Sus cárceles estaban bien guardadas, y en todo tiempo se había procurado evitar a los esclavos todo contacto con los agentes del Norte. Sólo de una manera indirecta y no desprovista de ironía llegaron a enterarse de la batalla que se

libraba en los Estados del Norte en favor suyo. Como criados que eran, los esclavos prestaban sus servicios en todas las juntas y asambleas del Sur, y de este modo se enteraron de los argumentos de sus amos a la vez que de las doctrinas y pretensiones de los abolicionistas. Veíaseles allí, mudos y rígidos, con la expresión de indiferencia que pudiera tener un animal doméstico, como perros que, mientras lamen la mano, observan la puerta entreabierta por la que pretenden escapar. Silenciosamente, circulaban entre sus opresores, tendiéndoles sus sombreros y bastones; o bien, acurrucados en el suelo, con el rosario de huesos de frutas en la mano, fingían dormir o jugar con bolitas de cristal, sintiendo que poco a poco el Destino entreabría la puerta de su liberación. Pero cuando uno de los oradores leía un párrafo de un discurso o manifiesto de los contrarios, cruzábanse disimuladamente dos miradas, en las que por un segundo parecía reflejarse ya el espléndido sol de la libertad. Al reunirse por las noches en sus oscuras cabañas, en el estrecho círculo de la familia, lejos de los crueles capataces, contaban las noticias oídas, que corrían de boca en boca, y parecían iluminarse las tinieblas con el brillo de sus ojos, hasta que algún viejo pesimista aconsejaba que renunciaran a toda esperanza, pues desde el tiempo de sus padres y abuelos venían resultando fallidos cuantos intentos de liberación se hicieran. En las oraciones que aprendían de los curas y que cantaban hasta enronquecer, se les prometía un paraíso en el que todos serían iguales, sin distinción de color, y paulatinamente iban concibiendo el deseo de que esa hermosa igualdad pudiera existir también en este mundo. Todos, incluso los niños, conocían el nombre de John Brown, y Lincoln, a quien sus amos llamaban el Republicano Negro, era para ellos el Mesías de su raza.

Este continuaba en su rincón de Springfield, impotente y consumido por la impaciencia. Seward le escribió desde Washington, aconsejándole adelantara la fecha de la toma de posesión. Así lo habría hecho, de ser senador como Seward o de tener la popularidad de que gozaba Douglas en los círculos políticos; pero un desconocido, que sólo podía ser objeto de críticas y de curiosidad, no podía atreverse a tanto. El no podía seguir el consejo de quienes deseaban verlo en la capital a la cabeza de cien mil voluntarios, suministrados por el partido, para apoderarse del Poder un par de semanas antes del plazo marcado por la

Constitución. ¡Lincoln como militar triunfante; el amigo de la paz conquistando por las armas su propia capital!

Como un rey prisionero, se veía obligado a recurrir a cartas y mensajes secretos para enterarse de lo que pasaba en su propia patria. Y, Presidente electo, tenía que contentarse con lanzar una ojeada a las cartas del fuerte de Charleston, cuando circunstancias especiales se lo permitían. Afortunadamente, el viejo y leal general Scott, mal avenido con Buchanan, se puso en contacto con él, valiéndose para ello de una tercera persona. A sus avances, Lincoln le contestó indirectamente: "Le quedaré muy agradecido si se prepara lo mejor que pueda para defender o recuperar los fuertes, según lo exijan las circunstancias, en las circunstancias obligaba al hombre elegido por el pueblo el momento de la transmisión del mando. "La fuerza de

a negociar con un defensor de la Unión tan cautelosamente como si fueran espías. El hombre de confianza de Lincoln en Washington era Trumbull, a quien escribió en la Navidad de aquel año: "En estos dos días he recibido despachos en los que se me comunica que los fuertes de Carolina del Sur serán entregados por orden, o al menos con el consentimiento del Presidente. Me resisto a creerlo. Caso de que sea verdad quiero, si los amigos de Washington opinan lo mismo, que se diga públicamente que, tan pronto como tome posesión, volverán a ser tomados. Esto será una señal de combate para los partidarios de la Unión y una preparación para la acción futura."

Sólo un puente se le ofrecía a Lincoln para comunicarse con el Sur, puente que utilizó, pues aún no se consideraba jefe de la nación. El "Lincoln" del Sur, el hombre más juicioso y razonable del Sur en aquellos momentos, era Alejandro Stephens, de Georgia. Doce años antes, Lincoln y Stephens habían pertenecido a la misma legislatura; aunque no ocuparan entonces los mismos bancos, Stephens era demócrata, un mismo espíritu los movía, pues ambos eran idealistas prácticos. Stephens era aquel mismo orador que hiciera llorar a Lincoln, el diputado solitario y desconocido, con su discurso sobre la guerra de Méjico, discurso en que dijera estas memorables palabras: "Los hombres libres de este país han olvidado demasiado pronto los principios de sus antepasados, y se han dejado atemorizar con demasiada facilidad por la arrogancia de los poderosos." En aquel tiempo, Stephens y Lincoln

habían unido sus fuerzas para fundar el Club Taylor, que patrocinaba la candidatura presidencial del general. La pareja que formaban entonces era hartamente extraña. Junto a la figura huesuda y gigantesca de Lincoln, su débil compañero parecía aún más menudo y delicado. Sólo eran semejantes en lo curtido y arrugado de la piel que cubría sus rostros, pero las armoniosas líneas de la cabeza y, sobre todo, los magníficos ojos de Stephens, lo hacían más atractivo que Lincoln. Mas el hombre del Sur vivía atormentado por su carencia de fuerza y de estatura. "Creo que nunca llegaré a hacer nada, escribía Stephens en su diario, y este pensamiento me roe el alma. Mi aspecto es más de chiquillo que de hombre; nadie me tomará en serio, pues nada hay de varonil en mi voz ni en mi aspecto."

Hasta entonces los dos hombres se habían mantenido en contacto, a pesar de la agravación del conflicto y de ser ambos jefes de partidos hostiles. Poco antes de ser elegido Presidente, Lincoln escribió a Stephens la carta más larga de su vida, criticándole sus discursos, pero en el tono de una buena amistad. Ahora, en diciembre, leyó el futuro árbitro de los destinos de la Unión dos grandes discursos de su amigo que podían considerarse como una admonición a sus correligionarios: "La elección, decía, ha sido llevada a cabo de un modo legal y de acuerdo con la Constitución. Las rebeliones son un medio peligroso, y una guerra puede terminar con la abolición de la esclavitud, bien por la ley marcial, bien por un edicto civil." Este discurso, la última advertencia hecha al Sur antes de que se desataran las pasiones, causó en el país una impresión tan profunda como en Lincoln, y éste, deseando continuar las buenas relaciones con el orador, le escribió rogándole le remitiera una copia revisada del discurso. Stephens le contestó cortésmente, diciéndole que el discurso no había sido revisado, pero que las reseñas publicadas por los periódicos bastaban para juzgarlo, y terminaba con estas palabras: "Ciertamente que el país se halla en gran peligro, y ningún hombre ha tenido nunca sobre sí mayores responsabilidades que usted en este momento de crisis." Lincoln se apresuró a contestar: "¿Creen verdaderamente en el Sur que un Gobierno republicano quiere mezclarse, directa o indirectamente, en la cuestión de la esclavitud? Si así fuese, yo le aseguro a usted, como amigo, que semejante temor carece de fundamento. A este respecto, el Sur tiene tan poco que temer como en los tiempos de Washington. Supongo, sin embargo, que no es eso lo que debe

preocuparnos. Ustedes tienen la esclavitud por cosa legal y desean extenderla; nosotros opinamos lo contrario y pretendemos reducirla. Éste es, a mi juicio, el único obstáculo, la única diferencia esencial que nos separa."

Con estilo sobrio y varonil aprovecha la última oportunidad que tiene de hacer llegar su voz hasta los contrarios, asegurando a uno de sus jefes la independencia del Sur. Pero, al mismo tiempo, desliza algún concepto moral para el amigo, como si quisiera evocar las largas conversaciones que tuvieron juntos antaño y sus comunes ideales sobre las bases fundamentales de la Humanidad. Stephens contestó lacónica y seriamente. Lincoln censuraba las costumbres de la mitad de los norteamericanos. Sin embargo, Stephens hizo cuanto estaba en su mano para impedir la secesión de Georgia, y el día de Año Nuevo escribió a su hermano estas sentidas palabras:

"El Sur ha sostenido ocho años a Jefferson y otros tantos a Madison. De los setenta y dos años que lleva la Unión de existencia, la ha ayudado durante sesenta en la administración. ¿Demuestra esto, acaso, que seamos una despreciable minoría, obligada a entregarse a merced del despotismo del Norte, que intenta robarnos bienes y vidas?"

Poco tiempo después de escritas estas frases, Stephens renunciaba definitivamente a la patria grande en favor de la chica Georgia, con sus ríos y bosques, campos y ciudades, sujetó su corazón con vínculos más fuertes que la gigantesca Unión artificialmente construida, de la que fue arrancado por un impetuoso torrente, al que no pudo resistir... y adoptó la causa del Sur como un convertido que acude ávidamente a la primera línea, siendo en seguida nombrado vicepresidente de la flamante confederación.

A principios de febrero reuniéronse en Montgomery los representantes de nueve Estados del Sur y constituyeron los Estados Confederados sobre la base de una Constitución muy semejante a la de la Unión. Escogieron por Presidente a Jefferson Davis, senador por Misisipí, y justamente correspondió a Stephens el dar cuenta del hecho en un gran discurso:

"La nueva Constitución resuelve para siempre todas las cuestiones suscitadas por nuestra institución de la esclavitud. Ésta ha sido la causa decisiva de la ruptura y de la revolución. Las doctrinas adoptadas por Jefferson y muchos otros hombres de Estado en la época de la antigua Constitución pretenden que la esclavitud, tanto

desde el punto de vista moral como desde el social y político, es inmoral. Nuestro nuevo Gobierno se funda precisamente en la doctrina contraria y tiene por piedra angular la incontrovertible verdad de que los negros no pueden ser iguales a los blancos, que la esclavitud, o sea la subordinación a una raza superior, es su condición normal y natural. Nuestro actual Gobierno es el primero en la historia de los pueblos que toma por base esta gran verdad física, fisiológica y moral. La separación se hizo forzosa cuando el Norte se negó a reconocer la gran verdad moral, política y religiosa que hace de la esclavitud de los negros la más sólida de las instituciones. Los grandes fines de la Humanidad sólo podrán lograrse si marchamos de acuerdo con las órdenes y leyes que dejó establecidas el Creador de todo lo que existe."

Esta voz es la misma que antaño hiciera llorar a hombre tan poco sensiblero como Lincoln. ¡Tan rápidamente evoluciona el cerebro de un hombre en cuyo corazón se halla más arraigado el amor patrio que el amor a la Humanidad! Lincoln no se vio nunca frente a este dilema, pero lo que de su carácter conocemos hace suponer que habría resuelto el caso de modo muy distinto.

Es usted Presidente electo. Le felicito y doy gracias a Dios. El gran objeto de mis deseos y trabajos durante diecinueve años se ve cumplido con la derrota del poder esclavista. Ahora tenemos abierto el camino para establecer sobre firmes bases una amplia política de libertad. La responsabilidad es abrumadora. Dios le dé a usted fuerzas para cumplir con su deber."

Había sido ésta una de las primeras felicitaciones que recibiera Lincoln, y estaba firmada por su antiguo rival Chase. Cuando formó su Gabinete, los primeros nombres que trazó su pluma fueron los de Chase y Seward, aunque ambos pasaban por extremistas. Este último necesitó un plazo de tres semanas para decidirse a aceptar el ministerio de Estado; el otro, después de tres meses de indecisión, aceptó el de Hacienda. La provisión de las demás carteras dio lugar a manejos que disgustaron profundamente a Lincoln. "Si pudiese formar mi Gabinete, dijo a un amigo, con los abogados que trabajaron conmigo en el octavo circuito, podría evitar la guerra.

"- Pero si todos son demócratas."

"Ya lo sé, pero prefiero trabajar con demócratas conocidos que con republicanos a quienes no conozco."

La fonda de Springfield se convirtió en una especie de Bolsa, a la que acudían todos los aspirantes a destinos públicos, deseando colocarse ellos o colocar a sus allegados o amigos en los puestos más o menos elevados de la nueva administración. Una de las personas que mayores desazones causaron al Presidente electo fue Cameron. Este sujeto, de actitud y propósitos poco definidos, a fuerza de recomendaciones de Chicago logró ser nombrado para un cargo; Lincoln quiso después deshacerse de él, pero tuvo que volver a admitirlo, y como se presentara también el juez Davis pidiendo empleos para sí y para otros, el asediado Presidente se puso nervioso y dijo categóricamente que le dejaran en paz. En cambio, desde el primer momento se entendió muy bien con Hamlin, vicepresidente electo, estableciéndose entre ambos una sólida amistad, que hubo de durar hasta el fin.

No obstante, algunos de los viejos amigos se mostraron puros y desinteresados. Speed y su esposa acudieron a visitarlo. Después de evocar los recuerdos de la juventud, Lincoln preguntó de pronto a su amigo: "Y qué, Speed, ¿te las arreglas mejor que antes?"

"- Señor Presidente, creo adivinar el alcance de su pregunta... Mi posición es regular, algunos dirían que buena, y puedo añadir que en toda la administración pública no hay un puesto que me convenga." Un suspiro de satisfacción ensanchó el pecho del pobre asediado, encantado de encontrar al fin un amigo que nada le pedía.

Numerosos conocidos, que nunca se ocuparon de él, salieron repentinamente de su oscuridad. Hasta uno de los Grisbys, que tan mal trataron a su hermana y a él mismo, le escribió poco antes de la elección en un tono de antiguo camarada, deseoso de arrimarse al sol que más calentaba. Lincoln le contestó en los siguientes términos: "De las tres familias que al mismo tiempo emigraron a Indiana han muerto Squire Hall y John Johnston; los demás, disfrutan de buena salud; los chicos se han casado y tienen hijos: yo tengo tres, el mayor de diecisiete años. En Missouri hay un comité electoral republicano, de modo que puede usted votar por mí, si es que se lo permiten sus vecinos; pero no vaya a acarrearle molestias por mi causa. Salude en mi nombre a su hermano Carlos."

Antes de encaminarse a la moderna Babel quiso recorrer las tranquilas ciudades en las que transcurriera su juventud. Recorrió a caballo aquellos territorios, despidiéndose de los Hanks y los Johnston, y mandó arreglar la tumba de su padre, que se hallaba muy descuidada. Sus paisanos reían al verlo, recordando sus graciosas anécdotas, y más de un anciano de nevados cabellos aseguraba haberle visto guiar los bueyes treinta años antes. Sólo la bondadosa madrastra permanecía callada y no abría la boca más que para prevenirlo tímidamente de sus amigos. Otro tanto hacía la vieja Hannah Armstrong. Él las escuchaba serenamente, tranquilizándolas con una broma: "Si me matan, querida Hannah, me evitarán el trabajo de morirme."

Su hermano menor, que oyó estas palabras, quiso disuadirlo de su próximo viaje, pero la copa estaba llena y había que apurar su contenido.

Poco era lo que tenía que arreglar antes de su marcha. Se recogieron los escasos muebles y se alquiló la casa. Una sobrina recibió en depósito una carpeta llena de originales literarios, con el encargo de que, si no volvía su autor, hiciera lo que quisiera de los papeles, y Lincoln hubo de quemar montones de cartas luego de separar cuidadosamente sus versos.

Con anterioridad había escrito su discurso inaugural, tomando como única guía los discursos de Clay, Jackson y Webster y la Constitución de los Estados Unidos. Encerrado a solas en su despacho, lo escribió. Herndon, refiriéndose a la composición de este y otros discursos anteriores, dice que se debía exclusivamente a Lincoln. "Nunca escribí una sola línea para él, ni jamás me lo pidió. Nunca ejercí sobre él la menor influencia a este respecto. Ocasionalmente me consultaba sobre una cuestión de estilo, sobre el uso apropiado de una palabra o una frase. Pero nunca logré que cambiara una palabra que él creyera expresaba, bien su pensamiento."

Este testimonio nos permite ver a plena luz el carácter de Herndon, de quien se sospechó más tarde que ejercía sobrada influencia en los discursos de Lincoln. Por otra parte, ¿tendría algo de particular que hubiese dado algunos consejos al grande hombre con quien tantos años estuvo asociado? Pero, en este caso, consta que el discurso fue escrito de puño y letra de Lincoln y que se dio casi sin correcciones a la imprenta.

Mary desbordaba de esperanzas; hablaba continuamente de nuestra elección y le había regalado un sombrero de copa nuevo a su marido. Acompañada de su hermana, hizo, en tren especial, un viaje a Nueva York, con objeto de comprarse vestidos, abrigos, capotes y perifollos, que aumentarían el brillo de su elevada posición. En la recepción de despedida, se presentó con un vestido de encajes a la última moda de París, un hermoso collar al cuello y el cabello adornado por delicadas guirnaldas de hojas de parra. Tan elegante estaba, que al día siguiente pudo leer en los periódicos: "Mistress Lincoln es una dama de hermosa presencia y finos modales, muy a propósito para honrar la Casa Blanca y ser en ella la personificación de la gracia y la elegancia."

La tarde anterior a su partida, preséntase Lincoln por última vez en su despacho, y luego de examinar unos cuantos documentos, echándose como de costumbre sobre su viejo diván, clavó la vista en el techo y dijo:

"- Bill, ¿cuánto tiempo hace que trabajamos juntos?"

"- Más de dieciséis años."

"- En todo este tiempo no hemos tenido una sola riña, ¿verdad?"

"- No, por cierto."

Lincoln recordó algunos incidentes del comienzo de su carrera y, levantándose, cogió un rollo de papeles, como si se dispusiera a salir; pero en el último momento se detuvo y dijo:

"- Escuche usted, Bill, no quite la placa de la puerta. Hay que dar a entender a nuestros clientes que mi elección no altera en nada la firma "Lincoln & Herndon". Si vivo, volveré, y seguiremos defendiendo los fueros de la justicia como si nada hubiera sucedido." Y al salir juntos, añadió: "Antes de empezar ya estoy harto de este peligroso cargo. Me aterra pensar en lo que me espera."

Aquella noche, en el vestíbulo del hotel, el mismo Lincoln escribió las etiquetas para sus baúles: "A. Lincoln. Casa Blanca, Washington, D. C." Después de pegarlas en los respectivos bultos, ató éstos con sus propias manos.

¿Por qué no? ¿Por qué había de cambiar de costumbres al ser el jefe del Estado? La natural dignidad de su ser, tan de acuerdo con el concepto que tenía de la dignidad humana, la sostendría dignamente en la Casa Blanca, pero, ¿habría de abandonar de súbito su inveterada costumbre de servirse a sí mismo, sólo porque le observaran

los ojos curiosos de un portero de hotel? ¿Y quitaría la placa de su despacho, al cabo de dieciséis años de práctica, sólo porque pudiera parecer impropio que el nombre del Presidente sirviera de anzuelo a los clientes? Quien así lo juzgara no podía ofenderle; y aquellos cuyos juicios apreciaba, ya sabrían comprenderlo. Esta escena no sólo era característica, sino simbólica del genuino espíritu americano. El que su Presidente atara por sí mismo sus baúles, nos da la medida exacta del ideal americano.

Era una fría mañana de mediados de febrero. En la pequeña estación le esperaba un centenar de personas, deseosas de despedir a su ilustre conciudadano. En el vagón se hallaban sus viejos amigos Judd y David, los nuevos ministros Nicolay y Hay, dos gobernadores, algunos oficiales del ejército y su cuñado Todd. Entre todos estos graves semblantes, reía, mostrando sus hermosos dientes, Hill, a quien Lincoln se llevaba consigo para que los cantos de David alegrasen al melancólico Saúl.

En el andén quedaba Mary, que un par de días más tarde se reuniría con su esposo, para seguir juntos el viaje, dispuesta a demostrar por doquier sus exquisitas maneras y a llevar consigo la animación y la alegría. Por el momento, Lincoln marchaba solo del lugar en que había vivido tantos años, y al que no volvería ya nunca. Con su singular sombrero de copa en la mano, descubierta bajo la nieve, salió a la plataforma del vagón y pronunció algunas palabras:

"Amigos míos, nadie podrá apreciar la magnitud del dolor que me causa esta separación. A esta ciudad tengo que agradecerle cuanto soy y valgo. Aquí he vivido más de un cuarto de siglo, pasando insensiblemente de la juventud a las puertas de la vejez; aquí se ha mecido la cuna de mis hijos y aquí dejo enterrado a uno de ellos.

"Y ahora parto, sin saber cuándo volveré, si es que vuelvo. De lo único que estoy seguro es de que me espera un trabajo tan difícil como probablemente no lo ha tenido ningún Presidente desde los tiempos de Washington. Sin la ayuda de la Divina Providencia, nada hubiese hecho él; esperemos que Ella me asista también. Pongamos nuestra confianza en el que todo lo sabe y todo lo puede. A Él os encomiendo, y espero que en vuestras oraciones me encomendaréis a Él. Y ahora, un cariñoso adiós a todos."

La nieve caía lentamente sobre las descubiertas cabezas del orador y sus oyentes. Profunda impresión causaron en los corazones las melancólicas palabras recordando la tumba del pequeño Noch, y nadie auguró bien de aquel viaje emprendido en una cruda madrugada, entre cuyas nieblas desapareció el tren.

Diez días duró el recorrido por las ciudades del Norte, pues en cada una de ellas querían ver y oír a quien iba a gobernar la nación. Forzoso es reconocer que en no pocas ocasiones su cortedad decepcionó al público; pero a veces asombraba a los enemigos que, llevados por la curiosidad, asistían a los mítines. Generalmente, se mostró deprimido, enervado, macilento y triste. Sólo se animaban sus ojos y su corazón cuando Hill pulsaba el banjo, entonando canciones de negros. Sentía, como seguramente otros muchos, que las circunstancias no eran propias para desfiles con antorchas, recepciones y serenatas. También debía ser muy cauto en lo que decía, y algunas veces, después de preparar un discurso, tenía que modificarlo en el último momento, de acuerdo con las noticias recibidas de Alabama, donde los sudistas celebraban en aquel momento un Congreso. Ésta es la causa de que los discursos hechos durante su viaje sean tan desiguales, a pesar de conservar el mismo estilo popular y sincero, y un tono de amplia indulgencia fraternal.

"Ciudadanos de Kentucky, amigos y hermanos, si me es permitido daros tal nombre desde mi nueva posición ..."

Al llegar a Nueva York: "Y ahora, amigos míos, ¿he dicho ya bastante?(¡No! ¡No!) Veo que no opinamos lo mismo, y tendré que resolver por mí mismo la cuestión, poniendo fin a mi discurso. "En Pittsburg citó el poema de Longfellow: La construcción de la nave, comparando a ésta con la Unión; y en Indianapolis dijo: "Deseo recordaros, una vez para todas, que este asunto es vuestro y no mío; que si la unión de estos Estados y la libertad de este pueblo se pierden, más debe importarles a treinta millones de ciudadanos y a sus descendientes que a un hombre de cincuenta y dos años. La decisión de este problema no está en manos de los políticos, ni en manos del Presidente, ni en manos de los funcionarios; la decisión de este problema está en vuestras manos."

Dirigiéndose al Senado de New Jersey, habló de la lucha librada un siglo atrás en Trenton: "Siendo muchacho, leí y medité largamente sobre las causas que llevaron al combate a aquellos héroes. Sabiendo que los movía algo más que el deseo de

independencia, que sus acciones eran una magna promesa de libertad hecha a todos los pueblos de la tierra para el porvenir, estoy ansioso por saber si la Unión, la Constitución y las libertades del pueblo pueden perpetuarse de acuerdo con la idea original que llevó a nuestros padres a la lucha."

En Filadelfia, el recuerdo de los antepasados ejerció tan poderosa acción sobre su ánimo, que le hizo olvidar por un momento la prudencia que hasta entonces observara y, por primera vez durante el viaje, dejó entrever algo de lo que pensaba hacer o dejar de hacer. "Frecuentemente me he preguntado qué gran principio o idea ha sostenido la integridad de la Unión durante tantos años. No podía ser el mero hecho de la separación de las colonias de la madre patria, sino ese sentimiento libertador que alienta en la Declaración de Independencia y que ofrece libertad, no sólo a nuestro pueblo, sino a todo el mundo futuro. En ese sentimiento creo y espero. Aquí mismo se prometió en aquel tiempo que el peso del Estado descansaría por igual sobre todos los hombres y que todos los ciudadanos tendrían idénticos derechos. Y ahora, amigos míos, ¿podría el país salvarse apoyándose en esta base? Si fuese posible y pudiese contribuir en algo a su salvación, me consideraría el hombre más feliz de la tierra. Pero si el país no puede salvarse sin sacrificar este gran principio, preferiría que me asesinaran en este mismo sitio antes que renunciar a él. Ahora bien, mi apreciación de las circunstancias actuales me dice que la sangre y la guerra no son necesarias, y me apresuro a declarar que mi Gobierno hará cuanto le sea posible para evitarlas y que sólo tomará este partido como medida defensiva... Amigos míos, éste ha sido un discurso improvisado, pues no esperaba que se me invitase a hablar aquí. Tal vez por esto haya pecado de indiscreto, pero nada he dicho que no esté dispuesto a sostener con mi vida o, si así lo tiene dispuesto el Altísimo, con mi muerte."

Todos los que se hallaban en el gran salón sintieron la verdad de estas palabras, como la sentimos hoy al leerlas después de setenta años, pues cuando Lincoln dice que está dispuesto a morir por sus convicciones, no ignora la profundidad de sus palabras... pronto confirmadas por la realidad.

Antes de llegar a Baltimore, un detective le advirtió que existía un complot para asesinarle allí. En un principio se negó a creerlo, y quería proseguir el viaje, pero poco después llegó un hijo de Seward con un aviso semejante de su padre. Lincoln,

tras breve reflexión, decidió acortar el viaje. Algunos amigos insinuaron que esto podría causar mal efecto en la opinión, pero el leñador, a fuer de buen campesino, era demasiado precavido para arriesgar su vida innecesariamente por no echar a perder una recepción de las infinitas a que asistiera durante aquellas semanas. Si se hubiera librado en Baltimore una batalla en la que la presencia del Presidente fuera esencial para reanimar a las tropas, no habría vacilado en presentarse. Pero, ¿debía arrojarse en medio de un complot y, por el vano prurito de demostrar su valor, dejar que cobardemente le pegaran un tiro por la espalda? Abandonando la recepción de Harrisburg, salió por una puerta excusada, con el rostro cubierto por las alas de un ancho sombrero de fieltro. Desdeñando el tren especial que lo esperaba para llevarlo a Baltimore, entró en la estación y subió a un tren ordinario, mientras el especial se detenía con el pretexto de esperar importantes pliegos de Washington. Al mismo tiempo, se cortaron los alambres del telégrafo.

En aquellos momentos críticos sólo quiso que lo acompañaran "Hill" Lamont y el detective Pinkerton. Su esposa, sus hijos, amigos, partidarios y funcionarios continuaban el viaje en el tren especial. Sólo uno de los que con él venían desde Springfield debía acompañarlo en esta última parte de su viaje: Hill, de quien no podía separarse.

En febrero aún está muy oscuro a las seis de la mañana, y, sin embargo, las luces públicas están ya apagadas. Sólo dos personas se hallaban enteradas de su llegada: Seward y Wahburne, que fueron a buscarle en un carruaje. Los cuatro se trasladaron al hotel. La ciudad estaba silenciosa y al parecer dormida. Sin embargo, algunos velaban, esperando con ansiedad noticias del feliz resultado del golpe planeado en Baltimore. Nadie sospechaba que el hombre amenazado estaba ya dentro de los muros de la ciudad y que acababa de pasar por sus calles solitarias. Si algún grupo de trasnochadores caballeros del Sur se cruzó con el vehículo en que iba el Presidente, es fácil supusieran que iba ocupado por espías o comerciantes, llegados al olor de los contratos del abastecimiento del ejército.

Desconocido de todos, extraño a cuanto le rodeaba, Abraham Lincoln entraba secretamente en su capital para ser el sucesor de Washington.

Si en aquella fría madrugada de invierno hubiese comparado su posición actual con la de doce años antes al salir de Washington, ¡qué cúmulo de ideas se habría agolpado a su mente! ... Pero ni la ocasión ni su carácter se prestaban a este género de consideraciones. Si acaso, pensara cuánto se parecía el frío cuarto de hotel que ahora ocupaba al que ocupara en aquel tiempo, y se diría que hoy era su porvenir tan incierto como lo fuera entonces y no menor su soledad, pues le faltaba la compañía de su esposa e hijos, que debían llegar al día siguiente en el tren especial. ¿Qué es lo primero que ve cuando se asoma a la ventana? Esclavos... Por primera vez después de la crisis se hallaba en un distrito esclavista. ¿Qué es lo primero que oye? Unas cuantas canciones del Sur. ¿Qué clase de rostros fueron los primeros que vio en la calle? Rostros temerosos y desconfiados, pues todos temían encontrar en los demás espías o asesinos, tan abundantes, al parecer, en la ciudad. Lincoln no conocía a nadie; nadie le conocía a él; todos tenían allí sus intereses, él no tenía ninguno. No le era difícil suponer lo que se habría hablado la noche anterior en los salones. "¿Sabe usted si le ha pasado algo a ese hombre? Pronto nos lo quitaremos de encima, vivo o muerto. Jefferson Davis será el único Presidente, y punto final." La víspera de la toma de posesión, aún había en la buena sociedad quien apostaba que aquella no se realizaría.

¡Qué lacónico se mostraba Seward, qué aire tan frío y displicente el suyo! Cuando daba consejos, su tono era glacial y en sus ojos no brillaba la luz de la amistad. ¿No habría allí nadie que demostrara un poco de afecto al pobre recién llegado? Gracias a que tenía al lado a Hill; todo lo demás era frío, silencioso, protocolario. ¿Qué noticias se tenían de los fuertes? ¿Cuáles de Alabama? Siempre lo mismo... Pero una noticia de Europa trajo una cálida ráfaga de vida al hombre casi yerto: "El Zar de todas las Rusias había concedido la libertad a todos los siervos del Imperio". ¡Qué emoción tan honda causó la nueva en el corazón del hombre que anhelaba hacer lo mismo, sin poder conseguir en el Nuevo Mundo lo que ya se había logrado en la vieja Europa, en la autocrática y despreciada Rusia! Era como si a media noche saliera el sol muy lejos, al otro lado del océano.

Pero pronto reinó la animación en torno al solitario. Apenas se enteraron de su llegada, todo el mundo, como en Springfield, se precipitó a su encuentro, algunos por afectuoso deseo de saludarle, otros para observar, y los más por curiosidad.

Escaleras y pasillos llenáronse de gente; las puertas permanecían abiertas y no se ejercía la menor vigilancia, dejándose el paso libre a los conjurados de la víspera. Entre los que llegaron presentase Douglas, el contrincante con quien cambiara tan violentos ataques en la tribuna pública. Y estos dos hombres, que un par de años atrás se miraran tantas veces con el ceño fruncido y torvo el gesto, se estrecharon las manos sonriendo. Y tal vez pensara Douglas: "No quisiera estar en el pellejo de Lincoln."

Al cuarto día, presentóse el alcalde, saludando al nuevo jefe con un discurso frío, en el que se hacían algunas alusiones a las medidas revolucionarias. Lincoln le respondió diciendo: "Pienso incesantemente en las discrepancias que en la actualidad existen en nuestro pueblo, pero mi corazón sólo abriga sentimientos de cariño para unos y otros. No entra en mis propósitos privaros de ningún beneficio de los que os concede la Constitución. En una palabra, espero que al conocernos mejor se establecerán entre nosotros corrientes de mutua simpatía y confianza. Agradezco mucho el amistoso recibimiento que se me hace."

Una verdadera obra maestra, digno, al modo de un rey, afable, ceremonioso y terminando por reconocer la indiscutible verdad de que actualmente no se pueden aguantar los unos a los otros.

La lucha por los nombramientos ministeriales era en aquellos momentos más enconada que nunca. Cada uno de los nombres propuestos por el Presidente era objeto de vivas objeciones; senadores y diputados luchaban para obtener destinos con que recompensar a los suyos o congraciarse a los adversarios. Lo que ya sucediera en Springfield, se repetía en Washington, pero en grado mucho mayor, y las primeras relaciones que el nuevo jefe entabló con las más notables personalidades de la capital fueron hechas en el mercado de los intereses personales.

Seward no se apartaba de su lado, pero su aspecto era amargo y hermético. Seguramente se sentía molesto junto al victorioso contrincante que ocupaba la plaza que él ambicionara, y que ni siquiera le encargaba redactar el discurso inaugural, como hicieran otros presidentes más expertos que Lincoln. ¿Cómo iba a aceptar él la responsabilidad de semejante innovación? Cuando por fin recibió el discurso ya hecho, para que le pusiese el visto bueno, quedó horrorizado de la franqueza del

estilo, y escribió: "Permítame usted decirle con toda libertad que las partes segunda y tercera de su discurso, por mucho que se corrijan, darán siempre consigo la inmediata secesión de Virginia y Maryland, y antes de quince días nos veremos obligados a disputar al Sur esta capital, con un Norte dividido y sin contar con un solo magistrado o empleado fiel allende el Potomac. Basándome en estas razones, le aconsejo respetuosamente que suprima las dos partes indicadas. Los argumentos son fuertes y decisivos; no hay para qué atenuarlos, pero se necesita algo más que argumentos para vencer los prejuicios y pasiones del Sur y las negativas y desconfianzas del Este. Hay que añadir unas cuantas palabras sentidas, tranquilizadoras y llenas de amistosa confianza."

Seward, conforme con sus artes de diplomático, quería hacer olvidar la parte principal del documento con los ampulosos esplendores de un final brillante, en tanto que Lincoln deseaba ganar a sus oyentes gracias a una claridad conforme a su propia clarísima lógica. He aquí el final que propuso Seward:

"Concluyo: no somos, no debemos ser, extraños ni enemigos; somos y debemos ser compatriotas y hermanos. Si las pasiones han hecho algo tirantes los lazos del mutuo cariño, seguros estamos de que no llegarán a romperse. Las místicas cuerdas que, partiendo de tantos campos de batalla y tantos sepulcros de patriotas, se extienden, a través de los corazones y del fuego de los hogares, por todo este vasto continente, volverán como en el pasado a resonar al unísono con su dulce música, cuando el ángel tutelar de la nación aliente de nuevo entre nosotros."

Lincoln introdujo las siguientes modificaciones:

"Trabajo me cuesta concluir. No somos enemigos, sino amigos. Jamás debemos ser enemigos, ni permitir que las pasiones rompan los lazos del cariño. Las místicas cuerdas del recuerdo, que se tienden desde nuestros campos de batalla y las tumbas de los patriotas al corazón de todos los norteamericanos y al fuego de sus hogares, cantarán de nuevo el coro de la Unión, cuando, como no puede menos de suceder, las pulsen de nuevo los mejores ángeles de nuestra naturaleza."

De este modo, el lírico final propuesto por el estadista al poeta, supo encontrar en éste su plena belleza. Pero los dos párrafos políticos que Seward le aconsejaba suprimir fueron conservados por el orador, seguro del efecto que causarían sobre el auditorio. Lo que Lincoln no supo apreciar, en cambio, fue el efecto que su negativa

produciría en Seward, y que dio por resultado la renuncia de éste al ministerio de Estado, al día siguiente de ser nombrado. ¡Nueva complicación en el último instantes! ... ¿Qué hacer? Lincoln dejó la carta a un lado, y esperó al día siguiente.

Amaneció el 4 de marzo. Como la víspera, en la ciudad se seguía apostando contra él. Al mediodía llegó el viejo Buchanan, el falso clérigo de la bufanda blanca, en un carruaje descubierto, que se detuvo ante el hotel. El viejo Presidente cubría su cabeza, inclinada sobre el hombro izquierdo, con un sombrero aplastado, de grandes alas, digno remate de su anticuada indumentaria. Subiendo Lincoln al mismo coche, ambos se dirigieron hacia el Capitolio.

Por primera vez, las calles que a él llevaban estaban ocupadas por las tropas. La solemne comitiva salió del Senado según el ceremonial que se observaba cada cuatro años. Las terrazas estaban menos concurridas que de costumbre; no obstante, dentro del salón la concurrencia ofrecía brillante aspecto. Todas las miradas se clavaban en el hombre más alto de la comitiva, que, llevando en una mano el sombrero y en la otra el bastón, subió lentamente los escalones de la tribuna levantada frente a la puerta del fondo. Su viejo amigo el senador Baker presentó a Lincoln, entre los aplausos de la concurrencia.

Cuando el nuevo presidente miró en torno suyo, vio que los tres lados libres de la plataforma estaban rodeados por graderías en las que se agrupaban las más conspicuas personalidades del Estado. Las del lado izquierdo estaban reservadas para el cuerpo diplomático, del que no conocía a nadie; las del lado derecho, para el Senado. En la primera fila de éstas y muy cerca de la tribuna presidencial sentábase Douglas. En los bancos de enfrente estaba Mary con sus tres hijos. ¿Qué es lo que veían todos aquellos ojos que con tanta curiosidad miraban al gigante que tenían por presidente? Los amigos no estaban satisfechos, y así lo expresa uno de los que se hallaban presentes:

"Su reciente barba grisácea e hirsuta parecía un cepillo, y desfiguraba un rostro notable por su expresión fuerte y melancólica a la vez. Ya no vestía su raída levita, sino un flamante traje de etiqueta, completado por un deslumbrador sombrero de copa recién sacado de la tienda, y un grueso bastón de ébano con un puño de oro del tamaño de un huevo. Estas desacostumbradas elegancias le molestaban de tal modo que realmente inspiraba lástima. Al subir a la tribuna aún fue peor, pues no

sabía qué hacer del bastón ni del sombrero. En pie, asaeteado por miles de ojos, con ambas manos ocupadas, parecía la desesperada imagen de la perplejidad. Después de vacilar un instante, se decidió por fin a dejar el bastón apoyado en la barandilla, pero no encontraba sitio para el sombrero, pues sólo podía disponer del suelo, y se veía que no quería dejarlo allí. Douglas, haciéndose cargo de la situación, vino en ayuda de su antiguo rival, cogiéndole el sombrero, que sostuvo sobre sus rodillas, hasta que su dueño volvió a necesitarlo.”

¡Escena realmente shakespeariana! El genio, abrumado por unas prendas y objetos que su vanidosa mujer le obligaba a llevar, en vez de su habitual y cómoda vestimenta. Aquel inútil y fastuoso bastón convertía al sencillo leñador en una figura de opereta y, lo que era aún peor, en el blanco de disimuladas burlas. He aquí que en el momento en que el primer magistrado de los Estados Unidos se disponía a dirigir por primera vez su voz a la nación entera, el lujoso bastón y el flamante sombrero venían a impedirselo. ¿Qué hacer? ¡Horribles segundos! Compadecido Dios de sus angustias, le envió a su antiguo enemigo, cuya mefistofélica sonrisa permitía presumir lo que en su fuero interno se regocijaba del momentáneo desconcierto de su afortunado contrincante; pero el hombre serpiente, que tuviera flexibilidad bastante para salir de todas las situaciones, también halló modo de poner fin a aquélla. ¡Douglas salvador de Lincoln! ... Douglas extendiendo el corto brazo para coger el sombrero, y sosteniéndolo durante media hora, como un criado bien estilado, hasta que la ceremonia termina, y el Presidente vuelve a recogerlo, no sin dar las gracias al senador con una afectuosa inclinación de cabeza.

Inmóvil escuchaba Douglas el largo discurso, pero a veces sus pensamientos se detenían sobre el enorme sombrero que sostenía sobre las rodillas. Tal vez pensara cómo desaparecería su cabecita en aquel inmenso cilindro, y qué ridículo, en cambio, estaría Lincoln con un sombrero suyo. Quizás echara miradas de soslayo a la faja de badana, procurando averiguar si había allí alguna nota o apunte, pues una de las cosas que los burlones afirmaban era que Lincoln utilizaba el sombrero como cartera. Puede ser que la vista del sombrero le hiciera pensar en la cabeza que cubría, y comparara aquella inteligencia con la suya, para decidir, como es natural, pro domo mea, mientras volvía a escuchar, maquinalmente, con resignada superioridad, las palabras del rival victorioso.

El orador había empezado por afirmar que su partido jamás había hecho la menor tentativa para estorbar a los Estados del Sur en su organización interior. "Me posesiono hoy del poder sin la más leve reserva mental, sin idea ni propósito de provocar discrepancias. Durante setenta y dos años, quince ciudadanos diferentes han gobernado, generalmente con éxito, pero ninguno asumió la dirección del Estado en circunstancias tan difíciles como las actuales. Nos vemos amenazados por la ruptura inmediata de la Unión. El poder que me habéis confiado lo ejerceré para mantener incólumes las propiedades y prerrogativas que pertenecen al Gobierno, haciendo cobrar en todas partes las contribuciones e impuestos de Aduanas. Pero no habrá agresión, ni se empleará la fuerza contra el pueblo. No afirmo ni niego que haya personas ganosas de aprovechar el menor pretexto para quebrantar la Unión. Si existen, allá se las hayan con su conciencia; yo nada tengo que decirles." Más adelante preguntaba: "¿Cómo podrían separarse materialmente el Norte y el Sur? ¿Empleando la fuerza?... Y si así fuese, ¿qué ocurrirá después? ¿Acaso es más fácil hacer contratos entre enemigos que leyes entre amigos? ¿Acaso los contratos hechos con extraños son más eficaces que las leyes entre amigos? Demos por supuesto que estalle la guerra; ésta no podrá durar siempre y, cuando al cabo de mutuas y dolorosas pérdidas, termine sin provecho para uno ni otro, nos encontraremos frente a la misma cuestión... sin saber si el Todopoderoso, soberano de todas las naciones, está de parte del Norte o del Sur. Supongamos también que el Sur ganara la guerra. ¿Mejoraría por ello la situación? En absoluto. Asegurarían la institución esclavista, pero, ¿acaso no la tienen segura ahora? ¡Haya, pues, paz en ambos campos!"

El auditorio había aplaudido al orador en los párrafos más señalados de su discurso; y Buchanan lo escuchó atentamente; pero nadie manifestó tanto entusiasmo como Douglas. Apenas terminado el discurso, lanzóse hacia su antiguo adversario, y le estrechó la mano, expresándole su cálida aprobación. Pero ya se acercaba el sacerdote con la Biblia. Pusieronse en pie todos, el primero el anciano Buchanan, con su cabeza inclinándose más que nunca. Adelantóse el decrepito Taney, cubierta su momificada figura por la negra toca. Era el mismo magistrado que dictara la famosa sentencia de Dred Scott, asumiendo la responsabilidad de ella. No menos patriota que Lincoln, el indómito viejo no podía dominar su emoción al tomar el

juramento a su contrario, juramento cuya inmediata consecuencia sería la asunción del poder. Lincoln le dirigió una mirada de veneración y con emocionada gravedad extendió la gigantesca mano sobre el santo libro del que oyera hablar a su madre por primera vez en el festín de Kentucky, y con voz clara, que todos pudieron oír, dijo: "Yo, Abraham Lincoln, juro solemnemente desempeñar con lealtad el cargo de Presidente de los Estados Unidos, y preservar, guardar y defender la Constitución hasta donde me lo permitan mis fuerzas."

El acto había terminado. La concurrencia se dispersaba. El antiguo Presidente cogió del brazo al nuevo, llevándole hacia la puerta. Sólo un espectador permaneció inmóvil hasta el último instante. Éste, que había escuchado el discurso con los brazos cruzados, en una extraña actitud de reto, era un conocidísimo senador de Tejas, el único senador del Sur: el futuro enemigo personificado.

Mientras tanto, rodaba el coche hacia la Casa Blanca. Mary estaba radiante. La numerosa servidumbre, aquellas manos siempre dispuestas a prestar ayuda y aquellas vistosas libreas no podían menos de recordarle los esclavos de la casa paterna. Ciertamente que había soportado un viaje de ocho días y que antes de emprenderlo estuvo esperando veinte años, pero, al fin, aunque ajetreado y molida, había llegado donde se proponía. La esperanza se transformaba en realidad y su sueño cobraba cuerpo. ¡Con qué avidez pasaba revista a los aposentos, examinando los magníficos tibores y las mullidas alfombras! ¡Cómo deslumbraban sus ojos los dorados de los muebles y los resplandecientes cristales de las arañas! Contemplaba estas riquezas con no menos asombro que sus hijos, pegados por el momento a las faldas de su madre. Sin duda, habría que retirar algunas cosas y que mandar arreglar otras... Y seguramente que las próximas fiestas requerirían bastante trabajo... Por fortuna había mucho tiempo por delante, pues, por lo menos en cuatro años, sólo la muerte podría echarlos de la Casa Blanca.

Con semblante sombrío pasaba Lincoln por las mismas habitaciones, pensando en si algo más que la muerte podría arrojarlo de aquel histórico edificio. Su pensamiento no se apartaba un punto de la posibilidad del derrumbamiento de la Unión. Y en tanto que su esposa extasiábase ante los cortinajes de damasco, él se preguntaba qué habrían oído aquellas paredes en los últimos meses, de boca de todos los que luego huyeran hacia el Sur. Lo que a él correspondía en aquella suntuosa mansión

no era más que una amplia mesa de despacho cargada de papeles, lo mismo que lo estuviera su viejo escritorio en Springfield los días de ajetreo. Y al empezar a dictar a sus secretarios, tal vez sus ojos buscaron involuntariamente, entre tanto esplendor, un viejo sofá de gutapercha.

La primera carta que escribió, aquella misma noche, en un pliego con el membrete oficial, estaba dirigida a su ministro dimisionario, que era, por el momento, su mayor preocupación: "Muy señor mío: He recibido su comunicación del 2 del corriente, en la que me ruega le releve, antes de tomar posesión, de la cartera de Estado. Esto, en las circunstancias actuales sería para mí un quebranto irreparable, y por eso le ruego a usted que dé por no presentada su renuncia. Los intereses públicos, según creo, demandan su aceptación, y mis sentimientos personales no piden otra cosa. Sírvase reflexionar y contestarme antes de las nueve de la mañana. De usted atento servidor."

He aquí un nuevo modelo de regia dignidad y cortés reserva; una expresión de personal aprecio, pero, al mismo tiempo, un ultimátum a hora fija, que termina con una fórmula de fría urbanidad.

Las ratas abandonan el barco en peligro, piensa el capitán en el momento de tomar el mando. Y, al mirar por la ventana hacia la noche, ¿qué ve o cree ver? Las negras sombras que pasan por la calle, ¿serán espías, asesinos o esclavos? ¿Estará realmente la ciudad poblada sólo por rebeldes? ¿No habrá también entre ellos corazones bondadosos y ciudadanos de buena fe, que levantarán los ojos hacia la iluminada ventana, confiando en la fuerza del hombre desconocido? Allá, entre las tinieblas, se adivina la oscura masa del Tesoro: vacío a la sazón, pues todo el dinero fue enviado al Sur. Aquel otro vasto edificio es el Ministerio de la Guerra, que contiene muchos estantes atestados de documentos; pero las fuerzas inscritas en las listas son vanas, las armas y municiones han sido enviadas al Sur y apenas si queda un barco disponible.

A lo lejos, los ojos de Lincoln pueden distinguir la ancha corriente del Potomac. En su orilla opuesta hállase el enemigo sobre las armas. En sus manos están los fuertes, el dinero y las tropas, pero en su corazón arde el fuego de las malas pasiones, que estallará mañana o dentro de unas semanas. Y Lincoln, ¿es en realidad el amo de la Casa Blanca, o sólo un prisionero?

Todo depende de una cosa: ser lo bastante fuerte para sobrellevar su propio destino.

Capítulo 4

EL LIBERTADOR

Si llamamos trágico un conflicto en el que dos poderes luchan a vida o muerte, animados ambos por la convicción de su derecho y decididos a hacer prevalecer este derecho, pero en el que sólo uno de ellos está iluminado por el pensamiento del futuro, en tanto que el pasado ensombrece al otro; si llamamos trágica la lucha de ideas que se desarrolla en una atmósfera pura, más allá de las nubes del interés, la ambición y el dinero, y tan raramente visible a los ojos de los mortales luchadores como lo fueran las figuras de los dioses por los que batallaban entre sí, de uno y otro lado, los contendientes de los poemas homéricos, no será absurdo comparar la guerra civil norteamericana a una tragedia griega.

No por saludar la victoria de la libertad sobre la esclavitud, puede el que ha nacido más tarde condenar al partido vencido, aunque, de haber sido contemporáneo, hubiera abrazado seguramente la causa victoriosa. Si desprecia a los señores del Sur por la única razón de que su poder se apoyaba en la ignominiosa opresión de seres humanos inocentes, se incapacitaría para explicarse a sí mismo y explicar a los demás la confusión que prevalecía en aquellos momentos en los mejores espíritus de ambos partidos, y para comprender las subsiguientes decisiones del rudo arbitraje de la fuerza en un problema que sólo el poder de las ideas podía llevar a buen término. Incapacitaría igualmente para hacer justicia a los problemas de la minoría que durante cuatro años resistieran tan heroicamente como los héroes troyanos, y la magnánima paciencia y moderación del jefe nordista que durante los 1.500 días de su presidencia, durante otros tantos días y noches de suerte tornadiza en los campos de batalla y en la opinión pública, no perdió el ánimo, ni la fe, el buen humor ni la prudencia, sino que conservó unas y otras en medio de las constantes dificultades, aumentando su capacidad y hasta haciendo productivas sus mismas debilidades, para realizar un pensamiento, mejor aún, dos pensamientos, que poco a poco fundieron su espíritu en una patética unidad. Sólo quien haya reconocido la pasión, el sentimiento del honor y la tenacidad del Sur podrá apreciar el verdadero valor de Lincoln.

Por otra parte, ¿es tan difícil ser justo con el Sur? ¿Acaso en todos los tiempos, una larga posesión del poder no ha producido en los nietos del conquistador el sentimiento del derecho a ese poder?

En todos los países, en la lucha inmemorial entre señores y siervos, los aristócratas se han creído moralmente justificados por una ininterrumpida cadena de herencias, por sosegados siglos de dominio, y han visto sancionadas sus pretensiones por un tiempo tan dilatado, que el bronce y el acero de su fuerza cubriéronse con la pátina de la vejez. ¿Cedieron nunca sin lucha caballeros y barones a las demandas de los tiempos nuevos? ¿Abrieron nunca pacíficamente las puertas de sus fortalezas, cuando a ellas llamaban los mantenedores de una moral nueva? ¿Y los que así llamaban ahora, eran realmente apóstoles sinceros? Fríos negociantes, pensaban los sudistas; progenie de pequeños agricultores anglosajones atentos sólo a su provecho, ya lo bastante ricos para permitirse el lujo de una virtuosa indignación y decididos, al parecer, a apropiarse la dirección de la Unión, a pesar de entender tan poco de gobierno como de cultura. Ellos, los sudistas, eran en cambio descendientes de la nobleza normanda; tenían las maneras y costumbres de los pares ingleses; sus hombres representativos habían ocupado doce veces la silla presidencial, haciéndose responsables de la marcha de los destinos de la Unión y proporcionando el doble y aun el triple de ministros y altos magistrados que los nordistas. ¿Podían ellos, hombres nacidos para gobernar, hombres de honor, los verdaderos conductores de la nación en la guerra y en la paz, podían soportar en silencio que se los tachara de inmoralidad?

Ya toda una generación lo había hecho, pero en los últimos diez años había llegado a ser intolerable. ¿Por qué? Porque llegaban al Norte millares y millares de emigrantes, hombres fracasados, escoria de la vieja Europa, atraídos por el oro de California, deseosos de hacer dinero rápidamente, aunque fuese a costa de ejecutar trabajos deshonrosos, apenas propios de un negro. Naturalmente allí donde se paga el trabajo y el dinero significa libertad, es fácil hablar de libertad y democracia; donde la máquina de vapor reemplaza al hombre, no se necesita ciertamente emplear las fuerzas de los negros; donde se acumulan las grandes ciudades, centros de actividad plebeya, se puede pregonar impunemente una igualdad en el fondo contraria a las mismas leyes de Dios. Si durante los últimos diez años la población

del Norte ha llegado a diecinueve millones, en tanto que la del Sur sólo cuenta ocho millones de blancos, es natural que el Norte tenga un tercio más de congresistas que el Sur y que su mayoría dirija al Senado.

Influido por tales pensamientos, los jefes sudistas, grupo pequeño pero poderoso, sentíanse naturalmente inclinados hacia una progresiva afirmación de sus ideas, hasta que, finalmente, las elecciones de 1860 hicieron estallar la llama del fuego que desde hacía diez años viniera incubándose. El campesino se levantó contra el ciudadano, cazadores y caballeros contra contables y fabricantes, el oficial contra el escribiente, una venerable tradición contra una impaciente innovación, una clase contra otra, una raza contra los defensores de otra; la pasión del señor, su tradición, su orgullo y su honor contra el poder nivelador del pensamiento social; y, en realidad, el nuevo continente contra Europa, razón por la cual el Sur podía contar con la simpatía de Europa.

Estos sentimientos de superioridad del Sur parecían legitimados por consideraciones legales y económicas. ¿Acaso no había demostrado la autoridad de Calhoun que la Unión no era más que un pacto contractual entre Estados soberanos, del que podía retirarse el que lo considerase violado? Respecto a las riquezas naturales con que Dios había bendecido el suelo del Sur, un senador de California meridional expresó el más honrado convencimiento de los sudistas cuando dijo: "Nadie puede desafiar a los esclavistas del Sur. Puede haber disturbios temporales, pero el algodón, el tabaco y el arroz rigen el mundo. Sin nosotros, el Norte quedaría como un becerro sin madre, que sólo sabe mugir y morir de hambre."

Y, no obstante, en el apasionado Sur, todos, incluso las mujeres, parecían partidarios de una actividad defensiva, en tanto que el Norte, frío y de mayor espíritu crítico, se veía empujado a una ofensiva en desacuerdo con su temperamento y las disensiones interiores que lo dividían, y extraña a sus propios motivos. Si la secesión de seis Estados del Sur ocurrió en aquel momento, debióse a dos buenas razones: o el bluff sudista tenía éxito y hacía que el Norte, asustado, cediese, como lo hiciera tantas veces en los años pasados, o se iba a la guerra, que parecía ser la última ocasión para el Sur de superar al Norte, siempre creciente en poderío. Sin estas razones, el Sur, al que nadie, ni el más radical, quería quitar nada, y menos que nada los esclavos, habría esperado, después de tan larga lucha,

cuatro breves años más, con la esperanza de que, llegado el tiempo de las nuevas elecciones, volvería a imponer su voluntad, como hiciera tantas veces. Al fin y al cabo, el presidente "negro" no tenía mayoría en ninguna de las cámaras, ni siquiera en el pueblo.

La desmedida propaganda hecha por ambas partes había sido uno de los factores decisivos en la creación de este estado de sobreexcitación, que aumentaba constantemente. "Por ambas partes estaban como bulldogs ávidos de lucha", escribía Thomas Corwin. ¿Qué tiene de extraño si hacía meses que crecían los árboles de la libertad en todos los lugares del Sur, si en todas las partes se cantaba la Marsellesa y este canto, el más embriagador de todos los cantos de libertad, reducía al absurdo la política de los esclavistas; si miles de ricos y ociosos herederos probaban sus caballos y ensayaban sus pistolas, en la esperanza de encontrar para sus hazañas un público más vasto que el formado por un puñado de blancos medrosos y negros embrutecidos; si el clamor de las trompetas, el tremolar de las banderas y el sentimiento del honor habían embriagado una clase formada casi íntegramente por señores que no tenían que temer la menor resistencia o advertencia del bajo pueblo que mandaban; si, finalmente, la secesión había roto los lazos de la Unión, hasta tal punto que ni siquiera quedaba una autoridad que desobedecer? ¿Cómo podría el Sur dejar de considerarse a sí mismo indiscutiblemente superior en cuestiones militares? Ciertamente que el número de sus habitantes era menor que el del Norte; pero, antes de que se hiciese el primer disparo, se había asegurado tantos soldados como las fuerzas efectivas del Norte, y el derecho a armar el triple. Si la guerra no se prolongaba, el Sur podía contar con todas las ventajas; con una disciplina inculcada a los pobres blancos, robustecida en ellos por el sentimiento del peligro y no demasiado mimada por la democracia; con oficiales que habían ganado fama en anteriores campañas y a los que su modo de vida y los prejuicios de casta habían preparado para el papel que debían desempeñar en la guerra; con una cohesión no diseminada por el espíritu partidista, y, cuando entraran en la lucha, con una línea interior en la que podían concentrarse fácilmente las tropas en el momento necesario. La situación del Norte era totalmente opuesta. Allí, cada voluntario tenía ideas propias y un carácter independiente que pretendía saber el porqué de cada orden. Sus oficiales se hallaban recién salidos de

las agencias comerciales; sus soldados eran gentes de la ciudad, pronto extenuadas por las largas marchas, tratando de rodear al enemigo y teniendo que efectuarlo en tierra hostil, entre francotiradores y espías; sus partidos políticos se hallaban divididos por luchas interiores, que dificultaban la dirección de la guerra. Por otra parte, los norteros no estaban animados por el sentimiento de un peligro común, ni ligados por una pasión común; el único motivo que los llevaba a aquella lucha era exclusivamente, una idea, cuyo poder de convicción era del Norte y en la que nadie creería después de la primera derrota.

Así, pues, el Sur sólo tenía que temer una cosa: una guerra larga, en la que el Norte pudiese renovar sus inagotables reservas de hombres y pertrechos, disciplinar a oficiales y soldados, y rendir al Sur por el hambre, mediante un bloqueo sólo para ellos posible. Pero las disensiones políticas del Norte, y la falta de ímpetu bélico, hacían improbable una prolongada campaña. La posibilidad de que el Norte mostrase un celo militar que los riesgos de la situación imponían al Sur, sólo habría podido deberse a la acción de un caudillo que dominase a los generales, de un hombre que, situado a la cabeza de los asuntos públicos, tuviese fuerza y popularidad al mismo tiempo. Y, realmente, no parecían muy abundantes las razones para suponer que el nuevo Presidente llegase a ser este caudillo.

Cuando Lincoln despertó por primera vez en la Casa Blanca, al día siguiente de su juramento, encontró en su mesa una carta del fuerte Sumter. El comandante escribía al nuevo Presidente, después de esperar inútilmente durante meses que Buchanan le atendiera. De no recibir refuerzos, decía el comandante, sólo podría sostenerse en el fuerte una semana más. Quizá Lincoln recordara, al leer la firma de Anderson, que éste era aquel comandante que hacía treinta años en la guerra contra los indios le había tomado juramento, y acaso comparara en silencio este juramento con el del día anterior. Él había jurado mantener intactas las posesiones de la Unión, y el fuerte en cuestión era de ellas. Así, no vacila en declarar: "Si Anderson evacua el fuerte Sumter, yo evacuaré la Casa Blanca."

Este fuerte, situado en una isla del puerto de Charleston, guarnecido con sólo 100 hombres, pero bien provisto de artillería, había sido objeto de una especie de tácito acuerdo, que se prolongaba desde enero. Mientras el Norte no enviase a él refuerzos de ninguna clase, los sudistas no lo atacarían.

Pero he aquí que Seward aconseja ceder el fuerte para no enojar a los Estados del centro; y que el mismo general Scott asegura que el fuerte no podrá sostenerse. Era el primer caso de desaliento; y, una y otra vez, durante los años que siguen, habremos de ver al pacífico Presidente obligado a animar a los militares indecisos. Pero la cuestión del fuerte Sumter no era sólo una cuestión de valor, sino también de diplomacia. La evacuación del fuerte sería un ejemplo que estimularía al Sur, en toda la línea. Por otra parte, enviar tropas y municiones sería provocar al enemigo ante los ojos del mundo, y empezar la guerra, enajenarse las simpatías de Europa desde aquel momento y dar motivo a la crítica de los adversarios locales.

¿No eran ya suficientemente acerbas sus críticas? La prensa radical afirmaba por todo el país que el Presidente era un hombre ciego, incapaz o cobarde, contagiado por el pacifismo de Seward. ¿Qué ha hecho desde que subió al poder? La única acción positiva que puede rehabilitarle es su negativa de recibir una delegación de los rebeldes. Al mismo tiempo los demócratas del Norte claman por la evacuación de los fuertes y piden la paz a cualquier precio, negándose a todo trato con los republicanos negros. Por si esto fuera poco, los más insensatos rumores intranquilizan al país. Algunos hasta aseguraban que cada vez era mayor el número de oficiales del ejército regular que desertaban al Sur. Lincoln escuchaba todas las voces, leía todos los informes, atendía a todos los ciudadanos, y durante todo el mes de marzo buscó una solución.

Finalmente, encontró una salida. Era a fines de marzo; las dificultades de Anderson habían aumentado; probablemente la guarnición se hallaba mal abastecida y amenazada por el hambre. Entonces se da la primera gran recepción en la Casa Blanca. Lincoln aparece estrenando frac, al lado de su esposa, elegantemente ataviada; cien miradas maliciosas le siguen, esperando un faux pas. Él se muestra como siempre, campechano, alegre, amable. Al día siguiente, el corresponsal del Times pudo informar a sus lectores que el Presidente había regalado a su auditorio con numerosas anécdotas relativas a caballos, cocheros, borrachos y otros incidentes de la vida del Oeste. Esta jovialidad del Presidente había producido en sus invitados la sensación de que el peligro no era inminente, impresión que justamente se proponía Lincoln producir. Pero a sus ministros les habla de otra manera. Habiéndolos reunido después de la recepción, les comunica el parecer de Scott,

apremiándolo a evacuar inmediatamente el fuerte. Los ministros abandonan la Casa Blanca presa de gran excitación y, cuatro horas después, regresan para una reunión matinal, en la que conocerán la decisión del Presidente. Lincoln quiere enviar un barco con provisiones al fuerte y comunicar oficialmente al gobernador sudista que esta medida se toma con el objeto exclusivo de salvar del hambre a la guarnición. Si el gobernador no toma a mal esta medida, el prestigio del Gobierno de los Estados Unidos quedará a salvo y la guarnición podrá ser atendida. Si, por el contrario, sigue el gobernador animado por el espíritu bélico que ha demostrado en las semanas anteriores, considera el acto como una provocación y se desquita disparando el primer tiro, que pondrá fin a la tensión general, hará al Sur responsable del comienzo de las hostilidades y provocará en el Norte la indignación, sin la que toda victoria es imposible.

En este sentido se publica el primer decreto de Lincoln, pues el Presidente es el jefe supremo del ejército y la marina de la Unión, y en calidad de tal puede hacer, y hará, muchas cosas que por las vías civiles no le serían posibles a un Gobierno sin Congreso. En esta medida, el campesino y el diplomático obran de común acuerdo, y todo sucede como lo había previsto. A tiempo que el barco llega al puerto con sus provisiones, las tropas del Sur bombardean el fuerte, destrozan la bandera a balazos y continúan el fuego hasta que Anderson capitula y retira la guarnición. El mundo entero toma nota de aquella fecha, 14 de abril, en la que comienza de hecho la guerra civil; pero nadie presiente la sangre con que había de bautizarse nuevamente aquella misma fecha cuatro años más tarde.

El efecto es terrible, pero enardecedor. Un grito unánime resuena en todo el Norte: " ¡La bandera estrellada ha sido tiroteada por las tropas del Sur!" Un clamor de venganza une por un instante a todos los millones del Norte, las disputas partidistas se apaciguan, los adversarios se reconcilian o callan; todos sienten que ha ocurrido algo horrible, sin precedente ni semejanza durante los ochenta años anteriores, desde que la bandera estrellada ondeara por primera vez sobre la cabeza de Washington. En aquel momento, y sólo entonces, Lincoln tiene el país en sus manos. A su llamamiento para reunir 75.000 voluntarios, responden en pocos días 92.000, que en junio serán 300.000. Pero ninguno de ellos se ha alistado por más de tres años, pues éste es el período máximo permitido por la ley.

Sin embargo, todavía no se ve ningún soldado. De momento hay en total 3.000 hombres disponibles. ¿Dónde están los voluntarios? ¿Quién puede, en un abrir y cerrar de ojos, reunirlos, armarlos y ejercitarlos? ¿Dónde se desarrollará la guerra? Para una guerra civil falta plan de campaña. ¿Qué harán los Estados fronterizos, sobre todo Virginia, que se halla a las puertas mismas de la capital? La gente acude a Lincoln, preguntándole lacónicamente cuál es su actitud con respecto a los Estados Confederados. Él hace una ambigua referencia a su discurso inaugural, diciendo que allí está trazada su línea de conducta: "Recomiendo un cuidadoso estudio de ese discurso, que contiene la mejor expresión de mis designios."

Inmediatamente después, Virginia anuncia su separación de la Unión, y el Potomac se convierte en frontera. Apenas separado por el río, visible desde la Casa Blanca, está el enemigo. Todo ha sucedido como lo temiera el nuevo Presidente cuando, cinco semanas atrás, entró en posesión de su cargo.

La noticia de la secesión de Virginia produjo un efecto deprimente en la capital. ¿Dónde están las tropas? Súbitamente, Washington se convertiría en una isla rodeada por aguas hostiles; hasta podían amenazar por la espalda, donde se abría un profundo valle, en poder del enemigo. Alarmantes rumores corren por la ciudad. ¡Mañana sitiarán la plaza! ¡Es menester acumular provisiones inmediatamente! ¡Levantar barricadas de cemento delante del Capitolio! ¡Evacuar a las mujeres y a los niños! ¿Quién se ha encargado del mando? Scott, un anciano de setenta y cinco años, el nuevo ministro de la Guerra, que hasta entonces fuera un financiero, y Lincoln, cuya única gloria militar fue la salvación de un indio enemigo.

Los refuerzos no llegan; en ninguna parte se ve siquiera un nuevo soldado. Lincoln, recorriendo su habitación de arriba abajo, se pregunta a sí mismo: "¿Por qué no vienen?" Corren rumores de que han sido hechos prisioneros en Virginia. Pocos días después, el Presidente confesó a Schurz que, en aquel momento, había experimentado una sensación de completo abandono e impotencia. Un pequeño destacamento de sudistas que hubiese atravesado el largo puente tendido sobre el Potomac habría podido cogerlo prisionero en unión de todo el Gabinete. De pronto, oyen el tronar lejano de un cañón. ¡Ya están aquí! De un momento a otro le traerán la noticia de la llegada. Pero pasan los minutos... y ¡nada! Baja y pregunta a los oficiales. ¡Nada! Calle adelante, siempre adelante, hasta llegar al arsenal, que se

halla prácticamente indefenso, a merced del menor ataque. Pregunta a la gente si han oído un lejano cañoneo. Nada. Entonces comprende que la autosugestión le ha engañado. A tal punto son delicados sus nervios en los momentos decisivos, así se trate de casarse como de manejar los asuntos del Estado. ¿Podrá, realmente, hacer frente a la guerra este jefe supremo, el menos belicoso de cuantos registra la Historia?

Por fin se oye el silbido de la locomotora tanto tiempo esperado. Toda la ciudad afluye a la estación. El regimiento de Nueva York ha llegado. El pueblo respira, pero sólo por un momento. ¿Dónde están los otros?

"Empiezo a creer que el Norte no existe, dice Lincoln a las tropas. El VII regimiento es un mito. El de Rhode Island, otro. Vosotros sois la única realidad."

Estas palabras, innegablemente fuera de lugar y que las tropas recién llegadas tienen que desaprobado o entender a tuertas, nos dan la clave de la opresión que pesaba sobre su ánimo. Lincoln es allí un forastero, un hombre que nunca ocupara hasta entonces un cargo oficial y que se ve de pronto colocado en el más alto puesto de la Unión y forzado a afrontar una situación sin precedentes en la historia del país; solo, sin Congreso, con un Gabinete renuente, tenía que tomar la decisión más grave que hubiese tomado nunca un Presidente de la Unión.

¡Un reino por un jefe militar! El mejor sería Lee. Éste se halla en Virginia, pero siempre había sido leal a la Unión y hasta se había pronunciado en contra de la secesión. Lincoln le ofrece el mando supremo del ejército, pero Lee rehusa el cargo, diciendo que él no puede tomar parte en una invasión de los Estados del Sur. Al mismo tiempo, envía al general Scott, su superior y compatriota de Virginia, la renuncia de sus cargos en el ejército de los Estados Unidos.

"Esto es peor que la desertión de 20.000 hombres", dice el veterano Scott, y tiene razón.

Al mismo tiempo, Baltimore pide al Presidente la promesa de interrumpir el paso de tropas por la ciudad.

Perfectamente, las tropas pueden dar un rodeo a la ciudad. "No, dice Baltimore. Somos neutrales, y las tropas nordistas no pueden dar tampoco la vuelta a la ciudad."

"Necesitamos esas tropas, replica Lincoln, y como no pueden volar sobre Maryland ni arrastrarse bajo la tierra, no tienen más remedio que atravesar por allí." En vista de esto, los habitantes de Maryland destruyen los puentes y Washington queda separada por tres lados de sus tropas de refuerzo y amenazada por el cuarto con la invasión del enemigo. Por entonces tiene lugar el primer encuentro con los sudistas: los heridos son llevados a la ciudad en camillas que recorren las calles que conducen al Capitolio.

Es la sangre de sus hermanos la que Lincoln ve por primera vez empapando los improvisados vendajes. Sangre de inocentes, sangre de mozos que no tienen intereses políticos, que no abogaban por ni contra la esclavitud, de hombres que se habían alistado bajo su bandera sólo por haber oído un grito: "¡La Unión se desmorona!" Esta primera sangre, que por primera vez contemplan en el Capitolio los ojos del gran filántropo, le prueba la verdad de aquella voz interior que le decía que esta guerra entre hermanos no tendría nunca para la imaginación popular el carácter de una cruzada emprendida en defensa de un ideal abstracto; que el pueblo estaba dando su sangre, no por la libertad de los negros africanos, sino por amor a su patria.

Si dos familias pueden romper fácil y ruidosamente sus relaciones y tornarse enemigas de la noche a la mañana, una querrela entre dos hermanos en la misma casa no puede desarrollarse tan fácilmente. Esta guerra fratricida, después de pasados los primeros días tempestuosos, comenzó con un armisticio de tres meses, que ambas partes necesitaban para prepararse, pero también para dominar cierta perplejidad; fue, pues, una tregua de movilización, pero también de conveniencia. El que los sudistas no avanzasen sobre Washington, aprovechándose de las carreteras, francas todavía, y dejaran escapar esta ocasión, que no volvería a presentarse, indica ya una falta de decisión que sólo puede explicarse por las razones expuestas.

El concepto moral e histórico que merecía a Lincoln la guerra fue expuesto por él en el magnífico discurso que le sirviera de mensaje al Congreso, reunido el 4 de julio. Era éste un discurso tal como nunca en Europa ni en América, hasta entonces, se pronunciara en justificación de una guerra. El Presidente comenzaba por exigir cuatrocientos mil hombres y cuatrocientos millones de dólares. "La suma es menos de la vigesimotercera parte de lo que poseen aquellos hombres que parecen

dispuestos a darlo todo. Luego comparó la crisis actual, de la que había que salvar a la Unión, con la crisis que culminara en la fundación de la misma, poniendo de manifiesto cuánto más rico era el país hoy que en aquellos tiempos, añadiendo: "Es innegable que cada hombre tiene hoy motivos más poderosos para defender sus libertades que los tuviera entonces para conseguirlas." Volviendo al problema de los "derechos del Estado", declara que va unida a él una cuestión económica, pues la nación ha "comprado con su dinero los territorios en que se han formado varios de esos Estados (sudistas). ¿Es justo, pues, que se separen de la nación sin su venia y sin reintegrarle?"

Mucho antes había dado una nota más profunda, insistiendo en que la nueva Constitución de los Estados Confederados justificaba plenamente ciertas conclusiones referentes a las diferencias jurídicas y filosóficas que separaban al Norte del Sur.

"Nuestros adversarios han adoptado algunas declaraciones de independencia en las que, a diferencia de los Estados Unidos, escrita por Jefferson, han omitido estas palabras: "Todos los hombres han sido creados iguales." ¿Por qué? Han adoptado una Constitución interina, en cuya introducción, a diferencia de la excelente nuestra, firmada por Washington, han omitido "Nosotros, el pueblo", substituyéndolo por "Nosotros, los diputados de los Estados soberanos e independientes."

De estos síntomas deduce la naturaleza intrínseca de la que para él era, "esencialmente, una contienda de pueblos". Por parte de la Unión, era una lucha para mantener en el mundo la forma y contenido de un Gobierno cuyo principal objetivo era el mejoramiento de la condición humana, el descargar de pesos innecesarios los hombros de todos, el allanar a todos los caminos de una laudable ambición, el ofrecer a todos una oportunidad favorable en la lucha por la vida...

"Nuestro gobierno popular ha sido llamado con frecuencia un ensayo. Ahora nos queda el problema de sostenerlo frente a un formidable ensayo interior de derribo. Ahora le toca a nuestro pueblo demostrar al mundo que quien conduce fácilmente unas elecciones puede también sofocar una rebelión; que las papeletas electorales son las sucesoras legales y pacíficas de las balas, y que cuando aquéllas han decidido honrada y constitucionalmente, no se puede volver con éxito a las balas... Enseñar a los hombres que lo que no se ha logrado por las elecciones nadie podrá

lograrlo con la guerra será una gran lección de pacifismo; y, al mismo tiempo, se hará visible a todos la locura de los que han comenzado la guerra."

¡Con qué maestría habla aquí, primero en números, luego en ideas; primero a los electores, luego al mundo! Si habla del gobierno popular de los Estados Unidos como de un experimento llevado a cabo ante los ojos del mundo, veremos bajo la envoltura de la estadística demagógica la médula de la religión de Lincoln, la idea básica que ya expusiera en su juventud y con tanta frecuencia en todo el curso de su vida: veremos la íntima convicción de Jefferson y Clay de que se halla en juego, no la simple existencia de la Unión como Estado independiente, sino el porvenir de la raza humana. Adviértase que, ahora como siempre, la mirada de Lincoln permanece fija en la humanidad entera: que considera la Unión más importante que el problema de la esclavitud, pero menos importante que el principio de la libertad; y que, cuando insiste en la necesidad de dar una gran lección moral al mundo, habla de todo corazón.

Tanto más, cuanto que a él, en esto como en todo, le mueve más fuertemente el aspecto social de la cuestión que el político.

Algunos meses después, en otro mensaje al Congreso declaraba que el objeto principal de la lucha era la salvación del principio democrático, pues en el Sur se había llegado algunas veces a sugerir que el poder popular podría refugiarse en la monarquía.

"Pero hay un punto menos conocido que los otros, y sobre el cual quisiera fijar vuestra atención; me refiero al esfuerzo por colocar el capital a la misma altura, si no mayor, que el trabajo en la estructura gubernamental. El trabajo, dicen, sólo puede existir en unión con el capital, pues nadie podría trabajar si un capitalista no proporcionase la ocasión. Admitido esto, pasan a considerar qué es mejor: que el capital tome obreros a salario, o que los compre y obligue a trabajar. Habiendo llegado tan lejos, parece natural el considerar a todos los obreros, sean jornaleros o no, como esclavos. Y se advierte, además, que el que ha sido jornalero una vez tiene que seguir siéndolo toda su vida.

"Esta relación entre capital y trabajo no existe, y es mentira que un hombre libre esté obligado a ser jornalero toda su vida. Ambas hipótesis, y todas sus conclusiones, son falsas.

"El trabajo es anterior e independiente del capital. Éste sólo es su fruto y no puede existir sin aquél. El trabajo está por encima del capital y merece mayor consideración. El capital tiene sus derechos, que merecen tanta protección como otros. Tampoco puede negarse que existe, y probablemente existirá siempre, una relación entre trabajo y capital, beneficiosa para ambos. El error está en suponer que todo el trabajo de la comunidad se reduce a esta relación.

"Pocos hombres tienen capital propio, y estos pocos rehuyen el trabajo y con su capital alquilan o compran a otros que trabajan por ellos. Una tercera clase, formada por una gran mayoría, no pertenece a ninguno de estos dos grupos; ésta no trabaja para otros, ni tiene otros que trabajen para ella. En casi todos los Estados del Sur la mayoría no son señores ni esclavos. Los hombres trabajan para sí con sus familias en sus haciendas, en sus casas y tiendas; guardan para sí todos los ingresos, no buscan apoyo en el capital, en los jornaleros ni en los esclavos. El principiante pobre y diestro empieza en este mundo como jornalero, ahorra el sobrante de su sueldo, compra herramientas o tierras, trabaja luego por su cuenta y, por último, contrata a otros principiantes. Éste es un sistema justo, generoso y progresivo, que abre paso a todos y ofrece a todos esperanza y, con ella, fuerza y progreso. Nadie es más digno de confianza que el que se ha encumbrado por medio del trabajo; nadie menos inclinado que él a recoger o tocar algo que no haya ganado honradamente. Estos hombres no pueden ceder un poder político que poseen, sin cerrar la puerta del éxito a sus iguales; antes bien, aceptarán nuevas dificultades y cargas con tal de conservar la libertad."

Si estas frases estuvieran en un manual, o fuesen repetidas desde la cátedra por un profesor, parecerían sencillamente evidentes; escritas por el Presidente en aquella época, van dirigidas realmente a los labradores y empleados, que las leerán en todo el país, y también a los pobres blancos del Sur, a los que muy bien pudieran infundir cierto escepticismo respecto a la causa por que luchan, pero su fuerza y su significación histórica dependen de la personalidad del autor. Como táctico estilista, que ambas cosas es ahora, nunca habría hilvanado una disquisición de esta especie al brillante final de un largo mensaje sobre la guerra si sus ojos no estuviesen fijos siempre en principios generales, si no estuviese resuelto a hablar a quienes por aquella época estaban dispuestos a oír las nuevas doctrinas sociales. Él es el mismo

leñador y jornalero de otro tiempo, y en aquel país libre no tiene necesidad, como en Europa, de ocultar su origen humilde. Por el contrario, puede recordarlo con orgullo y hablando evidentemente contra sus enemigos, contra la buena "sociedad" de Washington, puede decir qué miembros de la comunidad considera más dignos de confianza, él que también fuera un jornalero y que se abrió camino con la sola ayuda de su talento y laboriosidad.

Las seis de la mañana y las calles desiertas, a pesar de que el sol de primavera las ilumina hace ya largo rato. Alguien pasa frente a la Casa Blanca y ve en la puerta a un hombre gigantesco que calza medias azules y grandes zapatillas. Este hombre, al que de sobra conoce, lo llama amistosamente: "Buenos días, buenos días. Estoy esperando al chico de los periódicos. Cuando llegue usted a la esquina, envíelo de prisa hacia acá." Es el mismo Lincoln que fuera abogado en Springfield, y sus modales de rústico, los mismos que aquí y allí dieron tanto que hablar a la gente. Aunque no todas las mañanas se le vea a la puerta de la Casa Blanca, la anécdota demuestra que la inquieta curiosidad le permitía volver de cuando en cuando a sus viejas costumbres.

Claro está que, si deseara algo, le bastaría con tirar del hermoso y largo cordón de la campanilla que cuelga junto a su gran escritorio. Pero si se sentara en su sillón, podría llamar a un criado, mas no a Nicolay, su secretario, pues el Presidente es el más madrugador de los trabajadores de los Estados Unidos, cosa notable en un hombre que no está acostumbrado a la regularidad ni por naturaleza ni por educación. Su tendencia natural es dejarse guiar por el capricho en lo que hace y deja de hacer, pero el sentido de la responsabilidad lo ha obligado a adaptarse al ritmo de los asuntos públicos. Para llegar a su despacho, situado en el ala sur de la Casa Blanca, tenía que atravesar el hall. Así, cuando pasaba por él a una hora avanzada del día, caía en manos de los numerosos visitantes que le aguardaban y que se apiñaban en torno a él. Sólo al cabo de tres años se le ocurrió librarse de estos asaltos por medio de una nueva entrada lateral.

El despacho es grande, pues tiene que alojar en el centro la amplia mesa de encina a cuyo alrededor se sientan los ministros en sesiones del gabinete. Los dos sofás son muy sencillos, ambos de crin, pero el hecho de ser dos y el poder cambiar de uno a otro es quizá para él, que gusta de estirar sus largas piernas y de leer en esta

postura, la única ventaja que le reportara, en lo concerniente a su comodidad personal, su categoría de Presidente. El viejo cuadro de Jackson colgado sobre la chimenea, lo encontró ya puesto y no lo ha mirado mucho; pero la fotografía de John Bright, el líder obrero inglés, fue colocada por él mismo y sirve para mostrar el aprecio en que tiene el Presidente a los radicales ingleses. También penden de los muros algunos mapas, mapas militares, que recuerdan a los visitantes que se está en guerra. Y, sin embargo, nada recuerda la guerra en los rostros de los hombres que entran en el despacho a las nueve de la mañana; y el Gabinete con cuyo nombramiento asombró Lincoln al país habría sido el mismo en tiempos de paz. La manera como toma asiento a la cabecera de la mesa, en parte para leer su propio informe sobre los asuntos corrientes, en parte para oír lo que los miembros del Gabinete han de comunicarle, revela una tranquila confianza en sí mismo, que nadie creería hallar en un hombre que, a los cincuenta y tres años, nunca había dirigido una reunión semejante. Y, no obstante, los que se sientan en torno de la mesa y le miran con más o menos desconfianza, son todos hombres positivamente prácticos y ejercitados, en los que todo el mundo confiaría más que en él. ¿Por qué no se ha rodeado este advenedizo de amigos personales? En vez de hacerlo así, llama en torno a él a una falange de extraños, la mitad de la cual pertenece a un partido enemigo, en tanto que la otra mitad, aunque salida de su propio partido, está compuesta de enemigos personales. Cuando le preguntaron por qué había nombrado cuatro demócratas y sólo tres republicanos, contestó: "Yo soy republicano, así estamos en igualdad." Indudablemente, es un signo de desacostumbrada tolerancia y de sabiduría política el hacer un esfuerzo especial para asegurarse, antes que nada, los servicios de aquellos políticos que se consideran a sí mismos como rivales suyos. ¿Es simplemente de mal humor y de hipocresía la mirada con que, a través de sus párpados entornados, examina a Lincoln el hombre que se sienta a su lado? Aun cuando Seward fuese menos vanidoso de lo que es, sería muy natural que él, cuya práctica y servicio, fama y talento parecían destinarlo al primer puesto del país, se mostrase disgustado de tener que servir a otro. Es hombre de distinguida apariencia, pero el trazo fino de su boca y nariz queda desvirtuado por una expresión desabrida, y la penetrante mirada de los ojos parece velada por la ambición y los celos. Cuando, semanas antes, hablando con él, aludiera alguien al

desengaño que produciría en cierta persona el que se olvidase su nombre al proveer un cargo determinado, Seward estalló: " ¡A mí me habla usted de desengaño! ¡A mí, que me asistían toda suerte de razones para esperar que me acogiesen como candidato a la Presidencia, a mí, que tengo ahora que depender de un abogadillo de Illinois! ¡A mí me habla usted de desengaño!"

También el que se sienta frente a él es roído por la envidia. No habla contra Lincoln, pero su silencio es elocuente, pues también él era rival de Lincoln y se considera traicionado por el partido. Pero Chase tiene una contextura sólida y un rostro franco; su cara imberbe es más llena y juvenil; parece aguardar mejor suerte y está dispuesto a olvidar las molestias personales para dedicar sus energías a la causa común. Inflexible adversario de la esclavitud, de temperamento más fogoso que Seward y hasta que Lincoln, Chase, como ministro del Tesoro, sigue siendo al mismo tiempo amo y servidor del sobrio reino de los números y, aunque a veces es algo pomposo, el concepto de sí mismo no altera la buena voluntad que pone al servicio del hombre que finalmente fuera elegido como representante del pueblo. No carece de penetración en las cuestiones personales y en los asuntos, y su competencia y su carácter hacen superfluo todo control, razón por la cual el Presidente le deja toda libertad de acción.

El hombre que está a su lado, no menos honrado y culto, se siente igualmente molesto. Es Gedeón Welles, cuya apariencia general suscita inmediatamente imágenes marinas. Sus ojos son penetrantes, a pesar de lo abultado de los párpados inferiores, y una blanca barba marina cubre sus mejillas, dejando al descubierto los delgados labios; su cabello es largo y grisáceo. Todo en él recuerda a los capitanes de otros tiempos o a un verdadero lobo de mar, en el que nadie sospecharía fácilmente al ministro de Marina. Durante cuatro años se entregará en cuerpo y alma a su ministerio y será el ministro de Lincoln que mayores triunfos coseche. Podemos suponer que Fox, el anglófobo subsecretario de Marina, se sienta al lado de su jefe. Es el suyo un espíritu osado, constantemente empeñado en superar a su cauto superior, junto a él está su cuñado, hombre de rostro joven y duro de nariz puntiaguda, penetrantes ojos y labios apretados, hombre al que se podía tomar por un matemático. Blair, ministro de Correos, miembro de una influencia familiar, muy bien relacionada, es tan apasionadamente opuesto a los rebeldes como Fox y no

menos práctico. Bates, procurador general del Estado, parece un hombre esencialmente frío; es oriundo del Missouri y, por tanto, debe comprender al Sur. Otro tanto podría decirse de Smith, ministro del Interior, procedente de Indiana; ciudadano distinguido, que probablemente tiene una más amplia comprensión de las cosas a él próximas que de las situadas en una perspectiva distante cuyos límites se pierden en lo desconocido.

Si Lincoln pasea sus ojos de psicólogo en torno a la mesa, no podrá menos de sorprenderse de la singularidad facial del séptimo y último de sus miembros, y eso que ya el tipo de los otros seis es de por sí excepcionalmente personal. El número siete es un hombre imberbe, de cabellos cenicientos, frente bien formada, nariz prominente, ojos penetrantes y labios extremadamente ceñidos, labios de hombre silencioso y reservado, que se goza de su propio desprecio de los hombres, que anda altivamente por el mundo y se propone someter a los demás: es Cameron, impuesto a Lincoln por su partido, y del cual el Presidente no podrá librarse tan pronto como quisiera. Hoy, como ministro de la Guerra que es, figura a la cabeza del Gabinete, hasta el punto de que Lincoln le ha dado tanto poder como a su colega el ministro de la Marina. Pero, como ni Lincoln ni Cameron tienen experiencia en los asuntos militares, ya que éste es un hombre de negocios y aquél un abogado provinciano, Cameron no podrá gobernar por sí solo durante mucho tiempo el Departamento de la Guerra.

Un Gabinete tan amorfo como éste era muy difícil que pudiera reunirse por mucho tiempo en torno a la mesa del consejo. Mantener unidos a estos siete hombres de ideas y temperamentos opuestos era el primero y más difícil problema del Presidente; convencerlos de su propia capacidad y someterlos así en espíritu a una dirección que hasta entonces sólo fuera puramente formal: tal era la piedra de toque que pondría a prueba su conocimiento de los hombres y su capacidad para gobernarlos; y el que hubiese sabido soportar esta prueba fue, quizá, la mayor victoria de Lincoln e innegablemente la condición previa para la victoria en la guerra. Pues allí donde los elementos de desunión habían logrado una espaciosa legitimidad por la separación de media nación, donde miles de cabezas y corazones, todavía ayer unidos, se separaban en un feroz antagonismo, donde el conflicto había sido de una divergencia racial y nacional y de una irremediable diversidad de ideas entre

compatriotas, era inevitable que el espíritu de discordia interviniese en toda discusión, en toda oficina pública y, por último, en un Gabinete cuyos miembros habían sido escogidos, no de acuerdo con su actitud general respecto al problema fundamental, sino atendiendo a consideraciones partidistas y políticas, y que se veían ahora frente a problemas excepcionales, a los que sólo un experto podía encontrar solución adecuada.

Al mismo tiempo, era inevitable que los ánimos se conjurasen contra un jefe que nunca había sido jefe hasta entonces, que nunca había presidido una comisión del Senado y mucho menos un Gabinete. Mas en vez de estudiar y esforzarse por observar las nuevas normas, Lincoln, como si hubiese ocupado durante años la silla, cabalgó a rienda suelta, conduciendo las discusiones como si se tratase de conversaciones corrientes, preguntando raras veces directamente, pero escuchando todas las opiniones, discerniendo con claridad lo que comprendía y lo que no comprendía, aceptando al final sólo aquello que juzgaba bueno, ignorando tácitamente lo que le parecía superfluo, protegiéndose a sí mismo contra una usurpación de poder por parte de sus subordinados con diarias visitas a los Departamentos y especialmente al de la Guerra; y todo esto, como su secretario atestigua, con una gran delicadeza: "Con incomparable delicadeza, respetaba, no sólo la autoridad oficial, sino también los sentimientos, opiniones y hasta la edad de sus compañeros de Gabinete."

De este modo, ya en las primeras semanas supo asegurarse su dominio con un gesto viril. Seward, que, a comienzos de marzo, momentos antes de la inauguración, había deseado renunciar a su cargo, dirigió al Presidente, en son de enmienda, el siguiente memorándum, poco antes de estallar la guerra:

"1.1 Va a terminar el primer mes de nuestra administración y aún no tenemos política interior ni exterior.

"2.1 Esto, sin embargo, no es condenable, pues era inevitable. Las sesiones del Senado, con la necesidad de hacer frente a los empleómanos, han impedido atender a otras y más graves materias.

"3." Pero otra demora en adoptar y proseguir nuestra política interior, y exterior, no sólo dañaría al Gobierno, sino que pondría en peligro al país.

"4.0 Para alcanzar esto, deberíamos hacer caso omiso de las peticiones de destino.

"5.11 Política interior: sé que mis opiniones son originales y quizás oscuras. Mi sistema está asentado sobre esta idea directora: Debemos cambiar la cuestión a los ojos del público, convirtiéndola de un problema de esclavitud o liberación en un problema de unión o secesión; hacer, en otras palabras, de una cuestión de partido, una cuestión de patriotismo o de Unión. (Luego recomienda la evacuación del fuerte Sumter.)

"6.0 En lo exterior, exigiría categórica e inmediatamente explicaciones a España y Francia, e intentaría pedir otras a Inglaterra y Rusia; enviaría agentes a Canadá, Méjico, América central, para despertar una fuerte oposición contra las intromisiones europeas. Caso de no recibir explicaciones satisfactorias de España y Francia, reuniría al Congreso y declarararía la guerra a estos países.

"Sea cual fuere la política seguida, debe ser llevada a cabo enérgicamente. Ha de ser regida con valentía por alguien que la dirija directamente y sin interrupción. Si no lo hace el mismo Presidente, dedicando su actividad y todo su tiempo a ello, debe delegar tal cuidado en uno de los miembros de su Gabinete. Una vez adoptada esa política, deben terminar las discusiones y todos deben estar de acuerdo y acatarla. Esto no entra en mi jurisdicción, pero no trato de evadir ni de asumir su responsabilidad."

Éste era el ultimátum de Seward. Ya una vez, en respuesta a un requerimiento de Lincoln, había permanecido en su puesto; ahora ponía una pistola en las sienes de su jefe, declarando, con el tono seco de un ministro que se cree indispensable, que su deseo era manejar a su antojo los asuntos exteriores o, de no ser así, eximirse del cargo. El mínimo de cortesía concedido a la posibilidad de que el Presidente quisiese gobernar por cuenta propia, quedaba destruido por la última frase, casi amenazadora. Cuando leyó este memorándum, Lincoln podía muy bien abrigar sentimientos contrarios a los suyos en la cuestión de la evacuación del fuerte, que culminó aquel mismo día; gracias, una vez más, a Seward, iba a resolverse equivocadamente con la rendición.

Precisamente, como Lincoln rechazaba la evacuación, considerando que un paso atrás en este asunto suscitaría cien nuevas exigencias del Sur, se negó a dar el otro paso atrás que le pedía Seward en su memorándum. En ambos casos, autoridades a él subordinadas exigían al jefe del país que cediese en asuntos fundamentales; un

grupo de Estados en una instancia, un ministro en otra. "Si Anderson evacua el fuerte Sumter, había dicho Lincoln, yo habré de evacuar la Casa Blanca." Otro tanto sentía respecto a la propuesta de delegar en otro el control de los asuntos exteriores. El mismo día en que Seward escribiera su carta, leía esta respuesta:

"Querido mister Seward: Desde que nos separamos he meditado en su carta de hoy. En mi discurso inaugural dije: "El poder que se me ha confiado se empleará en administrar y conservar las posesiones y lugares que pertenecen al Gobierno y cobrar los derechos de aduanas y contribuciones." A su tiempo, esta parte de mi programa mereció la aprobación expresa de usted. Esto, unido a la orden que di inmediatamente al general Scott de emplear todos los medios a su alcance para fortalecer y conservar nuestras fortificaciones, forma parte precisamente de esa política interior que usted desea ahora con tanta urgencia, con la única diferencia de que mi política no admite el abandono del fuerte Sumter... Las noticias recibidas ayer de Santo Domingo aportan ciertamente un nuevo artículo a nuestra política exterior. Pero hasta ahora habíamos estado preparando circulares e instrucciones para nuestros embajadores y llevando a cabo otras faenas semejantes, todo ello en perfecta armonía, y sin que se nos dijese nunca que carecíamos de política exterior. En lo que se refiere a su última proposición, he de advertir: si ello ha de suceder, soy yo el que debe hacerlo. Cuando se ha adoptado una línea general en la política, no veo peligro alguno de que ésta cambie sin que haya para ello una buena razón o continúe siendo objeto de debates innecesarios; de todos modos, deseo, y me creo con derecho a exigir, el parecer de todo el Gabinete sobre aquellas cuestiones que pudieran surgir en el desarrollo de nuestra política. Su sincero servidor, A Lincoln."

Parece éste el tono de un hombre acostumbrado a mandar desde hace años. Como el ministro tomó parte en la resolución, se le recuerda su anterior asentimiento, pero, como no desea su aprobación, no se le admite a tomar parte en ella. La idea de hacer la guerra a dos potencias de Europa ni siquiera fue discutida; Lincoln contentóse con decir más tarde en la intimidad: "Por el momento, ya tenemos bastante con una guerra." La dirección de los asuntos exteriores fue estabilizada y la intentada usurpación de los derechos del Presidente fue rechazada con un contragolpe al declarar que, de necesitar consejo, buscaría el de todo el Gobierno.

¿Qué sucedería ahora? ¿Renunciaría Seward? A despecho de su ambición, el ministro de Estado es hombre capaz de reconocer la superioridad de otro, tan pronto como se dé cuenta de ella. En mayo permitió a Lincoln corregir un mensaje decisivo a Inglaterra y a principios de junio escribía a su esposa: "El vigor y la fuerza ejecutiva son cualidades raras. El Presidente es el mejor de nosotros."

De igual manera que el dependiente de comercio con sus compradores, el abogado con sus clientes, condujera sus negocios arbitrariamente, fuera de toda regla y decidiendo de repente, de acuerdo con las circunstancias de cada caso, así también conduce el Presidente sus relaciones con sus subordinados, a despecho de todas las reglas de la Casa Blanca.

El estado de guerra disculpa y encubre esta falta de formulismos y algunas veces la hace necesaria. Se podría decir en este sentido que el estado anormal del país y de la administración armonizaba mejor con el carácter excepcional de este Presidente que lo hubiera hecho en tiempo de paz, pues, en todo caso, las peculiaridades, azares y necesidades de los tiempos de guerra embotan el filo de los convencionalismos y abren la puerta de la originalidad.

"Le envío a usted uno de los mejores hombres que existen, y hasta persona más grata a todos de lo que pudiera ser yo", escribe el Presidente en una carta de recomendación dirigida a un alto funcionario. Y confirmando un nombramiento: "Tengo que hacerle una súplica especial: no riña usted con X, que también es amigo mío y, en verdad, desde hace más tiempo que usted. Le quedaría muy agradecido si pudiera usted hacer algo por él cuando se le presente la ocasión."

He aquí otra carta:

"Muy señor mío: ¡Dios me asista! Me dicen que le he ofendido a usted. Deseo que me diga usted cómo ha sido eso. Su sincero..."

Su corresponsal le contesta que ignora que Lincoln le haya ofendido en modo alguno.

El Presidente escribe al dorso de la contestación: "Encantado de que no haya pasado nada."

En otra ocasión desea enviar con un mensajero seguro un documento al gobernador de Tejas: "Es éste un mensaje secreto y confidencial. Excepción hecha de mi Gabinete y de mí mismo, nadie sabe una palabra de él y todos hemos jurado

mantenerlo secreto. Voy a tomarle juramento como a un ministro. Levante su mano derecha. Así. Ahora puede usted considerarse como miembro del Gabinete.

" - ¿No sería mejor que enviase usted a un empleado del Gobierno?

" - No. Los tejanos ahorcarían a cualquier empleado al que sorprendiesen con documentos políticos.

" - ¡También a mí me ahorcarán si me sorprenden!

" - No tengo el menor deseo de que le ahorquen a usted, y si usted cree que esta misión le expone a un gran peligro, no seré yo quien le pida que la acepte. Pero como usted vive en Tejas y se dispone a regresar allí, suponía que no tendría inconveniente en encargarse de la misión."

Así se gana al mensajero. Pero cuando un gobernante excusa el retraso de sus tropas alegando que el contador y el habilitado no estaban listos todavía, contesta: "Le ruego diga usted a esos caballeros que si no trabajan rápidamente, yo haré un trabajo rápido con ellos. En nombre del sentido común, ¿cuánto tiempo se necesita para pagar dos regimientos? Nunca fue tan necesaria como ahora la llegada de esos regimientos."

Cuando cierto senador, queriéndolo obligar a una línea de acción a la que Lincoln es adverso, le dice: "Usted dice siempre que es el abogado del pueblo. Pues bien, reconozca usted que admitir esta actitud le haría más popular aún", replica Lincoln: "Tal vez, pero no estoy dispuesto a permitir que mis clientes conduzcan el pleito contra mi propio juicio... Si mi manera de gestionar el asunto no es satisfactoria, ya tendrán ocasión de prescindir de mí." Él no puede respetar a tal senador ni fingir que lo respeta; pero las cualidades corporales impresionan siempre al antiguo leñador, que desea impresionar a los demás con las suyas propias. Como a todas las personas extraordinariamente altas, le molesta el encontrarse con otras aún más altas. "¿Conque es usted mister Sherman? Bien, vamos a ver si es usted tan alto como yo." Así saluda a un senador, al que desconcierta por completo.

Un día que ve en un barco de guerra un hacha descansando sobre el tajo, no puede menos de cogerla y, como en otros tiempos, la sostiene durante unos minutos entre el pulgar y el índice, manteniéndola completamente horizontal. Esta hazaña sorprendió a todos los espectadores y él se mostró muy alegre de que los marineros más fuertes no pudieran imitarle.

Este comercio con la gente del pueblo es para él una necesidad: ninguna dignidad, ningún cuidado podrán hacerle renunciar a ella. A medida que pasaban los años, esta necesidad parecía aumentar en vez de disminuir, pero también en este punto el estado de guerra favoreció su modo de ser. Dos veces a la semana todo el mundo que deseaba verle era admitido sin ceremonia alguna, signo de verdadera democracia, que todavía hoy sigue siendo una característica de la Casa Blanca, desconocida en todos los palacios reales o presidenciales de Europa. En tales ocasiones, el Presidente, que nunca cuidara en demasía de su vestuario, aparece siempre vestido cuidadosamente y, sentado en un sillón, escucha con paciencia inalterable. Su "sí", dice un testigo, era amable y producía un gran placer; su "no" era pronunciado en un tono que no hería al solicitante. Por mi parte, cuando me separé de él, me sentía elevado y animado." En estas audiencias escuchaba a la gente más atentamente de lo que ellos podían creer y con frecuencia se enteraba por ellos del estado de la opinión pública bastante más de lo que ellos sacaban enterándose sobre el posible resultado de sus peticiones. Su indulgencia con todos ellos era inagotable. Un día, por ejemplo, tres muchachas pobremente vestidas se extravían en la Casa Blanca y tímidamente atraviesan la sala de recepción; Lincoln, que las encuentra, se detiene y les estrecha la mano a todas. Si oye al portero que cierra el paso a alguien, interviene inmediatamente; pero, en cambio, no tiene el menor reparo en dejar aguardando a un senador; aunque, muchas veces, cuando le pasan la tarjeta de un visitante, suele salir él mismo de su despacho con la tarjeta en la mano, para introducir en persona al que aguardaba.

Sabe que a veces se le engaña y, sin embargo, cuando las mujeres imploran por la vida de los hijos que han desertado, se deja conmover por sus súplicas, aunque se presenten falsamente como viudas o lleven como suyo un chico que han pedido prestado. Convencido de que la clemencia es mucho mejor que el castigo, procura excederse siempre en el sentido de la compasión. ¿Acaso no trae la guerra bastante miseria al país?

De continuo se le ocurren nuevas historietas y anécdotas para tranquilizar a la gente que acude a él en son de consejo o de querrela. A un grupo de ellos les dice: "Señores, supongan ustedes que todas sus riquezas, convertidas en oro, están en manos de Blondin y que éste debe llevar todo ese oro al otro lado del Niágara,

pasando sobre una cuerda. ¿Agitarían ustedes la cuerda? ¿Le gritarían ustedes: Blondin, enderézate un poco más; Blondin, deténte un momento; anda más aprisa; ladéate un poco hacia el Norte; ladéate un poco hacia el Sur? No; seguramente que ustedes retendrían el aliento e impondrían silencio a sus lenguas y separarían sus manos de la cuerda hasta que Blondin llegara al otro lado. El Gobierno lleva una carga gigantesca. Los mayores tesoros están en sus manos. ¡No fastidien ustedes; y guarden silencio, que nosotros los pasaremos al otro lado!"

En otra ocasión, habiéndose relacionado una visita suya a una academia militar con falsos rumores sobre la destitución de ciertos generales, observa en un corto discurso: "Cuando se ven las cosas a través de la niebla, siempre se las ve deformadas; y otro tanto les ocurriría a ustedes si yo tratase de explicarles las razones de mi visita al general Scott. Lo único que puedo decir es que esa entrevista... se relacionaba con asuntos que todos ustedes comprenderían tan bien como yo si me fuese posible explicar todos sus antecedentes... Pero el ministro de la Guerra, como ustedes saben, tiene bien sujetas las riendas a la Prensa para que no hable demasiado. Y hasta temo que si charlo demasiado también a mí me tiren de las riendas." Este tono lo comprenden todos los oyentes, y todos creen lo que dice.

La única cosa que suscita su ira es la presunción. Ignora la petulancia de los especialistas y diplomáticos, y pretende ignorar lo que unos y otros piensan y dicen sobre sus grotescos modales, su vestimenta y el buen gusto más que dudoso de sus anécdotas. Pero cuando un joven conde, recomendado por la Embajada prusiana, se hace introducir por Schurz y, en apoyo de una solicitud de empleo en el ejército, explica que su familia tiene varios siglos de abolengo, Lincoln le interrumpe amistosamente: "No tema usted: eso no será un obstáculo en su carrera."

Lincoln era un adversario temible para todos aquellos que se pusiesen al alcance de los dardos de su humorismo; pero los cazadores de empleos le causaban una desazón superior a sus fuerzas. Durante las primeras semanas de su presidencia, puede asegurarse que éstos le preocuparon más que la suerte de la nación, puesto que esperaba dominar ésta, y ante aquéllos se reconocía impotente.

"En Springfield se estaba mal; pero aquello era un juego de niños comparado con la tremenda situación de ahora. Apenas si puedo comer y dormir. ¡Soy una bestia acosada por una turba hambrienta!"

Las escaleras y corredores, hasta el primer piso, aparecían llenos de gentes que calculaban ardorosamente sus probabilidades, como si se hallasen en la Bolsa, mientras sus amigos patrullaban por la plaza, esperando la oportunidad para asaltar en plena calle al nuevo Presidente. Debemos tener en cuenta que el partido republicano, partido nuevo, había alcanzado el Poder por primera vez y que Lincoln deseaba escoger los hombres más eficientes, mitigando los peligros del sistema partidista con el nombramiento de demócratas y atacar de frente al nepotismo, razones todas que le hacen doblemente odioso el cínico mendigar de empleos en aquel momento tan crítico para el país. En un brillante epigrama resume sus sentimientos de entonces: "Mientras está ardiendo la casa, ¿he de afanarme por gente que desea que les busque habitación en ella?"

No obstante, muy raras veces perdió la paciencia, y esto sólo cuando la osadía de los solicitantes rebasaba todo límite. En cierta ocasión, un hombre que deseaba el nombre de Lincoln para acreditar un proyecto, no quiso tomar como respuesta definitiva la negativa del Presidente. Pero he aquí que, de repente, este hombre tranquilo se pone en pie y estalla: "¿Cree usted que el Presidente de los Estados Unidos es un agente comisionista? ¡Para usted y los que vengan con propósito semejante, ahí está la puerta!" Y a un inválido que pide una colocación sin presentar ningún documento que pruebe su afirmación de ser un herido de guerra: "¡Cómo! ¡No tiene usted documentos, credenciales, nada que muestre cómo perdió usted las piernas ¿Y cómo quiere usted que yo sepa si no la perdió entrando a robar en una huerta?" Vemos aquí al hijo del labriego familiarizado con esas tretas y difícil de engañar; no obstante, acaba recomendando al inválido.

Sólo su humorismo le eleva a la altura de una objetividad absoluta. Su habilidad para burlarse de tales gentes, para confundirlas con su superioridad intelectual sin ofenderlas, le proporciona algunos momentos de distracción; entonces se siente transportado a los buenos días de antaño, a la época del tribunal ambulante, y le parece ver en el solicitante un contrincante con tanta razón y culpa como él mismo. Las administraciones de Correos eran las más solicitadas por sus antiguos colegas. Un día, habiendo llegado del Oeste uno de ellos, comenzó a dar al Presidente toda clase de noticias, cada cuál más incongruente. Lincoln, siempre preparado a recibir solicitudes de empleos, le pone familiarmente la mano sobre el hombro: "¿No trae

usted por casualidad un jefe de Correos en el bolsillo?" El visitante queda perplejo. "Verá usted: la cosa no tendría nada de particular... Todas las personas que he visto en esto últimos días traían consigo nombramientos de ministros en el extranjero, recaudadores, etc. Al verle a usted no pude menos de pensar que traería en el bolsillo siquiera un jefe de Correos."

Una vez acude a su médico para que le ayude a librarse de un importuno tenaz. "Doctor, ¿qué son estas manchas?", pregunta Lincoln, tendiéndole las manos. "Son manchas variolosas o viruelas benignas", contesta el médico. "Pues estoy absolutamente cubierto de ellas. ¿Es contagioso?" "Ya lo creo. Muy contagioso", responde el médico, secundándolo en su treta.

El visitante desapareció con la ligereza que es de presumir.

Su Gabinete y el mundo político en general tenían menos confianza en él por lo que se refería al manejo de asuntos exteriores. ¿Dónde habría podido aprender aquel abogado provinciano el arte sutil de la diplomacia, estudiado por Douglas durante tantos años en las camarillas y salones de Washington? Seward podía escribir notas; Summer, que reemplazaba ahora a Douglas en la dirección del Comité del Senado para las Relaciones Exteriores, conocía el estilo de Europa; Cameron sabía cómo abrir camino a través de todas las revueltas y angosturas de vida política, pero el Presidente era un hombre del pueblo y un anecdotista. Tenía, pues, que ser cuidadosamente excluido de aquellos campos.

Este prejuicio de los políticos profesionales y el persistente error de la posteridad (que tardó más de lo debido en reconocer la astucia y habilidad oratoria de Lincoln, sus diestros y mundanos arabescos, paralelos a las grandes líneas de su carácter) se encuentran desmentidos por la multiplicidad, finura y paciencia demostradas por él en su trato con los neutrales, cualidades que no se pueden adquirir a ningún precio cuando se tienen ya los cabellos grises y que se contaban entre los atributos fundamentales de su personalidad desde el primer momento.

Su línea de conducta con la Prensa enemiga nos muestra una vez más al diplomático. Así permite al poderoso Greely, hombre capaz de hacer y deshacer Gobiernos y que no se dejó vencer durante la entrevista que tuvieron en Springfield,

enterarse de todos los planes del Gobierno, a trueque de que Greely ponga al servicio y defensa de la política gubernamental su nuevo periódico.

"Hice de él, en efecto, mi portavoz, pues prefería que nadie supiese quién hablaba. No tengo para qué decir a usted que tengo absoluta confianza en mister Greely. Su poder es enorme. Tenerle firmemente a mis espaldas, equivale a un ejército de 100.000 hombres."

Greely debe saber que, si alguna vez tiene algo que objetar a la política de Lincoln, "yo me alegraré de conocer su opinión franca y sincera sobre mis puntos de vista. Si puedo, adoptaré los suyos. Si no puedo, le explicaré por qué. Él y yo debemos estar unidos, sin permitir que se interpongan entre nosotros pequeñas diferencias, pues ambos perseguimos el mismo fin, que es la salvación de nuestra patria. Bien, señor gobernador, ésta es la carta más larga que he escrito desde hace un mes, más larga de la que habría escrito de tratarse de cualquier otro hombre que no fuese Horace Greely".

Esta carta, cuidadosamente redactada, a fin de que el destinatario pudiese mostrarla confidencialmente a los grandes periodistas, es un ensayo de soborno psíquico, y si sólo tuvo éxito a medias, ello habla en favor de ambas partes.

Más difícil era tratar a los Estados fronterizos, aquellos importantísimos neutrales de cuya decisión dependía el resultado de la guerra. Puesto que la opinión se hallaba en ellos dividida, lo esencial era reforzar en todas partes el sentimiento unionista. En Tennessee y Arkansas, los amigos del Norte, escasos en número, no pudieron impedir la secesión. Pero, en cambio, Delaware envió tropas en apoyo del Gobierno federal, aunque el gobernador había refrenado la acción política. Todo se reducía ahora a asegurarse la fidelidad de Maryland, Kentucky y Missouri. Cosa posible, ya que no eran Estados decididamente esclavistas, aunque hubiese en ellos muchos propietarios de esclavos. Por otra parte, su decisión era, desde un punto de vista político y moral, de una gran importancia. En Missouri, el gobernador quiso impedir el reclutamiento de tropas para el Norte, pero los alemanes, que allí y en otros lugares habían abrazado de todo corazón la causa del Norte, se alistaron, a pesar de todo; en cambio, el Sur esperaba conseguir cierto equilibrio de fuerzas aún en algunos estados indecisos, cuya actitud debería decidirse en primera instancia por hábiles maniobras y, finalmente, por la ocupación.

En situación tal, Lincoln, como diplomático, evitó toda presión jurídica y toda fraseología patética. Así, por ejemplo, cuando el gobernador de Kentucky manifestó su deseo de que las tropas de la Unión fuesen retiradas de los límites de su Estado, Lincoln replicó: "Simpatizo cordialmente con el deseo de Su Excelencia de conservar la paz en mi Estado natal, Kentucky. Pero lamento haber buscado inútilmente en su breve carta una declaración o, por lo menos, una indicación de su deseo de conservar la Unión. Su atento servidor..."

El modo de abarcar todo el problema en una sola frase de pulida amabilidad y encubierto desprecio, el modo de insinuar sentimentalmente que Kentucky era su lugar de nacimiento, en una fría deducción lógica, en la que, sin faltar a la cortesía, se invita al gobernador a contemplar su propia imagen en un espejo implacable, ¿no nos recuerda la habilidad con la que, veinticinco años antes, escapara al pie del altar de las redes que en torno de él tendiera la voluminosa Mary?

Ante los embajadores extranjeros, a los que pronto manejará por modo decisivo para la solución de la guerra, se presentaba como un soberano que hubiese ocupado aquella posición durante años, encontrando siempre el tono apropiado para cada circunstancia y sabiendo a cuáles de ellos podía dirigirse en estilo popular.

Una tarde llegaron hasta él cuatro canadienses de distinguida posición. Encontraron al Presidente en compañía de un profesor que le explicaba con números el daño ocasionado a la industria por la guerra; Lincoln no estaba vestido de calle; cuando cruzaba las piernas, sus zapatillas se balanceaban, mostrando una buena porción de sus gruesos calcetines de lana azul, que asomaban por debajo de los pantalones. Y he aquí que, de pronto, se lanza a contar una divertida anécdota de la vida de los negros. Sin embargo, estos visitantes, aunque de tipo muy diferente, coinciden todos en describir la visita, cada uno a su manera, como una deliciosa sorpresa, el profesor encantado por la exactitud de los informes presidenciales y los canadienses por su clásica dignidad. Otra vez, en que llegan a verle un sueco y un noruego, ambos oficiales del ejército, les cita la versión inglesa de un poema sueco perteneciente a una antigua saga y describiendo un paisaje escandinavo.

Cuando el rey de Siam le envía varios regalos en señal de consideración, Lincoln escribe una carta dando las gracias a Su Majestad por "el real regalo... una espada de noble metal y magnífico trabajo, una fotografía de Su Majestad y de su querida

hija, y también dos colmillos de elefante, de la magnitud que se ve que sólo pueden pertenecer a un animal nacido en Siam... Dígnese Su Majestad hacerse cargo de que nuestras leyes prohíben al Presidente aceptar personalmente regalos tan ricos... El Congreso destinará los regalos a los arsenales del Gobierno". Siguen las gracias por los elefantes de guerra ofrecidos... "El Gobierno no vacilaría en aceptar un regalo tan espléndido, si fuese utilizable en el actual estado de la nación. Nuestra jurisdicción política no alcanza, sin embargo, a crear una latitud lo bastante tropical como sería de desear para el fomento de la cría del elefante, y el vapor, tanto en tierra como en el agua, ha sido y es nuestro principal y más eficaz medio de transporte en el interior. En día no lejano espero tener ocasión, etc. Su buen amigo, Abraham Lincoln." Se ve su malicioso guiño de ojos cuando dicta esta carta. No hay ningún funcionario que haya tenido relaciones con Siam, y Seward carece de suficiente imaginación y finura de estilo para alcanzar la sutil ironía de estas líneas. Un abogado de apartadas regiones que no ha visto nada del mundo y que ha leído poco, pero dotado de esa facultad, común al estadista y al poeta, de colocarse en el lugar de los demás, es capaz, en medio de cien asuntos urgentes y amenazadores, de pensar diez minutos en Siam, dar las gracias por una espada cincelada, que sólo podía parecerle absurda, y por el ofrecimiento de un par de elefantes, de los que no habría podido sacar otro provecho que el de una anécdota más.

Este tacto seguro en toda ocasión, o en casi todas, se hizo indudablemente más perfecto en él durante los últimos diez años; en todo caso, era verdaderamente notable que un hombre de carácter reservado, por no decir tímido, y que ahora, rodeado de desconfianza, críticas y burlas, en la situación realmente de un principiante, substituía no obstante el uso del espíritu al del poder, prefiriendo en las cien crisis de la guerra persuadir a mandar, y dominando de este modo precisamente los conflictos, ya que en aquella joven democracia la guerra civil tenía que ser conducida a través de las feroces disensiones que separaban a los Estados que permanecieron infieles a la Unión, y sólo un maestro en el arte de la elección, capaz de manejar y reconciliar a los distintos leaders, podía darle una solución victoriosa.

Pues huelga decir que en parte alguna florecían tan abundantemente por aquel entonces los gérmenes malsanos de la corrupción política, del espíritu partidista y de la empleomanía como en el ejército.

Ningún Estado de Europa se hallaba a la sazón tan mal preparado para una guerra como la Unión y, dentro de ella, como el Norte. Ciertamente que no faltaban hombres y, desde la caída del fuerte Sumter, había entusiasmo, soldados y dinero; pero, en cambio, se carecía de generales y capitanes. El general en jefe del ejército y la marina, el Presidente, entendía poco en cuestión de guerra, como la mayor parte de sus predecesores y rivales; y, aunque hubiese sido un general consumado, habríale sido imposible nombrar a los jefes efectivos ateniéndose tan sólo a su propio parecer y a los méritos profesionales de ellos, pues, por encima del general en jefe, aún hay otro jefe supremo, todavía más poderoso que, en Inglaterra, y huelga decir que en el resto de Europa, a saber: la opinión pública. Con ayuda de la Prensa, de los clubes y asociaciones Políticos, los comités del Congreso y los Bancos, cada partido y cada Estado procuraba elevar a los Puestos directivos a su gente y no vacilaba en emplear todos los medios coercitivos y coactivos a su alcance para imponer esta voluntad.

¿Quién podía obligar a los gobernadores de los Estados a reclutar tropas si no les hacía antes promesas concluyentes de cargos importantes? Y hasta más tarde, cuando el servicio militar obligatorio fue una ley, la suprema autoridad tuvo siempre que tomar en cuenta las susceptibilidades de aquellos hombres de peso y de aquellos grupos poderosos, en todos los sectores del país, tratando de sortear de la mejor manera posible los escollos de las influencias contrarias. Por otra parte, los miembros de los Estados Mayores y los oficiales de carrera protestaban contra ese estado de cosas, alegando razonablemente que no eran los civiles, sin otro título que el poder político, los llamados a mandarlos; mientras, los oficiales de baja graduación se peleaban entre sí, como hacen siempre los amateurs que reconocen su recíproca incapacidad. El sentido moral del Presidente se sentía herido por todas estas cosas, pues, sobre todo al principio de la guerra, tuvo que sostener las más difíciles luchas internas entre el conocimiento intrínseco y la prudencia exterior,

entre las necesidades vitales y las consideraciones políticas. "Debe usted procurar una colocación al portador... Arregle usted la cosa con el recaudador. Usted puede hacerlo por mí, y debe hacerlo."

Es ésta una carta entre ciento, enviada con urgencia al general Scott en beneficio de cualquier hombre, sin duda indiferente para Lincoln, al que quizá veía por primera vez y era seguramente incompetente. Al escribirla, se le escapa un hondo suspiro de contrariedad, toda la amargura de un hombre fundamentalmente honrado que nunca pretende nada en beneficio propio y rarísimas veces en el de sus amigos, y que ahora emplea su poder en favorecer a extraños, no ya en favor del país o del ejército, sino simplemente obligado por las consideraciones partidarias ¡Cosa tremenda, en estas circunstancias, tener que abogar en beneficio de un hombre desconocido y recomendárselo al generalísimo, haciendo la solicitud "por mí"!

Al mismo tiempo, le atormenta constantemente el deficiente conocimiento de las cosas, deficiencia que al autodidacto nunca perdona. El hombre que no sólo puede controlar abogados y jueces, sino que sabe coger en sus manos la sierra y enseñar su oficio a un carpintero inhábil, el hombre que sabe cuándo una casa está bien o mal construida, y con no menos eficiencia puede servir de juez en un match de boxeo; el hombre que sabe manejar caballos y bueyes, balsas y lanchas, y que encontrará en la guerra oportunidades para emplear este género especial de conocimientos, interior, este hombre, sólo después de una gran lucha lograría llegar a la decisión suprema en cuestiones de guerra, en las que, de momento, se siente subordinado al parecer de su ministro. Todos estos pensamientos se entenebrecen aún más cuando se sabe que el enemigo se ha asegurado los mejores oficiales, pues Lee no es el único que se ha ido con los sudistas, y en el Norte no había nadie a quien el país pudiera confiar el mando supremo en los asuntos militares.

Helo aquí, junto a la ventana de su habitación, mirando a través del ancho río. Con el catalejo puede distinguir las banderas azules de los traidores, que ondean al viento de Dios tan alegremente como las de la Unión y no menos sinceramente veneradas. A la noche, transcurrido ya otro triste día, que no trajo solución alguna, entra en la habitación un agente confidencial, un canadiense, trayendo cartas de los corresponsales ingleses, interceptadas en su camino hacia el Sur. El visitante oye gemir al Presidente: "Desde que vine aquí, sólo duermo con un ojo; jamás cierro

ambos, como no sea cuando echo de ver a un buscaempleos." Y cuando hojea las cartas abiertas, asombrándose de los nombres sobradamente conocidos de algunos destinatarios, y tirándolas y ordenándolas cuidadosamente, el agente observa en él "las huellas de profundas preocupaciones y sinsabores. Había una expresión triste y seria en su mirada, que decía mejor que las palabras sus desengaños. Las arrugas que rodeaban sus ojos se habían hecho más profundas, y los labios más apretados, aunque conservando su expresión de amabilidad y tolerancia.

Entre tanto, la Prensa reclamaba a toda prisa el avance hacia Richmond, pues se temía la intervención de Europa y se tenía la creencia general de que el enemigo, igualmente mal preparado, sería derrotado si se le atacaba rápidamente. ¿Fue solamente la arrogancia lo que impulsó a los confederados a establecer su nueva capital tan cerca de la antigua capital de la Unión? ¿Por qué no escogieron una ciudad del interior del Sur, como Nueva Orleans, en vez de elegir una población situada a un centenar de millas de Washington? Virginia es un Estado poderoso e importante, un Estado capaz de actuar intensamente sobre los Estados limítrofes. Además, con ello se dice al mundo: "Sólo hay un paso de aquí a Washington: allí nos veremos pronto." Así, el campo oriental de la guerra será sumamente angosto, en tanto que el occidental apenas tendrá límites.

Mientras llegan los nuevos regimientos, más fuertes de lo que se esperaba y exigía, pero desentrenados y apenas equipados; mientras la capital de la Unión, situada junto a la frontera, se transforma en un verdadero arsenal, y diez mil soldados acampan en sus arrabales; mientras el Presidente asiste a juras de banderas, visita hospitales, pasa revistas y ve como la voluntad nacional tiende hacia el avance inmediato, he aquí que no puede ordenar este avance por falta de generales. "Tengo más estacas que agujeros donde meterlas", dice con una magnífica comparación; y cuando nombra a Buell para mandar el ejército de Ohio y a McDowell para el del Este, apenas si los conocen él y el país, y sólo el nombre de Frémont, que acepta el mando del ejército del Oeste, inspira confianza.

De este modo, Lincoln y Scott son empujados por la vaga esperanza del país. A decir verdad, Lincoln previene contra un ataque general, indica la falta de ferrocarriles y propone un ataque fingido para dispersar las fuerzas contrarias, alejando así la posibilidad de una derrota; pero el viejo Scott se niega a hacerle caso, y un domingo

de julio ordena el ataque de todo el ejército del Este y sufre la primera gran derrota en Bull Run, un afluente del Potomac. Se emprende la retirada hacia la capital, y el pánico es aumentado por los senadores y otros espectadores, que habían acudido al campo de batalla con la esperanza de participar, siquiera como tales, del espectáculo de una victoria. Los rumores se suceden unos a otros, y realmente no era absurdo pensar que los sudistas quisieran coronar su victoria con un avance. En medio del general extravío, mientras senadores y congresistas pierden la cabeza, destaca la imperturbable serenidad del Presidente. Después de dictar las medidas necesarias para la protección de la capital, telegrafía al general derrotado: "Salve usted a Washington y al ejército." Pero a un antiguo conocido que le visita aquella noche le dice confidencialmente: "El ministro de la Guerra me prohíbe decir más. Los militares son muy rígidos conmigo. Supongo que tendré que obedecerles hasta que yo mismo me haga cargo de todos los asuntos."

De esta manera, inmediatamente después de la primera derrota, resolvía Lincoln hacerse cargo de todo.

Sin embargo, todavía es demasiado pronto para ello. La necesidad perentoria del momento es buscar un nuevo jefe.

El país desea un héroe joven y Scott tiene setenta y cinco años. ¿Quién pues, se pregunta Lincoln, a falta de un hombre experimentado, que sea querido por las tropas y conocido por el pueblo? ¿Dónde está el hombre capaz de ejercer la fuerza de sugestión necesaria en este momento y, al mismo tiempo, de lograr algo positivo de estos tres primeros meses de guerra? McClellan ha organizado rápida y excelentemente el nuevo Estado de Virginia del Oeste, parte fiel de la Unión de la antigua Virginia, que se ha separado, expulsando los últimos elementos sudistas y alcanzando con ello el general aplauso. Esto no lo califica realmente para la dirección del ejército, pero es más de lo que los otros han dado de sí. Ciertamente que no es un oficial en activo; pero lo fue; y si ahora es director de ferrocarriles, en la guerra de Méjico prestó buenos servicios como oficial de ingenieros y hasta cosechó en la guerra de Crimea ciertos laureles. ¿Es republicano? No, demócrata. Excelente. Así verá el país que se le ha nombrado sólo por su genio. Pero, ¿tiene genio en realidad? ¿Quién podría saberlo? En todo caso, la gente dice que es un segundo Napoleón.

Ciertamente, McClellan, que frisa a la sazón en los treinta años, tiene una apostura que entusiasma al pueblo: distinguido, excelente jinete, con los finos modales del bigote caído, hundidos los ojos, pálidas las mejillas, más distraída que atenta la mirada, y, como dice la gente, tan bajo como Napoleón. Empieza con el énfasis del corso: rebautiza al ejército del Este, con el título de "el ejército de Potomac", y cuando sale a caballo le rodea siempre un brillante acompañamiento; pensativo, cabalga sobre un magnífico caballo, y sus labios parecen guardar un secreto. "Haré las cosas en grande y derrotaré a los rebeldes en una campaña", escribe a su mujer, como si fuera Jefferson. "El pueblo me llama para salvar al país. Debo salvarlo y nada me detendrá en el camino. Óigase bien la cadencia. Cada palabra está cuidadosamente estudiada.

El nuevo general empieza con una tregua; primero ha de ejercitar durante tres meses a 250.000 soldados. Lincoln se siente muy intranquilo. Tennessee del Este, amenazado por el Sur, pide auxilio reiteradamente, y él quisiera a cualquier precio sostener aquel punto de apoyo que tiene el Norte en medio del Sur. Pero depende de los planes y hasta del humor de sus generales: es un prisionero. La opinión pública y el Gabinete confían en el segundo Napoleón. Cuando, en estas circunstancias, un viejo amigo le dice que McClellan quiere ser Presidente, Lincoln responde sosegadamente: "De bonísima gana le cederé el puesto con tal que antes gane la guerra. De momento, no nos queda a él y a nosotros más remedio que dejarlo en el Potomac, adiestrando sus tropas." ¿Qué sucede entre tanto en el Oeste? Acaso allí haya más esperanzas de victoria.

También aquí, en San Luis, hay un gallardo general montado en un hermoso caballo y seguido por una comitiva no menos brillante; pero, en todo caso, Frémont tiene un gran pasado o, por lo menos, la leyenda de él. Es un pionero del Oeste, un explorador, una figura romántica, a la que el flamante partido republicano eligiera como su primer candidato a la Presidencia y por quien luchara Lincoln. Todo esto, ¿ha sucedido hace realmente nada más que cinco años? Poco tiempo para que Frémont lo haya olvidado; demasiado para mantener su fama sin nuevos hechos. De momento, es apreciado por Lincoln y por todo el Gabinete. Brillante, con el poder del

silencio y la falta de toda experiencia, tiene las mismas cualidades de su colega del Potomac; pero Frémont ha perfeccionado una especialidad: una guardia de corps que lo protege como a un rey, que lo hace inencontrable y a cuyo amparo contesta de mala gana, o no contesta, a los despachos y cartas del Gobierno. En su desprecio por Washington y el Gobierno, los generales del Este y del Oeste hacen causa común; sólo en esto, pues en lo demás parecen decididos a obrar uno contra otro.

Pero, en contradicción con el organizador del Este, el señor del Oeste permanece inactivo en medio de su ejército, como si nada ocurriese, aunque su vanidad hace de él una presa fácil de los contratistas fraudulentos del ejército, que, por otra parte, no parece que fueran completamente desconocidos del ministro de la Guerra. Aparte esto, distráese en nombrar brigadieres por su propia iniciativa, sin consultar al Presidente. Al cabo de dos semanas, y a despecho del férreo muro de silencio con que se rodea, se hacen en Washington graves acusaciones contra Frémont. El hombre que fuera candidato derrotado en la lucha presidencial es acusado de querer fundar ahora una Unión del Noroeste. Estos rumores carecen de fundamento, y Lincoln no les da crédito, pero el hecho de que tales rumores tengan curso demuestra que el pueblo los considera posibles.

Una hermosa mañana de agosto, el Presidente lee en un diario que el general Frémont ha publicado una proclama anunciando la confiscación inmediata de las propiedades de todos los habitantes de Missouri que se hubiesen levantado en armas contra la Unión o hubieran ayudado al Sur, y la liberación de los esclavos que tuviesen. ¿Qué pasa en el corazón de Lincoln al leer esto? Con el dominio de sí mismo de un estadista, pese a todos sus sentimientos y deseos, desde el principio mismo de la guerra, Lincoln había postergado la cuestión de la esclavitud, convencido de que su deber primordial era no combatir por la libertad de los esclavos, sino por el salvamento de la Unión. Solo con esta divisa podría contar con la mayoría democrática en los Estados leales y con la neutralidad de los fronterizos. Si, por el contrario, valiéndose de ciertas medidas de guerra, mostraba favorecer a los esclavos, ello daría pie a que se le acusara de hacer una guerra de liberación y no de unificación, perdiendo con ello terreno y, finalmente, tal vez la guerra. De ahí que, aun en las órdenes de confiscación acostumbradas en tiempos de guerra, evitase hablar de los esclavos. ¡Para que ahora, uno de sus generales viniera a

meter sus dedazos en su fina urdimbre política, olvidando completamente toda subordinación militar! Al día siguiente, en efecto, la olvidada controversia renacía en todo el país. La Prensa radical del Norte aplaudía al valeroso general que tan gallardamente se adelantara al indeciso Presidente. Los Estados limítrofes, sobre todo Kentucky, ponían, por el contrario, el grito en el cielo al advertir ahora claramente el objetivo final de la guerra, y amenazaban de nuevo con la separación. Como es natural, el arrogante general, motivo de estas perturbaciones, será destituido inmediatamente, ¿no es cierto?

De ningún modo; Lincoln le escribe una carta amistosa: "En la última parte de su proclama veo un gran peligro... que alarmará a nuestros amigos del Sur, volviéndolos contra nosotros y quizá destruyendo nuestras favorables perspectivas en Kentucky. Permítame le ruego cambie, como por propia iniciativa, ese párrafo de modo que concuerde con el primero y cuarto artículo de la ley del Congreso... Esta carta ha sido escrita con espíritu de precaución, no de crítica. Se la envió a usted con un mensajero especial, para que la reciba pronto y con seguridad."

¡Asombroso! En este asunto, Lincoln ha sido demasiado blando, y sus esfuerzos por no molestar a los hombres que le superan en fama nacional, su deseo de repudiar el ejercicio formal de su autoridad, le arrastran a una complacencia mayor de la que permitía lo peligroso del momento. ¿Cuáles fueron las consecuencias? En primer lugar, es imposible encontrar al general; y cuando, al fin, se le encuentra, Frémont contesta que el mismo Presidente es quien debe revocar la orden, enviando su carta por intermedio de su esposa, mujer hábil y ambiciosa, a la que llamaban el verdadero jefe del Estado Mayor.

No, no es una farsa; realmente, las cosas sucedieron así. La generala, que teme la destitución de su marido, decide tomar la ofensiva. Se hace anunciar a medianoche en la Casa Blanca y amenaza al Presidente con la posibilidad de que Frémont forme un Gobierno independiente. ¿Le contestará Lincoln al mismo diapasón? Dicen que es medio aldeano, que carece de buenos modales y que es un ogro. "Tuve que recurrir a todo mi escaso tacto para evitar una riña", declaró Lincoln más tarde. Ni él ni el país eran aún lo bastante fuertes para recurrir a medidas extremas y nunca su principal objeto será el hacerse popular. Así, pues, cede en la forma más perjudicial para él mismo, cambia con su nombre el edicto de su general y se gana la hostilidad

de millares de nortños, que le declaran cobarde, en tanto que ensalzan al general como un héroe. Algunos periódicos declaran que debería darse a Frémont el cargo de Lincoln, y un cronista dice: "¡Cuántas veces tendremos que perder todavía nuestra propia estimación para retener a Kentucky!"

En este asunto, también da Lincoln más importancia a la política que a la ambición, y más a la filosofía que a la política. Completamente sereno, medita a su modo sobre los motivos profundos de este entreacto: "Respeto profundamente al general Frémont, pero lo cierto es que el precursor de un movimiento no es el hombre más indicado para llevarlo a cabo con éxito. Siempre sucedió otro tanto; Moisés inició la emancipación de los judíos, pero, al fin, no pudo penetrar en la tierra prometida, y tuvo que contentarse con preparar el terreno a Josué, para que éste terminase la obra. Parece como si el primer reformado hubiese de sufrir siempre una fuerte oposición y ser golpeado y escupido de tal modo que después, cuando los hombres se dan cuenta de que necesitan la reforma, aceptan más fácilmente de manos de otro". Al ordenar, inmediatamente después, al general Hunter que marche a Missouri, escribe: "Frémont necesita a lado un hombre de gran experiencia. ¿No querrá usted aceptar este cargo, por mí? La graduación de usted es demasiado alta para que yo pueda mandarle. Pero, ¿no querrá usted servir al país y a mí personalmente, aceptando voluntariamente este cargo?".

Hunter, sin embargo, obtiene poco y escribe cartas no menos orgullosas que las de Frémont. No tardará en verse reprobado por su jefe en este suave tono:

"Me veo obligado a decirle que me es difícil contestar atentamente a una carta tan desagradable. Con razón admite usted que ha perdido mucho de la confianza que en usted puse, no por hechos u omisiones, sino por el diluvio de cartas y despachos que me ha dirigido con tan manifiesto descontento... He sido siempre, y soy todavía, su amigo sincero y, si como tal puedo permitirme el hacerle una insinuación, le diré que ha escogido usted el mejor camino para ir derecho a la ruina. Act well your part, there alt your honor lies^{ix}."

Y cuando, finalmente, tiene que destituir a Frémont, sus mensajeros dan con él en un principio y han de engañarlo para hacerle aceptar la carta.

Tan delicada y grotescamente tiene que tratar el Presidente de la Unión a los jefes de sus ejércitos.

¿Y McClellan? ¿Qué hace entre tanto nuestro brillante amigo en el Potomac? Durante tres meses ha ejercitado y agrupado ciento setenta mil hombres. ¿No atacará ahora? ¿Ordenará un avance el Presidente o discutirá el asunto con el general? McClellan no quiere consejos de nadie, y menos del Presidente. Por el contrario, se queja en cartas particulares de sus frecuentes visitas al campamento, que sólo perjuicios traen. "Cada día estoy más asqueado de esta administración, hasta la coronilla, como quien dice. Me vi obligado a asistir a una sesión del Gabinete y salí horriblemente aburrido e irritado. Hay en él algunos de los más grandes asnos que he visto en mi vida."

Tal es el lenguaje empleado por el hombre del sable contra el filósofo; pero, ¿por qué demonios no usará ese sable? ¿Es acaso demasiado fuerte el enemigo? Sólo uno contra tres. McClellan no lo cree; y no quiere perder con una derrota su reputación napoleónica, ganada, por otra parte, sin la menor victoria. Constantemente exige tropas, tropas, tropas; permanece atrincherado durante semanas enteras frente al enemigo, de tal suerte que forzosamente ha de sufrir la moral de las tropas inactivas; y cuando el enemigo, temiendo un ataque, se retira y evacua Manassas, se contenta con seguirle un corto trecho y se vuelve a atrincherar, informando diariamente: "Sin novedad en el Potomac". El espíritu del país pasa de la inquietud a la cólera, de la cólera a la mofa, de la mofa a la sospecha. ¿No alimentará ese demócrata ambiciones políticas? ¿No preferirá subir hasta los más altos cargos en el terreno de la conciliación, a buscar la gloria en el campo de batalla?

Imposible, pues ¿acaso no le protege el Presidente? Cuando el veterano Scott fue destituido, ofreciéndosela un retiro honorable, el joven McClellan fue nombrado general en jefe. ¿Por qué? Lincoln no tiene otro a mano. Incluso se deja tratar por él descortésmente, y hace antesala en su despacho, hasta el punto de comentarlo irritadamente la Prensa. ¿Irá a salir de sus casillas ahora el Presidente? En absoluto. Lincoln no busca los honores, busca la victoria: "¡Yo le tendré de buena gana el estribo, con tal que nos traiga la victoria!" Por último, un día, al regresar a su cuartel, el general se encuentra al Presidente y a Seward esperándole; sin detenerse, sube a su habitación y les manda decir que lo siente mucho, pero que está cansado. Seward se pone fuera de sí; Lincoln permanece tranquilo; pero no le visita más y sus órdenes son, desde ese momento, más breves.

Las relaciones entre ambos adquieren un tono siniestro, sordo, como si su base fuese minada interiormente. "El río Waleck se hace peor cuanto más tiempo se le contempla", escribe el general, que hace ya medio año que contempla como hipnotizado el Potomac y sus afluentes. Lincoln, al que constantemente se le exigen soldados, que pronto desaparecen como tragados por el vacío, dice: "Es como si se barriesen con una pala: sólo la mitad llega al otro lado." Otra vez: "Si no ocurre algo, los cimientos de todo esto se vendrán al suelo; y si McClellan no quiere utilizar su ejército, tendré que pedírselo prestado, para demostrarle que con él se puede hacer todo." Sin embargo, le defiende de la Comisión Investigadora del Congreso.

Entre tanto, todo está tranquilo en el Oeste. El Presidente, a quien se exigen nuevas tropas, municiones, caballos, material, se siente en cierto modo engañado, pero no puede intervenir. Hay allí un jefe supremo aunque no entiende nada del arte de la guerra, y un par de generales, aunque no quieren batirse.

En este estado de depresión, el escándalo del Departamento de Guerra hace el efecto de una ráfaga vivificadora. Cameron ha procedido, en sus relaciones con los contratistas del ejército, cuando menos demasiado crédulamente; y no son pocos los que afirman que esta credulidad muy bien podría ser interesada. Calcetines que podrían romperse en dos, mantas que casi se transparentan, mochilas pegadas con goma, en vez de cosidas; todo cayó sobre el ministro de la Guerra.

Se nombró una comisión, pero también fue defendido por Lincoln, quien declaró que él y todo el Gabinete se hacían solidariamente responsables de todos los errores que se habían cometido. Aun en el caso de este hombre de dudoso carácter, de este hombre que le había sido impuesto por la fuerza, prefirió, sin necesidad, cargar su propio nombre, tan duramente atacado ya, y antes que abandonar a un colega cuando se iniciaba la batalla, aceptó gustosamente la aparente complicidad en oscuras maquinaciones.

Esto, a pesar de tener un motivo personal para guardarle rencor; pues también Cameron, extremando por propia iniciativa, su abolicionismo, había preparado en secreto, y casi simultáneamente con aquel escándalo, un informe en el que declaraba: "Todo aquel que lucha contra el Gobierno pierde todo derecho de propiedad, todo privilegio, toda garantía que le hubiese asegurado la Constitución. Puesto que el trabajo y el servicio de los esclavos constituyen la principal propiedad

de los rebeldes, siguiendo las leyes usuales de la guerra se les priva de esta posesión."

Por segunda vez se veía Lincoln frente a la realización de sus deseos y de nuevo tenía que combatirlos. En aquel Año Nuevo de 1862, no le pareció la cosa todavía madura, y hay que confesar que, realmente, aún no lo estaba. Así, dio orden telegráfica a todas las oficinas de Correos para que decomisaran el informe de Cameron y tachasen el párrafo.

Esto es típico de Lincoln, que ayuda a su ministro en las dificultades de orden personal, pero le desautoriza en aquello que se refiere a la política del Estado, a pesar de serle simpática la actitud de Cameron y sin tener en cuenta que una posición inversa le hubiese sido en ambos casos útil a su propia fama. Cuánta importancia concede a una causa y cuán poco a las personas; qué pronto olvida hasta las más graves ofensas cuando cree que el adversario puede ser útil a la nación en peligro, fueron cosas que nunca demostró de un modo tan decisivo como en esta coyuntura, al nombrar a Stanton ministro de la Guerra.

Sólo dos veces había visto Lincoln a este hombre, en otro tiempo abogado, y más tarde ministro de la Guerra en el Gobierno de Buchanan; una de ellas, pocos meses antes, al tomar posesión de la Presidencia; la otra, hacía ya siete años, en Cincinnati, un día en que la propia estimación de Lincoln hubo de sentirse herida como jamás lo fuera en los últimos veinte años. Tratábase de un importante litigio entre el Estado y los ferrocarriles, en el que éstos nombraran, por razones políticas, junto a dos grandes abogados del Este, a uno del Oeste, escogiendo al efecto a Lincoln. Éste, realmente, era el mejor informado de los tres sobre la cuestión en referencia. Pero cuando, al fin, le llegó el turno para hablar, Stanton le cortó el discurso, se declaró el principal representante y dijo a sus amigos: "Yo no puedo presentarme junto a ese condenado mono." Por si ello fuera poco, durante ocho días trató al colega del Oeste, que vivía en el mismo hotel, de un modo provocativo e insultante. En la cuestión de la guerra se había mostrado, más tarde, como un hombre recto, retirándose del último Gabinete responsable de alta traición, pero estaba disgustado por la elección de Lincoln, y no sólo como demócrata. Durante los meses siguientes, injurió constantemente a Lincoln, al que llamaba "el gorila excéntrico". "¿Para qué, decía a McClellan, van a África los exploradores, cuando

pueden encontrar grandes monos en Springfield?" Seguramente esta frase no llegó a oídos de Lincoln, pero sí su sentido, y el recuerdo de Cincinnati está tan firme en él, que desde entonces había rehusado, a causa de este agravio, una visita a aquella ciudad.

Sin embargo, llama a Stanton a ocupar uno de los cargos más importantes, a un puesto que los forzaría a un constante contacto. Lo hace porque Stanton es un incondicional de la Unión, porque es un hombre que posee a la vez energía instintiva y conocimiento, tacto y aplicación, método y seguridad técnica. De poderosa contextura, ancha cabeza, encuadrada por abundante barba gris, frente hermosa, nariz grande, ojos claros y penetrantes, todos ven en él a un hombre práctico y decidido, a un hombre de los pies a la cabeza. ¡Qué buena pareja hace con Lincoln! Ambos, incorruptibles, competentes, de espíritu serio; pero, mientras Lincoln obra con precaución, Stanton procede demasiado directamente, y mientras éste se arrebata, aquél calcula y pesa detenidamente todas las decisiones. Así, parecen hechos para equilibrar sus debilidades, en tanto que, por el contrario, sus fuerzas se asemejan y se refuerzan una a otra.

Al cabo de poco tiempo se hicieron amigos.

Abraham Lincoln aprendía estrategia. Durante aquellos meses de invierno, en los que no ocurría nada, en los que cada general encontraba siempre algo que pedir y una nueva excusa para no avanzar, mientras la guerra se prolongaba y las diferencias entre los jefes del ejército eran cada vez mayores, Lincoln reconoció la necesidad de adquirir un conocimiento personal de lo que en aquel momento constituía el cometido cardinal de su cargo. Cuando se vio obligado como Presidente a estudiar la diplomacia de Europa, lo hizo, y pronto descubrió que no era otra cosa que el conocimiento de los hombres trasladado de la vida civil corriente al dominio de los asuntos políticos. Como la Constitución lo hacía jefe supremo de las fuerzas de mar y tierra, y no tenía a su lado ningún general cuyo genio y carácter le ofreciesen una garantía absoluta, las necesidades prácticas de responsabilidad le impulsaron a estudiar aquello de que era responsable.

¿Sería, acaso, el arte de la guerra un misterio? ¿Por ventura no había aprendido, sin ayuda casi, a escribir, y sin el menor auxilio, historia y ciencias? ¿No había estudiado, acaso, él, un pobre leñador de toscas manos, desterrado en un villorrio, mísero dependiente, acostumbrado a dormir sobre el mostrador de una tienda, Derecho y Ortografía? ¿No le había abierto Euclides las ventanas del conocimiento clásico cuando, viajando con el tribunal ambulante, pasaba las noches leyendo, tendido en la cama de una posada? Y cuando entró en la lucha electoral contra Douglas, después de sentirse inclinado a dudar de su propia capacidad, ¿no había comprendido, acaso, bastante pronto que, a pesar de todo, las personas distinguidas son hombres como los demás y que un senador, al fin y al cabo, sólo necesitaba sentido común y cierto conocimiento de los hombres? Si hubiese necesitado como un dictador de la antigua Roma ponerse al frente de un ejército y desafiar a Jefferson Davis, sus energías físicas habrían estado sin duda a la altura del duelo, aunque su temperamento no fuera el más adecuado para la conducción material de la guerra. Pero lo que el Destino exigía ahora de él se hallaba de acuerdo con su naturaleza y su competencia. Así, Lincoln no vaciló un momento en hacer frente a las circunstancias.

Día y noche, nos informa su secretario, estudió durante aquel invierno, especialmente en diciembre y enero, un sinnúmero de obras de estrategia, mapas y otros documentos referentes a la conducción de un ejército, su aprovisionamiento y su marcha. Inclinado por naturaleza a las comparaciones, dotado de fantasía, condición fundamental de todo caudillo, realista y calculador a la vez, como buen labriego, reunía todas las condiciones necesarias para el éxito. Combinando sus recuerdos de la expedición contra los indios con la experiencias del último año, podía lograr una clara comprensión objetiva de la situación militar actual y, clavando sus ojos en los mapas, hacer planes para cercar al enemigo. Como autodidacto, estudió a fondo, como lo hiciera siempre con todo, los fundamentos del arte militar, y si bien ignoramos el curso preciso de sus estudios, los resultados muestran, en todo caso, la extensión de su aprendizaje.

Pues ahora comienza a adoptar un nuevo tono con sus generales. Ya no es un profano desorientado. Todavía en enero escribe precavidamente al general Buell:

"Por lo que a mi opinión se refiere, no la he ofrecido ni la ofrezco ahora como una orden, sino como una proposición; y si bien me agradaría verla cuidadosamente meditada, le reprocharía a usted el que la siguiese contra su propio parecer, como si la diese en forma de orden... Establecido esto, opino que en esta guerra tenemos la superioridad numérica, en tanto que nuestro enemigo tiene mayor facilidad para concentrar sus fuerzas en los puntos de colisión; que, por tanto, fracasaremos si no hacemos un avance contra el enemigo, dominándolo; que esto sólo es factible atacando simultáneamente al enemigo con fuerzas superiores en distintos puntos, antes de que pueda defenderse en unos y otros; y que si debilita uno de sus flancos para reforzar otro, deberemos atacar en los puntos más débiles."

Pero cuando la enfermedad de McClellan le proporciona una nueva excusa para no avanzar y devuelve al Presidente una serie de importantes documentos anotados descuidadamente a lápiz, Lincoln empieza a interrogar discretamente a sus oficiales superiores, enterándose de este modo mucho más de lo que habría deseado el jefe del ejército. El nuevo ministro de la Guerra, hasta entonces amigo de McClellan, corta por lo sano, se deshace en improperios y dice: "Ese ejército debe luchar o retirarse. Mientras los hombres del Oeste luchan noblemente, no es posible que continúen en el Potomac el champaña y las ostras."

Lincoln procede con precaución, invita al jefe y a sus generales a la reunión del Gabinete, deja que los ministros le interroguen directamente, y cuando McClellan se niega a contestar mientras no se lo ordene el Presidente, éste se contenta con preguntarle si ha determinado alguna fecha para el ataque.

- En efecto, responde el jefe, breve y misteriosamente.

- En ese caso, levanto la sesión, dice Lincoln, contento de evitar una explosión.

Pero Stanton, furioso, exclama luego: "Hemos tenido con nosotros a diez generales, temerosos todos de luchar... Si McClellan tuviese un millón de hombres, juraría que los enemigos tenían dos y se sentaría en medio del arroyo, pidiendo a gritos tres millones."

Lincoln no se encoleriza; estudia constantemente, y como cada vez se torna más experto en cuestiones de material y suministros, cada vez se encuentra más en situación de refutar las afirmaciones de sus generales sobre tal o cual posibilidad de orden técnico. Se informa de todo en el cercano muelle, caso por caso, ligera y

vivamente, tal como suele trabajar el autodidacto. He aquí una breve nota al ministro de Marina: "Creo haber visto hace poco tres buques que se dirigían al muelle de la Marina. Mande usted allí a ver de qué se trata."

Cuando le presenta un inventor un nuevo fusil, Lincoln, que se negara siempre a cazar un animal, lo ensaya por sí mismo; en compañía del secretario se traslada a una pradera situada al Sur de la Casa Blanca, coge una hoja de papel con el membrete del Congreso como blanco y dispara bastante bien. "Creo que podría sacar más partido del fusil", dice, y cogiendo un alza de madera que ha cortado de una rama de pino, la ajusta a la carabina y logra mejores resultados. Ésta es una de las maneras de Lincoln de dirigir la guerra. O bien ensaya en su cuarto, en compañía de un almirante, una nueva pólvora, examina el residuo y hace gestiones acerca del poder de la pólvora.

Al mismo tiempo, disputa con McClellan sobre el plan de ataque, pues éste quiere marchar por la península y Lincoln prefiere avanzar directamente sobre Richmond.

"Si usted puede satisfacer las siguientes preguntas, sacrificaré mi plan al suyo de muy buena gana:

- 1.11 ¿Exige su plan menos tiempo y dinero que el mío?
- 2.a ¿Por qué es más fácil la victoria según su plan que según el mío?
- 3.a ¿No quitará valor a su plan el hecho de no romper las comunicaciones del enemigo, maniobra que figura en el mío?
- 4.a En caso de desgracia, ¿no sería la retirada más difícil según su plan que según el mío?"

Las contestaciones de McClellan son vagas. Por fin, el Presidente se decide, y da su primera Orden General de Guerra: "Queda fijado el día 22 de febrero de 1862 como fecha para movilización general de todas las fuerzas de mar y tierra de la Unión contra los rebeldes. El ejército de la fortaleza Monroe y sus alrededores, el ejército de Potomac, el ejército de Virginia del Oeste, el de Kentucky, el ejército y la flotilla de Cairo y una división de Marina del golfo de Méjico deben estar especialmente preparados ese día para el ataque."

También esta orden es cumplida a medias; McClellan impone su propio plan de ataque; pero los críticos escribieron más tarde que, con la solución de Lincoln, se habría alcanzado en febrero una victoria menos costosa.

En ese oscuro momento de la guerra y, naturalmente, de su vida, cuando era atacado políticamente por ambos lados, burlado por la sociedad, despreciado por sus generales, inseguro de cómo y cuándo acabaría todo aquel terrible problema, buscando a tientas luz y conocimientos entre un grupo de consejeros en discordia, sus dos hijos menores, contagiados en un hospital que visitaron, cayeron enfermos, y Willie, que tenía doce años y era muy querido por él, murió a los pocos días. Cinco días pasó el padre con la enfermera junto a los niños, que deliraban. Interroga a la enfermera, que es una cristiana sincera, acerca de su posición y ella le dice que es viuda: su marido y dos de sus hijos se hallan en la gloria, vive reconciliada con su desgracia y ama a Dios más ardientemente que lo amara en los días de prosperidad. ¿Cómo? Porque confía en Él y cree que todo lo que ordena es para el bien de uno.

- ¿Se resignó usted desde un principio a su pérdida de un modo tan absoluto?

- No; gradualmente. A medida que recibía los golpes.

- Me alegra oírle decir eso. Su experiencia me ayudará a resistir mi pena... Es la prueba más grande que he sufrido en mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué? Cuando le dice que muchos cristianos rezan por él: Me consuela oírlo. Necesito sus oraciones... Yo quisiera tener esa fe de niño. Quizá Dios me la conceda. Después habla de su madre, enterrada hace muchos años en el desierto de Indiana: Me acuerdo de sus oraciones. Ellas me han acompañado siempre.

Conversaciones de noche, en la media luz que proyecta una lámpara en el cuarto de un enfermo, mientras el gigante agobiado estira sus largas piernas contra la pared y empieza a ablandarse su corazón de escéptico al sentir que desaparece un pedazo de sí mismo. Su mujer, conforme a su naturaleza histérica, se desespera junto a él y parece próxima a enloquecer. Pero Lincoln, sentado, inmóvil, piensa en las oraciones de su madre, pregunta a los extraños cuánto tiempo tardaron en resignarse al dolor y, cuando sale de su habitación, encuentra a Seward, que lo espera con un despacho amenazador de Europa, o a Stanton con una mala noticia del frente, o a una pobre mujer que quiere librar a su hijo de la justicia sumaria de un Consejo de Guerra, en el mismo momento en que el suyo, también a consecuencia de la guerra, pierde prematuramente su vida. ¿No es natural que, a despecho de la opinión del ministerio de la Guerra, use cada vez de mayor clemencia en casos en que la severidad tal vez tuviese mejor efecto como preventivo? Un soldado joven ha sido condenado a ser

fusilado por haberse dormido en su puesto de centinela: "Me es imposible pensar en ir a la eternidad con la sangre de ese mozo sobre mis manos. No podemos asombrarnos de que un mozo criado en una granja, acostumbrado a irse a la cama con el crepúsculo, se duerma en una guardia nocturna."

Un joven oficial, agregado al servicio de la Casa Blanca y muy querido de Lincoln, había muerto en los primeros días de la guerra. "La muerte prematura de su noble hijo, escribió a los padres, apenas puede dolerles a ustedes más que a mí. Tanta actividad prometida al país, tan risueñas esperanzas para sí mismo y sus amigos no se extinguieron nunca tan súbitamente. En cuerpo, años y aspecto, sólo era un niño, pero estaba dotado excepcionalmente para mandar hombres. No obstante, era singularmente modesto y servicial en su trato. Nuestro conocimiento databa apenas de dos años y, sin embargo, llegó a hacerse tan íntimo en ese breve espacio como lo permitían la diferencia de edad y mis ocupaciones. Parece que no tenía amoríos y nunca le oí una palabra grosera... Esperando no ser un intruso en la santidad de su dolor, me atrevo a enviarles este tributo en memoria de mi joven amigo y de su valeroso hijo, tan prematuramente desaparecido."

¿Cuándo envió el jefe de una nación cartas semejantes en medio de una guerra sangrienta? Ni una palabra retumbante sobre la "muerte del héroe" disuena en el tono de violoncelo de estas líneas, ni hay el menor asomo en ellas del orgullo del hombre que se halla en una situación preeminente, desde la cual la voz de la bondad humana puede caer con cierta condescendiente frialdad. Es la carta de un poeta. De modo semejante, pálido, anhelante, bañado en lágrimas el rostro, oprimiéndose el corazón con las manos, lo veremos abandonar los cuarteles del general McClellan y seguir calle abajo, sin contestar al saludo del centinela, cuando se le comunica que Baker, su antiguo compañero de Vandalia, ha muerto. ¿Es posible que sólo haya pasado un año desde aquel día en que, sentado ante la chimenea de Springfield, hablaba de Getsemaní con otro amigo?

Pero un clamor llega a sus oídos y comprende que el pueblo está aguardando sus decisiones.

Dónde están los antiguos amigos? Ahora que hacen falta, ¿no se agruparán en torno suyo? Muchos de ellos se portan peor que sus rivales. En las primeras semanas de la guerra, Douglas corrió hacia Lincoln, informándole de que le llamaban telegráficamente de Illinois, con objeto de que fortaleciera y encauzara las convicciones del pueblo. ¿Debía ir o no? Quería que Lincoln decidiese. De este modo, el pequeño Douglas volvía a estar frente al largo Lincoln, pero ya no le habla con acritud ni con malévola condescendencia; ya no tiene el sombrero del Presidente en sus manos, pero llega para preguntarle qué debe hacer. Lincoln, que tiempo atrás hubiese querido encontrar un buen pretexto para alejar a Douglas de Illinois, lo envía ahora allí, para que apoye la causa del Norte. Douglas se marcha y al cabo de un par de semanas muere de una apoplejía. Lincoln manda poner la bandera de la Casa Blanca a media asta y lleva el luto del adversario en la misma casa por cuya posesión luchara Douglas vanamente durante todos los años activos de su vida.

¡Qué alegre se siente Lincoln cuando, de tarde en tarde, logra ver caras de antiguo conocidas! Hill ha llegado a ser oficial y recibe muchos favores del Presidente, pero luego rompe su amistad y, finalmente, escribe contra él. Otros se ven recomendados en cartas como "el hijo de un muy querido amigo" o "mi amigo particular". El más cordial saludo lo recibe Herndon, a pesar de su brevedad. "Querido Willy, recibí tu carta del 3. Obra como dices respecto a la cuestión del dinero. Como ya comprenderás, no tengo tiempo de escribir una carta de longitud respetable. Dios te bendiga, dice tu amigo A. Lincoln."

Cuando Herndon viene, es muy bien recibido, pero no se entromete ni desea nada para sí.

Un camarada de otros tiempos llega y la cara apesadumbrada del Presidente se serena. Ordena que digan a todo el mundo que está muy ocupado, y que no puede recibir, pero al lado de su viejo amigo se muestra "juguetón y feliz como un niño, contándome toda clase de anécdotas... y preguntándome por muchos de nuestros antiguos amigos de Illinois". Lincoln muestra a su amigo los mapas de la guerra, indicándole con su huesudo índice la situación actual de la contienda, y explicándole su plan y el de sus generales. La llegada de un general interrumpe la charla. "Bueno, como es uno de esos individuos que hacen cañones, me parece que no tendré más remedio que verle." Más tarde, el general en cuestión decía haber encontrado al

Presidente "encerrado con un viejo buhonero de Illinois y contando chistes escabrosos, mientras el país se lo lleva al diablo".

Pero aunque estas caras familiares se muestran amistosas, centenares de personas que en otro tiempo le fueron afectas le miran ahora con desdén, pues son muchos los que no le pueden perdonar el que revocase la proclama abolicionista de Frémont. Cuando recibe cartas criticándole a este respecto, no finge ignorarlas, sino que las contesta con su propia mano. "Confieso que me sorprende el que esta carta venga de usted, pues me parece extraño que me eche en cara el respeto a una ley en cuya proclamación tomó usted parte. Lo más importante es retener a Kentucky, pues la actitud de Missouri y Maryland y el resultado de la guerra dependen de ello. Si quisiera usted dominar su impaciencia por nuevas posiciones y situarse a mi lado, en el terreno en que usted y otros buenos amigos me han colocado, venceríamos. Su amigo de siempre."

A veces, la amargura y la impaciencia se hacen más visibles. A vuelta de correo, replica a ciertos reproches de un antiguo conocido.

"Usted se cree obligado a decirme que obro con mis amigos como si no fueran otra cosa que enemigos. Desconfío de la prudencia, si no de la sinceridad, de los amigos que quieren atarme las manos cuando el enemigo va a herirme. La actuación de los que se dicen mis amigos me ha entorpecido más en esta lucha que ninguna otra cosa. Soy un hombre paciente, siempre dispuesto a perdonar. Pero debo salvar el Gobierno, si es posible. No haré lo que no pueda hacer, pero debe comprenderse, una vez por todas, que no cederé en este juego sin haber jugado todas las cartas. Su sincero." Y, en medio de la red de intrigas: "No haré más de lo que debo, pero sí todo lo que pueda para salvar al Gobierno. No haré nada malévolos. Lo que me incumbe es demasiado grande para dar lugar a malevolencias."

En tanto que desengaña a los antiguos partidarios que se hallan lejos y que lo encuentran demasiado circunspecto, gana nuevos amigos entre sus adversarios, que rectifican su opinión a medida que lo conocen mejor. Esto sucedió particularmente con Seward, Stanton y todos los otros miembros del Gabinete, al que se ha agregado Sumner, aquel senador que un año atrás fuera bárbaramente asaltado y casi muerto por un adversario político y que ahora ocupaba el puesto de Douglas en la Comisión de Relaciones Exteriores. Sumner impresionó a Lincoln por la simple

razón de ser tan alto como él, impresión que, sin duda, aumentó considerablemente al observar que Sumner poseía los elegantes modales y la gracia de movimientos que a él le faltaban. Este distinguido caballero, de rostro abierto, frente alta y nariz recta, adornado con todos los signos de la cultura europea, en que había sido educado, igualaba a las mejores cabezas del Sur y parecía contradecir, con su aspecto y modo de ser, el prejuicio de que un carácter señorial necesitaba una comunidad esclavista para poder desarrollarse.

Durante muchos, muchos años, había luchado apasionada y francamente contra la esclavitud, y de una manera tan dogmática que cuando le recordaban que había argumentos en pro del otro aspecto de la cuestión, replicaba vivamente: "En este asunto no hay más aspecto que el de la abolición." Siendo el suyo un carácter estrecho e inflexible, le fue algo difícil el comprender a Lincoln; éste, en cambio, con su facultad de apreciar todos los aspectos de un problema, pudo admirar calurosamente el carácter de Sumner. Cuando, doce años antes, viera Sumner a Lincoln por primera vez en Boston, apenas se había fijado en aquel desconocido; y cuando Lincoln se posesionó de la Casa Blanca, Sumner había hecho desolados comentarios sobre el aspecto y maneras del nuevo Presidente. Originario de Nueva Inglaterra, habiendo estudiado humanidades en Harvard, hermoso, magnífico, altanero, impopular, creyendo que la senaduría de los Estados Unidos investiga los elegidos con una dignidad casi romana, Sumner no podía dejar de sentirse herido y apenado por el hecho de que un simple campesino del Oeste ocupara la silla presidencial. Ciertamente que, a diferencia de Stanton, no dio libre expresión a sus sentimientos, contentándose con compadecer, en parte al país, en parte al hombre. Mientras Lincoln escuchaba con placer la brillante conversación del distinguido caballero, éste se sentía repelido por la mentalidad, el pensamiento tardo del labriego y, sobre todo, su humorismo, que a veces lograba desconcertar totalmente a Sumner, quien tuvo a menudo que recurrir a los demás para que le explicasen la gracia de las historietas de Lincoln.

No obstante, en poco tiempo se ganaron mutuamente la confianza, y pronto fue Sumner el mejor consejero político del Presidente. Sentíanse unidos tanto en la lucha contra la esclavitud como en la tendencia pacifista, pues ya quince años antes había dicho Sumner en un gran discurso: "En nuestra época no puede haber paz que

no sea honrosa, ni guerra que no sea deshonrosa." No obstante, el Destino los obligaba ahora a dirigir uno de los partidos, en una guerra civil, que aunque ambos reconocían que lo primero era salvar la Unión, Sumner se inclinaba más que Lincoln a usar de la guerra como un medio para luchar contra la esclavitud.

Fuera de Sumner, pocos reconocían la superioridad de Lincoln. Apenas si las voces de algunos pocos poetas y políticos surgían del coro de ataques, difamaciones y burlas. Walt Whitman apenas puede encarecer bastante la sencillez con que Lincoln se presentaba, y aunque siempre le rodeaban treinta jinetes con los sables desenvainados, resaltaba más su modestia en medio de ellos, "tocado con sombrero, vestido de negro, semejante en su aspecto exterior al hombre más vulgar". Esta sencillez lo distinguía, a los ojos de Whitman, de los brillantes generales que gustaban de presumir recorriendo las calles seguidos por una ruidosa comitiva. Emerson, que lo conocía personalmente, escribió esta aguda sentencia: "A Lincoln le fue permitido hacer por América más que ningún otro hombre." Carl Schurz, cuyo cariño hacia Lincoln parece haber sido inalterable, hace de él el siguiente magnífico retrato:

"Tenía el mayor respeto por los conocimientos superiores y la mayor cultura de los demás, pero estas cualidades no le atemorizaban... En realidad, nada ni nadie le asustaba... hasta el punto de llevarle a sacrificar la independencia de su criterio y de su voluntad. Se habría presentado sin embarazo alguno al más grande de los hombres, como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa que codearse con sus semejantes... Siempre reconocía el mérito de los demás, sin temer que éstos pudiesen eclipsar los suyos... Ningún problema, por importante que fuese, podía desconcertarlo, pues lo juzgaba todo según la regla de la lógica corriente y del sentido común... Por otra parte, nadie mejor dispuesto que él para aceptar un consejo sincero, ni más tolerante ante la crítica... Si era atacado o mal comprendido, invitaba a su crítico a un amistoso intercambio de opiniones, en vez de excluirlo de su trato."

Ya en vida de Lincoln, Schurz expresaba la siguiente opinión en una carta: "Libre de las aspiraciones del genio, nunca hubiera sido peligroso para una comunidad libre. Es el pueblo personificado... Su gobierno es el más representativo que haya habido en la historia. Quiero aventurar una profecía que quizás hoy suene extrañamente:

dentro de cincuenta años, quizás antes, el nombre de Lincoln será inscrito en el cuadro de honor de la república norteamericana al lado mismo de Washington... Los hijos de los que le persiguen le bendecirán."

Motley, empleado entonces en el servicio diplomático, conocedor profundo del corazón humano y capacitado, como íntimo amigo que era de Bismarck, para comparar a Lincoln con otro gran estadista de la época, escribió: "Fui para hablar media hora con Lincoln. Me alegro de haberlo hecho, pues de lo contrario me hubiera ido de Washington llevando una impresión errónea del Presidente... Lincoln es un hombre que posee una extraordinaria sagacidad natural; es ingenuo, sencillo, franco y noble. Lo creo tan verdadero como íntegro y tan valeroso como verdadero. Naturalmente, tiene cierto desconocimiento de los asuntos de Estado, principalmente de los extranjeros, ignorancia que no intenta en modo alguno ocultar, pero que hemos de lamentar en un hombre que ocupa tal cargo en esta crisis. A pesar de ello, su modestia desarma toda crítica... Por lo que atañe a la integridad y rectitud de decisión, el país está seguro en sus manos." Y más tarde: "Es el verdadero, el noble tipo de la democracia americana. No tiene nada del advenedizo, nada del quiero y no puedo. Es el gran Demos americano, noble, experimentado, sabio, alegre, valiente, equivocado a veces, pero esforzándose, en medio de sus errores, para sacar adelante lo que cree bueno."

Mary, como es natural, sufría la mayor de las decepciones. Había soñado con un objetivo, luchando por él y lográndolo, al fin, contra toda razonable esperanza; pero he aquí que una vez conseguido, siendo ya la verdadera señora de la Casa Blanca, la primera dama del país en realidad, todo lo que se encontraba era la guerra, la guerra, que le prohibía toda gran fiesta. Un día, que se atreviera a celebrar un baile, la Prensa lo comentó acremente; y a cada paso que daba en público sentíase coartada por la crítica de la buena sociedad. Por su desgracia, había olvidado una cosa en los largos años de sueños y proyectos: que es muy difícil pasar de un salto de Springfield a Washington, de la vida social de una ciudad provinciana del Oeste a la de una gran capital; que la promoción (como ella decía) la encontraría tan poco preparada como a su marido, con la única diferencia de que ello mortificaría su

ambición, en tanto que él permanecía sereno. Las damas de Washington originarias del Sur, pero unidas al Norte por lazos matrimoniales o consideraciones políticas, demostraban por ella, nacida también en el Sur, un desprecio que, realmente, nada justificaba. Parecía como si quisieran vengarse en la esposa del Presidente de las vicisitudes de su propio destino, y de tal modo extremaban acritud, que, cuando pasaba su coche, corrían desde la abierta ventana al piano para tocar malamente el canto de reto del Sur. Lincoln permanecía impassible frente a la crítica impresa o cuchicheada, pero ella no podía soportarla, pues ella había ido allí para representar algo, y él para ser y hacer algo.

El primero y más serio de los problemas fue el vestuario. Ya entre la elección y la toma de posesión se había vestido en Nueva York; ahora pasó revista a todas las modistas de sus conocidas. Por fin se quedó con una negra, que era tenida por la mejor artista de la capital; elección en la que es muy posible influyera el hecho de haber servido ésta a la señora Jefferson Davis, rival a la que simultáneamente despreciaba y admiraba. Así, el único ser de color con quien se hallara en buenas relaciones la esposa del libertador de los negros fue una modista, que durante treinta años había sido esclava. Más adelante, la modista negra fue intimando poco a poco con Mary y en los días de desgracia continuó siendo su única amiga. Ahora, por lo pronto, le hizo dieciocho vestidos. El primero, por el que hubo lágrimas y escenas, pues no fue entregado hasta última hora, poco antes de un banquete, era de muaré rosa con gigantesca cola y muy escotado, a usanza de todas las mujeres más ambiciosas que sensuales. Iba muy bien con sus amplias formas y, si se prescindía de sus brazos un tanto rollizos, el efecto general no era desagradable. Al verla, su marido dio una vuelta en torno suyo a grandes pasos, silbó y dijo: "¡Dios mío, que cola tan larga tiene nuestro gato!" Y como ella fuese a enojarse, agregó: "No, realmente es muy bonito, pero lo sería igualmente si la cabeza y la cola fueran más proporcionadas." Y, de allí en adelante, hubo de referirse a este atavío como al "tatuaje de guerra" de su esposa. Pero peor fue cuando Mary supo que era costumbre que el Presidente fuese el primero en dirigirse a la mesa dando el brazo a la más distinguida de las damas, y que ella iría en segundo lugar, del brazo de un caballero, pues por nada del mundo se avino a aceptar este protocolo, declarando

que durante su régimen ninguna señora pasaría delante de ella e insistiendo en pasar la primera, del brazo de Lincoln.

Sin embargo, no ignoraba el aspecto tan cómico que ofrecían uno al lado del otro, aunque Lincoln tratara de paliar jocosamente este aspecto grotesco presentándose a veces en las reuniones con las palabras siguientes: "Señoras y señores: he aquí el largo y el ancho de la Presidencia." Por esta razón, Mary no quiso retratarse nunca al lado de él, consintiendo sólo en dejar publicar un grupo apócrifo, formado por una fotografía individual de Lincoln hábilmente combinada con una de ella; en esta fotografía, Mary parecía más delgada y alta, quedando así perceptiblemente reducida la diferencia. No contenta con esto, mandó destruir los negativos de todas las fotografías que no había aprobado.

Sumner parece haber sido la única persona que gustaba por igual a ambos esposos. Lincoln aprobaba su inteligencia; Mary, sus maneras. Por lo demás, se rodeaba de gente bastante oscura. Villard, que en un principio los visitara frecuentemente, escribe: "Su esposa contribuyó no poco a las cuitas de Lincoln. No sólo se mezclaba en la distribución de los empleos menores, sino también en el nombramiento de los miembros del Gabinete. Gustaba, además, de verse rodeada de cierta gente que, sabiendo cómo aprovechar su susceptibilidad para las adulaciones más groseras, lograba alcanzar así fácilmente una gran influencia sobre ella." Sobresalía en esto el caballero Wikoff, un aventurero sobre el que se habló mucho en aquel tiempo y que, en realidad, era un espía de un periódico de Nueva York en la Casa Blanca, por otra parte hombre de mundo, de modales agradables, seguro de sí mismo y muy afable. "Oí a Wikoff cumplimentar a la señora Lincoln sobre su aspecto y toilette de un modo tan repugnante, que habría debido ruborizarse y expulsar de su lado al desvergonzado. En vez de esto, lo favoreció como a una especie de maestro de ceremonias, autoridad en cuestiones de etiqueta, consejero en asuntos domésticos y personales, toilette inclusive, y siempre fue un compañero bien recibido en su salón y en su coche."

Cuando la presidenta visitaba los regimientos, prefería los que la adulaban más y le decían las cosas más bonitas. Invariablemente se dejaba engañar por los ardides de las damas del Sur que se vestían de camareras y buscaban empleo en la Casa Blanca con el único objeto de espiaría sobre el terreno. Por otra parte, eran

relaciones de su propia familia las que la ligaban al Sur; tres hermanastros y casi todos los esposos de sus hermanastras luchaban en el bando enemigo. Una prima, que viviera en un principio con ella en Washington, relataba la visita de despedida de los políticos sudistas al estallar la guerra; en esta ocasión, un pariente suyo le había dicho: "Querida Lizzie, deseo que no sea para ti una desilusión tu permanencia aquí. Quédate, pues, como huésped, hasta que hayamos conquistado Washington."

En vez de acentuar el carácter fatal de esta separación, Mary pudo continuar sintiendo una secreta simpatía por los distinguidos oficiales que defendían caballeramente en el Sur el ideal de los señores blancos. Es ésta una afirmación que carece de pruebas, pero su orgullo, su educación y su parentesco lo harían comprensible, pues, especialmente al principio de la guerra, no dejaron de menudear las disensiones en la Casa Blanca. Cuando Lincoln quiso dar a un cuñado de su esposa un puesto muy solicitado en el ejército nordista, la oferta fue rehusada, pues el joven prefería servir en las filas sudistas, aunque sólo procedía de Kentucky, como el mismo Lincoln, y a pesar de que su padre permanecía fiel al Norte.

Es muy natural que Mary intercediese por sus hermanas de Illinois y que procurase una situación a su familia; pero la molestaba en extremo que los favorecidos atribuyeran su buena suerte a su esposo y no a los buenos oficios de ella. Realmente, todo dependía de Lincoln, que siempre anduviera remiso en favorecer a sus íntimos; y en este terreno hasta hubo de escribir cartas poco gratas. Así, por ejemplo, a Edwards, cuñado de Mary: "Muy señor mío: Me duele oírle decir que se ha arruinado en sus negocios. Espero que sólo se haya perjudicado y no arruinado... Respecto a su propuesta, quisiera estudiarla bien antes de decidir nada, pero no tengo tiempo para hacerlo, ni lo tendré. Huelga decir que no quisiera privarle de la posibilidad de hacer algo, siempre que no redunde en perjuicio del Gobierno o de un particular. Si pudiese usted venir a decirme cómo podría hacerse esto, no sólo no me opondría, sino que aún me sentiría satisfecho de haberle sido útil."

En tono semejante escribe a Stuart:

"Querido Stuart: Prima Lizzie me ha mostrado su carta. La pregunta de si puedo concederle la administración de Correos de Springfield me desazona. Ya sabe usted que he nombrado a William Jayme gobernador territorial y que he dado al hermano

de Trumbull un empleo. ¿Puedo continuar así, dando la razón a los que afirman que Trumbull y yo hemos distribuido todos los empleos entre nuestros parientes?... Veo en los periódicos que se quiere distribuir los empleos de Correos por elección. ¿No sería mejor que presentase usted su candidatura y se hiciese elegir?"

¿Cuáles no serán los sentimientos de este hombre tan dolorosamente puesto a prueba a la cabeza del país cuando, en lucha con los partidarios por los altos puestos militares, acechado por ojos hostiles, que esperan descubrir un punto vulnerable en su armadura de probidad, se ve hostigado para que busque empleos a cuñados de su esposa y a los maridos de sus primas? ¿No recordará, al escribir la dirección de Edwards, aquel primero de enero que se escapó de su casa? ¿Y no se preguntará a veces a sí mismo si el segundo noviazgo no fue peor que el primero? ¿Qué ha ganado con su matrimonio? De todos modos, algo bueno tiene Mary: su valor. Cuando la ciudad se halla en peligro, se niega a huir con los niños y permanece a su lado.

Pero sus celos son ridículos ahora, que toma nota de todas las mujeres con quienes habla su marido más de cinco minutos. Antes de una recepción, le sermonea para que no flirtee como un colegial con mujeres jóvenes. No obstante, un flirteo inocente habría sido el único medio por el cual hubiese podido lograr su naturaleza ese indefinible estímulo femenino que buscara durante toda su vida. ¿No se rebelará por fin, mostrando que quiere ser el amo de su propia casa como lo es del país? En absoluto. Se contenta con molestar a Mary haciendo una larga lista de nombres de mujeres que ella no puede sufrir y con las cuales, según dice, piensa conversar largamente.

Por lo demás, Mary es la madre de sus hijos, a los que quiere cada vez más, a medida que pasan los años y aumenta la gravedad de la situación. De cuatro que eran, sólo quedan dos. El mayor continúa a la sazón sus estudios. Pero Ted, que tiene ocho años, vivo, delicado, bullicioso, es el niño mimado de la Casa Blanca, entrando en el cuarto de su padre cuando se le antoja y acompañándole por todas partes. Hasta en sus visitas a los campamentos no es raro ver junto a la flaca y gigantesca figura montada sobre un enorme caballo una figurita cubierta con una capa gris, cabalgando un pequeño poney, y una alegre carita de coloradas mejillas, que pone a los soldados de buen humor. Por su parte, los visitantes nocturnos se

encuentran a veces al rapaz leyendo en el suelo, junto al escritorio en que trabaja el Presidente; o bien enfrascados ambos en la lectura de un libro, en el que estudia el pequeño mientras su padre deja vagar su espíritu a la deriva.

Junto a este escritorio había un "secreter" con departamentos para las cartas, pero no había copiador. Lincoln prefería copiar por su propia mano los documentos más importantes, diciendo que era más fácil robar un copiador que estas copias sueltas. En el mismo sitio se pueden encontrar siempre las caricaturas más recientes, y cuando Lincoln quiere leer a un visitante algo humorístico que acaba de descubrir, por ejemplo, algo grotesco e ingenioso sobre la manera como se precipitan los negros hacia el Norte, no sería extraño que el visitante, de ser originario de Nueva Inglaterra, demostrase una reserva acusadora y contase luego a sus amigos cuánto le había sorprendido el ver que el Presidente encontraba tiempo para dedicar a tales sandeces. Pero ningún rostro agrio pudo nunca enmudecer al bohemio que llevaba Lincoln dentro, y cuando leía poesías o pedía música, baladas y cantos escoceses, ahora como en otro tiempo, prefería aquellos que cantaban la huida del tiempo y la memoria de los días pasados. Pues ahora, en la cumbre de la vida, este hombre melancólico propende a la cadencia, romántica pero falaz, de que las cosas eran mejores y más bellas en su juventud.

Lentamente, el objetivo político de la guerra civil empezó a mudar; en un principio, había sido la salvación de la Unión; luego fue convirtiéndose en la abolición de la esclavitud. Pero como el primer problema no estaba ni con mucho resuelto, y el segundo sólo podía resolverse resolviendo antes el primero, de ahí las más graciosas ironías y contradicciones. Ahora bien, como todos los posibles acontecimientos dependían de la persona del Presidente, y fatalmente tenían que nacer de su cerebro o de su corazón, es indudable que a Lincoln hay que atribuirle lo mismo la responsabilidad que el mérito de todo lo ocurrido.

Cuando la guerra empezó como una lucha contra los rebeldes, el Norte entero se solidarizó como un solo hombre; pero, en cuanto esta lucha se prolongó, renacieron todas las disensiones partidistas, los demócratas contra los republicanos, y los republicanos moderados contra los radicales. Una nueva ideología, en formación desde varias décadas y revelándose ahora súbitamente, no podía ser codificada en un momento, ni quizá podría serlo nunca en tiempo de guerra. La vaguedad del

estado transitorio en que la esclavitud empezara en parte a abolirse por sí misma sin el menor decreto legal de abolición, no podía sino suscitar la inquietud y el descontento en todos los partidos. ¿Por qué, preguntaban los abolicionistas del Norte, no incorpora el Presidente al ejército cuando menos a los esclavos escapados del Sur o hechos prisioneros, cuando él, como jefe supremo, podría, con arreglo al derecho de guerra, tomar medidas mucho más severas? ¿Por qué, se quejaban por el contrario los negrófilos de los Estados limítrofes, tratan las tropas tan mal a los esclavos refugiados o cautivos? ¿Por qué, gritaban los propietarios de esclavos en los mismos Estados limítrofes, se protege a los esclavos en una y otra línea de un modo que infringe los derechos de sus amos? ¿No había obrado el Sur más cuerdamente al prohibir en su nueva Constitución, no sólo el comercio de esclavos con África, sino también la importación esclavos del Norte? Con ello, los Estados neutrales de Centro no tenían ya por qué temer la baja en el precio de los esclavos, pero, en cambio, era muy posible que ya no lograsen adquirir más esclavos del Sur. En medio de estas voces discordantes, ¿cuál era el deber de Lincoln? En todo caso, acalló la voz de su corazón y se contentó con evaluar el pro y el contra como político. Por lo que al Norte se refería, quizá no tenía por qué preocuparse, pues en aquellas regiones donde consiguiera soldados había al final tantos demócratas enemigos de los esclavos como republicanos amigos de ellos. Libertar a los esclavos mediante súbitos decretos, como intentaron hacerlo por su propia iniciativa el general Frémont y el ministro de la Guerra, hubiera equivalido a enajenarse a los Estados fronterizos, perdiendo así la guerra. Ya treinta años antes había advertido Henry Clay, amigo de los esclavos como Lincoln y en muchos respectos su prototipo: "Los males de la esclavitud no son nada comparados con los que produciría una liberación repentina, general y sin distinciones."

Por otra parte, abundaban los Estados neutrales igualmente peligrosos. Desde su acechadero de Europa mantenían fija su atención en los Estados Unidos, y la mayoría de ellos, en especial Inglaterra, eran hostiles al Norte. Debido al bloqueo del Sur, Inglaterra se veía privada de casi todos sus suministros de algodón, y difícilmente habría conseguido Lincoln ganar su buena voluntad, siendo como era motivo de la guerra el mantenimiento de la Unión, formada en un principio contra Inglaterra y aun hoy día perjudicial a sus intereses; pero, por otra parte, si tomaba

el abolicionismo como divisa, era casi seguro que los puritanos ingleses no podrían declararse partidarios de los esclavistas.

No obstante, en medio de todos sus cálculos, la horrible situación de aquellos hombres negros le afectaba tan profundamente, que no se sentía inclinado a discutirla en el Gabinete, y ni aun siquiera con Seward. Así, prefirió escribir a Speed, con el que ya anteriormente discutiera el problema de la esclavitud, y que por aquel entonces fuera su hombre de confianza en Kentucky. Parece, sin embargo, que habló a menudo sobre el particular con Sumner, desarrollando la idea de que los mismos Estados limítrofes deberían proponer la compra de esclavos por la Unión, con lo cual todo lo demás se resolvería por sí solo. Como vemos, esforzándose por encontrar una solución de carácter tradicional. Esperando comenzar con Delaware la liberación lenta, con indemnización de los propietarios, escribió particularmente a algunos senadores que se oponían a la idea, procurando hacer ver claro a éstos y a la Prensa, que la compra de todos los esclavos en cuatro Estados limítrofes costaría a la Unión tanto como habían costado 87 días de guerra. Al impaciente Sumner le dijo que había que esperar hasta que una declaración así no corriese el peligro de dividir interiormente el Norte. Pero cuando Sumner, que echaba en cara a Lincoln las vacilaciones, como éste echaba en cara a sus generales la tardanza en avanzar, le aconsejó ofreciera la liberación como un regalo de Año Nuevo, al comenzar 1862, al Congreso y al país, y tratara de seducirlo con el espejo de la gloria que así ganaría, Lincoln le interrumpió vivamente con las palabras: "¡No hable usted más de eso! De sobra sé que jamás se olvidará el nombre que aparezca asociado a ese acto."

Ésta es la misma voz que a los veintiocho años declaraba que no se debe morir sin dejar impreso su nombre en el mundo, y que ya a los veinticinco se exaltaba admirando a los héroes de la Historia. En lo más recóndito de su alma arde aquella ambición desmedida que, treinta años antes, en plena adolescencia, le llevara a asegurar que el simple sillón presidencial no bastaría a contentarle. Hele, pues, ahora, a vueltas con un problema que afecta a la humanidad. Imaginémosle levantando su dedo largo y huesudo frente al elegante Sumner, y corriendo el velo sobre la pasión que tan hondamente conmueve su corazón con aquellas palabras: "De sobra sé..."

¿Quién no sentiría la profunda significación de estos momentos, sucediéndose uno tras otro durante más de un año; momentos en que la buena voluntad del filántropo, el recuerdo de las sombras anteriores que se proyectaban sobre su corazón y las aspiraciones entusiastas del idealista, se unen para vencer el escepticismo político? Aquí se evidencia, más intensamente que nunca en la vida de Lincoln, la lucha interior del realista con el soñador, el hombre de ley con el filósofo; y nada, en toda su carrera, atestiguará más claramente la grandeza de su carácter que el no saberse abandonado, en este caso, a aquel impulso. Súbitamente, dos semanas después de la muerte de su hijo, y en medio del más oscuro período de inacción, manda buscar a Sumner, rogándole que venga inmediatamente. "Quiero leer a usted mi mensaje al Congreso. Deseo saber qué le parece. Lo voy a enviar hoy mismo." Así se sobrepone a sus propias vacilaciones, aguijoneándose a sí mismo hacia la meta, temiendo que alguna nueva consideración pueda quebrantar la decisión que, al fin, ha tomado. Hasta se diría que desea comprometerse irremediablemente a llevar a cabo el plan concebido, pues cuando Schurz, que acaba de volver de Europa, le expone el estado de opinión de ésta, emprende la organización de una Sociedad de Emancipación y le muestra el borrador de un discurso que piensa pronunciar a principios de marzo, Lincoln le contesta: "Eso es justamente lo que hay que decir. Y recuerde que el mismo día tendrá usted noticias mías." El mensaje al Congreso, teleografiado a Nueva York, es entregado a Schurz al final de su discurso, y es leído por él en voz alta a medianoche, en medio del entusiasmo de los oyentes, en el mismo Cooper Institut, donde, pocos años antes, conquistara Lincoln por primera vez la gran ciudad.

Este mensaje, que sólo sugería una limitación gradual de la esclavitud, recomendaba al Congreso que adoptara una resolución conducente a "que la Unión auxiliase con dinero a todos aquellos Estados que decidieran la paulatina abolición de la esclavitud, pudiendo resolverse por este medio las dificultades públicas y privadas que trajera consigo el cambio de sistema".

Esta liberación gradual y parcial de los esclavos la preconizaba Lincoln como un medio para la paz: "A mi juicio, una emancipación paulatina, no súbita, de los esclavos, sería mejor para todos... Tal proposición del Gobierno general no implica el derecho de la autoridad federal a inmiscuirse en la legislación interior de cada

Estado, dejando a cada uno de ellos en libertad de decidir sobre la esclavitud." Esta resolución fue inmediatamente aprobada por el Congreso, prometiéndose la suma de 300 dólares por cada esclavo libertado, pero ninguno de los Estados fronterizos la tomó en consideración, siendo recibida con un silencio glacial. Al cabo de cuatro días de intensa inquietud, Lincoln reunió a los representantes de los cinco Estados y les habló en términos apremiantes; pero no consiguió nada. No obstante, algo se había logrado. Como ante un golpe de Estado, la autoridad suprema había mostrado su buena voluntad de proceder despacio, con arreglo a la Constitución, y mediante el pago de ciertas compensaciones; pero siempre sobrentendiendo: "¡Si no estáis conformes, aún tenemos otros medios a nuestra disposición!" A renglón seguido, uniéronse radicales y moderados. Todo se puso en movimiento, nuevas órdenes prohibieron al Ejército y a la Marina el apresamiento de esclavos fugitivos, las Repúblicas negras de Liberia y Haití fueron reconocidas, y un periódico pudo escribir: "Los cañones que dispararon contra el fuerte Sumter destruyeron tres cuartas partes de nuestras líneas fronterizas; este mensaje ha destruido ahora la última cuarta parte."

Por primera vez desde las primeras semanas de la guerra, el Presidente se sintió sostenido de nuevo por lo deseos de la nación. Afirmando su radicalismo, sintióse al fin capaz de lograr lo que propusiera catorce años antes, como oscuro diputado, sin conseguir siquiera que se discutiese la cuestión: el distrito de Columbia, en el que se halla situada la capital de los Estados Unidos, fue declarado exento de la esclavitud, se pagó un millón de dólares como indemnización a los propietarios de esclavos y se fundaron en seguida numerosas escuelas y establecimientos para la educación de los niños negros.

Pocas semanas después volvióse a distinguir otro general por su iniciativa personal, tan descomedida como insensata. De nuevo lee una mañana el Presidente en el diario que el general Hunter había lanzado una proclama en el Oeste, declarando: "La esclavitud y la ley marcial en un país libre son absolutamente incompatibles: las personas en... Georgia, Florida y Carolina del Sur que hasta ahora fueron tenidas como esclavos, son por esta orden declaradas libres para siempre." ¡Por tercera vez! Tercera protesta y anulación: "Yo, Abraham Lincoln... declaro que el Gobierno de los Estados Unidos no tuvo conocimiento alguno de la intención del general Hunter de

lanzar tal proclama; ni tiene realmente aún informes fidedignos de que el documento sea auténtico. Por otra parte, ni el general Hunter, ni otra persona alguna, han sido autorizados para lanzar ninguna proclama declarando libres a los esclavos de ningún Estado; por lo cual, dicha proclama, lo mismo si es auténtica como si es apócrifa, se halla totalmente desprovista de valor por lo que atañe a aquella declaración. Hago, además, saber que lo mismo la conveniencia de declarar la libertad de los esclavos en tal o cual Estado, que la posible necesidad de ejercer, en un momento dado, para el mantenimiento del Gobierno, dicha facultad, son cuestiones que, bajo mi absoluta responsabilidad, me reservo para mí exclusivamente como general en jefe que soy del Ejército y la Marina, no sintiéndome autorizado para abandonar la decisión a los jefes en campaña."

Éste es el tono imperioso de Lincoln, el tono que se ve obligado a emplear cuando ve aplicar torpemente, en el momento inoportuno, una medida de gobierno importante, ya estudiada y tenida en reserva por él, cuando se ve forzado a desaprobare, en oposición a un general correligionario suyo y contra una gran parte de la opinión y de la Prensa, un procedimiento que él mismo está deseando iniciar. Pero cuando, en repetidas circulares, se dirige a los gobernadores de los Estados limítrofes, que tan estoica abstención vinieron ejerciendo en la aplicación del método de abolición propuesto, sabe encontrar un tono afable y casi de halago: "No arguyo; antes bien, ruego a ustedes que aduzcan por sí mismos los argumentos que hacen al caso. Aun queriéndolo, no podrían ustedes permanecer ciegos a los signos de los tiempos. Les ruego, pues, los consideren con espíritu sereno y amplio, situándose, si posible fuera, por encima de todas las consideraciones personales y políticas. Esta propuesta... no desempeña el papel del fariseo. El cambio que proyectamos sobrevendría suavemente, como el rocío del cielo, sin destruir ni lacerar nada. ¿No querrán ustedes acogerla? jamás ninguna medida de orden social desentrañó tanto bien como implica ésta que la divina Providencia, por rarísimo privilegio, puso en manos de ustedes. ¡Ojalá que el futuro no tenga que lamentar la indiferencia de la acogida!"

En esta alternativa de ásperas reconvenciones y persuasiones delicadas, no complace a nadie, y una vez más se ve asediado por los senadores radicales, que se empeñan en que aliste en el ejército a los negros manumitidos. ¿No había

sobrevenido la guerra por causa de los negros? ¿Qué más justo, pues, que éstos ayuden lo que puedan? ¡Qué no sentiría él, qué sentimientos amargos no serían los suyos, al verse, después de treinta años de lucha en pro de los negros, atacado por toda aquella gente, como si en el sillón presidencial estuviese sentado un viejo conservador, un Buchanan, sin la más mínima comprensión de los nuevos tiempos!

"Señores, replicó Lincoln a esta delegación, yo he puesto miles de fusiles en manos de los ciudadanos leales de Tennessee, Kentucky y Virginia del Noroeste. Ellos habían asegurado que podrían defenderse por sí solos si tenían armas. Yo se las he dado. Pero, ahora, esta gente no admite la posibilidad de la entrada de los negros en el ejército. Si yo lo hiciera, estos miles de fusiles se dirigirían contra nosotros: perderíamos bastante más de lo que ganaríamos... No veo esta cuestión como ustedes. Quizá tengan ustedes razón y yo esté equivocado; pero lo único que puedo hacer es dimitir en favor de mister Hamlin. Es muy posible que mister Hamlin pueda hacerlo."

"El Presidente debe de estar poco menos que desesperado", observó una persona que, por aquel entonces, le trataba con bastante intimidad y estaba bien al corriente de la situación. Pero, ¿qué de extraño habría tenido esto? Atacado como una fortaleza, he aquí que la fortaleza atacada por él, el Sur, ofrece una resistencia tan terca e invencible como la suya.

Pues al cumplirse el primer aniversario del comienzo de la guerra, sólo se había logrado algo en el Oeste, y absolutamente nada contra Richmond. Todavía McClellan titubeaba en avanzar directamente, insistiendo en conducir en barcos todo el ejército hacia la península septentrional situada entre los ríos York y James. ¿Por qué vacilaba en obrar? La idea de la guerra civil, ¿ha suscitado en él una falsa caballerosidad? ¿O es que teme luchar con el maestro que le enseñara el arte de la guerra, con el general cuya fascinadora autoridad todavía lo abrumba? ¿Protege indirectamente al enemigo, al que, en realidad, no puede odiar? ¿Lo atraen, acaso, más las tradiciones generosas del bélico Sur, y preferiría, en el secreto de su corazón, luchar en sus filas? ¿Piensa, como demócrata que es, que mostrándose más inclinado a pactar que a guerrear logrará que los dos partidos lleguen a un convenio, celebrado el cual será el dueño de la situación haciéndose elegir Presidente? Sea como fuese, es muy extraño que cuando, por fin, se decidió a

avanzar no dejara a retaguardia las tropas que se había ordenado protegieran la capital. Lincoln concibe sospechas, qué sospechas, no sabemos, le observa con más cuidado y se entera por sí mismo de detalles que no siempre conoce el mismo ministro de la Guerra. Sus cartas al impenetrable jefe, a quien todavía era prudente apoyar ante la opinión pública, son obras maestras:

"Permítame le diga una vez más que es indispensable atacar. No está en mi poder evitarlo. Siempre he sostenido que su idea de buscar batalla en la bahía en vez de hacerlo en Manassas o sus cercanías, sólo es un rodeo y no una solución de la dificultad... El país notará pronto, o, por mejor decir, ya lo está notando, que el actual titubeo de avanzar contra el enemigo atrincherado es sólo una repetición de lo de Manassas... Le aseguro a usted que nunca le he escrito con más amistosos sentimientos ni con más serios propósitos de ayudarle hasta donde mi inquieto criterio me lo permita. ¡Pero usted debe a toda costa hacer algo! Su sincero..."

Sí, nuestro Napoleón, sensible como una muchacha, aunque no tan inocente, debe ser tratado con delicadeza, y aun cuando nada da de sí, el Presidente debe tenerlo de buen humor, en la esperanza de que así haga algo. Lincoln, pues, se disculpa de haber enviado a otro sitio cierta división que McClellan deseaba para sí, diciendo: "Si usted conociese la fuerza mayor del caso, estoy seguro de que la justificaría, aunque ya no lo estuviese por la consideración de que el jefe supremo puede ordenar lo que quiere." Como en la carta anterior, hay en ésta una amenaza velada, y en ésta, como en las siguientes, se adivina la garra de acero bajo el guante de terciopelo.

"Y permítame le diga aquí, aunque no como cosa aplicable a usted personalmente, que senadores y representantes hablan públicamente de mí sin el menor recato y que los oficiales del ejército han de cesar de escribirle cartas ofensivas, aunque sea en justa correspondencia a lo que se hace con ellos."

Por fin, el Presidente se anima a resolver simultáneamente en el Este y el Oeste la cuestión personal que amenaza con hacer imposible la buena dirección de la guerra, ya que se da el caso de que Frémont vacilara en capturar al general Jackson, cuando realmente se hallaba en sus manos. Anulando los nombramientos de McClellan y Frémont, entrega el mando supremo a Halleck, teórico distinguido, más pensador que soldado. Es un hombre de cabeza cuadrada, grueso, noble, lento, positivo, aunque muy práctico; hasta el final de la guerra será una especie de jefe de Estado

Mayor general del Presidente. Lincoln ha aprendido y observado ya lo bastante para intervenir por sí mismo. Su tono se hace más duro; como en los tiempos en que luchara por el acta de senador, su confianza en sí mismo ha aumentado ahora al reconocer los errores de los especialistas y apreciar sus propios conocimientos y experiencias.

He aquí algunos partes personales, cursados durante la nueva ofensiva:

A McDowell: "¿No debería el resto de sus fuerzas, con excepción de las de Fredericksburg, trasladarse hacia nosotros? ¿No debería usted estar aquí como comandante de ese cuerpo?" Al mismo tiempo, a McClellan: "¿No puede usted cortar el ferrocarril? ¿Qué le parecen las trincheras contra las que tendrá que batirse delante de Richmond? ¿Puede usted acercarse lo suficiente para bombardear la ciudad?" A Frémont: "Me entero de que está usted en Moorfield: ¿Quiere usted explicarme cómo puede ser esto, habiéndosele ordenado que marchara hacia Harrisburg?"

Al mismo tiempo, el dominio marítimo del Norte, su más clara ventaja, se veía en peligro por las audaces maniobras del enemigo. El primer submarino que se construyó, invento de los sudistas, era tan defectuoso que, invariablemente, su inmersión significaba la muerte de toda la tripulación. Con pleno conocimiento de esto, un grupo abnegado se ofreció a tripularlo, destruyó un valioso barco de guerra nordista y se hundió inmediatamente. También poseían los sudistas el primer crucero armado, el Merrimac, que atacó y echó a pique varios navíos en la costa Este de la Florida. El efecto de esta noticia se hizo patente en lo que el secretario de Lincoln llama "el más agitado e impresionante de los consejos ministeriales celebrados durante toda la guerra". ¿No quedaría destruida la flota entera e interrumpido el bloqueo si aquel barco continuaba con tal furia destructora? Pero Lincoln desplegó en esta ocasión su serenidad habitual, comparando los telegramas e interrogando a los oficiales. Al día siguiente, el Monitor, excelente modelo nuevo de construcción naval, recién botado en Nueva York, derrotó al navío enemigo, salvando la situación al resto de la flota unionista. Unos dos meses después, Lincoln hace un viaje, por el Chesapeake, para estudiar la situación, y lleva consigo a Chase y Seward. El Presidente y Chase descubren oportunamente lugares favorables para el desembarco de las tropas en su avance hacia Norfolk. En cuanto se efectúa el

desembarco, el Merrimac queda en una posición insostenible y los sudistas se ven obligados a quemarlo para que no caiga en poder del enemigo. Chase declara sinceramente que, sin Lincoln, Norfolk continuaría en posesión del enemigo, y el Merrimac, tan peligroso y osado como antes, llamando a estas jornadas "la brillante campana semanal" del Presidente. Poco después, un atrevido golpe de mano ejecutado por tierra daba a los nordistas la posesión de Nueva Orleans, la mayor ciudad del Sur.

Pero, ¿y Richmond? ¡Todo depende de Richmond! Es a fines de junio; McClellan, el incomparable moroso, se ha puesto en marcha por fin, y se halla a siete kilómetros de la capital enemiga. ¡Pero he aquí que otra vez se detiene! Deja tiempo al enemigo de concentrarse y es derrotado en la batalla de los Siete Días. Según críticos, McClellan perdió allí la ocasión de ganar un Austerlitz. ¿Qué dice entonces el nuevo Napoleón? "Con 10.000 hombres más puedo vencer mañana, telegrafía entre enfurecido y desesperado. El Gobierno no puede ni debe hacerme responsable. El Gobierno no ha apoyado este ejército... Si ahora salvo a mis huestes le digo a usted francamente que ni a usted ni a nadie de Washington deberé nada; usted ha hecho lo que ha podido para sacrificar estas fuerzas."

Lincoln piensa que McClellan ha perdido la cabeza y, en consecuencia, lo trata como a un lunático, pues todavía no puede reemplazarle: "Su último despacho... me aflige mucho. Le doy a usted todo lo que puedo, esperando que haga usted lo mejor que pueda con lo que tiene, y entre tanto usted continúa pensando deslealmente que, si no le doy más, es porque no me da la gana."

Al día siguiente: "¡En todo caso, salve usted el ejército! Le enviaremos refuerzos tan pronto como podamos; naturalmente que no podrá ser hoy, ni mañana ni pasado mañana... Yo no he dicho que fuese usted desleal por necesitar cada vez más refuerzos. Lo dije aludiendo a su creencia de que no los envío a usted tan pronto como podría. Toda desgracia que pudiese ocurrir a usted o a su ejército la sentiría tan vivamente como usted mismo. Si usted ha tenido una batalla indecisa o ha sido rechazado, es el precio que pagamos porque el enemigo no esté en Washington... Si hubiésemos desguarnecido la ciudad como quería usted, las tropas enemigas estarían aquí antes de que pudiese ayudarnos."

¿Tuvo nunca un presidente diálogos semejantes con uno de sus generales vencidos? Si un soldado hubiese ocupado su puesto, habría usado un tono categórico de mando; si un civil, habría dejado obrar al ministro de la Guerra. Pero, en este caso, la naturaleza del Presidente cambia el equilibrio moral. Él mismo es uno de los pesos en la balanza, pues no sólo tiene que desempeñar un cargo, sino que se siente arrastrado por sus más íntimos sentimientos y por el deber del gobernante en el momento de las mayores dificultades para su país. El país mismo siente que ha llegado este momento. La Bolsa de Nueva York registra una baja violenta en los precios: la depresión cunde por todas partes; y cuando se llama a filas a 300.000 hombres por un período de tres años, se responde al llamamiento con una carencia general de entusiasmo y la voz popular dice que los reclutas marchan hacia la trampa de McClellan.

Ha llegado el momento de que Lincoln coja todas las riendas en sus manos. Es él quien escribe blandas y halagadoras palabras a los gobernadores para que recluten las tropas necesarias, persuadiéndolos para que envíen rápidamente el número requerido, en vez de ofrecer un número mayor para un vago futuro. Es él quien apacigua celos y riñas entre los gobernadores y los generales, y quien se ocupa personalmente de que haya rabinos en el ejército que atiendan al consuelo espiritual de los soldados judíos. Es él quien corre al frente, a los campos de batalla, al Consejo de Guerra de Potomac; y él quien interroga a los suboficiales, tal vez porque no confía demasiado en ninguno de los jefes superiores de este ejército.

"¿A qué número ascienden ahora nuestras tropas?"

"Aproximadamente a 80.000; aunque muy bien puede haber una diferencia de varios millares; con toda seguridad, 75.000."

"¿Qué tal son las condiciones sanitarias del campamento? ¿Dónde está ahora el enemigo?"

Cada uno de los oficiales da una contestación distinta. A renglón seguido escribe a McClellan sobre las deserciones:

"He oído decir que han entrado en el ejército de la península más de 160.000 hombres. Recientemente, calculamos usted y yo que sólo quedaban 85.000, faltando, pues, 73.500 para formar el total. Creo que el número de muertos, heridos y desaparecidos en todas sus escaramuzas ascenderán a 23,500. Por consiguiente,

50.000 hombres han abandonado el ejército en otra forma. De ellos, sólo han muerto 5.000; quedan, pues, 45.000 que seguramente aún viven, pero no están allí. La mitad o dos terceras partes de ellos son aptos para el servicio. ¿Sabe usted algo más concreto acerca de esto? Si yo estoy en lo cierto y usted tiene esas tropas, puede avanzar hacia Richmond en los próximos tres días. ¿Qué puede hacer usted para recuperar estos hombres y cómo impedir que en adelante deserten en tan gran número?"

El Presidente, un civil, no sólo escribe estas cosas, sino que las medita y toma la iniciativa. ¿No se ha convertido realmente en un general Abraham Lincoln, el enemigo de la guerra y de la caza, el hombre que nunca matara un animal, y cuya única hazaña guerrera fue la salvación de un indio? Pero, mientras el Presidente plantea problemas militares al general, éste le escribe cartas políticas. En una carta privada, escribe el general: "Estoy cansado de servir a locos... Marcy y yo hemos discutido a fondo con la gente de Washington y estamos de acuerdo en que son una pandilla de miserables. Comienzo a creer que desean la destrucción del ejército."

Lincoln se contenta con tomar el desquite, agregando a su respuesta un post-scriptum agudamente irónico: "Si alguna vez se siente usted dispuesto a tomar la ofensiva, nadie le obligará a renunciar a ello."

Luego se dirige a Seward, discute todos los detalles con el ministro de Estado y, al finalizar una orden escrita, resume su resolución con esta magnífica frase: "Espero continuar la lucha hasta vencer o morir, o ser vencido, o que mi presidencia termine, o el Congreso y el país me abandonen." Éste es el claro mundo ideológico de Lincoln, lógico y al mismo tiempo patético, viril y firme, como la gran mano huesuda con la que, ante los marineros asombrados, mantuviera vigorosa y tranquilamente el hacha horizontal, buen símbolo de lo que más tarde habría de hacer con el destino de su país.

Incesantemente, la guerra apremiaba a decidir la cuestión de la esclavitud; cuanto peor se presentaban las cosas para los nordistas en el campo de batalla, mayores eran las probabilidades de los esclavos. Se los necesitaba para sustituir a las tropas que desertaban, para calmar a los radicales nordistas, para influir en Europa. Cartas y artículos, amenazas y exhortaciones se multiplicaban. Garrison apremiaba a

Lincoln en favor del abolicionismo; un estadista suizo llamaba la atención hacia el peligro de que Napoleón III interviniese en favor de los confederados; cuáqueros y sacerdotes hostigaban al Presidente; y aunque todavía venían, de cuando en cuando, emisarios de Kentucky a prevenirle contra toda posible decisión respecto al problema de la esclavitud, cada vez era menor la fuerza sugestiva de sus admoniciones.

"No quiero hacer reproches ni quejas, escribió una vez más Lincoln a los representantes de los Estados fronterizos, al asegurar a ustedes que, a mi juicio, si ustedes hubiesen votado en marzo la liberación gradual, la guerra estaría concluida a estas fechas en lo substancial. El plan propuesto entonces sigue siendo hoy el mejor y más rápido para acabarla. Dejad que los Estados rebeldes vean clara y definitivamente que los Estados que representáis nunca los ayudarán y la lucha no podrá prolongarse mucho tiempo. En cambio, nunca conseguirán despojarlos de su esperanza mientras se muestren ustedes determinados a perpetuar la esclavitud en sus propios Estados... ¡Cuánto mejor sería salvar el dinero que, de otro modo, continuará derrochándose en la guerra! Si la guerra se prolonga... la institución en los Estados de ustedes se extinguirá simplemente por consunción. ¡Cuánto mejor sería hacer lo necesario para abreviar la guerra y disminuir los gastos! ¡Cuánto mejor sería para ustedes como vendedores y para la nación como comprador, vender y comprar, libres del problema sin el cual la guerra no habría sobrevenido nunca! "

Y junto a estas astutas consideraciones, dirigidas a los espíritus calculadores de labriegos y hombres de negocios, muestra todo el ardor del idealista cuando dice a dos desconocidos paladines del abolicionismo: "¡Si los Estados limítrofes aceptasen mi propuesta! ¡Entonces, ustedes y yo no habríamos vivido en vano!

Pero, cuando los Estados limítrofes rehusan de nuevo, su voluntad se fortalece ante la obstinación. El mismo día en que se entera de la nueva repulsa a su propuesta, se halla en un coche con Welles, Seward y la nuera de éste. Van acompañando los funerales del hijo de Stanton, y Lincoln, a quien el dolor de su consejero de todos los días ha de recordarle el suyo propio, nunca dominado, pudo muy bien sentir un deseo insólito de expresarse confidencialmente. Su costumbre era guardar los grandes problemas para él solo, y en marzo había dado aquel paso decisivo sin

consultar al Gabinete. Ahora, no obstante, habla a sus amigos por primera vez de estas cosas:

"Tengo que salvar al Gobierno si puedo. Lo que no pueda hacer, lo dejaré, como es natural. Pero bueno será que sepan que no abandonaré el juego sin jugar la última carta. He llegado a la conclusión de que es una necesidad militar, absolutamente esencial para la salvación de la nación, el libertar a los esclavos, si es que no queremos que nos esclavicen a nosotros mismos."

Libertad o esclavizarse: de este modo se transformaba el fin ideal. Lo que al principio fuera motivo de la guerra se había convertido en medio de conducirla, y lo que debía servir de justificación moral de la guerra civil ante la Historia, pasaba a ser un recurso para terminarla. ¡Qué dolorosos pensamientos debieron de conmover a Lincoln durante aquellos días y semanas, al ver plenamente realizada la paradoja de semejante desenlace!

Si el Destino le había dado la misión de realizar sublimes ideales humanitarios, no dejaba por ello de obligarle a usar de pequeños medios y a dirigir por un momento sus esfuerzos hacia fines pasajeros, pues sólo dando un rodeo, trágico en su ironía, podría acercarse al ideal de su juventud.

Calculaba, en vez de soñar. En el Sur, los esclavos cultivaban los campos, de modo que el último blanco podía ir al frente. Si se les declaraba libres, muchos huirían; las filas enemigas perderían efectivos, en tanto que las del Norte engrosarían: el Norte ganaría la mano de obra que perdería el Sur. Los métodos legales, aun empleados en su forma más suave, no inducirían a los Estados fronterizos a aceptar su plan; era preciso, pues, que la autoridad militar reemplazase a la del Congreso. ¿No había predicho Adams, una generación atrás, que si alguna vez el Sur llegaba a ser teatro de una guerra civil o de una rebelión emancipadora de los esclavos, el poder absoluto permitiría al jefe supremo decisiones independientes? Si Lincoln daba ahora este paso decisivo, haría imposible para siempre aquel convenio sobre el cual se basaba una paz indolente, que, de otro modo, volvería a oscurecer todo el problema por el que se había luchado tan duramente; un nuevo programa moral quedaría establecido y, desde ese momento, cada victoria conseguida en los campos de batalla sería una victoria sobre la esclavitud.

Hoy, después de quince meses de guerra, le parecía posible dar un paso que, al principio, habría dividido al Norte, pues éste comprendía cuatro Estados esclavistas, y los demócratas no creían que la cuestión valiese tanta sangre; por otra parte, al principio no habría sentido detrás de sí tan firmemente unida a la mitad de la nación. Después de la victoria, las medidas de guerra podían convertirse en constitucionales y en ley para el Norte; pero, entre tanto, se hallaba ante una contradicción inevitable, ya que se libertaba a los esclavos del Sur y no a los propios; y los abolicionistas, los campeones de la moral y del humanitarismo, tendrían que sostener o soportar el mal en su propia casa, después de haberlo extirpado de los Estados esclavistas del Sur.

Lo que pasó en el alma de Lincoln, antes de llegar a una determinación definitiva, lo indica una carta que enviara un año más tarde a un hombre de Kentucky a quien apreciaba mucho, y en la que desarrolla sus ideas:

"Por temperamento, soy contrario a la esclavitud; si ésta no es una injusticia, es que la injusticia no existe en el mundo. No recuerdo ninguna época de mi vida en que haya pensado o sentido de modo diferente. Y, sin embargo, nunca he creído que la Presidencia me concediera un derecho limitado para obrar ejecutivamente de acuerdo con este sentimiento y esta idea. En mi juramento, prometí mantener la Constitución, apoyarla y protegerla con todas mis fuerzas. No podía ocupar este cargo sin hacer este juramento; tampoco podía pensar en prestar el juramento para subir al Poder y violar aquél por el ejercicio de éste. Comprendí que este juramento me prohibía prácticamente obrar en tiempo de paz, por lo que se refería a la cuestión moral de la esclavitud, con arreglo a mi juicio abstracto. ¿Deberíamos perder la nación para proteger la Constitución?

"Según la ley natural, deben defenderse el cuerpo y los miembros; sin embargo, a menudo se amputa un miembro para salvar el cuerpo; pero lo que nunca podrá ser prudente es entregar el cuerpo para salvar un miembro. Yo creo que medidas en un tiempo anticonstitucionales pueden transformarse en leyes cuando son imprescindibles para salvar a la nación, justa o falsa, acepté esta posición y hoy soy partidario de ella... Cuando en mayo y junio de 1862 hice juiciosos y sucesivos llamamientos a los Estados fronterizos en favor de la emancipación gradual, creía que sólo esta medida podía impedir aún el que la liberación tuviera que hacerse por

las armas. Ellos rehusaron mi proposición y entonces me vi obligado a decidir la alternativa que se me proponía: perder la Unión, y con ella la Constitución, o arreglar con mano firme el problema de los negros. Elegí este camino. Al elegirlo, esperaba ganar más que perder." Lincoln había meditado profundamente las obligaciones que significaba el juramento del cargo; repetidamente había desautorizado las actividades abolicionistas de sus colaboradores, y tan a menudo y urgentemente había recomendado el término medio, que sólo sus muchas preocupaciones de índole moral pudieron llevarle a su gran resolución. Pero, en esta ocasión, como en la de su matrimonio, tomó ostensiblemente una decisión repentina. Por telégrafo llamó a su viejo amigo y colega Sweet, estimando que en aquella coyuntura el franco parecer de un familiar, de un verdadero amigo de la juventud, le sería más valioso que las opiniones de una docena de peritos.

Sweet llegó por la mañana, sin desayunarse siquiera. Se presentó en seguida en la Casa Blanca, en donde hubo de contestar a las preguntas que se le hacían sobre antiguos conocidos, y leer una carta de Garrison en que éste pide, premiosa y apasionadamente la abolición. Luego, sin preguntar a Sweet su opinión, Lincoln expuso detalladamente el tema, haciéndose a sí mismo preguntas y respuestas sobre las posibles situaciones y consecuencias en ambos aspectos, en un monólogo de más de una hora. "Hablaba, escribe su oyente, de modo que se veía que no quería imponerme sus opiniones, sino sólo pasarles revista. Era, en realidad, una conversación consigo mismo." Cuando termina, no pregunta su opinión; le encarga saludos para un par de antiguos amigos, le desea un buen viaje de regreso y acaba la visita.

Acto seguido, también repentinamente, sin la menor discusión preliminar, reúne al Gabinete. Ha decidido dar este paso, dice a sus ministros, y los ha llamado, no para oír su consejo, sino sólo para leerles el contenido de su proclama. Las sugerencias que se les ocurran podrán formularlas después de la lectura. Muestra tal confianza en sí mismo, que quienes lo vieran en este momento por primera vez e ignoraran todo de él, habrían podido tomarlo por un autócrata. Sentado ante la mesa verde, ovalada, rodeado de rostros silenciosos, lee el borrador original de la Proclama de Emancipación:

"Yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos de América y Comandante en jefe del Ejército y la Marina, declaro que la guerra se prosigue con el fin de restablecer prácticamente las relaciones constitucionales entre la Unión y cada uno de los Estados. Que tengo el proyecto de recomendar una vez más al próximo Congreso la adopción de medidas prácticas en forma de una ayuda pecuniaria, que podrá ser libremente aceptada o rechazada, a todos los llamados Estados esclavistas cuya población no se halle en rebeldía contra los Estados Unidos; que los Estados podrán adoptar voluntariamente la inmediata o gradual abolición de la esclavitud dentro de sus respectivos límites; y que se continuará el ensayo de colonizar a los descendientes de africanos, con su consentimiento, en este u otro continente, obteniendo previamente la venia de los Gobiernos respectivos."

"Que el 1° de enero de 1863, toda persona tenida como esclavo en cualquier Estado o territorio cuya población se halle en rebeldía contra los Estados Unidos será libre desde entonces y para siempre... El 1° de enero indicará el Ejecutivo, por medio de una proclama, los Estados o parte de Estados cuya población se halle en rebeldía contra los Estados Unidos."

Sigue la prohibición a todos los oficiales de utilizar las fuerzas a su mando para apoderarse de los esclavos fugitivos y devolverlos a sus antiguos dueños. El que se encuentre como esclavo en los distritos conquistados, "será considerado como prisionero de guerra, considerado libre de su esclavitud y nunca más podrá ser reducido a ella".

Tratábase, realmente, de un pueblo que agotaba sus energías en la lucha entre esclavistas y negrófilos. La riña se había convertido finalmente en guerra civil y los blancos se mataban a millares por causa de los negros. Pero he aquí que cuando, después de larga espera, llega el momento de libertar a los negros por orden del partido abolicionista, ¿a quién beneficia la gran frase? No a los esclavos de los que se llaman a sí mismos sus amigos, sino a los esclavos de aquellos esclavistas situados al otro lado de la línea de fuego, a los esclavos sobre los cuales los nordistas no tenían, en realidad, poder alguno. A tal insoluble problema había llegado el más clarividente y noble pensador de la nación, pues si bien podía luchar con la espada por su solución, no podía zanjarlo de un tajo. La lógica de los hechos

colocó a Lincoln en una situación en que se veía obligado a cargar a los esclavos de sus amigos con las cadenas que quitaba a los esclavos de sus enemigos.

El Gabinete quedó asombrado. "Esta medida, dijo Stanton, va mucho más allá de todo lo que yo he propuesto." Cuanto él y los otros podían objetar, ya lo había meditado el Presidente. Seward, no obstante, hizo una insinuación: "Apruebo la proclama, pero dudo que sea oportuno publicarla en este momento. La depresión causada en la opinión por los constantes reveses es tan profunda, que temo el efecto de un paso tan importante, que podría tomarse como la última medida de un Gobierno agotado, como un grito de socorro... Propongo, por lo tanto, el aplazar la proclama hasta que el país se halle animado por una victoria, en vez de exponerlo ahora a un gran fracaso."

Lincoln vio inmediatamente la fuerza de esta objeción. La aceptó y guardó el documento en su escritorio, en espera de una victoria.

El hombre que dirigía el Sur fue casi tan conocido en su juventud por su hermosura como lo fuera Lincoln por su fealdad, y puede decirse que poseía en general todo lo que faltaba a aquél; bien es verdad que, a su vez, carecía de todo lo que Lincoln poseía.

Mientras Lincoln crecía en una atmósfera de pobreza y privaciones, dependiendo en todo de la fuerza de sus brazos y de su sentido del Destino, abriéndose paso como leñador, almadiero, jornalero, dependiente; mientras satisfacía su anhelo de conocimientos leyendo los pocos libros que la suerte ponía en su camino, Jefferson Davis, poco más o menos de su misma edad, hijo de un acomodado propietario, vivo aún, recibía la más cuidadosa educación científica y se adiestraba luego en la academia militar de West Point como cadete y oficial. Mientras Lincoln aprendía gramática sobre el mostrador de una tienda de New Salem, perdía a la mujer que amaba y arrastraba una vida sin finalidad, el teniente Davis se preparaba para casarse con la hija de un coronel y, poco después a tiempo que Lincoln, entrampado, sin ninguna perspectiva, trataba de hacerse abogado, el rico hermano de Davis le compraba una hacienda y los esclavos necesarios para explotarla con su joven esposa, en vez de esperar un ascenso como oficial. Apenas pasada la treintena,

Davis y Lincoln comenzaron a tomar con más vehemencia la política; pero Davis logró abrirse camino hasta el Congreso en sólo dos años, siendo representante hasta que se le eligió senador, en tanto que Lincoln permanecía diez años sin cargo ni acta y, desde luego sin la menor influencia; y cuando Lincoln, a los cuarenta y siete años, luchaba en vano por un puesto en el Senado, Davis era ministro de la Guerra y poseía una gran influencia en el partido gubernamental.

Los rasgos agudos y resueltos de su rostro anguloso indicaban la decisión de un hombre al que mueven el orgullo y la confianza en sí mismo; de un hombre que sólo consideraba válidas y respetables sus propias opiniones, que creía que la tolerancia era debilidad y se sentía siempre en terreno firme y en excelentes relaciones con su casta. Para él, nada era problemático: la presencia de ánimo de un hombre de inteligencia esencialmente limitada, aunque no insuficiente, lo capacitaba para ocupar una posición de subjefe. Era un hombre que nunca se mezclaría con gentes que perteneciesen a una clase inferior a la suya, sino que siempre procuraría buscar relaciones que le ayudasen a ascender en su carrera y posición. Reía de buena gana y era sociable, pero nunca se le oíría contar una historieta; cuando aceptaba un puesto oficial, desempeñaba puntualmente sus funciones, poniendo en ellas la precisión con que había ordenado toda su vida, y sus subordinados temían su exactitud y resistencia inagotable. Como hacendado había acumulado dinero y esclavos; como ministro de la Guerra, soldados; como orador, era firme y extremado, pero sólo convencía a los que ya lo estaban. Su paso es ágil y su hablar elástico; es partidario estricto de la Constitución, tal como la interpreta, y cuando se examina a sí mismo se siente siempre satisfecho del resultado. ¿Puede sufrir hombre semejante depresiones y luchas interiores? No hay en su temperamento puerta excusada por la cual pueda entrar el escepticismo. ¿Qué puede importarle, a él, el pueblo, entre el que nunca ha vivido? Naturalmente, compadece a los pobres; y claro está que los ayuda cuanto puede, y, si su piel es negra, les proporciona medicamentos y cuida de que reciba el consuelo de la Biblia; pero los ricos y los blancos nunca deben ceder el poder que heredaron y el que hace esta necia petición es contrario al espíritu de independencia. Por otra parte, tiene que luchar contra una deficiencia corporal; este hombre que, en otros aspectos, es sano, de constitución de acero, excelente jinete y, si no tan fuerte, por lo menos más diestro que Lincoln,

sufría ataques de paludismo que le producían a veces una momentánea ceguera. Carecía, pues, de la salud perfecta de que gozaba Lincoln, pero también en esto tenía lo que a aquél le faltaba: una mujer abnegada, que le siguió sin desmayar en todos los peligros de su tempestuosa carrera.

No obstante, esta mujer, su segunda mujer, veinte años menor que él, no tardó en reconocer sus debilidades, pues a los diecisiete años, antes de prometerse, escribía a su madre: "Me lastima la seguridad con que cree que su opinión es la única válida. A pesar de ello, es muy agradable; tiene una hermosa voz y un modo de expresarse cautivador. Creo que pertenece a esa clase de hombres que salvarían a una persona del ataque de un perro rabioso con peligro de su vida y aceptando las consecuencias con estoica indiferencia."

Un carácter semejante, especialmente después de lograr la riqueza y abrirse un amplio camino en el mundo, tenía que tender naturalmente a evitar todo compromiso que pudiese menguar el honor y las costumbres del Sur. Conforme a esto, ya doce años antes de la guerra había exclamado desde la tribuna parlamentaria:

"Nosotros, representantes de los Estados del Sur, no estamos aquí para que se nos afrente a causa de nuestras instituciones heredadas... Si de esto ha de resultar la guerra civil, dejémosla llegar. Por mi parte, estoy dispuesto a oponerme a todo incendiario que traicione a su patria encendiendo la antorcha."

Cuando se presentó la crisis, su oratoria se hizo extremadamente retórica, pero sus sentimientos eran, palabra por palabra, el polo opuesto de los de Lincoln. En su gran discurso de despedida como senador, pronunciado en Washington poco antes de encargarse del Gobierno sudista, exclama teatralmente: "Siento claramente que, por áspera que haya sido la discusión, no hay entre ustedes uno solo a quien no pueda decirle, ante Dios, que deseo su bien... Señor Presidente, señores senadores: después de hacer a ustedes la declaración que el momento parecía exigir de mí, sólo me queda dirigirles un último adiós."

Más tarde, en Richmond, al encargarse de la Presidencia sudista, terminó su discurso levantando los ojos y los brazos hacia el cielo: "Lleno de humilde agradecimiento y reverencia, declaro que la Providencia ha protegido de un modo visible a la Confederación durante su breve pero memorable existencia."

Confiadamente me pongo en tus manos, Dios mío, e imploro tu bendición para mi país y mi causa." Cuando Lincoln asumió por segunda vez la Presidencia, dijo: "Ambos partidos han invocado a Dios y cada uno cree estar seguro de él para su justa causa. Sin embargo, Dios no puede apoyar ambas partes."

Dos mundos se hallaban frente a frente, pero el contraste entre ambos beligerantes sólo logra acentuarse hasta el simbolismo en sus jefes. Lincoln había dicho: "Si la esclavitud no es injusticia, nada es injusto." Mucho antes de que estas palabras fuesen dichas públicamente, Davis, apostrofando en el Congreso a sus enemigos del Norte, había exclamado: "Si la esclavitud es una injusticia, vosotros, al menos, no tomáis parte en ella."

Un abismo entre estas dos frases. Un hombre que partiendo de su propio terreno firme, de los derechos legales que asisten su posición y la de sus amigos, derechos heredados y, por lo tanto, inviolables, contesta a los reproches de sus adversarios aceptando para sí y para los que piensan como él toda la responsabilidad. Otro hombre, partiendo de sentimientos morales, no acusa a nadie, deja a un lado la cuestión de la responsabilidad, y sólo ve una cosa: que se comete una injusticia. Y aunque Lincoln es un político partidista y Davis un buen cristiano, y desde luego mejor que Lincoln, Davis se opone aquí como político al filósofo que es Lincoln, como realista al idealista. No es casualidad que estos dos hombres de temperamento diametralmente opuesto se vean al frente de sus respectivos partidos; ambos son los más genuinos exponentes de ellos. Los puntos de vista con que salen a la gran lucha en que se veían mezclados eran, pues, fundamentalmente divergentes.

Completamente distinto de ambos era Lee, una de las más distinguidas personalidades de la historia de Norteamérica y, a juicio de los especialistas, uno de los mejores generales de su tiempo. Ya su juventud está iluminada por la antorcha del conocimiento y la llama del afán espiritual. Educado por su padre, que muriera en una lucha por la libertad, en la admiración de los nombres de Sófocles y Milton, Locke y Pope, cuidó de su madre, prematuramente viuda, durante los años de su infancia e intensificó la tradición puritana de la casa paterna al casarse, a los veintiún años, con la bisnieta de Washington, que, como heredera de Arlington, alimentaba amorosamente el espíritu y los recuerdos de sus antepasados. Entre los retratos del fundador de la Unión iba a vivir ahora un hombre que la amaba no

menos que Lincoln, que temía no menos que éste su disgregación y que, no obstante, sería llevado por el destino a conducir al ejército que intentara destruir la Unión. Lee estaba libre de la intolerancia de Davis, siendo hombre de temperamento extraordinariamente indulgente. Por lo que respecta a la cuestión de la esclavitud, su suegro, a pesar de ser sudista, más aún, a pesar de ser de Virginia, había seguido el ejemplo de Washington, procurando una gradual liberación en el estrecho círculo que se hallaba bajo su dominio, especificando en su testamento el año en que debía manumitirse a sus esclavos.

El temperamento sereno y enérgico de Lee encontró su adecuada ocupación en el trabajo propio de un oficial de artillería, en el más feliz de los matrimonios y en la educación ejemplar de sus siete hijos. Sus cartas a su mujer llegaron a ser uno de los tesoros de la nación. La pureza de sus rasgos, la nobleza de su apostura, la perfecta y viril transparencia de su mirada, eran características de un hombre al que nunca atormentó la ambición, que declaraba la palabra deber la más sublime del lenguaje, que sabía inhibirse cuando era preciso y buscaba toda la felicidad en el equilibrio interno del alma. Ajeno a la fraseología como Lincoln, pero completamente apartado del modo de ser de Lincoln, que se sometía siempre a la casualidad y llegó a ser finalmente el instrumento del Destino, Lee se vio relegado en un principio a la función de oficial del Estado Mayor más que a la de jefe de tropas en campaña; más a la educación de los cadetes de West Point que a dirigir los ataques de la caballería; aunque verdad es que, a pesar de haberse distinguido por su valor personal en la guerra contra Méjico, detestaba en realidad la guerra tanto como Lincoln. "Mi corazón sangraba por los habitantes, escribía a su casa, después de la toma de una fortaleza. No me preocupaba tanto por los resultados, pero me era horrible pensar en las mujeres y los niños... No te puedes figurar qué espantoso espectáculo es un campo de batalla." El mayor estratega de América era un pacifista en su corazón.

¡En qué torbellino de sentimientos hubo de verse lanzado hombre semejante cuando comenzó a vacilar bajo sus pies el terreno sobre el cual construyera su vida! ¡La integridad de la Unión amenazada! Para Lee, esto era un choque no menor al que le hubiese producido el saber que su mujer le era infiel o que uno de sus hijos había cometido un crimen. Como soldado, no se había permitido ninguna línea de acción política; como puritano y heredero de las más libres tradiciones, había vivido

encerrado en su propia casa, a fin de que no llegasen hasta él las vociferaciones de su propia casta durante aquellos años en que el problema de la esclavitud llegara a su máxima intensidad. "En todo el país, la esclavitud, considerada como una institución, es un mal moral y político", dice; y dio en el corazón del problema al declarar: "Considero la esclavitud como un mal mayor para los blancos que para los negros." El pensamiento fundamental de Lincoln, expresado con las mismas palabras casi. Sin embargo, describe la situación de los negros en Norteamérica como preferible a la que tendrían en África, y observa: "La dolorosa disciplina que sufren es necesaria para su ulterior educación como raza y los preparará, como debemos esperar, para mejores destinos. La duración de su esclavitud es cosa que sólo puede saber y determinar la sabia Providencia."

Con esta ambigua expresión cerraba el libro de la política de un solo golpe, para volver a sus mapas, planos y dibujos.

Cuando el huracanado viento de la época volvió las hojas del libro y Lincoln fue elegido Presidente, Lee se vio obligado a tomar una decisión: por aquel entonces hubo de escribir a su hijo: "No puedo imaginar un desastre mayor para el país que la ruptura de la Unión. Esto significaría una acumulación de todos los males que nos aquejan, y he resuelto sacrificarlo todo, menos mi honor, para impedirlo, pues secesión no es otra cosa que revolución... Una Unión que sólo puede mantenerse con espadas y bayonetas, en la que la hostilidad y la guerra civil ocupan el lugar de la confraternidad y la tolerancia, no tiene ya ningún encanto para mí... Si la Unión se disuelve y el Gobierno se divide en facciones, yo volveré a mi Estado natal, compartiré las miserias de mi pueblo y sólo sacaré la espada para defenderme." También aquí termina con una frase, ambigua, también aquí un soldado recto y competente trata de evitar el conflicto.

Pero tres meses más tarde, el Destino llama a su puerta. Lincoln, habiéndose informado de que Lee era el más capaz de los oficiales disponibles, le ofrecía el mando del ejército invasor. ¡Tremenda prueba! Recientemente había estigmatizado la secesión como revolución, y he aquí que ahora se le invitaba a tomar la participación más extrema, a conducir a los soldados que habían de luchar contra su propio país y, tal vez destruirlo.

¡Imposible! Rehusó, y dos días más tarde renunció a su cargo en el ejército de los Estados Unidos, escribiendo una de sus mejores cartas, en la que daba las gracias al viejo Scott. "A nadie deberé tanto como a usted, mi general, por su bondad y consideración constante. Siempre fue mi más ardiente deseo el merecer su aprobación. Hasta el sepulcro conservaré el más grato recuerdo de su delicada indulgencia. Su nombre y su fama me serán siempre queridos.

Con estas últimas palabras rinde su espada al enemigo que hasta ayer fuera su superior jerárquico.

¿Se retirará a la vida privada, para huir del conflicto que atormenta su corazón? Pero también esto es imposible, pues hace treinta años que es oficial y durante toda su vida ha visto levantarse y ponerse el sol detrás de los bosques, colinas y aguas de Virginia. ¿No está allí, junto a la frontera, expuesto al primer ataque enemigo, Arlington, el sanctasanctórum de la nación, el lugar que él, más que ningún otro hombre, está llamado a defender, puesto que es su dueño? ¿Podrá mirar abiertamente al rostro de sus amigos y parientes, al rostro de todos los que se apresuran a empuñar las armas, mientras él, a quien todos consideran maestro en el arte de la guerra, permanece inactivo en su casa o, a lo sumo, cuidando de los heridos? No, no puede escoger; los acontecimientos le obligan a contrariar su inclinación natural. Él, que ha considerado la esclavitud como un mal, que ha hablado de la Unión como el bien máspreciado, que ha visto en la secesión la revolución, él, Robert Lee, toma el mando del ejército que defiende la esclavitud, amenaza a la Unión y establece por medio de la secesión una confederación independiente. Le mueve el deseo instintivo de salvar a su país natal, particularmente amenazado por su proximidad a la frontera y cuyo terreno conoce palmo a palmo, pudiendo, por tanto, obrar con más acierto que lo hubiera hecho quizá del otro lado.

No obstante, su anhelo de justicia y su creencia en la inviolabilidad del juicio privado son tan poderosos que, por intermedio de su esposa, envía a su hijo, teniente en el ejército de los Estados Unidos, el siguiente mensaje:

"Atente a tu propio juicio, a tu propia conciencia y a tus propias razones para escoger el camino que hayas de seguir. No quiero que te guíes por mis deseos o mi

ejemplo. Si yo me he equivocado, puede que tú lo hagas mejor. Cada cual debe decidir esta importante cuestión conforme a sus propios principios.

¡Qué espléndida tolerancia lincolniana! Pero, un año más tarde, todavía la superará. Según el testamento de su suegro, sus esclavos debían ser declarados libres en 1862. Como heredero y puritano, Lee obedece el mandato. El jefe de los ejércitos esclavistas escribe de su puño y letra los pasaportes que necesitan sus propios esclavos para atravesar las líneas sudistas y entrar en el territorio defendido por las fuerzas de la Unión.

El hombre que sobresalía al lado de Lee, le era a la vez semejante y diferente. También Jackson pertenecía a una buena familia y había sido pobre en la juventud, y era hombre resuelto y obediente al llamamiento del deber. Pero, al mismo tiempo, era hombre dado a la oración, a la que se entregaba diariamente, a horas fijas, encontrando en ella energías para la batalla. Jackson creía en el Destino, como Lincoln, pero gracias a su devoción, gozaba de mayor tranquilidad interior; y a tal punto era un practicante estricto, que nunca leía una carta ni comenzaba una batalla en sábado. Este fervor religioso no hizo sino crecer con los años, y se cuenta que nuestro héroe murió con estas palabras en los labios: "Muy bien. Todo está en orden."

El sentido del orden, un puro amor a la justicia del alma, eran las características que lo unían a Lee. Las palabras que le escribe Lee al saber que está herido, tienen una significación más profundamente humana que militar: "Usted ha perdido su brazo izquierdo; yo, en usted, he perdido el derecho." Realmente, todos estos hombres no sólo sabían luchar, sino también escribir con gran estilo en las grandes ocasiones.

Además, Jackson, como Lincoln y Lee, era un pacifista, tipo de general desconocido en Europa. La sinceridad de sus convicciones cristianas hubiese bastado, por otra parte, para que no deseara la guerra. "Ustedes no conocen los horrores de la guerra. Yo he visto lo bastante para reconocer en ella el mayor de todos los males... Es mejor para el Sur luchar por sus derechos dentro de la Unión que fuera de ella." Sin embargo, tal es la paradoja de las cosas humanas, tan pronto como sonaron los clarines y la patria del Sur le llamó, Jackson acudió a luchar contra la libertad de los negros, a los que siempre había demostrado una profunda compasión.

En el servicio activo, era muy diferente de Lincoln, pues su sentido del deber lo hacía absolutamente inflexible. En vano le pidió el capellán clemencia para cuatro desertores. Jackson callaba.

"!General, piense en su responsabilidad ante Dios!", insistía el clérigo.

Al oír esto, el general despidió al párroco con esta ruda exclamación: "Esto es asunto mío; ocúpese de los suyos."

Esta aparente dureza quedaba redimida con un incomparable valor, valor que creía recibir directamente de Dios, pues "mi fe me enseña a sentirme tan seguro en la batalla como en la cama. Dios ha determinado el momento de mi muerte. Yo no me ocupo de ello, pero estoy siempre preparado".

Esta muerte llegó a él de un modo cruelmente irónico. El hombre que había sido tan querido por cuantos sirvieran bajo sus órdenes, fue alcanzado por las balas extraviadas de sus propios soldados; y todavía cayó una vez más de la camilla en que le llevaban a la ambulancia, por haber sido herido uno de sus portadores. Tan tortuosos caminos necesitó el Destino para obrar sobre un fervoroso devoto. Muchos opinaron que sin su muerte la guerra hubiese tenido otro resultado. En realidad, este resultado dependía de otros factores que la muerte o el error de un jefe individual. La superioridad numérica y el bloqueo serían los que ganarían finalmente la victoria. Pero tenían que pasar los años antes de que esto sucediese.

Invisible entre ambos partidos estaba Europa, favorable en general al Sur. Durante dos años, Napoleón III estuvo dispuesto a intervenir, y si no lo hizo fue sólo por lo azaroso y arduo que se presentaba su objetivo por aquel entonces: la conquista de Méjico. Bismarck mantenía una neutralidad formal, pero más tarde admitió que sus simpatías estaban del lado en que luchaban los miembros de su propia casta, los terratenientes del Sur. Entre los potentados del viejo mundo, sólo el Zar favoreció abiertamente al Norte; habiendo abolido la forma rusa de esclavitud en el momento en que justamente estallaba la guerra, encontró en ello pretexto para una política pro Unión y una máscara moral para una política fundamentalmente anglófoba.

Pues era inevitable que Inglaterra, cuya actitud, en caso de intervención, sería decisiva, se inclinase a favor del Sur. El mundo de los negocios británico tenía en el Norte un competidor cuya prosperidad no era de desear, en tanto que en el Sur tenía un abastecedor cuyo principal producto, el algodón, era retenido por el bloqueo nordista, amenazando de muerte con ello a la mayor industria de Inglaterra. Los historiadores no veían razón alguna para censurar la separación del Sur, ya que, sólo ochenta años antes, todo el país se había separado de la madre patria. Los políticos tenían que ver con gusto la disgregación de un poder que, de permanecer unido, podría disputar medio siglo después a Inglaterra el dominio de los mares. Hasta los moralistas fueron, algunos de ellos por lo menos, campeones del Sur; bien por ser éste el partido más débil; bien, como Gladstone, porque consideraban insensata la causa de la guerra; bien, como Dickens, porque ninguna causa justifica una guerra. Disraeli se mantuvo discretamente neutral, pero Darwin, Tennyson, John Stuart Mill, salvaron el honor del nombre inglés con su decidida simpatía por los esclavos y sus libertadores. Y estos hombres ilustres fueron apoyados, no sólo por buena parte de la intelectualidad burguesa, sino también por la totalidad de la clase obrera, que, a causa del cierre de las fábricas, se veía reducida al hambre, pero que comprendían, no obstante, que la libertad es cosa que no depende sólo del color de la piel.

Tal era la tendencia general de las simpatías inglesas, cuando un audaz oficial de la marina del Norte detuvo y abordó a un vapor inglés, el Trent, que hacía poco zarpara de La Habana, y sacó de él a la fuerza a dos delegados enviados a Europa por la Confederación. La guerra parecía entonces inminente; ya tenían los enemigos del Norte una razón para lanzarse a la lucha. Pero, mientras Londres y Nueva York cambiaban homéricas amenazas a través del Atlántico, exigiendo los unos la libertad de los delegados o la guerra y aclamando los otros al héroe naval, Lincoln permanecía tranquilo. Contra la opinión de algunos de sus enfurecidos ministros, reconoció, como ya lo hiciera en el asunto de John Brown, que la exageración era un grave error, aceptó la situación histórica con su inversión de papeles y decidió desafiar una vez más la impopularidad.

"Temo que los traidores sean elefantes blancos^x. Debemos atenernos a los principios americanos concernientes a los derechos de los neutrales. Hemos combatido a la

Gran Bretaña cuando, teórica y prácticamente, ha hecho exactamente lo mismo que nosotros acabamos de hacer. Si Inglaterra protesta ahora y exige la libertad de los delegados, debemos libertarlos y aun disculpamos por un acto que es una violación de nuestras propias doctrinas... Así podremos obligar en lo futuro a Inglaterra a guardar consideración a los neutrales y a confesar que ha sido injusta durante sesenta años."

Atenuó los pasajes más ásperos de las notas diplomáticas de Seward, sin saber que al otro lado del océano el moribundo príncipe consorte hacía otro tanto con las notas de Lord Russell. La impresión producida en Londres por la liberación de los enviados y las excusas de la Unión fue grande, pues Inglaterra gusta de estas cosas, y la consecuencia fue que los agentes del Sur, cuando por fin llegaron a su destino, sólo tuvieron una fría acogida. Una vez más, Lincoln salvaba al país en uno de los más críticos momentos de la guerra.

Con no menos cautela obró en su administración de los territorios reconquistados a la Unión. No había que hablar siquiera de medidas punitivas. "Los huevos rotos no tienen compostura. Así, pues, lo único que ahora tiene que hacer Louisiana es volver a su puesto como antes, dejando a un lado los huevos ya rotos. Mientras más pronto lo haga, menos serán aquellas cosas que queden sin compostura posible. Este Gobierno no puede seguir jugando un juego en que lo arriesga todo sin que el enemigo arriesgue nada. Estos contrarios deben comprender que no tienen derecho a intentar durante diez años la ruina del Estado para luego, al fracasar, volver sanos y salvos a la Unión. Si ellos quieren pertenecer a la Unión, como antes, permítame que les haga observar que éste es el momento."

Y dirigiéndose al gobernador militar de Louisiana:

"Dé usted al pueblo toda clase de facilidades para expresar su opinión en estas elecciones... En todo caso, intente usted obtener la expresión de la voluntad de la mayoría... Naturalmente, los elegidos deben ser hombres de carácter, deseosos de jurar mantener la Constitución como antaño y que estén por encima de toda sospecha."

Entre tanto, Lincoln esperaba en vano la victoria que libertaría su proclama del encierro en su cajón del escritorio. La situación militar se hacía cada vez más crítica. Un nuevo general, Pope, había sido derrotado por Lee a fines de agosto,

nuevamente en Bull Run. Su ejército se retiró desordenadamente a la capital y sembró allí el pánico, mientras Lee invadía Maryland; la censura recayó en parte sobre McClellan, quien parecía haber deseado la derrota de Pope, y, en todo caso, no había marchado de acuerdo con las órdenes recibidas. La consecuencia, sin embargo, fue, no su destitución, sino su afianzamiento en el cargo, con objeto de que reconstruyese el ejército desmoralizado; medida tomada por Lincoln, contra el parecer de la mayoría del Gabinete. A pesar de que McClellan sobresalía realmente en este trabajo de organización y era querido todavía por las tropas, y a pesar de que, por ser demócrata, las consideraciones políticas hacían inconveniente el destituirle, no cabe la menor duda de que Lincoln lo mantuvo en su puesto demasiado tiempo, y pronto había de evidenciarse que el Presidente anduvo equivocado en su estimación del valor moral de McClellan.

De todos modos, en aquellas circunstancias hizo un voto, ni hijo de la fe y la superstición y revelador de todo el horror de sus perplejidades interiores; se comprometió ante Dios a publicar su proclama tan pronto como el enemigo fuese expulsado de Maryland. Nunca se había permitido Lincoln otro acto emotivo de este género, pues en otras ocasiones en que podían moverse sentimientos semejantes, siempre quedaron velados por su humor irónico y escondidos tras una cortina de humo anecdótico. Cuando se piensa, no obstante, en la atención que concedía a los signos y augurios, en su afición a interpretar los sueños, su inclinación al fatalismo, y aquella melancólica renuncia a alcanzar nunca los que él llamara sueños paradisiacos, no podemos sino inferir que, como todos los grandes hombres, en los momentos decisivos y las crisis desesperadas, propendía a guiarse, a través de la confusión de los acontecimientos, con arreglo a indicaciones sólo por él interpretadas y conocidas.

Propenso por naturaleza a escuchar, a vacilar, a esperar el desarrollo de las cosas, por segunda vez en su vida se veía arrastrado por una impaciencia ajena a su temperamento. La primera vez había sido en Springfield, cuando fuera Presidente electo ¿realmente, hacía tan sólo dos años de ello?, pero sin poder para intervenir. Y de nuevo ahora, como jefe supremo, igualmente impotente contra los acontecimientos, esperando una victoria que permitiese a su proclama salir del cajón. Toda suerte de influencias exteriores se hallaban ahora en juego,

apremiándolo para que pronunciase la palabra libertadora; pero su propio juicio y su voto le prohibían declarar que desde hacía mucho tiempo había formulado y preparado esa palabra.

Su despacho se llenaba de clérigos, notables luchadores en la contienda abolicionista: "Cuando llegue la hora de proceder contra la esclavitud les dice, creo que estaré preparado para cumplir mi deber, aun a costa de mi vida. Al fin y al cabo, señores, la vida ha de perderse." De acuerdo con el informe de esta entrevista, pronunció las palabras con tono triste y cansado, pero sonriendo. Otro día lo visita un grupo de quince o veinte cuáqueros, que le citan sus propios discursos volviéndolos contra él y obligándole a defenderse. Cuando otro visitante observa que Lincoln parece haber cambiado de opinión, Lincoln le responde resueltamente: "Admitido. No tengo en mucho a un hombre que hoy no es más prudente que lo fue ayer." Y a un entusiasta le dice, en verdadero estilo labriego: "Señor mío, los esclavos no serán libres por el solo hecho de aprobar un decreto que así lo diga. Usted puede llamar pierna a la cola de un ternero, pero no por ello tendrá el ternero cinco patas."

A veces, salpica sus palabras suaves con tan secreta ironía, que ciertos delegados de las comunidades religiosas de Chicago no pueden dejar de haber notado:

"Con las más opuestas opiniones y consejos se han acercado a mí una porción de sacerdotes, igualmente seguros todos ellos de representar la voluntad divina. Pero yo también lo estoy de que se equivocan en sus opiniones, sobre todo con respecto a determinadas cosas. Espero no se considere irreverencia mía el que diga que con mayor motivo podría suponerse que me las revelaría a mí directamente; pues, si bien no me hago ilusiones sobre mí mismo, mi más profundo deseo es conocer la voluntad de la Providencia en este asunto. Y si puedo saber cuál es, la ejecutaré hasta el fin. Por desgracia, los días de los milagros han pasado y supongo se me permitirá que no espere una revelación directa. He de estudiar los hechos reales, evidentes, del caso, averiguar lo que sea posible y aprender lo que sea justo..."

"¿Qué traería de nuevo una proclama de emancipación hecha por mí, especialmente en nuestra actual situación? Yo no quisiera publicar un documento que el mundo entero considerase ineficaz. ¿Podría mi palabra libertar a los esclavos, cuando ni siquiera puedo imponer la Constitución a los Estados rebeldes?... ¿Y qué razón hay

para pensar que esa proclama produciría sobre los esclavos un efecto más grande que la última ley del Congreso, que prometía protección y libertad a los esclavos de los rebeldes que lograran atravesar nuestras filas? No he sabido hasta ahora que esa ley haya animado a ningún esclavo a pasarse a nuestras filas... He aquí un ejemplo: después de la batalla de Bull Run, una comisión de Washington se presentó en el campo con bandera blanca para recoger a los muertos y heridos, en tanto que los rebeldes se apoderaban de los esclavos que trataban de escaparse con nuestros hombres y los reducían de nuevo a su esclavitud.

"Yo considero este asunto como una medida práctica de guerra, que debe decidirse de acuerdo con las ventajas o desventajas que pueda ofrecer en nuestra lucha contra la rebelión... Temo que, si armamos a los esclavos, a las pocas semanas de hacerlo sus armas pasarán a manos de los rebeldes; por lo demás, no tenemos armas suficientes ni aun para las tropas blancas... En los Estados fronterizos hay 50.000 bayonetas del ejército de la Unión. Sería cosa muy grave el que, a consecuencia de una proclama como la que ustedes desean, estas fuerzas se pasasen al enemigo. Cualquiera que sea la voluntad de Dios, yo la cumpliré. Espero no haber herido sus sentimientos por la libertad con que he criticado sus puntos de vista."

Tan cruelmente despoja a estos pastorales delegados de su ilusión de que la humana felicidad es el único asunto que se debate en esta guerra. ¿Podemos sorprendernos de que desde los púlpitos, en libelos y periódicos se hable del Presidente, acusándole de insensible y enemigo de los esclavos? ¿Podemos sorprendernos de que se le censure el hablar de la "cuestión negra" y el rehuir el sentimentalismo grato a las masas? ¿De que en las elecciones sufran los republicanos grandes pérdidas en varios Estados? ¿De que Greely, el influyente director de la New York Tribune, censure al Presidente en una carta abierta, por la falta de energía en Louisiana? Lincoln, decía Greely, está "indebidamente influido por los planes, consejos y amenazas de ciertos fósiles que le aclaman desde los Estados fronterizos... Nos quejamos de que una gran parte de nuestros oficiales, junto con muchos voluntarios, hacen más para mantener en pie la esclavitud que para sofocar la rebelión".

¿No querrá ahora Lincoln envolverse en su toga con un gesto de dignidad y mandar a un subordinado que dé una contestación semioficial? En modo alguno. El mismo día en que recibe el periódico, contesta por sí mismo, usando a su vez la forma de una carta abierta que, socrática en su estilo, constará entre sus más brillantes documentos:

"Si su carta contiene afirmaciones o relación de hechos cuyo error me consta, es cosa que no discutiré ahora; si hay en ella inducciones a mi juicio equivocadas, es cosa que tampoco pondré ahora en claro; si campea en ella un tono impaciente y dictatorial, lo pasaré por alto, en consideración a un viejo amigo cuyo corazón me pareció siempre irreprochable..."

"Yo quiero salvar la Unión. Quisiera salvarla por el camino más corto, al amparo de la Constitución... Si hay quienes no quieren salvar la Unión si no destruyen la esclavitud al mismo tiempo, yo no estoy de acuerdo con ellos. Mi objeto supremo en esta lucha es salvar la Unión, no destruir o salvar la esclavitud. Si pudiese salvar la Unión sin libertar un esclavo, lo haría; si pudiese salvarla libertándolos a todos, lo haría; y si para salvarla tuviese que libertar a unos cuantos abandonando a los demás, lo haría también. Cuanto haga yo por la esclavitud y los hombres de color, lo haré creyendo que eso me ayudará a salvar la Unión... Haré menos, si alguna vez creo que lo que hago perjudica al asunto, y más, si creo que lo beneficia. Intentaré corregir los errores que se me demuestre son tales, y aceptaré nuevos puntos de vista tan pronto como se me pruebe que son los más exactos. He expuesto aquí mis opiniones de acuerdo con el punto de vista de mis deberes públicos; y no espero modificar mis deseos personales, frecuentemente expresados, en pro de la libertad de todos los hombres, dondequiera que se hallen. Suyo. A. Lincoln."

Nunca, en la historia de Europa, ha sido publicado por un jefe de Estado un documento parecido, no sólo en tiempo de paz, sino ni aun en forma de decreto oficial. Pero también en América es único, pues ¿qué otro Presidente contestó nunca en esta forma a la crítica de la Prensa, respondiendo en el mismo periódico que lo atacara, con un estilo tan claro para el último labriego del Oeste como para el más sagaz abogado del Este, y en un documento lógico y político a la vez, objetivo y moral en el más alto sentido de la palabra? Habiéndole escrito, se sintió aliviado y, refiriéndose a la arremetida de Greely, dijo a sus amigos: "Esto me recuerda a un

individuo cuya mujercita siempre quería dominarlo a puñetazos, sin que se defendiera. Cuando sus amigos le reprendían, el hombre les decía: "¡Dejadla, a mí no me duele y a ella le hace mucho bien!"

¡Y a todo esto, la proclama en el cajón! No, el Presidente beligerante no es un sentimental; todo en él se hallaba alerta y pronto para la acción, y aunque en secreto creyese tener una misión, en aquel tiempo se sentía cada vez más inclinado a dominar sus sentimientos. Su actitud durante todos los años de su gobierno demostró que amaba menos a los negros que a la libertad y que ni siquiera se atrevía a amar la libertad a costa de la Unión. Sin embargo, podemos oír su propia voz hablando de sus sentimientos con respecto a los negros.

Hállanse ahora en su habitación algunos de ellos: un comité de directores, encabezado por un sacerdote negro. Han venido para oír la opinión de Lincoln sobre la posible emigración de sus hermanos libertados. Él los invita a sentarse: les dice qué suma ha votado el Congreso a este efecto y pasa a hablar francamente de generalidades.

"Muchos de los hombres de su raza que viven entre nosotros sufren grandemente, a la vez que hacen sufrir con su presencia a muchos de los nuestros. En una palabra, sufrimos unos y otros. Si admitimos esto, encontraremos, por fin, una razón para separarnos. Supongo que ustedes son hombres libres...

"Sí, señor.

"Quizá lo son desde hace mucho, o desde que nacieron. Su raza, a juicio mío, sufre la mayor injusticia que haya sido infligida a un pueblo. Pero, aunque ustedes dejasen de ser esclavos, todavía estarían muy lejos de alcanzar el nivel de la raza blanca. Ustedes carecen de muchas de las ventajas de que gozan otras razas. La aspiración del hombre libre es igualar al mejor; pero, en este gran Continente, no hay un solo hombre de su raza que se haya puesto al nivel de uno de la nuestra. Vayan ustedes dondequiera, por muy bien que se les trate, siempre pesará sobre ustedes esa inferioridad, al menos mientras sea una realidad. Aunque quisiera, me sería imposible remediarlo; es un hecho respecto al cual tanto ustedes como yo pensamos y sentimos lo mismo. Sin la esclavitud y la raza negra no hubiera habido

guerra. Lo mejor para ambos es, pues, que nos separemos. Yo sé que entre ustedes hay hombres libres que, en mejores circunstancias, no estarían tan inclinados a abandonar este país como los que, siendo esclavos, todavía pueden obtener la libertad bajo esta condición.

"En nuestro pueblo hay, por duro que ello pueda parecer, una repugnancia manifiesta a que ustedes, los hombres de color libres, vivan entre nosotros. Ahora bien, si ustedes diesen la señal de partida a los blancos, es seguro que abrirían la puerta de la libertad a una porción de ustedes. Si hubiésemos de entendernos con aquellos cuyo espíritu está todavía atrofiado por la esclavitud, tendríamos que habérmolas con un material poco propicio para comenzar nuestra acción. Si hombres de color inteligentes, como ustedes, quisieran moverse en esta dirección, se podría hacer mucho... El mismo general Washington soportó más duras pruebas de las que hubiese sufrido de continuar siendo un súbdito británico, pero, no obstante, era feliz, porque pudo servir a su pueblo y hacer algo por los hijos de sus conciudadanos, ya que él no los tenía... Yo no sé los motivos que pueden tener ustedes para sentirse adictos a nuestra raza; pero no veo ninguna razón para que la amen. Y, no obstante, le son adictos... Mediten ustedes seriamente esto, no sólo por lo que a ustedes mismos atañe, no sólo por su raza y la generación presente, sino como algo que puede beneficiar a la humanidad entera."

¡Lincoln en el papel de seductor! Aunque podría comparársele más bien con don Juan tratando de persuadir a doña Elvira, después de libertarla de sus cadenas amorosas, de las ventajas de la separación. Obsérvese la sutileza psicológica con que da a entender a los negros que ellos mismos deben desear y llevar a cabo una emigración a la que, de otro modo, tendría que obligárseles. Realmente la esclavitud es la mayor de las injusticias, pero este reconocimiento ¿implica que hayamos de amarnos en seguida?

"Niego, había exclamado en uno de sus debates con Douglas, que, por el hecho de no tener una negra por esclava, quiera tenerla por mujer."

Pero, hoy, los negros están sentados en torno suyo formando círculo y, por primera vez en su vida, Lincoln es el único blanco en una habitación ocupada por hombres negros; y, aunque parecen bien educados, y a pesar de comprender que tienen los mismos derechos, todos sus sentidos le muestran claramente las diferencias que

separan a aquellos hombres de los miembros de su propia raza. Sentados allí, le miran suplicantes, con sus ojos oscuros y tristes, y cada vez que hace una pregunta, un par de labios negros se apresura a contestar a media voz: "Sí, señor." ¿No es éste el "señor" el "amo", en el doble sentido del término? Y su tono vacilante, a veces, ¿no es una reminiscencia de las cadenas que llevaron los padres de todos ellos? Ahora bien, ¿será posible romper las cadenas que los atan? "Aunque quisiera, no podría remediarlo." "No me parece que tengan ustedes razón alguna para amarnos." Luego, se atreve a conjurar la sombra de Washington, a fin de decirles por qué deben sacrificarse en pro de los más incultos de sus hermanos.

Todavía yace el documento dentro del cajón en espera de una victoria. Todas las mañanas, y frecuentemente también por la noche, va al ministerio de la Guerra y lee los últimos telegramas. "Vengo aquí, dijo una vez a los empleados, para escapar de mis perseguidores. Muchos dicen que sólo quieren verme un minuto. Pero esto quiere decir que si puedo oír su historia y concederles todo lo que piden, con un minuto tendrán bastante." Luego, empieza a leer todos los telegramas, a fin de obtener la información más reciente y estar seguro de que no se le oculta nada. Después, escribe sus propios despachos, lenta y reflexivamente, mirando a través de la ventana, con el codo izquierdo sobre la mesa, la frente apoyada en la mano, moviendo los labios y murmurando cada frase antes de escribirla, exactamente lo mismo que, hiciera en su juventud. Tan pronto como la composición le satisface, la escribe, sin que jamás necesite corregirla después. ¿Sólo una generación ha pasado desde que, en su choza de Indiana, escribiera torpemente con un trozo de carbón sobre un tablero lo que sólo después de arduas deliberaciones habría de trasladar al costoso papel? Pero aunque hubiesen transcurrido tres generaciones desde entonces, ninguna dignidad, ni método alguno, habría podido cambiar el ritmo lento y pesado de aquel hombre huesudo.

Aquella pequeña cabina telegráfica del Departamento de Guerra era para él un sosegado refugio, algo que le reemplaza aquella tienda en la que, sólo pocos años atrás, gustaba de sentarse sobre las cajas de clavos, para escuchar y narrar anécdotas: una especie de ermita, que sólo cobijara una sociedad simpática; un sitio convenientemente neutral, al que los intrusos pedigüños no irán a buscarle. Todavía se sienta al borde de la silla, estirando la pierna derecha; todavía lee en

esta extravagante postura de descanso, meditabundo, telegrama tras telegrama, repasando luego todo el legajo, desde el principio. "Bien, ya llegué a las pasas", dijo una vez. Los empleados le miraron con asombro. "Esto me recuerda a una muchachita del Este, inclinada a comer a veces más de lo necesario. Un día se comió una respetable cantidad de pasas, a las que agregó un número no menor de bombones. Como era de esperar, esto le produjo una indigestión. Al poco tiempo, comenzó a vomitar todo, gimiendo: "Madre, creo que me encuentro mejor. Ya he llegado a las pasas."

Su impaciencia por la victoria crece. En el verano, se fue a vivir con los suyos a una casita muy sencilla, situada a tres millas de la ciudad, próxima a un hospital militar. En su camino cruzábase a menudo con largas filas de ambulancias conduciendo a los heridos de una batalla reciente. Un amigo que le acompañaba en una de estas ocasiones, dice: "Su expresión y su actitud expresaban la más profunda tristeza. Se detuvo y, señalando a los heridos, me dijo: "Mire a estos pobres muchachos. No puedo soportarlo. Estos sufrimientos y muertes son terribles." El amigo le recuerda sus propias palabras: "No temáis nada: la victoria llegará." Lincoln contesta suspirando: "Sí, llegará; pero es el caso que viene muy despacio."

Cuando se entera de que han sido alistados por la fuerza unos jóvenes cuáqueros y que, contra sus principios, se los ha obligado a tomar las armas, ordena que se les dé de baja en seguida y se les envíe a sus casas. Stanton se niega, por razón de disciplina. Lincoln replica: "Es mi más urgente deseo." En otra ocasión, son condenados a muerte veinticuatro desertores. Lincoln se niega a firmar la orden de ejecución. El general dice que, si no se hace un escarmiento, peligrará todo el ejército. "Señor general, ya hay bastantes mujeres que lloran en los Estados Unidos. No me pida usted que aumente todavía su número, pues no lo haré."

Cuando visita el frente, es más modesto que el más inexperto de los tenientes, pues se dice a sí mismo que no lo es. "Estoy rodeado de soldados... y no es propio que les endilgue un discurso en mi presente situación." Dirigiéndose a un regimiento: "Vuestro coronel ha declarado, en nombre propio y en el vuestro, que está satisfecho del modo como he procurado vencer, hasta donde mi poder lo permite, las dificultades en que se encuentra la nación. Os estoy muy agradecido por

vuestros sentimientos, pero, por otra parte, os aseguro que la nación debe a vosotros y a vuestros iguales mucho más que a mí."

Otras veces, su ingenio le permite habérselas eficazmente con los tontos. En una revista, un oficial, abriéndose paso a la fuerza por en medio de la muchedumbre para llegar hasta el carruaje del Presidente, se quejó de un agravio sufrido, declarando que su general, que se hallaba presente, le había amenazado aquella mañana con pegarle un tiro. Lincoln miró un momento a los dos y, luego, dijo al querellante, en un murmullo confidencial: "La verdad, si yo fuera usted y él me amenazara de ese modo, no las tendría todas conmigo, pues me parece muy capaz de hacerlo."

Describiendo la bendición de una bandera, un testigo de la ceremonia dijo que Lincoln presentaba dos caras: una de estadista y hombre sabio, mirando hacia el futuro; otra, de agudo observador, que mide con sus ojos el asta de la bandera, encontrándola demasiado delgada, como no tardó en demostrarse.

- ¿Cuántos hombres tiene en campaña el enemigo? le pregunta un visitante.

- Un millón doscientos mil, responde el Presidente.

- ¡Cielos! ¡Eso es imposible!

- Sí, señor, un millón doscientos mil, no hay duda. Todos nuestros generales afirman, cuando son derrotados, que el enemigo era tres o cuatro veces mayor, afirmación que yo debo creer. Ahora bien, nosotros tenemos trescientos mil hombres, y tres por cuatro hacen doce.

Pero, un día, única vez durante todo aquel período de angustiosa espera, Lincoln perdió los estribos. Tras un año y medio de esfuerzo diario y continuo, la fatiga le venció. Una tarde, después de un día particularmente duro, un coronel, recién levantado de su lecho de enfermo, se presentó en su despacho. Según dijo, su esposa había estado cuidándolo en el hospital y luego, al regresar a casa, el barco que la conducía había chocado con otro y su mujer había perecido ahogada. Habiendo sabido que su cuerpo había sido encontrado, el coronel había pedido permiso para ir a recoger el cadáver, pero el ministro de la Guerra se había negado a concederle la licencia, atendiendo a la inminencia de una batalla. Lincoln, a quien el solicitante encontrara solo en su despacho, en mangas de camisa, rodeado de papeles, sumido en sus pensamientos, le escuchaba en silencio. Pero de repente,

estalló: "¿Es que no he de tener un momento de reposo? ¿No hay hora ni lugar en que pueda verme libre de estas constantes peticiones? ¿Por qué me persiguen con estas cosas? ¿Por qué no se dirige usted al ministerio de la Guerra, que es el encargado de estos asuntos? ¿Que el ministro de la Guerra se ha negado? Entonces probablemente no podrá usted irse... Debe usted recordar que yo tengo otros deberes. ¿Por qué viene usted aquí a apelar a mi humanitarismo? ¿No sabe usted que estamos en plena guerra? ¿Que el sufrimiento y la muerte nos rodean a todos? ¿Que los sentimientos de humanidad y amor que practicamos cuidadosamente en tiempos de paz, han sido hollados y proscritos por la guerra? ¿Que no hay lugar alguno para ellos? Ahora no hay más que un deber: luchar... Su esposa debía haberlo dejado al cuidado público, confiada en que recibiría usted la asistencia que presta el Gobierno a todos sus soldados enfermos. De todos modos, no habría debido usted venir a distraerme con sus cuestiones de familia. Todas las familias del país están abrumadas de cuidados; pero no por ello han de venir todas a pedirme ayuda. ¡Ya tengo bastante carga que llevar!"

El oficial, que tantas anécdotas oyera relatar sobre la clemencia de Lincoln, se retiró, volviendo, sumamente abatido, al hotel. Pero he aquí que a primera hora del día siguiente llamaron a su puerta. Y cuando pudo abrir, se encontró ante el Presidente, que estrechó sus manos impulsivamente. "Mi querido coronel, ayer fui brutal con usted. No tengo disculpa por mi conducta. Estaba completamente agotado, pero no tenía derecho a tratar ásperamente a un hombre que ofrece su vida por el país; más aún: a un hombre que recurre a mí en tan honda pesadumbre. He pasado una noche terrible y vengo a pedirle perdón." Todo, por otra parte, está ya arreglado; el Presidente ha visto a Stanton, trae consigo el permiso, y abajo espera el coche que conducirá al coronel al puerto, a tiempo de tomar el primer barco.

Por fin, a mediados de septiembre, llegó la victoria. McClellan, resolviéndose al cabo a avanzar, había derrotado en Antietam al general Lee. Aunque la batalla no era decisiva, Lee se vio obligado a retroceder; y, en el limitado campo oriental, unas pocas millas tenían su importancia. Pero más importancia aún tuvo el efecto de la noticia sobre el Norte cansado y la escéptica Europa. "No le deje retirarse sin

atacarlo de nuevo", telegrafió Lincoln a McClellan, reforzando esta orden con una visita personal al campamento. Pero McClellan volvió a su inercia y no persiguió al enemigo.

Por el momento, era más importante aprovechar políticamente el éxito, pues Inglaterra, dispuesta poco antes a reconocer al Sur como Estado independiente, encontró motivos para considerar de nuevo su actitud.

La victoria intensificó todavía más la intranquilidad de Lincoln. Su momento había llegado, debía obrar conforme a su juramento. Por aquellos días, poco antes o poco después de la batalla de Antietam, había escrito las siguientes notas: "La voluntad de Dios prevalece. En las grandes luchas, cada partido afirma obrar de acuerdo con ella. Ambos pueden, y uno debe, tener razón. Dios no puede estar al mismo tiempo a favor y en contra de una misma cosa. Es posible que, en esta guerra civil, el fin de Dios sea distinto al fin de cada uno de los partidos. Y, no obstante, los medios humanos, tal como los que ahora actúan, son los mejores para lograr su fin. Casi estoy dispuesto a reconocer que Dios desea esta guerra y que aún no quiere verla terminada. Su gran poder sobre las almas de los beligerantes hubiera bastado para salvar o destruir la Unión sin necesidad de que luchasen los hombres. Sin embargo, la contienda comenzó, y habiendo comenzado, Dios podía haber dado ya la victoria a los unos o a los otros. Y, no obstante, la guerra prosigue."

El valor de este monólogo escrito se acrecienta en el caso de Lincoln por lo insólito y se intensifica por el carácter de la hora en que fue escrito. En él podemos ver su corazón, el corazón de un filósofo. Ni un solo reproche contra el enemigo, nada que muestre la presuntuosa seguridad de estar de acuerdo con los designios de Dios.

Las notas íntegras son una larga pregunta, cuya respuesta no parece muy próxima, y realmente diríase que alguna potencia superior la retuviese. Su escepticismo lo anima contra todo lo que sucede contra las cosas que, día y noche, consumen sus energías, y dos veces se interrumpe con aquel "y no obstante" característico de todos los discursos y escritos producidos por Lincoln desde su juventud y que rebaja el acorde mayor de su virilidad hasta el tono menor de su melancolía.

Con un "y no obstante" reúne ahora todas sus energías, pues sea cual fuere la voluntad del Destino o la idea directriz de la guerra, al menos está seguro de que la esclavitud es una injusticia y, por lo tanto, debe suprimirse. Cinco días después de

la victoria de Antietam, reúne el Consejo de Ministros, sin que éstos sepan su objeto. Lincoln, que, después de una batalla perdida y hallándose amenazada la capital, había permanecido completamente sereno entre la ansiedad de sus ministros, hoy, que no amenaza ningún peligro, se halla grandemente excitado. Se prepara a hacer pública la gran proclama, y a revelar al mismo tiempo los impulsos secretos de su corazón a sus colaboradores, completamente ajenos a sus motivos ocultos. Durante veinte años ha deseado con toda el alma este acto, premiosamente exigido desde hace un año por la mitad del país, pero sus resultados problemáticos lo han detenido hasta este momento. Ahora va a hacerlo por propia iniciativa, sin la menor coacción momentánea. Los escrúpulos del estadista, que duda de los resultados de su medida, se agregan a su repugnancia innata por las determinaciones decisivas, escrúpulos y repugnancia que minan toda su vida vagarosa e irregular y le llevaron por dos veces a suspender sus planes matrimoniales. Todo, ahora, se combina para aumentar su turbación cuando ve fijadas en él las miradas interrogantes de sus ministros. El trance es tan arduo, que, sin saber qué hacer, toma el último número de un diario humorístico y les lee una sátira de Artimus Ward, cuya gracia admira mucho.

¿Podrá comprenderlo alguno de los que se hallan sentados en torno de él? Algunos de ellos le censuran indudablemente en su fuero interno, y más aún cuando se enteran de la gravedad del motivo de esta sesión. ¿Es el Presidente un inveterado bohemio, que hasta en los momentos más serios de su vida y en las más serias crisis de su país no puede pasarse sin chistes y anécdotas? Pero, al fin, deja la revista y dice:

"Como todos ustedes saben, he meditado largamente sobre la relación de esta guerra con la esclavitud... Cuando el ejército de los rebeldes estaba en Frederick, decidí que en cuanto los hubiésemos expulsado de Maryland publicaría una proclama de emancipación... Me hice esta promesa a mí mismo y, aquí se detuvo un momento, a mi Creador. El ejército rebelde ha sido rechazado, y voy a cumplir mi promesa. No deseo el parecer de ustedes, pues estoy decidido. Digo esto sin faltar a la consideración que debo a ustedes. Pero conozco perfectamente el punto de vista de cada uno de ustedes a este respecto... Si en la expresión, o en alguna cuestión secundaria, entienden que debe cambiarse algo, recibiré agradecido sus sugerencias... Sé muy bien que otros obrarían mejor que yo en este y otros asuntos,

y si supiese que uno de ellos gozaba de una mayor confianza pública y viese un modo constitucional de cederle mi puesto, lo haría. Pero, aunque creo que la confianza pública no me asiste ahora tanto como antes, tampoco creo, al fin y al cabo, que ningún otro goce de mayor confianza. Sea como sea, no hay modo hábil de poner a otro hombre en mi lugar. Aquí estoy yo, y es mi deber obrar lo mejor que pueda, asumiendo la responsabilidad de aquello que me parece procedente."

¿Se comprende la perplejidad, el asombro? No es difícil imaginar el rígido y unánime silencio de los labios y los ojos de los que le rodean. Ni cuesta trabajo sentir cuánto hay de monólogo en esta alocución. ¿Por qué menciona la posibilidad de ceder su puesto a otro? ¿Por qué insiste, casi brutalmente, en que no necesita el consejo de sus ministros? Porque necesita resumir toda su viril energía para afrontar el gran problema y tiembla ahora, en el momento decisivo, como un tímido mozalbete cuando llega el momento de pronunciar la tan largamente meditada y de continuo aplazada declaración de amor. Porque, teniendo una naturaleza de poeta, siempre le impide una acción fogosa su tendencia a pesar el pro y el contra de todo, a buscar a última hora al sustituto que quisiera obrar por él. No obstante, se dice a sí mismo: "Aquí estoy, y debo obrar lo mejor que pueda." O, como dijo poco después: "Sólo confiando en Dios puedo esperar no haber cometido un error."

Ahora parecen haberle comprendido sus ministros, pues en sus informes han hecho notar aquel delicado titubeo que precedió a las palabras "mi Creador". La grandeza del momento y la conmovedora figura de aquel pobre labriego del Oeste que se propuso libertar a los esclavos parece haber difundido su calor humano a los espectadores, pues después de un corto debate les dice, en tono más vivo, cómo, en su turbación y ansiedad, había caído de rodillas como un niño y había jurado que, si el enemigo era arrojado de Maryland, tomaría esta victoria como un signo para dar aquel paso.

Y como si quisiera guardarse de la posibilidad de un cambio de parecer, aquel mismo día Abraham Lincoln dio a conocer al mundo la Proclama de Emancipación.

El efecto fue catastrófico. La confusión se propagó por todo el Norte, los valores bajaron en la Bolsa, las elecciones se presentaron adversas, los demócratas declararon que millares de blancos habían sido obligados a derramar su sangre sólo para que sus compatriotas se vieran ilegalmente despojados de su propiedad. En el

Sur, nadie movió un dedo; no se necesitó movilizar un solo soldado del frente para vigilar a los esclavos emancipados, pues éstos continuaron trabajando tranquilamente en sus campos, y los diarios del Sur pudieron jactarse de que no había nadie que quisiera ser libertado. De Europa llovieron amenazas, y sólo una voz de aprobación rompió el coro de censura. Miles de obreros de las hilanderías de Lancashire, cerradas por falta de algodón, miles de hombres que carecían de pan y techo agradecieron a Lincoln el servicio prestado a la humanidad. Sólo ellos comprendieron a aquel hombre que era su semejante, a aquel hombre conforme a su propio corazón, al hombre que había dicho: "Riqueza es el exceso de cosas innecesarias."

Él mismo no se miente ni se hace ilusiones. "Han pasado ya seis días, escribe al Vicepresidente, y mientras los diarios y las personalidades más distinguidas alaban sin restricciones la medida, los cambios han bajado y el reclutamiento es más lento que nunca. Si se mira serenamente, el resultado no es muy satisfactorio. Ahora tenemos menos tropas en el frente que hace seis días. El Norte sólo contesta con buenas palabras, pero las palabras no matan rebeldes... Desearía poder escribirle más alegremente."

Nuevas convulsiones en el seno de los partidos fue otra de las consecuencias, pues estas escisiones de los partidos políticos continuaron existiendo en el interior de cada uno de los beligerantes. En realidad, sólo los abolicionistas convencidos aprobaron la proclama, pues hasta sus mismos antiguos amigos y correligionarios, como Karl Schurz, hubieron de criticar a Lincoln. En este sentido, la respuesta de Lincoln a Schurz proyecta cierta luz sobre algunas de las dificultades que le rodeaban:

"Se me podrían hacer reproches si yo hubiese podido obrar mejor... Pero creo que no podía hacerlo, y por eso le reprocho a usted el que usted me reproche a mí. Entiendo que ahora está usted dispuesto a aceptar la ayuda de hombres que no sean republicanos, con tal que sean hombres de corazón. De acuerdo; tampoco yo deseo a otros. Pero ¿quién podrá ser juez de corazones? Si he de abandonar mi criterio y adoptar el suyo, también tendría que aceptar el de otros, y para cuando hubiese rechazado a todos los que se me aconseja rechazar, no me quedarían ni republicanos ni de los otros, y ni siquiera usted. Pues tenga la seguridad, querido

señor, de que hay hombres de corazón que piensan que usted representa su papel tan mediocrementemente como usted cree que yo represento el mío.

"Me temo que concluyamos por reconocer que la dificultad está en nuestro caso, más que en nuestros generales. No quisiera desanimar a nadie, y menos a los que simpatizan conmigo, pero debo decir abiertamente que tengo más necesidad de éxito que de simpatía. Me parece que, en el campo, ambas especies han sido muy semejantes en la acción y en la omisión. Al sellar su fe con su sangre, Baker y otros republicanos hicieron todo lo que los hombres pueden hacer, pero nada más de lo que hicieron Stevens y otros, ninguno de los cuales era republicano y de los cuales muchos habían sido acusados ante mí como amigos de los rebeldes."

Tan embarazoso e intrincada fue durante toda la guerra la actitud de los jefes políticos, que hasta un colaborador tan adicto como Schurz tuvo que censurar al Presidente o, por lo menos, quejarse de él; y el reproche de sus más sinceros amigos debió amargarle doblemente. Pero nada podía separarle de sus amigos íntimos; un par de días después de esta carta acerba, llama a Schurz, le recibe a las siete de la mañana, junto al fuego, calzando sus gigantes zapatillas, y dándole un golpecito en las rodillas, le dice: "Y ahora, joven, dígame con toda franqueza si realmente me considera usted un infeliz tunante, como asegura su carta... ¿Le ha lastimado mi respuesta? No era mi intención herir sus sentimientos. Creo que realmente nos comprendemos uno a otro. Si es así, todo está bien." Luego, Lincoln le explica sus razones en la cuestión de los nuevos generales.

Por lo demás, la victoria no fue seguida por ningún avance hacia la capital enemiga, como Lincoln pedía en perentorios telegramas y como esperaba la nación entera. En vano había McClellan suministrado un fogoso caballo al Presidente cuando éste revistara las tropas.

Siendo un excelente jinete, esperaba desacreditar ante las tropas al desmañado campesino. Pero, cuando el general, rodeado de su brillante Estado Mayor, galopó a lo largo de las filas, acompañado por el redoblar de los tambores, el resonar de las trompetas y las salvas de los cañones, el Presidente, que no en vano había sido mozo de granja, soportó brillantemente la comparación, a pesar de tener que llevar en la mano su sombrero de copa.

Pero por aquel entonces el significado de las oscuras maquinaciones de McClellan se hacía ya más claro. Hallándose en la península, antes de la batalla de Antietam, había recibido al alcalde de Nueva York, enviado por el partido demócrata para ofrecerle la candidatura presidencial en las elecciones de 1864. A cambio de esto, McClellan sólo debía comprometerse a conducir la guerra de tal modo que concluyese con una reconciliación con el Sur. Después de meditar la propuesta, McClellan aceptó por escrito, pero anuló luego esta contestación por consejo de uno de sus generales. Cuando, después de la batalla, volvió el comprometedor visitante y logró conseguir la carta de aceptación, algunos generales que lo supieron y ya desde hacía tiempo apremiaban para el avance, renunciaron a sus puestos. Hasta dónde puede considerarse el proceder de McClellan, en plena guerra civil, como un caso de alta traición, no es cosa fácil de decir; pero, en todo caso, Lincoln decidió desembarazarse de su Napoleón si éste dejaba escapar a Lee de la ratonera, y declaró que McClellan, no quería en realidad perjudicar al enemigo. Por esta época, hubo de levantarse una madrugada a pasear con un viejo amigo, en espera de la salida del sol y el despertar de las tropas. Contemplando la escena y señalando con la mano, preguntó:

- ¿Qué es aquello?

- El ejército de Potomac.

- No, replicó Lincoln, no, es la guardia de corps del general McClellan.

Habían transcurrido ya cinco semanas y McClellan continuaba inactivo, alegando que los caballos estaban cansados; Lincoln le telegrafió lacónicamente: "Permítame preguntarle qué han hecho sus caballos desde la batalla de Antietam para estar cansados." Y más adelante: "La marcha del enemigo es un arco de círculo; la de usted, la cuerda. Yo me aproximaría lo más que pudiera e intentaría batirlo en Richmond. Si no intentamos nada, nunca tendremos éxito alguno." Después de esta ironía, termina su despacho diciendo: "Esta carta no es, en ningún sentido, una orden."

Pero, al mismo tiempo, le comunicaba por medio de Halleck la orden estricta de atacar. E inmediatamente después: "Le suplico una contestación directa a esta pregunta: ¿tiene usted intención de no entrar en acción hasta que las tropas recién reclutadas se hayan incorporado?"

Por fin, en noviembre, se decide Lincoln a una resolución tardía: destituye al demócrata McClellan y pone en su lugar a Burnside, un republicano, aunque en un momento poco propicio, pues entre tanto el enemigo había reforzado sus posiciones y en diciembre Burnside fue derrotado en Frederiksburg.

Para mayor complicación de Lincoln y de la situación del país, se presentó una crisis ministerial. En el Senado y en la Cámara se había desarrollado una fuerte oposición a la tibia política de Seward, oposición que había cristalizado en la decisión de algunos senadores de exigir a Lincoln la destitución de Seward, lo que movió a éste a presentar su dimisión. Al mismo tiempo, una cuestión personal con Seward había impulsado a Chase y Stanton a hablar de dimisión. Lincoln, abandonado por sus tres ministros más importantes, de los que, por lo menos, Chase y Stanton, le parecían insustituibles, toma el asunto en sus manos y lo conduce hábilmente a buen término. En efecto, cuando aparecen los nueve senadores para acusar a Seward, se encuentran, con gran asombro, frente a todo el Gabinete, con excepción de Seward, y se ven obligados a exponer sus quejas ante toda la asamblea. El mismo Chase se vio obligado entonces a defender a Seward, al que también defendió Lincoln.

Poco después envía a Welles a casa de Seward, para que le dijese que no presentase su renuncia, con encargo de regresar en seguida para informarle del resultado de la misión. Al mismo tiempo, manda buscar a Chase y a Stanton. Los adversarios se encuentran en casa del Presidente, donde no tarda en unírselas Welles.

- ¿Le ha visto usted? pregunta Lincoln, que se halla sentado junto a la chimenea y desea prontas noticias de Seward, sin nombrarlo delante de Chase.

- Sí, ha consentido.

Cuando Chase dice que tiene preparada su dimisión porque se le considera la causa de la crisis, brillan los ojos de Lincoln, que pregunta tranquilamente:

- ¿Dónde está su dimisión?

- Aquí está, la escribí esta mañana.

- ¡Démela usted! Y Lincoln estira su largo brazo. Chase titubea, quisiera retener la carta, pero Lincoln se la quita y la abre rápidamente, diciendo:

- Ésta es la solución del nudo gordiano.

Stanton, que se halla ante el fuego y no quiere quedarse atrás en esta lucha caballeresca, interviene:

- Le advierto a usted que desde anteayer tengo escrita mi dimisión. Considérela en sus manos.

- Vuélvase usted a su ministerio; no necesito su renuncia. Aquí está lo que necesito. Mi camino está ya despejado y el asunto concluido. No quiero retenerlos a ustedes más tiempo.

Pocos días después envió una carta duplicada a Seward y Chase: "Señores, me han presentado ustedes su dimisión. Estoy enterado de las circunstancias que los han obligado a dar este paso, pero, después de una minuciosa reflexión, juzgo que el interés público no me permite admitirlas. Por lo tanto, les suplico asuman de nuevo los deberes de sus respectivos ministerios. Su adicto..."

¡Un labriego, sí, y un leñador, también, realmente un abogado; pero, ante todo, un hombre que conoce el corazón humano y sus debilidades! De este modo, Lincoln fue capaz de resolver aquella peligrosa crisis como lo hubiera hecho Talleyrand o cualquiera de aquellos diplomáticos del viejo mundo, cuyo modo de ser y obrar le eran extraños y antipáticos.

Gradualmente, el desengaño fue haciendo a Lincoln más severo en cuestiones de disciplina. Un día que un joven brigadier fue hecho prisionero, por ligereza, con un escuadrón de caballería a su mando, Lincoln dijo: "¡Lástima que perdamos caballos! Todos los días podemos hacer un brigadier, pero los caballos le cuestan al Gobierno ciento veinticinco dólares por cabeza." A un oficial del Oeste: "No es posible que haya usted reflexionado seriamente cuando pide usted que ordene a las tropas del general Morgan retirarse a Kentucky, como recompensa por su avance desde Cumberland Gap. El precedente establecido relajaría todo nuestro ejército... Muy de buena gana desearía que la guerra fuese cosa más sencilla y agradable de lo que es; pero, desgraciadamente, no permite vacilaciones." Cuando cierto comandante fuera acusado de haber dicho que se debía extenuar a ambos ejércitos, para concluir luego un tratado manteniendo la esclavitud, escribió en el informe, a pesar de que en él se calificase de leal al oficial: "Según mi modo de ver, es inadmisibles en un militar la expresión de tales sentimientos. Retire usted inmediatamente al comandante del servicio de los Estados Unidos." Pero cuando negó su perdón a un

tratante de esclavos, convicto, y firmó la sentencia de muerte, seguramente su corazón no sufría menos que el del condenado.

Por otra parte, sus simpatías innatas se inclinaban hacia los negros, lo mismo que hacia los indios. En la lucha de razas, como en la de clases, Lincoln quería abrazar siempre la causa del débil, pudiendo por ello considerársele, no obstante su escepticismo, mejor cristiano que muchos que van regularmente a la iglesia. Cuando se quiso ejecutar a trescientos indios que habían participado en una rebelión en Minnesota, exigió un informe detallado: "Si el expediente no indica con toda claridad la mayor o menor culpabilidad e influencia de los acusados, sírvase hacerme una cuidadosa exposición de estos puntos y enviármela"; y tres semanas después pide al Presidente del Supremo una opinión jurídica, "por si, caso de que resuelva ejecutar sólo a una parte de ellos, debo designarla yo mismo, o puedo confiar la designación a algún funcionario de allá".

Más tarde, habiendo sido examinado el asunto por el Senado, escribe a este cuerpo: "Deseando no obrar con demasiada clemencia, para no estimular con ello nuevas rebeliones, y no tan rígidamente que la justicia se convierta en crueldad, he examinado cuidadosamente los expedientes, a fin de no condenar sino a aquellos culpables de violación de mujeres. Contra lo que podía esperarse, sólo se han dado dos casos de éstos." Finalmente, fueron ejecutados treinta y nueve de los culpables. Cuando el joven Lincoln luchó contra los indios, no sólo no mató a ninguno, sino que salvó a uno; ahora, el viejo Lincoln, como jefe supremo, salva a doscientos sesenta y un indios, y seguramente aquel día fue más feliz que aquel otro en que se le obligó a firmar la sentencia de muerte del comerciante de esclavos.

Cuando el Congreso se reunió en diciembre, la incesante lucha personal del Presidente en dos frentes, la proximidad de la fecha fijada para poner en práctica la emancipación, el variable y casi siempre desfavorable curso de la guerra, el escepticismo de los amigos y la burla descarada del enemigo sobre los efectos de la proclama, lo desanimaron y abrumaron. Un antiguo conocido, que no le había visto desde hacía seis años, se asombra de su aspecto. "El cambio... era sencillamente aterrador. Sus patillas habían crecido y daban a su rostro un aspecto cadavérico... La luz parecía haber huido de sus ojos, que se sumían profundamente bajo unas

cejas enormes... Todo su rostro estaba impregnado de amargura y sus ojos miraban a lo lejos... Era imposible reconocer en él al Lincoln de antaño..."

Pero el tiempo apremia y, mientras la lucha se paraliza, aquel año tumultuoso toca a su fin. Muchos son los que declaran que Lincoln no se atreverá a poner en vigor la proclama. Entre tanto, él prepara los detalles de su ejecución. Pequeños territorios del Sur, que no habían hecho causa común con los separatistas, fueron exceptuados, de modo que el conjunto todavía daba mayor impresión de una medida punitiva. Al mismo tiempo, se ocupa en nuevas dificultades, cuida y piensa en los esclavos que se habían de libertar; cómo se podrían incorporar al ejército, cómo se podría lograr que los oficiales no los tratasen peor que a los blancos. Se preocupa por la nigua que corroía los pies y las uñas de los negros de Haití, y busca remedio contra ella. Un predicador negro, a quien llamara para hacerle varias preguntas, salió en una especie de éxtasis: "Me ha tratado como a un hombre; ni un momento me ha dejado sentir que mi piel tenía otro color que la suya."

Como es lógico, Lincoln veía perfectamente el carácter paradójico de la proclama. Y debieron de ser muy amargos para él los comentarios irónicos de la Prensa inglesa, que hacían notar que Lincoln abolía la esclavitud en los Estados en que su palabra no tenía valor ninguno, en tanto que la dejaba subsistir en donde realmente mandaba. Nadie mejor que él, que tanto había dudado, sabía sus peligros. Con la más expresiva de sus sonrisas, decía: "Somos los cazadores de ballenas que han conseguido hincar el arpón en el cuerpo del monstruo; pero ahora hemos de estar atentos al timón, pues, de no hacerlo así, nos expondríamos a que un coletazo nos enviara a la eternidad."

A pesar de haber determinado alistar a los negros libertados en un ejército creado para libertar a los negros, a pesar de verse obligado a mezclar fines y medios de la manera más extraña posible, pareciendo libertar a una comunidad de hombres para enviarlos luego a morir en la lucha, aún pudo, en una frase maravillosamente adecuada y conmovedora, condensar lo patético de la situación. Después de la victoria, habría "algunos hombres negros que recordarán más tarde cómo, con lengua silenciosa, dientes apretados, ojo certero y bayoneta buida, han ayudado a este gran logro de la humanidad".

Y, no obstante, el sarcasmo estaba siempre a su lado, mirándole por encima del hombro. Cuando un clérigo, un doctor en teología, llega hasta él desde Nueva York para preguntarle con gran solemnidad si está decidido a poner en vigor la proclama en la fecha anunciada, Lincoln le contesta, con fulgor en la mirada: "Usted, doctor, sabe perfectamente lo que San Pedro quería hacer y, llegado el tiempo, no hizo."

Y poco después: "Dios ha permitido a los hombres que hagan esclavos a sus semejantes. Permite esta guerra. Nosotros, por nuestra parte, le pedimos que nos dé la victoria porque creemos que el Derecho está con nosotros; pero también nuestros contrarios imploran lo mismo y creen lo mismo. ¿Qué pensará Él de nosotros?... Recuerdo una historia que leí en uno de mis primeros libros, las Fábulas de Esopo. Era una vieja edición con curiosos y toscos grabados en madera, uno de los cuales representaba a cuatro hombres blancos que fregaban a un negro en una caldera con ceniza y agua caliente, creyendo que éste sería el medio más seguro para volverlo blanco" Cuando por fin cesaron en su fregoteo, el negro se resfrió y murió. También ahora me temo que, cuando hayamos acabado la guerra, el negro esté ya frío y muerto."

Tan escéptico era el mismo Lincoln que acaba de mostrarse tan patético, y que, cuando llegó el día de Año Nuevo, hubo de sentir tan hondamente la trascendencia de su firma. Su proclama, que sólo era un marco en torno de la de septiembre, decía:

"Conforme a la proclama... yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados Unidos, notifico públicamente, en virtud del poder que como jefe supremo del Ejército y la Marina de los Estados Unidos se me ha conferido durante la actual rebelión armada contra la autoridad y el Gobierno de los Estados Unidos, y como necesaria medida de guerra para sofocar dicha sublevación, hoy, 1° de enero del año 1863... designo como Estados y partes de Estados... en rebelión... (sigue la lista de ellos) "... que todas las personas tenidas como esclavos en los citados Estados o partes de estos Estados, son libres y lo serán en adelante; y que el Gobierno ejecutivo de los Estados Unidos, incluyendo las autoridades militares y navales, reconocerán y mantendrán la libertad de dichas personas.

"Las personas declaradas aquí libres deberán abstenerse de toda violencia, como no sea en caso de defensa obligada, y les recomiendo trabajen, en todos los casos permitidos, fielmente y por un salario razonable.

"Declaro además, y hago público, que aquellos que sean de conducta irreprochable serán admitidos en el servicio militar de los Estados Unidos, para guarnición de fuertes, posiciones, estaciones y otros sitios, y en los navíos de la Armada para toda clase de servicios.

"Y para esta ley, sinceramente considerada como un pacto de justicia y garantizada por la Constitución como necesidad militar, invoco el recto juicio de la humanidad y la gracia de Dios Todopoderoso.

"Para refrendar la cual, pongo abajo mi firma y el sello de los Estados Unidos.

"Dada en la ciudad de Washington, el 1° de enero del año de gracia de 1863, a los 87 años de la independencia de los Estados Unidos de América."

Cuando Lincoln hubo leído a su Gabinete este documento, redactado por él mismo, con la sola excepción del último párrafo, sólo se hicieron pequeñas objeciones, entre ellas una de Chase, que dijo que en una ocasión semejante debía citarse el nombre de Dios.

"Sí, he olvidado eso", asintió Lincoln, añadiendo el párrafo. Aquella noche, en la madrugada de Año Nuevo, volvió a copiar cuidadosamente el documento. Estaba tan excitado, que escribió al general Halleck, general en jefe, una áspera nota referente a las querellas entre los jefes militares. "Si usted no me ayuda en una situación tan difícil, me falla precisamente en el momento en que necesito su ayuda... Su destreza militar me es inútil si no quiere usted hacer esto." Pero, cuando Halleck protesta, Lincoln anula su carta el mismo día, anotándola con estas espléndidas palabras: "Retirada por haber sido encontrada demasiado áspera por el general Halleck."

Tuvo que abandonar su escritorio, pues centenares de personas se agolpaban frente a la Casa Blanca para desearle un feliz Año Nuevo. Hasta el mediodía no pudo volver a su despacho, diciendo al hijo de Seward, que esperaba la firma, al tiempo que mojaba la pluma:

"Nunca en mi vida me he sentido tan seguro como ahora, al firmar este papel. Pero he dado la mano tantas veces a la gente, que tengo el brazo entumecido. Esta firma

será seguramente observada con toda atención y, si se ve que mi mano temblaba, se dirá que vacilé al hacerlo. Pero, sea como sea, voy a hacerlo.”

Así, todavía en el último momento, hubo de aliarse su escepticismo de labriego socarrón con la convicción de su misión histórica; pero sabía que aquél era pasajero y ésta eterna. Previó que de esta medida de guerra se originaría una fórmula general, nueva, de igualdad, como un complemento al pensamiento fundamental de los padres de la patria. Sintió que este rasgo de pluma daba la libertad al último hombre inocentemente avasallado, que rompía las cadenas que ataban los pies de todos los negros que sufrían como aquella joven mulata que viera hacía años en un mercado de esclavos del Sur y, lenta y firmemente, escribió al pie de la proclama: A. Lincoln.

Capítulo 5

EL PADRE

Aquel día de noviembre de 1860, cuando el país entero, grandemente agitado, votaba en pro o en contra de Lincoln, un individuo delgaducho, de mediana estatura, y de unos cuarenta años, de pie tras el mostrador de una tienda establecida en una pequeña ciudad de Illinois, vendía suelas y cueros a guarnicioneros y zapateros remendones, a quienes, al parecer, no inquietaban las elecciones, como quizá tampoco al vendedor, que, por no llevar aún bastante tiempo en el pueblo, no tenía derecho a votar. La casa y el negocio pertenecían a su padre y hermano, con los que acababa de reunirse, después de haber rodado sin rumbo por espacio de seis años, durante los cuales procuró, aunque sin conseguirlo las más veces, ganar de cualquier modo su sustento y el de su mujer y sus cuatro hijos.

Cuando tenía veinte años, lo pasaba mejor. Entonces, siendo teniente y, más tarde, capitán, se avenía perfectamente a su situación, tanto en tiempo de guerra como de paz, llevándose muy bien con la mayoría de sus jefes que no se avergonzaban de alternar con él, cosa que sin duda contribuyó a que fuera dando al olvido los desaires de que le hicieron objeto, allá en West Point, sus camaradas de la nobleza, al hijo del curtidor. Soldado entusiasta no lo fue nunca, pero sí hombre animoso, pues ya cuando era un chiquillo de ocho años ayudaba a su padre en la granja, montando un caballo con gran soltura y destreza.

Más tarde, en la academia, y luego en la guerra de Méjico, se hizo famoso por su maestría en la equitación.

Pero para disparar, matar y vencer carecía de ánimos.

Una gran repugnancia por las armas de fuego, unida a un vivo amor por los animales, mantenían su corazón alejado del oficio de la guerra: esto, y un temor casi femenino que sintió toda su vida a presentarse desnudo ante nadie, unido a unas manos demasiado finas para los menesteres guerreros, le habían valido el apodo de "el Bonito".

Hablando en general, ninguna actividad lo atraía. Su fe en Dios, herencia quizá de su madre, que fuera una piadosa metodista, le llevaba a confiar más en la suerte que en el Destino. Puede decirse que comenzó su vida careciendo hasta de nombre, pues

sus padres no lo bautizaron sino seis semanas después de haber nacido, y para ello anduvieron sorteando y barajando nombres, hasta que dieron con los un tanto estrambóticos de Ulises e Hiram. Cuando después, a los diecisiete años, un protector lo matriculara en West Point como Ulises Sansón, el mozo aceptó sin protesta la modificación y su salomónico patronímico quedó transformado Para siempre. Este hombre pacífico, de vida solitaria y despreocupada, en el fondo tampoco amaba a las mujeres y convivía fríamente con la suya, hija de un tratante de esclavos, bizca y fea.

Su única debilidad era la bebida. Quizá comenzara esta inclinación a los veintiocho años, siendo sargento furriel en la guerra de Méjico; ignorándose las circunstancias que pudieran llevarle a este vicio, el único del que nunca pudo librarse, aunque, en cierta ocasión, fundara una sociedad de temperancia. Y tanto aumentó su pasión por la bebida que, a la edad de treinta y dos años y ostentando ya el grado de capitán, se vio obligado a abandonar el servicio, a pesar de que en todo lo demás cumplía como el primero. Con el dinero que le prestó un camarada, emprendió el viaje de regreso a su casa, y en vano escribió su padre al ministro de la Guerra implorando clemencia para su hijo. Es de presumir que, diez años más tarde, aquel jefe, que se llamaba Jefferson Davis, había de arrepentirse de su negativa, ya que con este simple acto de indulgencia pudo haberse atraído al hombre que, tal como se urdieron los acontecimientos, hubo de escoger el Destino para el aplastamiento de la Confederación del Sur,

Lo cierto es que, en los años siguientes, el desdichado ex oficial, fuera de su centro y entregado por completo a la bebida, probó fortuna por todos los medios imaginables, sin llegar a alcanzar nada. Se hizo granjero, y tuvo que dejarlo; e igualmente se vio obligado a abandonar un negocio de leña que iniciara en las cercanías de San Luis; sucesivamente, trató de ser corredor de fincas, ingeniero rural, cobrador de deudas atrasadas, etc., sin hallar arraigo en ninguna parte. Por fin, había fondeado en el hogar paterno y, a no ser por un extraño cambio de fortuna, allí se habría quedado ya para siempre, totalmente ignorado, pese a sus dos maravillosos nombres.

Mas he aquí que la guerra hubo de forjarle aún otro nombre. Pocos días después del primer llamamiento a filas de Lincoln, tenía el ex oficial formada una compañía de

voluntarios y salía con ella hacia Springfield, a fin de que fuese incorporada al ejército. Pero, por el camino, entregó el mando de su tropa a un capitán a quien él mismo había enseñado la instrucción tiempo atrás y, vestido de paisano, con un maletín en la diestra y la pipa en la boca, siguió marchando tras sus voluntarios, como uno de ellos. Éste era Grant, que, al primer signo, se apresuró a responder al llamamiento de su bandera, atraído por la antigua melodía de las cornetas, pero sin el menor estímulo de ambición ni el más leve espíritu de exhibicionismo. Su modesta entrada en Springfield, el mismo día en que cumple cuarenta años, nos hace recordar a otro hombre que, no obstante ser ya Presidente, había cruzado aquellas mismas calles algunas semanas antes tan poco aparatosamente y tan mal vestido como él. Aunque fuerza es confesar que la reputación de Grant no era tan buena como la del otro y que esto hizo tropezara con grandes dificultades para conseguir volver al servicio, teniendo hasta que pedir prestado a un comerciante el dinero necesario para el uniforme y el caballo. Tales fueron las circunstancias, por demás grotescas, en que este hombre entró en la guerra, cuya solución había de llegar a estar en sus manos.

Desde este momento, desplegando todas sus buenas cualidades y gracias a su seriedad y experiencia, se hizo indispensable, ascendiendo tan rápidamente, que, al cabo de dos meses, tenía a sus órdenes más de mil voluntarios y, poco tiempo después, se hallaba al frente de la región Sudeste del Missouri y comarcas limítrofes. En aquella época, la escasez de oficiales permitía a todo hombre capaz escalar con gran rapidez los más elevados puestos, y Grant tenía en este sentido mayores probabilidades que ninguno. Su primer éxito fue la ocupación de la pequeña ciudad de Paducah, no como hazaña militar, sino por la publicación de un documento, que dio a conocer a sus posibles lectores el tono sencillo, pero firme, de uno de los nuevos generales. Uno de estos lectores, Lincoln, reconoció inmediatamente las más raras cualidades en el hombre que había redactado la siguiente proclama, dirigida a los habitantes de una población conquistada:

"Estoy aquí para defendemos contra el enemigo y sostener la autoridad y libertad de vuestro Gobierno. No tengo nada que ver con ideas ni opiniones; sólo me ocuparé de la rebelión y de los que la apoyan. Ocupaos de vuestros asuntos y negocios como siempre y no temáis nada. El vigoroso brazo del Gobierno está aquí para proteger a

sus partidarios y castigar al enemigo. Tan pronto como se demuestre que os halléis en estado de defendernos vosotros mismos, de afianzar el poder del Gobierno y de amparar los derechos de los ciudadanos, retiraré mis tropas."

El tono y la conducta de este hombre hicieron tal efecto en el Parlamento de Kentucky, que el Estado resolvió adherirse a la Unión y Lincoln dijo:

"Un hombre que sabe escribir así, me parece indicado para mandar en el Oeste."

Poco tiempo después volvió a ocuparse el país de este nuevo hombre, con ocasión de la toma del importante fuerte Donelson. Cuando el general enemigo le rogó que le diera a conocer sus condiciones, Grant le contestó, en una nota escrita de su propio puño y letra: "Mis únicas condiciones son la rendición incondicional." Esto impuso respeto a aquellas gentes, y el pueblo, haciendo un juego de palabras con las iniciales de su nombre, empezó a llamarlo Unconditional Surrender Grant^{xi}. En doce meses, el aprendiz de curtidor, que en todas partes fracasara, se convirtió en un general de división que tenía en su haber la victoria más importante del año. A pesar de las insistentes quejas de los jefes de Grant que quizá bebía, de vez en cuando, como antes, Lincoln, que no le conocía, personalmente, siguió dispensándole toda su confianza y lo nombró general en jefe de Tennessee, empezando a llover contra él las quejas de Halleck, de una porción de miembros del Congreso y de la Prensa, de todo lo cual estaba enterado, sin que al parecer le importase un bledo. Tan sólo una vez, que escribiera a su jefe dándole una dura respuesta, creyó que lo mandarían prender; pero éste, en contra de la opinión general, contestó que se guardase silencio sobre el asunto. Por otra parte, aunque desde el Cuartel General se daban órdenes a sus subordinados, prescindiendo de él, y aunque los mismos que tenía bajo su mando obraban independientemente, por su propia cuenta, jamás salió de sus labios una queja contra Halleck. Este silencio, su neutralidad política y su sencillez, que le hacía huir de todo cuanto significase exhibición teatral, robustecieron la general opinión de que era un oficial del montón que, por casualidad, había tenido dos éxitos. Un oficial que entraba en batalla llevando un abrigo de paisano, y que nunca usaba guantes, debía causar entre generales que, en su mayoría, se distinguían por su fastuosa ostentación, tan extraño efecto como el Presidente, con sus arrugados pantalones, al lado de los elegantes diplomáticos, Pero justamente estos rasgos eran los que seducían al

Presidente, quien, en respuesta a todos los ataques, decía: "Dejémosle aún un poco más, a ver qué hace."

Lincoln y Grant, que habían crecido en circunstancias muy semejantes, tuvieron desde muy jóvenes que poner a contribución sus fuerzas corporales, pues si aquél, a los dieciséis años, talaba ya corpulentos árboles, éste, cuando no contaba más de diez, tenía que ir con el carro a la ciudad, distante más de cuarenta millas. Pero ambos confiaban menos en su vigor que en su natural inteligencia, que se desarrollaba más en la pobreza y la soledad, y su innata sencillez era tanta, que Grant no la perdió nunca, ni aun en medio del ambiente de presunción de la Academia Militar. Refractarios ambos a toda ostentación, sin sistema ni plan de vida e igualmente tímidos ante las mujeres, fueron juguete de la fatalidad y de los acontecimientos en grado muy superior a la mayoría de sus camaradas. No obstante haber sido llevados por el azar a puestos que, lógicamente, habían debido imbuirles cierta pomposidad, jamás se apartaron de la sencillez que su razón les dictaba y, en medio de aquel torbellino de cuestiones políticas y asuntos de guerra, sus resoluciones fueron, en su mayor parte, simples y concisas, como lo fuera el estilo claro y viril de sus proclamas.

Pero Lincoln era comedido en todo, en tanto que Grant flaqueaba en lo tocante a templanza. Cuando, por efecto de su modo de ser, más que retraído, pasivo, se hallaba bajo la influencia del alcohol, se ponía claramente de manifiesto que no era un carácter equilibrado como Lincoln, y esto le perjudicaba, no sólo en su salud, sino en su buen nombre y consideración, pese a todos sus méritos. En Lincoln, que superaba a Grant en cultura, en fuerza intelectual y profundidad filosófica, el exceso de energías intactas se manifestaba en una preeminencia espiritual que, sacándolo de la oscuridad, hacía imperioso su reconocimiento. Pero es que, además, en Lincoln actuaba como fuerza directriz la imaginación, que a Grant le faltaba y que proporcionara a aquél los medios infalibles para el exacto conocimiento de sus semejantes. Ésta fue la causa de que Grant sólo pudiera apreciar a Lincoln lentamente y después de haber tenido algún trato personal con él, en tanto que Lincoln fue capaz de discernir desde lejos las capacidades de Grant, distinguiéndolo, en el año decisivo que comenzaba, entre todos los demás generales.

Sin la imaginación y el certero juicio de Lincoln, Grant no hubiese podido alcanzar la victoria ni convertirse en un héroe popular.

Hasta principios del tercer año de guerra, en abril del 63, no comenzó el nuevo general en jefe su marcha decisiva sobre Vicksburg. Si la guerra hubiera sido solamente un duelo entre ambos contendientes, es posible que el Sur no hubiese sido derrotado, o, por lo menos, que se hubiesen necesitado varios años para reducir el número de sus soldados, aprovechando la superioridad numérica del Norte. El factor decisivo fue el bloqueo, que impedía al Sur toda importación de primeras materias y armas de Europa, así como la exportación de sus propios productos, pues no tardó el Sur en tener sólo dos o tres puertos por los que, a despecho de la vigilancia del Norte, se hacía un reducido comercio.

Mientras el Misisipi estuvo libre, dispuso el Sur de un camino por donde recibir de Europa, a través de Tejas y Méjico, lino y cereales. Era, pues, de la mayor importancia desposeer al enemigo de Vicksburg de su principal arsenal y punto de salida.

De nuevo, como cuando la conquista de Nueva Orleans, hubo que luchar por tierras y por agua con el auxilio de lanchas camioneras, que operaban en el río. Grant se atrevió a cortar sus propias comunicaciones con el Norte y, como Napoleón en su primera campaña de Italia, derrotó sucesivamente a dos ejércitos enemigos en varias batallas, cercó la ciudad, la sitió por hambre, la bombardeó furiosamente y obligó a rendirse, el día aniversario de la independencia, a 30.000 hombres. Cuando, poco después, capituló también el fuerte Hudson y, tras dos años de tráfico suspendido, zarpó de San Luis el primer buque para Nueva Orleans, escribió Lincoln, con una poética imagen: "Los signos parecen más favorables. El padre de las aguas torna invicto al mar."

Por aquellos mismos días, otro general del Norte obligó con mano fuerte a la fortuna a ponerse de su parte. Hooker, que desde enero venía reemplazando al vencido Burnside, había avanzado demasiado impetuosamente y en mayo sufrió una seria derrota en Chancellorsville, permitiendo a Lee intentar un tercero y último asalto en tierra enemiga. El jefe sudista se abrió camino a través de Maryland y avanzó hasta

la frontera de Pennsylvania. Cundió el pánico, y el pueblo pidió clamorosamente la reintegración de McClellan, pero Lincoln, profundamente afectado por el fracaso de Hooker, nombró a Meade, dómine rígido y pedantesco, dotado con todas las virtudes del especialista correspondientes a tales características.

Cuando el nuevo general estuvo frente a Lee se dieron cuenta ambos, y se dio cuenta el mundo entero, de que la suerte de la guerra se hallaba en la balanza, pues una segunda victoria del Sur en aquel lugar y en aquel momento habría llevado a Europa a reconocer la independencia del Sur y hubiera asegurado un éxito político a los demócratas del Norte, cansados ya de la guerra.

Pero, al tercer día de combate, y al mismo tiempo que Grant tomaba a Vicksburg, Meade derrotaba a Lee en Gettysburg. Estas dos victorias, logradas a principios de julio del 63, decidieron realmente el resultado de la guerra, que, de haberse continuado sin interrupción, pudo terminar entonces. El territorio del Norte estaba libre de tropas enemigas, su capital no corría ya peligro alguno, el Sur se hallaba reducido a la costa del Atlántico, el bloqueo se había hecho efectivo y Jackson había caído en Chancellorsville. Si el Sur pudo prolongar la guerra durante casi dos años más, debióse a la debilidad e indecisión del Norte, con lo que Lee conquistó nombre y fama.

Una vez que hubo descubierto a Grant, Lincoln dejó de ocuparse de los planes y mapas de guerra. No por amor a la autocracia ni por presunción, sino por necesidad y por distraer su soledad, se había ocupado de estrategia, acompañando siempre sus proposiciones militares con estas palabras: "Esto no es una orden." Con los conocimientos prácticos que, a última hora, demostró poseer, pudo haber dado otro curso a los acontecimientos. A Hooker, por ejemplo, le advirtió del peligro que corría al cruzar el río, diciéndole: "Podría sucederle como a un buey que, al saltar un cercado, queda preso en medio del mismo y expuesto al ataque de los perros por delante y por detrás, sin posibilidad de embestir en una dirección ni coclear en la otra." Y, más adelante: "Si la cabeza del ejército de Lee está en Martinsburg y la cola en el camino de Fredericksburg a Chancellorsville, es seguro que el animal ha de ser muy delgado por alguna parte. ¿No podría usted cortarlo?" Pero el orgulloso general se burló de estas magníficas imágenes. La crítica, sin embargo, reconoció

después lo acertado que fue el golpe de vista del dilettante y lo errado que anduvo el técnico.

Por lo demás, Lincoln sólo se equivocó respecto a las capacidades de Hooker, pero no sobre su carácter, que contribuía grandemente a mermárselas. Esto lo demuestra el hecho de que, cuando lo colocara a la cabeza del ejército de Potomac, le escribió una carta tan intensamente escéptica, que más parecía dirigida a un general dimisionario que a uno recién posesionado del mando:

"Debo decirle, en su propio interés, que hay ciertas cosas con respecto a las cuales no estoy muy satisfecho de usted. Creo que es usted un soldado valiente y diestro, de lo cual, como es lógico, me alegro. Creo también que nunca confundirá usted su profesión con los asuntos políticos, en lo que hará muy bien. Tiene usted confianza en sí mismo, cualidad muy valiosa, si no esencial. Es usted ambicioso, lo que, hasta ciertos límites razonables, es de más provecho que daño. Pero creo también que, mientras duró el mando del general Burnside, se dejó usted llevar demasiado de esa ambición y contrarrestó, siempre que pudo, la labor de su jefe, infiriendo con ello un grave daño al país y faltando al más honrado y meritorio de los compañeros.

"Según me he enterado, por conductos fidedignos, dijo usted entonces que el ejército y el Gobierno necesitaban un dictador. Y claro está que no fue por ello, sino a pesar de ello, por lo que le confié a usted el mando. Mas tenga presente que los únicos que pueden instituir dictadores son los generales victoriosos. Así, lo que le pido ahora es una victoria militar, que ya me atreveré yo después a lo de la dictadura... Mucho me temo que el espíritu de crítica y de poca confianza que infundió usted en el ejército se vuelva ahora contra usted mismo. Yo le ayudaré, con todas mis fuerzas, a corregir ese error, pues ni usted ni Napoleón, si viviera, podrían conseguir nada bueno de un ejército en el que prevaleciese ese espíritu. Y ahora guárdese de cualquier precipitación; avance con energía y cautela y... triunfe en toda la línea."

Ése es el nuevo tono de Lincoln, tono que se volverá a encontrar en su trato con generales, funcionarios públicos, soldados y solicitantes. Ya no es el tono de quien está aprendiendo y tiene que preguntarlo todo; es el tono de un hombre de experiencia que va haciéndose viejo; es el tono de un padre. En este caso es severo porque se trata de un hombre que, a pesar de sus debilidades, ha sido colocado en

una posición preeminente. Pero, no obstante, a través de ese tono duro y viril, suenan los cascabeles de plata del humorismo, mostrando una ironía meditada, característica de quien conoce a fondo al género humano y, a pesar de todas las decepciones, sigue siendo amigo de sus semejantes.

Sin embargo, con cada una de sus fibras, Lincoln permanece en contacto con todas las alternativas de la guerra. Cuando, un par de meses después de esta carta, fue derrotado Hooker, la impresión y el abatimiento del Presidente al recibir la noticia fueron enormes. Un testigo de aquel momento dice: "A eso de las tres, entró con un despacho en la mano. Nunca olvidaré la desesperación que se pintaba en aquel rostro, no ya de color amarillento, como de costumbre, sino gris ceniza, como el papel que decoraba las paredes. "¡Lea esto! me dijo. Noticias del ejército." Efectivamente, las tropas habían tenido que evacuar la parte sur del río, volviendo a ocupar las anteriores posiciones. El aspecto del Presidente, mientras yo leía en voz alta aquellas malas nuevas, era lamentable, punto menos que espectral. Con las manos a la espalda, midiendo a grandes pasos la habitación, exclamó: "¡Qué dirá el país, Dios mío! " De repente, deteniéndose en seco, dio orden de que preparasen inmediatamente un barco, para ir él, en persona, con Halleck, hacia el lugar donde debía hallarse a la sazón el ejército.

Cuando, poco tiempo después, se elevó Meade a consecuencia de su gran victoria, pudo advertirse toda la mesura del Presidente en el tono con que le escribe preguntándole si le sería grato que diese a su desgraciado antecesor, Hooker, un puesto a sus órdenes: "Dígamelo con toda franqueza, en la seguridad de que no habré de causarle la menor molestia comunicando a nadie, en todo o en parte, el contenido de su carta. Quisiera conocer sus deseos antes de tomar ninguna determinación. No fuerce usted lo más mínimo su propio sentir o su criterio por serme grato."

No obstante, el único que inspiraba plena confianza a Lincoln entre aquellos jefes militares era Grant. Al principio había pedido informes confidenciales acerca de él, pero no había tardado en declarar a sus adversarios: "No puedo prescindir de ese hombre, que sabe lo que es la guerra." Y cuando le hablaban de su pasión por la bebida, en la seguridad de que esto había de desagradar a Lincoln, éste les recordaba la contestación de Jorge II ante una acusación semejante contra su

general Wolfe: "Decidme la marca de su whisky para enviar unas cuantas barricas a algunos de mis otros generales."

A raíz de la conquista de Vicksburg, recibió Grant esta carta: "No recuerdo que nos hayamos encontrado nunca personalmente, mi querido general. Pero no quiero dejar de escribirle estas líneas para expresarle mi agradecimiento por el inestimable servicio que ha hecho usted al país. Aprovecho, además, la ocasión para decirle lo siguiente: Cuando llegó usted a las cercanías de Vicksburg, pensé que atacaría usted por retaguardia, y al ver que no lo hizo así, temí que la expedición fracasara... Más tarde, al dirigirse usted hacia el Norte, volví a pensar que cometía usted otro error... Así, deseo confesarle que era usted el que tenía razón, y yo el que estaba equivocado. Suyo afectísimo, A. Lincoln."

Uno de los grandes momentos de Lincoln: nadie sabía lo que había pensado, ni cuáles fueran sus dudas; nadie le pedía que reconociese su error y, menos que ninguno, el general victorioso. Pero en su fuero interno, él sentía el peso de una deuda moral que saldar, considerando sus dudas acerca del buen criterio militar de Grant como un agravio que hubiese inferido a éste. Al ver ahora su brillante actuación, siente que debe quitarse ese peso de encima, y como solamente puede hacerlo mediante una confesión, aunque nadie se la exija y ella pueda perjudicar a su crédito, si es malignamente interpretada, no vacila en hacerlo así. Sin embargo, su naturaleza de poeta le hace intuir certeramente los caracteres y sabe con quién puede aventurar, sin peligro, una confesión de ese género.

En esta gradación y matizado de tonos demostró Lincoln una vez más aquel profundo conocimiento del corazón humano, al que sólo ponía alguna vez en falta su natural propensión a la bondad.

Estando de acuerdo con la opinión pública, nada hay que pueda salir mal; sin ella, nada puede tener éxito. Así, el que consigue tal armonía, hace más que el que redacta leyes o dicta disposiciones, pues hace que estas leyes y disposiciones puedan o no ser aplicadas. Con esta idea fundamental, genuinamente norteamericana, en la cual el hombre de los bosques reconoce su dependencia del hombre de la calle, revela Lincoln la fuente de sus más arduos combates. Pues

cuanto más disminuían en el campo de batalla las rivalidades entre los generales, y cuanto más se obviaban las dificultades en las altas esferas políticas, tanto más arreciaban y se envenenaban los antagonismos en el interior del país. La guerra, con su apariencia de no deber terminarse nunca, hacía que no sólo los demócratas, sino también los radicales, clamasen por su fin, los primeros esperando conseguir una transacción general, y los segundos una más enérgica prosecución de la lucha. La ley marcial y el reclutamiento fueron aquí como en las demás guerras los puntos principales en torno de los cuales hubo de concentrarse la oposición al Gobierno.

La amplitud que Lincoln dio a sus atribuciones de jefe supremo tenía forzosamente que provocar más antagonismos en Norteamérica que en los Estados militaristas de Europa, y el hecho de pedir a un gran jurisconsulto su opinión sobre el origen de un precedente de la época de la Revolución que redundaba en su favor, demuestra cierta incertidumbre en la práctica de tales cuestiones. ¿Es lícito que en el interior del país, los tribunales militares condenen a un ciudadano por razones políticas y, en este caso, qué clase de declaraciones podrían justificar dicha condena? Ésta era una de las cuestiones políticas. La otra era: ¿Qué se entiende por "necesidades de la guerra" y qué puede ser considerado como actividad sospechosa en el caso de un partido político? Lincoln consiguió que el Congreso le aprobase una ley de inmunidad y una mayor amplitud de las facultades que, según una antigua ley, le permitían, en caso de enfermedad o muerte, el nombramiento de ciertos funcionarios. Pero tampoco en esto decidieron las leyes, sino la costumbre, a la que, en esta segunda mitad de la guerra, recurrió Lincoln cada vez con más frecuencia. Así, el mismo hombre que indultara a cientos de soldados condenados por faltas aisladas, no vaciló en meter en la cárcel a cientos de paisanos por agitación y propaganda contra la guerra. Ello, por otra parte, no impidió que se le atacara lo mismo por una actitud que por la otra; en el primer caso, era un débil; en el segundo, un tirano.

Pero las quejas contra el tirano fueron más estrepitosas, pues los casos de prisión por causas políticas se hicieron más frecuentes y las víctimas eran más conocidas en el país. Especialmente, hacia el fin de la guerra, Seward y Stanton crearon una especie de cartas de identidad para anular a espías, agentes provocadores y derrotistas. Aunque opuesto por temperamento a estas medidas, el Presidente no tuvo más remedio que aprobarlas si quería acabar con una guerra contra la cual

protestaba abiertamente medio país. Y no solamente el país, sino hasta el mismo enemigo, pudo oír como un diputado declaraba, desde los escaños del Congreso, que sus simpatías estaban con el Sur y que bajo el nombre del Presidente Lincoln reinaba un espíritu d.- soberbia, cuyos hijos eran la violencia y el asesinato. Y añadía: "Yo creo, como todos ustedes creen también desde hace tiempo en lo íntimo de sus corazones, que el Sur no podrá nunca ser vencido ¡nunca!"

Este orador se llamaba Vallandigham y, aunque perdió su puesto en el acto, aún fue lo bastante fuerte en Ohio para capitanear la oposición contra una orden del gobernador militar declarando que todos los que realizaron actos en favor del enemigo serían acusados de traidores o espías y juzgados militarmente. En gigantescas asambleas, celebradas directamente contra el Presidente, fomentó Vallandigham el descontento, afirmando que la tal orden era una secreta intriga electoral que él menospreciaba y pisoteaba, pues los hombres libres no debían tolerar tales cosas; que todo era obra del "Rey Lincoln" y que casi medio millón de hombres pertenecían ya, en el Norte, a sociedades secretas, viéndose, en efecto, miles de personas que ostentaban la divisa de contrarios a la guerra. Todo ello sin más interrupciones que la de un celoso partidario, que vociferó: "Jefferson Davis es un caballero, cosa que no es Lincoln."

En vista de estos acontecimientos, el gobernador, aunque demócrata, decidió obrar sin previa consulta, mandando prender a Vallandigham, que, luego de juzgarlo por un tribunal marcial, ingresó en un castillo.

Este golpe sorprendió a Lincoln, no porque lo reprobase, sino porque habría preferido que fuese llevado a cabo más discretamente. ¡Qué no pensaría, sin embargo, al advertir en aquel ataque, de modo más evidente que nunca, lo paradójico de la situación! Precisamente cuando, en sus horas de soledad, se daba cuenta de la imperfección de su obra, cuando, en medio de terribles luchas internas y exteriores, se preguntaba de continuo si no habría otro que pudiera hacerlo mejor que él, o de qué manera podría él mismo hacerlo mejor, refugiándose siempre en la convicción de que era un hijo del pueblo, inmune a toda tentación de vanagloria o autocracia, he aquí que le estigmatizaban ahora como "el Rey Lincoln"... ¿Qué hacer, pues?

Lincoln, entonces, hizo algo nuevo. No sólo revocó la sentencia y puso en libertad al atrevido, sino que lo hizo conducir directamente al campo enemigo. Un soldado del Gobierno lo condujo a través de las filas enemigas, entregándolo a un soldado del Sur, según se había convenido. El efecto de este rasgo humorístico fue asombroso. En el Sur gritaban con regocijo: "¡Al fin llegó la contrarrevolución!" En el Norte se criticó, al principio, muy seriamente y se comentó de mil maneras: "Que era un prisionero de Estado y no de guerra", "que aquello significaba una deshonra para el país", etc. Pero Lincoln no se inmutó lo más mínimo, pues sabía que contaba con un aliado más poderoso que todos los juristas y moralistas: el sentido del humor de los norteamericanos. Y, en efecto, Vallandigham quedó en ridículo.

Éste se encontraba ahora entre sus amados enemigos, en una situación bastante embarazoso, pues si les aconsejaba que firmasen una transacción, como era su deseo, temía que la desaparición del enemigo hiciera perder influencia a su partido en el Norte, y si les aconsejaba una invasión de Pennsylvania, es muy probable que la alarma sirviera para consolidar las fuerzas del Norte. Tenía, pues, que contentarse con el vago consejo de resistir otro año, al cabo del cual la dinastía Lincoln sería derrotada en las nuevas elecciones.

El Presidente del Sur, que lo había recibido bastante amistosamente, no lo tomó en serio, de manera que nuestro caballero andante se embarcó en un buque que logrando burlar el bloqueo, llegó hasta el Canadá, desde donde escribió una carta abierta diciendo que el Sur estaba dispuesto a luchar hasta su último hombre. Pero, ¡oh decepciones! cuando regresó a su patria, Lincoln ni aun le hizo el favor de volver a mandar prenderlo, a tal punto había acabado con su influencia el ridículo de la deportación. 1 Una vez más se nos muestra Lincoln en este caso como una brillante excepción entre los estadistas, pues, lejos de prevalerse de sus derechos, discute con el pueblo el pro y el contra de los problemas. Así lo hizo en una larga carta dirigida a un gobernador que le era hostil y publicada a raíz del arresto de Vallandigham, en la que se dice de éste que "no fue preso porque perjudicaba los propósitos políticos del Gobierno o los intereses personales del general en jefe, sino porque perjudicaba al ejército, del que depende la vida y la fuerza de la nación... Sin embargo, permítame añadir que, de haber dependido de mí, no sé si habría ordenado el arresto. Sin que ello quiera decir que eludo la responsabilidad, aunque

creo que, por lo común, el general en jefe en el campo de batalla es el mejor juez de lo que cumple hacer en cada caso... Sentí mucho que mister Vallandigham hubiera sido arrestado; o, por mejor decir, sentí que hubiese dado lugar a ello; y me servirá de satisfacción el ponerlo en libertad tan pronto como la seguridad pública lo permita. Me atrevo a decir que, a medida que la guerra avanza, parece como si las ideas y los hechos que, al principio, parecían tan embrollados, se fuesen aclarando y entrando por cauces normales, de modo que, poco a poco, la necesidad de emplear medidas violentas fuese desapareciendo". Y millares de lectores de esta carta sintieron de nuevo atraídos por el hombre cuya equidad se veían obligados a reconocer hasta sus mismos enemigos.

Todos los casos individuales en que entraban en conflicto el Derecho y la política los estudiaba Lincoln atentamente, sin más guía que su sentido de la justicia. Habiendo querido el general que mandaba la región de Missouri desterrar a un sacerdote, el Presidente llamó a éste a su presencia, lo interrogó y escribió luego al general: Después de haber hablado con él, le diré a usted francamente que creo que, en efecto, simpatiza con los rebeldes; pero queda en pie la cuestión de si un hombre semejante, de indudable rectitud moral, que ha prestado tan solemne juramento, sin que pueda demostrársela que lo haya quebrantado una sola vez, y al que, además, no puede imputársele ninguna otra falta, puede, sin evidente perjuicio para el Gobierno, ser desterrado, basándose en la sospecha de las simpatías ocultas." En este caso, lo mismo que cuando era abogado, demuestra Lincoln su rectitud, pues, tanto aquí como antes en Springfield, protege a un hombre humilde, en tanto que deja condenar a un célebre caudillo.

El destinatario de esta carta era Seymour, gobernador de Nueva York, y uno de los más encarnizados y poderosos enemigos de Lincoln, debido a las opiniones diametralmente opuestas que ambos tenían en la cuestión del reclutamiento. Al cabo de dos años de guerra, y después de las más acaloradas discusiones en el Congreso, donde había muchos que consideraban el servicio obligatorio como un ataque a la libertad ciudadana, quedó aquél establecido mediante una ley, que obligaba a los Estados de la Unión a sufragar los gastos para su sostenimiento, lo cual dio lugar a nuevas resistencias y rebeliones. Como la nueva ley prometía recompensas para después de la guerra solamente a los voluntarios, eran muchos los que se sentían

atraídos por este cebo; a los restantes se les obligaba, aunque permitiéndoles que, mediante unos cientos de dólares, comprasen un sustituto que cobraba el dinero, aprendía la instrucción y, a la primera oportunidad, desertaba.

Seymour, que, en la ciudad más grande de la Unión, trabajaba contra el reclutamiento, fue invitado por Lincoln a una entrevista, y sólo al cabo de tres semanas le contestó que le escribiría, lo que no hizo al final, deseando no comprometerse entablando relaciones directas con el Presidente de los Estados Unidos, razón por la cual tampoco hubo de contestar a la invitación de Stanton. Cuando, al verano siguiente, estalló en Nueva York una rebelión, dirigida por extranjeros, para impedir el reclutamiento; cuando, durante cuatro días, los asesinatos y los incendios asolaron la ciudad; cuando las masas desenfrenadas colgaban y quemaban a los negros, llegando hasta a incendiar un asilo para niños de color huérfanos, el gobernador tuvo el descaro de llamar amigos a toda aquella muchedumbre de forajidos, contentándose con aconsejarles que se tranquilizasen, que ya los ayudaría él a conseguir lo que deseaban. Tales eran las condiciones y el estado de ánimo de la gran metrópoli del Norte era especialmente sintomático de la situación- en que Lincoln tenía que llevar adelante la guerra.

Otras veces, la cólera y los desengaños, rompiendo las vallas de su paciencia, se desbordaban con estruendo de torrente y fragor de tempestad, como sucedió un año más tarde, cuando se amotinó Chicago contra un nuevo reclutamiento. El director de "La Tribuna de Chicago", con otros dos ciudadanos más, fueron a hablar a Stanton para impedirlo. Después visitaron al Presidente y por último, todos juntos, se reunieron de nuevo con Stanton para interrogar a éste y al comisario de reclutamiento. Lincoln estuvo un rato escuchando la discusión; luego, de repente, levantó los ojos hacia ellos, y con ceño torvo les dijo: "Señores: después de Boston ha sido Chicago el elemento que con más ahínco y fogosidad pedía la guerra. El Noroeste ha batido al Sur tan rotundamente como Nueva Inglaterra; por lo tanto, son ustedes en gran parte responsables de toda la sangre que ha corrido. Ustedes han clamado por la guerra, hasta que, al fin, la hemos tenido. Ustedes han clamado por la emancipación, hasta que yo la he acordado. Todo lo que han querido ustedes, lo han obtenido. ¿Y ahora salimos con que quieren que se los exima del llamamiento que he hecho exclusivamente para llevar a cabo la guerra que ustedes mismos han

querido? ¡Vergüenza debería darles! Tengo derecho a esperar de ustedes algo más. Vuélvanse, pues, a su ciudad y recluten esos seis mil hombres que deben incorporarse a las tropas auxiliares. En cuanto a usted, Medill, se está conduciendo como un cobarde. Usted y su periódico han influido más que nadie, en el Noroeste, para que se hiciera esta guerra. ¡Pensar que usted, que puede influir sobre tantas masas, viene ahora pidiendo a gritos que se prescindiera de su aportación, en el momento en que su causa está en peligro! ¡Vuelvan ustedes a su ciudad y envíennos esos hombres.!"

El efecto de esta escena que, por lo poco frecuente, ni la esperaba nadie de Lincoln, fue tan poderoso, la justicia fundamental de este enojo y el fervor moral de esta reprimenda fueron tan grandes, que el miembro de la comisión que nos ha contado el incidente nos dice también cómo quedó convencido por el Júpiter tonante en que acababa de transformarse el irónico amigo del pueblo.

El Sur se había convertido en una fortaleza. Cerrado el último paso hacia los países neutrales, y siendo ya muy pocos los capitanes suficientemente hábiles y osados para burlar el bloqueo marítimo, comenzó a sentirse la escasez de todo: de alimentos, de municiones, de vestidos, etc. Por otra parte, un país en el que ya no quedaba apenas sal, donde no había carbón en invierno ni hielo en verano, donde se empleaba madera, en vez de cuero, para el calzado; donde los enfermos carecían de alimentación adecuada y de medicamentos, un país en el que el hambre aumentaba y la guarnición disminuía, por falta de tropas de refresco, no podía librarse de las revoluciones interiores sino por medio de la dictadura y de un régimen de estricta severidad. La recluta de hombres, que ya incluía a todos los comprendidos entre los 17 y 50 años, permitía aquí también el empleo de sustitutos pagados, razón por la cual se proclamaba airadamente que ésta era una guerra de ricos, y las únicas víctimas, los pobres; pero, no obstante, estas manifestaciones se hacían sólo a hurtadillas y en voz queda, pues los particulares, como la Prensa, se hallaban amordazados con mano de hierro, y el que quisiera darse cuenta exacta de la moderación y mesura de las medidas adoptadas por Lincoln no tenía sino compararlas con ley marcial implantada por Jefferson Davis.

Tan sólo en un punto llevaba el Sur ventaja en esta segunda mitad de la guerra: la resolución de llevar adelante la lucha era unánime, y casi desconocida la oposición, mientras que, en el Norte, los adversarios de la guerra lo llenaban todo con su estrépito. El espíritu de reto obstinado que reemplazaba en el Sur al orgullo de los primeros tiempos, permanecía todavía incólume, llegando a tales extremos, que no había el menor afán por el intercambio de prisioneros; con frecuencia hacían lo posible para impedirlo. Así, cuando los miles de hombres del Sur que se hallaban prisioneros en el Norte llegaban apenas a su país, eran oficialmente dispensados del juramento de no tomar nunca más las armas, mandándolos de nuevo al frente. En vista de ello, se propuso a Lincoln seguir el mismo procedimiento en el Norte, pero el Presidente lo rechazó de plano, por considerar que infringía los principios más elementales de la moral. ¿Qué, pues, de extraño que el odio, cada día creciente, tomase por blanco especial a los prisioneros? Las crueldades que se les infligían eran tan terribles, que el Norte comenzó a horrorizarse de las represalias. Especialmente abominable era el trato concedido a los negros hechos prisioneros por segunda vez, siendo fusilados en ocasiones compañías enteras sin el menor sumario, a fin de sofocar este peligro, el mayor de todos, por medio del terror. Irritados por las noticias de tales atrocidades, algunos generales del Norte, como Butler en Nueva Orleans, trataron a su vez brutalmente a los Estados conquistados, y la conducta del ejército de Sherman, en su marcha desde Atlanta hacia el mar, rebasa en sus excesos a todas las represalias.

La naturaleza de esta lucha, como guerra civil, fue tomando en el transcurso de los años apariencias cada vez más paradójicas. Asociaciones secretas, que se llamaban "Hijos de la Libertad", "Caballeros del Círculo de Oro". "Orden de los Caballeros de Norteamérica". etc., atraían con sus vagos principios de moralidad a la gente inadecuada; pero, como tenían armas y se dedicaban al espionaje, resultaban un factor de importancia, y había que contar con ellos. Lincoln y su Gobierno se hallaban al corriente, mediante sus espías en el seno mismo de aquellas sociedades. De vez en cuando echaban el guante a algún jefe, pero se guardaban muy mucho de emprender un ataque en toda la línea. Como siempre, Lincoln procuraba arreglarlo todo con inteligencia, paciencia e ironía, llamando generalmente al enemigo "esos señores del Sur", e insistiendo, siempre que se le presentaba ocasión, en que el Sur

no era ningún país extranjero. La frase: " ¡Arrojad de nuestro suelo a los usurpadores! " le había hecho una impresión lastimosa y no había podido menos de exclamar al leerla: "¿Cuándo se quitarán nuestros generales esa idea de la cabeza? El país entero es nuestro suelo."

Pero esta doble naturaleza de la guerra civil llevó también muchas veces a Lincoln a caer en brazos de la sospecha. Como McClellan, habiendo derrotado a su enemigo y maestro Lee, desaprovechara la ocasión de perseguirlo y perdiera, entre unas cosas y otras, más de un año, Lincoln manifestó en conversaciones confidenciales sus sospechas. Y, más tarde, cuando Meade, a quien se echaba en cara su inactividad después de la victoria, pidió su separación del servicio, escribióle Lincoln como sigue: "Lamento ahora el haber sido causa de la más leve contrariedad suya. Pero me sentía en un estado de ánimo tan deprimido que no pude menos de expresarle de algún modo. La verdad es que me he sentido deprimido desde la batalla de Gettysburg, por lo que se me antojaban las pruebas evidentes de que usted y los generales Couch y Smith trataban de evitar un encuentro con el enemigo, procurando hacerle pasar el río sin más lucha. Cuáles eran estas pruebas, es cosa que ya diré a usted cuando ambos estemos de mejor humor." Siguen luego diversos detalles sobre posibilidades desaprovechadas, y termina: "Por otra parte, mi querido general, temo que no se dé usted cuenta de la magnitud del desastre que supuso la escapada de Lee. Lo tenía usted a su alcance y pudo haberlo deshecho, lo cual, unido a nuestros éxitos posteriores, habría dado fin a la guerra."

Probablemente, Lincoln obró certeramente no enviando esta carta, pero ello no quiere decir que hubiese modificado su convicción interior sobre el perjuicio que causaban al país los puntillos de honor mal entendidos y demás sentimentalismos igualmente equivocados de sus generales. Cuando un hombre tan justo y equitativo habla de pruebas, puede tenerse la seguridad de que con posterioridad hubiera llegado a dudar del fundamento de dichas pruebas. Como, por el contrario, año tras año le vemos abrigar sospechas análogas con respecto a distintas personas que ocuparon cargos semejantes, podemos inducir, sin temor a equivocarnos, que sólo el deseo de conservar al país los servicios del general victorioso pudo llevarle en esta ocasión a guardar para sí las referidas pruebas.

i Qué cúmulo de encontrados sentimientos no encerraría el corazón de este gobernante, para quien el suelo enemigo forma parte de la patria común, casado con una mujer cuyo hermano lucha en las filas enemigas, que tanto oficial como particularmente vive la terrible tragedia de la guerra civil, y que hasta tiene la conciencia de ser en parte un hombre del Sur a causa de aquel abuelo que no conociera 1 Por si todo esto fuera poco, descubre ahora este mismo conflicto de sentimientos en sus propios generales, a quienes la ambición empuja hacia la victoria, pero a los cuales un persistente e indestructible sentimiento de caballerosidad veda el aplastamiento total de sus camaradas del Sur. Un tremendo juego de azar se juega aquí: ¿cómo, pues, podría Lincoln, el filósofo, dejar de sentir a veces que realmente se trata de un juego, y de un juego de reglas inseguras y de término oscuro?

Ésa es la razón de que jamás se opusiera terminantemente a ninguna clase de negociaciones. Así, permitió que dos de los jefes políticos del Norte contrarios a la guerra traspusieran las líneas para conferenciar con Davis; pero, a decir verdad, la discusión se limitó a tópicos de religión y a consideraciones sobre la guerra con Francia, regresando poco después, convertidos al punto de vista de Lincoln. Greely, que en las vueltas y revueltas de su política, siempre trabajaba en contra de Lincoln, al principio descontento de las vacilaciones del Presidente con respecto a la abolición, y protestando en seguida por su resolución, deseaba ahora una transacción, arreglándoselas de manera que, al siguiente verano, pudo escribir a Lincoln que dos emisarios con cartas de Davis esperaban en la frontera canadiense que él quisiera recibirlos. Lincoln, que estimaba el poder del New York Herald mucho más que los motivos de Greely, recurrió una vez más a la astuta artimaña de cargar a los ambiciosos con la responsabilidad de lo propuesto por ellos mismos, y envió a Greely al Niágara, donde pudo convencerse de que los tales emisarios no tenían realmente poderes para tratar. Greely se vengó de esta ironía renovando sus más furibundos ataques contra el Presidente; pero éste permaneció imperturbable, contentándose con replicar de cuando en cuando con alguna pulla jocosa, que acababa poniendo de su lado al público, ganoso siempre de reír. Precisamente, poco antes de la ida de Greely al Niágara, había dicho Lincoln en una carta abierta "a todos los que pueda concernir": "Toda proposición que tienda al restablecimiento de

la paz, a la integridad de la Unión y a la supresión de la esclavitud, y que venga avalada con la autoridad de los que actualmente dirigen las tropas en lucha con los Estados Unidos, será admitida y considerada por el Gobierno... y el portador o portadores de tales proposiciones tendrán paso seguro tanto a la ida como a la vuelta."

Este ofrecimiento era, en realidad, la desautorización de todos los agentes que intentaban negociar entre el Norte y el Sur, así como de todas las tentativas de este género. Cuando, a continuación, Stephens, antiguo amigo de Lincoln, a la sazón vicepresidente de la Confederación y jefe de los moderados, quiso, apoyado en Vallandigham y con cartas del "Presidente Jefferson Davis", venir a Washington para parlamentar, Lincoln contestó con brusquedad: "La demanda de A. H. Stephens es inadmisibile. Las vías corrientes y usuales bastan para toda clase de comunicaciones entre las fuerzas de los Estados y los rebeldes."

Dios quiere, sin duda, mucho al pueblo bajo, pues de lo contrario no lo habría hecho tan numeroso." Tales fueron las espléndidas palabras, que seguramente no habrían podido ocurrírsele a ningún rico ni a ningún hombre crecido en el estudio, con que expresara Lincoln en una ocasión sus sentimientos en favor de los trabajadores blancos y de color. En otra ocasión, dijo: "Me parece que si el Altísimo hubiera creado una clase de hombres llamados sólo a comer, sin tener para ello que trabajar nada, los habría hecho todo boca y sin manos; del mismo modo que si hubiese creado otra clase llamada sólo a trabajar, sin obtener para nada el producto de ese trabajo, la habría hecho sin boca y todo manos."

Agobiado Lincoln bajo el peso de las preocupaciones diarias, deprimido por las alternativas entre éxitos y fracasos, envuelto en la intrincada maraña de las luchas partidistas, que a cualquier otro habrían bastado a cansar, en vez de desanimarse levantaba cada vez con más fervor sus ojos hacia la estrella que le viniera guiando en sus esfuerzos y aspiraciones, comprendiendo la necesidad, en medio de todas las contingencias de orden material, de intensificar cada vez con mayor fuerza la ley moral de la contienda. En un discurso pronunciado casi al término de la guerra, dijo: "El mundo carece de una buena definición de la palabra libertad. Todos nosotros nos

declaramos partidarios de ella, aunque no todos entendemos lo mismo por ella. Para algunos significa que el hombre puede hacer, consigo y con sus bienes, lo que le plazca. Para otros, quiere decir que unos cuantos hombres pueden hacer lo que les plazca con los demás hombres y con el trabajo de estos hombres. Cada una de estas tendencias es llamada libertad, aunque tan distintas entre sí. He aquí otro ejemplo :Un lobo acaba de hacer presa en el cuello de una oveja, pero viene el pastor, le arranca la víctima y aleja al lobo. La oveja agradece, naturalmente, al pastor que le haya salvado la vida; pero el lobo le denuncia como atropellador de la libertad de la oveja; sobre todo si se trata de una oveja negra." De nuevo una de las imágenes en que el labriego se convierte en lógico, mientras el estadista, guiado por la intuición del labriego, crea así inolvidables parábolas para el pueblo. Estas parábolas son especialmente afortunadas al referirse a la esclavitud, problema capital de su vida, y la misma sencillez de ellas las ha convertido en proverbios populares: "Cuando oigo a alguien hablar en favor de la esclavitud siento un deseo vivísimo de ensayarla en él personalmente." En una ocasión vienen dos señoras de Tennessee a pedirle la libertad de sus esposos, prisioneros de guerra. Una de ellas, que visita al Presidente tres veces, insiste siempre en que su marido es un hombre muy religioso. Por fin, Lincoln, accediendo a la petición, contesta a la dama: "Dice usted que su marido es hombre religioso; pues bien, dígame que, aunque no soy un especialista en materia religiosa, a mi juicio una religión que incita a los hombres a rebelarse contra su Gobierno porque éste no ayuda a unos cuantos hombres a comer su pan a costa del sudor del prójimo, no puede ser la religión con la que se alcanza el cielo." Esta frase improvisada la llamó él mismo, más tarde, su discurso mejor y más corto. Otra vez escribió para una tómbola de caridad, como autógrafo en un álbum: "No he visto nunca un hombre que por su propio gusto quiera ser esclavo. Pensad, pues, si puede ser cosa buena lo que nadie quiere para sí."

Pero el problema no había quedado resuelto por la publicación de la proclama. Nadie desconocía su valor histórico, y se mandó hacer un gran cuadro representando al Gabinete en aquella memorable sesión, discutiendo Lincoln con el pintor, mientras posaba como un modelo para su retrato, los menores detalles, como si hubiesen transcurrido ya cien años, en vez de sólo dos. Pero los extremistas continuaban desconfiando de él, y Sumner quería introducir rápida y radicalmente la fórmula de

la revolución francesa: "Todos los ciudadanos son iguales ante la ley"; un proyecto de ley en el que, como anexo a la Constitución, se prohibía la esclavitud en los Estados Unidos, luego de aprobado por el Senado, fue rechazado por la Cámara popular en el verano del 64. Lincoln, que consideraba su proclama como una medida de guerra y preveía que el fin de su validez coincidiría con la terminación de la guerra, quiso entonces, por medio de un anexo, dejar a juicio de los electores el libertar a los negros del Sur o, mejor aún, a los soldados negros.

Pues, entre tanto, como Lincoln previera, el principal objeto de la proclama se había alcanzado. Al comenzar el último año de guerra, combatían bajo las banderas de la Unión 100.000 negros; y, al terminar la guerra, eran 150.000. ¡Un baldón para los ciudadanos blancos!, gritaba el Sur; y parte de Europa opinaba lo mismo, sin tener presente que el Sur también admitía, sin titubear, en sus filas a otros individuos de color, como eran los indios, y sin prever tampoco el grotesco giro que el mismo Sur había de dar ad absurdum a la cuestión en las últimas semanas de la guerra. Los demócratas, por su parte, asediaban a Lincoln, tan pronto atacando como exigiendo airadamente que retirase la proclama, a fin de asegurar una paz pronta, aunque precaria. Pero él les contestó: "Mientras yo esté en el Poder no pienso permitir que vuelva a la esclavitud ni un solo hombre que haya recobrado la libertad, sea en virtud de aquella proclama o de cualquiera de los decretos del Congreso... Precisamente quiero que desaparezca lo único que pudo nunca lanzar a esta nación a una guerra civil."

Sin embargo, la primera emancipación había traído consigo nuevas dificultades. La idea fundamental de Lincoln de enviar a los negros, al tiempo que los libertaba, fuera del país, previendo el desastre que la mezcla de razas podría entrañar algún día para Norteamérica, le indujo a la fundación de una colonia experimental en la costa de Santo Domingo, pero había tenido la mala suerte de confiar los negros a un agente que resultó ser un estafador, cuyos contratos fraudulentos sólo consiguiera anular basándose en el defecto formal de no haber sido sellados como correspondía. Más tarde, la protección del Estado y la intervención personal de Lincoln hicieron posible la repatriación de los colonos negros a Washington, donde pudieron ser empleados últimamente en los campamentos.

Al principio fueron unos pocos gobernadores de los Estados fronterizos quienes se arriesgaron a hacer la prueba. A uno de éstos, gobernador de Tennessee, llamado Johnson, que había de sucederle en el sillón presidencial, le escribió Lincoln, para animarle, que un hombre de sus aptitudes y posición debería emprender la organización de un cuerpo de negros. Y le decía entre otras cosas: "Al hablar de su posición, me refiero a la de un distinguido ciudadano de un Estado esclavista que, a su vez, es propietario de esclavos. La población de color es la gran fuerza aprovechable y no aprovechada para reconstruir la Unión. La sola presencia de 50.000 soldados negros, bien armados e instruidos, en las orillas del Misisipi, daría inmediatamente fin a la rebelión. ¿Y quién duda de que podamos presentar este espectáculo tan sólo con proponérselo seriamente?" Asimismo insistió en la necesidad de dar igual trato a los prisioneros negros que a los blancos. Pero pronto empezaron también las contrariedades a este respecto. En los desembarcaderos de un río de Maryland, las tropas de color sembraron la alarma y el desorden entre los blancos, matando a un oficial. En la región del Missouri hubo también agitación y asesinatos. Y de Kentucky llegaron quejas de que la milicia, sin el menor derecho legal para ello, estaba alistando a la fuerza a los negros.

Los incidentes de este género dieron lugar a numerosos ataques contra Lincoln, a los que éste solía contestar: y nunca lo hizo más eficazmente que en una carta abierta dirigida a una asamblea de leales que se celebraba en Springfield, en la que, argumentando con un supuesto contrincante, decía: "A todos los que no están satisfechos de mí les diré: Queréis la paz y me echáis a mí la culpa de no tenerla. Pero la cuestión es: ¿cómo alcanzarla? No hay más que tres caminos posibles para ello. Primero: suprimir el levantamiento por medio de las armas, que es lo que estoy procurando. ¿Estáis conformes? En ese caso, marchamos de acuerdo en este punto. En caso contrario, veamos el segundo medio: renunciar a la Unión; a lo que, por mi parte, me opongo resueltamente. ¿Y vosotros, sois partidarios de deshacer la Unión? En ese caso, decidlo francamente. Pues si no sois partidarios ni de la fuerza, ni de la disolución de la Unión, sólo nos queda el tercer camino, es decir, una transacción... Decís que no queréis luchar para libertar a los negros, aunque algunos de ellos parecen dispuestos a luchar por vosotros. Pero no importa; dejemos esto a un lado. ¡Luchad, pues, exclusivamente para salvar a la Unión! Ya lancé la proclama a fin de

ayudaros a salvarla..., pues pensaba que, si los negros cesan de ayudar al enemigo, la fuerza de resistencia de éste habrá de quedar debilitada en proporción. ¿No pensáis lo mismo? Yo, por mi parte, creo que, cuanto más pudieran hacer los negros como soldados, tanto más quedarían en libertad los soldados blancos de consagrarse a la Unión. ¿No os parece que tengo razón? Ahora bien, los negros, como todos los demás hombres, obran siempre por algún motivo. ¿A santo de qué harían nada por nosotros, si nosotros no estamos dispuestos a hacer nada por ellos? Si exponen su vida por nosotros, justo es que lo hagan impulsados por motivos más poderosos, incluso por la promesa de concederles la libertad. Y, una vez hecha esta promesa, fuerza es que sea cumplida."

Tal era la forma socrática en que Lincoln debatía con su pueblo, al tercer año de lucha, acerca de los motivos, fines y perspectivas de una guerra que sólo mediante un conocimiento absoluto de las razones espirituales de la misma por parte del pueblo podía esperar ganar. Pues aquellos millones de labradores, negociantes, padres de familia, esposas y soldados, que constituyen el país, requieren esa lógica precisa y esta manera diáfana de decir las cosas, y precisamente porque su discurso no contiene superlativos, ni fraseología de ninguna especie, pueden seguir un pensamiento que jamás habría logrado formular un hombre del tipo de Douglas, ni nadie que no hubiese vivido, como Lincoln, durante muchos años, la vida del pueblo. Sin embargo, éste es el mismo hombre que, con la voz de un padre sabio y anciano, se refiere a la cuestión en otro discurso como sigue: "Impulsado por el pleno convencimiento del deber, me decido a utilizar este elemento de fuerza (los negros). Me declaro, pues, responsable de ello ante el pueblo norteamericano, ante el mundo cristiano y ante la Historia, y estoy igualmente dispuesto a responder de ello a Dios @ en mi final ajuste de cuentas."

La Casa Blanca estaba brillantemente iluminada y la capital llena de extranjeros, pues aquel día debía llegar Grant para asumir el mando supremo de todos los ejércitos y la investidura de capitán general que, antes de él, solamente ostentara Washington. En las calles se apiñaban carruajes y jinetes, y en los salones y vestíbulos bullía una muchedumbre de oficiales, diplomáticos y damas

elegantemente ataviadas. Como esto sucedía en marzo del 64 y los días tristes del invierno habían pasado ya, todo el mundo tenía el más alegre aspecto. Grant había tomado Vicksburg. Meade había derrotado a Lee en Gettysburg, las cosas parecían tomar un giro favorable, y el pueblo recibía una respuesta al estribillo que corriera por todo el país en calles y asambleas: "¡Abraham Lincoln, danos un hombre!"

Entre tanto, como Lincoln tres años antes, hacía Grant la entrada menos aparatosa posible en la población, pasando inadvertido cuando en compañía de su hijo pequeño, que ni aun en el campo de batalla le abandonaba, fue a hospedarse en el primer hotel que le vino a mano, y cuando, poco después, como un oficial cualquiera, se dirigiera a la Casa Blanca, que jamás había pisado. Un vago temor a las intrigas y escándalos y, sobre todo, el terror a que los políticos trataran de influir en él, habían mantenido a aquel soldado lejos de la capital. En aquella memorable ocasión, tampoco se hizo anunciar; ya encontraría él por sí solo a Papá Lincoln, cuya elevada estatura le hacía fácilmente reconocible. Por otra parte, no son más que las nueve y media, de modo que hay tiempo de sobra. Y siempre es un consuelo que no esté allí su mujer abriéndose paso a empujones por en medio de aquella muchedumbre. A los pocos minutos, en efecto, le descubren los ojos agudos de Lincoln, y al instante son ambos rodeados por la gente y no pueden dar un paso: el militar menudo y atezado, junto al gigante de largos brazos vestido de frac, ambos unidos por su gravedad ingénita y por cierto embarazo, que no han logrado vencer, a pesar de lo acostumbrados que están ya ambos al mando.

Por fin consiguen aislarse, parapetándose tras un sofá. El general es presentado a mistress Lincoln y a los ministros; pero la gente quiere verlo, y el valeroso general, no sin cierta emoción interna, tiene que subirse a un sofá y aguantar a pie firme una ovación. "Aquella fue la batalla más dura a que asistí en la guerra", confesaba Grant más tarde. A fin de prepararle para la ceremonia de investidura del nuevo mandato, le dio Lincoln a leer el discurso que pronunciaría en el solemne acto, diciéndole: "Esto lo hago porque quizá no esté usted tan acostumbrado como yo a hablar en público", rogándole que en su respuesta tocase, aunque a la ligera, dos puntos: primero, algo que atenuase la envidia de los demás generales; y segundo, algo acerca de la buena impresión que le había dado el ejército del Potomac. Pero cuando, al día siguiente, tuvo lugar la ceremonia ante el Gobierno en pleno, Grant,

al leer las pocas palabras que había garrapateado con lápiz en medio pliego de papel, pasó los mismos apuros que el general Washington cuando su primer discurso oficial. Sin embargo, en aquellas cuatro frases no había ni una sola palabra acerca de los dos puntos que Lincoln le indicara, omisión que sólo explica la firme decisión que había hecho el general de permanecer absolutamente independiente de los políticos.

La diferencia no pasó de ahí, pues mientras los otros aconsejaban a Grant que no confiase sus planes a Lincoln, aquél se encontró con que éste ni siquiera le preguntaba por ellos. Después de una breve conversación de orden profesional, habían quedado perfectamente compenetrados, y una gran simpatía nació entre ambos, pero Grant no se hallaba a gusto en aquella ciudad, por lo cual no aceptó la invitación a un brillante banquete organizado por Mary, alegando: "Tengo que estar en Tennessee en un momento determinado."

"Pero el banquete de mistress Lincoln sería sin usted como una representación de Hamlet sin Hamlet."

"Estimo la distinción pero el tiempo es ahora cosa importantísima. Debería estar ya en el frente, y una comida en mi honor significaría un millón de dólares por día de pérdida para el país."

Cuando se hubo marchado, dijo Lincoln: "No sé exactamente. lo que debo pensar de él. Es el individuo más tranquilo que he visto en mi vida y el menos aparatoso de cuantos conozco. Creo que ha estado varias veces en esta habitación un minuto, o cosa así, antes de que yo me enterase de su presencia. Pero así ocurre siempre. La única prueba de que se encuentra en algún sitio es que hace andar las cosas... Todos los demás, en cuanto se trataba del plan de campaña, me decían: "No creo que pueda llevarlo a cabo, pero si usted quiere, lo trataré." De esta forma intentaban siempre echar toda la responsabilidad sobre mí, todos querían que el general fuese yo. En cambio, Grant ni siquiera me ha dicho sus planes, que no conozco, ni necesito conocer. Celebro haber encontrado un hombre capaz de marchar adelante sin mí. Los demás, luego de mucho mirar las cosas, acaban siempre por pedirme, para entrar en campaña, algo que de sobra sabían que no podía darles, declarando que sin aquello jamás podría obtenerse la victoria. Por regla general, pedían fuerzas de caballería. Cuando tomó el mando Grant, yo

esperaba que también se saldría con su imposibilidad predilecta y, por de contado, pensé que se trataría una vez más de caballería, pues no teníamos suficientes caballos para toda nuestra gente, y en Harpers Ferry había 15.000 hombres y ni un solo caballo. Pues bien, el otro día me escribió Grant sobre el particular, pero sólo para preguntarme si los convertiríamos en fuerzas de infantería o los licenciábamos."

Y así, por fin, al término casi de la guerra y de su vida, encontró Lincoln un hombre de su mismo calibre, un igual suyo en sencillez, honorabilidad y penetración. Al encargarse Grant del Centro, puso al frente del ejército que hasta entonces mandara a su amigo Sherman, hombre de decisiones rápidas y golpe de vista seguro, oficial que era tan estricto con sus subordinados como dulce y afable con el mundo, ya fuesen hombres, niños o animales, y que, hasta después de las grandes victorias por él obtenidas a fines de aquel año, continuó reconociendo siempre a Grant como un maestro y superior. Inmediatamente comenzó Sherman a perseguir a Johnston, su contrario, con fuerzas superiores, obligándole a replegarse paulatinamente hacia Atlanta, hasta que, por último, en el mes de septiembre, conquistó aquella posición importantísima, situada en el interior del territorio enemigo, convirtiéndola en base de ulteriores operaciones.

Grant, el primer general que no exigió nada al Presidente, porque nada esperaba conseguir, observó que Lincoln tampoco le pedía nada, por esperarlo todo de él. La siguiente carta de Lincoln a Grant así lo demuestra: "Como seguramente ya no le volveré a ver antes de comenzar la nueva campaña, deseo expresarle, por la presente, mi entera satisfacción por todo lo que ha llevado a cabo hasta ahora, tal como lo veo y entiendo. No conozco los detalles de su plan, ni pretendo tampoco conocerlos. Usted es de espíritu vigilante y certero; y satisfecho con esto, no quiero en modo alguno poner trabas a su actuación, ni torcer su criterio... Si le hace falta algo que yo pueda facilitarle, le ruego que me lo diga. Ahora, con un ejército aguerrido y una causa justa, quiera Dios protegerle." Y aquí encontramos de nuevo el último y más hermoso estilo de Lincoln, el acento del padre.

Según el juicio de los técnicos, Grant era inferior a su enemigo Lee como general en jefe. La táctica de Grant era, como él mismo decía, arremeter de continuo contra el enemigo, buscarlo y hostilizarlo sin cesar, pues el ejército del Sur ya no estaba en

situación de reponer sus fuerzas. Mientras más territorio conquistasen, más gente podrían reclutar los del Norte, en tanto que las pérdidas del enemigo serían más difíciles de remediar. Pero, a pesar de todo, Lee conseguía siempre escapar. Era, en suma, una partida de ajedrez entre dos maestros, uno de los cuales tiene casi todas las piezas, mientras que al otro le quedan solamente unas pocas, pero que, así y todo, da mucho que hacer a su contrario a causa de la superioridad de su juego. En la primavera hubo algunos combates poco decisivos, en los mismos campos de batalla del año anterior, Y. en junio, las tropas de Grant sufrieron algunos reveses que comprometieron la situación de éste, aunque no por eso se alarmara lo más mínimo Lincoln. Por último, en el mes de julio, estando Grant con 150.000 hombres ante Petersburg y Richmond, la capital se vio amenazada por uno de los generales de Lee, exactamente lo mismo que tres años antes

El enemigo estaba ya tan cercano, que podía atacar uno de los fuertes de Washington. La ciudad estaba casi indefensa, compuesta como se hallaba su guarnición casi exclusivamente de reclutas bisoños. El Potomac había sido pasado por los sudistas, que habrían podido, con un golpe de mano, apoderarse del Presidente y del Gobierno, como aquella otra vez, al comienzo de la guerra. Un vapor se hallaba a punto de zarpar en el momento preciso, para poner a salvo al Gobierno. Lincoln era demasiado fatalista y estaba demasiado cansado de todo aquello para temer la muerte. Visitó, pues, el fuerte amenazado y oyó silbar las balas sobre su cabeza, pero conservó toda su calma y pudo telegrafiar al general: "Estemos alerta, pero conservemos la sangre fría." Y, en efecto, el ministro Welles lo halló, al mediodía, tranquilamente sentado a la sombra, apoyado contra el pretil del fuerte, y de espaldas al enemigo. Por esa cómoda postura se veía claramente que Lincoln se hallaba allí mucho más a gusto de lo que se encontrara Grant en la Casa Blanca.

Las tropas que éste envió en auxilio de la capital llegaron justo a tiempo de desalojar al enemigo, que, no obstante, pudo replegarse tranquilamente hacia el Potomac.

De las nuevas elecciones presidenciales dependía la suerte del país. Aunque las últimas habían agudizado el conflicto, es indudable que este conflicto habría podido evitarse, de haber mostrado el Sur cierta moderación. Ahora, la lucha se encontraba en un momento culminante y la decisión no podía ya tardar mucho, pero esta decisión dependía de las futuras elecciones mucho más de lo que dependiera el comienzo de la guerra de las anteriores. Si salía Presidente un demócrata, es seguro que no tendría, como Lincoln, que dirigir los acontecimientos, pues su simple elección a principio de noviembre bastaría para paralizar las fuerzas del Norte y reanimar las del Sur, sabiendo como sabían ambos que los demócratas tenían sólo por objeto una paz sin victoria. Por el contrario, un Presidente republicano significaría la continuación de la guerra hasta el completo triunfo. Para Lincoln, esta alternativa aparecía complicada por el hecho de la hostilidad de su propio partido. El sector radical le odiaba, porque sus vacilaciones, en un principio, le habían impedido pronunciarse con claridad respecto a la cuestión de la esclavitud, y porque más adelante, cuando decidiera la abolición, lo hiciera así, solamente como una medida de guerra. Los partidarios de Greely tenían razones personales para desear otro Presidente que Lincoln, vacilando, al principio, entre el general Butler y el general Rosencrans, pero decidiéndose, al fin, por Frémont. Lincoln decía de estos dos partidos que "cada uno vería la derrota del partido contrario con mucho más gusto que la de Jefferson. Realmente, habría que darles de cabezadas unos contra otros". Con todo, el peor enemigo de Lincoln no estaba en el frente, como estos otros generales, sino que se sentaba a su lado en la Cámara y hablaba con él todos los días. Éste era Chase, quien, como ministro de Hacienda, había servido excelentemente al país, aunque a Lincoln, personalmente, no le mostrara nunca la menor fidelidad. Llevado de su ambición, ya durante el invierno se había presentado clandestinamente como posible candidato, comenzando por criticar acerbamente a Lincoln. Así, escribió, al principio del cuarto año de presidencia de éste, al redactor de un periódico: "Si aquí hubiese habido un Gobierno, en el verdadero sentido de la palabra, un Presidente que consultase con su Gabinete y tuviese en cuenta su criterio y, con su ayuda, realizara una labor activa, económica y enérgica en todos los departamentos del servicio público, entonces sí que habríamos podido haber hablado libremente y desafiado al mundo. Pero nuestra situación ha sido aquí

siempre muy distinta. Aquí, a cada uno se nos encomiendan asuntos diferentes de los que nos incumben; yo, tan pronto presido una junta de asuntos económicos, como de cualquier otra cosa; los ministros de Guerra y Marina s-- ocupan también a veces en materias completamente distintas a las de sus respectivos departamentos, y Seward dirige los asuntos exteriores con escasísima ayuda. No hay unidad ni sistema, fuera del puramente departamental... ¿Cómo podría nadie, en tales circunstancias, dar a conocer un programa político, que sólo la unión, la inteligencia y el valor harían factible?" En términos parecidos escribió también a otro corresponsal: "El Gobierno no puede continuar como está, pues esto no es un Gobierno en el verdadero sentido de la palabra. Hay ministros y hay un Presidente: esto es todo. Este último deja la administración casi enteramente en manos de los primeros, y resuelve por sí mismo, relativamente, muy pocos asuntos. Aquéllos, por otra parte, obran casi con absoluta independencia unos de otros."

Así criticaba Chase, desde dos puntos de vista contradictorios, al Gabinete, reprochando a la vez al Presidente que fuera demasiado dictatorial y que no lo fuera bastante; aunque, desde luego, lo único en que podía tener razón, de cuanto echara en cara a Lincoln, era en la poca afición de éste, reconocida por su mismo fidelísimo Welles, al trabajo sistemático, prefiriendo tratar las cuestiones con una sola persona y descuidando, por consiguiente, en algunas ocasiones, informar, como hubiera sido de rigor, a algunos miembros del Gabinete. Ahora bien, si era permisible el confiar estas críticas a un cuaderno de notas, como Welles, en modo alguno podía considerarse honorable el escribirlas, un año antes de expirar el término presidencial, a extraños, que se apresurarían a propalarlas, del mismo modo que tampoco podía admitirse se usara el tono propio de una discusión sobre acontecimientos hace largo tiempo ocurridos, al hablar de un hombre con el que a la sazón trabajaba a diario. Cuando, más tarde, en un documento del partido, se hizo referencia a él como posible candidato, Chase aseguró a Lincoln que 61 no había hecho nada para ello y, como ya otras muchas veces, le presentó la dimisión.

A lo que hubo de replicar Lincoln: "Mis amigos me traen documentos, pero yo no los leo; ellos me dicen lo que les parece, y yo pregunto nada más. El que usted continúe al frente del ministerio de Hacienda es cuestión que debo decidir teniendo sólo en

cuenta el bien del Estado, y, en este respecto, no veo que exista motivo alguno para un cambio."

Y, por el tono frío con que continúa, se ve que Lincoln comprendía cabalmente la situación: "Quiero, mientras me sea posible, cerrar los ojos a todas las cosas. Chase es un buen ministro, y lo conservaré en su puesto. .. ¿Que es nombrado Presidente? Muy bien. ¡Ojalá no tengamos nunca uno peor! Lo único que lamento es la forma en que trata de afianzar su posición. Tan pronto como ve que algún asunto importante me ocasiona dificultades y que tengo que adoptar una resolución molesta contra alguna persona de influencia, acto seguido se coloca en la oposición, convenciendo a la supuesta víctima de que se le hace una injusticia y de que él la habría resuelto en otra forma muy distinta... Por lo general, cumple su obligación mejor que ningún otro. Y digo por lo general, porque se ha vuelto en estos últimos tiempos tan intratable y malhumorado, que no se siente satisfecho hasta que se encuentra en un estado de ánimo punto menos que desesperado y ve a todo el mundo en torno suyo de tan mal humor como él."

Las relaciones entre ambos hombres fluctuaron durante algunos meses. A veces diríase que le gustaba a Lincoln ver irritado a Chase. En cierta ocasión le preguntó a un conocido: "Usted se ha criado en una granja, ¿no es cierto? Entonces sabrá usted lo que es un tábano. Pues verá: una vez araba yo, juntamente con mi hermano, en una hacienda de Illinois. Yo guiaba el caballo y él sostenía el arado, pero el caballo no quería andar. De pronto, sin embargo, echó a correr por el campo, de tal forma, que, a pesar de mis largas zancas, casi me era imposible seguirlo. Por fin, logré sujetarlo al final del surco, pudiendo observar que un enorme tábano había hecho presa en el pobre animal. De un manotazo lo libré de tal enemigo; y habiéndome preguntado mi hermano por qué lo había hecho, le respondí que porque no quería que nuestro pobre caballo sufriese sus picaduras. ¡Bah, replicó mi hermano, gracias a ellas ha corrido tan bien! De modo que, si mister Chase tiene un tábano presidencial que le pica, no seré yo quien tratará esta vez de librarle de él, ya que, gracias a eso, marcha tan bien su ministerio."

Aquí tenemos, sentado en su poltrona, al Presidente de los Estados Unidos, y cuando habla de su juventud, de cómo "yo araba una vez con mi hermano", el poema de esta vida se nos revela bruscamente, y también la sencilla grandeza de un pueblo en

que tales recuerdos más de una vez han podido ser motivo de bendición para la comunidad. Tal es el aura del hombre del pueblo del lejano Oeste, una aura que jamás le abandona, y la ingénita gravedad de su aspecto, que hace que, en los momentos decisivos, hasta los escépticos se pongan de su lado; pues, piensen o sientan lo que quieran contra él, su seriedad y rectitud, la ponderación y sagacidad que aparecen, en los rasgos, cada vez más manifiestos de su carácter, y la mirada y el tono paternales con que contempla y se dirige a todo el mundo, y su arte de la parábola con que siempre llega a lo más íntimo de la vida de las gentes, todo esto, amalgamado, le sirve para atraer a los vacilantes y para encadenar sólidamente a él a sus partidarios.

¿Cuál podía ser la razón para que el nombre de este hombre, cuyas disposiciones eran discutidas, mal entendidas, y casi siempre combatidas, se hubiera, a pesar de todo, no sólo mantenido en el corazón del pueblo, sino echado en él firmes raíces, a medida que pasaban los años? Sencillamente: sus contestaciones, sus discursos y aquellas cartas abiertas en las que parecía consultar al pueblo. Por eso comenzaron sus amigos la nueva campaña electoral publicando, a dos columnas, en los periódicos, "las historietas de Lincoln". Pero nada le fue tan provechoso como lo que dijo a una comisión que le fue a visitar: "Yo, señores, no me imagino ser el hombre que más vale de este país; pero me acuerdo siempre de aquel cuento de un aldeano holandés que, yendo de viaje, decía a sus acompañantes que no es bueno cambiar de caballos cuando se está vadeando un río." Frase formidable, en su fuerza y brevedad inteligible hasta por la campesina más obtusa, y lo bastante aguzada para echar abajo a un leguleyo.

Y sí sucedió que, al reunirse la Convención en Baltimore, aquel mes de junio, desaparecieron de repente los generales y Chase, acordándose lo siguiente: "Aprobamos el cierto, el desinteresado patriotismo y la fidelidad a la Constitución con que Lincoln ha cumplido los grandes deberes y responsabilidades de su puesto... y, muy especialmente, su proclama en favor de la emancipación." Por deseo expreso de Lincoln, se copió en el programa electoral, como punto capital, la ley constitucional que legitimaba aquel acto. Era el punto más peligroso para su reelección, pero él quería, a todo trance, la mayor claridad. Todos los republicanos le

votaron por segunda vez, con excepción del delegado de Missouri, el Estado esclavista que produjera la mayor parte de los radicales.

Los términos de la aceptación de Lincoln eran especialmente fríos: "El verme llamado al poder por segunda vez no lo considero, en modo alguno, como una atención personal, sino solamente como la expresión del pensamiento general de que, para llevar a término una obra difícil, quizá sea yo más a propósito que cualquier otro que no hubiera pasado por tan dura escuela."

Esta vez no había tenido que llamar en su ayuda al maestro de escuela, como hiciera cuatro años antes, al aceptar el nombramiento. De haberlo hecho así, seguramente que su amigo le habría disuadido de emplear la forma seca y fría de la tercera persona, que sólo podía explicarse como una expresión ulterior de la reserva que le hiciera evitar toda apariencia de aspiración al poder. Pues Lincoln, a quien molestaban las formalidades de la etiqueta, desde el cuello de la camisa hasta la pose oficial, miraba mucho por su dignidad de Presidente y en modo alguno habría accedido a rebajarla mostrando la avidez del candidato.

Los demócratas tampoco estaban de acuerdo entre sí, pues mientras la mitad quería continuar la guerra, los otros eran partidarios de terminarla a toda costa. Vallandigham pertenecía a estos últimos y Seymour a los primeros. Únicamente coincidían en la "conclusión" de que la "guerra era un fracaso". Así, ni un derrotista ni un conquistador habrían llenado las condiciones como candidato demócrata.

Lo mejor sería un general destituido, a quien los unos pudieran votar considerando que la guerra había sido mal dirigida, y los otros considerando que había que llevarla rápidamente a feliz término. Mas, ¿quién era el hombre providencial que pudiera desempeñar este papel? Huelga decir que McClellan. ¿No era éste la víctima más conspicua del partido que gobernaba? Que la guerra hubiese sido un fracaso, es cosa que no llegó a decir en su discurso, pero sí dio claramente a entender que él lo habría hecho mucho mejor. Ante este dilema, procuraban, él y su partido, empequeñecer las victorias de aquellos doce meses. Y cuando tuvieron la mala suerte de verse sorprendidos por la noticia de un nuevo avance de Grant, supieron hacer perfectamente como si no estuviesen enterados. En cambio, el ataque a Washington de los sudistas, el fracasado sitio de Petersburg y las grandes pérdidas y deserciones, les vinieron como anillo al dedo para sus planes, y desde luego que no

dejaron de aprovechar ampliamente todas estas circunstancias, esperando que la voluntad nacional de lucha acabaría por debilitarse, sirviendo así sus planes.

En su programa de Chicago declararon: "La justicia, los sentimientos de humanidad, la libertad y el bienestar público exigen que, después de haber tratado, durante cuatro años, de restablecer la Unión por medio de la guerra, se hagan esfuerzos para que cesen las hostilidades y, mediante un Congreso, en el que tomen parte todos los Estados, empleando cualquier otro procedimiento pacífico, se firme la paz lo antes posible y se reconstruya la Unión sobre la base de una Confederación."

El peligro de esta fórmula estaba, ante todo, en la afirmación implícita que hacía de que Lincoln no quería la paz, cuando lo cierto es que era Jefferson Davis quien no quería la Confederación. Esta cuestión quedó sin decidir para el porvenir, dejando abierta la puerta a un largo período de nuevas agitaciones, pues, sobre tal base, nadie habría podido decir si un Estado perteneciente a la Unión Federal tenía derecho a separarse de ella, derecho que el demócrata Jackson negara terminantemente. El partido de la oposición se sintió alarmado, tanto por la fórmula como por la elección de candidato, pues, en caso de nombramiento de McClellan, habría tenido Lincoln que concertar la paz aun sin haber terminado la guerra, cosa a que, por otra parte, no se habría decidido nunca. Esta preocupación llevó a Lincoln tan lejos, que hasta mandó decir a su enemigo Seymour que si se conseguía poner de acuerdo a los demócratas respecto a un programa político que incluyese la continuación de la guerra hasta la victoria final, él mismo le apoyaría con todas sus fuerzas.

Esta resolución, comunicada a Seymour por un amigo, podía traer como resultado, dada la influencia de Lincoln, la victoria de los demócratas. Pero aquél no hizo el menor caso, persistiendo en su irreconciliable enemistad, hasta el extremo de que, en "El Diario del Comercio", de Nueva York, aparecieron, por aquellos días, artículos en los que se decía que el Gobierno prolongaba la guerra a sabiendas y sólo por terquedad. Pero Lincoln sabía qué contestar. Ya el año anterior, al oír hablar de que la política de los demócratas, en las próximas elecciones, sería de abstención del voto, había replicado, con su habitual malicia de campesino: "Lo más verosímil es que, cuando llegue el momento, se abstenga de dar su voto... después de haber votado cada uno varias veces."

De nuevo, como cuatro años antes, el verdadero revuelo no comenzó hasta después del nombramiento de los candidatos, y aquellos meses de verano, los últimos que viviera Lincoln, fueron también, quizá, los más tensos de su vida. Por todas partes le asediaban para que renunciara a la candidatura antes de la votación. Weed, el más importante de los muñidores de partido, declaró que su candidatura era cosa perdida, y se pasó al bando de su contrario Greely. Los prohombres de partido le aconsejaron que hiciera inmediatamente proposiciones de paz, a fin de salvar su candidatura. Dos campeones de la abolición le llamaron en un manifiesto "el usurpador atacado del ansia de dominio"; en el Noroeste se planteó una sublevación para agosto, con objeto de poner fin a la guerra; y hasta él llegaron diversas comisiones pidiéndole que dejara el sitio a otro candidato republicano, que debía ser Grant.

Ya el año anterior habían dicho algunos periódicos que Grant era el hombre del futuro. Pero, habiéndole preguntado un amigo si aquel rumor era cierto, Grant le respondió por escrito que él estaba empeñado en dar fin a una gran empresa y que no se ocuparía en ninguna otra cosa hasta haberla terminado, aunque, por otra parte, si algún día hubiera de llegar a Presidente, desde luego que no sería en los días de Lincoln. Por aquel entonces, hubo de llamar Lincoln a este amigo de Grant a su presencia, pero éste no le comunicó la carta de Grant hasta después de haber discutido largamente ambos la situación política. "No puede usted figurarse, hijo mío, hasta qué punto me es grato, le dijo Lincoln, una vez leída la carta. Cuando el afán presidencial, o como si dijéramos el "gusano de la Presidencia", comienza a roerle a uno, nadie sabe hasta dónde podrá llegar la carcoma. Y yo no sabía fijamente si ya había empezado a corroer a Grant." Y hasta algún tiempo después no supo el visitante que la verdadera razón del llamamiento de Lincoln había sido precisamente el deseo de obtener de él aquellos informes.

En el mes de julio se celebró una asamblea en honor de Grant, sin tratar apenas de disimular su verdadero objeto, que era el de nombrarlo candidato. Se suplicó la asistencia de Lincoln a la misma, pero éste escribió: "Desgraciadamente, no puedo asistir. Aprobaré, sin embargo, cuanto contribuya a alentar y sostener a Grant y a los nobles ejércitos que tiene a sus órdenes. Él y sus valientes soldados están pasando actualmente por una dura prueba, y yo confío que en vuestra asamblea

haréis que vuestras palabras puedan convertirse en hombres y espadas para ayuda de Grant y de los suyos." En este inapreciable comentario, que recuerda a Grant su cometido, se ve de nuevo el hombre sagaz y cauteloso, que jamás abandona su buido humorismo.

Por otra parte, aún no estaba Lincoln muy seguro de que el gusano a que antes se refería, provocado por las alabanzas y aclamaciones de la muchedumbre, no hubiese entrado ya en el alma de Grant. Tal es su temor de que ello pueda ocurrir y de las fatales consecuencias que tendría para la marcha de la campaña militar, que envía al frente a una persona de toda su confianza, para que inquiera discretamente y le informe sobre el particular. Pero, a la primera pregunta del confidente sobre sus designios presidenciales, contesta Grant, descargando un puñetazo sobre el brazo de su sillón de campaña: "¿Presentarme yo candidato? ¡Qué absurdo! ¡Por mucho que hagan, no me obligarán a ello!" Movimiento de cólera extraordinariamente raro en aquel hombre tan tranquilo.

"¿Le ha dicho usted eso al Presidente?", le preguntó el visitante.

"No. No lo he creído necesario", respondió; y a continuación: "Y considero tan necesario para la causa que sea él elegido, como que el ejército tenga éxito en el campo de batalla."

Estas noticias tranquilizaron grandemente a Lincoln, que, al conocerlas, dijo: "Ya le había yo dicho a usted que no conseguiría convencerle de que se presentase candidato; por lo menos hasta que haya dominado la rebelión." Pero el caso es que había necesitado para su tranquilidad la confirmación expresa de su presentimiento. Por otra parte, ya antes de esto había dicho, refiriéndose a Grant: "Si toma Richmond, que sea Presidente, si quiere." La rivalidad de McClellan, al que se sentía muy superior, no le preocupaba lo más mínimo; pero con Grant ya era cosa muy distinta; él sabía perfectamente que Grant, como soldado, tenía importancia pareja a la de él como político: y, además, era el brazo que su cabeza necesitaba justamente en aquellos momentos. Así, si alguna rivalidad pudo haber, fue puramente en la intimidación, entre bastidores, sin que jamás trascendiera al tablado electoral; sin contar que las ideas y los objetivos políticos de Grant eran justamente los que Lincoln había venido propugnando durante aquellos tres años. De aquí la intranquilidad de este último, cuando temió tener al general por contrincante; y de

ahí también el peso que se le quitó de encima al saber que éste no pensaba sino era llevar adelante su empresa militar.

¡Cuán distintos debieron ser sus sentimientos con respecto a Chase que, como hemos visto en la intriga antes referida, traicionara tan burdamente sus confianzas! Ahora, Lincoln tomó la palabra a su ministro de Hacienda, le aceptó la dimisión, con que tantas veces le amenazara, y lo dejó marchar, en un momento en que semejante paso por parte de un abolicionista tan notorio no podía dejar de ejercer una reacción desfavorable en la lucha electoral. Pero ello no era para arredrar a un hombre como Lincoln, que hasta se atrevió, en el momento más crítico del período electoral, a anunciar una nueva leva de tropas. Sus amigos le previnieron con insistencia del peligro que entrañaba la medida, pero él contestó: "¡No, señores! El pueblo debe saber de qué se trata. Debe saber que mi reelección supone el aplastamiento de la rebelión por la fuerza de las armas. No debemos ser vencidos, aunque yo lo sea." Con este espíritu magnánimo, emprendió la lucha interior al mismo tiempo que la exterior, declarando públicamente: "No fuimos nosotros quienes comenzamos esta guerra; la aceptamos solamente. La aceptamos para alcanzar un objetivo. Cuando este objetivo esté alcanzado, terminará la guerra, y espero que Dios no pondrá fin a ella hasta que se haya alcanzado dicho objetivo."

En este tono viril reconocemos una vez más la voz del luchador, cuyo papel tendrá Lincoln, el padre, que desempeñar todavía durante unos cuantos meses.

Pues la nueva leva de tropas había levantado una tempestad por ambas partes. "¡El acto arbitrario de un tirano!", clamaban los periódicos. "Ha violado la libertad personal, la de la Prensa, la de la Constitución y el derecho de asilo; ha frustrado los deseos de paz del enemigo y el breve tiempo de su Presidencia le ha bastado para abusar de todos los poderes colocados en manos de un dictador en tiempos de guerra. Si Lincoln no es reelegido, hará, en el último momento, todo lo imaginable para arruinar al Gobierno." Su antiguo amigo Sweet, a la sazón en Nueva York, escribe a su casa lo siguiente: "Los más encarnizados enemigos de Lincoln van a convocar una asamblea en Buffalo para designar otro candidato, Seymour, Chase, Frémont, Wilson, etc. Los demócratas se están concertando para resistir al reclutamiento. Esta mañana hemos aprehendido tres mil pistolas que debían ser distribuidas en Indiana. Los demócratas partidarios de la guerra quieren designar en

Chicago un hombre leal para candidato. Y los demócratas partidarios de la paz tratan de apoderarse del Gobierno por medio de un pacto con Davis, para así, teniendo en su mano los dos ejércitos, provocar un levantamiento general. Hay que esperar todo lo más terrible... Estamos en medio de una conspiración que recuerda la Revolución francesa."

¡Todo lo más terrible! Conspiración... ¿por qué no asesinato?... "Si me matan, había dicho Lincoln tranquilamente, no por ello les irá mejor con mi sucesor. En un país como éste, donde las costumbres son y deben ser sencillas, los asesinatos son siempre posibles, y los habrá, si están decididos a ello."

En aquel momento de tremenda crisis, en que el odio general había llegado al colmo, un posadero de una pequeña ciudad de Pennsylvania, una mañana de mediados de agosto, encontró grabados, con un diamante, en el cristal de una de sus ventanas, las siguientes palabras: "Abraham Lincoln abandonó esta vida el 1 de agosto de 1864, a consecuencia de un envenenamiento." El hostelero apenas le prestó atención, porque aquella fecha ya había pasado y, quizá también, porque, a juzgar por su extraño estilo, pensara que era la obra de algún loco. Pero, ocho meses después, cuando todo el país resonaba con el nombre de un asesino, se acordó de que, por aquellos días, el cuarto a que correspondiera la ventana de la inscripción había sido ocupado por un actor llamado Booth.

En la habitación pobremente amueblada del "Hogar del Soldado", que el Presidente solía ocupar en verano, sentado frente a él una de aquellas noches estivales, Carlos Schurz escuchaba su monólogo. Hablaba como quien quiere desahogar su corazón y compartir sus pensamientos melancólicos... ¿Es necesario, magnánimo o simplemente justo impugnar la honradez de sus motivos? Decía: "Yo, que he sido designado por unanimidad, me veo asediado con insistencia y hasta con vituperio, para que me retire y deje el sitio a otro. Bien quisiera acceder a ello, si pudiera. No niego que otro podría quizás hacerlo mejor que yo. Es muy posible, pero por de pronto, aunque yo me retirase para dejarle el sitio, no es ni mucho menos seguro que ese otro mejor pudiera llegar aquí. Mucho más probable es que mis enemigos se enredasen entre sí, y que aquellos que desean mi marcha acabasen por recibir a

alguien que todavía les gustara menos. En ese caso, mi retirada no serviría sino para aumentar la confusión. Dios sabe que he procurado cumplir mi deber en conciencia, haciendo justicia a todo el mundo y no siendo injusto con nadie. Eso no impide que gentes que han sido amigos míos, y que deberían conocerme, digan ahora que estoy poseído por la concupiscencia dictatorial, que en tal o cual cosa he obrado sin conciencia y que no he vacilado en infligir ciertos perjuicios a la comunidad sólo por mantenerme en el Poder. ¿Y esas gentes que quieren derribarme piensan realmente sólo en el bien de la comunidad? ¡Esperémoslo así!"

Entre tanto, había oscurecido. Cuando trajeron las luces. dice Schurz que vio los ojos de Lincoln humedecidos por las lágrimas.

Poco tiempo después, un gobernador aconsejó al Presidente que se tomase dos semanas de vacaciones, para descansar del exceso de trabajo que lo abrumaba "¡Imposible! exclamó Lincoln. Dos o tres semanas no me servirían de nada. No puedo escapar a mis pensamientos, y mis preocupaciones me siguen por todas partes. No creo que sea vanidad ni ambición, aunque no pretendo estar libre de estas debilidades. Presiento que en noviembre se decidirá la suerte de esta gran nación. Ninguna fracción del partido demócrata ofrece un programa, pero todas sus proposiciones habían de tender a la constante destrucción de la Unión."

"Pero mister McClellan es partidario de aplastar la rebelión por la fuerza de las armas", observa el gobernador. Y Lincoln: "El más elemental conocimiento de la aritmética basta para probar que los rebeldes no pueden ser derrotados con la estrategia de los demócratas. Éstos sacrificarían todos los blancos del Norte con tal objeto. En cambio, nosotros contamos, en la actualidad, con unos ciento cincuenta mil hombres de color al servicio del Estado, la mayor parte de ellos bajo las armas. Los demócratas exigen la disolución de estas tropas y que se dé satisfacción a sus antiguos propietarios, volviéndolos al estado de esclavitud. Los negros que ahora ayudan allí a que aquellos de nuestros soldados que hacen prisioneros escapen, se convertirían en enemigos nuestros, con la vana esperanza de ganarse la buena voluntad de sus amos, y entonces tendríamos que luchar contra dos pueblos en vez de uno... ¿Es que queréis dar a nuestros enemigos tales ventajas militares que aseguren su triunfo, para luego atraerlos de nuevo a la Unión mediante halagos, condescendencias y concesiones? Abandonad todos los puestos actualmente

desempeñados por negros, quitadnos ciento cincuenta mil y ponedlos en el campo de batalla contra nosotros, y no pasarán tres semanas sin que tengamos que abandonar la guerra... Ha habido hombres lo bastante viles para proponerme que volviera a esclavizar a los soldados negros de Port Hudson y Olustee, para recuperar así la estimación de los amos contra los cuales lucharon. Pero, si yo hiciera eso, merecería ser condenado en este mundo y en el otro."

Tales eran las dudas que, en aquellas semanas de agosto, turbaban el envejecido corazón del amigo del pueblo. Pasa por esos terribles momentos de desaliento a que ningún profeta puede escapar; esas horas en las que hasta el que se siente inspirado por el fuego divino siente calarle los huesos el frío de la soledad y, viendo como todo huye de él, empieza a preguntarse si no será ya tiempo también de huir de sí mismo. Pero si, al fin, decidiera retirarse, ¿no sería ello dejar el sitio, en el mejor de los casos, a un radical o a un indiferente, que nuevamente escindiría la nación, o trataría de hacer la paz sin garantías? Por otra parte, ¿no era verosímil el triunfo de McClellan, en el campo de los demócratas, aunque Lincoln persistiese en su candidatura? Y, en ese caso, ese patricio, amigo de los capitalistas y las clases adineradas, ¿no se vería impulsado, tanto por inclinación como por programa político, a restablecer la esclavitud de los negros, perdiendo así, al mismo tiempo, la guerra y las ideas por que ésta se llevara a cabo? Ya corrían rumores de que McClellan, en caso de ser elegido en noviembre, asumiría el poder inmediatamente, en vez de esperar hasta marzo. Rumores a los que replicó Lincoln mandando anunciar que, fuera cual fuese el resultado de las elecciones, él permanecería en su puesto hasta el último día señalado por la ley.

Pero, ¿y si era elegido McClellan y se repetía aquella situación de duplicidad del poder que llevara cuatro años antes al mismo Lincoln, durante aquellos meses de diciembre a marzo, casi al borde de la desesperación? ¿Tendría el país, por segunda vez, que verse sacudido y desgarrado en opuestas direcciones, durante aquel período de interregno, por los miembros refractarios del Gabinete, dando al traste con la unidad del Gobierno, que era precisamente su característica más esencial? ¿No se podría, por el contrario, emplear con provecho las facultades de McClellan para el reclutamiento, durante aquellos tranquilos meses de invierno? Preocupado con estos pensamientos, decidió Lincoln, por modo realmente bastante desusado,

asegurarse de sus ministros, para el caso de un posible interregno. Con tal fin, deberían aquéllos firmar el siguiente compromiso:

"Esta mañana, lo mismo que desde hace ya algunos días, parece en extremo probable que este Gobierno no será reelegido. En tal caso, mi deber será trabajar con el futuro Presidente, desde su elección hasta la toma de posesión, para el salvamento de la Unión; teniendo en cuenta que aquel habrá asegurado su elección en unos términos que no habrían de permitirle su salvamento ulterior."

Según el mismo Lincoln declaró más tarde confidencialmente, su deseo era aprovechar lo mejor posible la influencia de McClellan después de su elección. De este modo lograría quizás hacerle desistir de su propósito de una usurpación ilegal de autoridad, al par que aseguraba a sus antiguos colaboradores.

Pero, ¿cómo arrancar tal promesa a su Gabinete? ¿Se habrían hecho, realmente, amigos suyos aquellos hombres durante los años que habían trabajado juntos? Welles y Stanton le eran fieles, aunque celosos el uno del otro, como lo están siempre el ejército y la marina. "Si Stanton le ha dicho a usted que yo soy un asno, seguramente que lo soy, pues él tiene casi siempre razón y dice, generalmente, lo que piensa." Al influyente Blair acababa de destituirle Lincoln en un momento sumamente desfavorable. Seward, en un principio celoso del Presidente, pero unido ahora a éste por la antipatía a sus colegas, no era, sin embargo, de naturaleza propia para tener cariño a nadie. Por otra parte, el mismo carácter irregular de Lincoln no era el más adecuado para hacer un todo homogéneo de un puñado de hombres; razón por la cual había sido siempre su Gabinete una estructura amorfa. ¿Debería dar a aquellos hombres, entre los cuales había dos nuevos, y por tanto desconocidos, tan peligrosa prueba de debilidad? Pero es el caso que necesitaba sus firmas. ¿Qué hizo, pues? Llegó a la reunión del Gabinete, puso sobre la mesa el compromiso, escrito en una hoja de papel, plegada de modo que no pudieran leer el contenido, y les pidió que firmaran sin leerlo. Luego de firmado, lo lacró y se lo llevó consigo.

Que firmaran así, a ciegas @sorprendidos, pero no alarmados, es una de las pruebas más decisivas del poder sugestivo de Lincoln. Pues hay que tener en cuenta que cuando hizo circular así el pliego, para su firma, alrededor de la mesa del consejo, no se hallaba entre amigos, sino entre funcionarios, de los cuales, dos, como

máximum, le tenían un personal afecto. No cabe duda de que si la Historia coleccionara alguna vez los documentos en que mejor se manifestara el carácter de Lincoln, tendría que figurar entre ellos esta hoja en la que un padre prudente y lleno de experiencia trataba de prevenir el futuro.

Súbitamente, operóse un cambio en la opinión. Pocos días después de aquella firma a ciegas, llegó la noticia de que Sherman había realizado una marcha victoriosa hacia Georgia, conquistando Atlanta, y permitiendo a Lincoln, como contestación al convenio de los demócratas cansados de la guerra, organizar un solemne acto de acción de gracias por las nuevas victorias. Como ahora el ejército del Oeste se hallaba en condiciones de adentrarse en territorio enemigo, creció en todo el Norte la esperanza y, con ella, las probabilidades electorales favorables a Lincoln. Los asaltos a los Bancos, los robos y asesinatos en la frontera canadiense demostraron a los ciudadanos a lo que podía conducir una revolución en tiempo de guerra. Schurz dejó su puesto de general, para poder abogar por Lincoln, como hiciera cuatro años antes, y hasta el mismo Chase, después de varios meses de enemistad, tomó una resolución semejante. En aquella nueva disposición de ánimo, efecto de la victoria, los demócratas no hicieron sino perjudicarse a sí mismos al hablar, desde las tribunas, del fracaso de la guerra, y los jefes del partido se sintieron todavía más intranquilos al oír que el mismo McClellan preconizaba la continuación de la lucha. Hasta el Sur contribuyó indirectamente a la reelección de Lincoln, preguntándoles a los prisioneros, antes de canjearlos, por quiénes pensaban votar, y permitiendo sólo a los demócratas volver al Norte, con lo cual no hacía otra cosa que comprometerlos. Pero los partidarios más entusiastas de Papá Abraham fueron, sobre todo, los soldados.

Lincoln sabía, realmente, granjearse su voluntad, como cuando, hablando a un regimiento de Ohio, les dijo: "Temporalmente ocupo yo esta gran Casa Blanca. Soy, pues, la prueba viva de que cada uno de vuestros hijos puede esperar venir a ocuparla exactamente con las mismas probabilidades que tuvo el hijo de mi padre. Y para que todos vosotros tengáis, gracias a este gobierno libre que habéis disfrutado, un horizonte abierto y las mejores probabilidades de emplear vuestra laboriosidad, inteligencia e iniciativa, para que todos tengáis los mismos privilegios en la lucha por

la vida, dentro de las aspiraciones legítimas, es por lo que debe continuarse esta guerra, que defiende nuestros derechos de la sangre."

El día de las elecciones hallábase Lincoln, como era su costumbre por la tarde, en la cámara telegráfica del ministerio de la Guerra, rodeado de algunos conocidos. Pero esta vez no era el avance de sus generales lo que el telégrafo debía comunicarle, sino el de sus electores; y quizá pensase en aquel otro día, cuatro años antes, cuando esperaba, en su casita de Springfield, las noticias de los Estados lejanos y de las grandes ciudades. Pero, ahora, como entonces, en el corazón de la capital, como en la villa provincial, al cabo de seis meses de constante excitación, comprendía que era preciso conservar la serenidad en el día de la prueba decisiva. Stanton leía los telegramas, Lincoln les echaba una ojeada y los comentaba. Hasta que hubo unos minutos de pausa, que aprovechó Lincoln para llamar a uno de sus secretarios y preguntarle: "¿No ha leído usted los escritos de Petroleum Nasby?"

"No he hecho más que mirarlos por encima, contestó aquél; y por cierto que me parecen muy cómicos."

"Bueno, añadió Lincoln, permítanme leerles una muestra." Y sacó del bolsillo un cuaderno amarillo y leyó en alta voz las caricaturas políticas de aquel humorista. Stanton se impacientaba, pero Lincoln siguió leyendo, impertérrito, hasta que llegaron nuevos despachos; y, una vez leídos éstos, aún hubo de proseguir con la lectura de aquellas extravagantes anécdotas. Era uno de esos momentos en los cuales aquel hombre, tan moderado, necesitaba calmar su tensión nerviosa bromeando o haciendo chistes, momentos, por lo general, muy poco gratos a las personas bien educadas de ambos sexos que le rodeaban, pero que a nosotros, al cabo de medio siglo, nos dan la clave del corazón de este hombre, el más natural y sencillo de cuantos han gobernado a sus semejantes.

Por una arrolladora mayoría, 212 votos electorales de 233, fue Lincoln elegido por segunda vez. De los Estados que tomaron parte en las elecciones, sólo tres votaron en contra de Lincoln, entre ellos Kentucky, su país natal. La diferencia entre las cifras de esta votación y las de su primera elección se debía a la secesión del Sur.

En la noche que siguió al día de la votación, habló a la multitud, expresándose en los siguientes términos: "Doy gracias a Dios por esta aprobación del pueblo. Pero, como creo conocer mi corazón, puedo afirmar que, aunque agradecido a esta prueba de

confianza, no hay en mí el menor asomo de triunfo personal, pues no es un placer para mí el triunfar de nadie." Y al día siguiente, por la noche, después de una serenata con que fue obsequiado, volviendo a ocuparse de un antiguo problema, resumió del modo siguiente sus ideas sobre el problema del Estado:

"Desde hace largo tiempo es una grave cuestión la de si un Gobierno que no sea demasiado fuerte para las libertades de un pueblo podrá ser lo bastante fuerte para mantener su existencia en los trances difíciles... Lo que aquí ha sucedido se repetirá siempre que concurran circunstancias análogas, pues la naturaleza humana no cambia. En todas las grandes crisis nacionales futuras puede asegurarse que tendremos hombres tan fuertes y tan débiles, tan necios y tan sabios, tan buenos y tan malos como hemos tenido en ésta. Por lo tanto, estudiemos los incidentes de ella para aprender de los mismos, pero sin considerarlos como males que hubieran de ser vengados... La votación ha demostrado, además, que un Gobierno popular puede llevar a cabo unas elecciones populares en medio de una gran guerra civil, lo que hasta hoy había considerado el mundo como imposible. Ello prueba también lo unidos que estamos y la fuerza de que aún disponemos... El que alguien pudiera sentirse decepcionado por el resultado de las elecciones no es, ni remotamente, motivo de satisfacción para mí, y me pregunto si podré rogar a los que han estado a mi lado que compartan esta disposición de mi ánimo con respecto a aquellos que no lo estuvieron. Y ahora, señores, permitidme que termine pidiéndoos de todo corazón que me acompañéis en tres fervientes ¡hurra! por nuestros heroicos soldados y marineros, así como por sus valerosos y hábiles jefes."

Ni una sola palabra de jactancia, ni el menor ademán de vanagloria. Sólo una sencilla manifestación de gratitud, junto al pensamiento de un escéptico que, ni por un instante, se excluye de la imperfección humana. Y, entre estas manifestaciones delicadamente formuladas, pronunciadas casi con temor, la súplica de que, en vista del peligro común, dejasen de querellarse unos contra otros.

De esta actitud del vencedor en la lucha electoral puede inducirse la forma humanitaria y hábil con que Lincoln, como vencedor en la guerra, habría pacificado y reconstruido el Sur. De todos modos, la obra estaba ya comenzada.

Deseo gobernar en tal forma que, al final, cuando haya dejado las riendas y haya perdido todas las amistades sobre la tierra, me quede cuando menos un amigo dentro de mí." Pero, justamente porque gobernaba ajustándose a esta idea, se le combatía encarnizadamente, y hasta es muy posible que no hubiese triunfado en las segundas elecciones si las últimas victorias en los campos de batalla no hubiesen justificado plenamente su política; y porque gobernó con arreglo a aquel principio es por lo que fue, hasta en el Congreso, durante el último año de su vida, acusado de haberse excedido en sus derechos y arrogado poderes dictatoriales en relación con el espinosísimo extremo de la reconstrucción del país. Su opinión, efectivamente, vacilaba con respecto a la cuestión de hasta qué punto tenía el Congreso derecho a rechazar diputados y senadores de las regiones reconquistadas, ya se tratara de nuevos nombramientos o de los antiguos, repuestos en sus cargos, cuestión que aún se tornaba más ardua al referirse a los Estados fronterizos.

Por lo pronto, este año, en Missouri, había resultado indispensable el afiliarse a un partido u otro; la neutralidad era sospechosa y la propiedad no estaba segura. Por esta razón, escribió al gobernador dándole un consejo que aun hoy debiera inculcarse como máxima de oro a todo militar imparcial: "Procure, le decía, que sus tropas sean lo bastantes fuertes para rechazar los ataques del enemigo, pero no para molestar y perseguir sin necesidad al pueblo. Es una labor muy difícil, ya lo sé... Procure, sin embargo, hacerlo así, y si le atacan los dos bandos o no le ataca ninguno, ello será acaso señal de que ha obrado usted justamente. ¡Pero guárdese mucho de ser atacado por el uno y alabado por el otro!"

Louisiana, Tennessee, Missouri y Maryland venían, desde el año 63, pensando en constituir nuevos Gobiernos para reintegrarse a la Unión. Mas al tratar de ponerlo en práctica se encontraron con que carecían, casi en absoluto, de antecedentes fidedignos que les indicasen la forma de anudar nuevamente los cabos sueltos. Entonces, Lincoln, con la mayor cautela a fin de no resultar autoritario, cosa que los Estados aisladamente y el Congreso en conjunto no habrían sin duda dejado de echarle en cara, acudió a todas partes, dando consejos y actuando de mediador, como un padre disfrazado de diplomático. Aquel mismo verano escribió a un general de Louisiana: "Aunque yo sé muy bien lo que más le convendría a este Estado, es ya cosa muy distinta el asumir la dirección. Me serviría de satisfacción que promulgasen

ustedes una nueva Constitución reconociendo la proclama de emancipación y adoptando ésta en aquellos distritos a que no se refiere la proclama. Y, llegado el caso, no sería malo adoptar un sistema práctico, por medio del cual pudieran las dos razas ir modificando sus antiguas relaciones e implantando las que, de aquí en adelante, deben ser las suyas."

Más tarde, ya adelantadas las cosas en este sentido, escribió de nuevo al gobernador: "Ahora que se disponen ustedes a celebrar una convención que, entre otras cosas, definirá el derecho electoral, me atrevo a sugerir a su consideración particular si no convendría incluir en el censo a algunos ciudadanos de color, seleccionados entre los que posean especiales dotes de inteligencia y entre los que hayan luchado valerosamente en nuestras filas, pues, en los borrascosos tiempos que se avecinan, sin duda nos ayudarían a mantener en la nueva era el precioso tesoro de la Libertad." De esta manera tan incierta era como se iba entonces, ante dudas y vacilaciones, a la resolución de los más importantes problemas de la nación. Sin embargo, por aquellas mismas fechas, poseído de una impaciencia e intranquilidad desacostumbradas, escribía Lincoln a Johnson, gobernador de Tennessee, apremiándole en forma hasta entonces desconocida en él:

"Todo Tennessee está ya libre de enemigos armados. Por lo tanto, no creo necesario tener que recordarle que ha llegado la ocasión de constituir un Gobierno leal. No hay que perder un solo momento. Usted y sus amigos pueden resolver ahí, sobre el terreno, mucho mejor que nosotros desde aquí. No obstante, voy a permitirme hacerle unas cuantas indicaciones. La reconstitución no debe ser tal que ponga otra vez la dirección del Estado, y su representación en el Congreso, en manos del enemigo de la Unión, desterrando a sus amigos del campo de la política. Toda la lucha por Tennessee habría sido inútil para el Estado y para la nación si terminase destituyendo al gobernador Johnson y nombrando, en su lugar, a Harris. Esto no debe ser. Es preciso que se las arregle usted para que ello no ocurra." Por primera y única vez en su vida emplea Lincoln la apremiante frase napoleónica "no hay que perder un momento". Y diríase, realmente, que él mismo se siente apremiado por la necesidad.

Al mismo tiempo eleváronse diversas voces en el Congreso proponiendo nuevos planes para la reconstrucción, pretendiendo que se obrase con arreglo a ellos y no a

los del Presidente. Y cuando, poco antes de su reelección, sin haberlo consultado con nadie, propuso Lincoln una proclama acerca de la reconstrucción, que llevaba aparejada una amnistía general, media Cámara se alzó en contra suya. Según aquella proclama, y para disfrutar de sus beneficios, bastaba sólo que los condenados por delitos políticos jurasen cumplir la Constitución y las leyes y favorecer la abolición de la esclavitud. Además, debería reconocerse como Gobierno legítimo de un Estado el que, de acuerdo con aquel juramento, fuese reintegrado al Poder por una décima parte de los electores de 1860. Pero todos estos planes parecieron demasiado suaves para la mayoría del Congreso, que hizo burla del perdón propuesto por Lincoln, considerándolo como una debilidad y fuerza es reconocer que quizá un poco excesiva por aquel entonces esta amnistía tan general. Pero como si presintiera que no había de quedarle tiempo suficiente para terminar la reconstrucción después de la guerra, apresuróse Lincoln a realizar lo que más le interesaba de todo aquello, a saber: la abolición de la esclavitud.

"La guerra está casi terminada. Luego es preciso que el Gobierno retire sus fuerzas de todos los Estados del Sur. Más tarde o más temprano, tendremos que retirarlas. Ahora, lo que deseo de vosotros os lo diré en cuatro palabras: ¡haced cuanto podáis, por todos los medios imaginables, para que los negros, una vez libres, tengan derecho a votar! Es preciso convertirlos en electores antes de retirar nuestras tropas. El voto será su única defensa cuando hayan desaparecido las bayonetas y ellos necesiten esa protección. Desde aquí preveo ya lo que ocurrirá." Así es como hace rumbo, con mano firme, hacia la época de la paz, que tan de acuerdo está con su naturaleza; así late aquel corazón consciente de su responsabilidad, al sentirse solicitado para asegurar la paz entre los hombres.

Esta sutil simpatía, fuente de toda su fuerza, que en los primeros años de guerra, obligado por las circunstancias, tuvo necesidad de ocultar o, por lo menos, de no dejar apenas que se manifestase, se exteriorizó a última hora en toda su intensidad. Y entonces, lo mismo que en su juventud, este sentimiento alcanzaba, por igual, a blancos y a negros, razón por la cual ninguna clase comprendió a aquel hombre mejor que los trabajadores. Véase cómo contesta a un comunicado de felicitación que le dirigieron los tradeunionistas de Manchester en una de aquellas magníficas cartas en las cuales diríase se comunicaba con el mundo en general:

"Un deber supremo se me imponía: el de conservar y defender a toda costa la Constitución y la integridad del Estado. El propósito consciente de cumplir este deber es la clave de todas las medidas que el Gobierno ha tomado y pueda tomar en lo sucesivo... No siempre está en la mano del Gobierno ensanchar o limitar el horizonte moral... Un examen imparcial de la Historia autoriza la creencia de que las pasadas acciones e influencias de los Estados Unidos fueron en general beneficiosas a la Humanidad. Por eso he contado de antemano con la indulgencia de las naciones... A causa del proceder de nuestros conciudadanos desleales, han tenido los obreros de Europa muchas dificultades que vencer, dada la intención manifiesta de obligarlos a reconocer aquel proceder. En tales circunstancias, no puedo menos de considerar vuestra decidida adhesión como un alto ejemplo de sublime heroísmo cristiano, que nunca, ni en parte alguna, ha sido sobrepujado... Es, en efecto, una enérgica y consoladora afirmación de la fuerza inherente a la Verdad, y del triunfo definitivo y universal de la justicia, la Humanidad y la Libertad."

Hay que aventar el polvo que sobre tales palabras han ido acumulando mil luchas callejeras para, una vez limpias, poder contemplarlas en su primitivo esplendor, Entonces las veremos tales como Lincoln las viera, pues aunque durante aquellos años tuviera que conservar día tras día su vista fija en la tierra, aún podría encontrar, de cuando en cuando, algunas horas del anochecer en que levantar sus ojos hacia las estrellas. Siempre vio un ideal realizable en la reconciliación de las clases. Cuando los obreros de Nueva York le nombraron miembro de honor de su Sociedad, dijo a la comisión que fue a notificárselo:

"Comprenderéis muy bien, como demuestra vuestro mensaje, que el movimiento actual significa más y persigue otros fines que la mayor o menor duración de la esclavitud africana y que, en verdad, es una guerra por los derechos de todos los trabajadores. Pues bien, para que veáis que yo lo pensaba así desde el principio de la guerra, voy a leeros un mensaje de mi manifiesto de diciembre del 61 al Congreso, ya que no podría expresarle mejor ahora de palabra." (Sigue aquel párrafo sobre el capital y el trabajo.) Y continúa: "Nadie tan profundamente interesado en resistir a la actual rebelión como los trabajadores. Por lo tanto, guardaos muy mucho de prejuicios, divisiones y hostilidades intestinas. El caso más terrible de las algaradas del verano pasado fue el ahorcamiento de unos cuantos

trabajadores por otros trabajadores. ¡Eso no debería haber sucedido nunca! El vínculo más fuerte de la simpatía humana, junto con el de la familia, debería ser el que uniese a los trabajadores de todas las naciones, lenguas y razas. Pero esto no debería llevar a una guerra contra la propiedad y los propietarios. La propiedad es el fruto del trabajo. La propiedad es deseable. Es un bien positivo en este mundo. El que algunos sean ricos demuestra que otros pueden llegar a serlo y, por lo tanto, es un estímulo para aplicarse al trabajo. No permitáis que el que no tenga casa destruya la de otro, antes al contrario, convencedle de que trabaje animosamente, a fin de que pueda también llegar a tener la suya propia, asegurando así, por el ejemplo, que su casa, una vez construida, habrá de quedar a salvo de la violencia." He aquí, una vez más, el arte de Lincoln para la creación de ideas, como si fallasen sus palabras en el granito de la razón. Pero, en realidad, este arte era sólo una expresión de su carácter, que abarcaba la cabeza y el corazón. Nunca se ha llegado a resolver problema tan difícil por medios más sencillos, y todavía, al cabo de sesenta años, y por encima de la balumba de libros y discusiones, se nos aparecen sus palabras tan hondas y fuertes como cuando las pronunciara, pues no era la fraseología de un pensador o un estadista hablando desde lo alto de su pedestal al hombre del pueblo, sino las palabras derechas y sin afeites de un simple hombre de campo que, aunque llegado a estadista, conserva la sencillez primordial que su mismo rostro, franco y abierto, surcado de profundas arrugas, bastaba ya a mostrarnos claramente...

La vida privada había terminado. En su lugar, trabajos, agitaciones, enemigos en el país, reveses en el exterior, peligros amenazando la obra de los antepasados y hasta la pura aspiración de su propia vida. Todo esto, casi sin tregua, durante tres y cuatro años. El gigantesco cuerpo del leñador había sido atacado desde adentro, minado, por así decirlo, y marcado en muchos sitios. Una enfermedad, especie de viruelas, que contrajo en el campo de batalla, lo tuvo algún tiempo abatido. Se quejaba de un frío continuo en las piernas, pero permanece firme, y solamente en muy raras ocasiones, o después de una noche pasada en vela con alguna preocupación, se echaba un rato sobre un sofá, en casa de Welles, o se declaraba

demasiado cansado para recibir visitas. "No sé cómo descansar, decía. Puede que sea bueno para el cuerpo; pero lo que está cansado en mí está muy adentro, y no es posible llegar a ello."

Con los años aumentaron los sobresaltos, en vez de disminuir. Cuando en el frente iban bien las cosas, arremetían contra él, en el interior del país, los partidos políticos; si, por el contrario, se gozaba de tranquilidad en el interior, en seguida disminuía el reclutamiento. Y cuando, por rara casualidad, parecía que todo iba bien, eran los mutuos celillos e intrigas de ministros y gobernadores lo que venía a turbar al jefe. Añádase a eso el diario espectáculo de los sufrimientos de la guerra, pues dentro de Washington, en las colinas de los alrededores, hasta en las afueras, todo aparecía sembrado de hospitales y tiendas para enfermos y heridos, mientras las filas de camillas parecían desfilar interminablemente ante los ojos del Presidente cada vez que salía a dar una vuelta.

Le gustaba montar a caballo y era buen jinete.. pero muy duro de mano, por lo que estropeaba muchos caballos; y, en sus paseos, tanto a caballo como en coche, tenía que atemperarse a las precauciones de Stanton, que lo hacía acompañar siempre de una guardia personal. A veces, cuando iba mal la cosa en el campo de batalla o cuando un despacho le robaba el sueño, levantábase a medianoche, si era en verano y estaba en el campo, montaba a caballo y, solo, dirigíase al ministerio de la Guerra, a la merced, en tales ocasiones, de cualquier atentado.

Serían aproximadamente las once de la noche, un día del mes de agosto, cuando los centinelas del "Hogar del Soldado" oyeron un disparo de fusil, seguido poco después del galopar de un caballo. A los dos o tres minutos veían entrar, a galope, al Presidente, solo y sin sombrero, y más tarde de lo que tuviera por costumbre. Al soldado que acudió a ayudarlo a desmontar le dijo: "A poco se me desboca. Salió disparado antes de que pudiera sujetarlo como es debido." El soldado le preguntó por el sombrero: "Alguien disparó al bajar la cuesta, contestó; el caballo se espantó y perdí el sombrero." Los soldados y el cabo marcharon hacia el sitio donde se oyera el disparo y encontraron el sombrero atravesado por una bala. A la siguiente mañana se lo presentaron al Presidente, que lo recibió bromeando, y manifestó su deseo de que no se hablase de ello. Desde entonces, nunca más salió solo.

Otras veces pasaba el resto de la noche escribiendo o leyendo en la Casa Blanca y, por las mañanas, deprimido y cansado por el trabajo nocturno, salía a dar una vuelta a caballo. Esta depresión era bastante corriente, siendo, como era Lincoln, incapaz de alegrarse de las derrotas del enemigo, ni de odiarle, y constituyendo la guerra civil una continua pesadumbre para él, ya que, al fin y al cabo, se trataba de hermanos suyos. "La guerra, dijo en un discurso el último año de su vida, ha llevado el luto a tantos hogares, que casi puede decirse que hasta el cielo está colgado de luto."

Sin embargo, su misma soledad y su innata melancolía era lo que le impedía caer en una depresión absoluta, pues hasta entonces se había acostumbrado siempre a buscar distracción en el mundo de sus semejantes, librándose, por así decirlo, de sí mismo. Pero ahora las sombras se adensaban en torno suyo, como si tendieran, día tras día, a reproducirle objetivamente la oscura imagen de su propio mundo subjetivo. ¡Y pensar que de todo ello se le hacía responsable! No le quedaba, pues, otro recurso que buscar en sí mismo, cada vez con mayor ahínco, la sanción de su obra. "Yo lo hago todo lo mejor que puedo y así continuaré hasta el final. Si el final me da la razón, entonces todo cuanto se diga en contra mía carecerá de valor. Si, por el contrario, me la quita, de nada me servirá entonces el que diez ángeles jurasen que la tenía." Estas palabras, tan conmovedoras al par que serenas, fueron pronunciadas delante de un íntimo, como hablando consigo mismo; pero, a veces, también las decía, más o menos exactamente, en público, aunque entonces de modo más enérgico.

Un día se le presentó una comisión de radicales de Missouri, amenazándole con la revolución si no suspendía el gobierno del país con arreglo a la ley marcial. Y como Lincoln se negase a ello, uno de los comisionados le dijo bruscamente, cara a cara, que él sería responsable de cuanto sucediese y que la sangre derramada caería sobre él. ¿Lo fulminará con la mirada y le mostrará la puerta? Lejos de ello, le escucha, en pie ante ellos, y las lágrimas le corren por las mejillas. Pero, de pronto, se yergue y dice: "Ustedes parecen venir como amigos si yo les doy la razón; pero en el caso contrario... Sé de sobra que muchos, y hasta algunos de los que me oyen, y no he de nombrarlos, me han acusado, e discursos públicos y en la Prensa, de tiranía y despotismo, afirmando que trato de imponer en todo mi voluntad personal."

Pero la verdad es que no ha estado nunca en mi intención el ser un tirano. Por lo menos, he de tratar de no serlo a los ojos de mi propia conciencia." Unos instantes después, habiendo descubierto entre los que formaban la comisión a dos antiguos conocidos, y habiéndoles retenido para charlar un rato con ellos, los demás delegados pudieron oír, cuando salían, la risa sonora del Presidente resonando a través de los salones. A tal punto podía cambiar instantáneamente el estado de ánimo de Lincoln; afortunada disposición, sin la cual mal habría podido soportar tan grave carga de zozobras y preocupaciones.

Otro día es un miembro del Congreso que viene a hablar al Presidente de asuntos importantes. Antes de entrar en materia, le cuenta Lincoln una anécdota. Pero el político protesta, diciendo que no ha venido para escuchar historietas y que el asunto que le trae es muy serio. Lincoln cambia entonces de tono y le dice: "Está bien: tenga usted la bondad de tomar asiento. Yo le tengo por hombre serio y sincero. Pero le aseguro que no puede usted estar más profundamente preocupado que lo he estado yo de continuo, desde que comenzó la guerra. Y también puedo asegurarle que, si no hubiese sido por estos desahogos ocasionales, hace tiempo que me habría muerto." Hasta en el tono de la voz diríase que percibimos su gentileza, su mesura, su reconocimiento de la seriedad del interlocutor y su sincero deseo de hacerse comprender de hombre a hombre.

"Estamos con el alma en un hilo, le dicen en otra ocasión: Burnside está sitiado, no se reciben noticias hace mucho tiempo y se teme que tengan que rendirse..." Hasta que llega un telegrama anunciando que se oyen cañonazos en la dirección de Knoxville: "Me alegro, dice entonces Lincoln. Y por cierto que esto me recuerda a mistress Sally Ward, una antigua vecina mía. Esta señora tenía una familia numerosísima. Así, cada vez que oía gritar en algún lugar apartado a uno de sus vástagos, solía exclamar muy satisfecha: ¡Vamos, veo que todavía vive uno de mis hijos!

Rara vez le quedaba tiempo para leer un libro y, cuando podía, prefería hacerlo en compañía de su hijo Tadd. Si de cuando en cuando citaba a Shakespeare, era en un sentido de ironía política, como cuando repetía, con cierta frecuencia, aquel verso de Ricardo II: "Por amor de Dios, sentémonos en el suelo y contémonos historias tristes de la muerte de los reyes." En una carta particular escribe: "Algunas de las obras de

Shakespeare no las he leído nunca, pero, en cambio, otras las he leído tantas veces como cualquier lector profano. Entre éstas: Lear, Ricardo III, Enrique IV, Enrique VIII, Hamlet y especialmente Macbeth. Nada hay, a mi juicio, comparable a Macbeth. Esta obra es sencillamente maravillosa. A diferencia de ustedes, los entendidos, considero el monólogo de Hamlet que comienza: "Oh, my offence is rank" superior al "To be or not to be". Pero perdón por este intento de crítico." ¡Qué riqueza de contenido en estas líneas fugaces! ¡Con qué modestia trata de quedar siempre en último lugar! ¡Qué franqueza la suya para confesar lo que no sabe! Y lo que más asombra, aunque conociendo su carácter se comprende fácilmente, es que, respirando aquel ambiente de egoísmo de los políticos que le rodeaban, al borde siempre de un abismo, no necesitase contemplar la semejanza de su propio yo, sino, antes bien, propendiese naturalmente a la contemplación de sus contrafiguras y sintiera, por tanto, un especial amor por Macbeth.

También venían a su espíritu ideas excelentes, cuya expresión sólo por el azar afortunado ha llegado hasta nosotros. Así, un día que iba de paseo en coche con unas damas, habiéndose entablado una discusión acerca de las diferentes clases de árboles, dijo Lincoln: "Dejadme a mí hablar de un asunto que entiendo. Siendo como soy un hombre de los bosques, todo cuanto se refiere a los árboles me es familiar... Los árboles, en sus apariencias, son tan engañosos como cierta clase de hombres, y únicamente el buen fisonomista puede percibir los diferentes rasgos morales antes que los acontecimientos los hayan desarrollado. ¿No creen ustedes que convendría establecer en todos los centros de enseñanza algo así como una escuela de acontecimientos, llevada a cabo con arreglo a los últimos adelantos de los pensadores? Pues sólo mediante un activo desarrollo puede formarse el carácter y probarse las aptitudes. Ahora me refiero a hombres y no a árboles; éstos pueden ensayarse más fácilmente que aquéllos, y su análisis cuesta más barato. Lo que digo no pasa, desde luego, de ser una ocurrencia; pero cuando hablo de una escuela de acontecimientos, me refiero a una escuela en la cual los estudiantes, antes de entrar en la vida real, pudieran pasar ficticiamente a través de las dificultades y situaciones necesarias para revelar sus aptitudes y facultades. Así, por ejemplo, podría escogerse, de entre los estudiantes, un soldado invencible, a la altura de la situación, o un político tan hábil, que nadie pudiera engañarle, etcétera. Cosas todas

que deberían poder encargarse de antemano, dada la confusión y el desconcierto que crea a veces el fracaso en estos respectos. Realmente, no hay análisis más peligroso ni más caro que el que consiste en probar a un hombre."

Es seguro que muchas otras ocurrencias semejantes no han pasado a la posteridad porque los que las oyeron no se cuidaron de anotarlas. Pero, ateniéndonos a estos ejemplos y a la línea general de su evolución, sin duda no sería demasiado aventurado inferir que Lincoln, cuya robusta naturaleza parecía ser destinada por Dios para alcanzar una avanzada edad, habría propendido cada vez más, en los últimos años, a la pedagogía y las ciencias didácticas.

Por aquel entonces, sólo muy de tarde en tarde le quedaba tiempo para dedicarse a la cuidadosa elaboración de algún discurso, cosa que siempre fue uno de sus pasatiempos favoritos, al par que uno de los mejores medios de serenarse. En tales casos, el poeta que había en él encontraba campo en que explayarse procurando encontrar los términos más expresivos, esfuerzo al que venía a sumarse el deseo natural de formular en palabras los sentimientos de su familia grande. Después del discurso de toma de posesión de la Presidencia y de la proclama, probablemente en ninguna puso Lincoln tanta atención y empeño como en la breve oración que pronunciara con motivo de la consagración de un cementerio en Gettysburg. Ante miles de oyentes y al aire libre, había hablado antes que él, con clásico atuendo, el orador más célebre del país, el apuesto y venerable Everett, empleando dos largas horas en su peroración. En seguida, y en medio de gran expectación, subió a la tribuna el Presidente y, sacando un manojito de cuartillas del bolsillo de su levita, escogió de entre ellas una sola, se puso con ademán llano las gafas y, con su aguda voz de tenor, leyó unas cuantas frases, tan de prisa, que los fotógrafos estacionados frente a él tuvieron apenas tiempo de impresionar una placa. He aquí sus palabras:

"Hace 87 años, nuestros abuelos constituyeron en este Continente una nueva nación, concebida en el más amplio espíritu de libertad y basada en la idea de que todos los hombres nacen iguales. Ahora nos hallamos envueltos en una gran guerra civil, llamada a demostrar si esta nación u otra cualquiera, así concebida y basada, puede vivir largo tiempo. Nos encontramos en este momento sobre un gran campo de batalla de esta guerra, parte del cual queremos dedicar a lugar de reposo de

aquellos que aquí dieron sus vidas para que la nación pudiese vivir. Y no cabe duda que es justo y honorable que así lo hagamos.

"Pero, en un sentido más amplio, no somos nosotros quienes podemos consagrar ni santificar este suelo. Los héroes, vivos o muertos, que aquí lucharon, lo han consagrado ya, mucho más allá de lo que nuestras pobres fuerzas pudieran añadirle o restarle. El mundo apenas advertía, y desde luego no recordará largo tiempo, lo que aquí hicieron ellos. A nosotros, los que aún vivimos, nos toca consagrarnos a la obra, no terminada, que aquellos valientes adelantaron tan notablemente. A nosotros nos toca consagrarnos a la enorme tarea que aún queda por hacer, y que estos muertos gloriosos nos infundan su devoción a la causa por la cual derramaron hasta la última gota de sangre. En lo más íntimo de nuestros corazones decidamos que estos muertos no habrán muerto en vano, que esta nación asistirá, con la ayuda de Dios, a la resurrección de la libertad, y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de la tierra."

Estas palabras no parecieron causar gran impresión en el auditorio. Y los entendidos en oratoria se manifestaron unánimemente en favor de Everett. Éste, en cambio, fue el único que después escribió al Presidente diciéndole que sus pocas palabras habían superado en mucho a su discurso.

Pero lo que Lincoln con sincera convicción negara es lo que ocurrió al fin y al cabo. El nombre de Gettysburg es ya solamente el de una batalla, entre las muchísimas que fueron libradas sobre la tierra. Muy pocos son los que en Europa han oído hablar de ella o conocen el nombre del vencedor: y si aún en los Estados Unidos se menciona de pasada a los niños, es exclusivamente a causa de estas pocas palabras pronunciadas por un hombre enlevitado y arrastradas por el aire, apenas pronunciadas, que hicieron inmortal el nombre del paraje y demostraron, una vez más, que si Homero puede perfectamente crear sin Aquiles, éste, en cambio, no podría conquistar la inmortalidad sin Homero.

La desilusión de Mary no había hecho sino aumentar. El boato de la Casa Blanca, los esplendores con que había soñado, apenas podían desplegarse en aquel tiempo de guerra, y las pocas veces que dio una gran fiesta, el éxito no correspondió a sus

esperanzas y el aplauso del público le fue regateado. Por otra parte, su temperamento nervioso y los modales poco refinados del Presidente no eran los más apropiados para una recepción ceremoniosa de varios centenares de invitados; no es, pues, de extrañar que hasta los íntimos describiesen tales fiestas como poco concurridas y eludiesen al desorden que en ellas reinaba. Pero, ¿qué es lo que hubiera podido satisfacerla durante aquellos años sino la ostentación del poder y la ilusión de predominio social, aunque, en realidad, este poder le perteneciese sólo como una sombra sin cuerpo?

Si hubiese sido una esposa abnegada, sin otro deseo que el de aliviar en lo posible la terrible carga del marido, que diríase llevaba sobre sus hombros todo el peso de la guerra; o hubiera sido, cuando menos, una compañera discreta, en la que, de cuando en cuando, hubiese podido buscar consejo el Presidente, sin duda habría experimentado más satisfacciones que las que pudo proporcionarle aquella engañosa vida de aparente fausto, a la que faltaba la base de una sociedad en estado de paz.

Hay que tener en cuenta, además, que Mary era natural del Sur y que, como tal, el pueblo abrigaba ciertas sospechas, por absurdas e infundadas que fuesen éstas, respecto a su lealtad, llegando a acusarla, si no de traición al país, cuando menos de facilitar el espionaje. Miles de personas, dentro y fuera de Washington, y cada vez eran más los enterados, sabían que la esposa del Presidente tenía sus hermanos y parientes en el ejército enemigo, y si los soldados componían canciones injuriosas contra ella y hablaban de amantes que no había tenido, y pronunciaban su nombre unido al de Jefferson Davis, todo ello no era sino un síntoma del aislamiento en que vivía con respecto al pueblo, por modo radicalmente contrario a su marido.

Cuando su hermano murió en el campo de batalla, no le fue permitido llevar luto por él, teniendo, por el contrario, que manifestar exteriormente su alegría por la conquista de los Estados del Sur, aunque su hermano segundo fuera mortalmente herido en Vicksburg. Una tercera victoria del Norte le costó la vida a un tercer hermano suyo, que también servía en las filas enemigas. Asimismo murió el cuñado, que al principio de la guerra, rechazando los ofrecimientos de Lincoln, se declarara en pro del Sur; y cuando su viuda, la hermana de Mary, habiendo manifestado sus deseos de visitar a su madre en Kentucky, recibió de manos de Grant el pasaporte para el viaje, se negó a prestar el juramento necesario. En vista de ello, el

Presidente telegrafió: "Envíenmela aquí." Y, en efecto, la viuda vino a Washington y las dos hermanas se encontraron después de haber perdido tres hermanos en la guerra y de haber estado sus respectivas familias en lucha una contra otra durante tres años. Por último, Lincoln la dejó regresar al Sur sin que prestase juramento. Sin embargo, no paró en esto la cosa, pues, hallándose en Kentucky, al verano siguiente, su conducta fue objeto de sospechas, y tuvo Lincoln que telegrafiar al general en jefe: "Me entero de que, días atrás, quiso usted mandar prender a la viuda del general Helm (éste era su nombre), y que no lo hizo así por haber presentado aquélla el pasaporte expedido por mí. Debo advertirle, sin embargo, que no entra en mis propósitos el ampararla contra las consecuencias que pudieran acarrearle las palabras y actos sediciosos que, desde su regreso a Kentucky, haya podido pronunciar o realizar; de manera que si se entiende que el documento por mí expedido es una especie de salvaguardia para tales fines, considérelo desde este momento como anulado, tratándola con arreglo a la conducta que observe, exactamente lo mismo que haría con cualquier otra persona."

Otra hermana de Mary, igualmente del Sur, y que también poseía un pasaporte expedido por Lincoln, fue públicamente acusada de introducir mercancías al amparo de tal documento. Mary rompió sus relaciones con ella, y el Presidente se negó a recibirla y a extenderle el salvoconducto que necesitaba para su viaje. No contento con ello, cuando, poco más tarde, se enteró de que en el hotel donde se hospedara hablaba en favor del Sur, le mandó notificar que, si dentro de veinticuatro horas no había abandonado la ciudad, sería encerrada en la prisión del Capitolio.

Estos incidentes y sospechas, y también el deseo de evitarle la lectura de cartas injuriosas, hicieron que Lincoln dispusiera que toda la correspondencia que llegaba para Mary fuese abierta por uno de sus secretarios; pero, aunque esta precaución del marido no obedecía, en modo alguno, a la menor sospecha, sino simplemente al deseo de ponerla a cubierto de toda detracción posible, es lógico que no dejara de producir una impresión desagradable en el ánimo de ella, haciendo aún más sombrío el ambiente doméstico. Así, las misivas cruzadas entre los esposos, a juzgar por lo que de ellas ha podido llegar a nosotros, acusan cierta frialdad en el tono: "Si quieres venir a casa, de ti solamente depende, pues no hay, en contra de ello, ninguna razón que no existiera ya cuando te marchaste." En otra ocasión vemos a

Lincoln telegrafiar a Nueva York, con pareja frialdad, que "a ella toca decidir si regresa o continúa donde está". Pero, al día siguiente, le ponía otro telegrama diciéndole: "Me alegraría de que vinieses." Y veinticuatro horas después, habiendo tenido que aclarar el primer telegrama, que ella interpretara desfavorablemente, vuelve a asegurarle que "realmente desea verla".

Una vez, el hijo de Welles, todavía un mozo, hallándose muy cerca del coche presidencial, en el momento en que ambos esposos subían al mismo, los oyó discutir porque Mary insistía, repetidamente y con gran vehemencia, en que fuese ascendido cierto oficial, acabando por decirle, en vista de las reiteradas negativas de Lincoln: "¡Si no me lo prometes, aquí mismo me arrojo inmediatamente al lodo!" En vista de lo cual hubo de acceder el marido. Aunque no abunde la documentación sobre el particular, este ejemplo de la falta de equilibrio mental de Mary no es el único que ha llegado hasta nosotros. A raíz de la muerte de su hijo, estuvo como loca durante algún tiempo; no volvió a pisar la habitación donde aquél muriera y, en una ocasión, dio tales muestras de insensatez en la expresión de su dolor, que Lincoln hubo de decirle paternalmente y señalando al manicomio que desde allí se divisaba: "¿Ves aquel edificio blanco, mamá? Pues me temo que, si no dominas tu dolor, tendremos que llevarte allá."

A veces tenía visiones. El hijo muerto y los hermanos caídos en la guerra se le aparecían al pie de la cama, según contara ella misma a su hermana. También sentía miedo por Lincoln, en parte por un presentimiento supersticioso y en parte por el lógico temor a un atentado. Yendo una vez con unos individuos al teatro Ford (adonde iba Lincoln de cuando en cuando para distraerse) y habiendo tropezado el coche con un obstáculo, creyó que se trataba de un ataque criminal. La amiga que iba con ella la tranquilizó y, dirigiéndose al Presidente, le preguntó si los ocho soldados de caballería que los escoltaban bastarían para defenderlos. "No gran cosa, contestó Lincoln, con su viejo escepticismo. Por otra parte, creo que cuando llegue mi hora no habrá nada capaz de impedirlo." Cuando llegaron al teatro hubo necesidad de abrirles paso a través de la multitud, no pudiendo menos de pensar entonces la dama amiga de Mary lo fácilmente que allí habría podido tener lugar un atentado.

Realmente era asombroso que, durante cuatro años de odio y habiéndose presentado miles de oportunidades propicias, no hubiera pasado nada. Mary veía el peligro con los ojos y lo sentía con los nervios. Dada su fe absoluta en la premonición de los sueños, ¿cómo habría podido olvidar aquella visión a raíz de la primera elección de su marido, aquella doble imagen de dos cabezas, una fuerte y arrogante y la otra débil y decaída, que ella interpretara en el sentido de que una segunda etapa de mando traería aparejada la muerte de aquél? Pero, si se acordaba de ello, ¿por qué no aprovechó los momentos de duda de su esposo, aquellos momentos en que se sintiera inclinado a retirarse, para afirmarlo en tal idea? ¿A qué permanecer en esta mansión, de brillante fachada, pero poblada en su interior de tan negras sombras, si no era, realmente, aquel brillo lo que la atraía? En aquellas horas de examen de conciencia, la insistencia de una esposa amante habría sin duda ejercido una decisiva influencia sobre aquel hombre retraído, induciéndole a retirarse.

Pero, el ambiente conyugal que rodeaba a Lincoln era un ambiente glacial, lo mismo ahora, en el palacio presidencial, que antes, en la casa angosta y modesta; y lo único que su esposa le dio en la vida puede decirse que fueron los hijos. Una noche, en el campo de batalla, leyendo a un amigo El Rey Juan, al llegar al pasaje en que el rey dice que volverá a ver a su hijo en el cielo, vencido por una súbita emoción, no tuvo Lincoln más remedio que, interrumpir la lectura, cubriéndose los ojos con las manos.

De los dos hijos que le quedaban, Roberto estaba en la Universidad y Tadd era el niño mimado. Casi hubiera podido decirse que el muchacho pertenecía a la guardia personal del Presidente, contando a su padre cuanto atañía a la vida privada de los soldados que la componían, llevando a éstos consigo cuando apacentaba sus cabras en el campo, cabalgando en su pony al lado de ellos y divirtiéndose, lo mismo que su padre, con sus bromas y trucos (como cuando, por ejemplo, hacían el elefante entre dos hombres). Siempre que había tenido que separarse del muchacho había sentido un gran desasosiego el anciano, y con frecuencia, en estas ocasiones, había telegrafiado a su esposa: "Dile a Tadd que las cabras y papá están bien, especialmente las cabras."

De los antiguos amigos, apenas le quedaban tres, habiendo muerto o desaparecido los otros. Véase cómo escribía a Wed, que residía en Nueva York y era uno de aquéllos: "Recientemente he tenido motivos para temer haberle causado algún disgusto con mi conducta. Pero puedo asegurarle que nunca he tenido el menor sentimiento de desafecto, ni la más mínima sombra de enemistad hacia usted, y si en alguna ocasión he dicho o hecho algo que pudiera tomarse en tal sentido, tenga la certidumbre de que ha sido una falsa interpretación. Estoy seguro de que, si nos viésemos, habríamos de separarnos animados de los mejores sentimientos. Siempre suyo afectísimo." Herndon y Speed, que nunca pidieron nada a Lincoln, continuaban cordialmente adictos a él, pero estaban lejos. Después de su segunda elección, nombró al hermano de Speed procurador general. Y, en otra ocasión, en medio del despacho de los asuntos políticos, redactó de repente un telegrama dirigido a Hannah Armstrong, diciéndole: "Acabo de enterarme de que van a licenciar a su hijo Guillermo, actualmente en Louisville (Kentucky)." ¡Tan larga y profunda resonancia tenían los nombres de los amigos y de la patria en que naciera, a la sazón en lucha contra él!

Queriendo, una vez, ayudar a un conocido, lo hizo a través de un intermediario. Se trataba de un agente, destituido bajo la acusación de haber vendido madera de los bosques del Estado en beneficio propio. No obstante, Lincoln escribe al jefe de Correos de la localidad, en vez de al gobernador, lo siguiente: "Es un antiguo conocido mío, y yo le agradecería mucho fijase usted un día o varios para que pudieran declarar algunos testigos acerca del asunto... Le ruego que lo haga por mí."

Tan sólo algunas veces campeaba su buen humor viril de los primeros tiempos en alguna que otra de las muchas cartas que firmaba a diario. "Mi querido coronel Dick, escribe a su antiguo amigo, ya hace mucho tiempo que deseo revelar el origen de los "papiros verdes" (los bonos del Tesoro) y decir al mundo que son creación de Dick Taylor. Usted fue siempre un buen amigo mío, así que cuando llegaron los tiempos difíciles, cuando mis hombros, aunque anchos y dispuestos, empezaron a doblarse y me vi rodeado de gentes y cosas tales, que no sabía ya en quién fiar, no es extraño que me dijera: "Mandaré a buscar al coronel Taylor, que él sabrá lo que se debe hacer." Creo que esto fue allá por el 16 de enero del 62. Usted vino, y yo le

pregunté: "¿Qué podemos hacer?", y usted contestó: "¿Por qué no emite usted bonos del Tesoro impresos en el mejor papel de los billetes de Banco y sin interés alguno? Ponga en circulación lo bastante para pagar los gastos del ejército y declárelos usted moneda legal." Chase lo consideró empresa atrevida, pero al fin la llevamos a cabo, proporcionando con ello a los ciudadanos de esta República el mayor bien que nunca tuvieron, esto es: su propio papel moneda para pagar sus propias deudas. Usted, como padre de los "papiros verdes", se merece que la gente lo sepa, y yo, por mi parte, tengo un verdadero gusto en hacérselo saber. ¡Cuántas veces no me habré reído al oírle decir a usted, lisa y llanamente, que yo era demasiado indolente para ser cualquier otra cosa que abogado! Suyo afectísimo."

¿Por qué escribe todo esto si no es para oír resonar una vez más su propia voz, cantando la tonada familiar? ¿Por qué saca a luz al desconocido consejero, como si se tratase de un empedernido gruñón a quien se quiere arrancar una sonrisa? Y todo ello en medio de enemistades y desconfianzas, al modo de un hombre cuyo amor a la Humanidad es invencible. Solamente una fe inquebrantable en la justicia de su causa y una ilimitada seguridad íntima podían mantener vivo en él este sentimiento. Y, no obstante, esta seguridad se halla basada en otra, de raíz fatalista: la convicción de que hay un equilibrio predestinado en el corazón humano. A veces, formula de modo religioso su idea del Destino; y, realmente, durante estos últimos años, invoca el nombre de Dios con más frecuencia que antes. Un día escribe a un clérigo: "Si no fuese por mi firme creencia en una Providencia superior, difícilmente habría podido conservar intacta mi razón en medio de tantas complicaciones. Pero confío en que el Todopoderoso tiene sus planes y los llevará a efecto; y, reconozcámoslo o no, seguramente que serán los más acertados y convenientes para nosotros." A otro sacerdote que le manifestara su esperanza de que el Señor estaría del lado del Norte, le dio la hermosa respuesta siguiente: "No me inquieta lo más mínimo tal cuestión, pues de sobra sé que el Señor siempre está al lado de los justos. Su constante preocupación, y lo que pido en mis oraciones, es que yo y la nación estemos siempre del lado del Señor."

El nombre que otros daban a tales cosas poco le importaba; él mismo las llamaba de varios modos. En otra ocasión dice: "He tenido tantas pruebas de la influencia de Dios, tantos ejemplos de que dirige y gobierna una fuerza superior a mi propia

voluntad, que no me es posible dudar que esa fuerza venga de arriba. A veces, ciertas resoluciones se me ofrecen perfectamente claras, aun careciendo de hechos suficientes en qué basarlas; y puedo asegurar que no se ha dado un solo caso en que los resultados de una decisión fundamentada en tal forma hayan sido desfavorables. En cambio, he observado que, casi siempre que me dejé llevar por la opinión de otros, tuve que lamentarlo después. Cuando el Todopoderoso quiera que yo haga o deje de hacer algo, estoy plenamente seguro de que me lo hará saber de algún modo." Con estas manifestaciones nos muestra cómo se complementan, en un carácter enérgico, la confianza en sí mismo y el fatalismo, y cómo ambos sentimientos se fortalecen mutuamente. Y esta seguridad de ser dirigido desde arriba, que Lincoln comparte con todos los grandes hombres, le lleva a decir: "Yo no estoy obligado a vencer, pero sí a ser veraz. No estoy obligado a tener éxito, pero sí a vivir con arreglo a la luz que he recibido."

Y es de notar que, al lado de tales sentimientos, la superstición no significaba en Lincoln la menor contradicción, sino, más bien, el complemento de aquel fatalismo, añadiendo: "Me parece sentir los desastres en el aire antes de que acontezcan."

En otra ocasión, explicando en un discurso las razones de que el 4 de julio, aniversario del nacimiento de los Estados Unidos, hubiese adquirido cada vez más significación, dijo: "Los dos hombres que más hicieron por la consecución y defensa de la independencia fueron Jefferson Y Adams, los dos únicos que, de entre los cincuenta y cinco firmantes, llegaron a Presidente de los Estados Unidos. Pero a los cincuenta años justos de haber puesto sus manos sobre aquel documento, quiso el Altísimo apartarlos del escenario de este mundo... Otro Presidente, cinco años después, fue llamado a mejor vida el mismo día del mismo mes. Y ahora, en este 4 de julio, he aquí que ha tenido lugar la derrota de una gran parte del ejército enemigo."

A veces también, como en tiempos anteriores, sentíase vagamente alarmado por un sueño hostil. En una de estas ocasiones, tan pronto fue de día, dirigió a su esposa un telegrama que sólo contenía estas palabras: "Creo que deberías quitarle a Tadd la pistola. He tenido un sueño muy desagradable a este respecto." Mary le quitó la pistola a Tadd y la dejó en el hotel cuando regresó a Washington con el chico. Al poco tiempo, telegrama del Presidente al hotel: "Tadd no me deja en paz

pidiéndome que le devuelvan su pistola." Así vemos a Lincoln, compartido entre la superstición y el amor paternal, entre los presentimientos y la ternura. Pero si, al fin, el chico recobra su pistola, ¿quién podría asegurar que ello no sea también por voluntad de Dios?

El mayor sedante que Lincoln halló en aquellos cuatro años debe sin duda buscarse en uno de sus más arduos deberes, y fue la consecuencia de su deseo de mitigar el rigor de la justicia con la piedad, pues en este espíritu el sentimiento de compasión era aún mayor que, el afán de justicia.

Seguramente no ha habido en la Historia un jefe de Estado que, en tan corto tiempo, haya accedido a tantas peticiones de clemencia. La mayor parte eran de desertores que, por cobardía, cansancio o deseo de ganarse la bonita suma que se pagaba a los sustitutos, habían sentado plaza y desertaban una y otra vez, hasta que eran cogidos y condenados a muerte. ¡Pero allí estaba papá Abraham, incapaz de hacer daño ni a una mosca! ¡Recurramos al Presidente, que ya encontrará él alguna fórmulas Cada uno de estos casos era, en efecto, examinado por él, con el resultado de que, durante aquellos dos últimos años de lucha, se acumularon en los expedientes del ministerio de la Guerra centenares de telegramas conteniendo la siguiente orden: "El fusilamiento de Fulano debe diferirse." Alguna que otra vez acompañaba al borrador del telegrama una nota para el jefe de Telégrafos encareciéndole: "Tenga la bondad de transmitirlo inmediatamente." O bien: "Haga el favor de procurar que no sufra demora la transmisión, pues el individuo en cuestión debe ser ejecutado mañana."

Las razones de disciplina, que los generales, irritados, le citaban a cada paso, no le hacían la menor mella. Su respuesta era, poco más o menos, de este tenor: "¿Cobardía? Pero, ¿acaso estoy yo muy seguro de que, si me hallara en la línea de fuego, no tiraría mi fusil y escaparía a todo correr?" O bien: "Si Dios ha dado a un hombre unas piernas cobardes, ¿qué puede hacer el infeliz cuando ellas echan a correr y lo llevan consigo?" Hasta en el Congreso, pronunciando su discurso oficial, dijo: "La más estricta justicia no creo que sea siempre la mejor política." Defendía

especialmente a la gente joven, y lo fundamentaba así: "Creo que los jóvenes nos son más útiles sobre la tierra que debajo de ella."

O bien daba, para ello, esta razón indirecta: "¿Mandaré fusilar a un pobre muchacho que deserta, en tanto que no tocaré ni el pelo del astuto agitador que lo indujo a desertar? En tales casos, creo que sería más razonable y hasta más constitucional salvar al joven y hacer callar al agitador." Cierta día se le acercó, suplicante, un anciano, cuyo único hijo había sido condenado. Lincoln le muestra un telegrama del general Butler, en que éste le dice: "Le ruego no se mezcle en asuntos de justicia militar, pues con ello queda muy malparada la disciplina de las tropas." El pobre viejo se sienta y llora. Y, súbitamente, exclama Lincoln: "¡Al diablo con este Butler!", y escribe rápidamente un telegrama concebido en estos términos: "Hasta nueva orden, suspenda la ejecución de Juan Smith." No obstante, el anciano, dudando todavía, pregunta al Presidente qué ocurrirá cuando llegue aquella "nueva orden".

"Veo, le contestó Lincoln, que no me conoce usted... Si su hijo no ha de morir hasta que llegue mi orden de fusilamiento, tenga la seguridad de que llegará a tener más años que Matusalén."

Otro soldado había sido sentenciado por haber abandonado el campo de batalla y marchado a su pueblo sin permiso, con el solo objeto de normalizar la situación de la mujer con quien tenía relaciones, casándose con ella.

Lincoln oyó la historia y firmó inmediatamente el indulto, pero, mientras escribía, no pudo menos de hacer observar a su secretario: "¡Ojalá que este pobre muchacho no tenga motivos, dentro de un año, para lamentar que lo haya indultado ahora!"

Guillermo Scott, casi un chiquillo, estando de centinela durante la noche, se quedó dormido y pasó ante un Consejo de Guerra a causa de ello. Aprovechando una visita de inspección, fue a verle el Presidente y le dijo: "No te mandaré fusilar, muchacho, porque cuando dices que no podías resistir el sueño será verdad, y yo, por mi parte, así lo creo. Te enviaré de nuevo a tu regimiento, pero has de saber que he tenido muchos disgustos por causa tuya. ¿Cómo te las vas a arreglar para pagar tu deuda?" El muchacho, perplejo, respondió con embarazo: "Quizá podríamos conseguir hasta 600 dólares sobre una hipoteca."

"¡No! contestó Lincoln. Eres tú, por ti mismo, el único que puede pagar esa deuda, cumpliendo tu deber de soldado."

En ocasiones, la única justificación que podía hallar para tal clemencia, pues Lincoln tenía siempre que justificarse ante los generales, era la juventud del desertor. "Me opongo a que ningún mozo de menos de 18 años sea fusilado." Así, todas las madres cuyos hijos habían sido sentenciados, que acudían, llorosas, a implorar la gracia del Presidente, le decían siempre que aquéllos tenían menos de tal edad. Muchos casos de indulto no podían realmente justificarse más que por la edad del culpable. De todos modos, el Presidente buscaba siempre un motivo en que basar el indulto; como cuando escribe: "El soldado Fulano debe ser pasado por las armas como desertor. Es cierto que su historial es bastante malo, pero él mismo lo confiesa tan francamente, que no puedo menos de sentirme interesado en su favor. ¿Fue, antes de desertar, buen soldado? ¿Qué edad tiene?" En otras ocasiones mentía simplemente, asegurando: "Es hijo de un amigo mío, tan íntimo, que no puedo dejar que sea ejecutado." Otra vez, que da t un general la orden de diferir una ejecución, la funda en estas razones: "Ha condenado usted a muerte a un viejo... Yo le he conocido personalmente y nunca le tuve por una mala persona." Por último, al cabo de tres años de estos subterfugios, dictó una orden general disponiendo que todos los convictos del delito de deserción fuesen, por el momento, encarcelados.

Todos estos casos, y centenares de otros de menos monta, significaban que se había acudido a él en última instancia, después de que sus subordinados, y especialmente el ministro de la Guerra, habían negado la petición. Pero llegó a abusarse de tal forma, que ya la gente telegrafiaba directamente, con toda frescura, al Presidente, que siempre contestó con una paciencia sin límites. Véase la respuesta a uno de estos telegramas: "No puedo detener la ejecución de un espía convicto y confeso fiándome únicamente de un telegrama firmado con un nombre que no he oído nunca. Solicite un pase para el general Wallace, quien le oirá, si así lo dispone."

Cierto día llegan al despacho presidencial varias personas, tan acongojadas, que olvidan en su confesión los datos más esenciales. Y allí queda el Presidente deseoso de ayudarlas, pero sin saber cómo. ¿Qué hacer, realmente? Después de mucho pensarlo, no se le ocurre otro medio que telegrafiar a sus generales: "Una dama inteligente, profundamente acongojada, me ha visitado esta mañana y me ha dicho que su marido, teniente del ejército de Potomac, debe ser fusilado el lunes próximo por desertor. Me dio una carta, en la que yo confiaba estaría todo especificado, y se

marchó sin dejarme el nombre. Pero la carta es tan poco expresiva, conteniendo sólo una firma que, al parecer, dice... Por más que he hecho no he podido volver a encontrar a la señora en cuestión, así es que no sé más. Si usted tiene ahí un caso que concuerde con éste, obre de acuerdo con mi telegrama de hoy."

Es siempre el padre del pueblo, pensando sin cesar en sus semejantes, aunque le proporcionasen disgustos. Por otra parte, él no negaba que fuese una forma de egoísmo, por sublime que pudiera ser, pero lo justificaba diciendo: "Me siento invadido por una grata sensación de tranquilidad cada vez que, después de un día de mucho trabajo, puedo encontrar algún pretexto para salvar la vida a un hombre." Otra vez defiende su indulgencia con estas hermosas palabras: "No sabéis lo terrible que es ver morir a un hombre, sabiendo que, con un trazo de nuestra pluma, podemos salvarlo."

De vez en cuando no tiene más remedio que obligarse a si mismo a ser inexorable, pero, aun así y todo, busca siempre un último medio de mover al general a compasión, empleando argumentos como el siguiente: "Me han pedido el indulto, sin darme ningún fundamento para ello. Me dicen que éstos son casos muy serios y que usted considera el castigo indispensable. Si no estoy equivocado en ello, haga usted que se les notifique inmediatamente que su petición de indulto ha sido denegada." Y cuando, finalmente, se convencía de que no había medio de salvar al reo, decía: "Hoy fusilan a un joven (en tal parte). Dios quiera que no haya cometido yo un error consintiéndolo."

Él sabía muy bien que cada día de guerra costaba la vida a muchos hombres y había aceptado el hecho como algo irremediable. Pero cuando se trataba de un ser que quizá podía seguir viviendo sin que el objeto por todos perseguido sufriera perjuicio alguno, no podía menos de sentir un hondo desgarramiento interior.

Así fue como, a pesar de todo, durante el último año de guerra fueron fusilados doscientos sesenta y siete hombres, entre ellos ciento sesenta por delito de asesinato; pero también es cierto que, en cambio, fueron indultados unos ochocientos.

No se crea, sin embargo, por esto, que Lincoln permitía se abusara de él. Un día se le presentó un oficial que se creía destituido sin razón y le leyó un largo escrito de súplica, sin que éste le hiciera el menor efecto. En vista de ello, intentó nuevamente

interesarle en su favor con otras razones, pero como todo resultara inútil, acabó exclamando en su despacho: "¡Ya veo que no quiere usted hacerme justicia!" Apenas había pronunciado estas palabras, cuando Lincoln, que se había puesto en pie de un salto, se dirigía hacia él, con los labios contraídos, y tomándolo con ambas manos por el cuello de la chaqueta, lo empujaba hacia la puerta de salida. Todavía en el vestíbulo, se oyó su airada voz que decía: "Le aconsejo que no vuelva a presentarse aquí. Yo tolero las críticas, pero no las ofensas... Sus papeles le serán enviados, y tenga presente que no quiero volver a ver su cara." El campesino y el púgil reaparecen aquí, pero también se echa de ver al hombre de nervios quebrantados y paciencia demasiado puesta a prueba; el hombre que, una vez cerrada la puerta, se reprochará amargamente la benevolencia excesiva que ha podido dar lugar a estos abusos de la gente. Pronto, sin embargo, dejará a un lado estos sentimientos, lo mismo que deja los papeles sobre la mesa, y volverá a seguir la voz de su conciencia.

Durante todos aquellos años, él, hombre civil, fue siempre el amigo y el padre de sus soldados. Éstos lo sabían, y le cantaban: "¡Ya venimos, papá Abraham, en número de trescientos mil!" Todo aquel que no encontraba apoyo en otra parte acudía a él, de modo que, a todos los asuntos públicos y menesteres del Estado, había que añadir aquellas pequeñeces, que le costaban tiempo, energía y cavilaciones, sin la compensación siquiera de salvar vidas humanas. Realmente, cuando se leen, uno tras otro, todos los documentos de su archivo, más se creería estar examinando los papeles del jefe de una oficina de pasajeros que los de un Presidente de los Estados Unidos.

Aquí tenemos, por ejemplo, a una joven que, habiendo estado cuidando a su madre en Nueva York largo tiempo, quiere regresar ahora a Richmond, donde reside su novio, a quien no ha visto hace dos años, con objeto de casarse. Welles, que cree ver espías por todas partes, le niega el pasaporte, pero Lincoln, haciendo caso omiso del precedente, se lo exige, diciendo que, ya que la guerra diezmaba el país y era un obstáculo para los casamientos, se debían dar toda clase de facilidades para que éstos se celebrasen. En otra ocasión, telegrafía al general Meade: "El señor... me pide un pasaporte para seguir a su ejército y comerciar en trapos y ropas viejas. Yo estoy dispuesto a dárselo, si usted lo permite. De lo contrario, se lo negaré."

Habiendo sabido de una mujer que había perdido sus cinco hijos en la guerra, Lincoln se apresuró a escribirle: "Ya sé lo débiles e ineficaces que serán cuantas palabras busque para tratar de consolarle en su inmenso dolor. Pero creo de mi deber manifestar a usted el profundo agradecimiento de la República en cuya defensa murieron. Ruego a nuestro Padre celestial que se digne mitigar la angustia de su soledad y dejarle sólo la dulzura del recuerdo de los seres tan amados que ha perdido, al par que el legítimo orgullo que debe usted sentir por el costoso sacrificio que ha ofrecido en aras de la libertad. Suyo muy devoto y respetuosamente, A. Lincoln."

Éstos son los acentos que le harán inmortal, así como los centenares de esquelas y tarjetas con que recomienda a todos aquellos por quienes se interesa. Así, al ministro de la Guerra: "Ruego a usted que oiga al joven portador de la presente, natural de Pittsburg. Es muy joven y yo le quedaría muy agradecido por cuanto pudiera usted hacer en su favor." Tal es el tono que emplea Lincoln, en estas masivas lacónicas, declarándose personalmente deudor por la ayuda que pueda recibir un pobre mozo de Pittsburg. Un día, al hacer su visita diaria al ministerio de la Guerra, pregunta al telegrafista: "¿Qué mujer es esa que está ahí afuera llorando?" Se hicieron indagaciones y se vino en conocimiento de que era una pobre mujer que quería ir al campo de batalla para decir algo importante a su marido. Pero acababa de dictarse una orden prohibiendo terminantemente a las mujeres continuaran yendo a los campos de batalla. Lincoln se sienta, con aire melancólico, permanece pensativo unos instantes y dice, al fin: "¡Bah! Enviémosla allá, de todos modos. Extiéndale el salvoconducto."

"¿No sería mejor que le escribiera ella al coronel? pregunta el secretario. ¿O que el marido viniese a Washington?"

Lincoln se pone en pie, lleno de alegría: " ¡Sí, sí; que venga!" E inmediatamente toma una de las fórmulas amarillas y, con gesto satisfecho, escribe él mismo el telegrama.

Éste es el hijo del pueblo, que ha visto cien veces en Illinois a esta mujer que ahora llora, acompañada de su esposo y sus hijos; que en más de una ocasión se ha sentado con ellos a la mesa y tomado parte en sus conversaciones. Pero también es el poeta, de tal modo identificado con los sentimientos de los demás, que sus risas y

sus llantos los siente como propios, y prefiere, por tanto, verlos reír que llorar. Es el hombre de humor melancólico, que, obligado a sortear una guerra terrible, anhela reducir en lo posible los sufrimientos que causa; y el idealista práctico que, día por día, cumple el más alto deber aun en el sector social más humilde. Es el profundo conocedor de los hombres, al que un natural sentido de dignidad impide preocuparse del efecto que produce su persona. "No se preocupe por eso, dijo una vez a alguien que diera a entender que podrían, tal vez, burlarse de él. He soportado muchísimas burlas sin molestarme, así como también he recibido muchísimas manifestaciones de amistad no del todo exentas de ridículo. Ya estoy acostumbrado a todo."

Afánase tan sólo por mantenerse en íntimo contacto con el pueblo, sin caer nunca en el mundo de los políticos, ni dar cabida en su alma a las pretensiones propias de éstos, recordando siempre, en cambio, aun en medio de aquella ciudad de corazón de piedra y aquel palacio, los antiguos ecos de los bosques de Illinois. Tal es su propósito, tal es el venero de su fuerza. Los labradores y montañeses que le visitaban eran siempre bien recibidos, y cada vez que a los ciudadanos de Illinois los estorbaba un funcionario, enviaban como emisario al viejo Dionisio Hanks, vestido con su traje de gala, que exponía las cosas al Presidente, quien, a su vez, hacía cuanto estaba en su mano por complacerles, aun cuando Stanton interviniera y pusiese gesto escéptico, con no poca contrariedad de Hanks, quien apenas abandonaba aquél la estancia, se apresuraba a aconsejar al Presidente que se librara de aquel individuo, a su entender, sumamente peligroso.

Claro es que tales gestiones no siempre tenían éxito, pues la procesión de peticionarios era interminable. Pero, así y todo, cuando se aconsejaba al Presidente que no recibiera a tanta gente, contestaba que no podía hacer eso, y que era una obligación a la que no podía negarse. Pero la verdadera razón es que se imaginaba siempre en la situación de aquellos que venían a él en busca de ayuda. Hablándose un día de un pobre hombre que no tenía ningún amigo, Lincoln pronunció estas hermosas palabras: "Si no tiene amigos, yo lo seré suyo." Estas cosas le procuraban satisfacciones más duraderas que todos los triunfos parlamentarios, y hasta que las victorias de Grant. Y así se explica que más de una vez llegara hasta él algún anciano de las montañas del Estado de Nueva York y le dijera:

"Allá arriba, en nuestro país, creemos en Dios y en nuestro padre Abraham."

Aquellas Navidades puso el general Sherman "a los pies del Presidente, como regalo", la ciudad de Savannah con toda su artillería y sus existencias de algodón. Su célebre marcha por Georgia demostró al mundo que un ejército de sesenta mil hombres podía recorrer, sin apenas ser molestado, todo el territorio del Sur y reunirse, finalmente, con la escuadra en una nueva base. El horror suscitado en el Sur por esta etapa de la guerra fue tan grande como su fama en el resto del mundo. Grant, entre tanto, había castigado tan seriamente a Lee, que éste, con un ejército ya inferior en número, no tenía realmente fuerzas que oponer a las tropas del Norte. Y cuando por último, a mediados de febrero, cayó Charleston, centro cultural del Sur, encontróse Lee entre dos fuegos, con la agravante de haber cortado Grant el ferrocarril principal del Sur, dejando así a éste completamente incomunicado con el Sudoeste. Como, por otra parte, Richmond no podía sostenerse ya por más tiempo, todo el mundo empezaba a preguntarse si Lee se rendiría, al fin, o seguiría combatiendo, contra toda probabilidad. En este preciso momento fue cuando Jefferson Davis, que se empeñara durante cuatro años en conservar el mando supremo, se decidió a descargar en Lee la responsabilidad de la situación; en cuanto a él, como declaraba patéticamente en un discurso, esperaba vivir y morir con la Confederación.

Poco después aprobó el Congreso del Sur una ley llamando a filas, como voluntarios, a los negros, y prometiéndoles, a cambio, la libertad. Realmente ninguna resolución podía resultar más dura para el orgullo del Sur, y sólo por una pequeña mayoría resultó aprobada.

Esta determinación nos muestra, además, un ejemplo extremo de esas trágicas ironías en que tanto abunda la Historia, aunque registre pocas de tanto bulto como la presente. Como en un epigrama forzado, mostraba la decrepitud de una institución que, en último término, no encontraba otro medio de defenderse que suprimiéndose a sí misma. Según la tal resolución, el hombre que se prestase a ir a la guerra y a morir en ella de un balazo por mantener la esclavitud, quedaría libre, en tanto que aquel que se quedase en casa, negándose a luchar en pro de la esclavitud, seguiría siendo esclavo.

Lincoln comentó con indulgencia el grotesco giro dado por los rebeldes a lo que fuera el problema fundamental de su vida, que ya tocaba a su fin, y hablando de ello a un regimiento, dijo:

"No he escrito ni he dicho nada sobre esta medida, porque no es cosa mía, sino de ellos, y porque, aunque yo hubiese tenido algún deseo particular, me habría faltado el poder necesario para hacerlo efectivo. Ahora, la gran cuestión es si los negros, una vez incorporados a las tropas, lucharán en unión de ellas... He oído en mi vida muchos argumentos demostrativos de que los negros deben ser esclavos, pero ninguno, realmente, resultaría tan terminante como el ver luchar a los mismos negros en favor de los mantenedores de la esclavitud. Pues no cabe duda de que el que fuera capaz de luchar en pro de ella, merecería ser esclavo a la postre, si es que no perecía en la guerra. He dicho muchas veces que todos los hombres deben ser libres, pero a los negros que se prestasen a tales manejos, no tendría inconveniente en permitirles que fuesen esclavos; y con ellos, a todos aquellos blancos partidarios de la esclavitud, siquiera para que la conociesen por experiencia... Ellos han agotado ahora su última fuente de recursos, dejándonos ver el fondo. Celebro, pues, que nos hallemos tan próximos al fin. Pero ya he dicho más de lo que quería, y convendrá, por tanto, que os diga adiós."

Esto fue todo; unas frases improvisadas que pronunció Lincoln para demostrar lo absurdo de las últimas medidas del enemigo. Nada de alardes de júbilo, por justificados que pudiesen estar; ni una sola nota triunfal. Y lo mismo podría decirse del discurso con que inauguró su segundo período presidencial. A decir verdad, los peligros anejos al Capitolio no eran entonces menores que cuatro años antes, pero sí parecían menos inmediatos, pues con el entusiasmo de la victoria se olvidan fácilmente los anhelos de venganza de los vencidos. Había, sin embargo, dos novedades en esta segunda inauguración; una, el batallón de negros agregados a la escolta del Presidente, signo visible de lo realizado entre tanto; otra, la estatua de la Libertad sobre la cúpula del Capitolio, pareciendo anunciar una nueva era. Sin embargo, el hombre ante quien Lincoln prestó su segundo juramento, como Presidente, no era ya Taney, muerto poco antes, a los noventa años de edad. Era Chase, a quien Lincoln, excediéndose en sus atribuciones y sin consultar a nadie, había nombrado Presidente del Tribunal Supremo. Douglas no se sentaba ya en la

primera fila, pero tampoco había ningún sombrero molesto, ni ningún bastón que mantener o que colocar en sitio adecuado. Por último, no fue un discurso largo, como el de la otra vez. ya que no era preciso, como entonces, poner en claro la situación. Sólo ocupaba dos páginas, y en ellas decía:

"Todos conocen tan bien como yo los progresos de nuestras armas, de las cuales todo depende, y confío que ello servirá de satisfacción y aliento a todos. Sin embargo, pese a todas las esperanzas que ciframos en el porvenir, aún no se puede predecir nada... Ambas partes (combatientes) leen la misma Biblia y rezan al mismo Dios, invocando su ayuda contra el otro. Podrá parecer extraño que haya quien pida ayuda a un Dios justo para procurarse su pan a costa del sudor del prójimo. Pero no juzguemos, a fin de no ser juzgados. Es claro que las oraciones de las dos partes no podían ser atendidas a la vez, pero es también lo cierto que ninguna de ambas ha sido atendida por completo. El Todopoderoso tiene sus propios designios... "Culpas han de venir, no hay duda; mas, ¡ay del hombre por cuya causa venga la culpa!"

"Si suponemos que la esclavitud en Norteamérica es uno de esos males que, por voluntad de Dios, habían de venir, pero que, habiendo tocado a su término, Él mismo desea borrar ahora, y admitiendo que esta terrible guerra entre el Norte y el Sur haya sido el castigo merecido por aquellos que fueron la causa de la culpa, ¿podríamos discernir en ello la menor infracción de aquellos divinos atributos que los creyentes en un Dios vivo suelen asignarle siempre? Esperamos desde lo más íntimo de nuestros corazones y pedimos con el mayor fervor que este doloroso azote de la guerra termine en seguida. Pero si Dios quiere que continúe hasta que se hayan derrumbado todas las riquezas acumuladas durante doscientos cincuenta años a costa de las fatigas no recompensadas de los tiranizados, y hasta que cada gota de sangre arrancada con el látigo sea pagada por otra vertida por la espada, en ese caso, dígame todavía lo que ya se proclamó hace tres mil años: "Los juicios del Señor son justos e infalibles."

"Sin enemistad contra nadie, con amor para todos, con perseverancia en la razón y usando justamente de la facultad que Dios os ha dado para reconocer el Derecho, esforcémonos por terminar la obra comenzada, curemos las heridas de la nación, cuidemos de los que hayan sufrido en las batallas, amparemos a las viudas y los

huérfanos de los caídos y, en suma, hagamos cuanto tienda a conseguir y mantener una paz justa y duradera entre nosotros y con todos los partidos."

Tal fue la alocución de Lincoln al pueblo, al posesionarse, por segunda vez, de la Presidencia: el discurso de un padre. Todos sus elementos políticos parecían diluidos en filosofía, y toda su filosofía era fatalista. Cuando aún estaba inseguro de la victoria, el fin cardinal de sus discursos y cartas abiertas era mantener y exaltar la confianza del pueblo. Ahora que la victoria no era más que cuestión de semanas, atribuía todo el honor a la fuerza del Destino, que él llamaba Dios, y se atrevía a decir, ante sus oyentes asombrados, que los designios del Todopoderoso serían igualmente justos aunque hubieran de transcurrir más años de guerra y de efusión de sangre. Después de haberse consagrado, durante aquellos cuatro años, a todas las actividades que las circunstancias le impusieron, volvía, libre ya de tan pesada carga, a su papel natural, el papel del que espera y acepta por anticipado lo que el Destino pueda reservarle. Al mismo tiempo, es el discurso de un educador, con el acento claro de un anciano, y algo así como un testamento; aunque verdad es que, considerado en conjunto, más aún que un discurso es una oda.

Poco tiempo después, empleando el otro tono que le era peculiar, contestaba a la felicitación de un amigo: "Espero que mi alocución inaugural perdure lo mismo o mejor que cualquier otra de las cosas hechas por mí; pero me parece que, por el momento, no ha sido acogida con el aplauso de la mayoría. A los hombres no les gusta que les muestren las diferencias entre sus propios fines y los del Altísimo. Negarlas, sin embargo, en este caso, sería negar que hay un Dios que gobierna el mundo. Es una verdad que creí necesario decir, y como la humillación que en ello pueda haber recae sobre mí más directamente que sobre nadie, entendí que los demás podían permitirme que lo dijera."

Cuando ya la guerra se acercaba a su fin, resonó el cañón, por primera vez después de largo tiempo, al pie del Capitolio. Aquellos cien cañonazos eran de alegría, pero no saludaban una victoria en el campo de batalla. Era que se había votado, por fin, el complemento de la Constitución, que implantaba, ya con carácter definitivo y para siempre, las aspiraciones perseguidas por Lincoln durante toda guerra. La abolición

de la esclavitud quedaba proclamada desde aquel momento Ley fundamental en los Estados Unidos. Cuatro años antes, en aquella misma sala, se tomó el acuerdo de prohibir cualquier disposición que, con tal objeto, se quisiera adicionar a la Constitución. Y hacía por aquel entonces siete años que los mismos cañones saludaran el decreto de Douglas contra los negros de Kansas. Aun hoy mismo se consideraba insegura la decisión, pues hasta el mediodía no se supo el resultado de la votación en el Congreso: ciento diecinueve votos en pro, por cincuenta y seis en contra. Pero, como se necesitaba una mayoría de los dos tercios, habría bastado que tres de los votos favorables hubieran sido adversos para que toda la labor se viniese a tierra y hubiera sido necesario comenzar de nuevo. Claro que solamente por algún tiempo, ya que la adopción de aquella ley habría sido, a la postre, inevitable; pero el gran hombre cuya vida fuera la personificación de dicha idea, no la habría visto realizada antes de su muerte.

Ésta fue una victoria personal para Lincoln, que, al dirigirse aquella noche a la multitud, no pudo menos de exclamar: "Ahora podemos decir que hemos encontrado la panacea para todos los males." Sin embargo, hasta que no la aprobaron las tres cuartas partes de todos los Estados, no fue efectiva, pero a Lincoln le cupo la gran satisfacción de que Illinois fuera el primero que prestó su conformidad. De todos modos, no consiguió ver la conclusión de la magna obra.

Tres días después, en el salón de un vapor de los que hacían la navegación fluvial, se hallaba, por primera vez al cabo de cuatro años, sentado frente a frente de su enemigo Stephens, vicepresidente de los rebeldes, antiguo amigo en sus tiempos de diputado y al que, todavía poco antes de estallar la guerra, escribiera advirtiéndole el peligro. El que Lincoln estuviese allí, aunque no fuera oficialmente, para discutir las probabilidades de paz, era, por otra parte, una de esas faltas protocolarias que le enajenaron la confianza de los políticos de su tiempo, al par que le aseguraban la aprobación de la posteridad.

Stephens, que ya en el otoño anterior hiciera desde su residencia gestiones para la paz, y que fuera ahora comisionado para entablar negociaciones, se las arregló, por medio de Grant, para entrar en contacto con los jefes políticos del Norte, aunque deseando, desde luego, mantener la independencia del Sur. Sin notificarlo a su Gabinete, ni consultarlo siquiera, siguiendo su impulso del momento, dirigióse

Lincoln, con Grant y Seward, a bordo; y cuando, al fin, los tres se encontraron con Stephens y dos amigos de éste, la antigua amistad de todos dio fin rápidamente a las tiranteces, de tal forma que, mientras allá lejos continuaban aún las marchas, los sitios y los cañonazos, ellos, pacíficamente sentados en el salón de aquel barco, hablaban de sus antiguos amigos comunes, como si acabasen de encontrarse al regreso de un largo viaje de investigación.

Después se habló del pasado y del porvenir, pero todo sin actas ni secretarios, procurando simplemente cada uno darse cuenta del pensamiento de los demás. Así hablaron durante cuatro horas. En suma, una auténtica sesión al estilo de Lincoln, llana y sin formulismos.

Al preguntar Stephens si no había habido ninguna posibilidad de evitar la guerra, contestó Lincoln que habría bastado para ello con que el Sur hubiese depuesto su resistencia. A continuación rebatió con gran serenidad la opinión de Stephens, que afirmaba que se habría podido diferir la cuestión y concertado una nueva unión libre de los Estados, contándole luego, con toda franqueza, la historia de su proclama, añadiendo que nunca habría pensado en obligar al Sur a aceptarla si no hubiese sido por la necesidad de mantener la Unión, confesando llanamente que siempre había entrado en sus propósitos indemnizar a los propietarios de esclavos sudistas, ya que el Norte era tan responsable de la esclavitud como el Sur. "Podría citarle personas, dijo, ante cuyos nombres se asombraría usted, y que, sin embargo, están dispuestas a ello, con tal que la guerra acabe inmediatamente y su terminación traiga aparejada la abolición de la esclavitud." Pero, al mismo tiempo, hizo constar que no se debía tomar nada de aquello como promesas en firme, pues no era él, sino el Congreso, a quien tocaba decidir. Seward, por su parte, añadió a estas manifestaciones del Presidente que si en aquellos momentos se permitía sin más ni más el reingreso de los Estados del Sur, muy bien podrían éstos abolir con su voto la enmienda de la Constitución que acababa de aprobar el Congreso.

En esta forma tan amistosa hablaba Lincoln con su enemigo. Pero cuando Stephens trató de conmoerlo, pintándole los destrozos y la desolación causados por la guerra, encontró cerrado aquel corazón, que bien conocía. El mismo hombre que, tiempo atrás, se emocionara, casi hasta las lágrimas, con un discurso pronunciado por Stephens en el Congreso, y para el cual cada día de guerra era un nuevo y

doloroso sacrificio de sangre, permaneció impasible y sin desviarse un ápice de su actitud de jefe de Estado.

Rotundamente, negábase a parlamentar con rebeldes armados.

"¡Pues Carlos I de Inglaterra trató con rebeldes armados!", apuntó uno de los acompañantes de Stephens.

A lo que Lincoln respondió: "No puedo alardear de especiales conocimientos históricos. Para estas cosas deberá usted entenderse con Seward. Lo único que sé, con toda seguridad, de Carlos I, es que, al fin, le cortaron la cabeza."

"Entonces, replicó Stephens, ¿nos considera usted como rebeldes, dignos de ser ahorcados por delito de traición?"

"Exactamente", fue la respuesta de Lincoln.

"Ya nos lo habíamos figurado nosotros, continuó Stephens. Pero, si he de decirle la verdad, no tenemos gran miedo de ser ahorcados mientras sea usted Presidente."

Por último, Stephens propone el fantástico plan de una guerra en común contra Méjico, donde precisamente estaba en curso a la sazón la aventura de Napoleón III. Lincoln la rechazó abiertamente, pero como Stephens insistiese, le dice en el momento de despedirse, al estrecharle la mano: "Está bien, Stephens, lo pensaré; pero no creo que pueda cambiar de idea."

¿Se ha visto alguna vez una entrevista entre enemigos que se desarrollase y terminara en un ambiente semejante? Sin Lincoln, habría sido una negociación glacial. Él la elevó a este nivel de bondad, de gentileza y de buen humor gracias a lo cual reinó aquella franca armonía en la reunión. No por eso, sin embargo, dejó de observar minuciosamente durante la misma a su enemigo, puesto que, más tarde, refiriéndose a él, advertía: "Stephens llevaba un abrigo, de cuello alto, que le estaba muy grande. Como empezaba a hacer bastante calor en la cámara, al poco rato se quitó aquel enorme gabán, del que salió lo mismo que un guisante sale de la vaina. Y, en verdad, no pude menos de pensar que nunca había visto juntos un guisante tan pequeño y una vaina tan grande."

He aquí la forma humorística y llena de simpatía con que Lincoln refería la entrevista. En cambio, el Presidente Davis no hizo más comentario al informe que de la entrevista le hiciera Stephens que el siguiente: "Su Majestad el rey Abraham I."

No obstante, la preocupación del destino de sus hermanos gravaba pesadamente el ánimo de Lincoln, ahora como siempre, y durante el viaje de regreso examinó anhelosamente todas las posibilidades de que el Sur se entregase rápidamente, ya que no había medio de continuar disimulando por más tiempo su situación desesperada. Una voz conciliadora, algunas concesiones, ¿no apresurarían quizás el término de la guerra? ¿Cuánto duraría ésta todavía? Lo menos cien días. ¿Cuánto le costarían al Norte esos cien días de guerra? Seguramente, más de 300 millones. ¿No podría, entonces, entregarse este dinero al Sur, ahorrando con ello miles de vidas? Dominado por esa idea, aquel mismo día adoptó la resolución de presentar al Congreso un mensaje pidiendo se entregasen al Sur 400 millones, para que fuesen distribuidos entre los propietarios de esclavos, proporcionalmente a las pérdidas que hubiesen sufrido al quedar aquéllos en libertad. La mitad de aquella suma se entregará al Sur inmediatamente, es decir, el 1º de abril, y la otra mitad al entrar en vigor el nuevo artículo de la Constitución. Al mismo tiempo, y como complemento, propondría la restitución de todas las propiedades, excepto los esclavos, y una amnistía general para todos los delitos políticos.

Pero cuando, al día siguiente, sometió la proposición al Gabinete, razonándola y defendiéndola con calor, hubo de sufrir la gran decepción de que le fuera rechazada por unanimidad: "¿De modo que todos estáis en contra de mí?", dijo con acento triste, guardándose sus notas y abandonando el salón. Ya en su residencia, escribió sobre el borrador: "Esta proposición, que se comenta y apoya por sí misma, fue sometida hoy a la aprobación del Gabinete, siendo rechazada por unanimidad."

Ningún otro rasgo de la vida de Lincoln demuestra más claramente que éste cómo obraban al unísono el filántropo y el estadista, y cómo se compenetraban el corazón y el cerebro de aquel gran idealista para hacer lo que en un momento dado fuese más razonable y trascendental para el porvenir. El negociar, de igual a igual, con los rebeldes, lo había rechazado; pues, si la victoria era segura, ¿por qué no esperar cruzado de brazos? Mas aquí surge el calculador al lado del moralista, y, ayudado el uno por el otro, dan forma al medio más eficaz para terminar por ambas partes con los horrores de aquella guerra, que aún podría durar cien días (como, en efecto, los duró). ¿Qué valía más, realmente: gastar 400 millones en pólvora y metralla, o emplearlos en beneficiar a unos hombres que, si hoy eran insurrectos, mañana

serían ciudadanos de la Unión? ¡Espléndida idea, tan hábil como benéfica, y tan práctica como moral! Pero el pueblo del Norte, embriagado con la victoria, no lo habría comprendido así y los ministros, que se daban cuenta de ello, meneaban la cabeza con incredulidad.

Por fin comenzó a decrecer la tremenda presión que gravitara durante cuatro interminables años sobre el Presidente, y todos los testimonios coinciden en que, en las últimas semanas de su vida, se había operado un cambio en él.

Era indudable que, en aquellos últimos tiempos, la tensión nerviosa y el cansancio habían rebasado la medida. "A veces, no pudo menos de confesar un día, este diario tráfigo de gentes que comienza con un senador empeñado en hacer la guerra a Francia y acaba con una pobre mujer que solicita un empleo en la Administración de Hacienda, me produce el mismo efecto que si cada uno de ellos, al llegar junto a mí, me arrancase con el pulgar y el índice un fragmento de mi fuerza vital. Después de un día de éstos, no hay otra palabra para expresar mi estado que la de extenuado." Antiguos conocidos suyos lo encontraron enflaquecido, la mirada triste, pálido como un espectro, estrechándoles las manos como un autómatas, y torpe de oído. Otro lo describe como "un hombre acorralado, siempre a la defensiva contra ataques que no puede contestar ni castigar abierta. mente". El artista que pinta a la sazón su retrato, le encuentra un día vestido con su larga bata de dormir, paseando nerviosamente de una a otra ventana, las manos a la espalda, los ojos rodeados de círculos amoratados, la cabeza caída sobre el pecho; en una palabra, la imagen viva del pesar, de las preocupaciones y los temores, "a cuya vista se habrían derretido hasta los corazones de aquellos que le llamaban tirano y usurpador".

Cierto día, que le visitó su amigo Sweet, con objeto de conseguir algo en favor de los numerosos heridos de la guerra, lo halló asomado a la ventana, escuchando el canto de un pájaro que se había posado en un árbol próximo. Al terminar Sweet de hacerle su proposición, le presunta Lincoln: "¿Verdad que es muy dulce su canto?" Sweet, al oírle, se dice a sí mismo: "Veo que el país está más seguro de lo que yo creía", y hace ademán de marcharse. Pero Lincoln le retiene: "Venga acá, Sweet, y siéntese a mi lado. ¿No cree usted que es imposible que un hombre, en mi situación,

no hubiera pensado ya en todas esas cosas? Ya hace varias semanas que está hecho todo lo que usted acaba de proponerme." De esta manera, entre fatigas y trabajos, transcurre su vida, y por aquellos días hubo de decir una vez en voz baja, como hablando consigo mismo: "Me parece que no podré ya volver a estar alegre."

Por primera vez, decídese ahora a tomarse una especie de vacaciones, deseando huir de los cazadores de empleos que, como cuatro años antes, amenazaban invadir la Casa Blanca. Era el mes de marzo, y de un momento a otro se esperaba la caída de la capital enemiga. Grant le había invitado, por decirlo así, a asistir como espectador al momento decisivo y, aprovechando tal circunstancia, se embarcó en un vapor fluvial con su esposa y algunos íntimos para descansar durante diez días en medio del ejército. Roberto, su hijo mayor, también está allí, pues en las últimas semanas de la guerra había sido agregado el joven doctor al Estado Mayor de Grant, para que pudiera aún ver algo. Sherman y Sheridan llegaron también, para celebrar Consejo de Guerra con Grant. Pero hasta en City Point se pasa a veces Lincoln la mitad del día sentado ante el telégrafo, lo mismo exactamente que si estuviera en Washington, deseando transmitir personalmente a Stanton los comunicados de Grant. Mas verdad es que, algunas veces, se embarca luego con el almirante Porter, y se distrae paseando por el río. Sin embargo, lo que más le agrada es estar entre las tiendas de campaña y cabalgar durante horas al lado de las tropas, que lanzan tres hurras por el padre Abraham. A menudo habla con los soldados o bien cuando no hace esto, ni monta a caballo, se pasa las horas a horcajadas sobre una silla, pantalleándose los ojos con la mano, observando el campamento. A bordo, rechazó el camarote del almirante, que éste le ofreciera, y escogió uno más pequeño, de seis pies de largo solamente: "He dormido muy bien, contestó por la mañana a quienes le saludaban. Si no fuera por lo difícil que es meter un sable largo en una vaina corta..." Pues hay que advertir que su cuerpo tenía cuatro pulgadas más que la litera. Al día siguiente, hizo el almirante que unos carpinteros, con el mayor sigilo, para que nadie se diera cuenta de ello, alargaran la litera y el lecho, dejándolos a la medida exacta de Lincoln. Éste no se enteró de nada, así es que, al levantarse, hubo de exclamar: "Un milagro ha tenido lugar esta noche: me he encogido seis pulgadas de largo, y casi un pie de ancho."

Mary era la única persona que no se sentía feliz aquellos días. Era la primera visita prolongada que hacía al frente, la ocasión de ponerse en evidencia era excelente, y una excursión en compañía del embajador francés y otras personas distinguidas era cosa que no podía menos de complacerla. El plan era internarse en dirección al frente de batalla del ejército del Potomac, hasta unos veinte kilómetros de distancia del desembarcadero, los hombres a caballo, y las damas, que eran mistress Lincoln y mistress Grant, en una especie de carruaje descubierto. Pero en mala hora se le ocurrió a un general, que se colocara al estribo del coche como escolta, hablar de que más adelante se les uniría otra señora, la esposa del general Griffin, amiga de mistress Grant, añadiendo que, por lo demás, era la única dama que durante la guerra obtuviera autorización del Presidente para ganarse un par de días al lado de su marido en el frente.

A estas palabras levantó Mary la cabeza, estupefacta. ¿Cómo, una mujer allí, y ella sin saberlo? Y, dirigiéndose al general: "¿Qué está usted diciendo, caballero? ¿Quiere usted significar con esto que esa dama vio a solas al Presidente? ¿No sabe usted que yo no permito al Presidente que vea a solas a ninguna mujer?" El general trató de tranquilizarla con una sonrisa, pero no consiguió sino irritar aún más a Mary, que exclamó "¡Ésa es una sonrisa sumamente equívoca, caballeros! ¡Déjenme bajar de este coche! Ya se lo preguntaré yo al Presidente si vio, efectivamente, a esa mujer a solas." Y cuando los demás se acercaron, dijo que quería ser conducida inmediatamente a la presencia de Lincoln.

Un oficial, que se dio cuenta de la situación, salió al galope en busca de Lincoln, volviendo al poco rato con la tranquilizadora explicación de que había sido Stanton, y no el Presidente, quien expidiera el malaventurado pasaporte.

Al día siguiente, y en igual forma que el anterior, fueron a visitar el campamento del general Ord. La esposa de éste, que también tomaba parte en la excursión, se había quedado algo atrás, cabalgando un rato al lado del Presidente. Los excursionistas, aleccionados por la tormenta del día anterior, se guardaron muy bien de hablar de ello, hasta que, impensadamente, un oficial aludió al hecho. Mary se volvió hacia él tan bruscamente, que el caballo que aquél montaba se desbocó. Pocos momentos después llegaba mistress Ord, siendo recibida con las más insultantes palabras por mistress Lincoln, que le preguntó cómo tenía la imprudencia de perseguir de este

modo al Presidente. La desventurada mistress Ord se retiró toda llorosa. Pero no paró aquí el incidente. Pocos días después, nuevamente a bordo, como Mary renovase sus acusaciones contra aquella dama en tal forma que un capitán, allí presente, no pudo menos de tomar su defensa, hubo una pequeña trifulca entre ambos, terminando Mary por levantarse iracunda y salir majestuosamente de la sala. Verdad es que, a continuación, hubo Lincoln de llamar al capitán a su camarote, con el pretexto de examinar un mapa, pero, en realidad, para darle explicaciones.

Estas escenas, que en tiempo de paz se habrían producido con mucha más frecuencia, muestran a una luz poco favorable el temperamento de una mujer que jamás tuviera el menor motivo de celos, Y que mientras viviera en su modesta esfera de Springfield tampoco revelara ningún síntoma de ellos. Desgraciadamente para Lincoln, los pensamientos de Mary giraban ahora en torno del poder y la preeminencia social, de modo tan absorbente, que todas sus facultades aparecían consagradas a conservar exclusivamente para sí lo que nadie pensaba en disputarle. Por otra parte, nadie habría podido prever las singulares consecuencias de tales incidentes; pues es más que probable que ellos salvaran la vida del general Grant dos semanas más tarde.

Pocos días después caían Petersburg y Richmond. Lee y Davis habían huido con los restos del ejército del Sur, y todo el mundo acudió a contemplar afanosamente aquella fortaleza que, por fin, había caído en manos del sitiador, tras un largo asedio y una defensa encarnizada como Troya. El río, a pesar de no estar aún enteramente limpio de ruinas, hormigueaba de embarcaciones, que, adornadas con gallardetes multicolores y llevando a bordo bandas de música, daban un aire de fiesta al paisaje. Todas iban con rumbo a la capital, pero se vieron detenidas por los bancos de arena, en los que embarrancaron. El Presidente, su hijo Tadd y el almirante que le acompañaban, se apresuraron también hacia Richmond, pero al ver que no podían pasar de aquellos bajos, transbordaron a una lancha, remolcada por un vaporcito. Cuando llegaron, no hubo salvas de salutación, ni entrada triunfal, ni ceremonia alguna. Todo pasó llanamente y sin pompa, como en realidad fuera toda la vida de

Lincoln; pero éste reía, muy contento y, desde hacía una semana, en excelente estado de ánimo; hasta les contó una anécdota de un individuo que, habiendo querido en un principio ser embajador, acabó contentándose con unos pantalones viejos. Poco después tuvieron que ceder el remolcador para que ayudase a otras embarcaciones varadas, y los tripulantes de la lancha tuvieron que empuñar los remos y navegar a la buena de Dios, pues ni ellos ni el almirante conocían aquellas aguas. La lancha encalló de nuevo, poco más tarde, en unas peñas, y hubo que trabajar denodadamente para ponerla a flote. De este modo volvieron sin duda a la memoria del antiguo almadiero, en el día de su gran victoria, los tiempos remotos de New Salem.

Apenas encontraron en la escarpada ribera un punto de atraque posible, saltaron a tierra. Aquí y allá, sobre los verdeantes campos, veíanse las quintas blancas de la ciudad del Sur, bien conservadas y limpias, pero desconsoladoramente silenciosas y desiertas. Los únicos seres humanos que se divisaban eran una docena de negros, cavando a las órdenes de un viejo capataz, igualmente de color. De pronto, este último se incorporó y, dejando caer la pala, se llevó las manos a los ojos, exclamando: "¡Dios del cielo, aquí tenemos al Gran Mesías! Apenas lo he visto lo he reconocido. Hace años que lo llevaba en mi corazón, y ¡he aquí que, al fin, ha venido a libertar a sus hijos de la esclavitud! ¡Aleluya, Aleluya!" Y al tiempo que empleaba esta fraseología bíblica, usual en los negros cristianizados, cayó de rodillas y besó los pies del libertador, en tanto que los demás negros seguían su ejemplo.

El gigante blanco contempla, perplejo y conmovido, a aquella docena de pobres esclavos, que allí estaban cavando la tierra, como si nada hubiese sucedido, como si el destino de su raza en Norteamérica no hubiese sufrido una transformación radical, y les dice al fin: "No os arrodilléis ante mí. Eso no es justo. Solamente debéis doblar las rodillas ante Dios; a Él es a quien debéis dar las gracias por la libertad de que vais a disfrutar. Yo soy solamente un instrumento. Pero, mientras yo viva, podéis estar seguros de que nadie se atreverá a poner os un grillete de esclavo y de que tendréis los mismos derechos que los demás ciudadanos libres de esta República."

El discurso no fue, en realidad, muy brillante, apenas unas cuantas palabras improvisadas, pero los negros comprendieron, más que las palabras, la mirada de quien las pronunciaba. Y cuando el almirante les ruega que se aparten y les dejen

paso, el viejo capataz, con el mismo tonillo de canturía que aprendiera de los misioneros, prorrumpe:

"Sí, señor, pero hemos estado tantos años en el desierto sin agua, que es muy hermoso ver al fin nuestro manantial de vida. Perdónenos, señor, si creyó ver en nosotros falta de respeto por el amito Lincoln, cuando no había sino amor y gratitud." En seguida, formando círculo, entonan un himno, mientras el "amito", en su centro, los escucha y aguarda pacientemente. Así pasaron cuatro minutos, según informe del mismo almirante, durante los cuales había ido animándose el lugar. Gritando, saltando, surgían negros y mulatos, hubiérase dicho que de bajo tierra, como por arte de magia. Pasada ya la alarma que cundiera entre ellos durante la captura de la ciudad, de todas partes de ésta acudían a saludar y bendecir al libertador. "A ver si, a última hora, van a estrujar al Mesías", piensa el almirante, y da orden a los marineros de que formen, calada la bayoneta, en torno del Presidente; pero, no obstante, los negros no se asustan y la algarabía continúa en crescendo. Comprendiendo que no hay más remedio que hacer algo para poner término a aquella situación, Lincoln levanta las manos reclamando silencio, que instantáneamente se establece. Y dice: "Mis pobres amigos: heos ya libres, libres como el aire. Podéis arrojar al suelo el nombre de esclavos, y pisotearlo, que ya no volverá más. La libertad es derecho que tenéis desde que nacisteis porque Dios os la dio, lo mismo que a los demás hombres, y ha sido un pecado haberos tenido tanto tiempo privados de ella. Pero, ahora, debéis procurar merecer este don inestimable. Mostrad al mundo que erais dignos de él, y que lo mantenéis con vuestras buenas obras. No cometáis actos punibles, ajustaos a las leyes y obedecedlas; obedeced los preceptos de Dios y dadle las gracias por haberos concedido la libertad, pues a Él es a quien lo debéis todo. ¿Me habéis comprendido? Ahora, dejadme paso, pues ando muy escaso de tiempo. Quiero visitar la capital y volver en seguida a Washington, a fin de asegurar para vosotros esa libertad que tanto parecéis apreciar."

Así habló Abraham Lincoln la primera vez que se halló entre una muchedumbre de negros, estrujado y ensordecido por sus gritos, en un momento de plenitud tal como nunca disfrutara antes, y como tuviera muy pocos en su vida. Habló como un padre, como un hombre que está a la vez al lado y ya muy lejos, y sus palabras quizá fueron de enseñanza tanto como de admonición, pero desde luego fueron palabras

de amor; que nunca, como en aquel momento, recordó su figura aquella otra del Maestro en cuyo nombre fuera llevado a cabo todo aquello, el humilde Maestro, que viviera entre pescadores iletrados, trayéndoles la libertad y el amor.

Allí se erguía el gigantesco y descarnado cuerpo, cansado por la lucha que viniera sosteniendo desde hacía años, pero que, a través de todas las calumnias y maledicencias de los hombres, y mediante rodeos y atajos que nadie supiera comprender hasta entonces, lograra llegar felizmente al término que se propusiera.

El almirante Porter, en su relato, dice: "No me pasó siquiera por la mente el que pudiera sucederle algo en aquel instante al Presidente. Hubiérasele dicho rodeado por un ejército de guardianes capaces de defenderle contra todo un mundo. Avanzábamos muy lentamente, haciendo tan sólo una milla por hora. Era un día muy caluroso, y la espesa polvareda que levantaban los pies de la muchedumbre nos cegaba a todos. El aire era irrespirable. Pero Lincoln podía ser visto por todo el mundo, pues sobresalía por encima de todas las cabezas. Llevaba el sombrero en la mano, y se abanicaba de cuando en cuando con el mismo, pues el sudor le corría por el rostro. Su aspecto era realmente como el de quien está dispuesto a ceder la Presidencia por un vaso de agua."

Así entraron en la ciudad el Presidente blanco y los millares de negros que le acompañaban. Y cuando, al pasar por las calles, se abrían las ventanas y se asomaban los blancos, para ver al hombre malo que los había atormentado durante cuatro años, nada más fácil que haberlo matado entonces de un tiro. Después de visitar el Cuartel General de Davis, el Congreso y algunos otros sitios, regresaron al barco, haciendo el trayecto en carruaje descubierto, y entonces fue cuando el almirante se dio cuenta del peligro que había corrido Lincoln, y que corría más que nunca en ese instante, al atravesar la muchedumbre, en medio de la penumbra creciente. Realmente, ¿no habría entre todos aquellos espectadores algún sudista rencoroso dispuesto a aprovechar la ocasión para vengarse del gran enemigo, causa esencial de su derrota?

Durante aquellos días se cursaron telegráficamente las órdenes oportunas para conmemorar con una fiesta el comienzo de la guerra, el 14 de abril, con la rendición del fuerte Sumter a los sudistas. Al principio, el Presidente discutió la fecha, asegurando que había sido el día 13, pero como Stanton comprobara, consultando

un calendario viejo, que había sido el 14, Lincoln hubo de ceder, declarando que "realmente, lo mismo daba que la ceremonia del fuerte Sumter tuviese lugar el 13 o el 14". No hubo, pues, ninguna voz interior de premonición. Presagio alguno le advirtió que, al señalar el día de aquella fiesta, había decretado también la fecha de su muerte.

Lo que sucedió en Richmond, porque en aquellos días de confusión no se previó la visita del Presidente, podía muy bien suceder en Washington. Ello tenía que suceder, y sucedió.

¿Quién podrá, realmente, sorprenderse? Cuando los profetas han sido lapidados, ¿no lo fueron acaso, siempre, por una falsa interpretación de lo que eran? ¿Y no sufrieron invariablemente los mártires de todos los tiempos a causa de los grandes errores de la muchedumbre? ¿Es que Lincoln iba a ser una excepción? ¿Es que el odio del Sur no iba a hacer blanco en el hombre cuyo nombre, al ser designado por primera vez, pareció ya ser nuncio de guerra? ¿Cómo podían ellos saber todo lo que Lincoln había hecho y pensado, en aquellos cuatro años, para llegar a una reconciliación y que, tan sólo una semana antes, había tratado de indemnizar al derrotado enemigo? No había remedio. Era el enemigo mortal y tenía que pagar cara la victoria.

Ya dos años antes de estos acontecimientos se fundó en Richmond un club secreto, costado por gente rica, cuyo objeto era el asesinato de Lincoln. Un año después se tuvieron noticias de una conjuración, según las cuales ciento cincuenta mozos denodados habían salido para Washington con el propósito de secuestrar al Presidente. Un pintor le preguntó por aquel entonces acerca del particular, pero Lincoln se sonrió y dijo: "Si eso es cierto, no puedo comprender lo que los rebeldes persiguen con ello. El resultado de la guerra no cambiaría lo más mínimo; todo seguiría su curso. A raíz de mi designación en Chicago comenzaron a llegarme cartas llenas de amenazas; las primeras me disgustaron, pero después empecé ya a considerarlas como algo inherente al cargo. Aun ahora no son raras; pero claro está que ya no me hacen el menor efecto.. No hay nada cómo acostumbrarse a una cosa."

En general, no parecía creer en tales amenazas. Una vez dijo: "Los atentados no son crímenes americanos." Su, esposa le recomendaba que no dejase nunca de la mano el bastón, pero, no obstante, lo olvidaba con frecuencia. Por lo demás, lo mismo como hombre práctico que como fatalista, era poco aficionado a tomar precauciones. "Me he acostumbrado a pensar, decía, que si alguien quiere realmente matarme, me matará, aunque me ponga una coraza y vaya siempre rodeado de mi guardia. Nada de ello le impediría conseguir su propósito, pues hay mil medios de acercarse a un hombre a quien se quiere matar."

Ni él ni sus amigos parecieron darse cuenta de que, con la victoria, crecía el peligro en este respecto. Nadie tuvo tampoco, por entonces, conocimiento de ciertos incidentes ocurridos durante el último año.

Aquel singular letrero que apareciera grabado en el cristal de la ventana de una hospedería campesina no había trascendido al público. Así como tampoco se tuvo noticia de un extraño suceso, ocurrido poco después en un escenario de Nueva York, y que sólo consistiera en tres palabras.

Era una noche del mes de noviembre, y en el "jardín de Invierno" se representaba el drama Julio César, Los principales intérpretes eran los hermanos Booth, dos de los cuales vivían de la fama del tercero. Éste, el trágico más grande de su tiempo, parece que representaba aquella noche el papel de César; pero, en todo caso, lo que sí es seguro es que el papel de Marco Antonio estaba a cargo de otro de los hermanos, mozo de unos veintiséis años a la sazón, y excepcionalmente bien parecido, de tez aceitunada, facciones clásicas, nariz de corte romano y ojos relumbrantes, reemplazando con esto, y la fama del hermano, lo que le faltaba de talento personal. Llegado el tercer acto, con la famosa escena en el Capitolio, donde Marco Antonio incita a los ciudadanos a vengarse de Bruto, Booth fue subiendo el tono, como exigía el papel, hasta llegar, por último, al punto culminante.

Yo no soy un orador, como lo es Bruto;
Mas si ya fuese Bruto,
Y Bruto Marco Antonio, tened por seguro
Que habría entonces un Marco Antonio
Que inflamaría vuestro espíritu, y
pondría
Una lengua en cada herida de César,
Que haría levantarse hasta a las piedras
de Roma, lanzándolas a la rebelión...

Y aquí el actor acentuó el fortissimo de la conclusión, añadiendo las palabras: ¡Sic semper Tyrannis!, la frase que, según la leyenda, pronunció Bruto al hundir la daga en el pecho de César. Pero en Norteamérica y, sobre todo, por aquel entonces, eran mucho más conocidas como el significativo lema del escudo de Virginia que, durante la guerra, fuera empleado infinitas veces para intensificar el entusiasmo bélico del Sur.

La "morcilla" pasó casi inadvertida. Solamente uno de los espectadores, según informó algún tiempo después, se volvió hacia su vecino, preguntándole con cierto escepticismo: "¿Está eso en la obra de Shakespeare?" Un vecino de detrás hizo observar entonces: "¡Pero si ése es el lema del escudo de Virginia!" Y el que fuera preguntado; "No importa; está hablando por Bruto."

En aquel preciso momento se oyó la voz de: "¡fuego! El público, al oírlo, saltó de sus asientos y en dos o tres minutos quedó vacío el teatro. Poco después se sabía que en dieciséis teatros y hoteles de Nueva York habían estallado simultáneamente, por aquella hora, otros tantos incendios, obra sin duda de una conjura criminal. Y es muy probable que aquellas palabras del "jardín de Invierno" fueran la señal convenida. La confusión producida por los fuegos hizo que se olvidase la extraña adición. Pero aún hubo indicios más evidentes de que se tramaba un atentado. Casi por la misma fecha, un periódico de Alabama abrió una suscripción para asesinar a Lincoln, Seward y Johnson antes de que se posesionasen nuevamente de sus cargos. Y todavía quedó oculto otro documento, en el cual un teniente del ejército sudista prometía a Davis, a raíz de la segunda elección de Lincoln, acabar con él. El escrito

fue entregado al ministro de la Guerra y a otros altos jefes, para que lo tomaran en consideración".

Los motivos que animaban a Booth eran de diversa índole. De una familia de gente de teatro y hermano del gran trágico, comparado, con el cual era una nulidad, mimado y halagado, no obstante, a causa de su buena presencia, quizá, de haber sido otras las circunstancias, habríale llevado la ambición por rumbos muy distintos, y es probable que hubiese logrado grandes éxitos en el campo del amor y de la aventura. La guerra le abrió las perspectivas de un nuevo ideal; había estado presente en la ejecución de John Brown, y el alma del mozo, desarrollada y moldeada en la escena y al diapasón de la tragedia, difícilmente habría podido sustraerse a la tentación de establecer comparaciones entre las figuras teatrales, Bruto, Guillermo Tell, etc., y los hechos realizados en aquellos años de guerra, tanto por militares como por paisanos, cien veces citados públicamente, en pro de la nueva Confederación. Algunas notas por él escritas en sus últimos días demuestran que la hazaña del libertador se mezclaba en sus pensamientos a los heroísmos ficticios por él encarnados sobre la escena en los papeles de ciertas obras. Y si bien es verdad que, como actor, su personificación del papel de Bruto no era muy extraordinaria, ¿no era ello, en cambio, una razón más para que pensase que en el mundo real podría serlo por modo inolvidable, conquistando con ello mucha más fama de cuanto pudiera lograr su hermano, en su carrera de histrión?

Así, cuando el que él llamaba el enemigo de su patria, Lincoln, fue elegido por segunda vez, Booth marchó al Canadá, centro de todos los agentes y espías, y allí fue donde, según parece, fraguó el plan de secuestrar a Lincoln y llevarlo a Richmond. Habiendo logrado reunir cierto número de colaboradores y allegar una suma bastante crecida, de procedencia desconocida, aunque él siempre insistiera en que había ganado aquel dinero especulando en petróleo, marchó nuevamente a Washington, con la idea de llevar a cabo su atentado el mismo día de la toma de posesión de Lincoln. Al efecto, trató de entrar por la puerta este del Capitolio, y por unos instantes logró producir cierta confusión en las líneas de guardias de Seguridad que la custodiaban, pero se vio rechazado, y el atentado fracasó. Más adelante, comentando el caso, se quejaba de la "preciosa ocasión que se había malogrado aquel día".

¿No era éste, también, el Capitolio? ¿Y no representaría, en la vida como en la escena, el papel de Bruto, si abatía al nuevo César en presencia de todo el pueblo? La hazaña, pues, quedó solamente diferida; y, apenas cayó Richmond, se apresuró a organizar en Washington una conspiración, que ya se había planeado en el mes de marzo. Entre los conspiradores figuraban un ex soldado llamado Powell, un tal Arnold, la esposa de un antiguo terrateniente de Maryland, dueña a la sazón de una casa de huéspedes, y otros varios sudistas. Arnold perdió el ánimo, y de buena gana se habría vuelto atrás, pero Booth lo tenía bien sujeto y, además, poseía una fuerza de sugestión que le daba un ascendiente cada vez más firme sobre sus cómplices. Cada uno de ellos estaba encargado de una cosa: Powell, un meridional de tan hercúleas fuerzas como limitada inteligencia, natural de la Florida, debía encargarse de Seward; otro, el bufón del drama, tenía a su cargo el despachar a Johnson, el nuevo Vicepresidente; en cuanto a Booth, como es natural, se había reservado el papel principal de la tragedia. Otro conspirador, llamado Herold, debía actuar a manera de escudero y ayudarle en la fuga. La pupilera y su hija también estaban en el secreto. En suma, una verdadera galería de tipos shakespearianos. El día no estaba aún señalado; pero la cosa debía tener lugar tan pronto como Lincoln regresase a su residencia.

Sin embargo, un incidente precipitó los acontecimientos y el Presidente regresó a la capital antes de lo previsto. Seward se cayó del coche, hiriéndose gravemente. Por esta razón se hallaba Lincoln alejado del frente cuando Lee se entregó, lo que sucedió el Domingo de Ramos, o sea un día después de la marcha de aquél. Lincoln no vio a Lee, el derrotado general, cuando, vestido con su flamante uniforme, impecable y solemne, fue recibido en una choza por Grant, mal vestido, sin insignias ni sable y con las botas sucias. Un telegrama del Presidente le había prohibido de un modo terminante, en forma realmente desacostumbrada, el resolver ninguna cuestión política en el momento del armisticio. La guerra no estaba terminada del todo, pues hasta un par de semanas después no se rindió Johnston a Sherman con el resto del ejército. Más de tres millones de hombres habían tomado parte en esta guerra, de los cuales más de 600.000 perecieron en el campo de batalla o por enfermedad, gastándose en la lucha unos cinco mil millones de dólares. Pero el "porcentaje" de pérdidas fue, desde luego, mayor en el Sur. La cuestión que

quedaba por resolver era si los caudillos de la rebelión debían ser castigados y, en ese caso, qué castigos podrían imponérseles. Preguntado el Presidente sobre lo que pensaba hacer con "Jeff Davis", respondió con un malicioso guiño de ojos: "Allá, en Springfield, había una vez un chico que, con sus ahorrillos, se compró una cría de mapache para entretenerse con el animalito. Pronto, sin embargo, se le pasó el entusiasmo y, de un objeto de recreo, el bicho se convirtió en una pejuguera. Un día, según acostumbraba, lo sacó a pasear por las calles, sujeto con una cuerda, pero, a cada paso, el demonio del bicho se abalanzaba sobre el chico, y ya le había arrancado el traje, a fuerza de tirones. Por fin, harto de lucha y sin saber qué hacer, sentóse el muchacho al borde de la acera, donde estuvo hasta que un conocido, al pasar, le preguntó por qué estaba allí:

"- ¡Ay! respondió el chico; este animalucho es una calamidad.

"- ¿Por qué no te deshaces, entonces, de él?

"- ¡Bah! replicó el mancebo. ¿No ve usted que, precisamente, está royendo la cuerda? Así, cuando la haya roto, me volveré a casa y diré que se me ha escapado."

Como se ve, Lincoln había recobrado su antiguo tono humorístico; la pesadilla había pasado, y, como en los buenos tiempos, podía resolver chanceándose las cuestiones más serias. En la presente ocasión, logró hacer comprender instantáneamente a la muchedumbre, con uno de sus graciosos apólogos, la resolución de un problema histórico de importancia. También cuando visitó a Seward, con motivo de su enfermedad, se hallaba del mejor humor. El pintor, que estaba presente, nos lo describe "arrojándose, en su júbilo infantil, todo a lo largo sobre la calle, y contando, con la cabeza apoyada en una mano, el hundimiento final de la rebelión". Cuatro años, casi día por día, han transcurrido desde el momento en que el mismo Seward, en aquel mismo cuarto, escribiera una carta retadora y hostil a su jefe, que éste contestó con toda serenidad y una perfecta confianza en sí mismo. Pero, exaltado como se halla en este momento por el triunfo, medio echado junto al enfermo, pintándole con palabra expresiva la significación de la victoria, ¿no se le diría ahora más joven y más lleno de vida? En este apacible momento, ¿no parecía, realmente, como si, por arte de magia, todas las terribles expresiones pasadas se hubiesen esfumado, como un mal sueño, y nos encontrásemos de nuevo en Indiana, con el buen Abraham teniendo que encoger sus gigantescas zancas, a fin de dejar sitio a

los demás, agrupados en torno a él para oírle contar alguna de sus historias? Solamente que, esta vez, estaba haciendo la Historia.

La capital y el país entero rebosaban de júbilo. Desde el lunes, 9 de abril, se desbordó el tumultuoso entusiasmo del pueblo, en tal forma, que ni la santidad de la Semana Santa fue bastante a reprimirlo. Por las calles de la capital circula la gente, ebria de gozo a la sola idea de que los malos días habían pasado ya. En grupos imponentes, reuníanse ante la Casa Blanca, y dos veces, apremiado por los ruegos y las exclamaciones, tuvo que hablarles el Presidente. Pero, ¿qué podría decirles? Hablarles del pasado no tenía objeto; y el presente, con sus múltiples problemas, se hallaba todavía demasiado confuso. Queda, pues, sólo el futuro, y el pensamiento del futuro es precisamente lo que le exalta y llena de esperanzas, y hacia lo cual desearía elevar el corazón de sus conciudadanos, inspirándoles el anhelo de reconstruir todo lo destruido. Así, les hablará de este modo:

“¡Conciudadanos! Hoy nos encontramos bajo la impresión, no del dolor, sino del júbilo, que llena nuestros corazones... La dirección y desarrollo de la lucha han sido admirables, pero ni la más mínima parte de esa gloria me pertenece. El general Grant, sus competentes oficiales y sus heroicos soldados son quienes lo han hecho todo... Al contrario de lo que sucede en las guerras entre pueblos independientes, en una guerra civil no hay ningún órgano autorizado con el que tratar, y ningún hombre tiene la bastante autoridad para abandonar la rebelión en manos de otros. No queda, pues, otro remedio que operar y tratar con elementos desorganizados y discordantes. Y no es una dificultad adicional de escasa monta el que entre nosotros mismos, los leales, no haya unanimidad de criterio acerca de la forma en que ha de llevarse a cabo la obra de reconstrucción.” A continuación, expone minuciosamente sus ideas sobre el problema de Louisiana, la cuestión de los negros, etc., discutiéndolo todo, lo mismo en sus detalles que en sus líneas generales, como si se hallase en el Congreso. Es muy probable que aquella muchedumbre, que había venido sólo para vociferar, se aburriera un tanto oyendo la peroración, pero en todo caso no lo dijeron, escuchándole respetuosamente desde el principio hasta el final; y hasta es muy posible que comprendieran lo que les dijo.

Pero nadie, entre tantos miles de personas, se dio cuenta de la excitación reprimida con que dos jóvenes, colocados en las primeras filas, observaban al orador y seguían

sus palabras. "Desde luego, no sería justo negar el sufragio a los hombres de color, decía en este momento el Presidente, y yo, por mi parte, creo que debería concederse en seguida a los más inteligentes y a aquellos que sirvieron en nuestras filas."

"¡Eso es! ¡Ya tenemos a los negros convertidos en ciudadanos!", susurró uno de dichos jóvenes al oído del otro; y añadió: "Pero éste será su último discurso." Ambos mozos eran Booth y Herold. Pero, supongamos que estos dos hombres hubieran sido de Illinois en vez de ser del Sur. Si este fanático mozo que tanto sueña en representar a lo vivo el papel de Bruto hubiese nacido y crecido entre los abolicionistas, ¿no amaría al libertador con la misma pasión con que ahora le odia? Pero, aun siendo sudista, ¿y si Booth hubiese conocido íntimamente a Lincoln, si hubiese podido ver de cerca sus ojos grises, serenos y escrutadores, si una casualidad cualquiera le hubiese conducido hasta el Presidente cuando éste, cabalgando junto a su hijo Tadd, le enseñaba a diferenciar los árboles o, simplemente, cuando contaba alguna de sus historietas? ¿Qué habría sentido entonces? ¿Y qué sentimientos no habrían sido los de este nuevo Bruto si hubiese sabido la filosófica explicación que aquel que se le representara como el nuevo César diera del acto de Bruto, cuando lo pintara como una fatalidad ineluctable a que el "tiranicida" tuviera que obedecer? ¿Quién sabe si, en ese caso, todo el edificio de pensamientos de honor y de gloria que construyera se habría venido a tierra! Pues, ¿quién podría disparar de buena fe contra un pecho que se ofrece por sí mismo al arma homicida?

El miércoles día 14, al dar las doce, tronaron los cañones del fuerte Sumter, como cuatro años antes; pero esta vez eran los del Norte y disparaban con pólvora solamente. El mismo Anderson que, en aquellos ya lejanos días, mandara la plaza, comandante a la sazón, general hoy día, izó la misma bandera estrellada que, años atrás, fuera derribada a balazos. La banda de música tocaba y la multitud enardecía el espacio con sus gritos de júbilo. El orador encargado del discurso oficial dijo: "Hoy elevamos al Presidente nuestras respetuosas felicitaciones, por haberle Dios conservado la salud y la vida durante estos cuatro sangrientos años, no obstante las

innúmeras cargas y sufrimientos que pesaron sobre él, por haberle permitido la Divina Providencia presenciar la feliz consumación de esta unidad nacional que aguardara con tanta impaciencia y fortaleza de ánimo, y por cuyo advenimiento laborara con tan desinteresada sabiduría." Dos veces dio el orador gracias al cielo porque Lincoln hubiese podido ver tan señalado día.

Aquella misma mañana estaba el Presidente sentado en su despacho, acompañado por sus ministros. Antes de la reunión se había negado a recibir visitas, pasándose toda una hora en escuchar el relato que le hiciera su hijo mayor de lo que había visto durante su estancia en el ejército, cosa que tenía para él un doble interés, pues a la vez que se enteraba así confidencialmente de una porción de la capitulación, podía observar las capacidades del hijo ausente del hogar paterno desde hacía años. En el curso de la conversación, presentó el joven a su padre un retrato de Lee que Lincoln tomó en sus manos, examinándolo atentamente. "¡Buena cabeza! exclamó al fin. El rostro de un hombre noble y heroico. Me alegro de que la guerra haya terminado al fin."

La reunión del Gobierno, la primera que se celebraba desde hacía varias semanas y la primera también desde la victoria final, transcurrió de modo muy distinto a las habidas anteriormente aquel año. Faltaba Seward, pero, en su lugar, estaba Grant (con cuyo Estado Mayor llegara el hijo de Lincoln aquella misma mañana). Todos rodeaban y felicitaban al vencedor; y Welles, que trabajara con Lincoln en aquel mismo despacho durante cuatro años, nos dice en sus notas: "El Presidente estaba más alegre y contento de lo que nunca le viera, esperando ansiosamente la paz, y lleno de humanidad y de clemencia." Pero esto no obedecía sólo a la victoria, pues cuando Grant manifestó su inquietud por la carencia de noticias de Sherman, Lincoln le aseguró que Sherman vencería a Johnston o, por mejor decir, ya lo había vencido, basando su seguridad en un sueño que había tenido y que ya tuviera con anterioridad algunas veces. "Se trata de su Departamento, explicó, sonriendo, al ministro de Marina, puesto que tiene que ver con el agua. Soñé que iba en un barco muy extraño, en cierto modo indescriptible, pero siempre el mismo, y con rumbo a toda marcha, hacia una costa oscura e indefinida. Antes de desembarcar, desperté. He tenido este sueño extraño siempre que se han acercado acontecimientos muy

importantes, o grandes victorias. Lo tuve antes de Antietam, de Stoneriver, de Gettysburg, de Vicksburg..."

"Stoneriver no fue una victoria", gruñó Grant, un tanto acerbamente.

Nunca había hecho Lincoln al Gabinete una confesión de carácter tan íntimo, desde aquellos días de septiembre en que, unos tres años antes, leyera la proclama de la abolición, diciendo que había caído de rodillas ante Dios. Tan sólo una gran emoción interna pudo ser causa de que aquel hombre tan retraído y ya próximo a la caducidad hiciera confidencias de tal naturaleza, y únicamente una fe sincera en la veracidad de los sueños pudo despertar en él un optimismo que acabara con sus últimas preocupaciones. Pero, mientras Lincoln hablaba de aquel sueño que solía visitarle cuando iban a tener lugar hechos importantísimos, hallábanse los conspiradores reunidos a poca distancia, tratando de la forma, día y hora en que llevar a cabo su propósito, sin duda uno de los acontecimientos más trascendentales que pudieran producirse por aquel entonces.

Inmediatamente, el Gabinete pasó a considerar el problema de la reconstrucción. Stanton había elaborado ya sus proyectos, y los presentó al examen de sus compañeros. El Presidente tomó de nuevo la palabra, exteriorizando su satisfacción porque el Congreso no se hubiese reunido aún. "Antes de que se constituya, dijo, si somos sagaces y precavidos, podemos conseguir que los Estados constituyan sus nuevos Gobiernos y se restablezca el orden antes de que el Congreso se reúna en diciembre, con lo cual lograremos fortificar la Unión." A continuación, habló del deseo, cada vez más general y expresado con mayor vehemencia, de venganza y castigo de los rebeldes, declarándose decididamente opuesto a este sentir de la plebe: "Nadie ha de esperar que yo tome la menor parte en condenar a muerte a esos hombres, ni aun al peor de entre ellos. Ahuyentadlos fuera del país, abridles de par en par las puertas, para que se marchen, echadles con amenazas más allá de las fronteras, y sus manazas parecían fingir el acto del que hace seguir hacia adelante a un rebaño de ovejas, pero ya se han sacrificado bastantes vidas, y debemos terminar de una vez con las recriminaciones, si queremos restablecer la armonía y la unión. Hay una inclinación excesiva en ciertos sectores a intimidar y sojuzgar a los del Sur, negándoles casi el derecho de ciudadanía. Los que tal hacen, no respetan

como debieran los derechos de nuestros compatriotas del Sur, y no seré yo quien comparta ese sentir."

¿Dónde estarán los asesinos? ¿Por qué no estarán escuchando por el ojo de la cerradura, para aprovechar el momento oportuno? ¡Ah! Si ellos oyeran, sin duda el dedo no apretaría el gatillo, y ellos serían los primeros en reconocer que el que así habla es el padre, tanto del Norte como del Sur. Pero, desgraciadamente, Booth no está allí, y lo que él se imagina está tan lejos de la realidad...

Lo único que Booth ha oído es que el Presidente y el general asistirán aquella noche a la función de gala en el teatro, a fin de mostrarse al público, que reclama su presencia. Como Grant ha de ser una de las víctimas, hay que aprovechar la ocasión, pues mañana se irá a pasar unos días con su familia, y, en seguida, regresará al frente. Parece, además, que no se encuentra a gusto en Washington, y que abriga ciertas inquietudes con respecto a Sherman, no confiando demasiado en el sueño de Lincoln. El director del teatro ha divulgado la noticia de la asistencia de ambos pronombres, y todo está ya dispuesto para la función de gala, habiéndose adornado el palco presidencial con profusión de banderas.

A toda prisa ha ultimado Booth los últimos detalles del drama. Powell, que es el encargado de acabar con Seward, logrará entrar aquella noche en casa de éste fingiendo que es un enviado del médico, portador de una medicina. En cuanto al Vicepresidente, parece que a última hora se desistió de su asesinato; en todo caso, se sabe que Booth acudió el día antes al Hotel Hirkwood, dejando una tarjeta suya para Johnson. También el día anterior alquiló, para su propio uso, un hermoso caballo, que enseñara con gran satisfacción a sus conocidos, y que confiara a los cuidados de Herold, que estaba al corriente de todos los planes. El mismo día va al teatro, donde uno de los carpinteros del escenario, un sudista, parece estaba complicado también en la conspiración, y bajo su dirección, este hombre coloca las sillas del palco presidencial en la forma que Booth juzga más conveniente para sus fines, mientras él mismo, rápidamente, hace un agujero en la puerta del palco, con objeto de poder atisbar por él. En seguida inspecciona con todo cuidado el revólver y el puñal, por si necesitase utilizar ambos. Sus hábitos histriónicos parece le inclinaban a cierta preferencia por la daga, arma más romántica que las de fuego. La buena ocasión de poder ejecutar juntos a los dos supremos "criminales" aumenta su

fervor. Y quizá tampoco fueron ajenos aquellos hábitos de la escena al movimiento instintivo que les lleva a confiar a uno de sus íntimos lo que él llamaba el patriótico fundamento de su hecho en un escrito cuidadosamente pergeñado, con instrucciones para que, al día siguiente, lo, entregue a los periódicos. En este mismo momento, escribía Lincoln en su despacho, a un general que le había aconsejado estuviese alerta, esta carta, que fue la última salida de su pluma: "Estoy resuelto a seguir el consejo de mis amigos y a tomar las debidas precauciones... Le agradezco en extremo la seguridad que me da de apoyo por parte de hombres del campo conservador, como usted, en cuantos esfuerzos pueda llevar a cabo para restablecer la Unión y llegar, según sus propias palabras, no sólo a una unión de los Estados, sino también de los corazones y los brazos. Suyo afectísimo, A. Lincoln."

"¡Dios quiera que no vengan muchas visitas!", hace votos, en su interior, el Presidente. Pero claro está que no puede negarse a recibir al presidente del Congreso, que viene a preguntarle si éste celebrará sesiones durante la temporada estival. "No, le contestó el Presidente. Pero, puesto que va usted a salir para el Oeste, con objeto de pasar unos días en su pueblo, le agradeceré que lleve un mensaje mío a aquellos montañeses y mineros. No tiene usted necesidad de tomar nota; yo se lo diré en dos palabras." Y dice:

"Tengo tal idea de la riqueza del subsuelo de nuestra patria, que lo considero, por así decirlo, inagotable. Extiéndese por todo el Oeste, desde las Montañas Rocosas hasta el Pacífico, y puede decirse que su explotación no ha hecho sino comenzar. Durante la guerra, cuando añadíamos diariamente unos cuantos millones de dólares a la deuda pública, no se podía intensificar la producción de nuestros metales preciosos, pues, ante todo, teníamos que salvar al país. Pero, ahora, que ha sido dominada la rebelión y sabemos con cierta exactitud la suma a que asciende la deuda nacional, cuanto más oro y plata saquemos de las entrañas de nuestro suelo, tanto más fácil nos será aquella de pagar. Estos trabajos estoy dispuesto a apoyarlos por todos los medios posibles. En este momento tenemos en el país centenares de miles de soldados licenciados, cuyo regreso temen muchos pueda paralizar la industria, por el brusco exceso de la oferta sobre la demanda en lo que se refiere a la mano de obra. Pues bien, yo trataré de atraerlos hacia las ocultas riquezas de nuestro suelo, donde hay sitio holgado para todos. La inmigración, que

ni aun en la guerra ha cesado, nos traerá, por su parte, miles de hombres de la población que sobra a la vieja Europa, a los cuales señalaré también el oro y la plata que los esperan en las regiones del Oeste. Diga usted, pues, de mi parte, a los mineros, que defenderé sus intereses con todas mis fuerzas, porque su prosperidad es la prosperidad de la nación. Y, en unos cuantos años, demostraremos que somos, real y efectivamente, la tesorería del mundo."

En las primeras horas de la tarde salió a dar una vuelta en coche con Mary. La ciudad rebosaba de gente y en todas partes eran aclamados al paso del coche, Mary parecía feliz. ¡Ya era hora, realmente, de que comenzara la paz y, con ella, una vida más tranquila y alegre en aquella Casa Blanca, durante tantos años un lugar tan sombrío! En vista del entusiasmo popular, prolongaron su paseo más de lo que pensaban. Ambos esposos iban hablando animadamente: de los tiempos pasados, de los años de residencia en Springfield, de lo que harán dentro de cuatro años, cuando hubiese transcurrido el segundo término presidencial. "¡Un año en Europa!", exclamó Mary. Él asintió bondadosamente, aunque insinuando que, por su parte, preferiría viajar por California y las nuevas regiones del Oeste. De regreso a la Casa Blanca vio como trasponían la puerta y se alejaban algunas personas, que, sin duda alguna, hablan acudido allí en demanda de audiencia.

"¡Eh, muchachos, una vuelta en redondo!", se apresuró a gritar desde el otro lado de la plaza, habiendo conocido entre ellos a algunos antiguos amigos de Illinois; y ¿a quiénes habría podido recibir de mejor gana en aquel claro y hermoso día? Los hizo, pues, entrar con él preguntándoles por los amigos comunes, y luego, como sabía que todos participaban de sus mismos gustos, empezó a leerles en alta voz a uno de sus humoristas predilectos, como tantas veces hiciera en la vieja oficina de Springfield. Entre tanto, le habían mandado varios avisos de que la comida estaba servida; pero él se encogía de hombros y continuaba leyendo tranquilamente. Hasta que llegó @una especie de orden terminante" de Mary, pues "nos están esperando, se ha anunciado nuestra visita al teatro y hay que darse prisa". Aunque de muy mala gana, no tuvo Lincoln más remedio que despedirse de sus amigos. Realmente, ¿por qué tendría él que ir al teatro y mostrarse a toda aquella gente? Lo que es si no fuera por Grant...

Pero, entre tanto, los Grant habían avisado que no asistirían a la función, teniendo que marchar aquel mismo día para ver a los suyos y no pudiendo aplazar otro día el viaje. La sorpresa cayó poco menos que como un rayo en la Casa Blanca. ¿Es posible que fueran a abandonar la capital en aquel día de regocijo por la victoria? Todos, además, se preguntaban qué es lo que podría haberlos inducido a tal desatención con respecto al Presidente y al público. Algún tiempo después, mistress Grant explicó que el espectáculo que diera Mary en el coche, dos semanas antes, les hizo temer otra escena por el estilo, si, como era de esperar, el público aplaudía y aclamaba al general a la vez que al Presidente; pues, ¿quién podía asegurar que mistress Lincoln no se dejaría arrebatarse, una vez más, por su vanidad y sus celillos, estimando que los Grant trataban de hacerles sombra a ellos?

Poco antes de salir para el teatro, firmó el Presidente la instancia de libertad de un prisionero del Sur, que se comprometía a prestar el juramento de fidelidad. Así, su último acto oficial fue un acto de clemencia hacia el Sur.

Ya en la calle, al subir al coche, se encontró con el Presidente del Congreso, con quien estuviera hablando por la tarde, y luego de saludarle, le recordó: "¡No olvide mi mensaje a los mineros!" ¿Y no se diría que con ello dictaba sus últimas voluntades, su testamento a favor de los Estados Unidos?

La función había empezado. Era una comedia de carácter cómico, titulada: "Nuestro primo de América". Al aparecer el Presidente con su esposa, estalló una atronadora salva de aplausos, interrumpiéndose la representación, y teniendo ambos que inclinarse, en vista de que la orquesta tocaba el himno. Todo el mundo se había puesto de pie, y la diversidad de uniformes y trajes de etiqueta daba al salón un aspecto deslumbrante. Terminado el himno y restablecido el silencio, continuó la función. Como Grant no la había ido, ocuparon su lugar en el palco presidencial un joven comandante con su prometida, amigos de Lincoln. Así transcurrieron unas dos horas.

Es muy posible que Lincoln escuchara lo que aquel primo de América tenía que decir, pero aún es más probable que sus pensamientos vagasen a la deriva. Una especial disposición de ánimo, que le hacía pasar rápidamente de unos recuerdos a otros, había hecho que aquel día fuera para él de gran fiesta. Un sueño le había augurado buenos acontecimientos; amigos llegados de su tierra, que tan querida le fuera

siempre, habíanle contado cómo iban las cosas por allá; su mano había estrechado, al despedirse, la mano segura de Grant. Por otro lado, había expuesto a sus ministros cuanto planeara para remedio de todos los males de la nación, consiguiendo desterrar las ideas de venganza. El lejano Oeste había llenado su espíritu de imágenes deslumbrantes, revelando los tesoros de sus entrañas. Su hijo mayor parecía haberse hecho ya un hombre de provecho; y, como siempre que echaba a volar su fantasía, entre todos sus sueños se había deslizado la imagen de su hijo menor. En suma, un sueño de serenidad y dulzura, una nueva vida de esperanzas e ilusiones. El general amigo suyo había aconsejado las mayores precauciones. Muy bien. ¿Por qué no tomarlas?

Pero el Destino, o los designios de lo desconocido, que por tan extraños y laboriosos caminos le llevaran a metas tan inesperadas, ¿no eran mucho más fuertes que todas las precauciones? ¿No eran aquellas fuerzas desconocidas las que, desde el bosque, le llevaran al río, y de éste, por encima de las balsas formadas con los gigantescos troncos derribados por él mismo, hacia el almacén, con sus fardos y cajas, y desde el almacén al despacho de abogado, con sus polvorientos legajos, y del despacho al Congreso, y de éste a la Casa Blanca, siempre al servicio de los humildes y de la justicia? Allí está Herndon, el fiel compañero, y Speed, que hace poco estuviera a visitarle, sin pedirle nunca nada. Entre aquel tumulto de imágenes, surge la estrecha sala de Vandalia, donde por vez primera interviniera en política; y el elegante Capitolio de Springfield, nuevecito... Por último, se ve en el tren, viajando interminablemente, atravesando regiones y regiones, de tribuna en tribuna, de discurso en discurso, siempre tras la pista del Pequeño Gigante. Pero, y Douglas, tan lleno de vida, tan activo, ¿dónde puede estar? ¿Y dónde el amigo Baker? ¿Dónde sus hijitos, marchitados y consumidos por la escarcha como capullos a medio abrir?

La muerte le acecha mientras tanto desde todos los rincones. ¿Quizá, a su escondido influjo, hace Lincoln examen de conciencia? En ese caso, ¿podrá reprocharse el haber pedido nunca, en su vida, más de lo que debía? Pero, ¿acaso no decían los eternos descontentos que su culpa ha sido, precisamente, el no pedir lo bastante? Sin embargo, ¿no se han conseguido, al final, las dos cosas que más vehementemente deseaba? Allí, en ese mismo momento, apoyando la mano sobre la barandilla del palco, palpan sus dedos la bandera estrellada que, cuatro años antes,

fuera acribillada a balazos y que hoy vuelve a tremolar victoriosa. Y al pasar por las calles en dirección al teatro, ¿no pudo ver, entre los rostros blancos de la muchedumbre, una porción de rostros negros, aunque silenciosos, radiantes de alegría y gratitud?... ¿Hacia dónde le llevará 3 ahora el extraño barco de sus sueños, hacia qué costa desconocida, jamás alcanzada en su sueño, ya que siempre había despertado antes de atracar? ¿Acaso hacia los bosques de Indiana? ¿O hacia el Elíseo?...

Cautelosamente, se acerca el asesino al palco. Son cerca de las diez. Momentos antes ha ingerido un whisky en un bar, a fin de cobrar ánimo; luego, ha ido al teatro, como un espectador cualquiera, y ha escuchado tranquilamente la función durante un rato, sin que nadie advirtiera su presencia. Llegado el momento que considera oportuno, se dirige, en plena representación, al empleado situado ante la puerta exterior del palco, con orden de alejar a posibles visitantes. Mostrándole una tarjeta, le dice que tiene que dar una noticia al Presidente, y que éste le espera. Aunque ello pueda parecer un poco extraño, le dejan paso libre. Una vez dentro, comienza febrilmente su obra en el pasadizo que media entre las dos puertas. Con un cerrojo de madera, que improvisara aquella mañana, cierra la puerta exterior, y, por el agujerito que hiciera en la puerta interior, mide con la vista la distancia. El Presidente se halla sentado cerca de la puerta y, junto a él, su esposa. En seguida, la otra señora y, a la derecha, el comandante, desconocido para Booth. Como el palco cae casi directamente sobre el escenario, no hay más que saltar la barandilla, dirigirse rápidamente a la tan conocida sala trasera, donde espera el escudero con el caballo, montar éste... ¡y a galope! ¡Valor, pues, Bruto!

Abriendo rápidamente la puerta interior y antes que nadie tuviese siquiera tiempo de volverse, acerca la pistola a la cabeza de su víctima, y hace fuego a quema ropa. El comandante se arroja sobre él, pero retrocede, tambaleándose, herido de una puñalada. Instantáneamente, el asesino se sube a la barandilla del palco, para saltar al escenario, pero, al arrojar, queda enganchada una de sus espuelas en la bandera que cubre el balconcillo, la bandera que tanto odiara, y este contratiempo imprevisto le hace caer sobre las tablas con tan mala suerte que se rompe una pierna. No obstante, se levanta y, esgrimiendo el puñal, como tantas veces hiciera en aquel mismo escenario, lanza, con voz tonante, su divisa: ¡Sic semper Tyrannis!

Los comediantes, despavoridos, se atropellan en su confusión; y, en cierto modo gracias a ella, logra escapar.

“¡Han asesinado al Presidente! gritan por todas partes, sin que nadie sepa quién fue el primero en lanzar la noticia, y sin que casi nadie tampoco acierte en los primeros momentos a darse cuenta de su cabal significado. Algunos no salieron de su estupor hasta oír los gritos de Mary. Los cómicos no sabían ya el lugar de la obra en que se había interrumpido y, aun sin saber exactamente lo ocurrido, no se atrevían a continuar, en tanto que los tramoyistas se olvidaban de bajar el telón. El comandante, con un brazo herido, queriendo salir del palco, se precipita hacia la puerta y, hallándola cerrada, en forma que no podía abrirla, la hace saltar de un empujón. Médicos, oficiales, señoras desmayadas, todos atropellándose unos a otros en el mayor desorden, hasta que entra un piquete de soldados, que amenaza al público con las bayonetas, lo que aún contribuye a aumentar la confusión. El Presidente es hallado en su silla, sin sentido, y sangrando abundantemente por la herida de la cabeza. Entre varias personas lo levantan y, con toda clase de precauciones, lo sacan a la calle; pero nadie sabe dónde han de llevarlo. De una casa de enfrente preguntan si se trata de un enfermo, y una vez explicado el caso, entran allí el cuerpo inerte de Lincoln, y lo depositan sobre la cama del dueño de la casa.

A la misma hora había entrado el cómplice de Booth en casa de Seward, teniendo que abrirse paso a punta de cuchillo. Hirió a cuatro hombres y, hallando al ministro en su lecho, donde yacía enfermo, le apuñaló la cara y el cuello, y huyó.

El lecho donde fue acostado Lincoln, su lecho de muerte, es demasiado corto para aquel hombre tan corpulento. No hay más remedio que colocarlo un poco oblicuo. Nueve horas luchó aquel gigantesco cuerpo con la herida mortal. Nueve horas de agonía, de terrible estertor, hasta que, a las siete de la mañana, muere sin haber recobrado el conocimiento; en un lecho extraño, como un peregrino, y asesinado en Viernes Santo, como un profeta.

Norteamérica enterró al hijo del pueblo como en los tiempos antiguos se enterraba a los grandes reyes. Se emprendió un largo viaje, para llevar el cadáver del gran hombre a su país natal, pasando por todos los lugares en que, cuatro años antes, se detuviera, camino de la capital.

Fueron innumerables las personas que desfilaron ante el féretro antes de ser depositado en la fosa del pequeño cementerio de Springfield, al lado de la tumba de su niño, tranquilamente, sin estruendo, como correspondiera al hombre que fue. Sobre el ataúd, mientras pasaba a través del camposanto, resbalaban las sombras de amigos y enemigos.

El asesino logró en un principio encontrar un escondite y un médico que le entablillase la pierna, pero, acosado y perseguido de madriguera en madriguera, acabó por ser descubierto en un pajar; y, habiéndose negado a rendirse, allí mismo fue fusilado y quemado. Cuatro de sus cómplices fueron condenados a la horca; otro de ellos consiguió refugiarse en Europa. El mismo Sur comprendió lo que había perdido, y el crimen fue calificado de "parricidio".

Lee se hizo profesor y enseñó todavía durante algunos años. Davis se dedicó a escribir sus Memorias y vivió tranquilamente un cuarto de siglo. Grant fue elegido Presidente. Mary, por su parte, acabó por perder el poco juicio que le quedaba. Vendió sus hermosos trajes y tuvo que ser recluida en un manicomio. Por último, murió olvidada, en la misma casa donde contrajera matrimonio, con el espíritu todavía en tinieblas.

Los negros fueron quienes más amargamente lloraron a su libertador. Del mismo modo que fueron los únicos que lo bendijeron desde el fondo del corazón en vida. Cantaban himnos en su memoria y decían que su Mesías estaba ahora en el cielo. Esto mismo creía Tadd, que no sobrevivió a su padre sino un par de años. Todavía en la Casa Blanca, ante el féretro, había preguntado: "¿Está papá ahora en el cielo? ¿Sí? Entonces me alegro, pues la verdad es que aquí no era dichoso."

Así fue como, después de Abraham Lincoln, no volvió a verse en toda Norteamérica un solo inocente que llevase al pie la cadena de esclavo. Porque él vivió, trabajó y murió asesinado, todos los hombres, a quienes Dios concede el don de la vida, nacen libres allí.

F I N

ⁱ *El viaje del peregrino*, el famoso poema narrativo de Bunyan.

ⁱⁱ Textualmente: el honrado Abe, empleando el diminutivo (*the honest Abe*)

ⁱⁱⁱ Nadie sabe a ciencia cierta cuál es su verdadero nombre

^{iv} Digan lo que quieren los tontos despechados
y la campanuda parlería de los celosos,
ninguna mujer se ha perdido nunca,
sin que la ayudase algún hombre

^v Hombres de Clay

^{vi} Casi veinte años han transcurrido
desde que aquí dije adiós
a los bosques y a los campos, y a las escenas de juego
y a los camaradas tan queridos.

Donde hubo tantas, ya quedan pocas
de las viejas cosas familiares,
pero viéndolas, acuden al espíritu de nuevo
las perdidas y las ausentes.

Los amigos que dejé aquel día de la partida,
¡cuán cambiados en el correr del tiempos
Los niños de entonces, ya hombres; los hombres, ancianos,
y muertos la mitad de ellos.

Oigo a los amados supervivientes contar
cómo nada pudo salvarse de la muerte,
hasta que cada sonido parece un toque de difuntos
Y cada lugar una tumba.

Recorro los campos con paso pensativo,
y paseo por las estancias vacías
y siento (compañero de los muertos)
que estoy viviendo en las tumbas.

^{vii} Decidme, vientos alados

que rugís en tomo de mi sendero,
¿no conocéis algún paraje
donde los mortales no lloren?
¿Algún valle solitario y placentero,
algún valle en el Oeste,
donde, libre de trabajo y de dolor
el alma fatigada pueda descansar?
El fuerte viento atenuése hasta convertirse en un susurro,
y suspiró de compasión al contestar: ¡No!

Dime tú, mar poderoso,
cuyas olas juegan en torno mío,
¿no conoces algún paraje favorecido,
alguna isla Tejana,
donde el hombre cansado pueda encontrar
la felicidad por la cual suspira,
donde el dolor nunca more,
y la amistad jamás muera?

Las olas rugientes en su rodar perpetuo
se detuvieron un Instante y suspiraron para contestar: ¡No!

^{viii} Aquí yace el pobre Johnny Kongapod;
tened compasión de él, Dios bondadoso,
como él haría si fuese Dios
y vos Johnny Kongapod.

^{ix} Desempeñe usted bien su papel; en ello estriba todo su honor.

^x Modismo popular, por el que se entiende aquellas ventajas aparentes o nominales que, en el fondo, implican más mal que bien.

^{xi} O sea "Rendición Incondicional Grant". Recuérdese que sus dos nombres de pila (aunque falseado el segundo) eran: Ulises Sansón.